



2.<sup>a</sup>  
edición

ANNA PÓLUX

LES erótica | romántica

Anna Pólux nació en Logroño, es licenciada en Historia y en Psicología, y en la actualidad se dedica profesionalmente a esta última. Desde siempre ha sido aficionada a la lectura y la escritura: sus libros favoritos pertenecen al género de suspense y policíaco (Agatha Christie, Douglas Preston y Lincoln Child), pero uno de sus pasatiempos favoritos es escribir relatos de tinte romántico con toques de humor. Publicó su primera historia en el año 2009 bajo el seudónimo de «Newage», y desde entonces ha continuado compartiendo sus escritos en distintas plataformas *online*. A Anna le gusta explorar el mundo emocional de cada uno de sus personajes y dedica gran parte de su tiempo libre en confeccionar las tramas de sus historias y las relaciones que podrían establecerse entre sus protagonistas. Comparte con Cris Ginsey el blog *La bollería de Ginsey*.

 @newage1119

 @labolleriadeginsey

Sandie Davies y Elizabeth Cooper trabajan juntas en una revista para mujeres lesbianas y bisexuales y, a pesar de que Sandie tiene al resto de compañeras de plantilla encandiladas por su encanto natural, Elizabeth parece ser tristemente inmune a sus efectos, podría incluso decirse que la odia un poquito. Su carácter extrovertido y despreocupado la pone de los nervios, y esa fama de *sex symbol* que arrastra a sus espaldas le da alergia en cantidades industriales. Ella es meticulosa, ordenada y organizada hasta la médula, y la colisión de opuestos que le supone compartir un mismo espacio-tiempo con Sandie le sube las catecolaminas a lo bestia.

De pronto surge la historia perfecta para un artículo que las embarca a ambas en un viaje con destino: un pueblo perdido de Kansas. Tendrán una semana para descubrir que, a veces, lo que realmente necesitas es dejar que la vida te sorprenda. Porque hay muchas cosas que no se ven si no te acercas lo suficiente.

A pesar de ser una amante del género de suspense y policíaco, uno de los pasatiempos favoritos de Anna Pólux es la creación de historias románticas con toques de humor. Tras la publicación de *Cosas del destino: El diario de Claire Lewis* y *Cosas del Destino: El efecto mariposa*, escritas de forma conjunta con Cris Ginsey, *El Plan C* es la primera obra que Anna Pólux publica en solitario.

# **El Plan C**

# **El Plan C**

Anna Pólux

**LES**  
editorial

Primera edición: marzo de 2019

Segunda edición corregida y ampliada: abril de 2022

© Anna Pólux, 2019, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Mireya Murillo Menéndez (IG @wristofink), ilustración de la portada, 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)

[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

ISBN: 978-84-17829-68-1

IBIC: FA, FP, FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*Para mi Plan A, B y C,  
porque sin ti todas mis historias  
estarían a medio terminar.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?



# 1

## La oportunidad

¡Maldita sea, Davies! ¡Piensa, piensa, piensa! Pero pensar ¿el qué? Estaba encerrada en uno de los baños de su trabajo con un ramo de rosas que debía hacer desaparecer ya. No había muchas opciones. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Eso que había oído era la puerta de acceso a los lavabos? Se quedó quieta como una estatua, con el maldito ramo de flores sujeto contra su pecho y sin apenas respirar. El corazón le bombeaba a toda pastilla, pero debía mantener la calma. Un movimiento en falso y no tendría escapatoria posible.

–¿Sandie? –escuchó aquella voz estridente y un escalofrío recorrió de arriba abajo su metro sesenta y cinco de estatura–. Sandie, sé que estás aquí.

Dio un respingo al escuchar un golpe brusco unos metros a su derecha. Volvió a sobresaltarse con otro igual de fuerte dos segundos después. ¡Hostia puta! Aquella lunática debía de estar abriendo todos los cubículos a base de patadas, como en las películas. Dos puertas más y llegaría a la suya. Las rosas empezaron a quemarle en las manos. *Ahora o nunca, Davies. Ahora o nunca.*

No iba a funcionar y lo sabía, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas y en aquellos momentos no podía haber nadie más desesperado que ella en todo el planeta Tierra. Levantó la tapa del inodoro, arrojó las rosas dentro, tiró de la cadena y con la escobilla y kilos y kilos de angustia interna intentó por todos los medios hacerlas desaparecer. Pero no, qué va, lo único que consiguió fue atascar el váter. Normal, porque aquel plan había sido una mierda de plan desde el principio. Aquel plan era una puta vergüenza y los demás planes se reirían de él por siempre jamás, señalándola con el dedo y cuchicheando a sus espaldas.

Debía aceptarlo. Su vida había llegado a su fin. Bueno, habían sido veintiséis años maravillosos, sobre todo los once últimos desde que perdió la virginidad. Un placer haber sido Sandie Davies, atractiva hasta rozar lo imposible, con un cuerpo diez y una cara de portada de revista. El buen Dios había sido generoso cuando repartió sus genes, pero ella había utilizado sus superpoderes para el mal, para seducir a chicas inocentes. Bueno, y a las no tan inocentes también, porque se las llevaba de calle a todas. Estos pensamientos dibujaron una pícara sonrisa en su rostro y una bota del 38 reventando la puerta del baño de al lado la hizo desaparecer en microsegundos. Como si nunca hubiera estado ahí.

Su apocalipsis había llegado e iría directa al infierno. Aniquilada por una de esas

chicas a las que había embaucado sexualmente. Muy poético todo. ¡Y no iba a tener tiempo de confesarse para salvar su pobre y atractiva alma! Porque había pecado tantísimo en tan poco tiempo que debía de ser récord olímpico o algo. En un último intento desesperado, bajó la tapa del inodoro y se sentó encima justo cuando la puerta de su escondite cedía ante el calzado de diseño de su penúltima conquista. Las flores que le había mandado la última a la redacción estaban justo debajo de su culo. Si aquella pirada las veía: adiós mundo cruel.

–Sandie Davies –casi escupió la muchacha al encontrarla allí.

–Ey, Debbie.

La saludó con media sonrisa nerviosa y un leve movimiento de mano. El corazón se le iba a salir por la boca.

–¡Llevo llamándote días! ¡Días! Y ni siquiera me has devuelto los mensajes.

–Si, eh... es verdad, Debbie. Yo... verás... –titubeó levantándose y salió del cubículo.

Debía alejarla de allí con discreción, porque ya se sabe que «sin rosas no hay delito» y tal vez, ¡solo tal vez!, su encanto natural pudiera salvarla en el último segundo. Si alguien podía salir de una situación así era ella. *Confianza, Sandie, confianza*. Una sonrisita por aquí, un besito por allá y el hechizo Davies haría el resto.

–Ya sabes que Joanna me encargó a mí el artículo sobre la monja lesbiana de Las Vegas.

Aunque pudiera parecer lo contrario eso del artículo de la monja lesbiana de Las Vegas no se lo estaba inventando. Era bien cierto, y estaba mal que ella lo dijera, pero si había algo que no la caracterizaba era la modestia, de modo que iba a decirlo de todas formas: ¡menudo articulazo le había quedado! Bajo el título «Más cerca de la Virgen María que del Señor» había dejado a la directora de la revista literalmente «Sin. Palabras». Se le habrían caído las bragas al suelo de haberlas llevado, pero sabía de buena tinta que Joanna no solía usar ropa interior. Aquella era otra historia.

–¿Qué tiene que ver una monja lesbiana de Las Vegas con el hecho de que no me hayas cogido el teléfono en tres días, Davies? –Quiso saber Debbie y por los decibelios de su tono su enfado estaba en pleno apogeo.

–¡Me dejé el teléfono en casa! No me di cuenta de que no lo había cogido hasta que fui a apagarlo en el avión. Me he pasado tres días usando cabinas de teléfono de dudosa salubridad para poder hablar con la revista. –Por su cara, Debbie no estaba muy convencida y no podía culparla, tenía una reputación–. ¿Tienes idea de cuántos chicles he comido para conseguir cambio? ¡Pregúntale a Joanna si no me crees!

La retó con un tono cuidadosamente pensado para sonar herida por la desconfianza.

Abracadabra y... ¡ahí estaba! Las facciones de Debbie se habían suavizado considerablemente, señal de que estaba empezando a tragarse el anzuelo. *Muy bien,*

Davies, ahora recoge el sedal y cenaremos trucha.

–Debs, dime... ¿por qué iba yo a no querer hablar contigo? ¿Eh? –inquirió tomándola por ambas manos y acarició con su nariz la de la chica.

–No lo sé –admitió la muchacha, sonrojándose levemente cuando le sonrió.

–Te he echado de menos.

–Yo también te he echado de menos. Pensé que estabas pasando de mí, que habías conocido a otra.

Joder... estaría loca, pero el sexto sentido femenino le funcionaba a la perfección, porque lo había clavado. Bueno, Davies, un beso ahora y callará para siempre; uno de los buenos, venga. Tampoco era un gran sacrificio porque por algo se había acostado con ella, porque estaba buena. Como una puta cabra, eso sí. Pero era una puta cabra muy atractiva. La besó sujetándola por la barbilla con su dedo índice y casi de inmediato sintió cómo la pobre se olvidaba de que había tenido que seguirla hasta los baños, de que no la había llamado en tres días y seguro que también de cómo se llamaba, porque es que sus besos eran así de increíbles.

–¡Idos a un hotel, joder!

Jordan Torres, su compañera de piso y de trabajo, acababa de entrar en los lavabos aparentemente con el único objetivo de admirar su rostro en el espejo. Y luego la vanidosa era ella. Se apresuró en sacar a Debbie de allí, porque Jordan tendría muchas virtudes, pero la de la discreción no era una de ellas y a lo mejor se le escapaba algo de la chica con la que había tenido que desayunar aquella mañana en su casa. Efectivamente, la chica del ramo de rosas.

Le susurró al oído a Debbie que la invitaba a un café y se la llevó de allí esquivando a la muerte por los pelos.

\*\*\*

Había salido bien, ¿verdad? Contra todo pronóstico, lo había conseguido. Una jugada maestra, una obra de arte, jodidamente brillante su interpretación, ganadora en los Globos de Oro y la favorita de todos para los Óscar. Se le había pasado la taquicardia y los sudores fríos del que ve próxima su hora, y estaba tomándose un café en la sala de reuniones con Debbie y un par de compañeras más. Tranquila, sosegada, hasta cómoda y con la guardia baja, porque lo peor ya había quedado atrás.

Y entonces sucedió.

Algunos lo llaman fatalidad, otros lo llaman tragedia, ella lo llama «Jordan entrando en la sala de juntas con el puto ramo de flores machacadas goteando por todo el parqué». Pero qué coño...

–Oye, Sandie, ya puedes decirme dónde guardas esos cereales que te tomas para cagar así, porque evidentemente son mucho mejores que mis Special K. Deben de tener más fibra o algo, ¿no? –inquirió acercándole las rosas empapadas a la cara.

–¡Ugh! Aparta eso.

Era agua de váter, ¡por el amor de Dios!

–¿Platos acumulados en la fregadera durante días? Lo dejo correr. –Uno de los sermones de su compañera de piso ahora no, Señor, por favor. No con Debbie atando cabos justo a su lado–. ¿Cajas de *pizza* y botellines de cerveza permanentes en la mesa del salón? Puedo soportarlo. ¿Tu ropa tirada por todos los rincones de la casa? Lo tolero, aunque aún tienes que explicarme cómo llegaron tus bragas a la lámpara de la cocina después de tu aventurilla con Katie Delfinno. –Recordó de pronto y sonrió al revivir en su mente aquella noche tan memorable, pero enseguida borró el gesto porque Debbie la estaba mirando y casi echaba fuego por los ojos–. ¿Esto, Sandie? Esto no lo puedo aguantar. No sabía si estaba en un urinario o en los putos Kensington Gardens. –Continuó su amiga sacudiendo las rosas frente a su cara y salpicándole con aquella agua de váter–. Estos lavabos son de toda la plantilla de la revista, Davies. Los desechos de tus múltiples amantes los tiras en otro sitio.

Dicho esto, su compañera de piso y, por supuesto, «ex mejor amiga», le arrojó las flores y salió de la sala dejándola a ella allí, junto a una extremadamente cabreada Debbie. En el noveno círculo del infierno.

–¡¿Cómo se puede ser tan rastrera, Sandie?! –se puso a gritar aquella pirada.

En serio, le gritaba como si hubiesen estado juntas toda la vida en vez de solo haber echado un par de polvos. Jesús Bendito... ¡cuánta susceptibilidad! Y ella se estaba limpiando el agua de váter de la camiseta con una servilleta y tampoco le prestaba mucha atención, pero es que el resto de la plantilla de la revista había acudido en masa, alertadas por un nuevo drama en la redacción. Buff... lesbianas.

–Debbie, déjame que te explique... –Lo intentó, aunque aquello ya no tenía remedio. Los Davies mueren intentándolo.

–¡No necesito que me expliques nada! ¡¿Te has estado tirando a otra a mis espaldas?!

Sonó medio a pregunta, medio a acusación, y, por un momento, no supo si lo había dicho así, en plan retórico, o si realmente esperaba una respuesta.

–Mmm... ¿preguntas o afirmas? –Quiso aclarar y al parecer Debbie no era muy amiga de las aclaraciones, porque puso una cara que... ¡madre mía! Y roja. Se puso muy muy roja de la rabia.

–¡No he conocido a nadie tan despreciable como tú! ¡Nunca! –chilló tan alto que casi solo los perros pudieron oírlo.

–Debbie, por favor, tómate el café y déjame que...

–¡Vete al infierno, Davies! ¡Y métete tu café por donde te quepa!

Y para poner punto final a aquel drama decidió derramar el contenido de su vaso de café contra su camiseta y salir de la sala en modo amante despechada, llorando y sorteando a sorprendidas compañeras periodistas.

¡Me cago en la leche! ¿Aquel café lo hacía esa máquina o el puto Vulcano en su fragua? Porque, joder, ¡cómo quemaba! Separó la camiseta de su cuerpo tomando el

tejido con solo dos dedos e intentó ventilar la zona afectada, porque se le estaba escaldando la piel. Y se dio cuenta de que al menos ocho pares de ojos la observaban de lo más entretenidos. Genial, sería la comidilla de la redacción durante los próximos dos meses, mínimo. ¡Mínimo!

–Ya se ha acabado el espectáculo –masculló al pasar por entre sus compañeras para intentar minimizar los daños a su camiseta en el lavabo.

Escuchó algunas risitas a sus espaldas y se tragó un suspiro. *¿A quién quieres engañar, Davies? Te lo has buscado todo tú solita saltándote la regla de oro de «no salir con compañeras de trabajo».* Esquivó mesas en dirección a los baños y localizó a la única persona de toda la redacción que no había acudido a la sala de juntas como un tiburón al oler la sangre. Allí estaba, tecleando en su ordenador, como si aquello no fuera con ella. Imperturbable. Y podría haberse llamado perfectamente Dalai Lama, pero se llamaba Elizabeth Cooper.

Y Elizabeth Cooper salió de su nirvana privado tan solo un momento para lanzarle una mirada de esas que le lanzaba de vez en cuando a ella y que decían «típico, típico» con un tono de desaprobación bastante importante, la verdad. Ya ni se molestaba en verbalizarlo, con esa mirada le bastaba para dejárselo bien claro. No tenía ni idea del porqué, pero ella a Elizabeth Cooper no le caía demasiado bien. Y era un misterio, porque, en general, ella le caía bien a todo el mundo. Era muy simpática y era bastante divertida, y un poco golfa, sí, pero en plan entrañable.

Y era verdad que cuando Elizabeth se incorporó a la plantilla hacía ya tres años, ella la había visto allí, en aquella misma mesa en su primer día de trabajo, con ese pelo tan moreno y esos ojos de ese verde tan verde que deberían estar prohibidos de lo verdes que eran. Y, bueno, se había colado un poco por la chica nueva. Pero luego había descubierto que Elizabeth no venía del planeta Tierra, en la redacción se rumoreaba que no tenía ombligo porque no era humana, era una máquina de precisión milimétrica, cinco estrellas en puntualidad, cinco estrellas en orden y pulcritud, y cinco estrellas en discreción, porque nadie sabía nada en realidad de aquella morena. ¿Hablaba con la gente? Sí, por supuesto. ¿Hablaba con la gente de sí misma? No, nunca, jamás. Sabían que era gay porque en aquella revista todas eran gais, porque era una revista gay que trataba temas gais, por y para los gais. Muy gay todo.

Pero eso era todo lo que sabían de Elizabeth Cooper: que era gay, imperturbable por los asuntos de los simples mortales, que le gustaba que todo estuviera ordenado, que clasificaba las cosas por colores, tamaños o formas, que era puntual como el más británico de los británicos y que ella no le caía del todo bien.

A pesar de eso, quien tuvo retuvo, y en el presente más inmediato el rollito que se traía Elizabeth le hacía bastante tilín, la verdad. A veces intentaba tontear un poco con ella, pero aquel Buda reencarnado parecía ser tristemente inmune a su encanto natural y le lanzaba su mirada desaprobadora de «típico, típico» y seguía ordenando los pósit por colores sin prestarle más atención.

Pero ella era una Davies, y los Davies no se rinden jamás, de modo que al pasar por su lado le dijo «Hola, preciosa» y le guiñó un ojo. Elizabeth la miró por un segundo a ella, bajó la vista a su camiseta manchada de café e hizo «Pfff» negando con la cabeza y devolviendo de nuevo la vista a la pantalla del ordenador.

Bueno... no había ido tan mal.

Prosiguió su camino hasta llegar al baño y, antes de entrar, pidió a Dios mentalmente que, por favor, por favor, por favor, Debbie se hubiera ido a casa deprimida y no estuviera al otro lado de esa puerta. Accedió a los servicios casi conteniendo la respiración y, cuando los encontró vacíos, suspiró aliviada. Se acercó al lavabo más cercano para echar agua sobre la extensísima mancha de café en que se había convertido su camiseta. Una verdadera pena, era de sus preferidas. Y eso estaba haciendo, limpiarse la camiseta, cuando escuchó el sonido de una cisterna. ¡Oh, mierda! Que no fuera Debbie, que no fuera Debbie. Y no, no era Debbie, era la segunda persona a quien menos le apetecía ver en esos momentos: Jordan.

–Ey, Sandie –la saludó tan tranquila mientras se colocaba a su lado para lavarse las manos–. Menuda escenita te han montado ahí afuera, ¿eh?

–Gracias, por cierto –le contestó irónicamente mientras se frotaba la camiseta con papel secamanos.

–Oh, no me las des a mí. Dáselas a la pelirroja con la que he tenido que compartir mis tostadas esta mañana –le reprochó sacudiendo sus manos justo frente a su cara cuando terminó de aclarárselas, y ella le pegó un manotazo para que parase–. Eres una rata de cloaca, Davies, ¿lo sabías?

–Sí, pero me quieres de todas formas. –Le sonrió, y cuando Jordan terminó de secarse las manos hizo una bola con el papel y se lo tiró a la cara para borrar aquel gesto.

–Es posible que te tenga cierto cariño –admitió–, pero, Sandie, amiga del alma mía, la próxima vez que te tires a una chica y desaparezcas a lo Houdini por la mañana dejándome a mí el marrón, te mataré mientras duermes. Te mataré y luego esparciré tus restos por todos los vertederos de la ciudad para que todos los miembros de tu extensa familia de ratas puedan acudir a tu velatorio. ¿Ha quedado lo suficientemente claro?

–Sí, vale. Lo que tú digas. –Asintió distraída mientras seguía peleándose con el desastre.

La mancha de café que decoraba su camiseta le preocupaba mucho más que las vacías amenazas de la psicópata que tenía por amiga. Jordan se había apoyado en la pared y se miraba las uñas distraídamente.

–¿Sabes? Me gustaría no tener que decirte esto, Sandie, pero... –comenzó a decir. Y las dos dijeron «Te lo advertí» a la vez–. ¡Te lo advertí, Davies! ¿Qué te dije?

Puso los ojos en blanco y suspiró.

–Que es mejor no mezclar el trabajo y el placer.

–¡No se puede mezclar el trabajo con el placer! Y mucho menos si el placer te lo da la psicótica de Debbie Morris. Se está medicando, Sandie. Yo lo he visto, y dice que es para el resfriado, pero si es verdad, debe de ser el puto catarro más largo de la jodida historia. Y da gracias a que lo único que ha hecho es tirarte el café a la camiseta, porque lo mismo te podía haber tirado ácido a la cara y sin pestañear.

–Me habría dolido menos, ¿sabes cuánto me costó esta camiseta? –rebatí frotando con más fuerza.

–¡Olvida la camiseta, Davies! Y repite conmigo –dijo y la sujetó por los hombros con las manos para centrar su atención–: «No mezclaré trabajo con placer».

–No mezclaré trabajo con placer.

–«Donde tengas la olla, no metas la po...».

–¡Jordan! –Puso cara de disgusto total y absoluto y se libró de los brazos de su amiga–. Estás enferma, ¿lo sabes?

–¡Son dichos de mi abuela!

–Pues tu abuela está enferma –sentenció dándose por vencida y tirando el papel a la basura. Si tenía que estar el resto de la jornada con la camiseta manchada de café, que así fuera. Se encaminó a la salida de los baños con Jordan pisándole los talones.

–Si te repites estas cosas en plan mantra, esta mierda funciona, Sandie. ¿Acaso me has visto fumar desde que voy a esas clases de meditación? –le preguntó mientras pasaba descaradamente de ella dirigiéndose a su mesa de trabajo.

Se sentó frente a su ordenador, se hizo con la libreta en la que escribía sus brillantes ideas para posibles artículos y miró a su amiga cuando esta se apoyó en su mesa. Al parecer para ella la conversación del baño no había terminado aún.

–Si vas a seguir sermoneándome, tengo trabajo que hacer –le advirtió fingiendo escribir algo en la libreta para darle más credibilidad a sus palabras.

–Sé que no tienes nada que hacer porque acabas de entregar el artículo ese de la monja bollera. –Le desmontó la coartada–. Y debe de ser bueno, porque desde que se lo entregaste, Joanna ha estado como levitando por los pasillos, así que: o es el mejor artículo que ha leído en su vida o esta mañana se le ha ido la mano con los Xanax. Y se le ha tenido que ir mucho, porque esta tía se los toma como si fueran lacasitos –dijo mientras jugaba con uno de sus bolígrafos–. Y, cambiando de tema, ¿te la tiraste?

–¿Perdona? –preguntó dejando a un lado la libreta.

–A la monja bollera. ¿Te la tiraste?

–¡¿Qué?! ¿Pero qué coño...? –exclamó con el ceño fruncido en señal de disgusto –. ¡Es una puta monja! ¿Cómo voy a tirarme a una monja? ¿Qué te pasa en la cabeza?

–Ella es una monja, pero tú eres Sandie Davies. Y no lo has negado todavía.

–¡Claro que no me he acostado con una monja! ¡Están casadas con Dios!

–Los maridos a ti nunca te han frenado.

Se pasaron al menos diez minutos de reloj discutiendo acaloradamente acerca de si se había acostado o no con la hermana Mary, y Jordan le preguntó treinta veces que si debajo del hábito llevaba lencería y ella le contestó cuarenta «¡Estás enferma!». Y, entre tanto «Te has acostado con una monja» por aquí y «No me he acostado con una monja» por allá, Elizabeth Cooper pasó por al lado de su mesa con unos folios grapados y cuidadosamente alineados en sus manos y algo debió de captar acerca de trajinarse a religiosas, porque la miró brevemente, «típico, típico», y desapareció en el despacho de Joanna.

–¡Joder, Davies! Con las miradas que te echa la mujer biónica se podrían derretir glaciares –observó Jordan cuando Elizabeth ya no estuvo a la vista.

–¡Cállate! –exigió golpeándola en la pierna–. Y cuida esa boca, porque una mañana de estas podrías encontrártela para desayunar en nuestra cocina.

La risotada que soltó su amiga al escucharla dejó bastante claro que estimaba que las posibilidades de que eso llegara a pasar eran más bien escasas. ¡Bah! ¿Qué sabría ella? Al menos había logrado que dejara de meterse con la morena. No le gustaba que la llamaran cosas como «la mujer biónica», porque vale que fuera la hostia de rara, pero sí que era un ser humano. Ella le había visto el ombligo una vez mientras se estiraba a coger unos folios para recargar la fotocopiadora.

–Davies, llevas como dos vidas enteras metiéndole fichas. ¿Merece la pena tanto esfuerzo por un polvo? –quiso saber mientras cotilleaba su libreta de ideas brillantes.

–Ey, ¡busca tus propios artículos! –le recriminó arrebatándosela de entre las manos–. ¡Y sería un polvo de la hostia!

–Bueno, supongo que si te has follado a una monja, aún tienes alguna posibilidad con ella.

Volvieron a discutir como otros diez minutos acerca de si se había tirado o no se había tirado a la monja lesbiana de Las Vegas y, cuando su discusión estaba llegando al punto más álgido, se vio bruscamente interrumpida por el sonido de la bocina de aire comprimido de Joanna. Era una de esas que usan los hinchas de fútbol, las que emiten un pitido infernal, debía de habérsela comprado a un *hooligan* durante la semana que pasó en Londres a principios de año, porque desde que había vuelto de Europa aquella se había convertido en la manera de captar la atención de la plantilla cuando tenía algún asunto importante que tratar. ¡Y, joder, si era eficaz! Silencio absoluto, todas habían parado su actividad y observaban a su jefa; bueno, a su jefa y a Elizabeth Cooper, que estaba a su lado con sus ordenadísimos y grapadísimos folios abrazados contra su pecho.

–Compañeras y amigas, periodistas todas. –Comenzó Joanna su discurso como siempre lo hacía, con ese tonillo que sonaba a mitin político de izquierdas, solo le faltaba llamarles «camaradas»–. Primero, felicitaros por el último número, porque se está vendiendo como si fuera marihuana a las puertas de un instituto público. Torres, muy bueno el artículo de la lesbiana ciega adicta a los deportes de riesgo,



debe ser una inspiración para todas nosotras. ¡Superación, superación!

Hizo sonar de nuevo la bocina de aire comprimido dejándose llevar por la emoción, y a lo mejor Jordan tenía razón y aquella mañana se había pasado con los Xanax o los Valiums, o lo que quiera que fuese que tomaba. Su amiga le sonreía henchida de orgullo por la mención especial al artículo que había publicado en el número pasado y, a decir verdad, se lo merecía, porque se había pegado una semana entera andando por la casa con los ojos vendados para poder meterse más en la piel de aquella pobre lesbiana invidente.

–Dicho esto, pasamos al asunto que nos ocupa en el momento presente – prosiguió Joanna–. Nuestra cotrabajadora, Elizabeth Cooper, acaba de proponerme una idea que...

Bah... menudo coñazo. ¿Qué sería en esta ocasión? ¿Mesas alineadas hacia la meca de los ángulos rectos? ¿El puto *feng shui* en la oficina otra vez? Porque de verdad que Elizabeth estaba buena y le hacía tilín y tolón, pero es que como siguiera en esa línea y dando esas ideas, se le iban a quitar las ganas de defenderla delante del resto de la plantilla. Jordan tampoco parecía estar muy entusiasmada ante la perspectiva de otro discursito Cooper, porque bostezó sin mucho disimulo, y estirándose y todo; con uno de sus brazos le tiró el bote de los bolígrafos al suelo y le dijo «Perdona», pero ni el más mínimo amago por ordenarlos de nuevo. Zorra.

Ella misma se agachó para recogerlos porque, a lo mejor, si estaba haciendo algo físico, evitaba quedarse dormida durante el monólogo de la señorita «me hago la línea de los ojos con escuadra y cartabón». Estaba bajo su mesa, intentando alcanzar un portaminas, y a sus oídos llegaban retazos de lo que Joanna comentaba en el exterior. «Una historia conmovedora... bla, bla... puede ser un gran artículo... bla, bla, bla... portada del próximo número... bla, bla, bla... ¿alguna voluntaria que quiera escribirlo con Elizabeth?».

Eh... ¿Cómo?

¡Uh, uh, uh!

Ella, ¡joder!

¡Ella era voluntaria!

¡Ella!

¡Por favor!

¡La oportunidad perfecta de derretir sus barreras de hielo con el calor de sus encantos!

–¡Yo! ¡Yo quiero! –exclamó tratando de salir de debajo de la mesa a la velocidad de la luz, pero falló en sus cálculos y se pegó un cabezazo contra la madera de esos que hacen historia. ¡Hostia puta! Joder, ¡qué daño! Su cociente intelectual debía de haber descendido en diez puntos por lo menos. Igual estaba sangrando y todo, pero le dio igual–. Yo quiero escribir el artículo con Elizabeth.

Insistió una vez de pie frotándose el lugar del impacto con la mano. A través del dolor, le guiñó un ojo a la morena y le sonrió, y a cambio consiguió que ella pusiera

los ojos en blanco y preguntara en voz muy alta y casi desesperada si nadie más se presentaba voluntaria. ¿Nadie? ¿En serio?

Miró a su alrededor en busca de manos levantadas y, por supuesto y tal como esperaba, no vio ninguna. Elizabeth lo preguntó una vez más, y dos y tres. Nada. Ni una sola manita en el aire. A la cuarta, casi se sintió ofendida, pero Joanna intervino poniendo fin a aquella seudosubasta y dijo:

–Sandie a la una... –Ni rastro de más voluntarias–. Sandie a las dos... –El gesto de Elizabeth era casi agónico llegado ese punto–. ¡Y Sandie a las tres! –exclamó alegremente e hizo sonar de nuevo la maldita bocina–. ¡Vendido a Sandie Davies! Las dos afortunadas, pasad a mi despacho, por favor. A las demás: muchas gracias por vuestra atención, y ya podéis seguir creando magia lésbica con vuestras prodigiosas mentes. ¡Fin de la reunión informativa!

Un último bocinazo y desapareció en el interior de su oficina, y, tras mirarla por unos segundos con un gesto indescifrable en sus ojos, Elizabeth hizo lo mismo. En serio, ¿por qué la odiaba tanto? Jordan la sacó de su ensimismamiento pegándole un golpe en el brazo. De los fuertes.

–¿Se te ha ido toda la puta olla, Davies? Ya sé que siempre bromeamos con eso de probar lo de esnifar pegamento, pero, joder, ¿te has metido un tubo entero o qué? ¿Vas a pasarte una semana entera en el culo del mundo con una tía que tiene ordenados de menor a mayor hasta los jodidos dígitos de su carné de identidad?

¿Una semana? ¿En el culo del mundo? ¿De qué coño estaba hablando su amiga? A lo mejor era ella la que se había metido el tubo entero de pegamento, porque solo había accedido a escribir un artículo con la morena, eso le daría unas horas por aquí y por allá para poder ir ablandándola poco a poco. El plan perfecto.

¿Unas horas con Elizabeth? Genial. ¿Una semana entera con Elizabeth? Un puto suicidio.

Porque era verdad que la morena le gustaba un poco, con su rollo de «qué bien huelo», «menudo culo me hacen los vaqueros» y su mirada de «típico, típico». Le ponía un poco esa actitud estirada tipo profesora de matemáticas de instituto. Pero ¿una semana entera de miradas desaprobadoras y líneas rectas? *Me cago en la leche, Davies.*

–¿De qué coño estás hablando?

Necesitaba aclararlo, aunque sabía que la esperaban en el despacho de su jefa.

–¿Que de qué coño estoy...? –Se exasperó Jordan–. ¿Otra vez has estado evadida recorriendo mentalmente la Mansión Playboy, Sandie?

Y lo que dijo a continuación. ¡Hostia puta, lo que dijo a continuación!

Demasiada información y muy poco tiempo para asimilarla:

«Te vas una semana».

«Con Elizabeth Cooper».

«A Fall River, Kansas».

## 2

# Aceptación

Se iba una semana.

Con Sandie Davies.

A Fall River, Kansas.

Estaba sentada.

Estaba sentada en una silla.

Estaba sentada en una silla del despacho de su jefa. Pero igualmente podría haber estado en mitad del desembarco de Normandía, o en la cubierta del Titanic aquella fatídica noche, ¡incluso en mitad de las rebajas por fin de temporada de Macy's!... y seguiría inmóvil y no receptiva a ningún tipo de estímulo externo. Eso debía de ser lo que los expertos llaman «estado de *shock*». Hizo un esfuerzo sobrehumano por girar la cabeza solo un poco, tenía que comprobar que era cierto y, ¡oh, sádico Dios!, allí estaba ella: con aquella cara de Sandie Davies que tenía, con la camiseta aún chorreando café y probablemente un chichón bien grande formándose bajo aquel pelo tan bien acondicionado. Lo llevaba siempre así, como recién salido de un maldito anuncio de Pantene.

Buf... le sonreía a Joanna como si nada, seguramente entre aquellas dos había habido mucho más que palabras. Porque es que Sandie Davies era así y eso la sacaba de sus casillas. Se paseaba por la redacción tirándoles los trastos a todas y a cada una de sus compañeras de trabajo. ¡Incluso a ella! Era la típica chica mona que sabe que es mona y va por la vida alardeando de lo mona que es, cantando en los karaokes de las fiestas de empresa canciones de los ochenta, y encima cantaba bien, y usando a las chicas como si fueran pañuelos desechables. Había conocido a muchas Sandie Davies a lo largo de su vida, a más que suficientes, no tenía interés en conocer a ninguna más. Y, aun así, allí la tenía: en la silla de al lado, y estaba condenada a pasarse siete largos días y seis largas noches con ella en Fall River. En una vida anterior debía de haber sido asesina en serie, pederasta o político, de lo contrario no se entendía a cuento de qué le mandaban a ella semejante penitencia.

Hacía tan solo unos minutos estaba exultante de alegría, es que no le cabía más en el cuerpo, porque aquella historia no podía haber llegado a sus manos en mejor momento. Una semana en Fall River era justo lo que necesitaba. ¿Una semana en Fall River junto a aquella versión femenina de James Dean? Mucho, mucho más de lo que podía aguantar su pobre alma. Y eso que ella paciencia tenía para dar y regalar,

pero es que no sabía por qué Sandie Davies se la gastaba toda en dos segundos. A veces en uno. Si le sonreía y le decía «Hola, preciosa» guiñándole un ojo, incluso en menos.

*No pasa nada, Elizabeth, no pasa nada. Es aquí cuando vas a amortizar los cuarenta pavos al mes de las clases de meditación zen. Aceptación, querida Cooper, aceptación.* De todas formas, estaba casi segura de que aquella libertina desaparecería nada más bajar del avión en busca de faldas que levantar, así que los daños no habían sido tan grandes. Solo esperaba que la rubia no tuviese en mente intentar nada con ella, porque llevaba un espray de pimienta en el bolso y no tenía miedo a usarlo.

–Elizabeth, una gran historia. ¡Portada para el próximo número! –parloteaba Joanna con estremitas saliéndosele por los ojos de lo feliz que estaba—. Mañana mismo salís para allá, quiero el artículo listo para la imprenta a final de este mes. Cogéis el avión en el JFK a primera hora de la mañana.

–¿Tenemos que irnos mañana? –escuchó que exclamaba la rubia a su lado.

Típico. Típico. Es que era típico de Sandie Davies. Seguramente tenía cita aquella noche con alguna pobre infeliz para intercambiar fluidos corporales y se le había ido todo al traste. Y la verdad era que se alegró un poquito cuando la vio recostándose en la silla con cara de decepción total. Soltó hasta un gruñido de lo frustrada que estaba. Le estaba bien empleado. Se había prestado voluntaria para amargarle la existencia, ¿no? Pues que sufriera ella también un poco. Que siempre iba por ahí con aquella sonrisa pegada en la cara como si su vida fuera un anuncio de la tele.

A lo mejor que su compañera le cayera tan mal no estaba del todo justificado. Porque particularmente a ella no le había hecho nada, pero de verdad que no podía evitarlo. Aquella sonrisa tan de estrella de cine que le salía a veces, esa manera despreocupada y descarada de ir por la vida atrayendo a las chicas como si fueran polillas y ella una gigantesca fuente de luz... es que le sacaba de quicio. Y lo que más le exasperaba de todo era que para la rubia la vida parecía ser sorprendentemente fácil, porque con esa cara y esa labia lo tenía todo ganado. Ni una sola vez la había visto quedarse hasta tarde trabajando; seguro que le pagaba a alguien con favores sexuales para que le escribiera los artículos porque ella estaba demasiado ocupada siendo tan irresistible y partiendo corazones allí y allá.

Tan inmersa había estado pensando en todas las razones por las cuales Sandie Davies le daba hasta un poquito de alergia que ni se había dado cuenta de que la reunión con Joanna había terminado y que estaba ya camino de su mesa. Por supuesto, la voz de Sandie la sacó de su ensimismamiento. Hasta su voz le daba repelús. ¿Por qué estaba aquel personaje pisándole los talones?

–Liz, a lo... –escuchó a sus espaldas.

–Elizabeth. –La corrigió ella con la voz más seca de la que fue capaz.

«Liz» solo la llamaban sus seres queridos, y desde luego que Sandie no era un

«ser querido». Sandie apenas era un «ser».

La escuchó bufar a sus espaldas, como irritada porque no le permitiera utilizar aquel diminutivo, pero, francamente, le importó muy poco y continuó la marcha con paso ligero hasta alcanzar su mesa y poder acomodarse en su silla. ¡Maldita sea! Otra vez le habían revuelto las cosas. Uf... Jordan Torres, había sido ella seguro, la amiga íntima de Sandie. Dios las cría y ellas se juntan. ¡Menudo desastre! Todo estaba fuera de su sitio. ¡Todo! Los bolígrafos, la grapadora, los pósits... ¡Virgen María Santísima! ¡Le había mezclado hasta los clips de colores!

Y se dispuso a arreglar aquel despropósito con la mayor celeridad, porque cada segundo que su escritorio pasaba desordenado se iba para no volver. Se estaba recogiendo el pelo en una coleta para poder trabajar mejor cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Sandie había arrastrado una silla ajena y la observaba sentada justo a su lado con media sonrisa asomando a sus labios. Y tal vez aquel gesto enmarcado en las facciones de la cara de Sandie Davies encandilara al resto de las lesbianas del planeta, a las bisexuales y a lo mejor a alguna heterosexual curiosa también, pero a ella no. Para ella eran solo dientes, muy blancos, sí, pero solo dientes. Respiró hondo antes de hablar.

–¿Qué quieres, Davies? –preguntó sin mirarla mientras hacía montoncitos de diferentes colores con los clips.

–Parece que el destino quiere que escribamos un artículo juntas –dijo la rubia e intentó ayudarla a colocar un clip verde en su montón correspondiente, pero ella le pegó un manotazo en la mano y Sandie pareció pensárselo mejor y dejó sus clips tranquilos.

–Primero, haz el favor de no tocar mis cosas. Y, segundo, el destino no quiere nada. Has sido tú la que ha saltado como un muelle en cuanto has visto la oportunidad.

Ya hablando en serio... ¿qué ganaba Sandie siguiéndola a Kansas? Porque una cosa era que intentara tontear con ella de vez en cuando en la oficina, eso lo hacía con todas, y otra cosa muy distinta era cruzarse medio Estados Unidos para poder escribir un artículo con ella. ¡Pues claro! ¡El artículo! Cabía la posibilidad de que estuviera interesada en el tema, que le hubiera gustado la historia que iba a cubrir y que se hubiera apuntado por eso, ¿verdad? Porque Sandie podía ser una bala perdida en el terreno sentimental y una vergüenza como ser humano, pero también era periodista, al fin y al cabo. Por un momento, concedió bastante credibilidad a esa teoría, porque no había otra explicación, pero es que después Sandie volvió a abrir la boca y ella casi sintió cómo le subía la bilis por la garganta.

–Por cierto, Liz, ¿de qué dices que va ese artículo?

Y lo dijo tan pancha, como dejándolo caer y sin darle ningún tipo de importancia al hecho de que no tenía ni idea, ¡pero ni idea!, de para qué se había ofrecido voluntaria. Increíble. ¡Increíble! ¡De verdad que sí! ¡Es que aquella mujer era la desfachatez personificada! La miró con desaprobación, y en realidad siempre la

miraba así, de modo que, para que la rubia se diera cuenta de que aquello le había molestado, le añadió un par de gramos de indignación. ¡Porque ni siquiera había prestado atención cuando ella misma había explicado cuál era su idea para el artículo!

Y Sandie debió de notar que algo le sucedía porque, al ver cómo la miraba, dejó de rascar la mancha de café de su ajustada camiseta y la observó a ella por unos segundos algo desorientada.

—¿Qué? —preguntó por fin y parecía que la fijeza de su mirada comenzaba a inquietarle un poco.

Ni siquiera se dignó a contestar, porque no merecía la pena gastar saliva con aquella individuo. Se limitó a negar con la cabeza y devolvió su total atención a sus clips multicolores. Si Sandie Davies quería seguirla hasta el estado de Kansas y perder una semana entera de su vida insinuándosele sexualmente, allá ella. Pero no podía permitir que la presencia de la rubia estropeará sus planes, porque iba a Fall River por una razón muy concreta. Y esa razón no tenía nada que ver con el artículo que le había propuesto a Joanna. ¿Y por qué seguía allí sentada a su lado? ¿No tenía cosas que hacer? ¿Amantes a las que despechar?

—Apesta a café —insinuó por no decirle con claridad que su mera presencia allí le revolvió las tripas.

Y no solo no se dio por enterada, porque no se dio por enterada, sino que además se le formó una sonrisa de esas suyas, de las de medio lado en plan «cuidado, que te derrito el alma» y le dijo:

—¿Te gusta? Es de tu preferido.

—Eh... ¿no? Por eso precisamente he dicho que apesta.

Cortó de raíz cualquier tipo de tonteo que aquella terrorista emocional estuviera intentando iniciar con ella y vio cómo fruncía el ceño, contrariada. Al parecer aquella Venus-Afrodita no estaba acostumbrada a ver fracasar sus intentos de seducción. Pero se recuperó enseguida, porque la palabra *derrota* no debía de aparecer en el diccionario Davies, y adoptó de nuevo aquella actitud tan suya, esa que a ella le ponía casi físicamente enferma.

—¿Sabes, Cooper? Estos días van a ser muy largos como no aprendas a sonreír.

Lo dijo levantándose de la silla y apoyando sus manos sobadoras de mujeres en la inmaculada superficie de su mesa.

Creó una nota mental para acordarse de desinfectarla más adelante, o quemarla y comprarse otra nueva, y alzó la vista para encontrarse con aquellos ojos azules fijos en ella. Sus caras estaban tan cerca que ya empezaba a notar cómo comenzaba a formársele el sarpullido y si no la alejaba pronto, lo próximo podría ser un *shock* anafiláctico de los gordos. Aparte de esa extrema reacción alérgica, aquella indeseada invasión de su espacio personal por parte de Sandie había creado una pequeña bola de ira en la boca de su estómago, porque le repateaba las entrañas la forma que tenía de pasearse por el mundo como si todo estuviera a su alcance.

Incluso ella.

–Estos días van a ser muy largos como tú no aprendas que hay una cosa llamada «espacio personal» –le informó tomando un bolígrafo, que apoyó en el pecho de la rubia para poder alejarla sin tener que tocarla directamente. También tendría que quemarlo luego, pero era un daño colateral necesario.

–Perdona, creí que tu «espacio personal» era para dos personas –le respondió con una sonrisa, como si le encantara que la alejaran clavándole bolígrafos de propaganda en el corazón.

–Si lo fuera, tú no serías una de ellas.

Cuando la hubo apartado del todo, tiró el bolígrafo a la papelera. A Sandie aquella manifestación de evidente repulsa hacia su persona no pareció afectarle mucho, es más, parecía que incluso le entretenía el causar ese efecto en ella. Increíble.

–Si me dices de qué va nuestro artículo podría empezar a documentarme.

–Es mi artículo. Y trata de la historia de amor de las dos lesbianas más ancianas del estado. Viven en Fall River y llevan setenta años juntas.

Menuda cara puso al escuchar aquello de setenta años juntas. Normal, seguramente su relación más larga no habría llegado a los setenta minutos, y eso tirando por lo alto. Parecía que le costaba trabajo asimilar que existía gente en aquel planeta para la que las relaciones no se terminaban tras el primer orgasmo.

–¿Por voluntad propia? –preguntó alzando las cejas, genuinamente sorprendida.

Madre mía. Pero es que ¿cómo no le iba a subir la tensión la perspectiva de tener que compartir la próxima semana con aquella cosa? Se tomó unos segundos para regular su respiración antes de contestar.

–Sí, Sandie, llevan setenta años manteniendo una relación, por voluntad propia. Comprendo que resulte algo difícil de aceptar para una persona cuya vida es un eterno *casting* para una película pornográfica, pero da un salto de fe y créetelo.

Y lo había dicho con todo el desprecio del que fue capaz, pero a Sandie pareció hacerle mucha gracia lo de la película porno, porque se estaba riendo. Sin ofenderse ni nada. *En fin: paciencia, Cooper, paciencia.*

–¿No ibas a documentarte? –dijo a entender que su presencia ya no era bienvenida–. Y con «documentarte» no me refiero a buscar en internet cómo serían tus hijos y los de Bob Esponja.

Y no bromeaba. Jordan y ella hacían cosas así a lo largo de la jornada laboral y se descojonaban señalando la pantalla del ordenador, las había visto en más de una ocasión. Volvía a reírse, como quien no tiene una sola preocupación en el mundo, pero al menos ya había empezado a alejarse, caminando de espaldas y sin dejar de mirarla, eso sí, pero rumbo a su mesa.

–Te veo muy puesta en mis pasatiempos, Cooper, ¿me has estado espiando?

–No me ha hecho falta porque tus risas, o debería decir «rebuznos», se escuchan desde la última planta del *parking* cuando Torres y tú os ponéis a hacer

esas idioteces.

–No son idioteces. Una chica tiene que tener claras cuáles son sus opciones, y te digo una cosa, preciosa, ¿nuestros hijos? –lo dijo señalándolas a ambas–: Una puta monería, Cooper, en serio.

*Ugh. Ugh. Ugh.* Nada más que decir.

Sandie le guiñó un ojo, no le había afectado mucho el gesto de desagrado total que había adoptado su rostro nada más oír eso de «nuestros hijos». Porque aquellas palabras evocaban en su mente la imagen de una Sandie diminuta, con aquella sonrisa «derrite almas» y en el jardín de infancia diciéndoles a las demás niñas «Eres una puta monería, ¿lo sabías?». Y esperaba que, por el bien de la humanidad, si algún día Sandie Davies llegaba a tener hijos fueran adoptados, o que utilizaran los óvulos de quien quiera que tuviera la desgracia de ser su pareja, porque con una sola Sandie Davies en él, el mundo ya estaba al borde del colapso.

Elizabeth vio cómo su amiga Megan Jensen, la única que tenía en aquella redacción, se acercaba a su mesa con un montón de papeles en las manos y, como Sandie andaba marcha atrás y no tenía ojos en el cogote, chocó con ella, desperdigando todos los documentos por el suelo. Al menos tuvo la deferencia de disculparse y agacharse para ayudarla a recogerlos. Cuando ambas se incorporaron, Sandie la miró de arriba abajo alzando una ceja. ¡Oh, Dios mío! ¿Es que no paraba nunca? No dejaba de ligar ni estando dormida, seguramente.

–Estás preciosa hoy, Jensen –le dijo a Megan tendiéndole los papeles que había recolectado.

Y Megan era su amiga, pero también era un poco idiota porque, en vez de exterminar a la sabandija de Davies con su mirada, que es lo que debería haber hecho, le devolvió la sonrisa a la rubia y le dio un buen repaso antes de responderle.

–Tú tampoco estás nada mal, Sandie.

Estaba flirteando con ella. ¡Por el amor de Dios, Megan!

Por fortuna, las cosas no pasaron de ahí. Sandie se dio media vuelta y se marchó directa a su mesa, presuntamente a «documentarse». Y decía «presuntamente» por decir algo, por otorgarle el beneficio de la duda, aunque no se lo mereciera, pero seguro que la rubia dedicaría el resto de la jornada a buscar porno o a descargar el último episodio de *Padre de familia*. No tuvo ocasión de pensar más cosas inútiles con las que Sandie pudiera perder el tiempo, porque Megan llegó a su mesa y dejó todos los documentos que llevaba en las manos de golpe frente a ella. Y aún sonreía tras aquel fugaz encuentro.

–¡Joder con Davies, Elizabeth! Hasta el café le queda bien... –lo dijo como si estuviera deseando comérsela enterita.

Y posiblemente lo estaba deseando de verdad. Bufff... iba a tener que replantearse su amistad con aquella chica, pero de momento se limitó a emitir un sonido mezcla entre escepticismo y asco a partes iguales. Megan ocupó la silla que Sandie había dejado allí tirada y continuó hablando.



–¿Ves todo esto? –Señaló los papeles apilados sobre la superficie de su mesa. Y lo preguntaba como mera introducción, porque no le dio tiempo a contestar nada antes de seguir hablando–. ¿Lo ves? ¡Pues esto va a ser todo mi fin de semana! Joanna está empeñada en incluir un artículo especial de «Lesbianas en la historia» en el próximo número, en plan «de Juana de Arco a Ellen DeGeneres» pasando por todas las que hay por el medio, y déjame decirte, querida amiga, que hay muchas. Más de las que parece, porque encima quiere meter también a las bisexuales y yo no tengo horas en el día, Elizabeth. ¡Y me dice que lo tenga listo para el lunes! ¡Para el lunes! ¿Qué espera esta mujer? ¿Que no coma? ¿Que no duerma? ¿Que me pierda *Orange Is the New Black*? –Tomó aire y, olvidando momentáneamente su agobio, cambió de tema–. ¿Tú qué tal? ¿Cómo llevas eso de irte con Davies de vacaciones a Kansas?

Sabía de sobra que ella a Sandie no la aguantaba y solo se lo preguntaba porque le gustaba hacerla sufrir.

–Te lo cambiaría en cualquier momento.

–Ufff... yo también te lo cambiaría.

Lo dijo volviéndose para poder mirar a Sandie y se relamió.

–No hagas eso nunca más. Nunca –le ordenó retirando los documentos del centro de su mesa para poder retomar el trabajo.

–Si me pides mi opinión...

–No te la he pedido.

–Si me pides mi opinión –repitió imparable–: te diré que no deberías ver este viaje como un castigo divino, sino como la oportunidad de echar un buen polvo con Sandie Davies. –Al oír aquella aberración la fulminó con la mirada y su amiga le devolvió un gesto exasperado–. ¡Venga, Elizabeth! ¡Es exactamente lo que necesitas!

–Si amanece el día en que Sandie Davies sea «exactamente lo que necesito», márame, por favor.

Y si no la mataba, ella misma se suicidaría porque ¿en que se habría convertido el mundo si aquello llegaba a suceder?

Megan se inclinó hacia ella en la silla, apoyando los codos en las rodillas para acortar la distancia entre ambas. Le señaló con un gesto del dedo que se acercara un poco, como si fuera a contarle un secreto. Ella obedeció, no porque tuviera curiosidad, porque no tenía ni una pizca, solo lo hizo porque, cuanto antes terminara con aquello, antes podría volver al trabajo, y resistirse ante Megan tendía a alargar las cosas unos cuantos siglos.

–Así, entre nosotras, Cooper... ¿cuánto hace que no echas un polvo?

–¿Qué? ¡Eso no es asunto tuyo! –exclamó notando cómo se ponía gradualmente roja y se apartó de su amiga para dar por finalizada aquella sesión de confidencias.

Ella centró su atención en la pantalla del ordenador dispuesta a reservar los billetes de avión para el día siguiente, y Megan tomó entre sus manos una de las carpetas del montón que componía su fin de semana y fingió ojearla, pero ambas

sabían que la conversación no acababa allí.

–Liz, ya han pasado cuatro años, ¿piensas estar así toda la vida? –habló por fin, aún con la vista fija en los papeles, y a decir verdad parecía un poco preocupada, así que decidió perdonarle la indiscreción anterior.

–No digas «así» de esa forma, no es como si hubiera estado encerrada en una cueva. He salido con gente.

–Has salido con gente, pero no has dejado que nadie se te acerque de verdad.

–Y desde luego no voy a dejar que se me acerque Sandie Davies, si es lo que estás sugiriendo.

–¿Por qué no? Es guapa, es muy guapa. Divertida, encantadora y sabe hacer que las chicas se sientan bien consigo mismas. Y, vale, es un poco sinvergüenza, pero eso forma parte de su encanto. Si le dieras una oportunidad, te lo pasarías bien con ella, echaríais un buen polvo y se te quitaría de encima esa tontería que llevas arrastrando desde hace años.

–¿Sí? ¿Qué me dices de Debbie Morris? ¿Sandie era lo que ella necesitaba también? Porque por la forma en que ha salido de aquí, no me extrañaría que haya ido a tirarse por un puente.

–¿Sabes por qué la odias tanto, Cooper? La odias porque es exactamente todo lo contrario a lo que eres tú. Por eso –sentenció su amiga recogiendo todos sus papelajos y levantándose de la silla dispuesta a irse.

Pfff... menuda revelación. Y lo había dicho como Galileo dijo que la Tierra era redonda, así, en plan epifanía, noticia de última hora y un bombazo informativo. ¡Pues por supuesto que odiaba a Sandie «sabandija asquerosa» Davies porque era todo lo contrario a ella! La odiaba porque mientras ella era responsable, Sandie era una inconsciente que iba por la vida de flor en flor como si fuera la abeja reina de la colmena del mundolésbico. La odiaba porque mientras ella respetaba a las personas, Sandie las utilizaba para saciar los más primarios de sus instintos y luego si te he visto no me acuerdo. La odiaba porque su mundo era un lugar ordenado, pulcro y organizado, donde las cosas tenían su momento y su lugar y si no ella se lo buscaba enseguida y todo era fácil así. ¿Sandie? Sandie no debía de tener idea ni de dónde se encontraba la mitad de las veces. A ella en su trabajo le gustaba hacer las cosas bien y a Sandie ver vídeos en YouTube. ¿Acaso necesitaba decir más?

Y no, ella no dijo más, pero Megan sí. Megan siempre tenía que marcharse dejando una frase de esas lapidarias, como con las que acaban los capítulos de las series baratas de televisión. De las que te dejan pensando y a las que sigue una música como: «ta ta ta taaaaan», resaltando el momento para marcar la trascendencia del mensaje.

Megan la miró ya de pie, con las carpetas apretadas contra su pecho, esperó en silencio por unos segundos, por aquello de crear expectación.

–Pues los polos opuestos se atraen.

«Ta ta ta taaaaan».

Y dicho esto se marchó hacia su mesa no sin antes echarle otra mirada a Sandie del tipo «es que me la comía toda».

Pues cómetela, Megan, y a ver si no se te indigesta.

\*\*\*

El resto de la jornada laboral había ido bien, ya tenía en su poder los billetes de avión para volar a Kansas al día siguiente y casi tenía redactada la totalidad de las preguntas para la entrevista que realizaría a la pareja estrella del artículo. Todo viento en popa. Por si eso fuera poco, Sandie Davies no se le había vuelto a acercar en todo el día porque, al parecer, había estado muy ocupada hablando por teléfono primero y guerreando en una intensa batalla de bolitas de papel con Torres después. El porqué aquella individuo continuaba formando parte de la plantilla de la revista era un misterio para ella, uno de los grandes, como el de la Santísima Trinidad.

Lo único que había enturbiado un poco su buena racha fue cuando Megan le dijo que no podría acercarla a su casa después del trabajo, y a la cara no le comentó nada, porque su amiga estaba flipándolo bastante con eso de tener que empezar, desarrollar y terminar el artículo de las lesbianas en la historia en un solo fin de semana, pero en su fuero interno sí que pensó que se lo podría haber avisado antes, la verdad. Así que allí estaba, de pie, en la parada del autobús, a la espera de verlo aparecer en la lejanía entre el denso tráfico de la hora punta de Nueva York y preguntándose si encontraría un asiento libre o si se vería obligada a viajar de pie hasta llegar a su casa. Y junto a ella esperaban un par de ancianas y una mujer embarazada, así que se inclinaba más por la segunda opción, porque, aunque no tenía ni pizca de ganas de ir de pie, sí que tenía educación.

Una que no tenía educación era Sandie, ¿verdad? Uf... Davies, una sabandija disfrazada de mujer que caminaba por la vida oliendo a Calvin Klein, cegando a todo aquel que tuviera ojos con aquella sonrisa cautivadora destroza almas y saboteando viajes a Fall River, Kansas. ¿Por qué, Señor? ¿Por qué Joanna se había empeñado en que aquello era trabajo de dos personas? ¿Y por qué se tenía que haber presentado voluntaria precisamente ella?

*La vida es injusta, Cooper, no le des más vueltas.*

¡Pero es que bien que a Sandie la había dejado irse sola a Las Vegas a entrevistar a la monja lesbiana! Y sí, sí, claro que la habría entrevistado bien entrevistada. Seguramente le había hecho una entrevista en profundidad. Y que quedara claro que con «entrevista en profundidad» quería decir sexo. La había oído cuchicheando con Torres sobre aquello y, aparte, con Sandie Davies todo parecía querer decir sexo, de modo que no cabía duda. Y, para colmo de males, el artículo parecía uno de los mejores que Joanna había leído en mucho tiempo.

Y en eso pensaba mientras sacaba el bonobús de su bolso, porque al autobús le faltaba un rato aún para llegar, pero a ella le gustaba estar preparada, cuando de

pronto escuchó un claxon sonar cerca. Muy cerca. Y aquella voz.

–Ey, preciosa, ¿quieres que te lleve? Soy más rápida que el autobús y cobro en amor. Un beso el viaje.

Sandie le hablaba al volante de un Lexus plateado, con la capota bajada y los ojos escondidos tras unas gafas de sol. Le dedicó una corta mirada, lo justo para que sonara a «ufff, otra vez tú», sacó el bonobús del bolso y se lo mostró como toda respuesta.

–¡Venga, Liz! Por ser tú el billete es sin lengua.

–Ni en un millón de años. Preferiría ir andando descalza al fin del mundo, Davies. –Dejó claro oteando el horizonte en busca del autobús.

Ya le costaba bastante trabajo tener que respirar el mismo aire que ella de vez en cuando. ¿Besar esa boca? *Ugh*. A saber dónde había estado ese par de labios durante el último mes, seguro que recolectando los gérmenes de toda la población femenina de Nueva York. *Ugh*. ¿Y por qué demonios seguía llamándola Liz?

–No seas cabezota, Cooper, ¿prefieres viajar en transporte público? Es hora punta y hace como cuarenta grados a la sombra –insinuó quitándose las gafas y entornó los ojos a causa del sol.

Y, tal vez por primera vez en su vida, Sandie tenía razón. Un autobús a aquellas horas y con esa temperatura estaría lleno de gente sudorosa, apretándose los unos contra los otros en busca de unos milímetros de espacio personal inexistente, y el ambiente estaría cargado de esa mezcla de olores llamada «humanidad». Y bueno, Sandie sería muchas cosas, porque las era, pero al menos siempre olía bien y además su coche era descapotable.

Le tomó unos segundos el decidir montarse en el vehículo de la rubia, porque iba en contra de todas sus creencias el acercarse a ella por voluntad propia, pero finalmente suspiró guardándose el bonobús de nuevo en el bolso y aceptó la oferta de su compañera de trabajo. Casi se arrepintió cuando vio cómo Sandie volvía a colocarse las gafas con una sonrisa de satisfacción en el rostro al verla acercarse.

Se montó en el coche con cara de circunstancias y sintiendo que traicionaba uno a uno todos sus valores, como si las gafas de sol, el pelo Pantene, el Lexus y esa sonrisa fueran cuatro de los siete pecados capitales y ella fuera a ir al infierno solo por tocar con su culo aquellos asientos de cuero. Si Sandie se dio cuenta de su reticencia no dijo nada, se limitó a arrancar el vehículo y se incorporó con habilidad al tráfico neoyorquino.

Paseó la mirada a su alrededor y no localizó nada que indicara que Sandie fuera la propietaria de aquel coche. No sabía qué esperaba encontrar, tal vez sujetadores colgando del espejo retrovisor y bolsas de Doritos esparcidas por el suelo, pero no. Nada. Era un interior de coche normal, razonablemente ordenado, y en el retrovisor, en vez de ropa interior femenina, se balanceaba el dibujo de un gato que decía «Mira Miiiiiauto».

–Es un dibujo que me hizo mi sobrina.

¿Sandie tenía una sobrina? Chocante y escalofriante a partes iguales, porque, de pronto, aquella imagen de la mini Sandie ligando en el jardín de infancia regresó a su mente junto con el comentario de «Nuestros hijos, una puta monería» y se sacudió en el asiento del repelús que le dio. Y el pensar en unos hipotéticos niños con la rubia le llevó a recordar algo que tal vez no había dejado suficientemente claro antes de montarse en el coche.

–No voy a besarte, Davies.

Sandie primero sonrió con suficiencia y la miró a través de los cristales de sus gafas de sol y después devolvió la vista a la carretera.

–¿Dónde te llevo?

No respondió verbalmente a su comentario anterior. Y no hacía falta, porque con aquella mirada ya lo había dicho todo. Puf.

En veinte minutos de reloj la rubia aparcaba el vehículo justo enfrente de su casa. Y es que era verdad que aquella mujer debía de haber nacido con una flor en el culo de la suerte que tenía, porque ¿encontrar sitio en su calle a aquellas horas? Siempre que la llevaba Megan casi tenía que saltar del coche en marcha. Y, un momento, ¿por qué Sandie había aparcado? Esperaba que no tuviera intenciones de quedarse mucho rato allí, porque tenía mucha prisa por hacer muchas cosas y la primera de esas cosas que tenía mucha prisa por hacer era alejarse de ella a la velocidad de la luz.

–Sana y salva en tu casa, Cooper. –Sonrió la rubia apagando el motor y se quitó las gafas de sol para dejarlas en la guantera–. ¿Qué se dice?

Le dio pie a agradecerle el viaje, pero, a la vez, puso morritos dando a entender cuál era la clase de agradecimiento que esperaba recibir. Indescriptible. Sencillamente indescriptible la desfachatez que derrochaba aquel pseudo ser humano por cada poro de su piel.

–Mañana. A las ocho. En el aeropuerto –puntualizó antes de salir del coche dejándola con los morritos puestos.

Se dirigió a su portal sin mirar atrás y sacó las llaves del bolso, por supuesto que escuchó la puerta del coche abrirse y cerrarse, pero decidió no prestarle atención. Justo cuando metió la llave en la cerradura, aquella casanova del tres al cuarto se materializó a su lado, con las gafas de sol por diadema. Se apoyó en la fachada del edificio y la miró dando vueltas al llavero del Lexus en su dedo índice.

–¿No vas a invitarme a subir? Deberíamos discutir algunos puntos de los que vamos a tratar en el artículo.

Aquel parásito del amor libre no sabía coger una indirecta, eso seguro.

–Evidentemente no –contestó a la primera cuestión como si fuera lo más obvio que había tenido que aclarar en los días de su vida. Y en realidad lo era.

–¿Y si necesitara usar tu baño?

–Lo sentiría por ti –respondió abriendo la puerta y pasó al interior de su portal –. Mañana. A las ocho. En el aeropuerto.

Se lo repitió antes de cerrar la puerta dejando a la rubia tras ella. Mientras se dirigía al ascensor la escuchó hablar fuera y se volvió solo para verla mirándola a través del cristal.

–¡Está bien! Hoy tienes prisa, hacer la maleta y todo eso. Nos vemos mañana a las ocho. O tal vez antes en tus sueños, Cooper.

Se colocó las gafas de sol de nuevo y, lanzándole una sonrisa de esas que ella creía irresistibles, se volvió al coche.

*Aceptación, Elizabeth, aceptación.*

\*\*\*

22:05 horas.

¿La maleta lista junto a la puerta? Sí.

¿Documentos necesarios en el portafolios? Sí.

¿Billetes de avión preparados en su bolso? Sí.

¿Ropa que se pondría al día siguiente lista sobre la silla de la habitación? Sí.

¿Nevra libre de alimentos perecederos que pudieran estropearse en los próximos días? Sí.

Perfecto. Simplemente perfecto. Dejó sobre la mesilla la libreta en donde había apuntado todas aquellas tareas para asegurarse de que no se le olvidaba hacer nada antes de irse a la cama. Oficialmente estaba lista para dar la bienvenida a ocho horas de sueño reparador e iba a disfrutarlas hasta que su despertador la levantara a las seis de la mañana. ¿Había dicho «despertador»? Quería decir despertadores, por supuesto, porque tenía tres. Uno eléctrico conectado a la luz y dos de los que funcionan con pilas. Cabía la posibilidad de que hubiera un apagón durante la noche y de que su despertador eléctrico quedara fuera de combate y por eso lo de los despertadores de pilas. También era posible que las pilas de uno se gastaran y de ahí el tener otro de reserva. Porque las probabilidades de que hubiera un apagón y se gastaran las pilas la misma noche eran bastante escasas, pero una chica debe estar preparada hasta para lo más imprevisible.

Solo le quedaba una cosa por hacer antes de poder entregarse a los brazos de Morfeo. Y la verdad era que no le apetecía nada, pero nada de nada, escuchar la voz de Sandie Davies a esas horas y justo antes de dormir, pero debía asegurarse de que la rubia estuviera en el aeropuerto a las ocho en punto para facturar sus maletas. Vale que se lo había recordado dos veces aquella tarde, pero es que se trataba de Sandie Davies.

Hizo de tripas corazón alcanzando su teléfono móvil, que se cargaba en la mesilla, y buscó su contacto. Ugh... hasta ver su nombre en la pantalla amenazaba con causarle pesadillas aquella madrugada. Inició la llamada y, mientras escuchaba sonar los tonos, se dedicó a estirar las sábanas de la cama bajo las que se encontraba recostada, porque las arrugas le ponían nerviosa. Iban cinco y ya empezaba a pensar que tal vez la rubia se había marchado pronto a la cama en un

alarde de responsabilidad que, francamente, le pegaba más bien poco tirando a nada de nada. Estaba casi alucinando ante aquella remota posibilidad cuando descolgaron el teléfono al otro lado y escuchó su voz. Su voz acompañada de una música atronadora que sonaba demasiado alta y que no parecía situar a la rubia durmiendo en su cama precisamente.

–¡Ey, Liz! ¿Ya me echas de menos?

¿Echarla de menos? Podría no volver a verla nunca y aun así el descanso le sabría a poco. Y eso era un hecho, pero no se lo dijo. No. Porque ella necesitaba sus ocho horas de sueño y no iba a malgastar ni un solo segundo de sus minutos hablando con Sandie más de lo estrictamente necesario.

–Solo te he llamado para recordarte que debes estar en el aeropuerto a las ocho en punto, Davies. Debemos facturar nuestras maletas. A las ocho en punto. Hablo en serio.

Y es que estaba segura de que iba a llegar tarde, o directamente a no llegar.

–*Captado, preciosa, a las ocho en punto* –confirmó, pero ella seguía sin creérselo del todo–. ¿Quieres que te dé un beso de buenas noches?

–No, gracias, ya me he lavado los dientes y además se me ha acabado el desinfectante –respondió dispuesta a finalizar la conversación–. A las ocho. Buenas noches.

Fueron sus últimas palabras antes de colgar. ¿Las últimas de Sandie? No lo sabía con exactitud porque se habían perdido entre la música que sonaba de fondo, pero había distinguido algunas sueltas, siendo estas «bebida», «Torres» y «hostia puta».

Típico. Típico. Muy típico de Sandie Davies.

En cuanto colgó el teléfono apartó a Sandie de sus pensamientos sin mucho esfuerzo, la verdad. Había tenido todo el día para hacerse a la idea de que tendría que pasarse la próxima semana junto a ella, soportando su presencia lo mejor posible. Ignorándola tal vez. Y de verdad, de verdad, de verdad, que su desprecio por la rubia era muy grande, pero debía admitir que las arcadas casi quedaban en un segundo plano cuando pensaba en la verdadera razón de su viaje a Kansas. Porque cuando pensaba en aquello todo lo demás abandonaba su mente y se olvidaba de Joanna, del artículo, de Sandie Davies y hasta de sí misma.

Abrió el primer cajón de la mesilla y la sacó de allí, no sabía por qué seguía conservándola después de cuatro años, menos aún por qué la miraba casi cada noche antes de irse a dormir. Y, aun así, lo hacía.

La sostuvo frente a su cara por unos segundos, estudiando la imagen como si fuera la primera vez que la veía. Como siempre, el corazón se le saltó un latido, contrayéndose en su pecho al encontrarse con aquellos ojos que la contemplaban, la miraban desde otro tiempo y lugar, atrapados en una fotografía. También ella misma salía en la instantánea, y parecía feliz, porque hubo un tiempo en que lo fue. Feliz.

Y estaba segura de que podía volver a serlo, porque había sido como una

revelación, ¿enterarse de aquello el mismo día que aquel artículo llegaba a sus manos? Es que no podía ser casualidad, porque entre otras cosas en el mundo de Elizabeth Cooper las casualidades no existían. Era una señal del destino gritándole muy alto «¡Cooper, es tu última oportunidad!». E iba a aprovecharla.

Giró la instantánea para poder ver el reverso y sonrió. Porque realmente aquel viaje era su oportunidad, y ni siquiera Sandie Davies podría estropeársela. Porque allí, escrita en su propia caligrafía, estaba la verdadera razón de aquel viaje a Kansas.

«Samantha y Elizabeth. Fall River».



### 3

## La revelación

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Elizabeth la iba a matar, en serio. Porque el puto despertador no había sonado, o tal vez ella no se había acordado de programarlo la noche anterior, pero no era aquel el momento de buscar culpables. No. Aquel era el momento de salir cagando leches de su casa en dirección al aeropuerto, porque si no la señorita «nacé puntual» la iba a crucificar. Como a Jesucristo, pero en vez de con clavos, con reproches de los suyos, de los de «típico, típico» y con miradas desaprobadoras de esas que le salían tan naturales a ella.

¿Ducharse? ¡No había tiempo!

¿Desayunar? ¡No había tiempo!

Y menos mal que la tarde anterior preparó su equipaje antes de marcharse a aquel bar con Jordan, porque si no se habría visto obligada a pasarse la semana paseándose por Fall River, Kansas, con la misma ropa.

Se había vestido, batiendo récords de velocidad, con lo primero que había visto en el armario. Unos vaqueros y una camiseta. Y no tenía tiempo tampoco de mirarse en el espejo, pero estaba segura de que le quedaba de miedo, lo sabía sin necesidad de ver su reflejo. Eran ya muchos años siendo Sandie Davies. Salió corriendo de su habitación con una cazadora en las manos y su bolsa de viaje al hombro, porque eran las siete y media y llegar tarde era inevitable, pero quería minimizar daños y tal vez impedir que a Elizabeth le diera un ictus o algo. Estaba segura de que si se retrasaba demasiado, a la morena le explotaría la cabeza o sufriría un fallo multiorgánico masivo, porque a veces había entrado cinco minutos tarde a alguna reunión en la revista y, madre mía, la cara con la que la había mirado.

–Joder, Davies, ¿aún estás aquí? Cooper te va a matar.

Le sobresaltó la voz de Jordan, que entraba en ese momento al apartamento. Se le habría alargado la noche.

–¿Tengo mal aspecto?

Su amiga la miró de arriba abajo antes de contestar.

–¿Como ser humano?

–Que te jodan, Torres –le dijo antes de abandonar la casa.

No esperó al ascensor, decidió bajar los cuatro pisos que la separaban de la calle saltando las escaleras de tres en tres y llegó a su coche hiperventilando. Tiró la bolsa de viaje al asiento trasero y se colocó la cazadora antes de ponerse al volante.

La retrasada de su compañera de piso se asomó por la ventana del apartamento justo antes de que arrancara el motor.

—Ey, ¡te dejas a Totó, Dorothy!

La escuchó gritar desde las alturas. Se limitó a enseñarle el dedo medio de su mano en un silencioso, pero a la vez extremadamente expresivo, «que te den» y puso el coche en marcha. Aún alcanzó a escuchar un «¡Saluda al Mago de Oz de mi parte!», antes de pisar a fondo el acelerador y poner rumbo al aeropuerto.

\*\*\*

Había llegado media hora tarde y... Madre. Santa. Bendita.

No le había dicho nada, porque es que ni siquiera había abierto la boca al verla aparecer. Ni un «Buenos días, Sandie», ni un «¿Qué tal has dormido?». Nada. Ufff... a alguien no le sentaba bien madrugar. Se había limitado a mirarla allí de pie junto a su impoluta maleta y con su portafolio colgando del hombro. La había observado impasible mientras ella se acercaba disculpándose desde la distancia y cuando estuvo a su altura la había observado un poco más antes de murmurar: «Aceptación, Cooper, aceptación». Después había cogido su maleta y se había encaminado hacia los mostradores de facturación.

De eso hacía casi tres horas y el voto de silencio continuaba, porque ya debían de estar sobrevolando Ohio, pero la morena seguía muda.

¡Como si para ella fuera a ser muy divertido pasarse una puta semana entera junto a aquella yonqui de la pulcritud! *¿En qué hora, Davies? ¿En qué hora te ofreciste voluntaria para esto?* Pues la verdad era que para aquello no se había ofrecido voluntaria nunca, porque si hubiera escuchado «una semana», «Elizabeth Cooper» y «Fall River, Kansas» en la misma frase habría preferido beber cianuro, ¡cianuro!, antes que levantar la mano. Pero a ella le había sonado todo a «seducir a la Reina del Hielo en tres sencillos pasos» y, claro, se había tirado de cabeza a la piscina.

Y la verdad que eso de «seducir» a Elizabeth se le antojaba en aquellos momentos un poco imposible tirando a milagro. Es que aquella tía debía de pasar las noches metida en un tarro de formol o enchufada a la luz para recargar baterías. Elizabeth en sí misma y en su conjunto era una puta oda a los Expedientes X, porque vale que le hubiera visto el ombligo, pero empezaba a pensar que era una tapadera, de quita y pon.

Giró la cabeza ligeramente para observar cómo aquel misterio de la naturaleza estudiaba con detenimiento unos papeles. Llevaba todo el vuelo dando vueltas a una sucesión interminable de folios. Predecible y aburrido. Muy aburrido. Intentó concentrarse en la música que sus auriculares mandaban directo a su cerebro, a lo mejor así conseguía dormirse y al despertar estaban regresando a Nueva York. Improbable, sí, pero una chica puede soñar de vez en cuando. Cerró los ojos y se dispuso a evadirse con la ayuda de la música de Cher de la triste realidad que era

Elizabeth Cooper escaneando misteriosos documentos a su lado.

*Do you believe in life after love...* ¿Qué serían aquellos papeles? *I can feel something inside me say...* Parecían algo extremadamente importante y apostaría lo que fuera a que no estaban relacionados con el artículo que tenían entre manos. *I really don't think you're strong enough now...* ¿Recomendaciones para pasar desapercibidos entre los humanos en una invasión silenciosa? *Do you believe in life after love...* Ufff... su curiosidad periodística se le había despertado de golpe y porrazo, porque si no eran cosas del trabajo, ¿qué demonios era? ¿Acaso Elizabeth Cooper tenía vida más allá de la oficina? *I can feel something inside me say...* ¡A la mierda! ¡Tenía que saberlo! Se quitó los cascos dispuesta a descubrir la cara oculta de la señorita «perfección».

–Ey, Elizabeth, ¿qué lees? –preguntó girándose en su asiento para abrir las vías de comunicación.

Nada. Ni un microgesto que mostrara que la había escuchado. Aquella morena era cinturón negro en el arte de ignorar.

–Vamos, Liz... Sé que he llegado un poco tarde y todo eso, pero no vas a estar la semana entera sin hablarme, ¿verdad?

Esta vez la mandíbula de la morena se tensó al escuchar aquel «Liz». Interesante. Interesantísimo, de hecho. Conque aquella era su kriptonita, el camino para vencer los muros de su indiferencia.

–Si me perdonas, seré tu esclava sexual hasta que volvamos.

¡Bingo! Elizabeth había dejado caer los papeles sobre la bandeja que tenía frente a ella y también se giró en su asiento para poder mirarla.

–No sé en qué universo paralelo vives, Davies, pero en este tus servicios sexuales me apetecen tanto como un lavado de estómago. Y lo que yo lea o deje de leer no ha sido, es, ni será nunca asunto tuyo.

Dicho aquello puso fin a la conversación regresando la vista a sus documentos.

Bueno, pues ya está. Ella lo había intentado, ¿verdad? No podía reprocharse nada. Se acomodó de nuevo en su asiento dispuesta a colocarse los cascos y seguir con su vida. Al fin y al cabo, la intimidad es la intimidad, hay que respetarla y todo eso.

Y, en un rápido movimiento, le arrebató a la morena los papeles y los puso fuera de su alcance para poder al menos echarles un rápido vistazo. ¿Hubo amenazas a su integridad física? Sí, la verdad, y bastante espeluznantes, además, pero lo que vio en esos papeles... ¡Hostia puta, Davies! Mientras forcejeaba con la morena alcanzó a ver la cabecera de la primera página. «Plan B: Neutralización de ceremonia» y las primeras líneas no dejaban lugar a la imaginación.

–Me cago en la leche, Elizabeth. ¿Vas a Fall River a cargarte una boda?

No podía ser que Cooper hubiera ideado un maléfico plan para reventar un enlace matrimonial en el lejano Kansas, ¿verdad? ¡Era Elizabeth Cooper! ¡Por el amor de Dios! Es que podían decirle que la Madre Teresa de Calcuta hacía orgías en

los encuentros espirituales y se lo creía más.

Alucinada. ¡Alucinada! Así se encontraba. Sin palabras, pero con un montón de preguntas flotando en su mente, y todas empezaban por «Pero ¿qué coño...?». Elizabeth le había arrebatado los papeles del «Plan B». Sí, sí, «el plan», uno de los de verdad, con las horas, minutos y segundos apuntados en el margen izquierdo y los pasos a seguir en cada momento cuidadosamente especificados a continuación.

–¿No respetas nada?

La morena la reprendió endureciendo el tono mientras ponía a salvo todas las pruebas incriminatorias y la verdad era que no se la veía para nada alterada. La había pillado con unos papeles francamente comprometedores entre las manos y la tía seguía en su línea, imperturbable. Como si estar viajando en un avión rumbo a desbaratar una boda fuera lo más normal del mundo, su plan típico de los domingos. Definitivamente, por sus venas en vez de sangre corrían impulsos eléctricos, ya no había lugar a la duda.

–¿Respetar? ¿Te suena de algo el sagrado sacramento del matrimonio? ¡Sagrado! En serio, Cooper, ¿de qué va todo eso del Plan B?

Seguro que había una explicación lógica, aunque ella en esos momentos no la concibiera. Tenía que haberla, porque la chica frente a la que se encontraba era un jodido monumento a la rectitud, un dechado de virtudes, carente de defectos, y si se confirmaba aquello que ella estaba pensando debía de ser que el equilibrio cósmico del universo había empezado a tambalearse.

Primero: Elizabeth Cooper reventando una ceremonia en Fall River, Kansas.

Segundo: Tsunamis, terremotos y huracanes asolan la Tierra.

Tercero: Fin del mundo.

Cuarto: Juicio final por nuestros pecados.

Y ahí, en la cuarta fase, ella estaba bien, pero que bien jodida, porque a Elizabeth le había dicho eso del sagrado matrimonio por poder reprocharle algo, pero la verdad era que ella había deshonrado unos cuantos a lo largo de su vida sexual.

La morena miraba por la ventanilla sin tener ni la más mínima intención de hacerla partícipe de nada más en lo concerniente al contenido de esos perturbadores papeles, y eso no podía ser. No, señor. Porque aquella semana hasta hacía dos minutos pintaba muy pero que muy mal y de repente el cielo gris de su desgracia se había abierto un poquito. Lo justo para dejar pasar algo de luz.

–Y dime, Cooper, de esta «hipotética» boda que «hipotéticamente» vas a impedir, ¿conoces a alguien o simplemente las eliges del periódico así, aleatoriamente?

Se lo preguntó mientras guardaba el iPod en el bolsillo de su cazadora, porque con una historia así frente a las narices, ¿quién necesitaba a Cher? Y sí, poco a poco la paz interior de Elizabeth se debía de estar agotando ante sus embates de curiosidad, porque su mandíbula estaba otra vez tensa y ni la había llamado Liz ni nada.

–¿Para eso te cogiste las vacaciones el mes pasado? ¿Para ir a Colorado a parar otro santo enlace? ¿De qué va esto?

Elizabeth se estaba girando hacia ella y no sabía si tenía intenciones de revelar su secreto o de fulminarla con la mirada en plan desintegración mística, porque en aquellos momentos de incertidumbre podía suceder cualquier cosa. Su corazón se había acelerado considerablemente ante aquella posible primicia, porque eso sí que sería un bombazo. ¡Menuda exclusiva! Y si se llegaba a confirmar, en la redacción iban a olvidarse de su escenita en la sala del café con la loca de Debbie Morris en tiempo récord.

–No es asunto tuyo, Davies.

Lo dijo muy seria. Y Elizabeth siempre estaba seria, no recordaba haberla visto sonreír nunca. Bueno, la había visto enseñar los dientes en plan irónico, sonrisa tipo «muérete, Davies», esa sí que la había visto en muchas ocasiones. ¿La de verdad? Nunca, jamás. De hecho, dudaba que estuviera programada en su *software*. El caso era que Elizabeth lo había dicho más seria de lo normal y eso debería haberla desanimado de seguir preguntando, ¿verdad?

Verdad. Pero era de natural curiosa y de profesión periodista. Inútil luchar contra la genética.

–El plan era pasarme una semana contigo en Kansas entrevistando lesbianas octogenarias. Si entre pregunta y pregunta piensas ir a neutralizar una boda, sí que es asunto mío –opinó desafiándola con la mirada. La necesidad de saber era mucho mayor que la preocupación por su integridad física.

Y la preocupación por su integridad física debería haber sido muy grande. ¿A juzgar por el gesto de la cara de la morena? Ufff... colossal. Pero, cuando ya comenzaba a pensar que sería prudente además de conveniente que se cambiara de asiento, Elizabeth suspiró en señal de derrota. Como si se hubiese dado cuenta de que estaba acorralada y sin salida. Excelente.

Se preparó mentalmente para recibir una explicación lógica de boca de su compañera de trabajo.

–Está bien, Davies. Supongo que si no te lo digo yo, un ser sin escrúpulos como tú me robará los papeles mientras duermo –comenzó la morena. Y lo de «ser sin escrúpulos» le había molestado un poco, pero lo de robarle los papeles mientras dormía ya se lo había planteado, de modo que la dejó proseguir-. Puede que no lo sepas, porque en el centro de tu «universo Davies» estás tú y en la periferia sigues estando tú, pero yo nací en Fall River. Me mudé hace cuatro años, cuando mi novia me dejó. Me he pasado todo este tiempo en Nueva York conociendo especímenes como tú tras cada esquina que giraba. Chicas egoístas. Egocéntricas narcisistas que de lo único de lo que se preocupan es de sí mismas y de pasar un buen rato. Y de pronto me entero de que Samantha va a casarse...

–¡Me cago en la puta, Cooper! ¿Vas a joderle la boda a una ex?

La interrumpió, porque contenerse fue superior a sus fuerzas.

No sabía qué había sido más impactante: si descubrir que Elizabeth Cooper había nacido en la Tierra, que había tenido novia y sentimientos característicamente humanos en algún momento de su vida o el hecho de que en realidad aquella lunática disfrazada de bayeta atrapapolvo planeaba desmontar una boda desde los cielos. La cabeza casi le daba vueltas ante aquella nueva información, y menos mal que iba sentada y con el cinturón puesto, porque era muy posible que de otro modo se hubiera caído al suelo desmayada de la impresión. En serio. Era muy fuerte todo.

–Tú no lo entiendes. –La menospreció la morena–. Esta boda es un error. Sé que ella me quiere a mí y si se casa con él va a arrepentirse. Solo voy a darle la oportunidad de ver que se está equivocando...

Alucinante. Sencillamente alucinante. La pobre había perdido el contacto con la realidad.

–Cooper, ¿tú te estás oyendo, joder? ¿Te has mirado en un espejo últimamente? ¿Tienes los ojos marrones? –preguntó, y aunque ella la miró como si se hubiera vuelto loca, negó con la cabeza–. ¿Tienes una puta estrella en el paseo de la fama?

–No, y no sé a lo que estás jugando, pero...

–¿Mides un metro setenta? –quiso saber y solo recibió un resoplido como respuesta–. ¿Mides un metro setenta, Elizabeth?

–No –contestó exaltada.

–¿Sabes por qué? ¡Pues porque no eres Julia Roberts, yo no soy Rupert Everett y esto no es la puta *Boda de mi mejor amigo!*

Madre mía, ¿es que todas las tías buenas estaban piradas o qué? Porque ya sabía que Elizabeth era rara, de hecho, sabía que daba una nueva dimensión a la expresión «ser rara», pero aquello no se lo había visto venir y ahora estaba encerrada en un avión rumbo al culo del mundo en compañía de una de esas exnovias acosadoras psicóticas y tendría que pasar con ella una semana entera.

Y de pronto todo aquello que estaba pensando dejó de tener sentido, porque se dio cuenta de que Elizabeth miraba por la ventanilla en el más absoluto de los silencios, tapándose la boca con una mano y con la vista perdida entre las nubes. Joder, parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro. Ufff... a lo mejor se había pasado con ella. Sintió el peso de la culpabilidad asentándose sobre su pecho, porque viéndola así, como estaba en aquellos momentos, Elizabeth no parecía una acosadora psicótica, sino la chica más triste del planeta.

–Elizabeth...

Quiso decirle algo, no sabía exactamente qué, y no tuvo tiempo de averiguarlo porque la morena se levantó del asiento con mucha prisa.

–Déjame pasar, Sandie, por favor.

Casi le dijo que no. Que no la dejaba ir a ningún lado. Al menos así tendría la oportunidad de disculparse, podría hablar con ella e intentar arreglarlo, porque estaba claro que había tocado una fibra sensible en la morena, de esas que hasta

hacia dos minutos ni sabía que existían. Quiso impedir que se marchara, pero al ver lágrimas, lágrimas reales, caer por las mejillas de Elizabeth, se encogió en su asiento lo suficiente para que pudiera salir y alejarse en dirección al baño.

Ella la siguió con la vista y cuando volvió a acomodarse en su sitio cayó en la cuenta de cómo la miraba la ocupante del asiento del otro lado del pasillo. Era muy mayor, tendría cerca de mil años seguro y, cuando sus ojos se encontraron, aquella Matusalén reumática los entrecerró en señal de desaprobación y negó lentamente con la cabeza antes de devolver la vista al libro de Danielle Steel que sujetaban sus artríticas manos. Y la verdad era que tampoco había sido culpa suya que Elizabeth se hubiera puesto a llorar así sin más, al menos no del todo suya ¿verdad? ¡Era ella la que de repente se había vuelto loca! ¡Planeaba neutralizar una boda, por el amor de Dios!

¿Debería seguirla? ¿Asegurarse de que estaba bien? Ufff... es que estaba llorando porque le había dicho que no era la jodida Julia Roberts. Al final decidió esperar el regreso de la morena sentada en su asiento, porque era más prudente darle algo de espacio para que se recompusiera. Seguramente en unos minutos regresaría de nuevo convertida en la mujer biónica y la llamaría «sabandija asquerosa» y todo volvería a la normalidad. Bueno, a la normalidad no, porque seguía quedando pendiente el asunto ese de reventar la boda de su exnovia, pero al menos la relación entre ambas habría recuperado su equilibrio.

\*\*\*

Incómodo. Incómodo. Incómodo.

Su avión había aterrizado hacía una hora, habían recuperado sus maletas tras esperar casi quince minutos de reloj con la vista fija en la cinta de equipajes y habían alquilado un coche para toda la semana, nada que ver con su Lexus, la verdad, pero no estaba mal del todo. De hecho, llevaba al volante de aquel utilitario verde pistacho casi media hora, cortando el viento por la autopista que las llevaría a Fall River, hogar de la pareja lesbiana más vieja del estado y lugar de nacimiento de su querida compañera de trabajo, Elizabeth Cooper.

¿Qué por qué le resultaba un poquito incómoda toda aquella situación? Joder, pues porque su querida compañera de trabajo, Elizabeth Cooper, llevaba en silencio desde que había vuelto del baño del avión. No le había dirigido ni una sola palabra.

Nada. Cero. Niente.

Muda, como el puto enanito de Blancanieves, pero un poco más alta y con tetas.

Volvió a mirarla de reojo fugazmente y comprobó que seguía con la vista perdida por la ventanilla, en apariencia muy interesada en el paisaje. Devolvió la mirada a la anodina carretera que se extendía frente a ella siendo muy pero que muy consciente de que aparte de aquella inaguantable incomodidad, había algo más. Un sentimiento con el que no estaba muy familiarizada, a decir verdad. Como si un bichito le estuviera comiendo las tripas por dentro a bocaditos pequeños y lentos,

pero jodidamente molestos. Un bichito llamado «Culpabilidad». Y ella odiaba a todos los bichos del planeta: moscas, mosquitos, abejas, lombrices y todas esas criaturas asquerosas que no hacían más que molestar. Los odiaba genuina y potentemente, pero al bichito llamado Culpabilidad lo odiaba cien millones de veces más que a todos los otros juntos y por ello decidió que tenía que sacárselo de dentro ya. Y como todo el mundo sabe y su madre le había enseñado cuando era pequeña, solo hay una manera de deshacerse de la culpabilidad: pedir perdón.

Y se decía rápido y fácil, pero de fácil no tenía nada, al menos para ella. No estaba muy acostumbrada a aquella convención social de disculparse. Normalmente, prefería guardar las distancias, emocionalmente hablando, las cosas eran mucho más simples así, pero en momentos como aquel, compartiendo coche con Mudito, no había escapatoria posible. Era disculparse o ese incomodísimo silencio que ya empezaba a ser un poquito ensordecedor de lo silencioso que era. Respiró hondo, como cuando era pequeña antes de tirarse de cabeza a la piscina en clases de natación, y se preparó para el impacto.

–Eh... Elizabeth, en cuanto a lo que ha pasado en el avión...

No le hizo falta pensar en qué decir a continuación porque, por fin, la voz de la morena se hizo audible de nuevo. En un tono que distaba mucho de ser amigable, eso sí, pero era un comienzo y, de todas formas, el tono que Elizabeth usaba con ella nunca había sido muy cariñoso.

–No ha pasado nada en el avión –aclaró observándola impasible.

¿Ya estaba? ¿Eso era todo? Cooper la miraba con la indiferencia a la que la tenía acostumbrada. ¿Quería decir eso que volvían a estar como siempre? No había lágrimas y la mirada extremadamente triste había desaparecido de sus ojos. Tenía a la mujer biónica frente a ella de nuevo, debería ser suficiente, ¿no? Pues sí, debería serlo, pero incomprendiblemente no lo era y el bichito de los cojones seguía merendándose sus entrañas. Y solo había una forma de quitarle el hambre. Una mujer debe hacer lo que una mujer debe hacer.

–De todos modos, lo siento. No era mi intención disgustarte tanto.

Incluso a ella le sorprendió que sonara tan sincero. Le debía de haber impactado mucho haber hecho llorar a la mujer de hojalata.

Por un momento, unos gloriosos dos o tres segundos para ser exactos, la expresión del rostro de Elizabeth pareció volverse casi humana otra vez al escuchar sus disculpas. La miró como si le hubieran crecido dos cabezas en los hombros o cuernos en la frente, algo de ese estilo. La miró como sin poder creerse que aquellas palabras hubieran abandonado su boca. Así la miró. Y por esos apoteósicos dos o tres segundos, le pareció que iba a aceptar sus disculpas y a hablarle como si se dirigiera a una persona real y no a la encarnación de todas las enfermedades venéreas conocidas por el ser humano, pero no. Demasiado bonito para ser verdad. Aquellos dos o tres hermosos segundos se acabaron demasiado pronto. Casi antes de haber empezado, se desvanecieron sin dejar rastro. Como un espejismo en el



desierto. A su alrededor solo quedó arena en forma de Elizabeth Cooper. Fue bonito mientras duró.

–Supongo que preguntarte si has ojeado la entrevista que preparé ayer para Rose y Karen podría ser considerado como pregunta retórica ¿verdad?

El tonillo petulante había vuelto a su voz. El equilibrio del cosmos restaurado. *Misión cumplida, Davies.*

–Pues la verdad, Cooper, no he tenido mucho tiempo –respondió a pesar de que ambas sabían que era mentira.

–Comprendo, tus perrerías nocturnas con Torres deben de ocupar buena parte de tu agenda. Y, por lo que escuché anoche, tratáis asuntos de vital importancia entre cerveza y cerveza.

Ahí estaba otra vez, la niña repipi de la clase con sus ínfulas de superioridad, dando por sentado que sus pasatiempos eran en realidad «pierdetiempos», y todo porque no se había mirado la maldita entrevista para las amantes centenarias. Y encima estaba rebuscando algo en su cuidadísimo, limpísimo y ordenadísimo portafolios, todo lo que acabara en «ísimo» le iba bien. Pasó unos cuantos separadores hasta llegar al de la «E» de «Entrevistas», porque, evidentemente, lo tenía todo ordenado alfabéticamente, y sacó una copia del documento que, en vez de un borrador, bien podría haber ido plastificado de lo perfecto que estaba. Y, de repente, el haber pensado en la posibilidad de que tal vez Elizabeth fuera medio humana quedaba muy lejos, en un pasado que ya casi apenas recordaba.

–¿También ordenas alfabéticamente las bragas que te pones?

–Mi lencería no es asunto tuyo, Davies –fue su única respuesta. Ni se inmutó. La imperturbabilidad había vuelto a hacerle compañía a la petulancia–. Como sabía que no habrías tenido tiempo para mirarte la entrevista... –lo dijo enfatizando el «no» para recordarle la poca estima en que tenía a su agenda–. Me he tomado la libertad de hacer una copia extra para ti.

–Qué afortunada soy –ironizó dedicándole una sonrisa de esas que a las mujeres normales les parecían irresistibles y a Elizabeth insoportables.

Su compañera pasó por alto la ironía en su voz y ojeó por unos segundos el documento, no fuera a ser que se hubiera dejado una coma.

–Puedes guardarlo en esa... bolsa que tú llamas maleta, ya sabes, entre los calcetines sucios –sugirió volviéndose hacia el asiento trasero y depositó la entrevista sobre su bolsa de deporte.

¿Cómo era aquello que había dicho al verla aparecer en el aeropuerto? ¡Ah, sí! «Aceptación, Davies, aceptación». Si Elizabeth podía permanecer imperturbable ante sus comentarios, ella no iba a ser menos. Mantuvo la vista fija en la carretera y ambas manos en el volante.

Viajaron en silencio durante unos minutos y casi se había evadido completamente a una realidad paralela mucho menos dolorosa cuando el sonido de una bolsa abriéndose la devolvió al interior de aquel coche verde pistacho y a la

encantadora compañía de su dulce copilota. Mmm... no sabía que a los autómatas les gustaran los M&M's. Porque eso era lo que Elizabeth tenía entre las manos en aquel preciso momento, una bolsa repleta de aquellos dulces. Pues perfecto, mientras estuviera comiendo no podría hablar, porque hablar con la boca llena era de mala educación y seguro que se lo prohibiría su religión.

Al principio pensó que simplemente era una casualidad. Después le resultó un poco raro, pero se trataba de Elizabeth, así que entraba dentro de la normalidad que fuera raro. Al ver el sexto M&M's amarillo saliendo de la bolsa no pudo más. Seis amarillos de seis sacados desafiaban a toda ley de la probabilidad. Tuvo que decirlo.

–Cooper, no he podido evitar fijarme en que solo estás comiendo M&M's amarillos –dijo mientras la miraba de reojo de nuevo. ¡Y sacaba el séptimo!

–Me gusta comérmelos así. ¿Tienes algún problema?

–Lo tendría si pudiera, pero los acaparas todos tú.

–¿Qué se supone que quiere decir eso? –preguntó la morena dejando la bolsa de M&M's sobre su regazo y suspiró con paciencia, como si ella fuera una niña pequeña o retrasada, o una niña pequeña retrasada.

–Joder, Cooper, ya era bastante raro que tuvieras los clips ordenados por colores en el trabajo, siempre lo colocas todo formando ángulos rectos y tu mesa parece salida de un catálogo de decoración todo el tiempo, incluso mientras estás trabajando. Eres una maniática del control, la puntualidad y el orden, pero ¿puedes en el nombre de Cristo explicarme por qué te comes los M&M's por colores? Porque es que eso ya es demasiado raro hasta para ti.

A cualquier ser humano normal le habría molestado, por lo menos un poquito, aquella descripción de su persona, pero a ella no. ¡A ella qué va! Ella ni había pestañado más de la cuenta y, con total y absoluta parsimonia, volvió a abrir la bolsa de los M&M's, sacó otro amarillo y se lo llevó a la boca.

–Para tu información: no creo que sea nada malo tener un poco de orden en tu lugar de trabajo y por ende en tu vida, pero entiendo que a ti en particular te suene raro. Y simplemente me gusta comerme los M&M's amarillos primero porque la «am» de amarillo va antes que la «az» de azul y ambas van antes que la «m» de marrón y todos los demás colores...

Desconectó de aquella explicación, porque lo estaba diciendo como si fuera lo más normal del mundo comerse los putos M&M's en orden alfabético y, la verdad, le estaba dando un poquito de mal rollo, porque una persona que hace eso y luego lo explica con tanta tranquilidad no puede estar muy bien de la azotea.

–... Simplemente es una manía. –Finalizó la morena encogiéndose de hombros–. Ya sabes, como la tuya de trajinarte todo lo que se mueva y no tenga pene.

–Primero, haces tantas referencias a mi vida sexual que empiezo a sospechar que estás un poco celosa de la gente que me «trajino» –aclaró porque, en el fondo, por mucho que disimulase, a Elizabeth algo le tenía que atraer, por lo menos un poquito. Ella era Sandie Davies y Elizabeth gay, así que resultaba imposible que

fuera de otra manera. La escuchó bufar de esa forma en que bufaba ella cuando consideraba que algo era completamente absurdo y sin sentido, pero no dijo nada—. Y segundo, perdona que te lo diga, pero tienes un trastorno obsesivo-compulsivo de los gordos.

La morena se rio, medio divertida medio indignada, a partes más o menos iguales.

—¿Qué eres ahora? ¿Psicóloga?

—No, internauta. Google es la universidad del siglo XXI, ¿no te habías enterado?

—¿Eso es lo que haces en el trabajo cuando no estás mirando cómo serían tus hijos y los de Bob Esponja o bajándote capítulos de *Padre de familia*?

—¿Sabes? Dices una y otra vez que te da igual lo que haga o lo que deje de hacer, pero a la vez estás muy informada de todos mis movimientos. No me extrañaría que lo tuvieras todo apuntado en una libreta en plan acosadora.

—Por favor, Davies, sal tan solo por un momento de ese universo paralelo tuyo en el que todas las mujeres suspiran por ti. No eres para tanto, ¿sabes?

Lo dejó caer como si nada y, metiéndose otro M&M's amarillo en la boca, perdió la mirada por la ventanilla.

«No eres para tanto». ¿Realmente le había dicho eso? ¿Elizabeth Cooper? ¡A ella! Increíble. Por unos segundos no respondió nada, porque es que se había quedado sin nada que decir. Después reaccionó, porque aún no había nacido la persona que pudiera dejarla muda.

—Si las guapas, simpáticas, encantadoras y sexis no son tu tipo, dime, Cooper, ¿cómo te gustan a ti?

La retó porque aún les quedaban unas pocas millas y todo entretenimiento sería bienvenido.

—Me gustan las que pueden enamorarse de alguien más que de sí mismas.

Contestó sin molestarse en girar la cabeza, como si estuviera hablando con la ventanilla en vez de con ella.

Hostia puta. Eso había sido un golpe bajo. ¿Quién se creía Elizabeth Cooper para juzgarla de esa manera? Insinuar que estaba enamorada de sí misma... menuda memez. No era amor, solo eran amigas con derecho a roce. Nada más pensarlo sonrió, porque le hizo mucha gracia, no lo dijo en voz alta, porque Elizabeth seguro que no apreciaría su humor, pero Jordan se habría descojonado, eso seguro. Cuando terminó de reírse mentalmente de su propia broma, captó un sonido en el mundo exterior... ¡pero si aún seguía hablando la cerebrita!

—Me gustan las que con veintiséis años actúan como si tuvieran veintiséis años y no quince. Y sobre todo algo que aprecio mucho en una pareja es la fidelidad. No sé si estás familiarizada con el término...

—¿Sabes, Cooper? Te oigo hablar y decir cosas como «responsabilidad», bla, bla, bla... «fidelidad», bla, bla, bla... «ángulos rectos» y toda esa mierda y lo único que puedo pensar es: «Necesita un buen polvo como el respirar» —la cortó y sonrió

triunfante cuando por el raballo del ojo apreció la tonalidad rojiza que estaban adoptando las mejillas de la morena. Como si se hubieran pasado el día entero en la playa sin protección solar ni nada-. ¿Estás familiarizada con el término «un buen polvo»?

-¡No tienes ninguna vergüenza, Davies!

Lo exclamó roja como un tomate y, aunque estuviera mal incluso pensarlo, ese puntito de mojigatería en el cuerpo de Elizabeth Cooper le hacía bastante tilín, tenía que ser honesta consigo misma. Se comía los M&M's por orden alfabético y la sacaba de sus casillas cuando se ponía en modo sabelotodo repelente, pero joder si estaba buena, y así un poco roja y llamándola sinvergüenza y sabandija asquerosa estaba más atractiva que nunca.

-¿Te suena la frase «En el término medio está la virtud»? -interrumpió el indignadísimo monólogo de la segunda Virgen María.

-Claro que me suena, lo que me extraña es que te suene a ti. ¿Lo has oído en *Los Simpson*?

-No, lo dijo un tal Aristóteles, es algo más antiguo que *Los Simpson* y menos amarillo. Y, para que lo sepas, creo firmemente que tú y yo juntas formaríamos un «término medio» de la hostia.

Elizabeth iba a contestarle algo, lo intentó de verdad, pero el grado de indignación que le había causado aquella última insinuación no le ponía las cosas fáciles. Mientras la veía abrir y cerrar la boca, como un pez fuera del agua, tratando de emitir cualquier sonido con significado, le entraron unas ganas enormes de parar el coche allí mismo y besarla hasta quitarle la tontería del cuerpo. No lo hizo, evidentemente, porque por encima y por debajo de aquel puntito sexi que tenía a veces, seguía siendo Elizabeth Cooper, experta en limpiezas, alfabetismos y medalla de oro en el deporte olímpico de despreciarla. Se contentaba con aquel jugueteo y con sacarla de sus casillas de vez en cuando.

Las últimas millas estuvieron sumidas en el más absoluto de los silencios. Ella se limitó a conducir mientras Elizabeth se acababa los M&M's amarillos y empezaba con los azules. Rara, era rara de cojones. Le dedicó unas cuantas miradas furtivas y se pasó el resto del viaje preguntándose cómo sería la tal Samantha y qué habría hecho para tener a Elizabeth comiendo de su mano incluso cuatro años después de haberla desechado como si fuera una colilla.

## 4

### Cita con el pasado

Los primeros rayos de sol la habían despertado demasiado pronto, arrancándola de un sueño increíblemente vívido en el que se lo estaba pasando francamente bien con Samantha. Con pasárselo francamente bien no quería decir sexo, pero casi. Y aquellos primeros rayos de sol le habían fastidiado el plan, ¿y para qué? Para devolverla a aquella habitación de hotel y a la compañía de Sandie Davies.

Por supuesto que ambas estaban compartiendo habitación, y no solo habitación, claro que no. ¡Estaban compartiendo cama! Por fortuna, el colchón era de unas dimensiones bastante considerables y ella había construido un muro de separación a prueba de manos largas con todos los cojines que había podido encontrar. Su particular «telón de acero» que la mantendría a salvo de cualquier contacto indeseado con el cuerpo de aquella *gigolo* de tres al cuarto.

¿Que por qué estaban compartiendo habitación y lecho? La respuesta era más que obvia. Primero, porque sus padres habían vendido su antigua casa para largarse a Florida, el estado del sol, hacía casi ya un año; y segundo, y mucho más importante, porque Sandie había sido la encargada de reservar el alojamiento para aquella semana, ¿acaso tenía que decir más? Porque vale que era un hotel pequeño, pequeñísimo incluso, pero ¿que solo quedara una habitación libre? ¡Venga ya! La mano Davies estaba tras todo aquello seguro. Y ella habría preferido dormir en el cuarto de la limpieza o, mejor aún, que Sandie durmiese en el cuarto de la limpieza, pero por lo visto no era «política del hotel» el alquilar el cuarto de la limpieza a los clientes. De modo que allí estaba ella, al lado oeste del muro Pikolin, mirando el techo mientras escuchaba la rítmica respiración de aquella pervertida durmiente a la que el sol no parecía molestar demasiado.

Se incorporó en el colchón, echó una ojeada al lado este del muro de contención y allí estaba. Durmiendo como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. Al estilo Davies. Y no roncaba, pero casi. ¿Y aquella cara de no haber roto un plato en su vida? Le quedaba hasta bien, como aquella camiseta y ese bóxer negro y...

En cuanto se dio cuenta de lo que estaba pensando le recorrió un desagradable escalofrío que la devolvió a la realidad por la vía rápida. Era Sandie Davies, por el amor de Dios, y aquellas eran sus armas de destrucción masiva. Muchas habían sucumbido ante sus encantos y, de normal, ella era alérgica a todo lo que oliera mínimamente a Davies, porque en cuanto la rubia abría la boca y le sonreía de

aquella manera se le quitaban hasta las ganas de vivir. Pero claro, allí tan profundamente dormida, su indigesta personalidad estaba apagada o fuera de cobertura y solo quedaba la carcasa que la envolvía. Era bonita. La carcasa. Era bonita. Una pena que en su interior viviera la terrorista del amor más buscada de los cincuenta estados de Norteamérica.

Empezó a notar que le picaban los ojos nada más de mirarla y decidió ir a la ducha.

Mientras se preparaba en el baño pensó en Samantha y en lo cerca que estaba de ella en aquellos precisos momentos, casi podía sentirla después de tanto tiempo. Repasó el plan en su cabeza, ese que ya estaba casi rayado de tantas vueltas que le había dado, pero decidió reproducirlo en su mente una vez más porque el día había llegado. Su exnovia era veterinaria, como su padre, y nada más licenciarse en la universidad se había incorporado al negocio familiar, de modo que sabía dónde encontrarla.

Y era verdad que hacía cuatro años que no sabían nada la una de la otra y todo aquello podría parecer una locura, como tan «amablemente» lo había indicado Sandie el día anterior en el avión, pero tenía sentido para ella y con eso bastaba. Porque cuando su mejor amiga Patty, con la que sí mantenía contacto regular a pesar de la distancia, la llamó para informarle de que Samantha iba a casarse, había sido como una revelación. La noticia llegaba justo el día en que ella se había dado de narices con el artículo de Karen y Rose, la excusa perfecta para regresar a Fall River e impedir que Samantha cometiera el mayor error de su vida.

La historia con su ex había sido complicada casi desde el principio, pero resumiendo: se conocieron en el instituto poco después de que la familia de Samantha se mudara desde Texas, se hicieron amigas casi instantáneamente y después dejaron de serlo para convertirse en algo más. No había sido fácil, porque la familia de Samantha tenía una visión un tanto radical en torno a la homosexualidad, la consideraban un pecado capital y casi merecedora de la pena de muerte, de modo que durante los cinco años que duró su relación tuvieron que llevarlo todo en secreto. Sus amigos lo sabían y sus padres tenían que sospecharlo, pero Samantha nunca quiso dar el paso de salir del armario oficialmente. Y fue esa una de las razones que le dio hacía cuatro años para acabar de un plumazo con todo lo que ambas representaban. Fue la principal de las razones de hecho, porque la quería y todo eso, pero necesitaba más a su familia. ¿Que si dolió? Muchísimo más que mucho. Incluso se mudó a Nueva York para alejarse de todo aquello: podía haberse quedado en Fall River trabajando en el pequeño periódico local, pero eligió escapar porque «Ojos que no ven, corazón que no siente», al menos eso creía ella, porque era un dicho muy popular. Pero, además de muy popular, debía de ser también muy mentira, porque, a pesar de no verla, la herida seguía igual de abierta que el mismo día de la ruptura. Abierta y supurando pus. Peligrosamente cerca de la septicemia.

La idea de una vida sin Samantha dolía, siempre había dolido, pero el pensar que su ex iba a casarse con alguien a quien no quería, con un chico ni más ni menos, simplemente por contentar a sus padres, era más, mucho más de lo que podía soportar su pobre alma. Y habían pasado cuatro años, ambas eran adultas ya y tal vez existía un resquicio de esperanza. Samantha podría ir con ella a Nueva York como habían planeado cuando aún estaban juntas. Aquel había sido su plan desde el principio, quizá pudieran retomarlo.

¿Qué más daba que un ser cuyo desarrollo emocional equivalía al de una ameba no lo comprendiera? Y sí, estaba hablando de Sandie, que, por cierto, seguía dormida en la misma posición en que la había dejado. Que esperara el mundo y que esperara el artículo; sí, señor. Claro, si no se hubiese pasado casi una hora al teléfono la noche anterior tal vez no tendría tanto sueño ahora. Y había sido raro, porque en cuanto sonó el móvil desapareció en el baño como alma que lleva el diablo. Seguramente se había escondido para mantener sexo telefónico con una de sus múltiples muñecas hinchables de carne y hueso.

Típico. Típico. Muy típico de Sandie Davies.

En fin... casi le venía hasta bien, porque así podría llevar a cabo sin intromisiones indeseadas la primera parte del Plan A, que era un primer acercamiento a Samantha. No hacía falta que hablaran, tan solo quería verla de nuevo. ¿Estaría muy cambiada? Habían pasado cuatro años, ella misma había cambiado. Aún seguía en el hotel y su corazón ya había aumentado considerablemente la frecuencia de sus latidos. ¡Iba a volver a verla!

La sabandija de Davies salió un poco de su estado de hibernación. No mucho, lo justo para darse media vuelta en la cama y volver a retirarse de circulación para el resto del invierno. Por Dios, menudo cuajo tenía la tía. Le dedicó una última mirada reprobadora antes de salir de la habitación.

\*\*\*

La hora de la verdad, el momento que llevaba esperando cuatro años estaba a la vuelta de la esquina, hablando metafóricamente, claro. En realidad, el momento que esperaba estaba en la acera de enfrente, en forma de la clínica veterinaria que tenía en su punto de mira. ¿Qué hacía ella? Pues esperar amparada por la frondosidad de un amable árbol a que Samantha entrara a trabajar. ¿A qué hora abriría la clínica? ¡Eran ya casi las diez, por el amor de Dios! ¿No tenían perros a los que castrar? ¿Gatos a los que cortar las uñas? Porque ella llevaba allí de pie casi una hora y sin desayunar ni nada, de lo nerviosa que estaba no le entraría ni una gota de café. Ni poniéndoselo por vena. Imposible.

Empezaba a pensar que había sido una mala idea y que debía de parecer una acosadora perturbada allí de pie, vigilando el lugar de trabajo de su exnovia, y, casi cuando había decidido regresar al hotel, sucedió.

Como a cámara lenta, pero de verdad. Allí estaba Samantha, caminando hacia la

entrada de la clínica veterinaria. Con el pelo castaño meciéndose a merced de caprichosas ráfagas de viento, aquel cabello con el que ella había jugueteado mil veces, el que le hacía cosquillas en la nariz cuando la abrazaba, ese que olía permanentemente a vainilla. Y estaba igual que siempre, de verdad, como si no hubiera pasado el tiempo.

Se adelantó unos pasos y buscó cobijo junto a un coche aparcado, quería verla más de cerca, pero sin ser descubierta. Se asomó un poco por encima del capó, solo sus ojos, lo justo y necesario para retomar el contacto visual con su objetivo y, mierda, le sudaban las manos y la boca la tenía seca. ¿Su corazón? De vacaciones, gracias por preguntar. Uno de esos momentos en los que desaparece el ruido ambiente y dejas de respirar. Como cuando estás debajo del agua ajeno a todo lo que queda más allá de la superficie. Porque lo único que importaba en aquellos precisos momentos era la chica que se disponía a abrir la clínica veterinaria al otro lado de la calle. Y seguía a cámara lenta y casi le dolía verla allí, tan perfecta. Aparentemente al alcance de su mano y, sin embargo, tan lejos como si viviera en otro universo, a años luz de ella.

Casi podía escuchar hasta la banda sonora, como en las películas cuando el protagonista ve al objeto de todos sus deseos y comienzan a sonar los acordes de la canción más cursi del planeta, alguna de Céline Dion, seguro. Era un momento mágico, su estómago repleto de mariposas revoloteando incontroladas simplemente porque ella estaba allí. Había leído en algún sitio que al mirar a la persona que te gusta tus pupilas se dilatan y, si era verdad, sus ojos debían de estar completamente negros mientras Céline entonaba el punto álgido de *It's all Coming Back to Me Now*. Samantha se peleaba con la cerradura del establecimiento y era como volver a respirar después de haber estado aguantando la respiración durante cuatro años. Así de intenso era aquel momento para ella, indescriptible...

—¿Esa es tu Julieta, Romeo?

¡Joder! Todas sus funciones vitales paralizadas, y a la mierda Céline Dion, los ojos dilatados y la levitación de su alma. Se volvió sujetándose el pecho con ambas manos, porque a su corazón se le habían terminado las vacaciones y amenazaba con salirse del pecho en plan *Alien: el octavo pasajero*.

Sandie Davies estaba allí plantada con un café para llevar en una mano y un donut de chocolate de los grandes a medio comer en la otra y mirando con cierta curiosidad hacia la acera de enfrente. ¡Sin molestarse en esconderse tras el coche ni nada! Atacó su desayuno y lo masticó sin cerrar del todo la boca.

—Está buena —ofreció una opinión que nadie había pedido y le dio otro mordisco al donut de los que hacen historia—. ¿Por qué estás escondida detrás de un jodido coche, Cooper? ¿Te busca la pasma por defecto de velocidad?

Mierda. Mierda. Mierda. Si Samantha la veía así, espiándola detrás de un coche, todos sus planes harían agua. Devolvió su vista a la acera de enfrente solo para comprobar que su exnovia desaparecía en el interior del establecimiento.



–¿Qué demonios haces tú aquí? –inquirió incorporándose tras asegurarse de que Samantha ya no podía verlas–. ¿Cómo me has encontrado?

–Utilizando el sentido común y el arte de la deducción, encanto –respondió y dio un sorbo al café. Las cejas se le alzaron solas nada más oírla, porque es que no se podía mentir peor y con más cara–. ¡Está bien! Te has dejado tu maravilloso «Plan A: Reconquista» tirado de cualquier forma en el fondo de tu maleta. Un plan muy detallado y muy cuidado, si me permites la observación.

Se le volvieron las tripas del revés y se le subió la sangre a la cabeza, porque la tranquilidad con la que aquella delincuente admitía haber violado su privacidad era increíble de verdad. Y aquella sensación que la había invadido de golpe y porrazo debía de ser lo que los juristas llaman «locura transitoria». Si la asesinaba entonces contaría con un atenuante y era bastante probable que se librara de la inyección letal. No era seguro, pero por el placer de matarla estaba dispuesta a correr el riesgo.

–¿Has estado hurgando entre mis cosas? –exclamó en el tono más agudo que le permitieron sus cuerdas vocales.

–¡Soy periodista! ¿De qué te sorprendes? –dijo y se terminó su donut–. Me he despertado sola en la habitación del hotel y ni siquiera habías dejado una nota, Cooper. He tenido que buscarme la vida.

Ufff... Sandie Davies estaba en peligro inminente de extinción y ni siquiera lo sabía todavía. Y sin avergonzarse lo más mínimo por su flagrante falta de respeto hacia su persona continuó hablando sin más.

–¿Esa era Samantha? ¿O además de reventar bodas tu otro *hobby* es espiar a chicas guapas por la calle?

Ni le contestó, porque ni se merecía una respuesta. ¿Sandie Davies? No se merecía ni el oxígeno que respiraba, esa era la verdad. Ya se había burlado bastante de ella el día anterior durante el vuelo y no estaba dispuesta a pasarse otros veinte minutos llorando, así que simplemente echó a caminar. No tenía claro hacia dónde se dirigía, solo sabía que no quería seguir al lado de la rubia ni un segundo más.

Por desgracia, su compañera no pilló la indirecta y enseguida la tuvo a su altura de nuevo. Menudo castigo divino.

–Ey, Liz. Liz. –Trató de frenarla tomándola de un brazo, pero ella lo sacudió energicamente y logró escapar de sus garras. No le sirvió de mucho, porque Sandie trotaba a su lado, intentando seguirle el paso–. Escucha, siento haberte seguido y siento haberte revuelto la maleta, ¿de acuerdo? Pero se supone que estamos aquí para escribir un artículo y a ti te ha faltado tiempo para teletransportarte cuatro años al pasado.

Lo último que le faltaba era precisamente aquello. ¿Desde cuándo a la Señorita Seducción le preocupaba su artículo? ¡Si se había apuntado a aquel viaje sin tener ni puñetera idea de cuál era el tema de su investigación! ¿Y ahora pretendía jugar la carta de profesional frustrada y echarle en cara que perdía tiempo de trabajo

persiguiendo un espejismo del pasado? ¡Eso sí que no! Se volvió hacia ella tan deprisa que casi chocaron y faltó muy poco para que Sandie decorase otra de sus ceñidas camisetas con el café de la mañana.

–¡Ey! –exclamó la rubia tratando de evitar el desastre y consiguiendo esquivar hasta la última gota del líquido que se derramó por el suelo–. ¡Cuidado, Cooper! ¿Qué os ha dado a todas con eso de ducharme con café?

–¡Escúchame, y escúchame bien, Davies! –le dijo tomándola por el cuello de su camiseta y con la voz más amenazante de la que fue capaz–. Lo que yo haga o deje de hacer nunca ha sido ni será asunto tuyo. Y no te atrevas a fingir ahora que te interesa el artículo cuando apenas sabes de qué va. Ni te has molestado en documentarte.

No era ese su estilo, a decir verdad, nunca, jamás en su vida había hecho algo así, pero de verdad que nunca, jamás en su vida nadie le había atacado el sistema nervioso como aquella bacteria con ojos azules.

La bacteria con ojos azules levantó las manos en señal de rendición, invitándola a soltar su camiseta, y cuando lo hizo se dio cuenta de que Sandie la miraba como la gente mira a las personas que están a punto de echarse a llorar. Y se dio cuenta también de que le quemaban los ojos, de la rabia, de la frustración, de la emoción de haberla tenido tan cerca de nuevo. Podía ser por cualquiera de esas cosas o por todas al mismo tiempo, el caso es que estaba a punto de llorar por segunda vez en lo que llevaban de viaje. Y llevaban muy poco.

Se secó los ojos con fuerza con la manga de su cazadora y continuó caminando. Por un momento pensó que Sandie había decidido dejarla marchar, pero enseguida escuchó su voz detrás de ella. Usaba ese tono otra vez, el que había utilizado en el coche para pedirle disculpas por haberla disgustado en el avión, ese que le hacía parecer un poco menos sabandija y un poco más ser humano con sentimientos genuinos.

–Sé que puedo ser un poco gilipollas algunas veces, Cooper. ¿Me dejas invitarte a desayunar? Tómatelo como una ofrenda de paz –le propuso, ella continuó andando fingiendo no haberla escuchado. Pero los Davies parecían no rendirse jamás y ahí estaba de nuevo, trotando a su lado–. Elizabeth, sé que no soy la persona que mejor te cae en el mundo, y sé también que este es el eufemismo más grande que habrás oído nunca. Pero si me dejas invitarte a desayunar, te prometo que no volveré a meterme en la historia con tu ex. Te lo juro.

Sandie paró frente a ella y le cortó el paso. Tuvo que dejar de caminar porque no quería montar un numerito allí en mitad de la calle. Los ojos aún le picaban y su compañera la estaba observando de una forma que si no proviniera de ella resultaría tolerable.

–Vamos, Liz... Elizabeth –se corrigió de inmediato–. Tienes cara de necesitar un donut. Te invitaré a un café, así tendrás algo que tirarme.

Casi sonrió al escuchar aquello. Casi. Decidió aceptar la oferta porque, ya que

Sandie estaba allí y le había estropeado la primera fase del Plan A, al menos sacaría un donut y un café gratis.

\*\*\*

En los quince minutos que llevaban sentadas a la mesa de aquella cafetería, se había serenado considerablemente. Sandie, contra todo pronóstico, había demostrado tener al menos un ápice de sensibilidad y no había vuelto a tocar el tema Samantha. Tampoco había hecho alusión alguna a su casi ataque de llanto. Simplemente le había pagado un café y un donut y estaba sentada frente a ella leyendo su propuesta de entrevista. Por lo visto la había llevado consigo metida en el bolso.

La observó a la vez que sorbía su café y cayó en la cuenta de que nunca la había visto trabajar antes, era extraño, porque compartían oficina y todo eso, pero siempre que la miraba en la redacción la encontraba haciendo alguna majadería junto a Torres. Tal para cual.

Viéndola allí concentrada en su entrevista casi parecía una persona distinta. ¡Qué demonios! Casi parecía una persona y punto. Si la mantenía a raya en todo el tema de Samantha incluso podrían sobrevivir a aquella semana sin daños permanentes.

–Está muy bien, Cooper –admitió por fin levantando la vista–. ¿Qué te parece la idea de hacerles unas cuantas fotos en los lugares más representativos de su relación? Ya sabes: donde se conocieron, su primer beso y todo eso. A Joanna le vuelven loca esas cosas «sentimentaloides».

Sandie Davies estaba dando una idea. Y una buena, además. Asombroso. Si se deja a un lado que al mismo tiempo le estaba poniendo ojitos a la camarera, era una novedad.

–Me parece una propuesta interesante –admitió poniendo su café a medio consumir sobre la mesa–. ¿Cómo piensas hacer las fotos? ¿Con tu teléfono móvil?

–Sería una opción, Cooper, pero me parece más profesional utilizar mi Nikon, si no te importa –le respondió apoyando los antebrazos sobre la mesa para recortar la distancia entre ambas–. Me costó casi dos mil pavos y me gusta amortizar las cosas que pago.

¿La sabandija tenía una cámara profesional y sabía usarla? ¿Y por qué la miraba con esa expresión divertida en el rostro? Tal vez fuera porque sus propias facciones hacían evidente que aquello la había tomado por sorpresa. En su mente Sandie era una libertina, una vividora, una depredadora sexual... Resumiendo: una irresponsable. Y aquellos atisbos de profesionalidad que estaban saliendo a luz eran piezas que sobraban en el puzle. No encajaban en ningún lugar.

Sandie sonrió complacida, como orgullosa por haberla sorprendido. Se alejó de ella recostándose contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

–Vaya, vaya... ¿tan difícil te resulta de creer, Cooper? Desde que empecé periodismo he hecho muchos cursos de fotografía. Siempre me ha gustado. Podría

decirse que es un *hobby* que me sirve en el trabajo, ya sabes, junto con el de «trajinarme a todo lo que se mueva y no tenga pene».

–¿Quieres decir que las fotos que acompañan tus artículos las haces tú?

Tuvo que preguntarlo y trató de que el escepticismo no se reflejara en su voz, pero fracasó miserablemente. Le encantaban las fotografías que Sandie utilizaba para ilustrar sus artículos, pero siempre había dado por sentado que las realizaba Sophie, que para eso era la fotógrafa de la redacción. Entre otras cosas, porque las fotos que acompañaban los artículos de la rubia derrochaban sensibilidad por los cuatro costados y la habrían derrochado por los cinco si tuvieran forma de pentágono. Es que te llegaban al alma por muy escondida que la tuvieras.

–¿Sorprendida? –La rubia medio sonrió victoriosa–. Hay muchas cosas que no sabes de mí, Cooper. Tengo muchas capas, como las cebollas.

–Nunca me han gustado las cebollas.

¿Y qué si Sandie sabía hacer fotografías? Con algo tendría que pasar su tiempo libre entre orgasmo y orgasmo, era lógico que tuviera aquel pequeño entretenimiento. Seguramente lo utilizaba para retratar a todas las chicas que pasaban por su cama y tendría un par de cientos de álbumes de fotos de amantes desnudas. De recuerdo.

–Lo imaginaba. Supongo que te gustan más el apio y la berenjena porque van antes en el abecedario –dijo a la vez que se levantaba y se colocaba de nuevo su cazadora–. ¿Has acabado con el café? Tenemos un par de lesbianas viejas a las que visitar.

Sí, sus fotografías tenían mucha sensibilidad, toda la que le faltaba a ella, pero aquella fotógrafa del desnudo femenino tenía razón. Se levantó tras darle un último sorbo a su café y la siguió al exterior del establecimiento.

\*\*\*

Estaban sentadas en el porche de la casa de aquel adorable matrimonio. La pareja de lesbianas más sólida del estado les había ofrecido té y unas pastas. Ella había declinado amablemente la invitación porque acababa de desayunar, pero Sandie se las estaba comiendo a la velocidad de la luz. Dónde metía los donuts y las pastas era un misterio para ella, tendría la solitaria o algún extraño y ventajoso desajuste en su metabolismo.

El caso era que la rubia estaba completamente atenta al relato de Rose y Karen, como si en realidad le importara, con escucha activa y todo. Asintiendo y sonriendo mientras emitía «ajás» y «mmm» y reía en las partes graciosas. Tenía don de gentes, eso no podía negárselo; de todas formas, que a la rubia le sobraba labia y que sabía encandilar y crear clima de confianza con sus congéneres no era un secreto para nadie. Eso lo sabía todo el mundo. Y aquella era una habilidad que le servía tanto para engatusar a incautas mujeres a la deriva en el tumultuoso mar del amor como para ganarse la confianza de las protagonistas de sus artículos.

–Me parece alucinante que después de tantos años sigáis estando tan unidas. – Sandie se dirigió a ellas tras terminarse otra pasta–. Pero tengo curiosidad por una cosa: en todo este tiempo habréis pasado por algunos baches, habréis tenido que superar muchos problemas... ¿nunca os planteasteis abandonar la relación?

Típica. Típica. Típica pregunta de Sandie Davies.

¿Cómo no lo iba a preguntar? Si es que aquella chica debía de plantearse dejar sus relaciones antes incluso de haberlas empezado. Todo aquel escenario de las parejas estables y del amor a largo plazo debía de ser como un universo paralelo para ella. Como estar en otro planeta charlando con alienígenas arrugados, así se imaginaba que se sentiría la rubia.

–Bueno, querida. –Rose sonrió como sonríen las personas mayores: un gesto que decía sin palabras «aún sois muy jóvenes para entenderlo, pero intentaré explicároslo». Esa sonrisa ocultaba toneladas y toneladas de sabiduría tras cada pieza de la dentadura postiza–. Por supuesto que en setenta años ha habido momentos muy difíciles, nos hemos peleado más veces de las que puedo recordar y algunas de las riñas fueron muy serias. Cuando llevas tanto tiempo con la misma persona es imposible no caer en la rutina y, muchas veces, tanto Karen como yo, nos hemos preguntado si no habría algo más ahí fuera. Algo más nuevo, algo más emocionante...

–¿Y no lo hay? –preguntó su compañera.

De verdad que era como un niño pequeño tratando de comprender el mecanismo del juguete más complicado de su colección.

Karen se limitó a reír ante aquella pregunta.

–Por supuesto que lo hay, jovencita –dijo por sentado tomando la mano de Rose mientras hablaba–. Pero te das cuenta de que estás con la persona adecuada cuando sabes que todas esas otras cosas nuevas y emocionantes están ahí fuera, pero no te interesa salir a por ellas.

Sandie asintió apuntando algo en su libreta y se quedó pensativa, por lo visto no había estado con la persona adecuada nunca y seguía extremadamente interesada en todas esas cosas nuevas y emocionantes. En cambio, ella sí que sabía de lo que hablaban aquellas dos mujeres, lo comprendía a la perfección, porque durante cinco años había tenido exactamente eso con Samantha. Nada más volver a conjurar aquel nombre en su mente esa sensación la inundó de nuevo con idéntica intensidad a como lo había hecho mientras estaba escondida detrás de aquel coche. Céline Dion volvía a cantar y casi podía sentir dilatarse sus pupilas de nuevo. Porque viendo a Rose y a Karen allí sentadas, escuchando su historia, se identificaba completamente con ellas y podía imaginarse en un porche idéntico a ese junto a Samantha pasados setenta años.

¿Sandie? Sandie mientras tanto seguía engullendo galletas. Toda una romántica.

Karen y Rose las habían invitado a quedarse a comer y antes de que ella pudiera decir nada, Sandie ya estaba sentada a la mesa y con la servilleta puesta. La rubia lo había definido como «una estrategia para sumergirse del todo en el mundo de las protagonistas del artículo» y al principio ella había pensado que Sandie «sabandija asquerosa» Davies simplemente tenía mucha cara y muy poca vergüenza, pero luego, a medida que pasaban los platos y se alargaba la sobremesa, se fijó en la interacción que mantenían las dos mujeres. Captó sutiles gestos y miradas cómplices que en el ambiente formal de una entrevista hubieran estado fuera de lugar y que en ese contexto más distendido le daban forma y dotaban de vida a la realidad de esa pareja que tan bonita quedaba sobre el papel. Y ya no sabía si Sandie Davies era una desvergonzada que se quedaba a comer en casas ajenas o un genio del periodismo de investigación.

Habían abandonado la vivienda de Rose y Karen hacía unos minutos y ya estaba bastante entrada la tarde. Mientras caminaban por las calles de Fall River sin decidir qué hacer a continuación, ella le daba vueltas a cierto asunto en su cabeza. Aquella noche había quedado en el único bar decente de toda la ciudad con su amiga Patty, tenía muchas ganas de volver a verla, pero muy pocas de llevarse a Sandie con ella y de hacerle de niñera durante toda la velada, y al mismo tiempo le parecía un poco grosero el dejar a su compañera de trabajo sola en la habitación del hotel mientras ella iba a divertirse por allí. Un dilema moral.

–«Te das cuenta de que estás con la persona adecuada cuando sabes que todas esas otras cosas nuevas y emocionantes están ahí fuera, pero no te interesa salir a por ellas». Es una cita cojonuda para el artículo, ¿eh, Cooper? Debajo de todas esas arrugas esas dos tienen almas de poeta.

Madre mía, qué poca profundidad emocional tenía aquella individuo. Es que había charcos en las últimas que eran más profundos que su compañera.

–¿Acaso no piensas que es verdad?

–¿Acaso tú piensas que sí?

–No lo entenderías.

Rehusó intentar explicarle los misterios del amor verdadero a aquella mujer. Sería más fácil hacérselo entender a un cactus y sin hablar su idioma ni nada. La escuchó soltar un bufido desgano, sonó como «Pfff», antes de contestarle.

–Eres el prototipo de las de tu especie, Cooper –soltó en tono condescendiente.

¿Perdona? No sabía qué había querido decir con eso y sabía menos aún cuál era esa especie de la que ella parecía ser el prototipo. No le había quedado nada claro, pero supo de inmediato que aquel comentario suponía una ofensa contra su persona. Más o menos como todo lo que saliera de la boca de la chica que caminaba a su lado.

–¿Tendrías la bondad de explicarme de qué especie soy el prototipo?

–«Y fueron felices y comieron perdices», «El amor significa no tener que decir nunca lo siento», «Siempre nos quedará París» ... –enumeró con voz burlesca–. ¿Te

vas haciendo una idea o quieres que siga?

–Me voy haciendo una ligera idea, gracias.

–Hasta oírte en ese plan resulta doloroso. He de confesarte una cosa, Cooper: hasta ayer mismo me creía eso que dicen de que no eres de este planeta, pero...

–¿Quién dice eso si puede saberse?

La frenó de golpe, porque ya sospechaba que no caía muy bien en la redacción, pero no le hacía ninguna gracia oírlo.

–La mitad de la gente del trabajo –le respondió en un tono bastante entretenido y ella se aferró a eso de «la mitad». La mitad era bueno. La mitad no eran todas. Pero luego Sandie siguió hablando–. La otra mitad piensa que eres un experimento científico. Dicen que no tienes ombligo.

–¡Todo eso es mentira!

No quería entrar en los juegos de la sabandija de Davies, pero ¿qué derecho tenían aquellas periodistas de pacotilla a jugar a adivinar sus orígenes?

–Por supuesto que es mentira. Yo te lo he visto.

Sandie lo dijo en un tono de voz que sonó obsceno de principio a fin. ¿La parte de «Yo te lo he visto»? No apta para menores de dieciocho. Y aquella mirada, por Dios, censurable en más de la mitad de los estados. ¿Y cuándo demonios había visto su ombligo aquella degenerada?

–Relájate, Cooper, un día se te subió la camiseta al coger folios para la fotocopidora.

Sandie la calmó con una estúpida media sonrisa y ella estaba dispuesta a decirle a aquella energúmena dónde podía meterse sus insinuaciones y sus miraditas. Mucho más que dispuesta, de hecho, pero sucedió algo que desvió su atención completamente y se olvidó del seudo ser humano que caminaba a su lado, de sus afrentas y de la manera en que la sacaba de quicio. Todo desapareció en un instante, justo cuando la vio avanzar en su dirección, por la misma acera y a tan solo unos pocos metros.

Samantha se estaba acercando peligrosamente y no era aquella la forma en que quería volver a encontrarse con ella después de cuatro años. No en mitad de una calle y, desde luego y mucho más importante, no con Sandie Davies de testigo de ceremonias. Eso nunca. Eso jamás. Pero su ex seguía acercándose, imparable.

No tenía mucho tiempo para pensar y los latidos de su corazón sonaban tan alto que no le dejarían concentrarse de todas formas, de modo que decidió no razonar, se guiaría por el instinto, procesos inconscientes, como poner el piloto automático. Y lo hizo. Hizo lo que le pidió el cuerpo en ese preciso momento. Agarró a Sandie por la manga de la cazadora y tiró de ella con todas sus fuerzas hacia el interior de la tienda frente a la que estaban pasando en aquel instante. Tiró tan fuerte que si Sandie hubiera sido un dibujo animado su ropa se habría quedado flotando en el aire. Por fortuna, la rubia no era una animación y, tras exclamar un «Pero ¿qué coño?» al verse arrastrada por aquella fuerza sobrehumana, ambas acabaron en el

interior de la tienda completamente vestidas.

Esperó ver pasar a Samantha frente a la puerta del establecimiento con el corazón en la garganta y cuando la vio alejarse soltó un suspiro de alivio apoyándose contra la pared, junto a un maniquí. ¡Por Dios Santo! En lo que llevaba de día había quemado más adrenalina que en todos sus años anteriores de existencia. Respiró hondo para reducir su frecuencia cardíaca, porque su corazón no parecía haberse enterado de que estaban a salvo, no había necesidad de seguir bombeando sangre sin ton ni son de aquella manera.

Y mientras inspiraba y espiraba, la escuchó:

–¿Estás tratando de decirme algo, Cooper? Porque solo tenías que pedirlo...

Cuando la miró no pudo ponerse más roja en menos tiempo. Es que sintió cómo le ardía la cara.

La sabandija asquerosa, alias Sandie, se encontraba en mitad de la tienda mostrándole un par de esposas colgadas del dedo índice de una de sus manos mientras con la otra sujetaba lo que parecía ser una máscara de cuero.

–Tengo entendido que están a punto de retirar el sadomaso de la categoría de perversiones sexuales, así que no tienes por qué avergonzarte.

Por supuesto que sí. Claro. Efectivamente. Si no podía ser de otra manera. La tienda en la que tan aprisa había entrado en un momento de tensión extrema no era una pastelería. ¿Podría haberlo sido? Sí, perfectamente. O una juguetería, una lavandería, una panadería, una librería, una carnicería, una tienda de ropa... las posibilidades eran infinitas, pero la realidad solo una. Estaban en un *sex shop*. Y de por sí eso ya era malo, pero Dios debía de estar aburridísimo allí arriba, porque además de ser un *sex shop* en general, estaba especializado en «prácticas extremas» en particular y Sandie en esos momentos se encontraba probando un látigo en el aire, al estilo Indiana Jones, pero con connotaciones un poquito menos arqueológicas y un poquito más sexuales.

–¿Te va este rollo, Cooper? Porque, no te ofendas, pero no te pega nada.

Su particular penitencia continuó parlotando mientras fustigaba aquí y allá. Odiaba la facilidad con la que su piel se sonrojaba cuando se ponía nerviosa, es que era como un puñetero camaleón adicto al carmesí. Y, entre que ella tenía demasiada vergüenza y Sandie ninguna, esa relación era claramente desigual y en un entorno erótico como aquel ella tenía las de perder seguro. Había comprado todos los boletos. Cualquier cosa que dijera o hiciera en aquella tienda sería utilizada en su contra por el tribunal Davies, de modo que prefirió callarse. Iba a decirle a Sandie que se largaban de allí cuando, de tanto latigear sin ton ni son, aquel juguetito se rebeló contra la pierna de la rubia y ella soltó el «Hostia puta» con más sentimiento que había oído jamás mientras tiraba el artilugio de malas maneras a la estantería de la que lo había cogido. Y le debía de haber dolido bastante, pero casi se alegraba.

«Sembrad y recogeréis», ¿no? Pues ahí tenía Sandie los primeros frutos de su cosecha.



Salió de allí sin decir nada, porque no había nada que pudiera decir, y su compañera la siguió casi cojeando mientras se frotaba la pierna herida.

–Me cago en la leche. ¿Crees que esto contará como accidente laboral?

No le contestó, porque estaba demasiado ocupada mirando en todas direcciones para cerciorarse de que Samantha había desaparecido de verdad y no tenía tiempo para las tonterías de ese organismo unicelular. Sandie debió de percatarse de lo que estaba sucediendo, porque miró un par de veces en la misma dirección que ella como si tratara de localizar algo indeterminado y después vio la luz y ató cabos.

–¡Oh, mierda, Cooper! ¿Esta es tu forma de «reconquistar» a esa tal Amanda? – preguntó y no dijo claramente «Qué patética eres», pero no le hizo falta.

–Es Samantha.

La corrigió apretando el paso, porque no tenía ni pizca de ganas de escucharla. Pero ni pizca.

–¿Y este es tu gran plan? ¿Para esto te has recorrido medio país? ¿Para esconderte en un *sex shop*?

Madre mía, es que tenía cuerda para rato, si no la frenaba, la freiría a preguntas hasta haber agotado todas las combinaciones posibles de palabras en su lengua materna. Así que la paró.

Primero dejó de caminar y consiguió que Sandie cerrara la boca aminorando el paso. Después la miró de una forma que no invitaba a proseguir interrogatorios precisamente. Por último, y con la voz más serena de que fue capaz, le dijo lo siguiente:

–¿Qué me has prometido esta mañana si aceptaba tu invitación a desayunar?

Lo tuvo que pensar la muy mema, pero por fin pareció recordarlo y levantó las manos en una aparente señal de rendición que en realidad quería decir «allá tú». Y lo decía muy alto, además. Después, sin insistir ni nada, echó a caminar dejando atrás el tema de Samantha.

\*\*\*

Como pez en el agua. Sería una sabandija, pero tenía que reconocer que era una sabandija muy sociable.

Se llevó el vaso a los labios mientras observaba de reojo cómo Sandie charlaba animadamente con Patty. Hacía menos de veinte minutos que las había presentado y ya estaba haciendo que se descojonara de la risa. En serio, ¿qué era lo que la gente veía en Sandie Davies? Porque de verdad que ella lo intentaba, y la había mirado desde todos los ángulos posibles, pero nada. Por mucho que se esforzaba seguía viendo al mismo parásito de siempre.

Frunció el ceño cuando Patty se atragantó con un cacahuete del ataque de risa que le entró por algo que había dicho Sandie, pero tampoco le dio mucha importancia y le dio un sorbito a su bebida mientras su amiga se debatía entre la vida y la muerte. Centró su mirada en la rubia e intentó descubrir cuál era su

secreto.

¿A qué se debía semejante éxito social y sexual? Podría ser la forma en que el pelo le caía en cascada sobre los hombros, ondulado y brillante, muy brillante. En serio, ¿qué demonios se echaba en el pelo para llevarlo siempre así? Su cara no le estorbaba tampoco precisamente. La chica era guapa, eso tenía que reconocerlo hasta ella, pero debía haber algo más y no lo veía por ningún lado. Y de repente se dio cuenta de que sus dos acompañantes la estaban mirando y tuvo que abandonar la búsqueda del Santo Grial de la religión Davies.

–Cooper, no me habías dicho que cantabas.

Esas sorprendentes palabras le dirigió Sandie. Porque mientras ella había estado centradísima en la búsqueda de un solo aspecto de la rubia que no le diera ganas de santiguarse dos o tres veces, a Patty aparentemente se le había ocurrido que era buena idea hablarle de ella, así sin filtros ni nada.

–Por supuesto que canta. Veníamos aquí por lo menos una vez a la semana al karaoke.

Su amiga avivó la hoguera, porque la mirada que le estaba dedicando en plan «calla ya o estás muerta» no parecía significar nada para ella.

–Patty, a Sandie no le interesan cuáles eran nuestros *hobbies*.

–A Sandie sí le interesan –la contradijo la rubia y se inclinó un poco sobre la mesa recortando las distancias–. Le interesan mucho, de hecho. Nunca has cantado en las fiestas de la redacción, Elizabeth, ¿reservas tu talento para ocasiones especiales?

Se lo preguntó metiéndose un par de cacahuets en la boca, de esos que les habían sacado junto a las bebidas.

¿Cantar? ¿Ella? ¿En las fiestas de la redacción? ¿Cantar ella en las fiestas de la redacción? Los frutos secos debían de habérselos servido empapaditos de LSD, porque una absurdez de esas proporciones tan considerables no podía haberse formado en una mente libre de estupefacientes de alguna clase.

Primero, porque el karaoke de las fiestas de empresa estaba siempre monopolizado por la rubia, que se pasaba la noche cantando éxitos de los setenta y los ochenta y meneándose por aquí y por allá mientras repartía sonrisas a diestro y siniestro. Y ella personalmente no, ella nunca, ella jamás, pero sus compañeras de trabajo la miraban embobadas y suspiraban y decían cosas como «Joder con Davies, yo le hacía un par de favores», y en vez de una periodista de tres al cuarto parecía que sobre aquel escenario improvisado estaba el puñetero Elvis Presley o Los Beatles, los cuatro concentrados en un cuerpo de mujer. Que solo les faltaba tirarse del pelo y lanzarle ropa interior. *Ugh*.

Y segundo, porque ella no era de esas. Ella odiaba ser el centro de atención y no poder controlar lo que pasaba a su alrededor y sabía que si subía a ese escenario sus compañeras de trabajo en vez de gritarle «Queremos un hijo tuyo», como Joanna, ¡su jefa Joanna!, le había gritado a Sandie en la última fiesta de Navidad, en

vez de eso seguramente se dedicarían a buscarle el ombligo y no, muchas gracias. Ella estaba muy bien como estaba en aquella redacción, pasando desapercibida y ordenando sus clips de colores.

Y Patty, que no parecía tenerle el más mínimo aprecio a la vida, parloteaba sin parar acerca de lo bien que se lo pasaban en los viejos tiempos cantando canciones de Cyndi Lauper los viernes por la noche.

Sandie solo parecía estar escuchándola a medias, porque la miraba con una expresión muy rara en la cara. Con media sonrisa que no entraba en la categoría de las que usaba para deslumbrar a su público femenino. La miraba como si ella fuera un cuadro expresionista, como si tuviera algo pegado en la frente o comida entre los dientes. ¿Como si intentara descifrarla? Pues así la miraba y, la verdad, le estaba haciendo sentir un poquito incómoda. Así que alzó las cejas como diciendo «¿qué miras, descerebrada?» y Sandie simplemente sonrió un poco más, ahora sí que derrochando encanto, porque le debía de sobrar, marcando tendencia, como le gustaba a ella, y devolvió su atención a Patty y a los cacahuetes.

Lo intentó, de verdad que lo intentó, pero no pudo evitar que su amiga de la infancia se pasara la noche desvelando sus más oscuros secretos. Y ella era Elizabeth Cooper, así que sus secretos no eran muy oscuros en realidad, tal vez de una tonalidad gris tirando a blanco sucio, pero, aun así, eran sus secretos y no le hacía gracia que un ser tan poco íntegro como era Sandie Davies tuviera asiento de primera fila para la proyección de su vida en imágenes.

Pero todo fue inútil y llegó un momento en que su cerebro se desconectó del resto del cuerpo, como en una sublevación silenciosa, porque debió de pensar algo así como «De perdidos al río» y casi involuntariamente empezó a comentar cosas con Patty, olvidando por un momento que estaba sentada junto a la encarnación de todos los vicios conocidos por el ser humano. Y mientras se reía recordando anécdotas acontecidas años atrás, podía notar cómo los ojos de Sandie la estudiaban en silencio, y en un par de ocasiones sus miradas se encontraron y ella le habría dicho «¿Quieres dejar de mirarme así, alimaña?», pero estaba demasiado ocupada pasándose bien.

Hasta el final de la noche no tuvo un momento a solas con Patty, y la verdad era que no lo había echado de menos, porque con Sandie delante sabía que su amiga no se atrevería a sacar el tema prohibido: «Samantha». No tenía muchas ganas de iniciar una conversación sobre su ex con ella, porque Patty odiaba muchas cosas, de verdad que sí, muchas, debía de ser algo casi patológico, pero lo que más odiaba en el mundo desde hacía cuatro años era a Samantha.

Y en realidad era bonito, ¿no? Es lo que hacen las buenas amigas, ¿verdad? Odiar a muerte a cualquier hombre o mujer que ose hacerte daño. Pues sí. Por un lado, era un gesto que le agradecía en el alma, amigas para siempre y hermanas de sangre y todo eso, pero es que en aquellos momentos no le venía demasiado bien, a decir verdad. Por supuesto que no había compartido sus planes de reconquista con Patty,

no los había compartido con nadie, en realidad, a excepción, desgraciadamente, de con Sandie. Y que aquel secreto dependiera de la capacidad de discreción de su compañera le ponía un poquito nerviosa. Algo histérica incluso.

Por eso, cuando la rubia anunció que iba al baño, a ella se le elevó la presión arterial como se elevan los globos de helio. Mucho y muy deprisa. Miró aquí y allá, y «aquí y allá» eran puntos bastante alejados de los ojos de su amiga. *Así, así, muy bien, Cooper, evitando el contacto visual.*

–Bueno, Liz...

Patty inició su conversación de aquella manera, porque ella sí que podía llamarla «Liz». Ella era un ser bastante querido y cuando lo decía no sonaba ni parecido a como lo pronunciaban los labios de Sandie.

Ese «Bueno, Liz» le puso los pelos de punta y el corazón a mil, porque si Patty le preguntaba directamente por Samantha sabía que no podría mentir. De normal era nefasta mintiendo, es que no le salía, lo pasaba hasta mal, pero cuando se trataba de su mejor amiga, el mentir se convertía en misión imposible, de las peligrosas. Por eso se le secó la garganta y tuvo que darle otro trago a su té helado y, tal vez por primera vez en su vida, deseó tener en su mano una bebida alcohólica de las fuertes. De las de máxima graduación. Se estaba mentalizando para el enfrentamiento cuando las siguientes palabras de Patty la dejaron fuera de combate, en el primer asalto y sin haber pisado el *ring*.

KO.

–Tú y Sandie... ¿qué?

Muerta en el sitio de la sorpresa y el «Bueno, Liz, tú y Sandie... ¿qué?» colgando en el aire. Y de verdad que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para encontrarle el sentido a esa frase, porque lo mismo le podía haber dicho «Bueno, Liz, y la fórmula del manganeso... ¿qué?» y lo habría entendido más y muchísimo mejor. Porque ¿qué quería decir Patty con aquello?

«Bueno, Liz, tú y Sandie... ¿qué?». ¿Perdona? Debía de estar hablando otro idioma, porque en el suyo aquella pregunta ocultaba una sospecha impensable, inconcebible por la mente del hombre, incognoscible, intangible, insólita incluso. Y hasta un poquito ridícula. Porque Sandie y ella... ¿qué de qué? Vamos a ver. Es que era un sinsentido y un despropósito tan solo el pensar que entre Sandie y ella... madre mía... ¿Sandie y ella? ¡Qué va! Completamente inverosímil, la idea más peregrina que había escuchado jamás. Casi le daba hasta la risa.

–Me parecéis muy monas juntas.

Lo añadió como quien no quiere la cosa. Como si lo que estaba insinuando no fuera tan repulsivo o peor que el peor de los incestos. Se le tenía que haber ido todo el color de la cara, porque su sangre había acudido de emergencia a regar sus órganos vitales nada más oír aquellas palabras que habían sido como un traumatismo craneoencefálico con múltiples roturas y hemorragias internas, pero en plan verbal. Una agresión brutal hacia su persona. Tenía que ser hasta

denunciable el decirle a alguien algo así.

–No. No. Sandie y yo no estamos... que no somos... Que Sandie y yo no, ¡por Dios!

Le costó hasta escupirlo, porque tan solo el tener que negar algo así era denigrante.

–¿No? ¿En serio que no? –Le sorprendió y todo. Lo preguntaba con pena, como si realmente quisiera que sí-. ¿Por qué no?

Que por qué no. Madre mía, había tantas posibles respuestas para aquella pregunta que ni sabía por dónde empezar. Y estaba barajando unas pocas de las miles que se le ocurrían para satisfacer la curiosidad de Patty, cuando la cara de su amiga se transformó en una mueca pícara y se le acercó un poco inclinándose sobre la mesa.

–No será porque ella no quiera.

Le sonrió en plan cómplice dándole un golpecito en el brazo. Como diciendo «Ay, campeona, que te estás haciendo de rogar» y no supo muy bien por qué, pero se puso un poco roja por traición de su camaleónica tez, y carraspeó incómoda mientras se acomodaba contra el respaldo de su silla.

Que Sandie quería era un hecho. Que Sandie quería era casi una ley universal de las que enseñan en las universidades. Porque Sandie Davies quería. Claro que quería. Sandie Davies quería así en general y en particular, y de todas las maneras posibles. Sandie Davies se tomaba el mandamiento de «Amalos los unos a los otros» al pie de la letra, aunque no era para nada católica. Claro que la sabandija de Davies quería con ella lo que quería con todas: amor libre. Porque es que había nacido en la época equivocada. Sandie pertenecía a los sesenta, al movimiento *hippie* de «hacer el amor y no la guerra». Era una mujer viviendo en un tiempo equivocado. Un poco triste si te parabas a pensarlo.

Iba a aclararlo todo, porque no podía vivir en un mundo en el que alguien pudiera pensar, ni remotamente, que entre Sandie y ella había algo. Pero cuando se disponía a hacerlo el tema de discusión volvió del baño y ocupó de nuevo su silla. Menuda puntería tenía la tía, inoportuna a más no poder. Y ajena al mal momento que había elegido para regresar, cogió un cacahuete, se lo metió en la boca y le guiñó un ojo.

Casi le dio un escalofrío al verla. Nada agradable, la verdad. Pero lo peor no fue eso. No. Lo peor fue que Patty también lo vio y cuando sus miradas se encontraron levantó una ceja como rescatando su comentario anterior.

«No será porque ella no quiera».

*Ugh.*

\*\*\*

Menos mal que se había acabado la noche, porque desde que Sandie regresó del baño todo había sido muy incómodo. Y ni Patty ni la sabandija habían dicho o hecho

nada raro, pero las insinuaciones de su amiga consiguieron revolverle el cuerpo entero y solo tenía ganas de irse a dormir. Así que se habían despedido de Patty hacía unos cinco minutos y ambas caminaban en silencio hacia su hotel. No estaba muy lejos y ella había insistido en no llevar el coche, quizá no debiera haberlo hecho, porque tenía frente a ella diez minutos de paseo en compañía de la rubia.

Por lo menos hacía buena noche y en esa parte de la pequeña ciudad nunca había mucho barullo. De hecho, a excepción de un par de personas paseando a sus perros, eran las únicas que caminaban por aquella zona. Y para Sandie eran simplemente calles, adoquines y hojas de árboles secas en el pavimento, para la rubia no significaba nada y solo era un suelo que pisar. En cambio, a ella le recordaba miles de cosas a cada paso y la mayoría de ellas estaban relacionadas con Samantha, porque habían paseado tantísimas veces por aquel mismo lugar que no era capaz de recordarlas todas.

Y estaban a punto de pasar por el puente. Su puente. Allí le había dicho «Te quiero» por primera vez y le encantaba aquel sitio. Solo era un puente de piedra construido encima de un río, nada del otro mundo, pero a ella le parecía uno de los lugares más bonitos del planeta Tierra. Si te parabas a mitad del trayecto podías ver las estrellas mientras escuchabas el sonido del agua corriendo a tus pies. Desde pequeña le había gustado hacer eso.

–Tú también eres un poco cebolla, Cooper –escuchó a Sandie a su lado y la miró, porque ¿qué estaba diciendo aquella pirada de cebollas?–. Tienes capas ocultas. Ni en un millón de años habría pensado que eras la reina del karaoke en Fall River.

–¿Sorprendente viniendo de una alienígena sin ombligo? –Bufó aún un poco molesta por que toda la redacción la tuviera en esa estima.

–No. Sorprendente viniendo de ti –la corrigió y ya estaban cruzando el puente.

No dijo nada, porque todo lo que Sandie le decía a ella le sonaba a insulto, pero esa última frase parecía cualquier otra cosa y a lo mejor aquella sabandija estaba tejiendo a su alrededor una tela de invisible seducción. Ella solo quería llegar al hotel, construir de nuevo el telón de acero y dormir.

Al parecer, Sandie tenía otros planes, o muy poco sueño, porque a mitad de puente se paró, se acercó al borde y se apoyó en el muro de piedra. Por unos segundos no dijo nada y se limitó a pasear la vista por el río y los árboles que lo rodeaban.

–Desde aquí podría hacer unas fotos de la hostia –comentó volviéndose hacia ella con una sonrisa. Recostó su espalda en el muro y, apoyando sus codos en la piedra, miró hacia arriba. Hacia las estrellas–. No hay vistas así en Nueva York.

Mientras Sandie miraba el cielo estrellado, ella miró a Sandie. Y, teniendo presente por encima de todas las cosas que seguía siendo Sandie «sabandija asquerosa» Davies, debía confesar que estaba guapa allí apoyada en su muro favorito mirando las estrellas; si no tuviera aquella personalidad tan desagradable,

podría incluso comenzar a soportarla como ser humano. No quería mirarla más de la cuenta, no se fuera a pensar aquella presuntuosa que estaba cayendo víctima de sus encantos sobrenaturales. Y lo pensaría. Oh, ¡claro que lo pensaría! Porque en el mundo Davies las cosas funcionaban así y las féminas besaban el suelo que ella pisaba.

–Elizabeth, relájate y ven a mirar las estrellas.

Escuchó aquella invitación justo cuando iba a retomar el camino al hotel.

–Es tarde y... –comenzó a protestar, porque mirar las estrellas era una acción demasiado romántica como para hacerlo junto a aquella aprendiz de *Homo erectus*.

–El hotel no se va a ir a ningún sitio y no es tarde, a no ser que tengas más de ochenta años.

Accedió porque tal vez si le bailaba el agua y miraba las estrellas dos minutos podrían por fin regresar al hotel. Se apoyó en el muro, a una distancia prudencial de la rubia, se cruzó de brazos y miró hacia arriba.

–¿Contenta? –preguntó fingiendo que era un esfuerzo el estar allí simplemente mirando las estrellas y escuchando el río correr.

–De pequeña pensaba que las estrellas eran las farolas de los extraterrestres.

Sandie lo confesó obviando su comentario anterior y aquello la pilló tan desprevenida que se rio. Se le escapó. Una risa de las auténticas.

Se tensó y pensó que Sandie la miraría con superioridad y la dejaría ciega con una de sus sonrisas marca Davies, toda orgullosa por haber conseguido hacerla reír, como diciendo «tú también estás cayendo, preciosa. Dos días más y serás mía». Pero no. Sandie tan solo sonrió sin apartar la vista de las estrellas y no parecía orgullosa de haber logrado nada.

Se quedaron en silencio un par de minutos y de verdad que casi hasta se relajó. Cerró los ojos para centrarse en el murmullo de las aguas deslizándose bajo sus pies y, por unos segundos, se olvidó de quién estaba a su lado. Pensó en el Plan A, porque aquel era el escenario de una de sus fases más cruciales y se le aceleró el pulso solo con pensar que en un par de días estaría allí con Samantha.

–Oye, Cooper, ¿de quién coño estaba hablando Patty en ese bar? Porque desde luego que a mí no me sonaba a nadie que conozca.

Y la paz desapareció del ambiente.

–Muy graciosa, Davies –masculló molesta, porque seguro que estaba a punto de llamarla maniática del orden, diosa de los ángulos rectos y adoradora del abecedario–. Para tu información: la gente no se comporta igual en el trabajo que fuera de él. Y si vas a empezar con tus comentarios del ombligo otra vez, de verdad que no tengo ganas de...

–¡Ey, ey! ¡Espera! –exclamó la rubia, la tomó del brazo antes de que pudiera alejarse demasiado y la hizo volverse hacia ella–. ¿Siempre estás a la defensiva con todo el mundo o solo es conmigo?

–¿Esperas que me quede aquí a escuchar lo estirada, maniática y aburrida que

soy?

Es que era el colmo de los colmos.

–No quería decir eso, Cooper –aclaró su compañera y a ella se le escapó un suspiro escéptico–. Solo quería decir que me gustaría conocer a esa Elizabeth.

Y parecía que lo decía de verdad, porque estaba muy seria. Ni sonreía ni nada y eso no era propio de la rubia. Se dio cuenta entonces de que aún seguía sujetándole el brazo y de que estaban mucho más cerca de lo que ella consideraba tolerable. ¿La sabandija siempre había tenido los ojos tan azules?

Ni lo sabía ni le interesaba saberlo. Que los tuviera como quisiera, porque ella se iba al hotel. Liberó su brazo y caminó decidida.

–Elizabeth...

–Es tarde, Davies. Yo me voy a dormir.

Y lo dijo sin molestarse en volverse. Si Sandie la seguía o no la seguía no le preocupaba demasiado.

\*\*\*

Una tal Lilly la había llamado al móvil a esas horas, poco después de que llegaran al hotel. Había visto el nombre en la pantalla del teléfono antes de que su compañera se hiciera con él y desapareciera en el baño como la noche anterior. Si es que era lo que ella pensaba: una libertina y una libidinosa. Una jueguista sin moral ninguna. ¿Y eso de «me gustaría conocer a esa Elizabeth»? Uno de sus juegos de seducción, porque había visto caer a muchas incautas como para reconocer un truco Davies en cuanto lo veía.

Para cuando la Doctora Amor salió del baño, ya estaba metida en la cama, a su lado del telón de acero y con las sábanas estiradas, como a ella le gustaba. La luz estaba apagada, pero podía distinguir su silueta y la luz que se colaba por la ventana definía levemente sus facciones. Sandie debió de pensar que ya dormía o le dio igual que estuviera despierta, y se quitó la camiseta la muy desvergonzada. El pelo le cayó en cascada sobre los hombros tras quitarse la prenda y ella intentó luchar contra sus instintos gais más primarios y desviar la vista o cerrar los ojos, pero una fuerza superior e invisible la obligaba a mirar. Y algunas frases inconexas acudieron a su mente sin haber sido invitadas, con toda la cara del mundo como de fondo a aquel inesperado *striptease*.

«Echar un buen polvo con Sandie Davies». Fuera sujetador.

«Es exactamente lo que necesitas». Fuera pantalones.

«Bueno, Liz, tú y Sandie... ¿qué?». Completamente desnuda.

Solo duró unos segundos, porque enseguida la rubia se colocó el bóxer y la camiseta que utilizaba para dormir y desapareció de nuevo en el cuarto de baño. ¿La imagen de su silueta desnudándose poco a poco recortada en la penumbra? Aún seguía manifestándose en los apartados más depravados de su cerebro menos racional. Se repitió un par de veces que se trataba de la sabandija asquerosa de



Sandie Davies, pero nada, debía de ser verdad aquello de que una imagen vale más que mil palabras.

La escuchó salir del baño, apagar la luz y caminar descalza hasta la cama. Cuando se acomodó en su gueto, al otro lado del muro de contención, una ligera ráfaga de aire cruzó la barrera y olía a Calvin Klein y al acondicionador de su pelo. Involuntariamente pensó «Joder, con Davies», así con el taco y todo, y se asustó a sí misma.

Cerró los ojos con fuerza y se dio media vuelta sobre el colchón dándole la espalda. Estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para despreciar aquel aroma. Al menos eso fue lo que se dijo a sí misma.

Porque si no era el cansancio, ¿qué otra cosa podía ser?

## 5

### Samantha

«De pequeña pensaba que las estrellas eran las farolas de los extraterrestres» y esa risa. Madre mía, esa risa salida de la garganta de Elizabeth... Para el oído inexperto tal vez solo fue una carcajada, pero ella no era una inexperta.

Un 6,9 en la escala Richter, eso había sido aquella risa de Elizabeth. Un terremoto acústico que había hecho tambalearse sus cimientos desde la base, desde lo más profundo. Aquel simple «ja, ja, ja» continuó resonando en su mente durante todo el camino de vuelta al hotel y no le permitió conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada. Esa risa y la sorprendente descripción de su compañera de trabajo con que la había obsequiado Patty en aquel bar, ellas eran las culpables de que aquella mañana hubiera necesitado el doble de cafeína para empezar a funcionar.

Para cuando despertó, la reina del karaoke de Fall River ya no estaba en la habitación y una hora, una ducha y un desayuno después, su paradero continuaba siendo todo un misterio, y solo conocía una forma de resolverlo.

¿Que si no le daba vergüenza revolver de nuevo la maleta de la morena en busca del Plan A? Por supuesto que sí, era precisamente por eso por lo que había sacado fotos a tan preciados documentos el día anterior. Un par de clics en su *smartphone* y la localización de Elizabeth se reveló ante sus ojos sin necesidad de violentar de nuevo la propiedad privada de su compañera. No pudo reprimir un resoplido al leer aquella parte en particular del «Plan A: Reconquista», porque Elizabeth sería organizada hasta la médula y perfeccionista hasta decir basta, pero en el arte de reconquistar a exnovias prometidas parecía estar un poco verde. Por suerte la tenía a ella que en esa materia resultaba ser toda una experta.

Salió de la cafetería, donde había desayunado, apartando de su mente aquella risa. Borró de su disco duro las imágenes de Elizabeth emulando a Cyndi Lauper los viernes por la noche en aquel karaoke y se dispuso a demostrarle a la morena que ella valía para mucho más que para descargarse *Padre de familia* en horario de oficina. Si Elizabeth Cooper quería recuperar a Samantha, ella le ayudaría a recuperar a Samantha, tal vez así le fuera más fácil el volver a verla como a la mujer biónica, porque la cara oculta de Elizabeth que había empezado a mostrarse a su llegada a Fall River amenazaba con poner su mundo patas arriba y no necesitaba ese tipo de complicaciones en su vida. Empezar a sentir cosas profundas por su

compañera, la misma que se refería a ella como «sabandija asquerosa Davies», sería como enamorarse de tu mejor amiga heterosexual en plena adolescencia, un error de novatas.

Un error de los gordos.

Imperdonable.

Y ella sería muchas cosas, pero, desde luego, no era una novata.

\*\*\*

¡Gracias a Dios que llegaba a tiempo para impedir aquel desastre!

Tomó asiento junto a una muy sorprendida Elizabeth en la sala de espera de la clínica veterinaria. Le faltaba un poco el aliento por la última carrerita que se había pegado en su lucha contrarreloj para salvarle el culo a su compañera.

–Perdona, pero... ¿puede saberse qué es eso? –preguntó la morena como todo saludo.

La sangre aún no irrigaba del todo bien su cerebro, así que tardó un poco en darse cuenta de a lo que se estaba refiriendo. Cuando procesó el significado de aquella pregunta sonrió orgullosa.

–Para tu información «esto» se llama Cupido, tiene dos años y le encanta jugar a la pelota y dar paseos largos. ¡Ah! Y comer bichos.

Elizabeth cruzó una mirada con aquel perro que también la observaba con la lengua colgando, después la miró a ella y luego pasó su vista a la puerta cerrada de la consulta de su exnovia.

Ella-Perro-Puerta Cerrada.

Puerta Cerrada-Perro-Ella.

Y su cerebro parecía estar consumiendo oxígeno y glucosa al por mayor, en un intento desesperado por encajar aquellas tres piezas en un «algo» coherente, antes de que Samantha terminara con el pequeño westie que había entrado a la consulta hacía un rato. Se dio por vencida al quinto intento.

–¿Qué demonios haces aquí con esa bola de pelo? –exigió saber exasperada.

Extraña forma de dar las gracias.

–Otra vez: se llama Cupido. Y lo he traído para impedir que hagas el ridículo ante la mujer que quieres reconquistar.

Un resoplido de incredulidad. Otro resoplido de incredulidad. Abrió la boca, presumiblemente para decir algo, pero volvió a cerrarla antes de tiempo. La traspasó con la mirada, y le estaba diciendo «Creía que te había dicho que te mantuvieras al margen de mis asuntos» sin necesidad de palabras. Podía leerla como a un libro abierto, en aquellos momentos parecía gritar muy alto «Estás muerta, sabandija». Era asombrosa la capacidad de comunicación no verbal que poseía aquella mujer.

–¡Haz el favor de largarte, Sandie! –exclamó en un susurro exigente y desesperado a partes iguales–. ¡Vas a estropear mi plan! –añadió empujándola para

reforzar su petición de que se esfumara.

–Es tu propio plan lo que va a estropear tu plan, Cooper. ¿Confías en mí? –le preguntó también en un susurro, no quería llamar la atención de la media docena de dueños de mascotas sentados a su alrededor.

–¡Por supuesto que no! –le respondió sin tan siquiera pensarlo media décima de nanosegundo. Se habría sentido ofendida de no haberlo sabido de antemano–. Davies, quiero que cojas a ese Cupón...

–Cupido– la corrigió acariciando la cabeza del aludido para que no se ofendiera.

–¡Haz el favor de...! –comenzó a levantar el tono, presa del pánico.

No pudo decir más. Y estaba segura de que le habría gustado decirle muchas cosas, pero a la pobre se le acabó el tiempo justo cuando la puerta de la consulta se abrió sin previo aviso.

–Dale una de estas pastillas una vez al día y nos vemos la semana que viene, ¿de acuerdo, Wendy? –escuchó decir a la tal Samantha como despedida a su paciente peludo y a su dueña.

Era guapa. No podía negarlo. ¿Más guapa que ella misma? ¡Por favor! La duda ofende, pero no estaba mal. Sonrisa bonita. Pelo castaño y brillante. Ojos grandes y expresivos. Le daba un ocho con cinco, sobre diez, en su escala de «Atractivo femenino Davies». Podía medio entender el cuelgue que su compañera de trabajo parecía mantener por aquella veterinaria, no lo comprendía del todo, porque el mar está lleno de peces, y con peces quería decir mujeres, y un clavo saca a otro clavo, y con clavo quería decir mujer, pero a Elizabeth esos dichos populares no parecían convencerla demasiado.

Hablando de Cooper... joder, la cara que tenía. Como si frente a sus ojos se hubiera materializado la Virgen María. Si casi ni pestañeaba la pobre. Menuda diferencia con la Elizabeth imperturbable de la redacción, casi daba pena verla así. ¿Casi? No. Daba pena verla así, menudo cuadro...

Y de repente sucedió. Como en una puta película de Hollywood. Samantha terminó de despedirse de su cliente y levantó la vista en busca de la siguiente visita. Y la vio. Vio a Elizabeth y se quedó congelada en cuanto sus miradas se encontraron, con la boca medio abierta y el «Siguiente, por favor» atascado en algún recoveco de su garganta. Casi podía escucharse el ritmo acelerado de su corazón por encima de la música ambiente de aquella sala de espera. Taquicardia.

Ni la tal Samantha reaccionaba, ni Elizabeth reaccionaba. Menos mal que ella estaba allí para salvar la situación.

–Nos toca a nosotras –anunció, levantándose sin más del asiento para guiar a Cupido hacia la consulta.

Nada. La morena seguía petrificada en su sitio, con los ojos clavados en los de su exnovia, la cual, por cierto, tampoco parecía tener mucha prisa por volver a la vida.

–Hola. Soy Sandie y este es mi perro, Cupido. –Le tendió la mano a la veterinaria con la esperanza de que su buena educación la sacaría de aquel trance al menos lo

justo para saludarla.

Bingo. Samantha sacudió ligeramente la cabeza y, rompiendo el hechizo del que había sido víctima al ver a la morena allí después de cuatro años, le dedicó media sonrisa nerviosa al estrecharle la mano.

–Hola, Cupido, qué perro más guapo tenemos aquí –le habló dulcemente al can acariciando su cabeza.

El animal meneó la cola, encantado con las atenciones de aquella mujer desconocida de bata blanca. Olía a galletas para perros, así que le caía bien.

Joder con la Dalai Lama... la paz interior se le parecía haber agotado. ¿La imperturbabilidad?, como si nunca hubiera estado allí. Seguía inmóvil en el asiento, como una estatua de sal, pero menos salada y más patética. ¿Esa era su forma de reconquistar a Samantha?

–Elizabeth, nos toca –le insistió y algo pareció hacer clic en alguna parte del cerebro de su compañera.

¡Jesucristo resucitado! ¡Aleluya! La morena se estaba levantando, un poco en plan autómatas, pero se estaba moviendo hacia la puerta de la consulta. Un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la humanidad.

Una vez dentro de la habitación, la tensión creció más si es que aquello era posible, porque ninguna de las dos le había dicho nada a la otra aún. Y era verdad que la mirada que habían compartido en la sala de espera hacía apenas un minuto hablaba por sí sola, pero es que todo lo que había dicho era algo así como: «Eh... uh... eh... ummm... tú...». Iban a necesitar algo un poco menos ambiguo y más elaborado si querían abrir las vías de comunicación.

La incomodidad de las dos mujeres era más que evidente, era palpable en el ambiente, y, por primera vez, se le ocurrió pensar que, a lo mejor, solo a lo mejor, Elizabeth no estaba tan loca, al fin y al cabo. ¿Era posible que Samantha continuara enamorada de ella después de tanto tiempo? A juzgar por lo que veían sus ojos en aquella consulta veterinaria, al menos no era imposible del todo.

–¿Y tú qué haces aquí? –la veterinaria rompió el silencio dirigiéndose, evidentemente, a Elizabeth.

–Hola a ti también, Sam –escuchó responder a su compañera de trabajo, y la conocía demasiado bien como para no captar el tono ligeramente herido con que había hablado. Seguro que no eran aquellas las primeras palabras que esperaba oír de labios de su exnovia.

Decidió guardar silencio y asistir a aquel encuentro en calidad de espectadora pasiva, era como estar dentro de una comedia romántica, aunque a aquella parte de la película le faltaba comedia y le sobraba un poquito de drama, la verdad.

–Lo siento, Liz, es solo que... eres la última persona que esperaba encontrarme esperando ahí fuera, ¿sabes? –admitió suavizando considerablemente el tono–. Hace ya...

–Cuatro años –completó la morena cruzándose de brazos.

–Cuatro años –repitió Samantha mientras bajaba la vista al impoluto suelo de la consulta–. ¿Cómo estás? –quiso saber encontrándose de nuevo con sus iris verdes –. Creía que estabas en Nueva York.

Y aquella mujer sería muy profesional en lo concerniente a todo lo que tuviera que ver con la veterinaria, pero allí de pie hablando con Elizabeth se asemejaba a un pez fuera del agua. Casi le temblaba hasta la voz.

–Solo he venido a cubrir una noticia, tengo que escribir un artículo. Volvemos a Nueva York a finales de semana.

Lo dijo como si no se muriera de ganas de gritarle que estaba loca por ir a casarse con otra persona teniéndola a ella allí. Menuda capacidad de autocontrol emocional, iba a ser verdad que aquellas clases de meditación zen merecían la pena. Y, en ese momento y no en otro, y a pesar de que le había dado la mano un par de minutos antes, Samantha pareció ser consciente de que Elizabeth y ella no estaban solas en la habitación y la miró.

No era por fardar, aunque también, pero conocía demasiado bien a las mujeres como para no saber que Samantha estaba agonizando por saber si Elizabeth y ella estaban juntas. Es que se le veía en la cara, como si lo tuviera grabado en la frente con tinta chillona y en mayúsculas. Normal, era comprensible, a nadie le gusta encontrarse con una ex y descubrir que está saliendo con alguien extremadamente atractivo. En el fondo de tu alma siempre esperas que le haya ido peor que a ti. No es egoísmo, es la naturaleza humana. Tampoco iba a culpar a la pobre muchacha.

Pero, al parecer, Samantha también había acudido a clases de meditación zen, porque, de pronto, se hizo con el control de la situación, parapetándose tras su rol de profesional veterinaria, y adiós al temblor de su voz y al pez fuera del agua.

–Bueno... ¿y qué le pasa a Cupido? –preguntó centrando toda su atención en el animal y dirigiéndose a ella.

Aquel giro de ciento ochenta grados en la conversación la dejó momentáneamente aturdida, le costó un par de segundos darse cuenta de que ya no era una simple espectadora.

–Eh... solo queremos asegurarnos de que está bien. Lo acabamos de adoptar.

¿Estaba hablando en plural? Sí, estaba hablando en plural, como si existiera un «nosotras» que las incluyera a Elizabeth y a ella. Si el sonido de su propia voz no era suficiente prueba de que usaba incorrectamente el plural, la mirada asesina traspasadora de almas que le estaba dedicando su compañera de trabajo no dejaba lugar a la duda. *¡Deja de usar el plural, Davies, por el amor del Santo Padre!* Pero ya era demasiado tarde.

–Oh... de acuerdo. –Samantha sonrió, aunque el tono de su voz la traicionó.

Aquel plural se le había clavado bien profundo.

Ni una sola vez volvió a mirarla a los ojos en el tiempo que le llevó chequear a Cupido. Ni la miró a ella ni miró a Elizabeth. Pasados unos minutos les dijo que todo estaba bien, el perro estaba perfecto y le había puesto la vacuna que le tocaba

según su cartilla. Debían acordarse de vacunarlos cada año y de administrarle unas pastillas para desparasitarlos cada tres meses. Muchas gracias por venir y ya pueden ir abandonando la consulta.

Y, sin más, las despidió en la puerta. Igualito a como había despedido a la dueña del westie con alergia. Una visita de rutina. Como si Elizabeth no fuera nada especial, solo cuarenta dólares más en su cartera. Doloroso para la morena.

Salieron de la clínica veterinaria y se preparó para el rapapolvo que de seguro iba a caerle por aquel inapropiado uso del plural. Esperó unos segundos y se transformaron en un minuto y la morena se limitaba a caminar calle arriba. Ni sabandija asquerosa ni nada. El impacto emocional de aquel encuentro con su ex debía de haber sido de proporciones colosales.

–¿Has cogido tu cámara? –preguntó la morena sin aminorar el paso–. Deberíamos hacer algunas fotos a la casa de Rose y Karen antes de seguir con la entrevista esta tarde.

La mujer biónica atacaba de nuevo, libre de lazos emocionales con el resto de la humanidad. Nacida sin ombligo. Era triste que no se hubiera dado cuenta antes. Era muy triste que nadie se hubiera dado cuenta antes de que a Elizabeth no le molestaba realmente que pensarán eso de ella, en realidad lo buscaba. Era su disfraz de cara a la galería. Uno que se ponía para evitar daños innecesarios. Como Clark Kent con sus gafas.

–¿Y ya está? –preguntó sorprendida–. ¿Y tu Plan A?

Ni una pequeña señal que le hiciera pensar que la había oído. El disfraz le sentaba de maravilla.

–Creo que estaría bien sacar un par de fotos al árbol donde inscribieron sus nombres –continuó hablando como si nada.

–Elizabeth...

–¡Maldita sea, Sandie! ¡Hemos venido hasta aquí para escribir un artículo! Haz el favor de comportarte como una profesional por una vez en tu vida.

–¿Qué tal si tú te comportas como un ser humano por una vez en la tuya? –le soltó sin pensarlo, en un tono igual de crispado.

Y, por unos segundos, esa pregunta dejó a la morena sin palabras. No le quedaba muy claro si le había sorprendido su brusquedad, dolido su contenido o un poco de ambas. Pero su compañera se recuperó en tiempo récord y continuó caminando en silencio. No hizo falta que le dijera que la conversación había terminado allí mismo.

\*\*\*

Increíble. Sencillamente alucinante. Allí estaba Elizabeth Cooper. La misma Elizabeth Cooper que hacía un par de horas había recibido un mazazo emocional de dimensiones considerables. La misma Elizabeth Cooper a la que la mujer que amaba la había recibido después de cuatro años con un frío «¿Y tú que haces aquí?». Esa Elizabeth Cooper que según toda lógica debería estar devastada emocionalmente

no lo estaba.

A ella en particular no le entraba en la cabeza la facilidad con la que la morena pasaba de ser humana a convertirse en robot, era aquella una dualidad que le estaba confundiendo bastante, la verdad. Porque, antes de aquel viaje, para ella Elizabeth era cien por cien hojalata e impulsos eléctricos, plástico y poliéster. Antes. Pero con el paso de las horas en el lejano Kansas ese porcentaje había comenzado a disminuir, dejándoles un pequeño espacio a células, neuronas, la cantidad justa de agua, huesos pequeños y demás elementos que componen un cuerpo humano. Al principio un diez por ciento, luego un veinte por ciento... tras la noche anterior con Patty casi un cincuenta por ciento. ¡Incluso había alcanzado un increíble noventa y nueve por ciento los minutos que habían pasado en la sala de espera de la veterinaria! Y luego, de repente, ¡PUF!, una cortina de humo al estilo David Copperfield y de nuevo el cien por cien sintético. Una metamorfosis que riéte tú de la de Kafka. Un «Si no lo veo, no lo creo» del mundo de las transformaciones.

A pesar de que la situación era un poco tensa a la par que confusa, porque Elizabeth parloteaba grabadora en mano por aquí y por allá, soltando ideas para el artículo a diestro y siniestro, ajena al drama personal que vivía su propio cuerpo, pues a pesar de todo eso ella era una profesional y estaba fotografiando todo lo fotografiable en las inmediaciones de la casa de Karen y Rose. Algunas de las instantáneas no iban a servir para nada y lo sabía, porque estaba un poco distraída con todo el tema «Tragedia sentimental en la sala del veterinario», pero al menos un par eran firmes candidatas para acompañar el texto de aquel reportaje.

–¿No deberías devolver ese can al sitio de donde lo hayas sacado? Está miccionando por todo el escenario de la sesión fotográfica.

Joder, otra vez aquel tonillo de voz de guía del GPS. Y aquellas cosas que decía a veces tenían que ser frases que le venían programadas de serie, porque eso de «miccionar» era casi sobrenatural. Dirigió el objetivo de su cámara hacia la voz, de nuevo repelente de su de nuevo repelente acompañante, y capturó su expresión en una fotografía.

–¿Puede saberse qué haces? –preguntó la musa molesta.

–Leí en algún sitio que las fotografías pueden captar seres espectrales donde el ojo humano no ve nada. Y el ser espectral que se te ha metido por el culo debe de ser la hostia de grande, porque tanta mala leche no cabe en un ente de tamaño estándar. Una más, por favor, por si ha salido con los ojos cerrados –le pidió disparando de nuevo su cámara.

Ni una sonrisa. Ni media. Un campo en barbecho, un desierto sin cactus ni nada, una página en blanco. Sus comentarios ingeniosos no eran bien recibidos en aquel momento y, por lo general, nunca si la receptora era Elizabeth Cooper. ¿Por qué seguía intentándolo siquiera? No lo sabía, o lo sabía, pero no quería reconocerlo, que venía a ser lo mismo, pero sin serlo del todo. «De pequeña pensaba que las estrellas eran las farolas de los extraterrestres». «Ja, ja, ja», y su corazón



estrangulado por una simple risa. *Sacude la cabeza y olvídalo, Davies*. Sacudió la cabeza, pero lo de olvidarlo quedaba en la columna de tareas pendientes y ella era de los de hacer los deberes a última hora. *Mal asunto, Sandie, mal asunto*.

–Deshazte del perro, Sandie, ya tengo suficiente con hacerte de canguro a ti – dijo su compañera y se dio media vuelta para seguir hablando con la grabadora como si fuera su mejor amiga de la infancia.

Madre Santa, qué paciencia tenía que tener con ella. Un par más de comentarios como aquel y no tendría que volver a preocuparse por aquella risa y sus efectos secundarios, nunca, jamás. Porque, así en *petit comité*, le iba un poco el rollito borde que se traía Elizabeth de vez en cuando, a pequeñas dosis era hasta afrodisíaco, pero si se sobrepasaba un límite predeterminado, las ganas de acorralarla en un «aquí te pillo aquí te mato» de tipo sexual desaparecían y solo quedaban las ganas de matarla a secas.

Le dedicó una mirada a Cupido, que estaba extremadamente atareado babeando la funda de su Nikon, y de repente la idea de devolverlo a la perrera no le parecía tan mala, al fin y al cabo.

–¿A qué esperas, Davies? ¿Voy a tener que llevarte de la manita?

Me cago en la leche, un envoltorio tan bonito para veneno puro, era una lástima, un desperdicio de ojos verdes y pelo moreno. Por no tener que seguir escuchándola se planteó hasta quedarse en la perrera con Cupido.

\*\*\*

Se lo habían dicho como quien no quiere la cosa. Que si no lo sacaba nadie en un par de días lo dormían, y no a base de nanas precisamente. Elizabeth iba a fulminarla con su mirada láser de odio infinito, pero lo prefería a cargar el resto de su vida con una muerte perruna a sus espaldas. ¿Que qué iba a hacer con él? Pues ni idea, la verdad, pero ella era la reina de la improvisación, así que algo se le ocurriría. De momento le estaba dando conversación mientras ambos se dirigían a la cafetería donde había quedado para comer con su compañera de trabajo.

–Incomprensible, es incomprensible la manera en que esa mujer parece ser inmune a mis encantos. Se ha tenido que vacunar o algo. No es que me importe mucho, la verdad, porque la mayor parte del tiempo es insoportable...

Y si Cupido hubiese podido hablar, le habría preguntado qué pasaba durante esa otra parte del tiempo en la que no era insoportable. En las milésimas de segundo en las que pedía tiempo muerto para soltar esa maldita risa... ¿Qué pasaba entonces? Algo en lo que prefería no pensar, eso pasaba, así que era una suerte que Cupido fuera un perro.

Menos de cincuenta metros para llegar al objetivo y casi contuvo la respiración, porque podía visualizar a la perfección la cara de Elizabeth cuando descubriera al perro caminando junto a ella, meneando la cola y con la lengua fuera, con aquellos aires de bobo feliz. No iba a ser bonito y lo sabía.

Treinta metros y se puso psicológicamente a cubierto.

Veinte metros y la divisó sentada en una de las sillas de la terraza.

Quince metros y frunció el ceño, allí pasaba algo raro, los latidos de su corazón se ralentizaron, porque el ataque verbal Cooper había dejado de ser una amenaza inminente.

Diez metros y casi estuvo segura de que su compañera de trabajo había aprovechado su ausencia para desahogarse.

Cinco metros y pudo distinguir rastros de lágrimas cruzando las mejillas de la morena, de norte a sur.

Un metro y Elizabeth la vio y se revolvió en la silla carraspeando.

Ni siquiera dijo nada cuando Cupido se acercó a ella y le restregó el hocico contra la pierna. Se limitó a soltar un resoplido y apartar al animal.

Otra de esas metamorfosis que hacían girar ciento ochenta grados la imagen de Elizabeth Cooper que intentaba formarse en su cabeza. Como una puta montaña rusa emocional o un termostato con solo dos temperaturas extremas: frío polar o calor tropical, sin pasar por el medio. En aquel momento, la reina de hielo se había derretido a sus espaldas, como parecía gustarle a ella, lejos de la mirada indiscreta de cualquier otro ser humano. Escondida en una coraza de indiferencia y mala leche y ahuyentando a cualquiera que osara acercarse más de la cuenta.

Se limitó a sentarse frente a ella en la terraza de aquella cafetería y, cuando intentó mirarla, Elizabeth clavó su vista en la acera como si le fascinaran los adoquines. A lo mejor pensaba que, si no la miraba directamente a los ojos, no se daría cuenta de que había llorado un buen rato, como si no fuera evidente.

Aprovechó cuando la camarera pasó por su lado para pedir una cerveza y guardó silencio, no quería interferir en el análisis topográfico de la morena. Acarició la cabeza del perro, que se había tumbado junto a su silla, y se preguntó de nuevo la razón por la que le era del todo imposible entender a Elizabeth Cooper. Era Sandie Davies, una mujer experta en mujeres, en general no tenían secretos para ella, pero esta en particular era un maldito signo de interrogación. Como escrita en un idioma desconocido.

A la mayoría de las chicas les encantaba hablar, era su pasatiempo favorito y lo practicaban a todas horas. Hablaban de cine, de literatura, del tiempo o de los cotilleos de televisión, pero, sobre todas las cosas, lo que más les encantaba era hablar de sí mismas. Y si te lo montabas bien y las escuchabas de verdad, más tarde que temprano, acababan dándote las claves necesarias para ponerlas a comer de tu mano. Ellas mismas te decían lo que querían oír y lo que debías hacer. Como un puto guion de cine, con sus puntos, sus comas y hasta las tildes. Más fácil imposible. Pero con Elizabeth, olvídate del guion, con ella no sabía ni de qué iba la película la mitad de las veces.

—¿Por qué siempre haces eso?

Le salió sin pensarlo. Simplemente necesitaba saberlo de verdad. Su compañera

casi dio un respingo al escucharla. La había pillado con la guardia baja, debía de estar recuperándose aún de su descenso al mundo de los mortales con sentimientos y, por un par de segundos, no supo qué contestar.

–¿Por qué siempre hago qué? –respondió con otra pregunta, seguramente para ganar tiempo y poder pensar en algo mejor que decir, cualquier cosa que no fuera la verdad.

–Esconderte –aclaró, aunque sabía que la había entendido desde el principio.

Entonces sí, los ojos de Elizabeth dejaron de evitar los suyos.

–¿Llevas dos días aquí conmigo y ya crees que me conoces? Demasiado vanidoso incluso para ti.

–Llevo tres años en la mesa de al lado, Cooper. Aunque tú nunca hayas querido verme, yo llevo mucho tiempo viéndote a ti.

La vista al suelo de nuevo y la Elizabeth Cooper inspectora de adoquines había vuelto. Dudó seriamente si intentarlo otra vez. Dudó, pero no pudo evitarlo.

–¿De qué te escondes? –insistió, provocando que los músculos de la cara de su compañera se tensaran.

Siempre en guardia, siempre a la defensiva. Debía de resultar agotador ser ella.

–No me escondo –lo negó, la miró a los ojos para darle mayor veracidad y, aun así, no consiguió que sonara del todo sincero.

–Lo estás haciendo ahora.

Lo dijo sosteniéndole la mirada y, esta vez, su comentario dibujó media sonrisa en los labios de su compañera. Irónica. No era de las de verdad.

–Que no te contesten lo que tú quieres oír no es esconderse.

–No. Pero que me mandes devolver el perro a la perrera para poder derrumbarte y llorar sin que te vean sí lo es.

A lo mejor le había salido un tono un poco más agresivo de lo debido, porque fue como si le hubiesen dado una bofetada. De nuevo se batió en retirada, apartó la vista y apretó los labios. Se revolvió ligeramente en la silla, pidiendo a gritos desaparecer de allí, una combustión espontánea le habría venido de maravilla, pero no tuvo esa suerte. Era su turno para responder, pero la morena parecía haberse quedado muda, a cero de combustible verbal. Y era verdad que la Elizabeth malhumorada y borde la sacaba de sus casillas, eso no se podía negar, pero es que aquella versión Cooper tampoco le gustaba nada. Al principio pensaba que no le gustaba porque le hacía sentirse incómoda, pero con cada encuentro caía más en la cuenta de que, tal vez, no era incomodidad. A lo mejor todo se resumía en que no le gustaba verla pasándolo mal. No le gustaba verla triste. Al igual que no le gustaba cuando sus compañeras de redacción se metían con ella llamándola ser extraterrestre y mujer biónica.

–No quiero hablar de eso –consiguió decir por fin. Y, al menos aquello, era verdad.

–Pero a lo mejor lo necesitas, Elizabeth.

Y la situación requería que, al menos, le acariciara el brazo como muestra de apoyo emocional, pero era posible que la morena se lo arrancara de cuajo. Prefirió no arriesgarse y simplemente la miró, en espera de su decisión.

–¿Hablarlo contigo? –trató de asegurarse de que la había comprendido bien. Como si aquella fuera una proposición del todo descabellada.

–¿Ves a alguien más por aquí?

Una cosa era que Elizabeth Cooper pensara que ella era una sabandija asquerosa cuando solo la había visto comportándose como una sabandija asquerosa en la redacción de la revista, y otra muy distinta que continuara empeñada en catalogarla dentro de la especie de los reptiles después de haberle mostrado su cara más humana. ¡Si hasta le había salvado el pellejo del ridículo más absoluto en la consulta de su exnovia!

–Veo a mucha gente que no conozco y en la que confío más que en ti.

*Me cago en la leche*, que alguien llamara a Margaret Thatcher y le dijera que le habían quitado el título. Aunque, más que de hierro, Elizabeth debía de estar hecha de acero macizo, reforzada con diamante y barnizada con una capa de «no necesito a nadie» y sin gracias por preguntar ni nada. Ni siquiera en el estado de extrema vulnerabilidad emocional en el que se encontraba, parecía dispuesta a aceptar una mano amiga. Y a lo mejor el problema era la persona a la que iba unida esa mano amiga, o sea, ella, pues a lo mejor sí. Y también era verdad que ya no le hacía tanta gracia el juegucito de Elizabeth, su «típico, típico» y que siguiera considerándola un estereotipo de «la chica guapa superficial y rompecorazones». Porque lo de «chica guapa» estaba bien, pero todo lo demás sobraba. Y quizá ya no le hacía tanta gracia el seguir siendo un estereotipo para la morena, porque Elizabeth estaba dejando de serlo para ella. Esa también era una posibilidad.

Aquel viaje a Fall River, Kansas, le había parecido una mala idea desde el principio, pero es que la cosa empeoraba por momentos.

–Como quieras –aceptó levantando las manos en señal de rendición–. Pero le ha dolido.

–¿Perdona?

Elizabeth la miró como si de repente no entendiera su lengua materna.

–Puede que tú no lo hayas visto porque también te ha dolido a ti, pero le ha dolido.

Y tuvo que añadir «A Samantha» como aclaración, porque la morena seguía mirándola como si le hablara en suajili.

Cuando por fin descifró el mensaje, sacudió la cabeza fijando la vista en el vaso que tenía frente a ella sobre la mesa. Sería un té helado o un zumo de piña, alguna mierda de esas que tomaba siempre. Lo miró muy fijamente unos segundos y, de verdad, que le dieron ganas de chasquear los dedos frente a su cara para sacarla de aquel trance autoinducido.

–Tú no la conoces –sentenció por fin, desestimando la observación de que tal

vez a su exnovia no le había dejado indiferente verla en su consulta.

–¿Tiene vagina?

–Claro que tiene –dijo por sentado y el «¿Por qué preguntas cosas tan estúpidas?» venía implícito en el tono.

–Entonces la conozco –sentenció con media sonrisa.

Y se daba cuenta de que, tal vez, eran cosas como aquel gesto pretencioso al hablar de sus conocimientos sobre el sexo femenino las que hacían que Elizabeth pusiera los ojos en blanco nada más escuchar su nombre. Era consciente de ello, pero a veces le salía solo. Lo raro fue que en aquella ocasión en concreto la morena no la remató con un comentario de los de «Qué repelús me das, Davies». Podría ser porque aquella conversación le ofrecía el clavo ardiendo al que estaba desesperada por agarrarse. Cualquier cosa que indicara que aún tenía una oportunidad con Samantha.

–Verte allí la ha dejado fuera de combate, Cooper –señaló tras darle un sorbo a su cerveza–. Igual que a ti verla a ella.

–Me ha dedicado dos minutos de su tiempo y dos frases hechas, Sandie.

–¿Cuánto le has dedicado tú? –quiso saber y Elizabeth no contestó. Claro que no le contestó, porque la respuesta era más que obvia, otros dos minutos y un par de frases hechas más, para que fuera todo a juego–. Vamos, Cooper, tu ex estará ahora mismo torturándose, preguntándose si tú y yo estamos juntas mientras le corta los huevos a un chihuahua –dijo mientras pedía por gestos la carta del menú.

Madre mía, el cuelgue que aquella mujer tenía por su exnovia debía de ser de proporciones bíblicas, porque ni había arrugado la nariz al escuchar eso de «tú y yo estamos juntas». Ni un solo microgesto de desagrado. Y Elizabeth no dijo nada, porque no dijo nada mientras pedían su comida, pero casi podía oír a su cerebro trabajar a toda máquina, deseando y temiendo a partes iguales aceptar aquella hipótesis.

–¿Debería volver a verla?

Lo preguntó minutos después, por encima de su ensalada. Al principio no consideró la posibilidad de que se estuviera dirigiendo a ella. ¿Cómo iba a sospechar una cosa así? Tono libre de desaprobaciones de ningún tipo, nada de «sabandija asquerosa» y, además, pedía consejo. Imposible que le estuviera hablando a ella. Pero, luego, recordó que en aquella mesa no había nadie más, así que levantó la vista y, contra todo pronóstico, Elizabeth la miraba también. Así que se quedó con la hamburguesa a medio camino de su boca, paralizada por la sorpresa.

–Eh... ¿me estás preguntando a mí? –Porque tenía que asegurarse de que aquel momento había llegado de verdad. Un hito histórico que los niños estudiarían en los colegios. Un milagro, o dos, y sin exagerar.

–¿Tú ves a alguien más? –repitió su pregunta de hacía un rato.

–Bueno... veo a mucha gente a la que no conoces y en la que confías más que en mí –recitó su parte, y lo hizo en tono amigable, como siguiéndole el juego.

Olvidando por un momento que a Elizabeth no le gustaba jugar, pero el gesto de la morena se lo recordó rápidamente.

–¿Debería volver a verla?

Que si debería volver a verla... una pregunta de novata, porque el «no» era más que evidente. Respiró hondo, dejó la hamburguesa en el plato y se aclaró la garganta.

–Solo para que quede claro, ¿estás pidiéndome consejo?

–Sí, y solo ese hecho debería darte una idea de lo desesperada que es mi situación. Así que, por favor, ahórrate tus comentarios, si es que tienes alguno preparado, porque este no es el momento.

–Contigo nunca lo es –coincidió con ella y se tomó unos segundos para darle un mordisco a su hamburguesa–. No.

Lo dijo mientras masticaba y acompañó aquel monosílabo con una sacudida de cabeza.

–No –repitió Elizabeth–. No, no es el momento. No, no vas a aconsejarme. ¿No, qué?

No estaba cómoda manteniendo aquella conversación con ella, eso saltaba a la vista, y a pesar de que eso de estar cómoda no le pegaba mucho a la morena y debía de estar acostumbrada a la incomodidad, casi le dio pena y decidió apiadarse de ella.

–No, no deberías volver a verla –aclaró limpiándose con una servilleta, y casi la dejó más confundida que antes.

–Tal vez estamos perdiendo de vista lo principal aquí, Davies. Quiero recuperar a Samantha.

–Lo sé, Cooper. ¿Cómo olvidarlo? –la tranquilizó poniendo los ojos en blanco–. Es hasta doloroso de lo obvio que resulta.

–¿Puedes explicarme, por favor, en qué parte del plan de recuperarla encaja tu idea de no volver a verla? –le preguntó soltando el tenedor sobre el plato y abandonando toda intención de continuar con su ensalada.

Madre mía. Completamente perdida en el mundo de las relaciones sentimentales, sin mapa, sin brújula y sin GPS, por supuesto. Así veía a Elizabeth en aquellos momentos. Se tomó unos segundos de silencio que sonaron a «no puedo creer que sigas siendo tan inocente, en serio».

–¿De verdad me estás preguntando por qué no me parece buena idea que vuelvas arrastrándote a su clínica veterinaria sin perro ni nada? –inquirió mientras se recostaba sobre el respaldo de la silla–. Porque, dime, Cooper... ¿qué le habrías dicho esta mañana si no llegamos a aparecer Cupido y yo, eh?

–Mi plan era invitarla a tomar un café para poder hablar tranquilamente, y gracias por presentarte allí e insinuarle que somos pareja, por cierto.

Aquel inapropiado uso del plural emergía del pasado clamando venganza. Decidió dejar a un lado su inocente error gramatical para centrarse en lo

importante: la mierda de plan de Elizabeth.

–¿Invitarla a tomar café? ¿Hablar tranquilamente? –repitió las palabras de la morena–. Entiendo... tú le dices que la has echado de menos todo este tiempo mientras esperas que se enfríe tu café, ella le echa sacarina al suyo antes de tomarte por las manos y reconocer que no ha dejado de pensar en ti tan solo un segundo... ¡No me jodas, Elizabeth! ¿Tu Plan A es un plan de verdad o una puta adaptación al cine de una novela de Nicholas Sparks? –lo preguntó acompañando sus palabras con un golpe seco de su mano contra la superficie de la mesa, en plan «espábilate» y la morena dio un respingo.

O le había asustado el repentino porrazo sobre la mesa o Nicholas Sparks era su autor favorito y le había ofendido aquella referencia. Cualquiera de las dos opciones resultaba perfectamente válida.

–¡Oh, vaya! Perdóname, Davies, solo por pensar que volver a ver a mi ex cara a cara debería ser una parte importante de mi plan si pretendo volver a estar con ella algún día.

Y parecía que sus últimas palabras la habían indignado en extremo. *El diario de Noa* debía de ser uno de sus libros favoritos.

–Es sorprendente lo poco que conoces a las mujeres siendo una de ellas, Elizabeth. –Suspiró volviendo a apoyar su espalda en el respaldo de su silla.

–Tú, por el contrario, has debido de hacer varios másteres en la materia –bufó con los brazos cruzados.

De verdad que tuvo que sonreír al oírla, en parte porque le había hecho gracia aquello de los «másteres» y, en parte, porque cuando la morena se indignaba de aquella manera se le fruncía el ceño de una forma especial y jodidamente interesante.

–No, ningún máster. Llámalo don, conocimiento implícito, instinto...

–Lo llamo libertinaje.

–Llámalo como quieras, pero creo que te ayudaría a recuperar a Samantha mucho más que esa mierda del Plan A. Has sido tú la que me ha pedido consejo, ¿recuerdas? Pues mi consejo es que no sigas persiguiéndola. A las mujeres les gusta ser el cazador, no la presa –dijo y bebió seguidamente de su vaso para dar tiempo a Elizabeth a interiorizar sus últimas palabras.

Terminó toda su bebida y la morena seguía observándola con la misma cara de escepticismo.

–Es una metáfora –aclaró.

–Ya sé lo que es, Sandie. –Volvió a la vida su compañera–. Pero supongo que para comprenderla en profundidad hace falta tener cerebro de libertina –añadió mientras recuperaba el tenedor y acribillaba las hojas de lechuga que se creían seguras en su plato olvidado.

Hostia puta. Elizabeth Cooper había despreciado muchas cosas suyas a lo largo de los años. Sus intentos de seducción, sus brillantes artículos, su talento natural

para la canción y muchas cosas más. Casi todas, de hecho, y el «casi» estaba allí de adorno. Aquella morena había menospreciado prácticamente cada célula de su persona, toda molécula que constituía a Sandie Davies. Pero hasta ahí habían llegado, porque aquella metáfora resumía a la perfección el secreto para conquistar a las mujeres, el Santo Grial anhelado por todo ser colado por una fémina.

«Les gusta ser cazadoras y no presas».

¡Pero si era brillante! ¡Si no hacía falta más! Siete palabras. Pero Elizabeth comía lechuga como si nada y con cada bocado se alejaba más y más de aquella revelación y eso sí que no.

Dejó el vaso sobre la mesa y no lo hizo de forma suave. Se inclinó sobre su hamburguesa a medio comer para acercarse más a la morena y captar de nuevo su atención, porque la ensalada podía esperar, pero ella no.

–Mira, Cooper, acepto que te creas mejor que yo como periodista y como persona, tus miraditas desaprobadoras cada vez que se me ocurre decir algo en voz alta en la redacción y tus aires de superioridad moral. Eres más organizada, más eficiente, entregas la primera los artículos y sin una falta de ortografía. La empleada del mes de todos los meses –señaló y había conseguido su total atención–. Pero ¿sabes una cosa? Puede que tú sepas mucho más que yo de todo lo demás, pero nada de eso te va a ayudar a reconquistar a Samantha.

La morena la miraba, sopesando sus palabras en apariencia y tal vez cayendo en la cuenta de que quizá tuviera razón. ¡Oh, Dios mío! ¿Iba a ceder? ¿Elizabeth Cooper iba a admitir por fin que necesitaba su ayuda? Porque era dolorosamente obvio y para ser tan lista le estaba costando pillarlo. Casi contuvo la respiración en espera del resultado, como cuando era pequeña y en clase iban a llamar a alguien a la pizarra o como la noche de las expulsiones de *Factor X*. La tensión era insoportable.

–¡Al menos admite que sé de lo que hablo! –la apremió incapaz de aguantar sin respirar más tiempo.

Y Elizabeth le sostuvo la mirada con un gesto neutro en la cara, toda tiesa en su silla y con el tenedor en la mano. Vacía de expresión. Imparcial, como Suiza en tiempo de conflictos bélicos. Ni puta idea de lo que le estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos, pero desde fuera casi ni se la veía pestañear. Resistiéndose a admitirlo e inmóvil como una zarigüeya cuando se sabe descubierta por un depredador.

Y, de repente, pasó. Se deshinchó, como un globo que pierde presión por un agujerito pequeño, fue como asistir a la demolición programada de un edificio en ruinas. Dejó escapar el aire que encerraban sus pulmones, poco a poco, mientras gradualmente se dejaba caer de nuevo en la silla, relajando cada uno de los músculos de su cuerpo, sin fuerzas para seguir en pie. La alegoría de la palabra «rendición» interpretada por un cuerpo humano. Como guinda del pastel tiró el tenedor al plato y se cruzó de brazos antes de decir:

–De acuerdo.



Solo eso. «De acuerdo». Dos palabras escasas, pero para Elizabeth eso era hasta demasiado, y ella lo sabía y era consciente de la trascendencia de aquel «De acuerdo». Aún no podía creerse del todo que la morena hubiera combinado precisamente aquellas letras en precisamente aquel orden, porque «De acuerdo» quería decir «tienes razón, Sandie» en dialecto Cooper. «De acuerdo» quería decir «Reconozco que eres mejor que yo en algo y necesito que me ayudes» y Elizabeth jamás lo diría claramente, pero ya lo había dicho.

En aquellos momentos la miraba como si esperara un comentario jocoso, algún escape de vanidad marca Davies, que se subiera en la mesa e interpretara el baile de la victoria porque, al fin, había reconocido necesitar ayuda, y no una ayuda cualquiera, sino precisamente la suya.

Llevaba mucho tiempo esperando aquello, y siempre había pensado que sentiría una indescriptible satisfacción, un impulso irrefrenable de restregarle por la cara a Elizabeth todos sus «típico, típico». Al final, el momento había llegado y no sentía ningún tipo de realización personal, ni estaba satisfecha, ni tenía ganas de restregar nada. Lo único en lo que podía pensar era en el pinchazo en que se había convertido su pecho, porque Elizabeth se había quitado una máscara más y era como verla cantando Cyndi Lauper en el karaoke o como escuchar otra carcajada estruja corazones sin necesidad de hacerla reír. Como echar un vistazo al otro lado de las bambalinas de su disfraz autoimpuesto o asomarse un poco por encima del muro que separaba a Elizabeth del resto del mundo.

–Es lo que querías, ¿no? «Oh, Davies todopoderosa. Necesito tu ayuda» –lo dijo con un tono exagerado de sarcasmo, aunque pocas veces habría confesado algo tan de verdad–. ¿No vas a decir nada?

Que dijera algo. ¿Que dijera qué? ¿Qué quería que dijera? Si lo único que se le ocurría era gritar muy alto «¡Corre, Davies, corre por tu vida!» y eso era lo que debería hacer. Regresar a Nueva York y olvidarlo todo, dejar atrás aquel «ja, ja, ja» y volver a colocar en su lugar todas aquellas máscaras que la morena iba perdiendo por el camino, porque las perdía como quien pierde las gafas de sol o las vueltas del pan, como si no fueran lo único que la protegía del resto del mundo.

–A las mujeres les gusta pensar que ellas tienen el control –habló por fin tras carraspear–. Tienes que conseguir que Samantha crea que la idea de volver contigo es suya. Una ex desesperada suplicando por una taza de café no va a impresionarla, Cooper –sentenció adoptando de nuevo el papel de casamentera experta.

Empujar a Elizabeth a los brazos de Samantha era lo más inteligente que se le ocurría en aquellos momentos. Cuanto más lejos estuviera la morena mucho mejor.

–¿Y, según tú, cómo se supone que voy a conseguir eso si ni siquiera puedo quedar con ella?

–Cooper, si tu inocencia no fuera tan patética, resultaría conmovedora, ¿sabes? –Suspiró y le guiñó un ojo antes de colocarse las gafas de sol que hasta entonces había llevado de diadema y añadir–: Tú no vas a quedar con ella, ella va a quedar

contigo.

Y si estuvieran en una película, aquella escena le habría quedado cojonuda con la brillante sonrisa con que la obsequió después, una que decía «Simplemente espera. Hazle caso a la tía Sandie». En la película aquella frase quedaría suspendida en el aire con un apropiado cambio de escena, pero, en vez de eso, Elizabeth frunció el ceño.

–¿Cómo demonios esperas que ella quede conmigo si piensa que estoy saliendo contigo? –Y el tono del «saliendo contigo» fue muy revelador, solo le había faltado santiguarse.

Al carajo su puesta en escena. Con lo bien que le había quedado. Se quitó las gafas de sol con un suspiro exasperado y las dejó sobre la mesa.

–Vamos a ver, Elizabeth. Has ido a verla, así que sabe que estás aquí, sabe que estarás aquí toda la semana y sabe dónde encontrarte, porque en esta «ciudad» no hay más que un hotel. Aunque seguramente se pondrá en contacto con Patty con la excusa de preguntar dónde te quedas para ver si puede sonsacarle algo más. Piensa que estamos juntas. –Suspiró cuando Elizabeth tocó la madera de la mesa al escuchar aquella afirmación, pero continuó hablando–. Piensa que estamos juntas, ¿entiendes? Y por mucho tiempo que haya pasado y por muy prometida que esté, eso le ha molestado, así que tarde o temprano va a querer hablar contigo para saber cosas de nosotras.

–Ni en un millón de años voy a fingir estar saliendo contigo, Davies –intervino la morena en ese preciso momento.

–Celos, Cooper.

–Arcadas, Davies.

–Son tu mejor carta ahora mismo.

–Ni en un millón de años.

–¡Por el amor de Dios, Elizabeth! No tienes que salir conmigo de verdad, solo hacerle creer que lo haces. Codiciamos aquello que tienen los demás –explicó las bases de su teoría.

–A ti te han tenido muchas y yo no te he codiciado nunca.

Madre mía. Había conocido a muchas mujeres a lo largo de su vida, pero ninguna tan cabezota ni tan estirada como la que tenía delante en aquellos momentos.

–Si quieres que te ayude vas a tener que confiar en mí –le dijo con toda franqueza–. No va a funcionar si cuestionas cada cosa que te digo.

Elizabeth se lo pensó unos segundos. No muchos, solo los justos para decidir si aquello era un compromiso que podía aceptar.

–Está bien, esperaré a que sea ella la que dé el siguiente paso, pero si en dos días no ha ocurrido nada, vuelvo al Plan A –cedió la morena y esto hizo que una sonrisa de satisfacción asomara a su rostro–. Y ni en un millón de años voy a fingir salir contigo.

Adiós sonrisa.

–Dos días –repitió con convicción.  
Era tiempo más que suficiente.

\*\*\*

Regresaban de vuelta al hotel. Y menos mal, porque aquella tarde Elizabeth había estado especialmente mandona, intentando compensar el hecho de haber accedido a seguir su plan. Como cuando los perros marcan territorio, Elizabeth, en vez de mear, mandaba cosas en un tono muy poco amable. Había perdido la cuenta de cuántas veces le había dicho que Cupido tenía que volver a la perrera, parecía no importarle que aquella fuera una sentencia de muerte para el pobre bicho. Que si no iban a dejarle tenerlo en el hotel, que si qué iba a hacer con él al volver a casa... Menudencias. Pequeños obstáculos que ya saltaría cuando llegasen, pero Cupido se quedaba con ella.

Habían pasado parte de la tarde continuando su entrevista con la pareja centenaria. Increíble para cuánto les daba el amor a aquellas señoras, ella apenas podía estirarlo más de un par de días. ¿Pensar en la misma chica más de cuarenta y ocho horas seguidas? Inconcebible. Y eso intentaba explicarle a Elizabeth, porque la morena llevaba todo el camino llamándola libertina y adicta sexual entre otras lindezas.

–Dime un solo animal que practique la monogamia aparte del hombre –la retó ya en las inmediaciones de su alojamiento.

–¿Solo uno? Los cisnes.

Maldita sabelotodo.

–Los cisnes no cuentan.

–¿Por qué no? –quiso saber la morena y juraría que la sonrisa que se estaba formando en su cara se debía a que le resultaba divertida su conversación.

Podría ser una sonrisa de satisfacción por haberla dejado sin argumentos, pero le daba la impresión de que la morena empezaba a relajarse a su lado. Ya no estaba tan a la defensiva siempre y, en su situación actual, no sabía si eso era algo bueno o malo.

–Porque no son mamíferos –ofreció una justificación para la descalificación de los cisnes.

–Ummm... está bien... pues déjame pensar.

Y, mientras pensaba, se mordió el labio inferior como quien no quiere la cosa y ese gesto le quedaba francamente bien, la verdad. No lo había visto antes y ya estaba deseando verlo de nuevo antes incluso de que hubiera desaparecido. Perturbador.

–Los lobos tienen una sola pareja durante toda la vida.

–Los lobos tampoco cuentan.

–¿Y por qué no? Son mamíferos, Davies.

–Sí, pero son carnívoros. Nosotros somos omnívoros –explicó y Elizabeth soltó

una risita medio divertida medio indignada.

–Has pedido uno y te he dicho dos y podría decirte muchos más: los caballitos de mar, los guacamayos, los pingüinos, las orcas...

–Solo te diré dos palabras...

–¿«Tienes razón»?

–«Efecto Coolidge» –remarcó, tratando de obviar el hecho de que Elizabeth y ella estaban manteniendo una conversación cordial, divertida incluso, y con bromas incluidas. No existían precedentes. Un acontecimiento insólito.

–¿Perdona? –Frunció el ceño la morena–. ¿Te lo estás inventando?

¡No se lo podía creer! Elizabeth no sabía de lo que le estaba hablando. Por primera vez en tres años era poseedora de una información ignorada por la morena.

–¿No conoces el «Efecto Coolidge»? –dijo con el corazón acelerado por la emoción.

–No, pero te conozco a ti. Te lo estás inventando.

¡Me cago en la leche! Una vez. Una sola vez en que sabía más que Elizabeth de una forma objetiva y mensurable y la despreciaba así sin más, sin ningún esfuerzo extra. «Te lo estás inventando» y por arte de magia su ventaja desaparecía y la morena quedaba por encima porque, aparte de decirlo, además se lo creía. Ella era el agua y Elizabeth el puto aceite.

–Eres consciente de que hay cosas que existen, aunque tú no las conozcas, ¿verdad?

–Me resulta difícil de creer, la verdad.

Iba a rebatir, a pelear por el reconocimiento del «Efecto Coolidge» como un fenómeno real, perfectamente válido y respaldado por la comunidad científica, se disponía a luchar hasta las últimas consecuencias, abogados incluidos de ser necesarios. Cualquier cosa con tal de que Elizabeth Cooper se tragara sus palabras. Había tomado aire y todo, porque el discurso iba a ser largo y no le había dado tiempo a prepararlo del todo bien en los últimos treinta segundos, pero, así a grandes rasgos, se disponía a dar unas pinceladas acerca de la humildad, seguidas por un no muy extenso resumen de la definición del «Efecto Coolidge» y, como culminación, un llamamiento a la prudencia antes de difamar. Porque ella sería muchas cosas, pero no era una mentirosa. ¿Que si no había mentido nunca?

No. Nunca.

Ella acerca del «Efecto Coolidge» no había mentido jamás.

Casi había empezado a explicar las raíces etimológicas de la palabra «humildad» y, de pronto, Elizabeth se paró en seco. Sin avisar. Simplemente dejó de caminar y se quedó paralizada allí, frente a la fachada del hotel. Y al principio, no comprendió su extraño comportamiento solo justificable a simple vista por algún tipo de accidente cerebrovascular de los importantes, pero después siguió la mirada de la morena hacia la puerta del hotel y todo quedó meridianamente claro. Tan simple resultaba la explicación que podía resumirse en tan solo una palabra.

Samantha.

\*\*\*

Allí las había dejado a las dos. Mudas e inmóviles, como vegetales, pero menos verdes. Samantha plantada junto a la puerta del hotel haciendo la fotosíntesis y Elizabeth... ¿Elizabeth? Joder, con el encefalograma plano como poco. ¿Y la forma en que la morena miraba a aquella veterinaria? Indescriptible. No existían palabras en ninguna de las miles de lenguas oficiales, dialectos o lenguajes de signos del mundo para describir aquella mirada. La miraba como quien mira al cachorrito más jodidamente mono de la pajarería, así la miraba, como diciendo «Joder, no sé si duele más no tenerte o verte aquí». Eso decía aquella mirada, pero sin el «joder», porque Elizabeth Cooper no decía tacos, ni siquiera en situaciones de emoción extrema como la presente, aquellas clases de meditación zen debían de ser maravillosas.

Allí las había dejado, en esa tesitura de «Tenemos que hablar, pero no sé qué decir», una paradoja empapadita de sentimiento, la verdad. Una situación incómoda, por verlo de otro modo. Menos mal que Cupido y ella habían desaparecido discretamente, no sin antes susurrarle a Elizabeth «Y me sobran dos días, Cooper», porque sabía a ciencia cierta que aquello sucedería, pero no se imaginaba que pasaría tan pronto.

Se tumbó en la cama, dispuesta a revisar las fotografías de aquel día en espera del regreso de la morena. ¿Qué se dirían? O mejor aún... ¿se dirían algo? Lo mismo echaban raíces antes de dirigirse un «hola» siquiera. Toda aquella situación resultaba patética, o triste. Patéticamente triste lo englobaba mejor. Y de repente, se dio cuenta de que llevaba más de dos minutos observando una de las fotos que le había hecho a la morena aquella mañana. Porque cuando quería tenía una mala leche sobrehumana, como en aquella instantánea donde miraba al objetivo intentando pulverizarlo. Solo que no miraba al objetivo, la miraba a ella. Y la miraba como siempre la había mirado, la verdad, nada nuevo. Pero tanta mirada por aquí y tanta mirada por allá la llevaron a plantearse, totalmente en contra de su voluntad, qué sentiría si, por tan solo una vez, ella fuera el cachorrillo más jodidamente mono de la pajarería de Elizabeth.

Y tiró la cámara a un lado, como si le hubiera dado calambre, una corriente eléctrica en forma de *insight* altamente perturbador.

Porque, tal vez, aquellas máscaras no solo protegían a Elizabeth del resto del mundo, tal vez también la protegían a ella de la verdadera Elizabeth.

## 6

### Girls just want to have fun

«El término Efecto Coolidge describe un fenómeno que se da en la práctica totalidad de las especies de mamíferos, se observa que tanto machos como, en menor medida, hembras muestran mayor disposición a mantener relaciones sexuales ante la presencia de nuevos compañeros receptivos».

Vaya. Inesperado. Inesperado y verdaderamente sorprendente. Casi increíble. Contra todo pronóstico Sandie no se había inventado aquello del Efecto Coolidge. Apagó el ordenador con rapidez, no quería darle la oportunidad a su compañera de echarle en cara que la hubiera llamado mentirosa, porque vale que en aquella particular ocasión Sandie no había mentido, pero mentía en todas las demás. Aquel apelativo quedaba, en su opinión, total y completamente justificado. Fin de la historia.

¿Que por qué estaba pensando en Sandie y en el Efecto Coolidge? La respuesta era tremendamente sencilla y endemoniadamente complicada al mismo tiempo, una mezcla imposible en el pensamiento lógico. Pensaba en el Efecto Coolidge para no tener que pensar en Samantha, había tenido que sustituir un pensamiento por otro, porque la simple instrucción «no pienses en Samantha» llevaba implícito el pensar en ella. Y de tanto dar vueltas a lo acontecido la noche anterior empezaba a no tener sentido, como cuando dices muchas veces seguidas la misma palabra hasta sentirla extraña e irreconocible. Como una simple cascada de sílabas sin sentido encadenadas, así empezaba a ver a Samantha.

Apenas habían hablado más de diez minutos y no sabía si habían sido los más largos de su vida o si se habían acabado incluso antes de empezar, porque todo lo que implicara estar frente a ella hacía que el resto del mundo pareciese borroso y confuso. Y de toda esa bruma emocional recordaba más bien poco, como si hubiese acudido al evento con unas gafas empañadas por el vaho. Porque mientras Samantha hablaba, ella apenas podía oír más allá del martilleo de su propio corazón y lo habría parado de haber podido, al menos unos minutos, para entender más o menos por qué su exnovia la estaba esperando en la puerta del hotel. ¿Arriesgado? Tal vez, pero estaba dispuesta a asumir las consecuencias.

Pocos retazos de información habían conseguido superar el filtro de sus gafas empañadas y su mermada capacidad auditiva, pero algo sí que le quedó claro. Una frase que se había convertido en su mantra, repitiéndose en su mente una y otra

vez, como se repite un disco rayado o un plato con demasiado ajo. «Ven mañana a mi casa sobre las siete. Tenemos que hablar». Apenas había podido dormir mientras Sandie casi roncaba al otro lado de su muro de contención. En varias ocasiones a lo largo de la madrugada estuvo tentada de asfixiarla con la almohada, tal vez movida por la desesperación que le producía su propio insomnio, tal vez porque simplemente era Sandie y con aquello era más que suficiente.

«Ven mañana a mi casa sobre las siete. Tenemos que hablar». Para ser tan poca cantidad de información ella se estaba preguntando muchas cosas.

Pregunta número uno: ¿Por qué mañana? Mañana es inminente, mañana es ya. De hecho, mañana es hoy.

Pregunta número dos: ¿Por qué a su casa? Podrían haber quedado en una cafetería, una localización mucho más pública.

Pregunta número tres: ¿Por qué a las siete? Podría haberla citado a media mañana para tomar un café.

Pregunta número cuatro: ¿De qué tenían que hablar? Cuatro años de silencio y de repente aquel bombazo.

No podía quejarse, porque era precisamente aquello lo que había ido buscando a Fall River. Un acercamiento a Samantha, ni más ni menos. Y ni más ni menos era aquello lo que había conseguido sin saber cómo. Sin saber cómo o siguiendo el consejo de Sandie, pero mejor sin saber cómo. Y a pesar de que cada vez que pensaba en ello su estómago se convertía en un nudo de los apretados, a pesar de que el pensar en ello le daba hasta taquicardia, a pesar de los pesares lo pensaba una y otra vez. Porque sufría el nudo en el estómago y la taquicardia subida en una mullida nube de endorfinas y demás opiáceos, y aquella era una mezcla de emociones de lo más adictiva.

–En Times Square o en la Sexta Avenida. Eso lo dejo a tu elección. Demasiada gente, lluvia, poca visibilidad. Chocamos y me derramaste tu café por encima...

Era Sandie. Salía del baño parloteando como si a ella realmente le interesara lo que decía. Tonterías, eso era lo que estaba diciendo en ese momento. En ese momento y siempre, claro, pero justo en ese preciso instante se hallaba inmersa en una bastante grande, inventando estupideces mientras se frotaba el pelo húmedo con la toalla de manos del baño del hotel. Al menos había tenido el detalle de vestirse tras la ducha, parecía que iba pillando que no todo el mundo se moría por ver a Sandie Davies envuelta en una toalla.

–Te disculpaste, me reí, te reíste, te invité a otro café y hablamos durante horas. Y así fue como nos conocimos. ¿Alguna pregunta?

–Sí. Una. ¿De verdad sigues pensando que voy a decirle a Samantha que salimos juntas?

Porque es que se lo había dicho por activa y por pasiva y de todas las maneras posibles. Que bajo ningún concepto iba a fingir que eran pareja. Nunca. Jamás. Antes muerta. Pero Sandie Davies además de ser muy sabandija era muy cabezota.

–¡Vamos, Elizabeth! Te lo estoy poniendo muy fácil, estoy dispuesta a hacer el sacrificio de hacerme pasar por tu novia por el bien de tu futura re-relación con esa tal Samantha –exclamó aquella descarada.

Perdona... ¿Sacrificio? Fue lo primero que pensó.

–Perdona... ¿Sacrificio? –fue lo primero que dijo.

–¿Y te sorprende? –Alzó las cejas la muy imbécil.

–Llevas años intentando llevarme a la cama, así que sí, me sorprende un poco.

Ahí estaba aquella sonrisa pretenciosa otra vez. La de medio lado. La cegadora. Con la potencia de tres mil millones de soles alumbrándola todos a la vez y enmarcada por mechones mojados que aún goteaban en la moqueta, y estaba segura de que muchas chicas pensarían «Joder, Sandie...» si la vieran así, pero a ella solo le salía «Ugh, Sandie». Y era un «Ugh, Sandie» muy de verdad, porque además de agua el pelo le estaba chorreando chulería. Menuda engreída.

–Sabes que existe una diferencia bastante grande entre querer tirarse a alguien y querer salir con alguien, ¿verdad? –y se lo estaba preguntando sin perder aquella sonrisa.

–¿Para ti? Desde luego que sí.

Lo dio por sentado y comenzó a revisar el contenido de su bolso como mera distracción para no tener que seguir mirándola a ella.

–Vaya... lo siento, Cooper. No sabía que iba a sentarte tan mal el hecho de que me parezca un sacrificio ser tu novia.

Nada más escucharla se le tensó la mandíbula en parte por un simple reflejo pauloviano ante el estímulo de aquella voz y en parte porque aquellas palabras en ese tono parecían insinuar que ella quería que Sandie quisiera ser su novia. Y esos eran muchos «quería» y todos falsos.

Se incorporó y dejó su bolso a un lado, porque es que aquel pseudo ser humano conseguía sacarla de sus casillas con una facilidad francamente vergonzosa. Y se encaró con ella, obviando que aquella cercanía le venía bastante mal a su alergia, porque aquel aroma a Sandie recién salida de la ducha y a Calvin Klein ya le estaba produciendo sarpullido. La sabandija, en cambio, transformó su sonrisa engreída en su sonrisa de «qué fácil es cabrearte, Cooper», con el Cooper incluido, porque aquel gesto estaba siempre dedicado a ella en exclusiva y eso la irritaba aún más.

–Créeme, Davies, no hay nada en este mundo que me haga más feliz que el hecho de que no quieras ser mi novia –le aseguró desde lo más profundo de su corazón.

–Así que te hago feliz –contestó la rubia alzando solo una ceja.

Era un gesto que pretendía ser sexi, pero que, desde luego, para ella no lo era en absoluto. En absoluto. Pero solo por precaución retrocedió un paso.

–Yo no he dicho eso –masculló molesta por la facilidad con la que aquel parásito atacaba su sistema nervioso. Es que la ponía de tan mala leche que no le dejaba ni pensar una respuesta más elaborada–. Yo solo digo que no tiene sentido que te dé



tanto repelús el ser mi novia si llevas tres años intentando acostarte conmigo, punto.

*Ugh*. Sandie había avanzado el paso que ella acababa de retroceder, así que volvían a estar desagradablemente cerca.

–Tiene sentido. Porque sí que quiero acostarme contigo, Cooper –tuvo la desfachatez de soltarle, así sin más.

Y de repente allí hacía mucho calor, porque la caradura de aquella mujer no conocía límites. Hacía mucho calor porque Sandie le estaba sonriendo mientras la miraba como la había visto mirar miles de veces antes a sus potenciales presas. Hacía mucho calor porque nunca había estado tan indignada en lo que llevaba de vida. Por eso hacía mucho calor de repente y por nada más.

–Eres desagradablemente descarada –dijo cogiendo su bolso.

Sorteó a Cupido que dormitaba ajeno a todo lo demás sobre la moqueta y se dirigió directa a la puerta.

–Si miento soy una mentirosa y si digo la verdad soy una descarada. Contigo no puedo ganar, ¿verdad, Cooper? –la escuchó pisarle los talones.

Se volvió, como movida por un resorte, cuando ya sostenía en la mano el pomo de la puerta y obligó a la rubia a frenar en seco, sorprendida por el repentino gesto y con la cazadora a medio poner.

–Tú y yo no estamos jugando para que ganes ni pierdas nada.

–Una lástima. Porque me estaba divirtiendo –dejó caer mientras se ponía del todo la chaqueta–. ¿Abres? No es que no me encante estar encerrada en una habitación de hotel contigo, Liz. Pero llegamos tarde –dijo y, además de aquella cazadora ajustada, volvía a llevar puesta aquella sonrisa hecha a medida.

Se tragó los nuevos improperios que se acumulaban en el fondo de su garganta y, haciendo alarde de una capacidad de autocontrol fuera de todo límite, abrió la puerta y salió sin más.

\*\*\*

A pesar de aquel episodio a primera hora de la mañana de «Sí que quiero acostarme contigo, Cooper», Sandie no se había portado del todo mal durante el resto del día. Al César lo que es del César y tenía que reconocerlo. Había seguido oliendo a Calvin Klein, sonriendo a diestro y siniestro y con su pelo ondulado, eso no podía evitarlo, pero la verdad era que se había pasado el día ayudándola a prepararse la cita de aquella noche con Samantha. Dándole consejos mientras hacía fotografías y animándola cada vez que se ponía nerviosa. Y tampoco es que pudiera llamar a aquel encuentro «cita», seguramente su prometido/inminente marido «Logan» estaría allí también. *Ugh*, su prometido Logan. Ni lo conocía y ya le caía francamente mal.

Casi le temblaban las piernas mientras se dirigía hacia allí. En realidad, le temblaba todo el cuerpo y no era del frío, a pesar de que en Fall River por las

noches refrescaba. Temblando y muy insegura de cómo iba a desarrollarse aquel encuentro, así se encontraba. Ni siquiera se había arreglado especialmente para la ocasión siguiendo otro de los consejos de la reina del mundo del romance. A pesar de que solo vestía unos vaqueros y una camisa ceñida, Sandie le había dicho que «estaba que se rompía» y luego había añadido un comentario bastante soez acerca de los pantalones y su trasero. No se lo tuvo en cuenta, porque ella era así de vulgar y seguramente lo había dicho con buena intención.

¡Santo Dios! Allí estaba la casa de su exnovia. La misma de siempre, la que compraron sus padres al trasladarse desde Texas. Samantha se la había quedado cuando ellos volvieron a mudarse. Todo esto lo sabía a través de Patty, que además de muy buena amiga era cotilla profesional, le venía de familia y lo llevaba en la sangre.

Cada paso hacia aquella casa le aceleraba el ritmo cardíaco de una forma alarmante, y, paradójicamente, mientras por fuera parecía avanzar, por dentro retrocedía y muy rápido. Regresaba a besos furtivos tras puertas cerradas y manos entrelazadas cuando nadie miraba. Volvía a aquella noche cálida de verano y Samantha le robaba un beso en aquel mismo porche. Samantha se lo robaba y ella se lo dejaba robar porque se moría de ganas de probar sus labios y de miedo de intentar acercarse siquiera. Aquel primer beso entre ambas que lo cambió todo. Su pelo castaño, que siempre olía a vainilla, junto a su cara en la almohada, y aquella sonrisa que la desmontaba por completo, le hacía caer una y otra vez, le estrujaba el corazón en el pecho y conseguía que se saltara latidos. Muchos latidos. Y habían pasado cuatro años desde la última vez que estuvo en aquella casa, pero su «No hagas esto, Sam, por favor» seguía allí, colgando en el aire. En aquel mismo porche donde todo empezó había terminado cinco años después, como si cerrara una especie de estúpido círculo cósmico. Un «Lo siento, Liz. Es demasiado difícil» reflejado en ojos empañados y un «Adiós» que ninguna de las dos pronunció en voz alta porque dolía demasiado. Y después de eso nada más. Después de eso una huida y Nueva York, como si allí fuese a sufrir menos.

Menuda estupidez.

Cuatro años imaginándose lo que podría haber sido, demasiados «y si» que no le habían permitido avanzar todo lo esperable en tan dilatado periodo de tiempo. Aquella era su particular ancla, que la mantenía firmemente amarrada al puerto del «quizás algún día», y había intentado explorar altamar en varias ocasiones, pero siempre terminaba regresando al punto de partida. ¿Y si Samantha por fin podía ser valiente? ¿Y si el verla allí después de tanto tiempo le había recordado lo mucho que valían la pena juntas?

*Respira, Elizabeth, respira hondo. No te olvides de respirar, es importante.*

Se secó las manos contra el material de sus vaqueros, porque su sistema nervioso central no parecía querer colaborar cuando le decía que se tranquilizara de una maldita vez, y se obligó a presionar el timbre situado junto a la entrada

principal. El mismo tacto, el mismo sonido y los mismos pasos detrás de la misma puerta. Un *déjà vu* de los fuertes que le encogió el estómago a lo bestia y le disparó las pulsaciones.

«Tenemos que hablar».

¿De qué? ¿De nosotras? Porque de ser así, ella tenía muchas cosas que decir y la más importante era «¿Podemos volver a serlo? ¿Podemos, Sam?»

¿Podían? Se lo preguntaba una y otra vez, y Samantha abrió a la cuarta.

La castaña la miró y, al encontrarse con aquellos ojos de nuevo centrados en ella, se le paralizó el organismo entero. Después su exnovia sonrió, casi tímidamente, pero lo hizo, al descubrirla allí a pesar de que la estaba esperando, así que su alma se derritió un poquito sin ella quererlo. Porque era Samantha y era su sonrisa y no le hacían falta más razones.

–Ey, Liz –la saludó a media voz. Insegura, a lo mejor su sistema nervioso central también se estaba sublevando en aquellos momentos.

–Hola, Samantha. –Hizo un esfuerzo sobrehumano por que su voz sonara firme, pero no estuvo segura de haberlo conseguido. Apostaba a que no.

Después silencio. Un silencio un poquito incómodo, la verdad, y cambió de pie el peso de su cuerpo mientras esperaba que su ex la invitara a entrar, pero no parecía tener prisa y el momento era extraño, como estar suspendida en el aire, en pausa o en tiempo muerto. Por fin Samantha pareció darse cuenta de dónde estaban y se apartó a un lado de la puerta.

–Lo siento. Pasa –la invitó con un gesto de su mano y una risita nerviosa.

–Gracias –aceptó y cruzó el umbral.

Miró alrededor mientras Samantha cerraba la puerta tras ella, y la invadió una intensa sensación de familiaridad, porque su exnovia había hecho pequeñas reformas en el recibidor, pero en esencia casi todo seguía igual.

–Vamos a la cocina, ya sabes el camino –indicó la castaña y claro que lo conocía, se lo sabía de memoria–. ¿Qué tal va todo con ese artículo?

Lo preguntaba por preguntar, por sacar un tema con el que romper el hielo mientras se apoyaba en la encimera de la cocina indicándole una de las sillas que rodeaban la isleta central. Tomó asiento y frente a ella se encontró dos copas vacías, le habría venido muchísimo mejor que al menos una estuviera llena, de lo que fuera, porque su boca estaba seca. Casi le costaba hasta tragar.

–El artículo va bien. Karen y Rose son muy colaboradoras –admitió mirándola y, al encontrarse con sus ojos fijos en ella, carraspeó–. Por lo que vi ayer a ti también te va bien con la clínica.

El artículo y la clínica veterinaria. Eran las dos únicas cosas de las que podían hablar sin meterse en material sensible. Cuando esos dos tópicos se agotasen, que Dios se apiadara de ella, porque solo quedaba un tema pendiente entre ambas.

–La clínica va genial. Bueno, cuando la heredé, heredé también los pacientes de mi padre, y últimamente están viniendo a vivir muchas parejas jóvenes con niños y

perros, gatos, hámsteres, alguna serpiente... –esto último lo dijo arrugando la nariz en señal de asco, una señal de asco que le hizo sonreír automáticamente, porque se había olvidado de lo adorable de aquel gesto en las facciones de Samantha.

–Se supone que los veterinarios queréis a todos los animales por igual –la reprendió con una media sonrisa.

–Se supone –convino sonriendo a su vez.

Maldita sea, sentaba tan bien verla sonreír. Sentaba tan bien simplemente poder verla allí apoyada contra la encimera de la cocina. Toda aquella situación sentaba tan bien que casi se olvidó de que habían pasado cuatro años desde la última vez. Con Samantha siempre había sido así: estando con ella el tiempo era lo más relativo de mundo. Conectó sus miradas y se perdió sin remedio en el gris de la suya, a cambio se llevaba un chute de endorfinas de los grandes, a lo mejor por eso le gustaba tanto aquel color.

¿Podemos, Sam?

Eso, ¿podemos, por favor?

–¿Por qué me has invitado a venir? –tuvo que preguntarlo porque el tema las estaba sobrevolando.

El elefante en la habitación, como se suele decir. Y ella se moría por saber. A su exnovia le incomodó aquel cambio brusco en el rumbo de la conversación, pero ella también tenía que ver el elefante, porque abarcaba casi toda la cocina. Al final, suspiró y ocupó una silla próxima en la isleta. Antes de decir nada sirvió vino blanco en ambas copas y le pareció que le temblaba ligeramente el pulso.

–Tenía miedo de que al final no vinieras –admitió la castaña sin mirarla.

–Y yo tenía miedo de venir. Pero aquí estamos –dijo, fingiendo una seguridad que en realidad no sentía.

–Aquí estamos –repitió Samantha, ganando tiempo, para ordenar sus ideas tal vez. Después bebió un sorbo de su copa–. Lo siento, Elizabeth. Es lo que quería decirte –confesó atreviéndose a mirarla.

«Lo siento». Se lo dijo entonces y se lo repetía cuatro años después, como si necesitara reiterarlo porque continuaba sintiéndose culpable de cómo terminó todo entre ambas. Mantuvo sus miradas conectadas, a la espera de lo que fuera a venir a continuación, esperaba algo similar a su «¿Podemos, por favor?». Segundos después sospechó que tras aquel «Lo siento» no iba a añadir nada más y se vio obligada a contestar algo. Lo que fuera.

–Pasó hace cuatro años. No tiene importancia –fue su turno para esconder la vista, porque aquella frase era lo menos sincero que había dicho en la vida.

–¿No la tiene?

–¿Importa si la tiene o no? Han pasado cuatro años –repitió bebiendo un poco de vino. No le gustaba demasiado el sabor, pero necesitaba hacer algo que no fuera mirarla.

–Estuve a punto de llamarte miles de veces –reconoció Samantha.

Y le habría gustado decirle que había perdido la cuenta de las veces que se durmió con su teléfono en la mano, esperando que sonase, pero se decidió por algo menos patético, aunque igualmente sincero.

–No llamaste ninguna –le recordó y a lo mejor había sonado un poco resentido, pero la verdad era que en realidad lo estaba. Resentida.

–No sabía qué decir –se disculpó–. No quería que todo acabase así, pero es que no podía acabar de otra forma. Yo también lo pasé mal.

Si tenía que ser sincera debía reconocer que ni una sola vez se planteó cómo lo estaría pasando su exnovia cuando ella se largó sin más a Nueva York. ¿Por qué iba a pensarlo siquiera si había sido ella la que lo había decidido así? Samantha lo finalizó, sin más explicación que un «Es demasiado difícil», como si dejarla no lo fuera más aún. Y tal vez no fue fácil para la castaña tomar aquella decisión, a lo mejor eligió «el menor de dos males», pero aquello le daba igual. Lo que realmente importaba era que no la eligió a ella.

–No solo fuiste mi novia, Elizabeth, fuiste mi mejor amiga, y nunca quise hacerte daño –se lamentó dejando el vino a un lado–. Y te he echado mucho de menos –dijo mientras colocaba la mano sobre la suya en la superficie de la mesa.

Uf, el calor de su palma le revolvió lo mucho que ella la había extrañado también. Y nunca había necesitado recordatorio para tener muy presente lo mucho que le gustaba tocarla, pero aquel gesto le refrescó la memoria sensorial por la vía rápida.

–Yo también te he echado de menos –admitió a media voz, con su mirada fija en el contacto de sus manos.

Increíble. Aquella mujer le había hecho más daño que nadie en toda su vida, pero un «lo siento» y el contacto de una de sus manos parecían ser suficiente para compensarlo todo, a pesar de que lo suyo nunca había ido de compensaciones. El amor, además de ciego, era un poco estúpido.

–Me alegro de que encontraras a Sandie. Te mereces a alguien que sea mejor que yo para ti. –Suspiró la castaña.

Ugh, Sandie. Había sido agradable alejar a la sabandija de su mente por unos minutos, pero allí estaba otra vez. Y, perdona... ¿qué acababa de decir Samantha? ¿Que se alegraba de qué? ¿Y que Sandie era mejor que quién? Porque ella no se había encontrado a nadie y lo de que aquella bacteria fuera mejor que cualquier otra cosa era muy pero que muy discutible. ¿Mejor Sandie que Samantha? ¡Por el amor de Dios!

–Sandie y yo... –iba a negar con rotundidad aquella abominación, pero Samantha continuó hablando.

–Me lo ha contado Patty... la llamé para saber dónde te quedabas para poder hablar contigo.

Sencillamente increíble. Primero el Efecto Coolidge y ahora esto. Sandie estaba en racha, porque era justo aquello lo que había pronosticado que haría su ex. Como si el resto del mundo fueran marionetas de una función dirigida por ella, como si

conociera de antemano los movimientos, en principio impredecibles, del resto de las féminas del planeta. Y era cierto que Sandie Davies era vanidosa, chula y engreída, pero tal vez no mentía cuando se autoproclamaba «experta en mujeres». Era una posibilidad.

*Espera.*

*Espera, espera, espera.*

Un momentito nada más. Porque si Sandie tenía razón en aquello, era posible que también tuviera razón al decir que a Samantha le había molestado verlas juntas, eso y aquel maldito e inadecuado uso del plural.

*Y espera otra vez.*

¿Qué demonios le había contado Patty sobre Sandie y ella si no había nada que contar?

–Es muy guapa, Liz. Y por lo que dice Patty, está colada por ti –continuó diciendo insensateces su exnovia.

Y es que eso de que Sandie Davies era guapa no era nada nuevo. Saltaba a la vista. Era una virtud que le había regalado el buen Dios como disculpa por no darle ninguna más. Pero lo de que estaba colada por ella le hizo recordar aquel comentario de «Sí que quiero acostarme contigo, Cooper» y eso que decía de que le daría repelús el ser su novia. Y al pensar en repelús y en parejas se acordó de algo. De algo tremendamente importante y que no estaban tratando.

–Patty también dice que vas a casarte –sacó el tema de la única forma que supo.

Directo. Sin rodeos. Porque solo pensar en ello le producía ardor de estómago, y quizás ya tuviera una úlcera a esas alturas. Por el bien de su salud física y mental se lanzó de cabeza. Y Samantha retiró su mano a la velocidad de la luz, como si de repente ella quemara. Como si por unos segundos hubiera olvidado que en un par de días se casaba. Con Logan. Con un tío.

–Siento que te hayas enterado así, pensé en llamarte y decírtelo, pero después de tanto tiempo no sabía si tendría mucho sentido –confesó centrando de nuevo toda su atención en el vino.

–No habría sido más fácil enterarme de cualquier otro modo –le quitó importancia.

–Supongo que no.

Durante los segundos de silencio que siguieron a aquel intercambio, su corazón se aceleró notablemente, porque ella había vuelto a Fall River para hacerle ver que, si elegía a Logan, estaba cometiendo el error más grave de su vida, el más grande, tenía que confrontarla con la gigantesca disonancia que suponía aquella boda. «Tú no quieres esto y lo sabes». Algo así, aunque probablemente menos directo, porque la había conocido mejor que nadie durante cinco años y Samantha de bisexual no tenía nada de nada.

–¿Ahora viene la parte en la que te digo que me alegro por ti?

Y le costó formular aquella pregunta así, inhibiendo el impulso de gritarle muy

alto «elígeme a mí en vez de a él, por lo que más quieras», porque es que era un él. ¿Acaso aquello no justificaba todo lo demás?

–Al menos dime que lo entiendes. Dime que no me odias –insistió Samantha.

–¿Sin mentir? –preguntó conectando sus miradas.

–Elizabeth, por favor. Llevo cuatro años sintiéndome increíblemente culpable.

–No puedo decirte que lo entienda, porque no lo entiendo, Sam –lo reconoció con toda la sinceridad del mundo concentrada en sus palabras–. ¿Cómo esperas que entienda que prefieres vivir la vida de los demás porque te da demasiado miedo vivir la que quieres tú?

La manera en que Samantha frunció el ceño completamente desorientada al escuchar aquella acusación debería haberle dado algunas pistas. Debería haberle bastado para empezar a prepararse para lo que vendría a continuación. Pero estaba demasiado ocupada reprochándole que rompiera con ella por ser tan increíblemente cobarde. Demasiado controlada por emociones descontroladas como para plantearse que existiese cualquier otra explicación para la decisión tomada por Samantha hacía cuatro años. Quizá si lo hubiera considerado antes el golpe no le habría resultado tan gigantescamente demoledor, a lo mejor no le habría dejado KO en el suelo y sin respiración. A lo mejor.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Samantha con cara de desconcierto total.

–¿De verdad te lo tengo que explicar? –le devolvió otra pregunta–. ¡Te casas con Logan por contentar al resto del mundo!

Y esto último lo gritó con rabia contenida, porque si no quisiese contentar al resto del mundo sería con ella con quien se casaría en apenas dos días. Si la maldita opinión de sus padres no le importara tanto, si el qué dirán le diese igual, si hubiese sido un poco más valiente, solo un poco más, todo sería tan diferente que dolía incluso pensarlo medio segundo.

–Elizabeth, yo elegí a Logan. Yo elegí casarme con Logan. No hago esto por contentar a nadie.

–¿Vas a decirme que te casarías con él si no te diera tanto miedo reconocer que eres gay? –inquirió enfadada.

Y jamás habría pensado que las emociones podían variar de forma tan radical en décimas de nanosegundos. ¿Eso que dicen de que en un momento puede cambiarte la vida? Completamente cierto. El mundo del revés en un instante, sin que te dé tiempo a percatarte de que ha empezado a girar. ¿Su enfado? Como si nunca hubiese estado allí, tragado por un agujero negro con un hambre voraz. Hasta se mareó un poco.

Porque de repente nada tenía sentido, pero lo entendía todo mucho mejor que antes.

Porque tendría que haberlo visto venir de lejos, pero no estaba mirando.

Porque Samantha contestó a aquella pregunta de la única forma en que podía contestarla.

Porque Logan era una «ella» y no un «él».

\*\*\*

No había querido escuchar más explicaciones porque sabía que no sería capaz de resistirlas. Había salido casi corriendo de allí al igual que años atrás corrió hacia Nueva York, al parecer huir era lo suyo. Y hacía frío, pero no le importaba, casi le venía bien sentir otra cosa que no fuera aquella punzante y dolorosa palpitación dentro. Porque cada vez que su corazón bombeaba sangre a ella le sonaba a «Logan es ella y no él» y sentía que le costaba respirar un poco más cada vez.

Antes de irse, Samantha le pidió que al menos leyera una carta que le había escrito hacía cuatro años y que nunca se atrevió a hacerle llegar. Por lo visto allí estaban perfectamente documentadas las razones de su ruptura. Que tendría que habérselas explicado en persona cuatro años atrás, pero que le faltó el valor, eso le había dicho, que le faltó el valor y prefirió dejarla ir de aquella forma. Que siempre se había sentido culpable, pero nunca había hecho nada para remediarlo. Al parecer quería empezar a remediarlo ahora y aquella carta era su forma de hacerlo. Cuatro años tarde, pero mejor tarde que nunca, ¿no? En su humilde opinión, para algunas cosas era mejor nunca que tarde. Para aquella en particular «nunca» era demasiado pronto.

A pesar del frío, la carta le quemaba en las manos y se sentía tan increíblemente mal tras haberla leído que ni siquiera podía llorar. Anestesiada, descolocada. Como si la parte más sólida de su universo se hubiese venido abajo de un solo golpe y no encontrara dónde agarrarse para no caer ella también. Y la gente hace cosas estúpidas todos los días, cosas que saben que les dañan, pero las hacen de todos modos, siguen metiendo los dedos en el enchufe descarga tras descarga, y eso hacía ella al leer aquella carta de nuevo, y electrocutaba más que todos los vatios del mundo recorriendo su cuerpo entero de la cabeza a los pies, pero le daba lo mismo.

*Hola, Liz, he perdido la cuenta de todas las cartas que he empezado a escribirte y que han acabado en la papelera. Si ni siquiera soy capaz de escribirlo, es imposible que consiga decirlo si te tengo delante. A lo mejor piensas que es muy cobarde que lo escriba en una carta, perdóname porque soy incapaz de hacerlo de otro modo.*

*Lo último que quiero es hacerte daño, eres una de las personas más importantes de mi vida y por eso me siento tan rastrera por hacerte esto. Nunca quise que pasara, Liz, créeme, por favor.*

*Se llama Logan. Es una chica que llegó nueva a clase este año, al principio pensé que no te hablaba de ella porque no tenía importancia y ahora me doy cuenta de que jamás te hablé de ella porque tenía demasiada. Ni siquiera supe que me estaba enamorando hasta que ya fue demasiado tarde. Te juro que he intentado apartarme de ella, he intentado dejar de sentirme como me siento, pero estoy cansada. Muchas veces me has dicho «tenemos que ser honestos con nosotros mismos», y tienes razón,*



*por eso tengo que reconocerlo y tú tienes el derecho a saberlo. La quiero a ella como debería quererte a ti y me está matando sentirme así de culpable, cada día que pasa un poco más. Me duele besarte y cada vez que me miras de la forma en que lo haces, porque sé que yo nunca voy a poder mirarte igual, ya no.*

*Eres la última persona del mundo que se merece que le hagan algo como esto, porque siempre me has tratado como si fuera lo más importante de tu vida, pero creo que tienes el derecho de estar con alguien para quien seas lo más importante de la suya también. No es que piense que te esté haciendo un favor, pero creo que es lo más justo para las dos. Quiero que sepas que no ha pasado nada entre Logan y yo, nunca podría engañarte, pero hace poco ella me dijo que siente lo mismo que yo y, aunque sea horrible y aunque me parta el alma tener que reconocerlo, te mentiría si no te dijera que quiero estar con ella, Liz. Lo siento, mi amor, por favor, no me odies, no podría soportar que me odiaras. Te quiero muchísimo, aunque no del modo en que debería hacerlo. No de la forma en que tú me quieres a mí.*

*No sé cómo reaccionarás al leer esta carta y ni siquiera sé si tendré el valor de mandártela, pero si no quieres volver a saber nada de mí, lo entenderé, aunque por nada del mundo querría perderte como amiga. Has sido muchas cosas para mí, pero sobre todo y desde el principio has sido mi mejor amiga todo este tiempo.*

*Lo siento mucho. Te quiero.*

*Samantha*

Y solo eran palabras, pero, mierda, cómo dolían. Solo eran trazos de tinta en un papel y sin embargo lo cambiaban todo. Había sido una imbécil al pensar que Samantha rompió con ella por falta de valor. Samantha rompió con ella porque quería a otra y no había sido capaz de dar el paso de decirles a sus padres que estaban juntas porque no le importaba lo suficiente.

Brutalmente esclarecedor.

Su historia no había tenido nada que ver con el miedo y todo era así de simple. Simplemente descorazonador a falta de otra palabra que pudiera describir mejor lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. La verdad que la había sostenido durante tanto tiempo de repente era mentira y se había quedado sin nada que frenara la caída.

Arrugó la carta en su puño y perdió la vista en el río que discurría tranquilo frente a ella. Llevaba en el mismo sitio, sentada en la hierba de aquel parque perdido, bastante tiempo. No sabía exactamente cuánto. Dos o tres vidas, seguro. Simplemente había aparecido allí, era el lugar donde solía ir a llorar cuando no quería que nadie la encontrara, cuando necesitaba estar sola. No lo estaba, porque una rana la miraba cómodamente sentada en su nenúfar, justo junto a la orilla. La observaba como diciendo «Menuda lástima de ser humano. Croac, croac», «Nunca fuiste suficiente para ella. Croac, croac».

Le devolvió una mirada de intenso desprecio y le tiró una piedrecilla que

encontró a su lado en el suelo. La estúpida rana saltó ágilmente al agua y, desafiante, mantuvo sus ojos saltones por encima de la superficie, clavados en ella. «Acéptalo y sigue con tu vida. Croac, croac».

Malditos batracios.

¿Y ahora qué? ¿Qué iba a hacer de ese momento en adelante? Su Plan A ya no tenía ningún sentido, al igual que su Plan B, dedicado por entero a la neutralización de la ceremonia. La posibilidad de un futuro con Samantha se había volatilizado en unos cuantos segundos, aunque hacía años que ya no estaba allí, y eso suponía un problema muy grande, porque había sido precisamente aquel «tal vez algún día» el que la había mantenido a flote durante los últimos cuatro años. Ahora solo le quedaba hundirse.

Escuchó pasos a su espalda, pero le daba lo mismo quién estuviera allí, no tenía fuerzas ni para volverse. Esperó a que quien fuese llegara a su altura.

–Ey, Cooper.

Sandie se sentó a su lado y por unos segundos permaneció en silencio mientras miraba la corriente de agua pasar, como ella.

–¿Quieres? –le preguntó después, ofreciéndole una bolsa de M&M's.

Ni siquiera dio muestras de haberla oído, porque lo que menos le apetecía en ese momento era comer M&M's, y menos si se los ofrecía ella, pero no tenía fuerzas ni para despreciarla.

–Son de tus favoritos –insistió de nuevo y al final aceptó la bolsa por no oírla más.

Al mirar el interior descubrió que estaba repleto de M&M's amarillos. Solo amarillos. La miró y Sandie eligió ese momento para desviar la vista al río.

–Me han pillado con Cupido en el hotel y no le dejan quedarse –dijo con fastidio –. He llamado a Patty para ver si podía hacerme el favor de quedárselo estos días y cuando se lo he llevado me ha dicho que Samantha la acababa de llamar. Le ha dicho que te has ido muy de repente y muy disgustada y que estarías aquí. He pensado que te apetecerían unos M&M's, pero que no tendrías ganas de pensar en el abecedario. Así que te los he separado por colores.

Era tan surrealista y tan impropio de Sandie Davies realizar una acción así de altruista y considerada que no se le ocurrió nada más que decir, de modo que se conformó con lo básico:

–Gracias.

La vio de reojo encogerse de hombros, como si dijera «No hay de qué», quitándole importancia a aquel detalle, y volvieron a quedarse en silencio, ambas mirando al frente.

–Ninguna mujer se merece que llores por ella, Cooper –dijo tras unos minutos de contemplación.

–¿Ni siquiera la gran Sandie Davies? –intentó bromear porque se sentía demasiado mal como para intentar hablar en serio.

–¿Esa zorra engreída? Menos que nadie –dijo por sentado sonriendo levemente.

Y ella tuvo que sonreír un poco también porque, a pesar de que hacerlo en aquellos momentos le apetecía menos que la mismísima muerte, Sandie Davies siendo amable con ella justo en esa situación era lo último que se habría esperado.

–No estoy llorando –farfulló ella al final, pero en ese mismo momento una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla y tuvo que secarla con el dorso de la mano.

–¿Quieres que me acueste con ella y no la vuelva a llamar? –se ofreció y de nuevo ella se vio obligada a sonreír ante lo insólito de todo aquello–. Podría hacerlo sin condón.

–Cállate, Davies –exclamó riendo entre las lágrimas completamente contra su voluntad.

La golpeó en el brazo y Sandie fingió que le había dolido. Otra vez aquel silencio mancillado solo por el sonido del agua que fluía frente a ellas.

–¿Quieres hablar de lo que ha pasado? –preguntó la rubia mirándola–. No hace falta que me lo cuentes si no te apetece, pero a veces hablar de ello hace que nos sintamos mejor.

Sin saber cómo ni por qué, abrió el puño y le entregó la hoja arrugada. Sandie era una sabandija, sí, pero una sabandija que estaba dispuesta a acostarse con su ex sin condón y no volver a llamarla nunca más. Era un detalle que hacía que le tuviera menos asco que de normal.

Sandie la tomó en sus manos y deshizo la bola, la alisó usando su muslo como tabla de planchar improvisada, después comenzó a leer y ella prefirió no mirar. El corazón le golpeaba fuerte contra el pecho mientras recordaba cada palabra de aquella carta. Le pareció una eternidad, pero seguramente no habría pasado ni un minuto cuando Sandie terminó de leerla.

–Hostia puta, Cooper. Esto debe de doler –admitió arrugando de nuevo el papel para devolvérselo igual que lo había recibido.

–Gracias –ironizó volviendo a acoger la bola en su puño.

–Se enamoró de esa tal Logan, pero eso no quiere decir que no te quisiera – trató de ofrecerle algún tipo de consuelo.

–No lo suficiente –dijo mientras se secaba de nuevo algunas lágrimas rebeldes.

–A veces simplemente tiene que ser así.

–Pues es injusto.

–Tengo una primicia para ti, Cooper. La vida no es justa.

–¿Ni siquiera para ti? Con toda esa fila interminable de mujeres besando el suelo por donde pisas me cuesta creerlo.

–Pues a veces no lo es.

Sandie insistió aún observando la luna y su tono había cambiado. Su voz había sonado ronca.

Y ese «a veces» tan general parecía referirse en realidad a algo muy particular en la vida de la rubia, algo que debía de haberle dolido de verdad. Quería indagar más

en aquel asunto, porque Sandie seguía mirando la luna, como perdida en sus propios pensamientos. De verdad que quería interesarse, pero en vez de eso el peso de su propia desgracia pudo más que su curiosidad y en vez de preguntar se sorbió los mocos y le dio un poco de hipo.

–Joder, Cooper, qué desagradable. –Suspiró Sandie volviendo al presente y centrando su atención de nuevo en ella–. Dame –exigió y le arrebató la hoja arrugada para tirarla al río sin mayores miramientos.

–¡Ey!

–Lo siento. ¿La querías enmarcar? –ironizó levantándose y se sacudió los pantalones–. Vamos –Y le tendió una mano.

–¿Vamos? ¿Dónde? –Frunció el ceño sin la menor intención de seguirla a ningún sitio.

–Maldita sea, Elizabeth, ¿tienes que controlarlo todo? ¿No puedes dejarte llevar ni tan siquiera una vez? –Sacudió la mano extendida insistiendo en que la cogiera.

Puede que fuera aquella opresión tan abrumadora alojada justo en mitad del pecho o la sospecha de que si se quedaba allí sentada dos minutos más lloraría hasta desaparecer, puede que fuera algún tipo de demencia precoz o un microinfarto cerebral que había inutilizado la parte de su cerebro responsable del juicio. Por una cosa, por otra o por una mezcla de todas, cedió y tomó la mano de Sandie, casi inmediatamente la rubia la ayudó a incorporarse quedando ambas a escasos centímetros. Cuando la tuvo así de cerca, sonrió de la manera en que sabía sonreír ella y le dijo: «Vamos, Cooper, si no te lo pasas bien te dejo que hagas conmigo lo que quieras esta noche». Ella se limitó a negar con la cabeza. Un «qué fantasma eres, Davies», sin necesidad de palabras.

\*\*\*

–Yo no bebería eso si no estás acostumbrada al alcohol, Cooper.

¿Sandie Davies adoptando el papel de Pepito Grillo? Casi le entró hasta la risa nada más oírlo. La rubia la había arrastrado al bar. A su bar. Al bar donde años atrás ella y sus amigas cantaban hasta quedarse afónicas. Las dos estaban sentadas en la barra y al principio había sospechado que la extraña amabilidad de Sandie formaba parte de un plan maestro cuya única finalidad era emborracharla para llevársela a la cama por fin.

Y sí, aprovecharse de una chica en evidente crisis emocional era ruin, rastrero e increíblemente despreciable, pero es que estaban hablando de «Sandie sabandija asquerosa Davies» y a ella todos aquellos apelativos le valían de apellido.

Aquella hipótesis hacía agua en el momento presente, porque Sandie estaba insistiendo bastante en que no tomara demasiado alcohol si no estaba acostumbrada a ello. Y lo que se dice acostumbrada no estaba, la verdad. No le agradaba nada la sensación de pérdida de control que había experimentado las pocas veces que había bebido. Porque normalmente a ella, Elizabeth Cooper, le

gustaba sentirse dueña de sí misma, ser consciente y estar al mando de todas y cada una de sus acciones y emociones. Pero aquella noche no era «normalmente». Aquella noche lo único que quería era dejar de sentir, porque sentir resultaba demasiado doloroso. Tan simple como eso.

–Soy mayorcita, Davies –le contestó vaciando de un trago casi la mitad del contenido de la copa que tenía frente a ella–. Invitas tú.

Sandie la miraba aún sorprendida por su nueva actitud, pero le debió de hacer gracia aquello de «Invitas tú», porque le había salido una sonrisa diferente a las de normal. Aquella no le daba tanta grima. O eso o el alcohol comenzaba a hacer bien su trabajo.

–Me gusta más esta Elizabeth que la de la oficina –le confesó.

–¿La Elizabeth llorona y hecha polvo porque el amor de su vida la dejó por otra? –preguntó y le dio otro sorbo al vaso.

–No. La Elizabeth que canta en karaokes, la que se ríe en plan espontáneo y la que se deja consolar si le hacen daño. Me alegro de haber venido a Fall River, ha merecido la pena solo por poder conocerte.

Uh. ¿Por qué no sentía las habituales arcadas que acompañaban cualquier comentario medio halagador que le hacía aquella sabandija? ¿Y por qué no le molestaba que la mirara de aquella manera? Sandie sonrió. De medio lado. Cuidado, que se estaba formando la sonrisa derrite almas. La prueba de fuego. Arcadas en tres, dos, uno, cero.

Menos uno, menos dos, menos tres... vaya, tardaban en llegar, y lo más raro de todo era que le parecía bonita. Su sonrisa.

–¿Qué canciones solíais cantar tus amigas y tú? –preguntó la rubia apoyándose en la barra y mirándola con curiosidad. Como si realmente le interesara.

–Cantábamos muchas y hace tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo –evitó entrar en detalles mientras seguía preguntándose dónde estaban sus arcadas.

–Mentirosa. –Sonrió de nuevo Sandie–. ¿Cuál era tu preferida?

Uf, qué mujer más insistente.

–¿Nunca te cansas de preguntar?

–Soy periodista. ¿De qué te sorprendes?

–¿Me dejarás en paz si te respondo? –quiso saber y Sandie fingió pensárselo por unos segundos.

–No puedo prometerte nada. Pero lo intentaré.

–Cyndi Lauper. Ahora me toca a mí preguntar –dijo a pesar de que en ningún momento habían llegado a semejante acuerdo.

Sandie no puso pegadas, simplemente la miró expectante y ella se lo pensó un poco antes de decidirse. Pidió otra copa y en cuanto el camarero se la puso delante ella se hizo con una pajita, la metió dentro y sorbió un par de veces.

–¿A cuántas mujeres te has trajinado? –preguntó por fin.

–¿Vas por el quinto tequila y aún usas palabras como «trajinado»?

–¿A cuántas, Davies? No intentes distraer mi atención –la reprendió, porque cada vez le estaba resultando más fácil aquella conversación.

¿Desinhibición alcohólica? A lo mejor. Sandie estaba sonriendo de aquella forma de nuevo y esta vez ella le devolvió el gesto, una sonrisa de las de verdad, nada que ver con las del tipo «muérete, Davies». En aquellas condiciones incluso le pareció mal haberle dedicado aquellas sonrisas tan desagradables a la rubia a lo largo de los años. ¿Era solamente ella o Sandie era demasiado guapa como para morir?

–Alrededor de unas veinte o treinta –estimó la rubia.

–¿En el último mes?

–En total, Cooper.

Y de verdad que no pudo por menos que soltar una carcajada ante aquella sarta de mentiras. Porque era verdad que había bebido, pero no lo suficiente como para tragarse algo así.

–¿Pretendes que me crea que en toda la vida solo te has acostado con veinte o treinta personas? Vamos a ver, conociéndote como te conozco, despertarías a la sexualidad... ¿a los cinco?

–Quince –matizó la aludida haciéndose con otra pajita para introducirla en su copa.

–Eso son once años de sexualidad –calculó con la pajita entre los dientes–. ¿Tres chicas al año? ¿Nada más? Imposible de creer. No salen las cuentas. –Sandie se encogió de hombros–. ¿En serio esperas que me crea eso? –insistió ante su gesto, y a lo mejor arrastraba un poquito las «eses», pero no le dio mucha importancia.

–No espero nada, me has preguntado y te he respondido, ¿no? –Medió sonrió–. Tu turno, Cooper. Dime, ¿a cuántas te has «trajinado» tú?

Puso comillas al utilizar la palabra «trajinado» como si le divirtiese usarla. A pesar del alcohol se estaba poniendo un poco roja, podía sentirlo en sus mejillas. Una Elizabeth Cooper siempre será una Elizabeth Cooper. *Ugh*, y parecía que Sandie se había dado cuenta, porque sonreía entretenida.

–A una –suspiró, porque evidentemente aquello le hizo recordar a Samantha.

–¡Hostia puta, Cooper! ¿No te has acostado con nadie más que con tu ex? –Se le había borrado la sonrisa entretenida de la cara y faltó poco para que se le saliera la bebida por la nariz de la impresión.

¿Que si le indignó la exagerada reacción de la rubia? Pues a decir verdad un poco sí, pero lo dejó pasar, porque es que era Sandie Davies y no se podía esperar otra cosa de ella. *Una causa perdida, Cooper. Sigue con tu vida.* Así que se limitó a sorber de la pajita una vez más sin hacer nuevos comentarios al respecto.

–¿Nunca? –quiso asegurarse su compañera.

–Nunca.

–Joder con Samantha... debe de ser buena –meditó en voz alta aquella desvergonzada.

Y al oír aquello recordó lo buena que era Samantha, y recordó también que ahora era buena con otra y los ojos se le empañaron sin ella quererlo, porque «La quiero a ella como debería quererte a ti». La frase más horrible jamás construida por el ser humano, peor incluso que el «Tenemos que hablar». «La quiero a ella como debería quererte a ti». Pues qué bien para Logan y qué mal para ella. El léxico a veces era así de cruel.

–Toma, suénate los mocos, anda –escuchó que decía Sandie y cayó en la cuenta de que le tendía un par de servilletas de papel–. ¿Sabes, Cooper? A veces lo que nos parece lo peor que nos ha pasado en la vida más adelante se convierte en realidad en lo mejor que nos pudo haber pasado.

Se sonó un par de veces en la servilleta antes de mirar a la rubia.

–Eso es una gilipollez. ¿Dónde lo has leído? ¿En una galleta de la suerte? –inquirió sonándose de nuevo.

Sandie sonrió mientras se hacía con más servilletas y le secó un par de lágrimas antes de que tuvieran la oportunidad de deslizarse por sus mejillas.

–No. Salió en mi horóscopo la semana pasada –bromeó y atrapó otra lágrima, esta vez con su dedo desnudo.

Nunca en la vida habría dejado que aquella individuo la tocara. ¿Voluntariamente? Nunca. Y mucho menos sin guantes ni nada. No había tenido tiempo de reaccionar y ya era demasiado tarde para gritarle «Aleja tus pezuñas de mi cara». Pero el roce del dedo pulgar de Sandie en su mejilla no le desagradaba por completo y, la verdad sea dicha, le sorprendió que no le sorprendiera más.

–Hora de dejar de llorar, Cooper –dijo la rubia abandonando su asiento sin más y desapareció entre la gente.

Típico, típico. Muy típico de Sandie Davies dejar a mujeres llorando en la barra de los bares. Uno de sus pasatiempos favoritos, junto con la fotografía del desnudo femenino, seguro. *Ugh*, Sandie Davies, que iba por la vida como quien no quiere la cosa, regalando M&M's amarillos a chicas incautas y secando lágrimas con su estúpido dedo pulgar. Y luego si te he visto no me acuerdo. Típico. Es que era muy típico de Sandie Davies. Empezó su sexto tequila resignada, porque aquello se veía venir, nada de lo que tuviera que ver con aquella sabandija conservaba el potencial de perturbarla.

Pero de repente pasó algo que no era muy típico de Sandie Davies. La rubia regresó por el mismo sitio por el que había desaparecido segundos antes y se plantó frente a ella, la giró en su banqueta para quedar frente a frente y se mareó un poco. Con las manos apoyadas en sus muslos, sin permiso, Sandie alzó una ceja en plan juguetón y le preguntó algo que en unos segundos tendría sentido, pero que en aquel momento no tenía ninguno. Le dijo:

–Dime, Cooper. ¿Qué es lo que quieren las chicas?

Sorbió de su pajita como sopesándolo, porque aquella pregunta no venía a cuento, pero esperaba una respuesta.

–¿A ti? –probó suerte.

Sandie hizo una mueca de fastidio, como si le hubiera estropeado el plan, se acercó a su oído y susurró: «Divertirse».

Uh. El aliento de Sandie Davies contra su oreja le había hecho estremecerse un poquito, y no del repelús precisamente, y eso hacía el estremecimiento mucho más estremecedor. Pero no le dio tiempo a plantearse nada más acerca de alientos de Sandies en orejas ajenas, porque de pronto los primeros acordes de una canción muy familiar para ella inundaron el bar, y eso de «¿Qué es lo que quieren las chicas?» cobró todo el sentido del mundo cuando la rubia se alejó de ella, aún mirándola, porque caminaba de espaldas hacia el escenario mientras se movía al ritmo de *Girls Just Want to Have Fun*<sup>1</sup>.

Al principio se resistió a sonreír. Se resistió mucho, porque sonreír en aquellos precisos momentos sería como reconocer ante Sandie Davies que le gustaba lo que estaba haciendo. Como decirle «bailas increíblemente bien». Eso significaría una sonrisa en aquellos momentos y por eso se resistió todo lo que pudo. El problema fue que cuando la rubia llegó al escenario, se hizo con el micro y empezó a cantar, y ella ya no pudo resistirse más. Era todo culpa del alcohol, seguro. Fueron los tequilas los que la empujaron a sonreír, porque ella no era consciente de controlar los movimientos de sus músculos, de verdad que no. Porque Sandie en el escenario cantando aquella canción para hacerle olvidar que estaba triste desentonaba con todo lo demás, pero seguía siendo Sandie Davies y con eso quedaba dicho todo.

A pesar de los pesares sonrió y bebió de su pajita para que le fuera más fácil seguir haciéndolo. Pero eso no fue lo peor, lo peor fue que cuando la rubia divisó aquel gesto en sus facciones por fin se lo devolvió como si hubiera estado esperándolo toda su vida. Y no sabía si eran los malditos focos, pero aquellos pantalones y aquellos movimientos a Sandie le quedaban especialmente bien esa noche. El pelo le caía en cascada sobre su camiseta ajustada y ella seguía cantando sin quitarle el ojo de encima. El «*That's all they really want*»<sup>2</sup> y aquella sonrisa la pillaron desprevenida y su sonrisa se hizo más grande.

Malditos tequilas, maldita Cyndi Lauper y maldito *pop-rock* de los ochenta.

Se acercó a ella. Sandie. Se bajó del escenario y se acercó a ella tendiéndole la mano en un silencioso «Vamos, Cooper, baila conmigo», y le avergonzaba reconocer que ni siquiera pensó una décima de segundo en decirle que no. Porque aquella noche le habían roto el corazón y tenía todo el derecho del mundo a olvidarlo, de la manera que fuese. Y Sandie se lo estaba poniendo francamente fácil, la verdad. Sandie y el tequila, por supuesto, formaban el mejor equipo de la historia.

Dejó que la tomara de la mano y descubrió que la rubia tomaba manos muy bien, su palma era cálida y suave, a juego con su dedo pulgar. Eso fue lo primero que descubrió. Lo segundo que descubrió fue que estando a tan corta distancia aquel aroma a Calvin Klein y a acondicionador de pelo invitaba a acercarse aún más. No le dio tiempo, porque Sandie la hizo girar y a ella eso de girar tomada de la mano de la



rubia pareció hacerle mucha gracia, porque se rio y al estar de nuevo frente a frente con Sandie descubrió que ella se estaba riendo también mientras intentaba terminar de cantar la canción. Y le salían unas arruguitas muy graciosas en el raballo de los ojos, y siempre se había fijado en su sonrisa, pero muy pocas veces en sus ojos. A lo mejor porque nunca había estado lo suficientemente cerca como para poder apreciarlos bien. Simplemente increíbles, la verdad, a juego con el resto de la cara.

La canción terminó demasiado pronto y Sandie tuvo que soltar su mano y alejarse para devolver el micrófono a su lugar. La echaba de menos, la mano de Sandie, tenía que reconocerlo, los grados del tequila ayudaban a que todo aquello no fuera demasiado perturbador, así que siguió a la rubia de regreso a sus asientos en la barra y la miró mientras ella daba un sorbo a su consumición.

–No eres tan sabandija como yo pensaba, Sandie Davies –le salió sin más y la rubia frunció el ceño, extremadamente extrañada al oírlo.

Normal.

–Creo que has bebido demasiado, Elizabeth Cooper.

Probablemente.

–He bebido lo justo para darme cuenta de que no eres tan sabandija como yo pensaba.

Y, sin saber por qué, extendió su mano, tomó entre sus dedos un mechón de ese pelo tan acondicionado y no le sorprendió que fuera extremadamente suave. Sandie titubeó unos segundos, como si aquello le hubiera tomado por sorpresa, pero después le sujetó la mano y la alejó de su pelo.

–Es hora de volver al hotel –sentenció la rubia.

Y, por una vez en su vida, estaba de acuerdo con ella.

- 
1. Las chicas solo quieren divertirse.
  2. Eso es lo que realmente quieren.

## 7

### Porque «Se llama Logan»

Hacía frío en el camino de vuelta al hotel y a ella no se le había ocurrido coger una chaqueta hacía horas, cuando salió hacia la casa de su ex. Claro que entonces tampoco se imaginaba que acabaría recorriendo las calles del pueblo a la una de la madrugada. Se frotó los brazos para entrar en calor y Sandie pareció reparar en aquel gesto. Sin mediar palabra se quitó su cazadora y se ofreció para ayudarla a ponérsela. Debería haberle dicho algo así como «Tú también tendrás frío» o «Aleja eso de mí, antes de que me salga sarpullido», pero no lo hizo. El porqué era un misterio, o tal vez prefería que lo fuera y por eso no investigó mucho más. Se limitó a dejarse colocar la chaqueta e inhaló profundo.

–Huele a ti.

–Lo siento –bromeó Sandie y ambas sonrieron.

–Huele bien –dijo escondiendo las manos en los bolsillos.

Caminaron en silencio y al cabo de unos minutos llegaron al puente que cruzaba el río. Ese que a ella le había gustado tanto y ya no le gustaba nada, porque estaba segura de que Samantha la había besado allí pensando en Logan. Muchas veces, seguramente, y se le encogió el estómago de forma poco delicada. Menuda mierda de puente y, aun así, se paró a la mitad y se apoyó en el muro de piedra para observar el río.

–No piensas saltar, ¿verdad? –bromeó Sandie apoyándose a su lado.

–Ni siquiera es tan bonito –dijo, jugueteando con uno de los puños de la chaqueta.

–Volverá a serlo.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sé. Pero quedaba bien decirlo, ¿no? –Sonrió cuando vio que ella lo hacía primero.

–Eres una cuentista –lo dijo, pero no perdió la sonrisa, porque Sandie decía muchas tonterías, pero en ese momento le hacían sentir bien–. Demasiados malos recuerdos.

–A lo mejor el truco es crear nuevos recuerdos buenos –aventuró la rubia alzando los ojos hacia el firmamento–. Sería una lástima que no te gustase nunca más, tiene unas vistas alucinantes.

–Sí, las farolas de los extraterrestres se ven de miedo desde aquí –coincidió con

ella tras observar las estrellas. Y supo inmediatamente que sonreía sin necesidad de mirarla.

–No vas a contarlo en la redacción, ¿verdad? –inquirió la rubia desviando su vista del cielo para mirarla a ella en su lugar.

–Será nuestro pequeño secreto –la tranquilizó y, cuando sus miradas conectaron, Sandie le sonrió.

Y quizá ella observó sus labios durante unos segundos extra. Y, tal vez, estudió sus ojos un poco más de la cuenta. Pues a lo mejor, porque la rubia sonrió ligeramente antes de hablar.

–¿Por qué me estás mirando así, Cooper? –preguntó al fin y Sandie era una profesional, así que casi ni se le notó que el escrutinio de su rostro le había puesto un poco nerviosa.

Lo mantenía, el escrutinio, lo mantenía, porque no se veía capaz de darlo por finalizado tan pronto, y porque mirándola a ella se ahorraba tener que contemplar otras realidades menos agradables. Aquella noche el alcohol le había robado espacio a aquel «La quiero a ella como debería quererte a ti», y necesitaba seguir manteniéndolo a raya. Fingir que su mundo no estaba patas arriba o, al menos, que no le importaba que lo estuviera, y seguir respirando con normalidad, como si aún no supiera que Logan no se afeitaba por las mañanas.

–Un primer beso aquí sería un recuerdo bueno, ¿no?

Y no podía creerse que le estuviera diciendo algo así a Sandie, pero a la vez no se habría perdonado nunca el no hacerlo y lo necesitaba. A lo mejor sin la ayuda de los tequilas jamás se habría atrevido a seguir el consejo de Megan, ese de «echar un buen polvo con Sandie Davies», seguro que no, porque estando sobria aquella le parecería la peor idea del mundo, un billete al infierno y solo de ida. Pero no estaba sobria, Sandie olía increíble y era alucinantemente guapa. ¿Razones suficientes para arriesgarse a pasar la eternidad en el inframundo? Sí, porque es que Sandie olía increíblemente bien.

Para su disgusto, Sandie se incorporó para alejarse de ella y decidió apoyarse de espaldas en el muro, manteniendo una distancia de seguridad entre ambas que, francamente, no tenía ningún sentido. ¿Acaso no se acordaba aquella libertina de que hacía unas horas le había dicho con toda la cara del mundo: «Sí que quiero acostarme contigo, Cooper»?

Se incorporó ella también y se acercó a la rubia, ni siquiera pensó en lo que hacía hasta que ya estuvo hecho. De pronto sus manos descansaban apoyadas en la superficie del muro, atrapando a Sandie en el pequeño espacio que quedaba entre sus brazos y su cuerpo, se miraban muy de cerca. Demasiado. Aquellos ojos eran el doble de alucinantes acortando las distancias, pero su compañera se empeñaba en agrandarlas. Bajó la vista a sus labios y comprendió, con aquel simple gesto, todos aquellos «Joder con Davies, yo le hacía un par de favores» que había escuchado a lo largo de los años, porque le entraron unas ganas horribles de que Sandie se los

hiciera a ella también. A lo mejor se mordió el labio inferior sin darse cuenta mientras continuaba recorriendo visualmente aquella boca, quizá porque Sandie bajó la vista a la suya. Fue un gesto fugaz, pero muy revelador, y cuando volvieron a conectar sus miradas su compañera la observó, a la expectativa. Se le acercó un poco más y la espalda de la rubia hizo tope contra el muro.

–Elizabeth... –se lo advirtió, al verse acorralada y con voz algo más ronca de lo normal.

Se limitó a acercar la nariz a su cuello y respiró profundo, luego aproximó los labios a su oído y le susurró «Hueles increíblemente bien». La sintió tensarse y escuchó cómo contenía la respiración al oírlo. Se apartó apenas unos centímetros, lo justo para poder mirarla. Nunca habían estado tan cerca antes y, aunque no se habían tocado aún, podía sentir a la rubia por todos lados.

–Elizabeth, mañana vas a arrepentirte de esto –le advirtió de nuevo, casi en un susurro.

A aquella distancia, su azul era el más alucinante que había visto jamás y el corazón le estaba haciendo polvo las costillas, pura activación física de todos sus sistemas nerviosos. La magia Davies. Y lo que dijo a continuación le salió sin necesidad de pensarlo, a lo mejor porque lo necesitaba de verdad y sus neuronas más inteligentes estaban demasiado borrachas como para advertirle de que aquella no era una buena idea.

–Pues deja que me arrepienta mañana.

Se lo pidió recorriendo sus labios con la vista de nuevo y Sandie se quedó quieta, muy quieta, con la respiración atascada en algún recoveco de su garganta y con miedo a salir. La rubia le sostuvo la mirada por un par de segundos, digiriendo su última frase. Y a lo mejor era Fall River o tal vez el alcohol, quizás una extraña mezcla de ambos, pero la chica que tenía frente a ella en esos momentos era diferente a la que le daba alergia en la redacción. O eso o en Nueva York se le multiplicaba la sensibilidad a sus ácaros.

«Se llama Logan».

Y, quizá por eso, Sandie Davies no era la misma Sandie Davies de siempre y ella se perdió un poco más en el azul de la salida mejor indicada de la historia. Un iris increíblemente alucinante y su tabla de salvación. Casi de inmediato bajó la vista a sus labios, provocando que su compañera se los lamiera nerviosa y, cuando volvió a conectar sus miradas, fue la primera vez en tres años que atisbó aquella expresión en la de Sandie. El momento era raro, muy raro, y al final la paciencia de la rubia se agotó.

–Joder, Cooper, si vas a hacerlo, hazlo y...

Sandie lo dijo como si le tuviera más ganas que a nadie en todo el planeta y Logan era una «ella» y no un «él», una mala combinación o la coincidencia más oportuna del mundo. Así que no la dejó terminar, recortó la poca distancia que las separaba y apresó sus labios en un rápido movimiento, los retuvo así, durante un

par de segundos antes de asaltarlos de nuevo, atrapando el inferior entre los suyos y acercándose un poco más para poder hacerlo mejor. Percibir el calor del cuerpo de la rubia pegado al suyo la impulsó a presionarla ligeramente contra el muro. La escuchó ahogar un gemido y poco después sintió la lengua de Sandie acariciando su labio inferior. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no experimentaba descargas eléctricas en su bajo vientre y aquellas eran del voltaje perfecto. Que las estuviera provocando la forma en que Sandie devolvía los movimientos de sus labios con algunos de los suyos, inesperadamente, no le molestaba en absoluto, la chica era buena en aquello y estaba dispuesta a sacarle partido. Despegó las manos de la superficie del muro para poder enredarlas en aquel pelo ultrasuave y la tomó por la nuca, profundizando el beso e inclinando la cabeza a un lado, porque así lo hacía mucho mejor. Madre de Dios, estaba besando a Sandie «sabandija asquerosa» Davies y de asquerosa no tenía nada, sabía a alcohol y a lo que suponía que volvía locas al resto de las féminas del planeta, algo suyo, algo propio. Algo increíblemente dulce.

No sabía cómo había supuesto que besaba Sandie, ni siquiera recordaba si se lo llegó a plantear alguna vez, pero desde luego que si se lo había imaginado no lo había imaginado así. Besaba firme y besaba lento, como si estuviera acostumbrada a hacerlo, pero lo hiciera por primera vez, y gimió contra su boca cuando a la rubia se le ocurrió deslizar la lengua dentro de la suya. Casi jadeó al sentir cómo Sandie la sujetaba por las caderas, acercándola un poco más a su cuerpo, y no se resistió, porque es que era imposible. Simplemente se dejó llevar, porque, de repente, el haberse acostado con tan solo una persona a lo largo de su vida no tenía ningún sentido y necesitaba expandir horizontes, su cuerpo respondía sorprendentemente bien al contacto con el de Sandie y sentir sus curvas le gustó mucho más que mirarlas.

Y empezó a llover, pero parecía que a su compañera le importaba tan poco como a ella, porque seguía explorando el interior de su boca sin ser consciente de nada más, deslizó la lengua sobre la de la rubia, provocando un suave gruñido que sonó a que aquello le gustaba mucho. Sandie la apretó aún más contra su cuerpo, atrapando su labio inferior entre los dientes, y ella gimió ante la sensación, porque era imposible no gemir. Tomó la cara de la rubia entre las manos y murmuró un «Buf» contra su boca, y, cuando intentó atrapar sus labios de nuevo, sintió cómo Sandie la apartaba de ella.

–Cooper, espera –casi jadeó sin aliento–. Espera –lo repitió empujándola suavemente por las caderas y falta de aire.

¿Espera? ¿Que esperara a qué, por el amor de Dios? Si le recorrían de arriba abajo unas ganas enormes de perderse de nuevo en aquella boca, de apretarla aún más contra el muro y dejarla sin más salidas que la que le estaba demandando, porque en aquellos momentos lo necesitaba más que respirar, en serio. Casi hasta le dolía físicamente. Pero, ajena a sus deseos, Sandie se había apartado de ella por

completo y volvía a contemplar el río dándole la espalda, con los antebrazos apoyados sobre el muro de piedra.

–Joder, joder, joder... –la escuchó mascullar y parecía enfadada.

Después se incorporó con mucha prisa y dijo «Vámonos» echando a caminar hacia el hotel. Y la verdad, no entendía nada, pero no le quedó más remedio que seguirla.

\*\*\*

Sandie había entrado en el baño nada más llegar, y ella escuchó el agua de la ducha correr sentada sobre la cama. Aún llevaba puesta la cazadora de la rubia a pesar de que estaba mojada. Se acarició los labios con la yema de los dedos porque es que seguían ardiéndole. Todo había terminado tan rápida e inesperadamente que la cabeza aún le daba vueltas. Los tequilas también podrían tener algo que ver, desde luego.

Uf... vaya con Sandie y su forma de besar.

La susodicha salió del baño poco después, se había colocado ya un bóxer gris que le quedaba francamente bien y una camiseta que no le quedaba mal precisamente. La siguió con la vista desde su posición sobre el colchón y sospechaba que la miraba como quien mira el pastelito de nata más delicioso de la pastelería, con las manos pegadas al cristal del escaparate y todo, pero de verdad que no podía evitarlo, porque estaba borracha y aún sentía la presión de sus labios sobre su boca, el tacto de su pelo enredado entre los dedos. Y quería volver a experimentar todo aquello otra vez por dos razones muy concretas:

Razón número uno: era la forma más sencilla que conocía de no pensar en todo lo acontecido aquella noche en la casa de su exnovia.

Razón número dos: aquella sesión subida de tono con Sandie la había dejado con ganas de más.

Además, Megan se lo había aconsejado, ¿verdad? Le dijo que un buen polvo con Sandie Davies era exactamente lo que necesitaba. Y por si eso fuera poco, su otra mejor amiga, Patty, le había preguntado «¿Sandie y tú qué?» y se había quedado bastante triste al saber que Sandie y ella nada. ¿Acaso no era el deber de una mejor amiga el hacer todo cuanto esté en su mano para contentar a la otra?

Pues eso.

–Deberías quitarte esa chaqueta, está empapada –dijo la rubia.

–Quítamela tú. –A lo mejor estaba un poquito más embriagada de lo que había imaginado.

Sandie tragó saliva, casi intentando ocultar que lo hacía, pero ella lo vio y la siguió con la mirada al ver que la rubia cogía una toalla del baño. No le quitó ojo de encima mientras regresaba y se sentaba frente a ella en la cama, y continuó observándola cuando comenzó a despojarla de la cazadora mojada. Su compañera parecía bastante decidida, pero alzó la vista, sus ojos se encontraron y paró todo

movimiento.

–No me mires así, Elizabeth, por favor –le advirtió.

Ni le contestó, ni modificó su mímica. No podía verse, pero se imaginaba que sus ojos estaban un poquito cargados de «bésame otra vez o te beso yo». Jugaba con fuego y lo sabía, y lo peor de todo era que estaba deseando quemarse de una vez.

Ya se preocuparía de mañana, mañana.

Sandie terminó de quitarle la cazadora y la dejó a un lado en el suelo. Le tendió la toalla, pero a ella eso no le interesaba, así que la cogió y la envió a hacerle compañía a la chaqueta mojada. Interceptó la mano de la rubia y entrelazó sus dedos sin dejar de mirarla de la misma forma, tal y como le había pedido que no lo hiciera.

–Elizabeth... –le advirtió de nuevo, pero ni retiró la mano ni intentó levantarse de la cama.

–¿Qué? –dijo mientras recortaba aún más el poco espacio que las separaba.

–Estoy intentando hacer lo correcto, pero me lo estás poniendo muy difícil –dijo y la vio cerrar los ojos cuando ella acarició su abdomen por encima del material de la camiseta que llevaba puesta–. Hostia puta, Cooper.

Ufff... nunca pensó que un «Hostia puta» salido de los labios de aquella mujer iba a estremecerle el cuerpo entero de la manera en que acababa de hacerlo, pero es que lo había dicho con un tono increíblemente sexi o el alcohol lo distorsionaba. Sintió cómo Sandie la agarraba por la muñeca para apartar la mano de su abdomen y, cuando sus miradas se encontraron, los ojos de la rubia eran de un azul más oscuro.

–Piensa bien lo que quieres, Elizabeth. –Y se notaba que estaba haciendo un esfuerzo supremo de autocontrol, porque su respiración se había vuelto mucho más pesada.

Vaya con Sandie Davies, se llevaría a todas las chicas a la cama, pero llevársela a ella era bastante difícil. No necesitaba pensar nada, exactamente era eso lo que menos necesitaba. Pensar. En nada. ¿Tan difícil era de comprender?

Le salió sin más, la libertina que llevaba encerrada dentro. Apareció sin avisar y utilizó su boca para decir algo que jamás de los jamases había dicho antes.

–Quiero que me folles.

Y las pocas gotas de autocontrol que quedaban en el vaso de Sandie parecieron esfumarse de golpe. Evaporadas en un microsegundo como el agua cuando se calienta a cien grados centígrados. Cien grados centígrados en forma de «Quiero que me folles».

Dijo «Joder...». Eso dijo. Fue un joder de «No puedo creer lo que acabas de decir» y de «Gracias al Señor que lo has dicho» a partes iguales. Lo dijo y casi sin terminar de decirlo estrelló los labios contra su boca. Sintió sus manos acariciándole las mejillas y el calor de su cuerpo cada vez más cerca. Madre mía, ya no había escapatoria posible, pero no importaba, porque no le hacía ninguna falta.



Agarró a Sandie por la nuca con ambas manos y la obligó a dejarse caer sobre ella en el colchón sin parar de besarla en ningún momento. La envolvió el olor a Calvin Klein y el pelo de la rubia le hizo cosquillas en la cara. Sintió sus manos paseándose por sus muslos, por encima del pantalón vaquero, y aquellas caricias quemaban, pero es que quemaban muy bien. De nuevo su labio inferior siendo acariciado por dientes y de nuevo aquel escalofrío que la obligó a repetir el «Bufff» que lo había paralizado todo sobre el puente hacía apenas media hora. Por favor, Señor, que no paralizara aquello también. Necesitaba que el Calvin Klein la anesistiara del todo y sentir el peso de Sandie directamente sobre su cuerpo, que se moviera de aquella forma, porque hacía demasiado tiempo que nadie lo hacía y a ella le salía muy bien.

En vez de paralizarlo, aquel «Bufff» provocó que la rubia le mordiera el cuello mientras se reposicionaba mucho mejor sobre ella, la escuchó jadear contra su oído, un sonido claramente sexual, y se retorció buscando más contacto por puro instinto. Sintió la humedad de su lengua justo debajo de su oreja, dibujando un camino de «Oh, Dios mío, ¿por qué me están gustando tanto sus babas?» y le revolvió el pelo al enredar sus dedos por todas partes mientras se dejaba devorar el cuello. Santa Madre de Dios, menudo calor hacía allí bajo su cuerpo. Aprovechó que tenía a Sandie Davies completamente tumbada sobre ella para recorrerle la espalda con las manos hasta llegar a su trasero. Todas hablaban del culo de Sandie en la redacción, todas excepto ella, claro, y seguro que se morirían de envidia si supieran que Elizabeth Cooper estaba manoseándose en aquellos momentos por encima del bóxer. Lo sentía increíblemente firme contra sus palmas, otra de sus armas de destrucción masiva, la boca le sabía a desinhibición alcohólica, de modo que lo apretó contra ella y a Sandie se le escapó un sonido extremadamente libidinoso, propio de una libertina como ella, sucio, pero gimió sin poder evitarlo, atontada por tanto calor. Lascivo y muy excitante al mismo tiempo, aquel debía de ser el punto en que los límites entre ambos mundos se desdibujaban a base de desteñidas pinceladas de lujuria.

La rubia pasó de lamer y morder su cuello a recorrerlo a base de besos muy húmedos, dirigiéndose hacia el lóbulo de su oreja, mientras que los movimientos de sus caderas buscaban sentir el máximo placer posible y de paso se lo producían a ella, porque lo que estaba sucediendo en la mitad inferior de su cuerpo era muy básico, casi primitivo, pero quería más. Estrujó su culo con ambas manos y después envió una de ellas a arañarle la espalda sin ningún cuidado, de abajo hacia arriba, sumergida bajo su camiseta. Mientras tanto coló la otra por debajo del material del bóxer, y es que se hablaba mucho del culo de Sandie, pero con fundamento, a lo mejor se tendría que hablar incluso más. La rubia gimió al notar las confianzas, soltó un «Oh, Dios, joder» junto a su oído y después le mordió el cuello mientras la presionaba fuerte entre sus caderas y el colchón.

Se le aceleraron las pulsaciones cuando las manos de su compañera le

desabrocharon el primer botón de la camisa y se le elevaron drásticamente al sentir cómo lamía la piel que había quedado al descubierto. Nunca nadie la había desnudado aparte de Samantha, Sandie iba a ser la segunda persona en el mundo en verla sin ropa y su estilo estaba siendo muy diferente al de la castaña.

*Renovarse o morir, Cooper, renovarse o morir*, porque sospechaba que la virginidad le había empezado a crecer un poquito.

Adiós al segundo botón y la rubia se entretuvo un poco más allí, porque sus pechos comenzaban a estar al descubierto y se dedicó unos segundos a delinearlos con su lengua, en plan guarro, como si tuviera muchas ganas y ningún autocontrol. Una fiesta de calor, jadeos, sudor y saliva. Con Samantha había hecho muchas cosas, pero con ella nunca había sido así, con Sandie le faltaba complicidad, pero le sobraban grados y, generalmente, los fluidos corporales ajenos le daban repelús, pero las circunstancias actuaban como atenuante y el repelús se convertía en otra cosa. La rubia le desabrochó el tercero, el cuarto y el quinto seguidos y le abrió la camisa con poca delicadeza y demasiada prisa, después lamió una línea imaginaria, con inicio en la cintura de sus vaqueros y última parada entre sus pechos cubiertos por el sujetador. Unos segundos de dedicación a su escote y recorrió el camino de vuelta, despertando hasta la última de sus terminaciones nerviosas.

Y la besó, allí, en su bajo vientre, la humedad del gesto envió olas y olas de calor a bañar todo su cuerpo. Cincuenta grados a la sombra por lo menos. Sandie la miró desde su posición y la sonrisa de la rubia era considerada por muchas una maravilla de la naturaleza, eso era *vox populi*, pero en esos momentos, aunque no sonreía, el gesto de su cara hizo que el corazón se le parase en el pecho unos segundos, lubricando por la anticipación. Santa Madre, sus ojos. Sandie Davies observándola de aquella manera era lo más obsceno que había visto en los días de su vida.

Las manos de la rubia comenzaron a subir por sus costados acariciándole con las palmas abiertas, cubrió sus pechos por encima del sujetador, lo que le hizo contener el aliento. La tocaba como si se hubiera pasado años luz deseando hacerlo y la miraba como si quisiera hacerle mucho más. Una gran idea, aquello había sido una gran idea, porque la verdad era que la temperatura a su alrededor subía a un ritmo alarmante y ella nunca había sido mucho de pensar cuando hacía calor.

Y se dejó llevar, así de claro, su cerebro se negó a admitir toda información no relacionada de forma directa con Sandie y con las sensaciones que estaba provocando en su cuerpo. Todo lo demás sobraba. Aquella noche todo lo demás le daba exactamente igual. Le había dado a su parte racional unas horas de vacaciones, y pagadas por adelantado para que no se le ocurriese volver antes de tiempo.

Se incorporó lo justo para agarrar a Sandie de nuevo por la nuca y arrastrarla con ella mientras comenzaba a besarla antes incluso de que su cabeza hubiera tocado la almohada otra vez. Y, maldita sea, qué bien sabía aquella boca y qué bien sabía moverse la rubia sobre su cuerpo. Y de verdad que hasta entonces siempre

había pensado que el sexo sin amor era un invento de los perversos para justificar su patología, pero luego Sandie le lamió el lóbulo de la oreja y aquello era de todo menos patológico. Deslizó las manos hasta el trasero de la rubia de nuevo, le había cogido el gusto a hacerlo y lo apretó entre sus manos y contra su cuerpo, porque el resultado era una presión increíblemente placentera por todos lados. Escuchó a Sandie gruñir junto a su oído. Gruñó y el gruñido se convirtió en un «Joder, Elizabeth, te sobra la ropa» y ella contestó con un suave gemido de «Por fin estamos de acuerdo en algo». Y de repente Sandie estaba arrodillada entre sus piernas y soltándole los vaqueros de forma rápida y brusca, impaciente, hacía un calor horroroso y ella lo único que quería era que la rubia volviera a estar sobre su cuerpo calentándolo aún más.

Y es que, de verdad, si aquello era el infierno, el cielo que se lo quedaran los demás.

\*\*\*

*Mierda, Cooper, y menuda vergüenza, Davies.* Porque aquel «Quiero que me folles» la había dejado sin opciones y ni siquiera había tenido tiempo de pensar en lo jodidamente inverosímil que era todo aquello. Madre de Dios, es que estaba a las puertas de follar con Elizabeth y el resto de su anatomía funcionaba mucho más rápido que su cerebro, arrasado por una necesidad insoportable de hacerle de todo a aquella chica y dar explicaciones más tarde, cuando se las pidiera.

«Te tenía tantas ganas desde hace tanto tiempo que no pude decir que no» era toda su defensa y, a lo mejor, no resultaba suficiente, pero era tan verdad que cualquier tribunal se compadecería de ella sin necesidad de nada más que de verle la cara. Y no confesaría jamás que había imaginado cómo sería poder follar con Elizabeth en más de una ocasión y que la había utilizado sin pagar derechos de imagen para darse amor de vez en cuando. *Maldita perversa.* La realidad era mucho mejor y la forma en que Elizabeth la había mirado desde la cama, retándola a despojarla de su propia cazadora, jodidamente excitante. Sus ojos le habían impactado desde el principio y aquella noche seguían siendo igual de alucinantes y añadían algo más, tal vez aquel demoledor «Se llama Logan».

*Mierda, Davies, ¿qué demonios estás haciendo? Una chica borracha y hundida emocionalmente es demasiado rastrero hasta para ti.* Y lo era, inmoral y reprochable, indigno y muy deshonesto, pero llevaba tanto tiempo persiguiéndolo que no podía dejar de correr al sentirlo tan cerca. Lo de «sabandija asquerosa» le sonaba más acertado a cada paso, pero Elizabeth la estaba poniendo muy cachonda y eso de que Samantha la cambiara por otra cada vez le resultaba más y más incomprensible.

¿Cómo coño se deja a alguien que gime así, maldita sea? ¿La veterinaria no echaba de menos sus sonidos? Su forma de besar y aquella mirada. ¿No se moría por volver a sentir a Elizabeth revolviéndose de esa manera bajo su cuerpo? Es que Logan tendría que ser dos o tres diosas griegas a la vez y aun así la tal Samantha

había salido perdiendo con el cambio, seguro. Mierda, ¿se había fijado bien aquella insensata en sus labios ligeramente hinchados tras haberlos usado tanto?

Estaba por completo dedicada a besar su cuello y encima Elizabeth olía increíble y la sujetaba por todas partes a la perfección. Se dijo un par de veces «Davies, para, joder. Piensa con la cabeza», pero la sangre no le llegaba del todo bien tan arriba y sus funciones superiores se encontraban comprometidas en aquellos momentos. Su «Pues deja que me arrepienta mañana» se repetía en algún rincón de su mente más racional, pero es que el raciocinio cada vez ocupaba un espacio más y más pequeño, las manos de la morena estaban en su culo y cada vez que se lo apretaba, su «estoy cachonda» se elevaba al cuadrado. Uf, hasta se le estaban escapando gemidos de primeriza, una puta vergüenza, porque su umbral de excitabilidad había descendido considerablemente y tan solo escucharla respirar de ese modo le calentaba a lo bestia.

Se estaba planteando pedirle que parase, frenarlo como fuera, aunque aquello significase morir de pura frustración, a pesar de que sabía que no volvería a tener una oportunidad así con Elizabeth. Casi le sorprendían sus buenas intenciones, que Sandie Davies pasara de un polvo como aquel no era una cosa que se viera todos los días, la excepción que confirma la regla, más bien. Estaba alucinando por su buen fondo y, después de aquel gran sacrificio físico-sexual, esa chica no podría llamarla sabandija asquerosa nunca más, es que no tendría derecho moral a hacerlo. Flipada, de verdad, porque aquel día había nacido una nueva Sandie Davies, la bautizaría con aquella brutalmente placentera presión en su entrepierna, para que no olvidase sus orígenes.

Un acto del todo altruista, casi una misión suicida, que quedó abortada en cuanto sintió cómo Elizabeth introducía su mano por debajo de su bóxer para masajearle el culo. Santa Madre de Cristo, gimió un «Oh, Dios, joder» y se presionó contra su cuerpo a lo bestia, allí hacía mucho calor y la morena se estaba moviendo jodidamente bien, restregándose contra su cuerpo, y su bajo vientre se acababa de convertir en un amasijo de «fóllatela, fóllatela, fóllatela ya, por favor».

Joder. Hostia puta.

Le desabrochó la maldita camisa, porque le quedaba de cine, pero seguro que le sentaba mucho mejor a unos cuantos metros, y se dejó llevar por aquella inmensa necesidad de descubrir su cuerpo. Sus estructuras cerebrales más primarias, las encargadas de decidir qué cosas le ponían cachonda, se encendieron todas a la vez y a lo bestia al encontrarse con la visión de sus pechos enmarcados por el sujetador. Y llevaba puesto uno de los bonitos, como en sus fantasías más depravadas, no de los de abuela con remiendos, de los que pensaba que usaría en realidad.

*Mujer de poca fe, Davies.*

Y tuvo que lamer y besar y mientras tanto las manos de Elizabeth la sujetaban por el pelo, por el culo y recorrían su espalda, joder, se movía increíblemente bien contra su cuerpo, prácticamente estaban follando con la ropa puesta y aquel sonido

ambiente le parecía lo más porno que había escuchado jamás. Sus jadeos y gemidos se entremezclaban entre movimientos de caderas y el resultado era particularmente excitante. Tórrido. Como si las dos se hubiesen abandonado a sus instintos más primitivos por una noche, un «deja que me arrepienta mañana, pero vamos a aprovechar el momento».

«Quiero que me folles».

Joder.

Se arrodilló sobre el colchón y le desabrochó los vaqueros con mucha prisa, totalmente despeinada y al rojo vivo, muy muy cachonda, la anticipación la mojaba aún más y Elizabeth mirándola de aquella forma mientras la ayudaba a deshacerse de sus pantalones facilitaban una perfecta lubricación, preparándola para cuando llegara el momento. Una parte salvaje y prehistórica de sí misma le recordaba que Elizabeth solo había follado con Samantha y el honor de ir a ser la segunda en su lista la ponía más cachonda aún, básico e incomprensible, y húmedo, muy húmedo, porque seguro que iba a ser la primera en hacerle muchas cosas. Escucharla gemir su nombre le fundía los circuitos y sus piernas desnudas bajo las palmas de sus manos los activaban de nuevo, una fiesta de sensaciones con temática «joder, joder, joder» y una inmensa necesidad de tocarla entera. Una pérdida de control en toda regla.

Lo intentó una última vez mientras se la comía con la mirada desde su posición arrodillada sobre el colchón, justo entre sus piernas.

–Elizabeth... espera... llevo muriéndome por esto mucho tiempo, pero...

Comenzó a decirlo y la frase murió en su garganta gradualmente al verla incorporarse, deshacerse de su camisa y quitarse el sujetador antes de apoyar su espalda contra el cabecero de la cama, la observaba como diciendo «no puedes decirme que no». Así, sin más. Y, joder, es que no podía. La mirada se le desvió sola hacia sus pechos desnudos y se le rompió algo por dentro, el envase de su testosterona, seguramente, porque sintió un impulso súbito e irrefrenable de presionarla contra cualquier cosa, de presionarse contra aquella anatomía y hacerla gemir muy alto.

–Mierda, Cooper...

Lo gruñó, sujetándola por los muslos y ayudándola a colocarse a horcajadas sobre ella, volvió a presionarla contra el cabecero de la cama y la miró fijamente a los ojos, jadeando directo sobre la boca, Elizabeth rodeaba su cuello con los brazos y podía sentirla caliente contra su abdomen. Mierda, sus ojos tan de cerca eran de un verde mucho más intenso y respiraba a través de aquellos labios ligeramente separados.

¿La mujer biónica? Y una mierda, su ombligo era jodidamente perfecto y Elizabeth se había retorcido gimiendo y agarrándola más fuerte por el pelo, antes, cuando lo había tanteado con su lengua. Sin duda humana e indescriptiblemente sexi en aquellos precisos momentos. Ya no había marcha atrás, en ninguno de los

sentidos. La morena sacudió ligeramente las caderas contra su abdomen y ella se mordió el labio inferior presionándola con brusquedad contra el cabecero de la cama, las dos gimieron a la vez y Elizabeth bajó la vista a su boca con la respiración completamente descontrolada.

La besó, profundizando desde el principio, y gimió porque sintió cómo comenzaba a moverse contra su vientre de una forma sencillamente demoledora, un «a la mierda todo, porque ya no aguanto más». Necesitaba correrse y, sobre todo, que se corriera y aquello no podía acabar de otra forma, cubrió su culo con ambas manos, ayudándola a restregarse mejor, y presionó sus caderas contra ella un poco más. Elizabeth la besaba muy húmedo y todo a su alrededor era jodidamente sexual, la morena la ayudó a quitarse la camiseta y ambas gimieron al sentirse en directo cuando la aprisionó completamente contra el cabecero, acariciándola con todo el cuerpo en cada movimiento, y le devolvió los besos de una manera tan intensa que casi dolía.

Elizabeth se golpeó la cabeza contra la madera al inclinarla hacia atrás, tras abandonar sus labios para soltar un gemido lento y suave, su frecuencia reverberó a través de todas sus zonas erógenas y ella aprovechó la ocasión para ensañarse con su cuello de nuevo, con intenciones de bajar un poco más. Joder, la forma en que Elizabeth le revolvía el pelo añadía grados a aquel calor abrasador que las envolvía a ambas. Aire caliente y movimientos guarros, estaba follando con Cooper y nada iba a volver a ser lo mismo nunca más, pero aquel placer sin adular concentrado en su entrepierna le ayudaba a asumirlo de manera muy efectiva.

Se separó de su cuerpo lo justo para poder contemplarlo y paseó la mirada por su cuello, su escote, sus pechos desnudos y aquel abdomen casi adherido al suyo, su piel era increíblemente suave y estaba muy caliente. Elizabeth volvió a colar las manos por debajo de su bóxer y ella atrapó uno de sus pezones entre los labios, acunando el pecho entero en la palma, la escuchó jadear y una de sus manos acudió de urgencia a tomarla por la nuca para acercarla más. La morena se revolvió entera cuando le acarició el pezón con la punta de la lengua y la escuchó contener la respiración al sentir cómo descendía con una mano, deslizándola entre sus cuerpos, para poder tocarla sobre la ropa interior. Elizabeth suspiró entrecortadamente al sentirlo y aquel sonido envió un escalofrío a su bajo vientre, como plus se encontró aquella tela completamente mojada, así que su bóxer lo estuvo un poco más. Aquella abundancia de fluidos indicaba que su compañera lo estaba disfrutando tanto como ella y se permitió morder con suavidad su pezón endurecido. Casi de inmediato, Elizabeth la tomó posesivamente por las mejillas y la obligó a alzar la cabeza para poder besarla con urgencia mientras se movía increíblemente bien contra su mano.

Cristo Bendito.

–Sandie... ya... vamos –lo dijo con la voz ronca y teñida de necesidad, así que coló la mano dentro de su ropa interior y se encontró con aquella humedad caliente

y resbaladiza entre sus dedos—. Oh, Dios —Elizabeth lo gimió cerrando los ojos de golpe y a ella le costó tragar saliva.

Estaba tan jodidamente cachonda que si se movía un poco más deprisa de la cuenta acabaría corriéndose sin más. Madre mía, casi ni le salían los gemidos y dolía muy muy bien. Deslizó los dedos entre sus pliegues y la morena la besó de nuevo, ahogando aquellos sonidos porno contra su boca. Casi tenían el doble de efecto así, amortiguados y vibrándole en la garganta.

—¿Cómo te gusta? —le preguntó casi sin dejar de besarla—. Elizabeth... ¿dentro? —insistió sin dejar de explorar su intimidad.

Que dijera que sí, por Dios, dentro. Necesitaba sentirla alrededor de sus dedos.

—Dos —gimió entre jadeos cuando le acarició el clítoris con el pulgar y ella le mordió el hombro ahogando un gruñido.

Sacó la mano de su ropa interior y retiró la tela a un lado con extrema facilidad, fruto de la práctica. Volvió a acariciar sus pliegues, empapando un poco más sus dedos, y Elizabeth le atrapó el labio inferior entre los dientes mientras tanteaba su entrada. Observó con atención la expresión de su cara cuando comenzó a penetrarla, tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y contuvo un gemido de los jodidamente sexis hasta que la sintió completamente dentro; al escucharlo se le escapó otro a ella y Elizabeth la besó, demandante y excitada. Respondió de forma parecida, porque se moría por probar aquel sabor de nuevo, el tequila nunca le había gustado tanto antes, y sugerido en la boca de la morena subía mucho más rápido. Deslizó la lengua sobre su labio inferior y la de Elizabeth se la acarició enseguida antes de introducirla en su boca profundizando aún más un beso, ya profundo de por sí.

*En serio, ¿cómo se deja a alguien que besa así? Casi era una herejía, joder.*

Movió los dedos en su interior sin dejar de atacar su boca, porque en aquellos momentos lo necesitaba todo a la vez, y atrapó el labio inferior de Elizabeth entre los suyos cuando ella abandonó el beso, completamente inmersa en aquellas otras sensaciones y frunciendo el ceño de aquella forma tan erótica. Mierda, es que si pudiesen ver aquel gesto decorando las facciones de la morena en la redacción, no volverían a llamarla «mujer biónica» nunca más y casi se correrían todas en directo. Atacó su boca otra vez, una nueva embestida que no le fue devuelta y casi le excitó más, Elizabeth estaba totalmente perdida en todo aquello, dejándose hacer y exigiendo, jadeando y gimiendo, sudando sobre su cuerpo porque generaban demasiado calor.

Se le escapó un gemido de «mierda, podría correrme ahora mismo» cuando sintió a Elizabeth moverse con suavidad sobre su mano y la penetró con más fuerza, iniciando un ritmo firme y constante, atenta a los sonidos que escapaban de aquella boca. El cabecero de la cama comenzó a golpear contra la pared a intervalos regulares y muy reveladores para los ocupantes de la habitación contigua, pero en aquel momento no le importaba nada más que follarla increíblemente bien,

demostrarle que había vida más allá de Samantha y su estúpida incapacidad para ver lo que tenía delante.

Le encantaba cuando las chicas gritaban en la cama, en serio, le ponía mucho y cuanto más alto mejor y su nombre preferiblemente, pero Elizabeth no gritaba, Elizabeth gemía y jadeaba, Elizabeth respiraba descontrolada contra su oído y ella no había estado así de cachonda en su puta vida. Menos es más y la forma en que estaba aferrándose a su cuello era tremendamente oportuna, porque gracias a aquella postura sus labios quedaban justo junto a su oído y la acústica era cojonuda.

Necesitó mover las caderas contra su muslo, contra ella, contra lo que fuera. Contacto directo en aquella zona tan sensible de su anatomía, y a Elizabeth le gustó el añadido porque gimió aún más al sentirlo, seguro que sus propios jadeos completamente descontrolados también tuvieron algo que ver. Debió de resultar tan evidente que lo necesitaba ya, que la morena abandonó el jaque a su cuello y deslizó una mano entre sus cuerpos.

*Joder, ¿Cooper iba a tocarla?*

Detuvo todo movimiento al sentirla dentro de su bóxer y bajó la vista al espectáculo, se le escapó un gemido y un «Hostia puta» ronco y tremendamente excitado, falta de aire y sin ningún control, porque es que Elizabeth estaba acariciándola entera con la palma abierta y estaba a dos segundos de correrse sin haberla hecho llegar a ella primero. Conectó sus miradas y la de la morena era nueva e intensa, nada que ver con las de «típico, típico», su profundidad le atontaba y esta vez fue ella quien se dejó besar sin apenas reaccionar al contacto, pura conexión física, porque allí no había nada más, pero era suficiente. Elizabeth le mordió el labio inferior mientras comenzaba a moverse sobre su mano de nuevo, recordándole que había dejado algo a medias, y continuó con sus atenciones en el interior de su bóxer.

La presionó completamente contra la pared, de forma brusca, moviéndola y moviéndose, castigando la madera del cabecero, aunque no tenía culpa de nada, y muriéndose por dentro porque Elizabeth lo hacía jodidamente bien ahí abajo y las suaves embestidas a su mano les ayudaban a ambas en igual medida. La sintió tensarse en torno a sus dedos, ya casi estaba, así que se esforzó un poco más y Elizabeth inclinó la cabeza hacia atrás, contra la pared, dejándose llevar, y se corrió dos segundos después, con un único grito ahogado y muy caliente, moviendo con brusquedad su mano dentro de su ropa interior. Terminó follándosela, la mano de Elizabeth, acompañando sus ahora torpes movimientos con un suave balanceo de sus caderas y se dejó invadir por aquel calor sobrenatural nacido directamente de su bajo vientre. Se corrió, recordando la forma jodidamente genial en que acababa de hacerlo ella, y gimió por última vez contra su oído mientras le empapaba los dedos.

Se miraron fijamente, demasiado cerca, en un mundo posorgásmico al rojo vivo, con sus respiraciones aceleradas y cubiertas de sudor, en pleno contacto piel con



piel y con las manos escondidas en rincones bastante comprometidos de la anatomía de la otra. Observó sus ojos, intentando leer algo en ellos, qué le parecía todo aquello ahora que ya se había corrido, por ejemplo. Elizabeth le sostuvo la mirada, aún jadeando y con esa expresión tan increíble en su cara, con los labios enrojecidos y ligeramente hinchados. Sintió cómo sacaba la mano del bóxer y ella le correspondió retirando los dedos de su interior, estremeciéndola de nuevo con aquel simple movimiento.

La besó, Elizabeth a ella. Desvió aquella mirada a sus labios tan solo por un segundo antes de atraparlos en un movimiento suave y preciso. No se lo esperaba, pero aprovechó la oportunidad para saborearla una vez más, seguramente la última, se dejó caer de espaldas en la cama cuando Elizabeth la empujó con suavidad con el cuerpo entero y casi se puso cachonda de nuevo al sentirla completamente sobre ella. Solo fue un momento, lo justo para embestir sus labios durante cuatro o cinco segundos, y la morena se incorporó, arrodillándose sobre el colchón, y le dedicó media sonrisa, embriagada y adormilada, a mitad de camino entre ambas.

–Eres buena, Davies.

Le dio dos palmaditas por encima del bóxer y se acurrucó en su lado de la cama, bajo las sábanas y sin molestarse en estirarlas, y ella se quedó allí tirada, asimilando lo que acababa de suceder. Una vez bajado el calentón, la sangre comenzaba a irrigar de nuevo las llanuras de su raciocinio y la realidad se abría paso, poco a poco, entre las brumas de aquella ceguera sexual transitoria.

Hostia puta y Cristo Santísimo.

Acababa de follarse a Elizabeth Cooper.

## 8

### Mañana

*Joder. Maldita gilipollas. Y menuda cagada.*

¿Cómo demonios había dejado que sucediera aquello? «Aquello». Era mejor denominarlo así, de manera abstracta y sin entrar en detalles. Porque los detalles eran los gemidos de Elizabeth bajo su cuerpo, eran sus uñas arañándole la espalda y sus labios por todas partes. Corrió aún más deprisa, como si intentara huir de aquellos recuerdos de la noche anterior, apretó el paso tratando de despistarlos, dejarlos atrás, pero no era lo suficientemente rápida. Llevaba casi veinte minutos corriendo y no les había sacado ni un poquito de ventaja.

*¡Me cago en la puta, Davies! ¿A quién se le ocurre tirarse a una Elizabeth Cooper borracha? ¿No te paraste a pensar lo que vendría después?* Y la verdad era que la noche anterior no había pensado mucho, y decía que no había pensado mucho por no decir que no había pensado nada. Porque aquel «Quiero que me folles» salido de la boca de la morena había fundido todos sus circuitos cerebrales, en serio. Su raciocinio completamente inutilizado por aquellas cuatro palabras. Porque en cuanto las escuchó, aquello de arrepentirse mañana tenía todo el sentido del mundo y, de hecho, era la única opción.

Y nada más recordar a Elizabeth sobre aquel puente diciéndole: «Pues deja que me arrepienta mañana», provocó que un escalofrío recorriera su cuerpo de arriba abajo, era el mismo que el del día anterior y ya se conocía el camino. Joder, Elizabeth y su forma de mirarla en aquel bar mientras le acariciaba el pelo. Joder, Elizabeth y la manera en que la había besado mientras deshacían la cama del hotel. Y es que la noche anterior se le había olvidado por completo que debía empujar a la morena hacia Samantha para alejarla de ella, por el bien de su salud mental. No había recordado que a la Elizabeth Cooper sobria Sandie Davies le daba alergia.

Recorrió unos metros más, centrándose solamente en el sonido de sus deportivas golpeando el pavimento, después tuvo que parar, porque iban a estallarle los pulmones y su cerebro, ajeno a sus deseos, la seguía bombardeando con imágenes, sonidos y sensaciones recuperadas de la noche pasada. Las manos de la morena enredadas en su pelo, el sabor de su boca, el tacto de su piel caliente contra su cuerpo, su respiración descontrolada junto a su oído y sus manos deslizándose por toda su anatomía. Por toda. Quemándola. Marcándola. Porque después de aquello a Elizabeth no le quedaba ni una sola máscara encima. Una noche de sexo

descontrolado tras el «Quiero que me folles» y ahora en lo único en lo que podía pensar era en lo bien que le quedaba a Elizabeth la sonrisa y en las ganas que tenía de regresar corriendo a aquella habitación de hotel donde la había dejado dormida y besarla hasta la muerte.

Besarla. A Elizabeth Cooper.

*Menuda putada, Davies. Ayer cavaste tu propia tumba a base de orgasmos, en serio.*

Porque ya era «mañana» y ella no se arrepentía por mucho que lo intentaba.

\*\*\*

Media hora después, entró en la habitación del hotel con dos cafés para llevar en las manos y el corazón haciendo *kick-boxing* contra su pecho. Porque tendrían que hablarlo y sospechaba que Elizabeth no iba a estar tan cariñosa con ella como la noche anterior. Seguramente no.

Se encontró la cama vacía y la puerta del baño cerrada y se sentó sobre el colchón intentando no recordar lo acontecido en él hacía apenas unas horas. No quería prestarle atención tampoco a aquella vocecilla que susurraba una y otra vez junto a su oído «Te mueres por repetir, Davies». Y es que se moría. Por repetir. Por arrancarle con urgencia la ropa y comerle la boca y hacerla gemir.

La puerta del baño se abrió y su corazón se saltó un latido, en espera de la reacción de Elizabeth al encontrarse con ella frente a frente después de todo. Casi hasta dejó de respirar cuando la vio salir. Sus miradas se cruzaron tan solo un segundo, porque en cuanto ella empezó a sonreír, la morena apartó la vista y aquella no era una buena señal.

–Ey, Liz... –la saludó, siguiéndola con la mirada mientras ella guardaba la ropa del día anterior en su maleta.

–Me va a reventar la cabeza.

–Se llama resaca. Suele pasar al día siguiente de una noche de borrachera.

Se sentó a su lado en la cama apretándose las sienes con ambas manos y tuvo que sonreír un poco al verla. Le tendió el café: le había pedido su favorito. Elizabeth lo cogió y se dedicó a mirarlo fijamente durante unos segundos.

–¿Qué tal has dormido? –preguntó para sacarla de aquel trance.

–No lo sé. –Suspiró y después le dio un sorbo al café.

Malditas clases de meditación zen. No podía leer nada en la expresión de la cara de Elizabeth, porque no había nada que leer. Ni un microgesto para analizar. Nada. ¿Se acordaba siquiera de lo que había pasado entre ellas? ¿Recordaba haberla besado en el puente? ¿Lo de arrepentirse mañana? Porque mañana ya era hoy y no había ni pizca de arrepentimiento por ningún lado.

–Tengo que conocerla –dijo de pronto.

Una frase sin sentido, se mirase por donde se mirase. Porque las posibilidades que tenía en mente eran infinitas, pero «Tengo que conocerla» no era ninguna de

ellas. Ni parecida, además.

«Fue el mejor polvo de mi vida», improbable pero no imposible.

«Como se te ocurra comentarlo con alguien te arrancaré la lengua».

«Me arrepentiré de esta noche toda mi vida».

Muchas posibilidades, pero lo de «Tengo que conocerla» no. Lo de «Tengo que conocerla» no estaba ni remotamente relacionado con lo que ella esperaba oír.

–Tengo que conocerla, Sandie –repitió levantándose de pronto de la cama.

Comenzó a recorrer la habitación en círculos y con cada paso que daba se alejaba más y más del tema que debían tratar con urgencia, aquel que hacía que sus labios aún le escocieran un poquito de haberlos usado tanto. Estaba claro que su pequeña aventura sexual a Elizabeth le interesaba más bien poco, tirando a nada de nada. ¿Que cómo le sentaba eso? Pues como una patada bien fuerte en las tripas, como pillarte el dedo con la puerta del coche o darte un golpe de esos intensos justo en el hueso del codo, así le estaba sentando. Porque la noche pasada junto a la morena era lo único en lo que ella podía pensar, ¡apenas había dormido dándole vueltas! ¿Y qué era todo lo que Elizabeth tenía que decir al respecto?

«Tengo que conocerla».

–Necesito saber cómo es –añadió decidida.

*Me cago en la leche.* Suspiró muy hondo, para oxigenar bien el cerebro antes de hablar, porque todo lo que se le ocurría en aquellos momentos era gritar «¡Follamos anoche! ¿Qué coño más da cómo sea ella?», y no sería para nada apropiado. Se giró para poder mirarla, ya que no hacía más que girar y girar en torno al espacio reducido de la habitación, como una jodida atracción de feria.

–Voy a atreverme a aventurar que hablas de Logan –lo dijo casi mascullando, pero la morena ni lo notó.

–¡Desde ayer no hago más que pensar en ella!

A ella le habría gustado decirle «Y yo desde ayer no hago más que pensar en ti». Menuda contrariedad.

–Elizabeth, qué más da cómo sea. No te tortures más –le aconsejó sorbiendo de su café.

–Tú no lo entiendes, Sandie. Me dejó por otra. ¡Me dejó por ella! –exclamó y su tono sonaba increíblemente herido y cabreado a la vez, una mezcla perfecta de ambas emociones.

–Cooper, que lo hiciera por otra no cambia el hecho de que te dejara. No cambia nada.

Menuda mirada le dedicó. Hasta el café se le quedó parado en la garganta. Aquello de «No cambia nada» no le debía de haber convencido demasiado. Al principio parecía que iba a explotar, que iba a perder el control, a gritar improprios y a comerse los M&M's mezclando los colores. Una locura. Pero de repente no, de repente se dejó caer sobre la cama como un muñeco de trapo. Derrotada.

–Lo cambia todo –musitó con un hilo de voz y escondiendo la cara entre sus manos.

Y ahí lo entendió. Sí, señor. Le quedó clarísimo. Como explicado por el mayor experto mundial en la materia. Un paréntesis, eso había sido aquella noche para Elizabeth. Una pausa amenizada con música, alcohol y sexo. Un Kit Kat, ni más ni menos.

«Tómame un respiro, tómame una Sandie Davies», menudo eslogan más cojonudo.

No dijo nada porque no tenía nada que decir. Eso era lo que había querido siempre, ¿verdad? Sexo sin compromisos. Tres años persiguiendo a la morena para llevársela a la cama y se la había llevado pero bien. *Desafío conseguido, Davies. Ya puedes ir a por la siguiente. Genial.*

Dejó el café a medio terminar sobre la mesilla y se encerró en el baño, abandonando a una Elizabeth extremadamente compungida sobre la cama. Abrió la ducha y dejó correr el agua mientras ella observaba su imagen reflejada en el espejo. *Sandie Davies, todo lo que tienes de exageradamente atractiva lo tienes también de gilipollas.* «Si no lo pasas bien, te dejaré hacer todo lo que quieras conmigo esta noche». Pues bien, lo había hecho, justo lo que quería.

Olvidar.

Y ahora la que tenía que olvidar era ella.

\*\*\*

Estaban transcribiendo las entrevistas al ordenador, encerradas en la habitación del hotel y sin ninguna gana, la verdad. Toda la mañana se la había pasado observando a Elizabeth mientras entrevistaban a vecinos del pueblo, conocidos de Karen y Rose. Y la morena estaba en otro mundo, como si rememorara algo que no eran ellas. Pensando en Samantha y en Logan. Torturándose. Se apostaría el cuello. ¿Y por qué el saber aquello le torturaba a ella? ¿Por qué le importaba que Elizabeth no reviviera su aventura sexual una y otra vez en su cabeza?

Porque «No eres tan sabandija como pensaba» y sus dedos en su pelo. Porque «Pues deja que me arrepienta mañana» y su aliento en su oído. «Hueles increíblemente bien». Por eso, joder, por eso. Porque no puedes decirle cosas como esas a la gente y luego fingir que no ha pasado nada. Y ella llevaba haciéndolo toda la vida, pero eso no lo veía tan mal. Un fenómeno llamado «perspectiva». Curiosa su forma de funcionar.

–¿Qué tengo de malo? –preguntó la morena, que también transcribía en su ordenador, situada en el lado opuesto de la cama.

–No tienes nada de malo, Cooper. Sigue con tu vida –le aconsejó con sus ojos fijos en la pantalla y sin dejar de teclear.

–¿Qué tiene ella que no tenga yo? –cambió la pregunta y se le notaba verdaderamente afectada.

–No te aconsejo que vayas por ese camino. No tiene nada que ver con lo que

tenga ella o lo que tengas tú.

–No lo entiendes, Sandie, todo este tiempo he pensado que fue por cobardía, que fue por miedo. Y en realidad fue por mí. Yo fui el problema –se lamentó cerrando el ordenador de golpe.

Joder, las mujeres eran demasiado complicadas a veces.

Guardó el documento, apagó el ordenador y lo dejó en el suelo. Se acercó a Elizabeth, gateando por encima del colchón, y se acomodó a su lado, la espalda contra el cabecero de la cama, y observó la televisión apagada para no tener que mirarla a ella.

–Seguro que no tuvo nada que ver contigo. Estas cosas a veces funcionan y a veces no y no es culpa de nadie.

Tenía ganas de cogerle la mano. Cogérsela y entrelazar sus dedos como ella había hecho la noche anterior. De olvidarse de que a Elizabeth el «nosotras» le daba arcadas.

–Trabajan juntas. Samantha y Logan trabajan en la clínica veterinaria. Me lo ha dicho Patty.

Suspiró ante el masoquismo al que se estaba sometiendo su compañera por voluntad propia e iba a decir algo, aún no sabía el qué, pero no le dio tiempo de descubrirlo, porque de repente Elizabeth ya no estaba sentada a su lado. De repente estaba de pie en mitad de la habitación colocándose una cazadora y diciendo «Tengo que conocerla».

–Elizabeth, no es una buena idea. –Trató de disuadirla interponiéndose entre su compañera y la puerta–. Piénsalo otra vez. ¿Qué vas a ganar presentándote allí?

–Necesito saber cómo es, Davies.

–¡Ya no estáis juntas! ¡Pasó hace cuatro años! ¿Por qué sigues torturándote? –preguntó enfadada.

¿Enfadada? ¿Enfadada por qué? Si a ella ni le iba ni le venía aquella historia. Si ella solo había acudido a Fall River a escribir un artículo para la revista y a acostarse con Elizabeth si se le presentaba la ocasión. ¿A ella qué más le daba todo lo demás si ya se la había tirado? ¿Por qué le afectaba que Elizabeth siguiera pensando en Samantha? Que le doliera tanto que su ex estuviera con otra. ¿Por qué le enfadaba todo aquello? Y, de pronto, fue como si le quitaran una venda de los ojos y una tirita de un tirón muy doloroso, las dos cosas a la vez. Así, de repente, se dio cuenta de que estaba utilizando la palabra equivocada. Y es que si sustituía «enfadada» por «celosa» la cosa cobraba mucho más sentido y se entendía muchísimo mejor.

Ni le contestó. La morena se limitó a sortearla con una habilidad pasmosa y salió de la habitación de hotel sin tan siquiera despedirse. Segundos después ella también la abandonaba con la cazadora en las manos y gritándole «Elizabeth, espera». Una puta telenovela, de verdad, en aquello se había convertido su vida en los últimos días. Y lo de «celosa» mejor lo pensaba más tarde, porque aquel no era el momento.

«Celosa». Ella. Sandie Davies. ¿Celosa? Hay que joderse.

Llegaron a las inmediaciones de la clínica veterinaria en tiempo récord, Elizabeth debía de haberse pasado los últimos seis meses entrenando para correr una maratón, con consumo de esteroides incluido, porque menuda velocidad y menuda capacidad pulmonar. Era tarde y todo el camino se lo había pasado implorando a una entidad superior que la clínica estuviera cerrada y, la verdad, un poquito de caso le podía haber hecho, porque ella cumplía lo de «Amaos los unos a los otros» al pie de la letra. Una fiel feligresa en ese sentido. Pero no. Debía de ser que su interpretación de aquel mandamiento era un poco libre y ella lo cumplía como Frank Sinatra, a su manera, y debía de ser también que «su manera» no era muy del agrado de aquella entidad superior, porque cuando llegaron la clínica aún no había cerrado. Completamente accesible. Como en una puta jornada de puertas abiertas.

La tomó del brazo justo cuando la morena se disponía a entrar.

–Cooper, de verdad que creo que esto es un error.

–No puedo irme sin saberlo –se empeñó y a ella no le quedó otra que soltarle el brazo.

En un par de segundos se encontraban dentro. Y para estar abierta la clínica estaba también muy vacía. El timbre de la puerta dejó de canturrear señalando su llegada y todo se quedó en silencio unos instantes.

–Un momento, por favor –se escuchó desde dentro. Desde el interior de una de las consultas.

Y si hasta ella estaba nerviosa por ir a conocer a la tal Logan, no se quería ni imaginar cómo se sentiría Elizabeth ahí de pie a su lado. Inmóvil y con el corazón a mil, no le hacía falta preguntárselo para saberlo. Y saberlo no le hacía ni puta gracia, porque el corazón de la morena solo debería ponerse a mil por ella y punto.

*Mierda, Davies.*

–Lo siento, íbamos a cerrar, ¿es una urgencia? –la misma voz aproximándose a ellas y de repente su emisora apareció ante sus ojos.

*Joder, hostia puta y me cago en la leche.* Todo en uno. Y de repente era su corazón el que iba a mil por hora y acelerando en las rectas.

¿Qué probabilidades había? No, en serio.

–Si es una urgencia podemos... –Se quedó en pausa y frunció el ceño, simplemente porque la había visto–. Sandie... –casi lo dijo solo para ella misma.

Todas la miraban. Logan sin poder creerse que de verdad estuviera allí y Elizabeth totalmente desconcertada, como si no entendiera aún por qué la prometida de su exnovia conocía su nombre. Porque lo conocía, vaya si lo conocía. Porque «Logan, la prometida de Samantha» era también «Logan, su polvo de una noche durante varias noches». Para que luego digan que las casualidades no existen. Y no era por meterse en donde no la llamaban, pero es que aquella chica la miraba de una forma muy poco adecuada teniendo en cuenta que su prometida

estaba justo detrás.

–Logan... ¿la conoces? –preguntó Samantha pasando su mirada de ella a su prometida y de su prometida a ella.

Vaya. Qué incómodo era todo de repente.

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro por hacer algo, por estar entretenida mientras Logan pensaba en qué responder. Algo tenía que contestar, algo que no fuera la verdad, evidentemente. Porque la verdad era que en el último año habían follado unas cuantas veces y aquella era una versión no apta para menores de dieciocho. Ni para menores de dieciocho ni para prometidas. En su defensa debía decir que en ningún momento Logan le confesó que tuviera pareja, aunque tenía que reconocer que probablemente se la habría tirado de todos modos de haberlo sabido.

¿Probablemente? *Davies, por favor. Una apuesta segura.*

–Eh... sí... es Sandie. Nos conocimos hace unos meses, en Nueva York.

Oh, sí. Se conocieron muy bien hacía unos meses en Nueva York. Muy muy bien. Casi sonrió al recordar lo bien que se habían conocido, pero luego se acordó de dónde estaban y de quiénes la rodeaban y decidió dejar la sonrisa para más tarde, o para nunca, porque miró de reojo a Elizabeth y ella la observaba, de nuevo como antaño. Como deseándole una muerte lenta y dolorosa. *Sandie «sabandija asquerosa» Davies, bienvenida de nuevo, te echaba de menos.* Y es que Elizabeth la conocía lo suficientemente bien como para leer entre las líneas borrosas de ese «Nos conocimos hace unos meses en Nueva York». Y su mirada era de las de «típico, típico» otra vez, porque sabía que se habían conocido en profundidad. Bufff...

–Oh, ¿en serio? Y Sandie, cariño, dime, ¿de qué os conocéis? –preguntó la morena con toda la mala leche del mundo.

Un marronazo de los gordos. Virgen María Santísima, con lo que era ella y había empezado casi hasta a sudar. Allí hacía mucho calor y todas las miradas se centraban en su persona. ¡*Maldita seas, Elizabeth Cooper!* Claro que iba a aprovechar aquella oportunidad de oro, ¿acaso lo dudaba? Joder, pero si se lo había puesto en bandeja y preguntándole si quería algo más. Un «Samantha, bonita, te equivocaste al elegir». Una infidelidad como caída del cielo.

*Y espera... ¿había dicho «Sandie, cariño»?*

–Emmm... Logan es... nos presentó Jordan –resolvió por fin. Y al menos aquello era verdad–. Logan estaba en la ciudad en un congreso y salimos a cenar un par de veces todas juntas.

Intercambió una mirada con su compañera sexual ocasional y ella le sonrió levemente en un silencioso «Gracias». Casi le devolvió el gesto, pero la mano de Elizabeth tomando posesión de la suya la disuadió en el acto. Y si los apretones de manos hablaran, aquel diría «Maldita rata de alcantarilla, deja de cubrirle las espaldas». Su cara mientras tanto parecía haber aprovechado muchísimo mejor que



su mano las clases de meditación zen. Imperturbable, casi sonriendo despreocupadamente. Una dualidad un tanto escalofriante.

–Elizabeth... me siento fatal por lo que pasó ayer. ¿Podemos hablar un segundo? –y esto lo preguntaba Samantha.

Sí que debía de sentirse bastante mal, porque no se había percatado de la tensión en el ambiente, tal vez si se hubiera fijado un poquito más habría reparado en el gesto de culpabilidad que exhibía en aquellos momentos la cara de su prometida. Tal vez, pero Samantha parecía estar bastante ocupada pidiéndole disculpas a Elizabeth, o intentándolo al menos, porque la morena ni le sostenía la mirada. Y de repente ambas desaparecieron en una de las consultas presumiblemente para tratar en la intimidad el drama que les ocupaba.

Ella se quedó allí, de pie, frente a una Logan que parecía estar a punto de desvanecerse de un momento a otro, consumida por el ácido sulfúrico de su propio arrepentimiento. No estaba acostumbrada a que las chicas se arrepintieran de haberse acostado con ella, la verdad, era una situación nueva y no tenía mucha idea de cómo debería comportarse. Logan seguía mirándola de aquella forma, silenciosa, inmóvil y con las mejillas un poco sonrojadas. Qué extraño, en sus anteriores encuentros no le había parecido de las que se ponían coloradas.

Joder, seguía observándola casi sin pestañear, como si buscara las palabras adecuadas mientras estas jugaban al escondite en el fondo de su mente. Buf... tendría que ser ella la que diera el primer paso.

–Felicidades por la boda, dicen que va a hacer bueno el fin de semana, ¿la celebraréis al aire libre o...?

–¡Oh, joder! ¡Sandie, por favor, Samantha no puede enterarse de lo nuestro! –la cortó de raíz, acercándose a ella, como impulsada por una fuerza invisible.

La sorpresa la hizo retroceder y su espalda chocó con una estantería repleta de bolsas de pienso para perro.

–¡Me dejará, Sandie! ¡Suspenderá la boda! ¡No puedo perderla! –seguía insistiendo con litros y litros de desesperación que lo empapaban todo.

Madre mía, menuda estampa. Una escena de las dramáticas, solo le faltaba ponerse de rodillas o arrastrarse por el suelo aferrada a una de sus piernas mientras le suplicaba piedad. Sacrificar a una virgen. Lo que fuera a cambio de su silencio. Y, en esos momentos, Logan la estaba sujetando con tanta fuerza por las solapas de la cazadora que tenía blancos los nudillos. Decidió compadecerse de la pobre muchacha, porque estaba casi hiperventilando y aparentemente al borde del colapso.

–Logan, Logan... tranquilízate –la interrumpió tomándola por las manos y liberando su cazadora de aquel agarre–. No voy a decirle nada a tu novia, ¿de acuerdo? Como si nunca hubiera ocurrido.

–¿Como si nunca hubiera ocurrido? –repitió ella y, entremezclado con el pánico, podía distinguirse un destello de esperanza en su tono.

–Como si nunca hubiera ocurrido –se reafirmó una vez más.

–Debes de pensar que soy la peor prometida de la historia. –Suspiró y se sentó tras el mostrador, escondiendo la cara entre sus manos.

Y un poco sí que lo pensaba, esa era la verdad. Pero «no hacer leña del árbol caído» y toda esa mierda, así que se limitó a apoyar los codos en la superficie del mostrador junto a la desgraciada muchacha.

–Oye, solo fue un momento de debilidad –decidió echarle un cable y ella la miró entre sus dedos, los ojos como pequeñas rendijitas cuestionando sus palabras–. ¡Está bien! Varios momentos de debilidad. ¿Quién podría culparte? –bromeó señalándose de arriba abajo, pero Logan no sonrió ni un poquito. Su culpabilidad parecía ser cien por cien auténtica y con certificado de calidad–. Solo fue sexo, Logan.

Y su intención era quitarle importancia, pero a juzgar por el gesto de la cara de la chica no le había salido nada bien. Y lo veía con bastante claridad, porque su rostro había abandonado el escondite tras las manos.

–¿Solo sexo? –preguntó, escéptica–. Me alegro de que eso te valga con Elizabeth.

Iba a decirle que a ella nada le valía con Elizabeth. Nada como en «Nada de nada». Elizabeth era una causa perdida desde el principio, desde que la vio en la mesa de la redacción con aquellos vaqueros y aquella camisa verde pulcramente planchada que le resaltaba los ojos de una forma que madre mía. Desde aquel primer gesto que equivalía a un «Ni lo intentes, Davies. No te canses» sin darle tiempo a decirle «Hola, preciosa» siquiera. Siempre un paso por delante, así iba Elizabeth y sin mirar atrás ni medio segundo, porque no le merecía la pena el esfuerzo. Dolorosamente cierto. A juzgar por su comportamiento durante todo el día, la noche anterior había sido una cruel excepción para la morena. Un descanso en su incansable afán por ignorarla. Una pena, la verdad. Más concretamente, una putada.

–Elizabeth y yo... –empezó a decir y enseguida se dio cuenta de que no tenía más.

Porque entre Elizabeth y ella no había nada. Una noche de sexo inducido por intoxicación etílica y un par de orgasmos que la morena ya no recordaba. Por fortuna no tuvo que seguir hablando y aquel «Elizabeth y yo...» se quedó colgado en el aire cuando Samantha y la susodicha regresaron a la sala.

Si las miradas mataran, su atractivo cadáver ya estaría alimentando a los gusanos o sus cenizas revoloteando por el paseo de la fama de Hollywood, porque Elizabeth la estaba taladrando a lo bestia. Como si intentara derribar la pared en vez de solo hacer un agujero. Esa mirada casi dolía físicamente y los globos oculares de la morena parecían en peligro inminente de explosión. Iba más allá del simple y tradicional «típico, típico» referido a su aventurilla sexual con la prometida de su ex, había algo personal que hacía esa mirada realmente perturbadora y que la

impulsó a alejarse del mostrador y de Logan a la vez.

Con un «Hasta mañana, Logan», la morena salió de la clínica sin más. Y con otro «Hasta mañana, Logan» ella la siguió como guiada por una correa invisible. Una correa de mucha prisa y mala leche que casi hasta le apretaba en el cuello. Y es que la morena irradiaba mal rollo y tenía para dar y regalar, en plan generoso.

–Elizabeth... –intentó hablar al llegar a su altura, pero no tuvo oportunidad de decir más.

–Tenía que haberlo imaginado, Sandie. ¡Por supuesto que te la has tirado! – cortante y con las facciones endurecidas, como esculpidas en mármol. Y había dicho «tirado» en lugar de «trajinado», así que su enfado debía de ser monumental.

–¡Ni siquiera sabía que era ella! –se justificó sin saber muy bien por qué–. ¿Cuántas «Logan» puede haber en el mundo?

–¿Y eso qué más da? ¡Te las has follado a todas! –la acusó sin aminorar el paso.

Uh. Había pasado de «tirar» a «follar» en tan solo unos segundos, su cólera parecía ir *in crescendo*. Prefirió guardar silencio, le parecía lo más prudente dadas las circunstancias, pero la siguiente pregunta de la morena la obligó a cambiar de planes.

–¿Cuándo?

Solo eso. Una palabra entre dos signos de interrogación. Simple y conciso. Si tuviera cojones los llevaría de corbata. Casi le costó hasta tragar, pero hizo el esfuerzo para ganar tiempo. A lo mejor Elizabeth se olvidaba de que esperaba la respuesta.

–¿Cuándo?

*Hostia puta, menuda memoria.*

–Cuándo, ¿qué?

–No te hagas la tonta conmigo, Davies. ¿Cuándo te la tiraste?

–Ummm... ¿La última vez? –trató de concretar.

Clavada en el sitio. Elizabeth había suspendido todo movimiento y ella tuvo que volverse, porque la había adelantado un par de pasos. La miró, sin comprender del todo bien el porqué de aquella parada tan inesperada. Le dio miedo preguntar, el gesto de Elizabeth no era precisamente amigable en esos momentos. Las manos de la morena se habían convertido en un par de puños apretados colgando a ambos lados de su cuerpo. ¡Ah, joder! Lo mismo Elizabeth no se esperaba que se hubiera follado a Logan más de una vez. No la culpaba, repetir no era su estilo, pero es que casi le salía hasta fuego por los ojos y aquella reacción le parecía exagerada desde todo punto de vista.

Era casi como si estuviera...

–¡Increíble! ¡Increíble! –exclamó entre algunas risas un poquito histéricas y siguió caminando sin más. Reventando el pavimento con cada paso, eso sí.

Se pensó por un par de segundos si era prudente seguirla hasta la habitación de hotel, donde estarían solas y sin testigos de ninguna clase. Porque daba la

impresión de que los últimos acontecimientos amenazaban con desequilibrar la estabilidad mental de su compañera. Ya estaba un poco inclinada, en plan la Torre de Pisa, pero en un ángulo mucho más agudo. Al borde del derrumbe.

A pesar de que se le antojaba un poquito imprudente, se obligó a seguirla, entre otras razones porque no tenía otro sitio al que acudir a dormir. El resto del camino estuvo envuelto en un incómodo silencio, y cuando entraron en la habitación del hotel, Elizabeth se sentó sobre la cama. Sin más. La calma justo antes de que estalle la tormenta. Debían de encontrarse en el ojo del huracán y de un momento a otro todo saldría volando por los aires arrasado por una fuerza sobrenatural llamada «la furia de Elizabeth Cooper». Aprovechó aquellos momentos de calma para quitarse la cazadora, porque la espera de aquella inminente fusión atómica le daba un poco de calor; acababa de tirarla sobre el respaldo de una de las sillas cuando la voz de la morena se hizo audible de nuevo.

–¿Cuándo fue la última vez? –inquirió, como obviando que habían pasado casi diez minutos desde que habían abandonado esa conversación.

Madre Santa, qué pocas ganas de continuar tratando aquel tema. Si es que casi prefería que regresara la mirada de «típico, típico», porque a aquella mirada no le seguía nunca nada más. Tras aquella mirada ella podía continuar con su vida sin tener que dar más explicaciones. ¿Y por qué de repente se veía en la obligación de justificarse ante Elizabeth? Suspiró con desgana apoyándose contra la pared y se cruzó de brazos, miró a su compañera y debía reconocer que estaba jodidamente atractiva allí sentada con el pelo un poco despeinado y con aquella mirada clavada en ella, casi quemándole la piel.

–¿Qué más da, Cooper?

Trató de librarse de aquella sensación que le comía desde dentro, un irracional remordimiento que gritaba a toda voz que después de la noche pasada con Elizabeth, el haberse acostado con Logan, la prometida de Samantha, estaba mal. Muy mal.

–¿Cuándo? –casi lo gruñó. Y ella bajó la vista al suelo–. ¿Cuándo, Sandie?

Madre de Dios, aquella mujer era increíblemente insistente y bastante intimidante cada vez que se ponía en ese plan.

–La semana pasada –respondió al fin enfrentando su mirada.

Bueno, pues ya lo había dicho. Hacía unos días Logan y ella tuvieron una sesión bastante interesante en los baños de uno de los bares de la ciudad de Nueva York.

–La semana pasada –repitió la morena como si fueran las tres palabras más raras que había escuchado en lo que llevaba de vida.

Por unos segundos se quedó pensativa, como en trance, a lo mejor estaba aplicando una de las técnicas de sus cursos de meditación zen. Mente en blanco. Mente en blanco. Y de repente lo de «Mente en blanco» le debió de dejar de funcionar, porque se levantó de la cama con bastante ímpetu y se quitó la cazadora tirándola a un lado. Al suelo. Elizabeth Cooper tirando su cazadora al suelo en vez

de colgarla cuidadosamente en el armario no presagiaba nada bueno.

–¡Ni siquiera sé de qué me sorprendo! –medio gritó al aire, sin dirigirse a nadie en particular.

–¡Yo tampoco! –tuvo que decirlo porque es que le estaba quemando dentro.

Aquel enfado monumental de la morena no encajaba por ningún sitio. Totalmente fuera de lugar. Aquella mirada que más que despreciar reprochaba. ¿Pero qué tenía Elizabeth que reprocharle a ella? La miraba con rabia, como si se hubiera acostado con su prometida en vez de con la de su exnovia. Y si no fuera Elizabeth Cooper y si ella no fuera Sandie Davies, y si no fuera porque sabía que era imposible, diría que Elizabeth estaba...

–¡Debe de ser lo más normal del mundo para ti acostarte con chicas a una semana de su boda!

Me cago en la leche. Aquella frase en aquel tono y acompañada de esa mirada cargada de resentimiento. Como una puta revelación. Lo recordaba. Elizabeth lo recordaba. Todo. «Pues deja que me arrepienta mañana», «Quiero que me folles» y «No eres tan sabandija como yo pensaba». Y ese había sido el detonante, que, de repente, sí que era tan sabandija como ella pensaba. Meridianamente claro. Encajaba como un guante.

–Es lo más normal del mundo para mí acostarme con chicas, independientemente de cuándo sea su boda –le contestó con toda su cara.

Provocándola, como un «Venga. Dilo de una vez, Cooper» disfrazado. Casi podía ver la rabia apoderarse de su cuerpo, célula a célula, pormenorizado, como en una radiografía.

–¡Van a casarse, Sandie! –le reprochó y casi estaba roja llegado ese punto.

–¡Creía que era lo que querías! –le contestó–. ¿Por qué de repente estás celosa por que yo me haya tirado a una chica más?

A la morena se le atragantó una risa irónica en la garganta y tardó mucho más del tiempo estrictamente necesario en responder.

–No sé qué crees que quiero.

Lo dijo de pie, en medio de la habitación y con los brazos cruzados contra su pecho, como si aquello la protegiera de sí misma. Y de lo de celosa prefería no pronunciarse. Interesante.

–Una excusa para joderles la boda, Cooper. ¿Recuerdas? Porque venías aquí para eso. Te lo pongo en bandeja, ¿y lo único en lo que piensas es en que me follé a Logan?

*Joder, joder, joder.*

*Me cago en la puta.*

¡Era verdad que estaba celosa! Porque no decía nada y se limitaba a mirarla en silencio con aquella expresión, como si cayera en la cuenta de que su reacción no tenía sentido, tal vez planteándose que en parte ella tenía razón. Porque frente a sus narices estaba la respuesta a todas sus plegarias, la infidelidad más oportuna de

la historia, y había necesitado que se lo dijeran para darse cuenta. Increpándose a sí misma y sin fuerzas ni ganas de contestar nada a nadie. Parecía un conflicto interno bastante dramático si se veía desde el exterior.

Su corazón latía a doble potencia en aquellos momentos, preparándose para lo que quiera que fuera a suceder a continuación. Porque el silencio de la morena se prolongaba demasiado y cuanto más tiempo pasaba, más claro quedaba que aquella era su respuesta. Y ella estaba oyendo una vez tras otra «El que calla otorga» en su cabeza y se negaba a concederle mucha credibilidad, porque lo que Elizabeth estaba otorgando era grande de verdad. Lo que Elizabeth estaba otorgando era el puto Everest de las otorgaciones y a ella le costaba bastante controlar el ritmo de su respiración. Se sintió incapaz de permanecer inmóvil más tiempo y avanzó un par de pasos. Hacia ella.

–Elizabeth... –fue una manera de llamar su atención, porque no tenía nada más que añadir.

–No estoy celosa.

Lo dijo con retraso y como expresando en voz alta lo que resonaba una y otra vez dentro de su cabeza. Un disco rayado con el que intentaba convencerse a sí misma. Al menos a ella le daba esa impresión.

–¿Estás segura? –inquirió forzando la situación un poco más. Porque la morena parecía estar a punto de romperse y ella se moría por romperla.

–¡Eres increíble! –exclamó casi temblando físicamente. Un efecto secundario de la rabia, parecía muy muy enfadada, pero esta vez consigo misma.

–No me has contestado, Cooper. Vamos, ¿tan terrible sería decirlo en voz alta? –presionó acercándose un paso más.

De nuevo se quedó inmóvil y sin nada que decir. De nuevo aquella mirada de «cállate de una maldita vez antes de que diga algo de lo que tenga que arrepentirme». De nuevo aquella lucha interna que debía de estar agotándola mentalmente.

–Di: «Sandie, estoy celosa».

–Si alguien está celosa aquí esa eres tú –la acusó y seguro que solo lo dijo tratando de echar balones fuera. Un intento un tanto infantil de cambiar de tema.

Y ahí estaba, su oportunidad, porque como dice el refrán «De perdidos al río» y en aquellos momentos tenía mucho calor y no le vendría mal el chapuzón. Porque simplemente se moría por decirlo en voz alta, sacárselo de dentro y descubrir qué pasaba a continuación.

–Llevo tres años persiguiéndote, Cooper. Tengo derecho a estar celosa.

Contuvo la respiración, porque tras eso solo le quedaba esperar, pero es que la reacción de la morena no llegaba y su corazón iba a reventarle las putas costillas. Una a una. Y Elizabeth tan solo la miraba, con el aire atascado en los pulmones, sus costillas tampoco debían de estar nada seguras, porque casi escuchaba el martilleo de sus latidos a pesar de la distancia que las separaba.

Y joder, la miraba con los ojos oscurecidos y las mejillas encendidas, menudo contraste más violento. Y la golpeó, una bofetada de deseo de las fuertes, de las que te dejan marcada la cara durante días. Un impulso irrefrenable de estrellarse contra ella a mil por hora. Siniestro total. Recortó la distancia que las separaba con solo dos pasos, pisando firme porque sabía hacia dónde se dirigía y para qué. Como una coreografía que llevaba ensayando toda la vida en su cabeza, toda entera. Llevaba preparándose para ese momento desde siempre.

Acunó su cara con ambas manos, pillándola totalmente desprevenida, no iba a darle ninguna ventaja. Si quería salir corriendo que lo hiciera después. Que se fuese luego. En otra vida si tenía mucha prisa. La miró a los ojos en un silencioso «habla ahora, porque en un segundo no vas a poder», sentía en las palmas el calor de sus mejillas y el segundo se pasó antes incluso de haber comenzado, porque bajó la vista a sus labios, los vio entreabiertos y ya no había nada que pudiera frenarla. Colisionó contra aquella boca, sin querer ni poder evitarlo, y la sujetó por la nuca para acercarla más, aunque no creía que fuera posible.

Y, al principio, Elizabeth no hizo nada excepto permitirselo, si en el fondo quería apartarla de ella, su cuerpo no estaba colaborando, pero es que después se lo devolvió. No se lo estaba imaginando. ¡Hostia puta, Elizabeth Cooper la estaba besando por voluntad propia! Y hostia puta, qué bien la estaba besando Elizabeth Cooper, la verdad, porque su boca se adaptaba a la suya a la perfección y sus movimientos se complementaban como si estuvieran sincronizados. Sus labios se abrían lo justo y necesario en el momento exacto y el gemidito que escapó del fondo de su garganta le hizo vibrar el cuerpo entero. Profundizó el beso, aquella inmensa necesidad de probarla de nuevo no le dejó muchas más opciones y, sin el toque a tequila, Elizabeth sabía mucho mejor, a algo suave y caliente mezclado con una pizca de «esta vez no tienes excusa». La parte de su fisiología encargada de gestionar la excitación sexual se puso en marcha en cuanto la lengua de la morena invadió su boca con muchas ganas y gruñó, aceptándola, a la vez que sentía las manos de su compañera entrelazándose tras su nuca.

*Me cago en la leche.* Necesitaba acercarla aún más, mucho más, joder, presionarla contra algo y volver a recorrerla entera, como la noche anterior, pero sin coartadas éticas. La sujetó firme, con una de las manos en su baja espalda y la atrajo hacia su cuerpo. Elizabeth se dejaba y encima colaboraba, traicionando sus más profundas convicciones, seguro, pero la estaba besando como si los valores que habían sustentado su existencia al completo no fueran tan importantes.

En serio, ¿cómo coño se deja a alguien que besa así?

Gimió contra su boca, porque estaba rememorando muy vívidamente sus grandes éxitos de la noche anterior, se estaba poniendo muy cachonda y se le escapó un «Liz, joder...», e intentó guiarla hacia la cama.

*Gran error, Davies.*

Fue como si se rompiera un puto hechizo. Como si la hubieran sacado de un

estado de sueño profundo. Elizabeth la separó de un empujón al escucharla. Un dramático contraste a la forma en la que la estaba besando un segundo antes, porque sus órganos internos ya no eran más que gelatina.

–¡No tienes derecho a nada! –manifestó la morena con la respiración entrecortada y, aunque su lenguaje corporal parecía decir algo muy distinto, desapareció en el baño cerrando la puerta tras de sí con un sonoro portazo.

*Joder, Elizabeth.*

Qué resistencia más activa contra su persona. Mierda, aquel encontronazo le había subido las revoluciones hasta límites insospechados y casi le dolía el cuerpo entero por falta de oxígeno. Se tumbó en la cama soltando todo el aire que había quedado comprimido en sus pulmones y se frotó la cara con ambas manos gruñendo de pura frustración. Escuchó correr el agua de la ducha. Era Elizabeth, que intentaba borrarla de su cuerpo, en vano. Conocía demasiado bien a las mujeres como para equivocarse con la morena y lo que había visto en sus ojos era más que suficiente.

La pobre no quería, pero lo hacía, en contra de su voluntad y violando todos sus principios, pero lo hacía. Un giro inesperado en el camino, un punto de inflexión y sin retorno. A ella también la había pillado desprevenida. «Pues deja que me arrepienta mañana» y el mañana que nunca llega y aquella necesidad de deslizar sus dedos entre pelo moreno. Morirse un poquito por dentro cada vez que Elizabeth pronunciaba el nombre de Samantha como si fuera una puta diosa griega. Y era verdad que ella nunca había sido celosa, pero siempre hay una primera vez.

Minutos después Elizabeth salió del baño envuelta en una toalla, porque con las prisas se había dejado la ropa limpia en el armario. De nuevo aquel martilleo ensordecedor en su pecho cuando se enfrentó a sus ojos. Los quería cerca, los quería más que cerca, pero ellos la miraban como si desearan no volver a verla nunca. Una diferencia brutal de opiniones que le oprimía el pecho sin ninguna delicadeza.

Sabía que sería buena idea dar marcha atrás, recuperar a la mujer biónica, a la Elizabeth sin ombligo, pero sospechaba que ya era tarde. Demasiado tarde. En un descuido de «No eres tan sabandija como pensaba», karaokes y sexo, algo parecía haber hecho clic en su mente. Porque llevaba persiguiendo a la morena tres largos años, confeccionando la emboscada más perfecta de la historia, y durante todo ese tiempo había estado convencida de que el destino final era la cama. Un trofeo. Acostarse con la chica más inaccesible de toda la redacción y ahora que lo había conseguido era ella la que se encontraba atrapada en una red de ojos verdes y pelo moreno.

*¿Y ahora qué, Davies?*

Su teléfono comenzó a sonar en aquel preciso momento y atrajo la atención de la morena, que se encontraba recolectando las piezas de su pijama. Ni siquiera habían cenado, pero, al parecer, su beso le había quitado el hambre. Descubrió el



nombre de Lilly en la pantalla y se apresuró a descolgar, le incomodó la mirada de Elizabeth, que la observaba con el pijama apretado contra su pecho, y decidió salir de la habitación sin más mientras saludaba con un «Ey, hola, te echaba de menos».

## Ambivalencia

Típico, típico. Es que era muy típico de Sandie Davies decir «Tengo derecho a estar celosa», besar sin pedir permiso y desaparecer después para atender las llamadas de las chicas de su lista de espera. Una sabandija con alma de libertina que se creía con autorización para todo, como si aquella sonrisa de medio lado fuera la llave maestra de todas las puertas. Ni necesitaba llamar al timbre.

Maldita casquivana cantante de karaoke, apestando a Calvin Klein e invitándola a enredar sus manos en aquel pelo extrasuave. Excepto que Sandie no la había invitado a nada aquella noche y a ella no le había hecho falta invitación. Y cada vez que recordaba la agitada respiración de la rubia junto a su oído, le quemaba el cuerpo allí donde sus manos se habían paseado, sin prisas, disfrutando de las vistas. Y podría seguir buscando culpables en Cyndi Lauper y sus pegadizos temas, en Megan y su «un buen polvo con Sandie Davies» o en Patty y sus perturbadoras insinuaciones. Podría inventarse mil excusas tirando por lo bajo, un millón si se esforzaba. «Estaba borracha», «estaba dolida», «no pensaba con claridad» o, simplemente, «no pensaba». Podría justificarlo ante el resto del mundo, no tenía ningún problema. Pero luego se la encontraba de nuevo cara a cara y lo más fácil era fingir que no recordaba nada, porque recordar le resultaba demasiado comprometedor y exigía explicaciones.

Y, la verdad, aquel «Quiero que me folles» no dejaba lugar a muchas interpretaciones.

¡Cristo Santísimo! ¿Qué demonios le había pasado aquella noche? «Quiero que me folles», es que se ponía roja nada más recordar que esas habían sido sus palabras exactas, y dirigidas a Sandie Davies, ni más ni menos. De verdad que se moría de la vergüenza al recordar las cosas que se había dejado hacer y las que había hecho. ¡Había gemido debajo de la rubia, por el amor de Dios! Y Sandie había gemido también. Señor, Sandie había gemido mucho también. Y si tanta vergüenza le daba recordarlo, ¿por qué no paraba de hacerlo? Es que no paraba. Su cabeza no le daba descanso y parecía ir por libre.

Ya era bastante mortificador tener que reconocer ante sí misma que le había gustado aquella noche de principio a fin, porque sí que le había gustado, pero encima para colmo de males a eso se había añadido aquel beso a traición que la envió derecha a la ducha como única alternativa. Porque la mirada de Sandie antes

de estrellarse contra su boca había hecho que el corazón se le saltara dos o tres latidos, y eso sí que no. El acostarse con ella y disfrutar de sus servicios sexuales era una cosa, pero empezar a sentir cosquillas en la porción de piel que le acariciaba era inadmisibile. Aquella sonrisa derrite almas no podía empezar a derretir la suya.

«Ey, hola, te echaba de menos». Eso le dijo por teléfono. Se había trajinado a Logan, ¡y más de una vez! Seguía siendo tan Sandie Davies como antes de su llegada a Kansas. Era importante que no lo perdiera de vista si la rubia intentaba propasarse de nuevo, pero no resultaba nada fácil porque, por lo visto, su cuerpo se negaba a colaborar. Una sublevación en toda regla, un sabotaje sin precedentes, una vergüenza, ya que, de repente, cuando Sandie se le acercaba un poco más de la cuenta las piernas se le hacían gelatina en una disociación mente-cuerpo que lo mismo necesitaba tratamiento farmacológico. La noche anterior había sido como ceder ante las fuerzas del mal y dejarse arrastrar al lado oscuro, pero después de haber pasado allí un rato con Sandie ahora hasta le molestaba la luz.

Un sacrilegio.

¡Celosa! La había acusado de estar celosa, porque se había trajinado a Logan. Como si le importaran lo más mínimo sus correrías sexuales. Se debía de pensar que, por el simple hecho de haberse acostado, ahora ella la quería en exclusiva. Menuda idea más peregrina, fruto de una mente bastante perturbada. A la palabra exclusividad en su vocabulario solo le acompañaba un nombre: Samantha.

Su primer amor y su talón de Aquiles. Samantha, que la había dejado cuatro años atrás igual que se la encontraba ahora. Como si no hubiera pasado el tiempo. Se sentía traicionada hasta lo más profundo, engañada durante demasiado tiempo, y, aun así, le dolía físicamente tan solo verla al lado de aquella Logan.

A pesar de todo, se moría de ganas de gritarle «No te merece», montarla en su caballo blanco y cabalgar juntas hacia el atardecer dejando a Logan y a Sandie atrás para que continuaran experimentando con el *Kamasutra*. No las iban a echar de menos.

Se sentía estúpida por sentirse así, después de sus últimos descubrimientos.

Estúpidos sentimientos.

«Cenar con nosotras mañana», eso le había propuesto Samantha el día anterior cuando ambas desaparecieron en el interior de una de las consultas. Porque se sentía mal por cómo habían salido las cosas y nunca fue su intención hacerle daño. Eso le había dicho y ella la creyó sin más. Cuando Samantha la miraba de aquella forma, ella la seguía a ciegas, siempre había sido así. Se permitió fantasear con un universo paralelo en el que la traición de Logan llegara a oídos de su ex. ¿Qué pasaría entonces? ¿Una boda cancelada? ¿Una Samantha cayendo en la cuenta de que eligió mal? ¿Una oportunidad?

«Una excusa para joderles la boda, Cooper. ¿Recuerdas?».

Y Sandie tenía razón, eso era exactamente lo que llevaba buscando desde que se enteró de que Samantha estaba comprometida. Un motivo, un pretexto. Un

bombazo como aquel no tenía precio.

Fue la puerta de la habitación abriéndose lo que le recordó que aún seguía en la cama a pesar de que eran más de las ocho. La vio entrar con dos cafés en las manos y aquel conjunto que usaba para correr. Y es que hasta el chándal le quedaba bien, pero decidió obviarlo. La noche anterior, mientras Sandie estaba fuera «atendiendo» la llamada de teléfono, ella había decidido reconstruir el telón de acero en su lecho y meterse en la cama sin más. Hacerse la dormida para no tener que hablar con la rubia. Porque ella también había estado allí durante su beso y un «Gracias por las arcadas, sabandija» no iba a colar. Sandie sabía que le había gustado, y ella sabía que le había gustado y por eso resultaba todo tan increíblemente incómodo.

–A alguien se le han pegado las sábanas –dijo la rubia mientras cerraba la puerta tras ella.

Se incorporó, sentándose en la cama, y estiró las sábanas cuidadosamente intentando no mirarla demasiado.

–Porque «alguien» se ha pasado la noche roncando –la acusó con una mentira. Y se apartó, algo incómoda, cuando Sandie se sentó junto a ella.

–Yo no ronco, respiro fuerte –puntualizó sin entrar en su juego y le sonrió ofreciéndole uno de los cafés.

Su favorito.

Se permitió mirarla fugazmente mientras le daba un sorbo a su desayuno y Sandie la observaba a ella también, de modo que, por un par de segundos, sus ojos se encontraron. Devolvió la vista a su café casi de inmediato al recordar cómo la había mirado la noche anterior antes de ese beso. Ese beso. Las sobrevolaba a ambas, un tema pendiente que no estaba por la labor de tratar.

–¿No deberíamos hablarlo? –preguntó la rubia de pronto y el corazón se le encogió un poquito en el pecho al oírla.

–Me besaste, ¿qué más hay que hablar?

–¿Que tú me besaste también? –probó suerte aquella desvergonzada. Que tuviera razón resultaba irrelevante en aquellos momentos.

–Me pillaste desprevenida. ¿Cuál es tu excusa?

–No tengo ninguna. Me moría por volver a besarte.

*Maldita seas, Sandie Davies.* Lo había soltado sin más y a ella no se le ocurría nada a la altura. ¿Lo decía en serio? Por la forma en que la miraba no parecía estar bromeando. Y había dicho «volver a besarte». «Volver» como en «otra vez». Y aquello hacía alusión a una ocasión anterior que incluía mucho más que un beso por sorpresa y se puso un poco roja al recordarlo, de repente tenía mucho calor allí, bajo las sábanas. Dejó el café sobre la mesilla de noche y salió de la cama como si de pronto hubiera prendido en llamas. Era urgente alejarse de aquellos ojos.

–¡No puedes ir por ahí besando a la gente y llevándole el desayuno a la cama al día siguiente!

–¿No puedo? –Alzó las cejas con una media sonrisa divertida. ¡Es que todo aquello le divertía a la muy mema!

–No vuelvas a hacerlo nunca –dijo mirándola seriamente e intentando obviar aquella sonrisa.

–¿Traerte el desayuno a la cama? –preguntó recostada en el lecho sobre su antebrazo.

–¡Besarme! –aclaró, alterada.

–Entendido. Queda prohibido besarte y traerte el desayuno a la cama –dijo antes de sorber de su café.

–Me alegro de que haya quedado claro.

Se dio media vuelta, dispuesta a encerrarse en el cuarto de baño, pero la voz de Sandie la frenó antes de que pudiera alcanzar la puerta.

–¿Y qué pasa cuando la que me besas eres tú?

Tardó un par de segundos de más en volverse para encararla y, cuando por fin lo hizo, no tenía ni idea de qué responder a aquello. Sentía arder las mejillas y cruzó los brazos sobre el pecho, tal vez así amortiguara la velocidad de sus latidos.

–No sé de qué estás hablando –mintió descaradamente.

–No creo que tengas tan poca memoria, Cooper –insistió incorporándose.

–A lo mejor es que tú tienes demasiada imaginación –la acusó antes de intentar parapetarse en el baño de nuevo.

Sandie fue mucho más rápida y se colocó frente a la puerta del lavabo para obstaculizarle el paso.

–No la suficiente. «Pues deja que me arrepienta mañana», ¿te suena de algo?

Sabía que aquel gesto la delataría, pero no pudo evitar bajar la vista al suelo. Maldita fuera por siempre aquella mujer que conseguía acorralarla de mil formas diferentes sin ningún esfuerzo, como si hubiera nacido con aquel don. Una cualidad innata que a ella le venía francamente mal.

–Me suena a demasiado tequila.

–¿Solo fue eso? ¿El tequila? –la cuestionó la rubia estudiando sus ojos.

–¿Qué más pudo haber sido? –La retó con la mirada y creyó percibir un sutil cambio en su expresión. Era evidente que no le había gustado su respuesta y no sabía por qué, pero aquello le dio alas para seguir por la misma dirección–. Estaba dolida, bebí demasiado y tú estabas allí. ¿No es suficiente?

–Es suficiente, pero ambas sabemos que hay más –respondió sosteniéndole la mirada.

–Típico de ti, no parar hasta que te digan lo que quieres oír.

–Y según tú, ¿qué quiero oír?

–Que me moría por acostarme contigo.

–¿Ves como no ha sido tan difícil de reconocer?

Y la miraba con ese gesto de suficiencia en la cara, ese tan asquerosamente familiar. La confianza que aquella individuo parecía tener en sí misma quedaba fuera

de todo límite. Deberían inventar una nueva escala de medida para poder cuantificarla, porque las que ya existían se quedaban bastante cortas.

–Esta noche cenamos con Samantha y con Logan. –Cambió radicalmente de tema para no tener que seguir tratando el que se traían entre manos.

Se le frunció el ceño de inmediato. Nada más oírlo la sonrisa engreída se le cayó al suelo junto con aquella pose de estrella de cine apoyada contra el marco de la puerta del baño. Y parecía estar a punto de verbalizar un «¿Pero qué ceño estás diciendo?».

–Me cago en la leche, Elizabeth. ¿No te cansas nunca de hurgar en tu propia herida? –inquirió molesta.

«Molesta», así era como se estaba mostrando en aquellos momentos. Con gesto de enfado real en sus facciones y todo. Como si que ella fuera a ver de nuevo a su exnovia junto a su prometida le afectara de alguna manera bastante personal. Muy personal incluso, porque es que se había alterado considerablemente. Por unos segundos se planteó en serio que aquel «Tengo derecho a estar celosa» escondía sentimientos reales, ocultos en algún oscuro recoveco del cuerpo de aquella libertina. A salvo de miradas indiscretas.

Solo fue un momento y luego lo desechó, porque mientras Sandie le decía aquellas cosas seguía acostándose con mujeres y manteniendo sexo telefónico cada noche con una tal Lilly. Todo debía de formar parte de una elaborada puesta en escena, cuidadosamente orquestada por la perversa mente de aquella sabandija. No iba a dejarse atrapar en sus redes por muy confortables que pudieran parecer. Ya podía acondicionarse aún más el pelo o apestarlo con litros y litros de Calvin Klein, porque todo sería inútil. Conocía a Sandie Davies y sabía cuál era su estilo.

–¿Qué vas a conseguir pasando una noche con ellas? –exigió saber, como si tuviera algún derecho.

–El Plan A ha fracasado. Pasamos al Plan B revisado.

–¡Están a punto de casarse!

–¡Y Logan se acostó contigo hace menos de una semana! –rebatía y, como era verdad, la dejó sin más que decir–. Apenas podía aceptar que se casara con ella cuando pensaba que era el amor de su vida... ¿cómo esperas que me quede de brazos cruzados sabiendo que se casa con alguien que se trajina a otra a una semana de su boda?

–¿Vas a contárselo? –preguntó como si no la creyera capaz de algo así, y no la culpaba, porque ni ella misma confiaba en poder hacerlo.

–No. Vamos a hacer que lo vea con sus propios ojos –la aleccionó mientras rebuscaba en el armario un conjunto para el día.

–Perdona, no he podido evitar fijarme en que has dicho «Vamos» y estoy un poco confundida –dijo y se sentó de nuevo sobre la cama.

–Piensan que eres mi novia. Iremos allí fingiendo ser pareja –explicó con total frialdad.

–¿De repente no te resulta tan repulsivo el fingir que estamos juntas? –dijo sorprendida y sonrió como si lo hubiera estado esperando.

–Es un daño colateral que estoy dispuesta a asumir. Iremos allí y tú harás lo que haces normalmente.

–¿Y qué es eso que hago normalmente según tú? –inquirió alzando las cejas.

La miró unos instantes como sin poder creerse lo que iba a decir a continuación. Primero porque, por alguna extraña razón, no le gustaba la perspectiva de que Sandie actuara como Sandie Davies delante de sus narices y prefería no analizar las razones de aquel malestar. Y segundo, porque sus padres no la habían criado de esa manera. Era tan impropio de ella que parecía pensado por otra mente. La mente de una mala persona. Pero como dice el refrán «Todo vale en el amor y en la guerra», de modo que puso su mejor cara de póquer y lo dijo sin más.

–Acostarte con gente. Acostarte con ella.

\*\*\*

Una eternidad, tal vez dos o tres, porque ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba esperando a que Sandie saliera del baño. «Que iba a arreglarse un poco», eso le había dicho antes de desaparecer y cerrar la puerta tras ella hacía ya milenios. Consultó su reloj por decimosexta vez y reprimió un resoplido nacido de la impaciencia. Estaba a punto de tirar abajo la puerta del lavabo cuando esta se abrió por fin.

Por un momento se olvidó de que llegaban tarde. Ni se acordaba de dónde tenían que ir y estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, no recordaba cómo tragar. Sandie sonrió al ver su gesto, como diciendo «no hace falta ni que lo digas, encanto», pero sin llegar a verbalizarlo. Y resultaba algo engreído y su chulería no tenía límites y aquella sonrisa era un atentado de los gordos a la humildad, pero no pudo evitar que las neuronas de su cerebro comenzaran a comunicarse con sus estúpidos impulsos eléctricos. Sinapsis que comentaban cosas como «menudos labios», «menudos ojos» y «menudo culo que le hacen esos pantalones». Una especie de código morse fisiológico que ni más ni menos venía a decir que solo le faltaba empezar a salivar.

Indignación.

Sí, indignación. Mucha indignación acompañaba a aquel cóctel de deseo hecho a base de neurotransmisores lujuriosos. Porque aquello era un levantamiento, una sublevación, un golpe de estado a su sensatez y a su voluntad. No lo quería, pero ahí estaba. Era involuntario e inevitable a la vez. Un deseo indeseado. Otra de esas paradojas que tiene la vida.

–Llegamos tarde. –Usó un tono exasperado con la esperanza de camuflar con ello sus oscuros pensamientos.

–Admite que la espera ha merecido la pena.

Provocándola. Siempre provocándola, porque le debía de divertir mucho. Y al

principio no le daba demasiada importancia a sus estúpidos comentarios ni a su descarado flirteo, ya que lo único que generaban en ella era indiferencia. Pero aquella dulce sensación ya había pasado a mejor vida, volatilizada y sustituida por molestos pinchazos en el pecho cada vez que el encanto Davies hacía de las suyas.

Decidió no contestarle nada y se enfadó consigo misma por ello. Por permitir que aquella individuo le dejara sin palabras, porque aquello era una decepción y una vergüenza.

–Se supone que esta noche somos novias, Cooper. ¿No deberíamos ensayar los besos? –continuó hablando a pesar de su silencio.

Incansable.

*Paciencia, Elizabeth, paciencia. Mantente serena.*

\*\*\*

¡Por favor! ¿Acaso se podía ser más descarada? Porque es que Logan estaba prácticamente babeando mientras escuchaba a Sandie contestar con pelos y señales a la pregunta de Samantha «¿Cómo os conocisteis?». Como en trance. Embobada mirando a la rubia y casi sin pestañear. Que si fuera un dibujo animado en vez de ojos tendría dos corazones. Al menos podría intentar disimular mínimamente, porque su prometida estaba sentada justo a su lado en la mesa. ¡Un poco de discreción, mujer!

Pinchó fuerte los raviolis de su plato, porque Logan podía ser una descarada y una adúltera, y de hecho lo era, pero no se podía negar que sabía cocinar. Una cosa no quitaba la otra, de modo que saboreó su cena mientras la fulminaba con la mirada.

–Me costó casi un año que accediera a salir conmigo, ¿verdad, Liz?

El escuchar aquel diminutivo en boca de Sandie la devolvió a la realidad. ¿Qué estaba contando aquella inconsciente? Porque, fuera lo que fuera, parecía haber captado por completo la atención de las futuras esposas.

–Un año es el tiempo que tarda en hacer efecto el «hechizo Davies» –le siguió la corriente por el bien de su plan.

–Contigo. Normalmente es mucho más rápido –bromeó la rubia, aunque ambas sabían que tenía razón–. Pero mereció la pena –añadió, y le acarició la mano a sabiendas de que no tenía escapatoria.

Y ahí estaba otra vez, aquella oleada de calor inexplicable. Como un verano bochornoso que llegaba en mitad del invierno y sin avisar. La mano de Sandie en la suya, un contacto para nada deseado que hacía que su piel reaccionase de urgencia, como gritando al resto del cuerpo «¡Despierta!», y le hacía caso el muy imbécil. Su parte más racional no lo entendía, pero el resto de su anatomía parecía captarlo todo a la perfección.

No podía retirar la mano sin más ni más. Romper el contacto no era una opción porque estaba interpretando el papel de su vida. Como Jodie Foster en *El silencio de*



los corderos, aunque su Óscar se llamaba Samantha y las estaba mirando. Centraba su atención en las manos de ambas y las observaba como si doliera, y por eso y no por otra cosa entrelazó sus dedos con los de la rubia. Supo de inmediato que no había sido buena idea, en cuanto Sandie estrechó el contacto y acarició con el dedo pulgar el dorso de su palma. Porque en ese momento le dio igual si Samantha seguía mirando o no. Una indiferencia un poquito alarmante.

–Se os ve muy bien –dijo la castaña devolviendo su atención al plato de pasta.

Y aquello debería de haberle repateado las tripas, ya que eso de verlas bien sonaba muy poco a nada que se acercara lo más mínimo al adjetivo celoso, pero el contacto de la maldita mano de Sandie la tenía un poco distraída en aquellos momentos. La retiró con suavidad, obviando la urgencia con la que deseaba alejarse de ella por el bien de su salud mental. Porque la rubia no podía dejar de ser un simple medio para conseguir un fin. Un puente hacia Samantha. Un atajo.

Pero esa idea que tan clara debía mantener en su cabeza se desdibujaba peligrosamente con cada roce. Como cuando las olas borran con sus embestidas un mensaje escrito en la arena. Como queriéndola arrastrar con ella mar adentro. Un canto de sirena similar al de Ulises. Lo peor de todo era que Sandie debía de darse cuenta del efecto nocivo que ejercía sobre ella. Lo sabía y le encantaba, porque sonrió con suficiencia, como si supiera algo que ella desconocía aún. Y aquel gesto le sonó a «corre cuanto quieras, Cooper, sabes que acabaré alcanzándote». Como si ellas fueran una película que ya había visto y conociera de sobra el final. La rubia pinchó un par de trozos de pasta con el tenedor antes de seguir hablando.

–A vosotras parece que también os va muy bien. Boda incluida.

Fue el turno de Samantha de acariciar la mano de Logan. Lo hizo con la naturalidad del que lleva repitiendo el mismo gesto durante años y a ella aquella visión casi le produjo un tic en el ojo. Porque la mano de Samantha siempre se había adaptado a la perfección a la suya y a lo mejor se adaptaba igual de bien a la de Logan. Y por supuesto que sus manos se adaptaban a la perfección, sus manos y ellas en su conjunto. Se adaptaban tan bien la una a la otra que se disponían a realizar el acto de adaptación supremo, el definitivo. El final. Se casaban y Logan la estaba acariciando, como si hubiera olvidado que la semana anterior se había acostado con otra mujer. Y seguramente aquello de «Juro amarte y respetarte y serte fiel» lo diría en la ceremonia sin pestañear siquiera. Pinchó fuerte en el plato, porque el hecho de que Samantha la hubiera cambiado por aquel espécimen le revolvió por dentro.

–Llevamos planeándola seis meses, desde que se lo pedí y me dijo que sí –dijo la castaña y remató la frase con un cariñoso beso en la mejilla de su prometida. El tic del ojo había vuelto.

–¿Cómo fue? –Sandie formuló aquella estúpida pregunta que hizo que las aludidas sonrieran y compartieran un gesto cómplice al oírla.

Una descompensación de azúcar de las gordas, de las que piden insulina en vena

a gritos. Y estuvo a punto de propinarle a Sandie una patada bien fuerte en la espinilla, porque no tenía ninguna necesidad de escuchar aquello. Ninguna necesidad ni ninguna gana, la verdad, el masoquismo no era lo suyo. Aun así, en cuanto Samantha empezó a hablar, toda su atención se centró en aquella voz, estudiando con detenimiento cada palabra; aun a sabiendas de que iba a doler. Como cuando te encuentras un accidente en carretera y sabes que es mejor no mirar, pero lo haces de todas formas. Inexplicable. Irracional desde todo punto de vista. La estupidez humana.

–Fue la noche de nuestro cuarto aniversario. Le propuse dar un paseo para ver las estrellas. Solemos hacerlo de vez en cuando, en el puente que cruza el río las vistas son alucinantes...

Nunca había tenido la desgracia de ser apuñalada en el corazón, una chica afortunada, pero, salvando las distancias, la sensación debía de ser parecida a la que experimentaba ella en aquellos momentos. Un dolor sordo, frío y punzante. Porque hacía cuatro años que Samantha la había dejado y ya llevaba cuatro y medio con Logan. Porque las veces que ellas habían paseado bajo las estrellas casi la había tenido que llevar a rastras. Y porque aquel puente había sido su sitio especial y ahora solo era un viejo y estúpido puente de piedra sobre un río.

–Se lo pedí allí, mientras mirábamos las estrellas, nunca había visto tantas como aquella noche –añadió sonriendo a su prometida.

Y le habría gustado decir que a ella le había sonreído de aquella forma miles de veces antes, pero es que así no le había sonreído jamás. Le salía de dentro, le iluminaba la cara entera y ya no sabía si le dolía más lo de su puente, la posible infidelidad de Samantha o aquella sonrisa que ella nunca logró arrancarle. Lo único de lo que estaba segura era de que no se había sentido de aquella manera antes. Físicamente enferma. Con el metabolismo ralentizado, como si sopesara si merecía la pena seguir funcionando siquiera. Y tal vez Sandie tuviera razón cuando le decía que era estúpido continuar hurgando en la herida, pero la herida era Samantha y dolía más la idea de dejar que se cerrara por fin. Decirle «Adiós y que seas muy feliz» era la mejor opción, pero ella ni se la planteaba.

–Suenan muy romántico, como sacado de una película –opinó Sandie–. Disculpadme, pero se me ha debido de mover la lentilla. Liz, acompáñame al baño, por favor –y sin esperar respuesta la tomó de la mano y la arrastró fuera del comedor.

Una vez en su destino cerró la puerta y la miró con los brazos cruzados.

–Eh... tú no tienes lentillas –recordó de pronto echando por tierra el pretexto que las había llevado hasta allí.

–Ni tú contacto con la realidad, Cooper –dijo apoyándose contra el lavabo.

–¿De qué hablas? –tuvo que preguntar porque no seguía para nada la cadena de pensamientos de la rubia.

–De tu cara ahí fuera, Elizabeth, joder. Parecías un jodido cachorro abandonado

en mitad de la autopista, en serio –añadió dándole la espalda.

Ella observó su reflejo a través del espejo y, por el gesto de su cara, Sandie estaba realmente enfadada.

–¿Tan raro te resulta que me duela escuchar esas cosas? –preguntó molesta. ¡Como si no tuviera derecho a sentirse como le diera la gana!

–¡Hace cuatro años de todo eso, Cooper! –exclamó Sandie encarándola de nuevo.

–¡Hace cuatro años de todo eso, pero estoy enamorada de ella ahora! –le respondió y cayó muy en la cuenta de que ambas habían cambiado radicalmente la forma de tratarse.

Su relación de compañeras de trabajo había derivado en algo menos impersonal y mucho más íntimo. Algo demasiado complicado, porque Sandie estaba reaccionando como si todo el asunto de recuperar a Samantha le afectara en primera persona y a ella le encogía un poquito el corazón en el pecho la idea de que la rubia pudiera estar realmente celosa. Porque la cara que se le había quedado tras ese «estoy enamorada de ella ahora» era bastante expresiva y a lo mejor el cachorro abandonado en mitad de la autopista ahora era ella.

Y desde la boca de su estómago empezó a surgir un sentimiento bastante incómodo, como una bola de rabia contenida, originada por el hecho de que Sandie no tenía ningún derecho a comportarse así. No tenía derecho a sentirse celosa por mucho que ella pensase que sí. Y a lo mejor le generaba tanta rabia aquello porque el hecho de ver así a Sandie hacía que ella misma se sintiera de formas francamente inquietantes. Y lo más inquietante de todo era que le gustaba toda aquella inquietud. Y ya no sabía si semejante bola de rabia iba dirigida a la rubia o a ella misma, todo era muy confuso.

–Sea lo que sea lo que esperas conseguir de esta cena, no vas a lograrlo si sigues mirando a Samantha con esa cara –habló por fin tras unos segundos de absoluto silencio. Y parecía que se le había pasado la pataleta, porque su tono era mucho más sosegado. Se había apoyado de espaldas contra los azulejos de la pared y la miraba como diciendo «tú ganas»–. ¿Qué quieres que haga yo?

–Ya lo hemos hablado. Encárgate de Logan, no creo que tengas ningún problema con esa parte porque, por lo que parece, ya lo has hecho varias veces antes –le respondió y, aunque no era su intención, sonó un poquito a reproche.

La rubia guardó silencio tras haberla escuchado, como si digiriera lentamente el significado de aquellas palabras. Se golpeó con suavidad la parte posterior de la cabeza contra la pared antes de volver a mirarla.

–¿De verdad quieres que me acueste con Logan?

Y el tono con el que formuló aquella pregunta ocultaba un «Por favor, dime que no» bastante mal escondido. La miraba de una forma que hacía que el corazón le empezara a pesar un poquito en el pecho. Tuvo que recordarse varias veces a sí misma que tenía delante a Sandie «sabandija asquerosa» Davies y, aun así, el truco

no resultó del todo.

–Dijiste que ibas a ayudarme –evitó contestar directamente a aquella pregunta, pero Sandie continuó mirándola del mismo modo.

–¿De verdad quieres que me acueste con ella?

El corazón empezó a golpearle fuerte las costillas, porque quería con todas sus fuerzas contestar que sí, que quería que tonteara con Logan delante de Samantha, que se la llevara a su terreno como a todas las demás y que se la trajinase una y mil veces si fuese necesario. Pero es que el mero hecho de pensar en la rubia mirando a aquella chica del mismo modo en que la había mirado a ella la noche anterior antes de aquel beso a traición la superaba de una manera que no llegaba a comprender. Y tampoco quería comprenderla.

–Dijiste que ibas a ayudarme a recuperarla –repitió su contestación de igual modo que Sandie había repetido su pregunta.

–Sí, lo dije. Pero eso fue antes.

Antes.

–¿Antes de qué? –tuvo que preguntarlo, aunque no quería escuchar su contestación.

La rubia la miró por unos segundos, en silencio, como dándole la oportunidad de añadir algo más y ella la desaprovechó descaradamente, porque ambas conocían a la perfección aquella respuesta. Las dos habían estado allí, en aquel «antes», arrancándose la ropa y descubriéndose, desenmascarando a la sabandija asquerosa y al ser nacido sin ombligo.

–Si no lo sabes, no merece la pena que te lo explique –admitió al fin la rubia antes de salir del cuarto de baño abriendo la puerta de malos modos.

–Sandie... –inició un intento de frenarla, pero perdió las fuerzas y dejó que el final de la frase muriese sin abandonar su garganta.

¡Maldita sea! Golpeó el lavabo con ambas manos para liberar parte de la tensión interna que le había producido aquella inesperada conversación. Porque su corazón era un simple nudo demasiado apretado en el interior de su pecho y su mente pensaba mucho más rápido de lo que ella era capaz de procesar. Y es que además las cosas que pensaba se contradecían unas a otras e iban y venían sin ningún orden reconocible. Porque, si era honesta consigo misma, a la pregunta formulada por Sandie le debería haber seguido una enérgica respuesta en forma de «No, maldita sea, no. Por supuesto que no» o «Me arrancaría los ojos por no verte tonteando con Logan», aunque racionalmente a ella no le importaba un pimiento con quién compartiera fluidos aquella libertina. Por supuesto que no. Y la expresión dolida de la cara de la rubia antes de salir de aquel baño no le había afectado en absoluto. ¡Faltaría más! Porque el nudo que sentía en su garganta se lo debía de estar imaginando.

Y, cuando alzó la vista, se enfadó con el espejo por devolverle aquel reflejo de sí misma. No reconocía en él a Elizabeth Cooper, ni por asomo, solo veía un enorme

amasijo de dudas, miedo, deseo, arrepentimiento e infinita autocrítica, todo ello salteado con una generosa cantidad de lástima por sí misma.

Porque ya no sabía si aquella idea de que Sandie se acostara con Logan perseguía el objetivo de acercar a Samantha o de alejarla a ella.

\*\*\*

Se estaba riendo. Logan. Se estaba riendo sentada en el sofá del salón junto a Sandie. Las dos frente a frente y el brazo de la rubia descansaba en el respaldo, con su mano a un centímetro, a un segundo de acariciar el pelo de la chica si es que quisiera hacerlo. Logan le sonreía. Y a Sandie el «¿De verdad quieres que me acueste con ella?» se le debía de haber olvidado rápido, porque se acercó un poco más como quien no quiere la cosa, con la seguridad que le otorgaba su estatus de experta en materia de ligoteo.

Porque eso era lo que hacía en aquellos momentos, tontear con la prometida de Samantha. Y tonteaba como muchas veces antes había tonteado con muchas otras chicas, pero a ella personalmente no le estaba sentando igual de bien el verlo. Y, sí, era verdad que le había pedido que lo hiciera. Y, sí, aquella era una oportunidad de oro para acabar de una vez por todas con la inminente boda. La manera más fácil de abrirle los ojos a Samantha. Un «¡Mira con quién vas a casarte, por el amor de Dios!» sin necesidad de palabras. Aquella situación tenía muchas ventajas para ella, pero también un inconveniente bastante importante que no se le había ocurrido tener en cuenta.

Este inconveniente en particular tenía forma de úlcera estomacal sangrante, de angina de pecho cercana al infarto agudo de miocardio cada vez que veía cómo Sandie arrancaba una sonrisa más a su rival. Y es que las recolectaba como quien recoge setas en plena temporada, sin ningún esfuerzo extra. Y Logan ya casi no era más que un charco de dientes blancos, feromonas y «las cosas que te haría si mi prometida no estuviera en la habitación de al lado». Un muñeco de nieve derretido bajo el sol.

–Sandie es genial, Elizabeth. Sé que es el típico comentario de quien conoce a la nueva pareja de su exnovia, pero es verdad –dijo Samantha justo a su lado.

Se había ofrecido a ayudarla a recoger la cocina, en parte para ganar tiempo a solas con ella y en parte para darle la oportunidad a la rubia de acorralar a Logan. Su comentario hizo que apartara la vista de Sandie y de aquel sofá y la mirase a ella. Y al encontrarse con sus ojos el corazón se le saltó un latido, le rozó la mano al aceptar el plato que le tendía y su interior se convirtió en *pudding*. Porque se había acostado con Sandie, el Calvin Klein ya no le daba alergia y su cuerpo se sublevaba cada vez que la tenía cerca, pero aún recordaba por qué estaba allí. No había olvidado la verdadera razón de aquel viaje a Fall River, Kansas.

Y la tenía delante.

–Logan también debe de serlo. Os vais a casar –señaló tratando de que sonara

como un comentario desenfadado.

Menuda sonrisa le salió con solo escuchar el nombre de su prometida. Un «Es lo mejor que me ha pasado en la vida» condensado en un simple gesto. Y le resultó un poco indignante por no decir doloroso, porque ella también le había pasado en la vida, hacía cuatro años, sí, pero un «mejorando lo presente» no habría estado mal.

–Escucha, Liz... –lo dijo con un plato a medio lavar en las manos e inseguridad manifiesta en la voz–. La otra noche... lo siento... nada salió como esperaba. Solo quería arreglar las cosas entre nosotras y en vez de eso te di esa estúpida carta como si eso fuera a compensarlo todo.

Oh, sí. Aquella carta. Un puñetazo bien fuerte a su ego y dos o tres «La quiero a ella como debería quererte a ti». Una manera sutil y poética de decirle «No fuiste suficiente para mí». Samantha siempre había sido una romántica.

–No lo sientas. No fue agradable de leer, pero aclaró muchas cosas –dijo centrándose en secar un plato que ya estaba más que seco.

–Como por ejemplo...

Se olvidó del plato que aún sostenía entre las manos y la miró a ella.

–¿De verdad quieres tener esta conversación ahora? –preguntó sin ganas de abrir de nuevo aquella puerta.

–Yo estoy con Logan y tú con Sandie. Me caso en unos días y tú vuelves a Nueva York a finales de semana. No creo que vaya a haber un momento mejor.

–¿Y lo necesitamos? Podríamos dejar el pasado en el pasado. –Dejó el plato sobre la encimera y se secó las manos con el trapo ya húmedo de por sí.

–Podríamos. Si realmente estuviera en el pasado –matizó la castaña alejándose del fregadero, y tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la isleta de aquella cocina.

Samantha no parecía dispuesta a dejarlo correr y a ella aquella insistencia le venía bastante mal, la verdad. No le apetecía recordar el contenido de la carta que lo había cambiado todo, porque Samantha no había sido una cobarde, simplemente no le habían compensado los pros a los contras. Y, teniendo en cuenta que ella había sido el principal «pro», la conclusión evidente era que nunca fue suficiente para la castaña. Su exnovia buscaba algo más y lo encontró en aquella universidad y, por lo visto, con ella sí que le habían salido las cuentas.

Porque para ser valiente solo hace falta un motivo.

–Te enamoraste de ella. ¿Qué más queda por decir? –preguntó apoyándose de espaldas contra la encimera y escondió las manos en los bolsillos de los pantalones.

–Que también me enamoré de ti. –El nudo de su garganta le impidió contestar nada a eso, se limitó a mirarla en silencio–. Te quise, Elizabeth, y no estoy segura de que lo creas.

–¿Qué falló entonces? –preguntó sin considerar el potencial daño que podía causarle su respuesta. La necesidad de saber era mucho más potente que el miedo a un golpe más.

–No lo sé. ¿Que conocí a Logan?

–Menuda suerte –musitó cruzándose de brazos y Samantha bajó la vista.

–Me enamoré de ella, Liz, pero eso no quiere decir que no te quisiera a ti también –trató de dar una explicación a algo que tal vez ni siquiera la tenía.

–Pero la quisiste a ella como deberías haberme querido a mí –la ayudó rememorando aquella frase.

Grabada a fuego y seguía repitiéndose en su cabeza como si fuera la maldita canción del verano. Un *superhit*. Número uno en las listas de éxitos de medio mundo y porque en el otro medio aún no la habían escuchado lo suficiente.

–Elizabeth, no puedo pedirte perdón por haberme enamorado de Logan. No voy a decirte que me arrepiento, porque no es verdad.

Sinceridad en estado puro, lo que todo el mundo dice que quiere sin ser sincero del todo, porque ese pedacito de «verdad» le escocía como si se le hubiera caído el bote de champú entero dentro de los ojos y ni siquiera podía parpadear.

–Simplemente no fue nuestro momento, Liz.

Y de simple aquello no tenía nada, pero se calló, desvió la vista hacia el salón sin tan siquiera proponérselo y a ese «no fue nuestro momento» se sumó la forma en que Sandie susurraba algo al oído de Logan, tan cerca de ella que seguramente el Calvin Klein estaba por todas partes. Y una rabia ciega la obligó a gritarse a sí misma que qué mierda le importaba a ella quién estuviera aspirando aquel aroma o a quién le hablaba la rubia al oído. Y como no era posible que parte de esa rabia que sentía dentro la produjera aquella sabandija, en un ejercicio supremo de negación, la atribuyó en exclusiva al «no fue nuestro momento» y así se vivía muchísimo mejor. Centró la vista de nuevo en Samantha.

–No fue nuestro momento –repitió sus palabras, deslizándose por su lengua tenían menos sentido si cabía–. Y dime, Sam, ¿mientras no era «nuestro momento» fue el vuestro?

–¿Qué quieres decir con eso? –La castaña frunció el ceño realmente confundida.

–Quiero decir que en esa carta jurabas que no habías hecho nada con Logan, pero nunca la enviaste y quiero decir que si vuestro cuarto aniversario fue hace seis meses no me cuadran las fechas.

–¿Estás diciendo que te engañé con ella? –preguntó sin querer comprometerse más. Ni sí ni no, ni todo lo contrario, pero se había puesto nerviosa.

–Te lo estoy preguntando –aclaró mientras se sentaba frente a ella en la mesa y guardó silencio en espera de una respuesta que no llegaba y simplemente por eso dejó de ser necesaria.

Se levantó de la silla, aunque no llevaba sentada allí ni medio minuto, y le dio la espalda, porque de repente Sandie tenía razón y con eso de hurgar en la herida lo único que estaba consiguiendo era infectársela, habían trascurrido cuatro años y una infidelidad pasada cambiaba más bien poco las cosas, pero a ella le dolía igual.

Hacía apenas unos días creía que Samantha realmente la quería, que se había dejado llevar por el miedo, que ambas habían sido víctimas. No había malos ni buenos en su historia.

¿Ahora? Un «la quiero a ella como debería quererte a ti», un «no fue nuestro momento» y una infidelidad, una gigantesca bofetada metafórica que le había despertado sin ningún miramiento de un letargo en el que se estaba mucho mejor, la verdad. Y «no fuiste suficiente para ella» se repetía una y otra vez en su cabeza como en un infinito bucle de sabor amargo.

–Lo siento, Elizabeth –fue todo lo que se le ocurrió y aunque aquella respuesta era más que predecible y un cliché que no las llevaba a ningún sitio, si lo hubiese meditado durante milenios probablemente no habría encontrado nada mejor que decir.

Un callejón sin salida.

–Ni siquiera sé si quiero oírlo –admitió masajeándose las sienes en un intento por disuadir al incipiente dolor de cabeza que comenzaba a tomar forma en su interior. No serviría de nada y lo sabía, ella era mucho de somatizar.

–Lo siento, no me arrepiento de haberme enamorado de Logan, pero sí de cómo sucedió todo. Te merecías la verdad al menos.

–Fue mucho más fácil pensar que eras una cobarde.

Y de verdad que no entendía de dónde sacaba la fuerza que le permitía mantener la compostura. Porque en su interior se estaba desarrollando la fusión atómica más devastadora de la historia de la humanidad. Una erupción volcánica roja, caliente, escupiendo toneladas de lava que escaldaban cada milímetro cuadrado de su piel, pero desde dentro. Un desastre natural contenido en el interior de un humilde cuerpo humano.

Aquel viaje a Fall River había abierto la caja de Pandora y ya no había vuelta atrás. Ahora Samantha no era tan buena como había creído y la cercanía de Sandie era más que bienvenida. Un segundo «Deja que me arrepienta mañana» era la única salida en la que podía pensar en un mundo al revés y sin gravedad que la anclase al suelo. Pero la veía allí, encandilando a Logan sin ningún esfuerzo y dejándose desgastar por su mirada, y le entraban unas ganas inaguantables de gritar, porque ella no fue suficiente para Samantha y Sandie no podía serlo para ella.

Y se le juntó de repente que Samantha la besó pensando en Logan y que mientras Sandie la besaba, ella no pensaba en nadie, y fue demasiado, como cuando se salta el automático por una subida desmesurada de la potencia eléctrica. Como seguir hinchando un globo que sabes que está a punto de explotar. Casi le daba vueltas la cabeza.

–Tengo que irme –soltó de pronto y Samantha se levantó de la silla y la siguió fuera de la cocina repitiendo su nombre, pero sin saber qué más añadir.

No quiso prestar demasiada atención a la pareja del sofá, recuperó su cazadora en tiempo récord y se dirigió directamente hacia la puerta de salida. Y a las



llamadas de Samantha se unieron los «Elizabeth, espera» de Sandie, y no sabía si prefería que la rubia la siguiera fuera de la casa o que se quedara allí perdiéndose en los ojos de Logan o perdiendo a Logan en los suyos, lo que quiera que fuese que estuviera haciendo. De nuevo un urgente «¡Elizabeth, espera!», pero no la esperó. Enfiló la calle sin mirar atrás, podía escuchar los pasos de la rubia apresurándose en alcanzar los suyos, pero no tuvo el detalle de aminorar la marcha. Que se esforzara en eso, ya que no le había costado nada poner a babear a Logan como si fuera uno de los estúpidos perros de Pávlov y sin necesidad de campana ni nada, porque ella se bastaba sola. Ella era el estímulo condicionado, el incondicionado y la respuesta a todas las plegarias. Y hacía un par de días podría haber añadido un orgulloso «menos a las mías», pero es que ya no estaba segura de nada. Y cómo iba a reaccionar cuando Sandie le diera alcance era un misterio que se moría por resolver.

–¡Cooper! ¡Para de una vez, joder! –exclamó la rubia al llegar a su altura y la sujetó por el brazo, pero no le hizo caso, obligándola a seguir trotando junto a ella–. ¿Qué coño ha pasado en esa cocina?

–Tenías razón, Davies –fue todo lo que dijo y esperaba que la rubia saliera con algo del estilo de «Como siempre, nena», pero no fue así.

–¿En qué tenía razón? –preguntó tras haberle dado la oportunidad de continuar hablando con unos segundos de su silencio.

En todo, joder, en todo. Sandie había tenido razón en todo desde el principio. Incluso en aquel «Algún día tú también caerás» que le había repetido una vez tras otra en la redacción hasta que ella la amenazó con poner una queja a Joanna por acoso sexual. Porque ese «algún día» había llegado y ella había caído y desde tan alto que el impacto había sido demoledor. Los pilares que sustentaban los cimientos de su mundo se estaban desplomando uno a uno y ya no quedaban suficientes para seguir soportando su peso. Un cataclismo sin precedentes.

–¡Hostia puta, Cooper, para, joder! –suplicó la rubia cortándole el paso y sujetándola por ambos hombros. Y otro pilar más se desplomó ante el calor de sus manos–. Tengo razón en tantas cosas que vas a tener que ser más específica.

–No sirve de nada hurgar en las heridas. Solo las hace más grandes –dijo intentando zafarse de la sujeción de la rubia para poder continuar con su camino. Sandie no la dejó, la tenía firmemente agarrada y la miraba esperando algo más–. Estaban juntas antes de que rompiera conmigo. Y ahórrate eso de que pasó hace cuatro años, porque yo también sé contar.

Sujetó las muñecas de la rubia para obligarla a liberarla y continuó caminando en dirección al hotel.

–¡Muy bien, Cooper! ¡Siéntete como una mierda pensando que fue por ti! Que no estuviste a la altura o cualquier gilipollez que se te ocurra –le dio vía libre y caminó tras ella sin ninguna prisa por alcanzarla esta vez.

Se volvió como impulsada por un resorte con la intención de gritarle a aquella

individua que precisamente era así y con la esperanza de que la convenciera de lo contrario. Se la encontró mucho más cerca de lo que había imaginado que estaría y a lo mejor a esa distancia Sandie podía percibir que sus ojos estaban húmedos.

–Si hubiera estado a la altura, ella no habría encontrado algo mejor –musitó luchando con todas sus fuerzas por hacer desaparecer aquellas inoportunas lágrimas a las que nadie había invitado.

–Si con «algo mejor» te refieres a Logan, tienes un problema grave de autoestima –le respondió cruzándose de brazos frente a ella.

Y aquellas palabras hicieron diana en algún recoveco de su inconsciente más profundo. Justo en el centro. El nudo de su garganta se aflojó un poco, o tal vez lo sentía atenuado por el cambio en el ritmo de sus pulsaciones, y se permitió observar a Sandie.

A Sandie a secas.

–Dirías cualquier cosa por hacerme sentir bien, es el «estilo Davies», ¿no? –preguntó y esta vez eso del «estilo Davies» lo dijo sin rastro de connotaciones negativas.

–Seguramente sí, pero de momento no he tenido que mentir –matizó y le regaló media sonrisa de esas que a ella le salían tan bien–. Ahora te sientes como una puta mierda, Cooper, pero piensa que siempre está oscuro antes de amanecer. Y siempre acaba amaneciendo.

–Eso es muy profundo –dijo secándose los ojos con el dorso de la mano.

–Es que yo soy muy profunda –le respondió con gesto serio y a ella se le escapó un amago de sonrisa.

Bajó la vista al suelo cuando Sandie secó una de sus lágrimas con el dedo pulgar, aquel gesto empezaba a serle familiar y estaba demasiado agotada emocionalmente como para seguir fingiendo que le disgustaba. Porque la rubia siempre sabía qué decir, aunque eso la sacara de sus casillas, su sonrisa era un poco increíble, aunque ella llevase años negándolo y le había hecho sentir mejor en uno de los peores momentos de su vida, aunque eso le diera más miedo que nada antes en lo que llevaba de existencia. Porque Sandie Davies se las llevaba a todas de calle y, por mucho que le doliera, ella no iba a ser una excepción.

–¿Siempre sabes qué decirles a las chicas para que se sientan bien? –le preguntó mirándola a los ojos.

Y se le encogió un poquito el corazón en el pecho cuando la rubia sonrió de aquella manera pretenciosa, como dándolo por sentado. Se le aceleraron las pulsaciones y se tuvo que repetir a sí misma «Elizabeth, piensa bien lo que haces» como mil veces antes de darse cuenta de que eso de pensar estaba muy bien, pero que no tenía tiempo.

Porque Sandie dijo:

–Simplemente es un don.

Y ella contestó:

–Simplemente cállate.

Y sin darse cuenta sus manos estaban enredadas en aquel pelo ultra acondicionado y el aroma a Calvin Klein la envolvía por completo, anestesiándola, como una niebla invisible que había echado demasiado de menos. Y atrapó los condenadamente suaves labios de Sandie entre los suyos, porque estaban desesperados por besar y, esta vez, el «olvidar» no era su único objetivo. Esta vez no había alcohol y la besaba sin coartada y con más ganas que a nadie en toda su vida. Porque, de repente, sus gestos arrogantes habían dejado de darle alergia y ahora le rompían el alma por dos o tres sitios a la vez, cada vez, y ya casi ni le quedaba. Se le habían quitado las ganas de decir «Ni lo sueñes, Davies» cuando se le acercaba más de la cuenta. Y fue ella quien se acercó, pegando su cuerpo al de la rubia lo más que pudo, sin dejar de besarla, porque se arrepentiría si lo hiciera.

Sandie reaccionó un par de segundos más tarde, porque la debía de haber pillado completamente por sorpresa. Gimió contra su boca y ella pensó «¡Cristo Bendito!» y la arrastró hasta el árbol más cercano para poder apoyarla contra su tronco. *Madre mía, quién te ha visto y quién te ve, Elizabeth Cooper*, y ya ni se planteaba la posibilidad de arrepentirse al día siguiente, porque lo de *carpe diem* le convencía bastante en aquellos momentos, y la manera en que Sandie la estaba acariciando la invitaba a quedarse allí un par de eternidades. La rubia habría besado a miles de chicas así antes, pero en el presente la besaba a ella. Y los termómetros apenas marcaban ocho grados aquella noche, pero allí hacía muchísimo calor y quería quitarse la cazadora y de paso quitársela a Sandie. La rubia soltó un «Me cago en la puta» cuando a ella se le ocurrió abandonar su boca para morderle el cuello y de repente colisionó de frente con una barrera invisible, pero muy firme.

Un *flash* extremadamente brillante y una voz parecida a la de Debbie Morris que gritaba «¿Cómo se puede ser tan rastrera, Sandie?», «¿Te has estado tirando a otra a mis espaldas?» y «¡No he conocido a nadie tan despreciable como tú! ¡Nunca!».

«¿Tiene vagina? Entonces la conozco».

Miró a Sandie muy de cerca y se encontró con unos ojos oscurecidos que aún no habían comprendido que aquella balanza en precario equilibrio había vuelto a vencerse en su contra y, seguramente por eso, la rubia intentó besarla una vez más y frunció el ceño confundida cuando ella se apartó sin avisar.

–Me voy al hotel –fue todo lo que dijo, no pudo pensar otra cosa más elaborada.

Echó a caminar, alejándose de aquel árbol del pecado y de paso de ella, intentando recobrar el aliento y ralentizar el ritmo de sus pulsaciones, porque la rubia se las había elevado hasta una frecuencia casi incompatible con la vida, con la misma facilidad con la que se las incrementaba a todas las demás. La escuchó echar a caminar detrás de ella tras unos segundos de desconcierto y se volvió para confundirla un poquito más.

–No. Tú no vienes –le soltó sin más miramientos. Porque sabía lo que iba a pasar si la rubia la acompañaba de vuelta a su habitación de hotel en aquellos momentos.

Sandie se paró en mitad de la calle al oírla, con la cazadora descolocada después de su encuentro, un poco despeinada y con un gesto de «estás de coña, ¿verdad?» pintado en la cara. Y le dieron ganas de volver sobre sus pasos y atacarla de nuevo, pero se obligó a ser más fuerte, dio media vuelta y continuó caminando sin más.

–Compartimos habitación de hotel, ¿recuerdas? ¿Qué quieres decir con «Tú no vienes»?

–Necesito estar sola.

–¡Y yo un techo! ¡Me cago en la leche! ¡Increíble! Hostia puta... ¡me dejas en la jodida indigencia, Elizabeth!

Y reprochaba, pero no hacía amago de seguirla.

Tal vez ella también sospechaba que volver juntas al hotel en aquellas circunstancias no era buena idea. A lo mejor había reparado de pasada en aquella gigantesca disyuntiva reflejada en su mirada.

«Te mueres por dejarte llevar».

«Con sus antecedentes, ¿cómo esperas que esta vez sea diferente?».

## It's gonna be me

Si admitirlo era el primer paso, ella ya había dado dos o tres. Continuar negándolo era una gilipollez. Inútil, como aquella mirada que le había dedicado en plan «Por favor, llévame contigo, es de noche y hace frío» tras ese cruel «No. Tú no vienes» que la condenaba al nomadismo. Un regreso a los orígenes de la humanidad o el rescate de la trashumancia, pero sin rebaño de ningún tipo y triste, muy triste.

Irrefutable, porque a Elizabeth ya no le quedaban máscaras y ella no las echaba de menos. Aquello de retroceder en el tiempo y rescatar a la mujer biónica había dejado de ser una opción viable hacía decenios, pero es que en el momento presente, si fuera posible, ya no lo haría. Porque por aquel «Simplemente cállate» ella se habría callado, pero para siempre, sin nada más que decir en las próximas dos o tres eternidades. ¿Las palabras? Algo del pasado que ya apenas recordaba, antiguallas sin valor ninguno. Si el premio por su silencio iba a ser siempre aquel ataque por sorpresa, firmaría por quedarse muda, porque es que aquello de hablar estaba sobrevalorado. Cuando se podía besar de esa manera sobraba la comunicación verbal.

Innegable. Aquel bar de karaoke era la última parada de la noche más larga de su vida y eso que aún no eran ni las doce. *Ha llegado usted a su destino. Final del trayecto en la parada «Estás jodida, Davies».* Y el fondo del vaso de su segunda consumición estaba quedando al descubierto demasiado rápido, pero a ella no le preocupaba, porque la tercera estaba en camino. Una buena forma de terminar la noche. Un final perfecto para el día en que había preguntado «¿De verdad quieres que me acueste con ella?» más en tono de súplica que de interrogación. Un «Elígeme a mí, por lo que más quieras» en ojos de un jodido cachorro abandonado en mitad de ninguna parte.

Ella. Sandie Davies. Suplicando.

Era patético e inevitable. Patéticamente inevitable el caer de aquella manera. Irreversible, porque desde la noche del *Girls Just Want to Have Fun* ella quería mucho más que eso. ¿Que qué quería? La respuesta era tan simple que daba miedo y tan potencialmente devastadora que se quedaba atrapada entre sus mecanismos de defensa cerebrales más sofisticados. Aquellos que intentaban ahorrarle una embolia. Y se habían esforzado al máximo, la verdad, nada que reprocharles, pero era hora de decirles: «Un trabajo estupendo, muchachos, pero dejadlo ya porque lo

sé todo».

Y «todo» era Elizabeth Cooper y por eso ya nada tenía sentido. A lo mejor lo único que había pasado era que, después de tres años persiguiéndola, por fin la había alcanzado y vista de cerca no se parecía ni en lo más mínimo a la mujer biónica. Y aquello de perseguirla era a la vez la peor idea de su vida y su plan más brillante. Fall River estaba lleno de paradojas al parecer y solo podía pensar en que si ella había caído, Elizabeth se había desplomado justamente a su lado. Desde una altura de doscientos o trescientos «Ni lo sueñes, sabandija asquerosa», un impacto brutal que la había llevado a buscar sus labios de una manera muy poco justificable. Aquel «No, tú no vienes» era el equivalente a un «No vengas o no respondo de mis actos» y ella se moría por decirle que no hacía falta que respondiera, pero que la dejara ir. En vez de eso allí estaba, bebiendo sola en el bar de karaoke de la juventud de Elizabeth mientras alguien cantaba *Heartbreak Hotel*, y Elvis Presley, además de una estrella del rock, había sido también un visionario, porque aquello en vez de un hotel era un bar, pero en todo lo demás lo había clavado. Ella había estado en miles de bares miles de veces, pero sola no había estado jamás y, de repente, se vio a sí misma desde arriba como en una jodida experiencia cercana a la muerte, sentada en aquella banqueta, aferrada a su bebida y pensó «Hostia puta, Davies, qué penas das».

Arrojó un par de billetes sobre la barra y salió de allí con un solo destino en mente, pero sabiendo de antemano que estaba prohibido, porque Elizabeth «necesitaba estar sola» y, al parecer, no le importaba demasiado lo que necesitaban los demás. Estaba increíblemente ocupada intentando alejarla de ella como para darse cuenta de que, en realidad, la quería cerca. Y cada vez que la veía sonrojarse, toda sulfurada porque era evidente que su proximidad ya no le daba alergia, cada vez que aquellos ojos verdes se cargaban de algo que, por supuestísimo no era deseo, pero era la hostia de parecido, cada vez que la sorprendía mirándola de esa manera, ella sonreía con suficiencia, con chulería, con soberbia incluso, segura del hecho empíricamente contrastable de que Elizabeth Cooper estaba perdiendo facultades en aquello que antes le salía casi innato: despreciarla. La inmunidad a sus encantos había pasado a mejor vida de una forma tan abrupta e inesperada que no había tenido tiempo ni de decirle adiós. Una muerte súbita y fulminante. Una pena que no le apenaba en absoluto. Aquel ataque por sorpresa a la salida de la casa de Samantha debía de haber sido su funeral.

Descanse en paz.

Y toda aquella situación debería haberle satisfecho, porque la persecución había terminado y ella era la ganadora. Debería, pero no lo hacía. Porque, entre beso y beso, se había dado cuenta de que aquello no iba de ganar o de perder. No, qué va. Aquello iba de todo un mundo de pelo moreno y ojos verdes en forma de laberinto sin salida, iba del fuego del puto infierno abrasándola por dentro cada vez que Elizabeth pronunciaba el nombre de Samantha como si fuera sagrado. Iba de

sentimientos reales. Sentimientos de los que se juró no tener jamás. De eso iba todo aquello. *Me cago en la puta, Davies.*

Las doce de la noche y ella caminaba por inercia y pensaba en Elizabeth por costumbre. Porque la había besado estando sobria y por voluntad propia. Y de repente apareció en aquel puente, y el «Pues deja que me arrepienta mañana» parecía a años luz de distancia, como si Elizabeth llevara dos o tres milenios besándola por sorpresa. Se apoyó en el muro de piedra, sobre la corriente y bajo las estrellas, atrapada en aquel giro inesperado de los acontecimientos y resistiéndose a duras penas al deseo descomunal que la empujaba a regresar a su habitación de hotel, atrapar a Elizabeth bajo su cuerpo y decirle «Simplemente cállate tú», antes de besarla sin más motivo que el necesitar hacerlo. ¿Acaso hacía falta más?

Y simplemente el necesitar hacerlo, «besar a alguien», era motivo de alarma. Porque que el resto del planeta necesitara besarla a ella era lo más normal del mundo y no le causaba mayores problemas, pero estar al otro lado de esa necesidad era otra cosa completamente diferente. Años. Llevaba años escapando de todo aquello y al parecer o se había cansado de correr o Elizabeth le había hecho parar de golpe. El resultado era el mismo.

*Joder, Sandie...*

Observó las estrellas durante unos minutos, repitiéndose una y otra vez que no era buena idea correr de vuelta al hotel en aquellos momentos. No entendía de dónde salía tanta reticencia, porque cada fibra de su ser le gritaba que era la mejor idea de todos los tiempos, casi afónicas y desesperadas por ser tenidas en cuenta, porque ellas también tenían opinión. Berreaban «Ríndete, te mueres por irte con ella» sin importarles las horas que eran. Y les faltaban modales, pero les sobraba razón.

Por unos segundos jugueteó en su mente con esa idea, porque aquello de rendirse le sonaba muy bien en aquellos momentos, pero necesitaba decirlo en voz alta. Sacarlo fuera de su cabeza y que alguien le dijera «¿A qué estás esperando?» o «Estás de coña, ¿no?», aunque, a decir verdad, ella prefería la primera opción. Una luz verde o el permiso de un poder superior, cualquier cosa que le permitiera desprenderse de aquel «Estoy enamorada de ella ahora», porque era innegable que Elizabeth le gustaba y bastante evidente que ella a Elizabeth también, pero había otra incógnita en aquella ecuación que no encajaba en ningún lado. Y es que la morena seguía enganchada a aquella veterinaria y mirándola como si fuera la tercera o cuarta venida de nuestro salvador Jesucristo, decidida a recuperarla.

Samantha le venía bastante mal en aquellos momentos, esa era la verdad. Y que Elizabeth quisiera que se acostara con Logan para allanarle el camino había sido un golpe demoledor, como cuando pitan un fuera de juego en el momento de marcar el gol de la victoria, el alma cayéndosele a los pies y un «¿Por qué la quieres a ella si me tienes a mí aquí?» alojado en su garganta, pero demasiado acobardado para salir.

Joder. Masculló unas cuantas palabrotas a media voz mientras se apoyaba en el murete de piedra dispuesta a perder su mirada en la corriente, con suerte arrastraría con ella aquellos abrumadores pensamientos. Esperó un rato, pero nada, el agua se negaba a perder medio segundo en ayudarla. Estúpido río y estúpido pueblo. *Estúpida, Sandie Davies*. La única lesbiana en la faz de la tierra que no se moría por pasar dos o tres eternidades a su lado y tenía que enamorarse de ella.

Tuvo que pasar un minuto, un minuto entero, con sus sesenta segundos, para que cayera en la cuenta de lo que acababa de pensar y, al hacerlo, fue como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa de todas sus funciones vitales y, alucinadas, se preguntaran en susurros «¿Ha dicho enamorarse?» las unas a las otras, como si ella no pudiera escucharlas. Y sí que podía, pero no quería, de modo que se apresuró en sacar su teléfono móvil y marcar el número de Jordan sin importarle que fuera casi la una de la madrugada.

Contestó al tercer tono, atontada por el sueño y con voz ronca.

–Mierda, Sandie, ¿tienes idea de la hora que es?

–¿Interrumpo algo? –lo preguntó porque con Jordan nunca se sabía.

–¿La una de la madrugada y entre semana? Mañana trabajo, ¿tan irresponsable crees que soy? –Y parecía indignada por la insinuación de que podría estar malgastando su tiempo de sueño en menesteres poco oníricos–. *La he mandado a su casa hace horas, joder. ¿Qué quieres, Davies?*

Ayuda. Eso quería. Alguien que la sacudiera bien fuerte gritando «¡Despierta de una jodida vez, Davies!» y despertarse y que todo fuera un sueño. Elizabeth, Fall River... que fuera todo una pesadilla y poder volver al día siguiente a la redacción, decirle «Estas preciosa, Cooper» y que ella la mirase en plan «típico, típico» sin sentir la necesidad de que la observase de ninguna otra forma. Desconocer que sus labios sabían un poco a cereza y que tenía un pequeño lunar en su costado derecho, justo encima de la cadera. Eso quería.

–La he cagado, Jordan –confesó escondiendo la mitad de su rostro en la mano que no sujetaba el teléfono–. La he cagado.

–Hostia, Sandie, ¿estás en la trena otra vez? Porque apenas me quedan cien pavos en la cuenta después de comprar la puta máquina de hacer pan.

Ah, sí. La puta máquina de hacer pan, ambas la habían pedido una noche hacía un par de semanas. Les había parecido una idea cojonuda eso de poder hacer su propio pan. Y lo de estar en prisión solo había sido una vez, joder, la habían llevado al calabozo por «escándalo público» hacía unos cuatro meses, porque la habían pillado en actitud un poco comprometida con una chica en los baños de una conocida cadena de restaurantes. Al puro estilo George Michael.

–No estoy en la cárcel, Torres. Es peor que eso –se lamentó alzando la vista al firmamento y miles de estrellas le devolvieron la mirada dándole la razón, aquello era mucho peor–. Me he acostado con ella –reveló el origen de toda su desgracia y, nada más decirlo, lo recordó y le recorrió un escalofrío bastante agradable que no



hizo sino confirmarle que realmente la había cagado.

–¿«Con ella» con quién?

–¡«Con ella» con Elizabeth! –exclamó molesta por tener que aclararlo–. Me he acostado con Elizabeth.

Silencio al otro lado de la línea y casi iba a preguntarle si seguía al teléfono cuando Jordan reaccionó.

–¿Es una broma? ¿Es una puta cámara oculta, Sandie? Porque si lo es, hace un rato has grabado cosas que no quieres ver, créeme.

–No es una broma y no he puesto una puta cámara en tu habitación. Te digo que me he acostado con Elizabeth –repitió, y cada vez que lo decía sonaba más real que la anterior. Madre de Dios.

–Y yo te digo que es imposible, porque en su planeta seguro que follan dándose la mano o por el puto wifi. Sexo inalámbrico, Davies. Buen intento y buenas noches – menospreció su confesión dispuesta a colgar el teléfono.

–Joder, Jordan, hablo en serio. Me acosté con ella hace dos noches y la he besado otras dos veces desde entonces en la realidad y como tres mil en mi imaginación. Estoy sobre un puto puente en mitad de Fall River, Kansas, congelándome mientras busco razones para no ir al hotel y volver a acostarme con ella y no encuentro ninguna.

–Espera, espera. ¿Va en serio? Si no es una broma, deja de decir «acostarme con ella» y di «follar», porque me estás dando muy mal rollo. ¿Te has follado a Elizabeth Cooper? –lo preguntó como si necesitara escucharlo de nuevo para empezar a sopesar la posibilidad de que fuera cierto.

Pero eso de «follarse a Elizabeth Cooper» no empezaba ni siquiera a cubrir mínimamente lo que había hecho, lo que estaba haciendo. Lo de «follarse a Elizabeth Cooper» era solo la punta del iceberg contra el que había colisionado a mil por hora. Una gigantesca masa de hielo que la conducía directa al desastre y ya era tarde para frenarlo. Y se había cansado de intentarlo, se moría por decir «a la mierda» y dejarse llevar, abandonarse a sus impulsos y aceptar lo que viniera después.

–Convénceme de que no es buena idea volver a hacerlo.

–Joder, si me tienes que pedir que te convenza de algo así, es que la has cagado, pero de verdad. ¿En qué coño estabas pensando? ¡Hablamos de Elizabeth Cooper! La promotora del feng shui en la redacción, ¿es que ya no te acuerdas del feng shui, Sandie?

–Sí, me acuerdo, ¿vale? Me acuerdo del puto feng shui. Pero canta, Jordan. Canta Cyndi Lauper en el karaoke los viernes por la noche y le gusta comerse los M&M's por colores y salir a ver las estrellas.

–No me jodas, Sandie, ¿Cyndi Lauper? Perdona, pero no creo que te acuerdes muy bien de todo lo del feng shui y las gramíneas en la oficina. Una semana viviendo como si fuéramos putos guardabosques y casi dos meses que me pasé esnifando Urbason por

la jodida alergia. *¿En qué coño estabas pensando?* –repitió su pregunta anterior.

–¡No pensaba en nada! Ella estaba triste, la llevé al bar, le canté *Girls Just Want to Have Fun*, hablamos y me besó y...

–¿Te gusta? –la cortó con tono serio.

Y la respuesta era «Más de lo que te puedes imaginar», pero aún no estaba preparada para decirlo en voz alta, de modo que optó por la estrategia más socorrida: la evitación.

–¿Por qué me lo preguntas?

–¿Por qué no contestas?

–Porque no sé cómo responder a eso.

–Si fuera que no ya lo habrías dicho.

Acorralada.

*Maldita seas, Jordan Torres.*

–Puede que no sea «no» entonces.

La escuchó dejar de respirar, como si de repente volviera a estar en aquella oficina invadida por las gramíneas y se le hubiera cerrado la laringe. Esperaba que tuviera a mano el inhalador. A esos segundos de silencio les siguió una explosión acústica que la obligó a alejarse el móvil de la oreja por el bien de su tímpano.

–¡Me cago en la puta, Sandie! *¿De verdad me estás llamando de madrugada para decirme que te has colado por Elizabeth Cooper? ¡Elizabeth Cooper, joder! Bastante malo era que estuvieras follándote a Psico-Debbie... ¿pero esto? ¡¿Esto?! ¡Elizabeth Cooper, hostia puta!*

Joder. Es que Jordan tenía razón, estaba colada por Elizabeth Cooper. Hostia puta.

–Jordan... –iba a cortar aquella sarta de improperios, pero de pronto, igual que había llegado, aquella explosión desapareció.

–Escúchame, Sandie, y escúchame bien. *Voy para allá, no hagas nada hasta que yo llegue.*

–¿Qué quieres decir con que vienes hacia aquí? Estoy en Kansas.

Pero era demasiado tarde, al otro lado de la línea ya no había nadie.

Genial. Otra vez a solas con sus pensamientos. Con sus pensamientos y con el «Elizabeth Cooper, hostia puta» de Jordan reverberando en su cerebro. Y si quería una opinión externa, ahí la tenía, más clara imposible, porque su amiga no tenía problemas para ser sincera. Ni para ser sincera ni para coger un avión a Kansas y presentarse allí, así por las buenas, según parecía. Joder... menudo despliegue de medios.

Se guardó el teléfono en el bolsillo de la cazadora antes de alzar de nuevo la mirada a las estrellas que allí seguían, ajenas a su desgracia y brillando como si nada, a millones de años luz de distancia. Y se rindió. Allí mismo. Se rindió del todo, porque estaba cansada y ya no aguantaba más. Porque odiaba a Samantha más que a nadie en toda su vida y apenas la conocía, pero Elizabeth «estaba enamorada de

ella ahora» y eso era más que suficiente. Y casi le sangraban los ojos cada vez que Cooper la miraba de aquella forma. ¡Maldita sea, Sandie!

–Maldito seas, Fall River, Kansas –maldijo a aquel pueblucho, escenario del desmantelamiento sentimental más eficaz de la historia–. ¡Maldito seas por siempre!

Lo exclamó antes de separarse del murete de piedra para seguir caminando. Caminando. ¿Pero caminando hacia dónde? *Ni te lo preguntes y camina, Davies*. Y si por una casualidad fruto del mero azar, si por deseo de la aleatoriedad del universo, acababa frente a su hotel... ¿quién era ella para negarse a subir a su habitación, decirle a Elizabeth «Simplemente cállate tú» y hacerle olvidar que en su vida anterior quiso a otra? Nadie, no era nadie. Una simple mortal, una marioneta en manos del destino.

Su móvil vibró en el bolsillo y le extrañó, porque era de madrugada, luego descubrió que era un mensaje de Jordan que rezaba: «¿¿¿Elizabeth Cooper?!!! Hostia puta, Sandie...» y ya no le parecieron tan raras las horas. No hizo amago de contestarle, entre otras cosas, porque no sabía qué contestar a eso. Elizabeth seguía siendo «Elizabeth Cooper» para Jordan, era la rara de la redacción, la maniática de los clips de colores, la que tenía pósits que le recordaban dónde tenía los pósits. ¿Acaso podía criticar la reacción de su amiga? ¡Si ella misma habría hecho lo mismo hacía un par de días! Y de repente Fall River, un karaoke y un beso a traición después, allí estaban...

*Uf, Sandie, Sandie, Sandie...*

–¿Sandie? –eso dijo la voz que hizo descarrilar el tren de sus pensamientos.

Y le sonaba, pero hasta que no alzó la vista para localizar a la dueña de aquellas palabras no supo que se trataba de Patty. La amiga de infancia de Elizabeth se encontraba a pocos metros de ella, sostenía la correa de Cupido mientras él olisqueaba el tronco de un árbol ajeno a todo lo que le rodeaba. Bendita ignorancia canina, casi le tenía un poco de envidia.

–¿Disfrutando del ambiente nocturno de Fall River? –ironizó Patty mientras se acercaba a ella para disgusto del perro, que vio truncada la minuciosa inspección a la que estaba sometiendo al abedul.

–¿Qué tal, Patty? –le devolvió el saludo forzando una sonrisa, en aquel momento hacía de todo menos «disfrutar». Se agachó para saludar a Cupido, quien la obsequió con un lametazo en la cara–. ¿No es un poco tarde para salir a pasear?

–Podría preguntarte lo mismo.

–Podrías –tuvo que admitir mientras se incorporaba.

–Cupido quería mear. ¿Cuál es tu excusa?

–Me gusta pasear por pueblos desiertos de noche –la esquivó, porque no le apetecía hablar del tema «Elizabeth» con Patty.

No le apetecía nada de nada, pero de repente pasó a apetecerle mucho, porque Patty dijo:

–Mentira, pero no importa. Elizabeth ya me ha dado su versión.

Y dicho esto echó a caminar sin más y Cupido la siguió meneando la cola en plan «sé algo que tú no sabes y que te mueres por saber». Y ella se negaba a actuar como una adolescente, no iba a seguirles toda desesperada preguntando «¿Qué ha dicho de mí? ¿Le gusto? ¿Se muere por volver a besarme?», pero es que, dejando dramas de quinceañeras a un lado... ¿Qué habría dicho Elizabeth de ella? ¿Le gustaba de verdad? ¿Se moría por volver a besarla? ¡Por el amor de Dios! ¿Se moría por besarla o no?

Guardó la compostura y durante un tiempo prudencial les siguió en silencio, con su interior en plena ebullición. Después carraspeó antes de rendirse a sus impulsos.

–¿Elizabeth te ha llamado? –inquirió, poniéndose a su altura y en un tono de voz más bien neutro. *Muy bien, Sandie, que no se note que te va la vida en ello.*

–Hace un rato desde el hotel –confirmó la chica. Dejó pasar unos segundos agónicos antes de añadir–. Vamos, te mueres por preguntármelo.

Le respondió con un «Pfff», en plan «sí, claro, lo que tú digas», haciéndose la digna, aunque la dignidad la había perdido hacía tiempo, más o menos en la misma época que Elizabeth la vergüenza con aquel «Pues deja que me arrepienta mañana». Su frase favorita de todos los tiempos.

–Samantha la engañó con Logan cuando aún estaban juntas –respondió sin importarle su falsa indiferencia.

Me cago en la leche. ¿Samantha? Joder con Samantha, estaba por todos lados, el puto don de la omnipresencia tenía Samantha. Que la había engañado hacía cuatro años. ¡Cuatro años! A ella la había atacado hacía cuatro minutos, besándola contra un árbol como si el mundo fuera a acabar mañana, y Samantha seguía en portada y ella no salía ni en la letra pequeña.

–Sí, algo había oído –medió masculló escondiendo sus manos en los bolsillos de la cazadora–. Samantha es muy popular.

Lo añadió molesta, pegándole una patada a una pequeña piedra mientras imaginaba que era la cabeza reducida de la ex de Elizabeth. Y no quería que se notara su decepción y pensó que había conseguido disimularlo, pero Patty frenó la marcha y la sujetó con suavidad del brazo.

–Te gusta de verdad –confirmó sin necesidad de cotejar datos. No le hizo falta preguntar y ella iba a negarlo rotundamente para proteger su orgullo, pero luego pensó que para qué y tan solo miró hacia otro lado en silencio–. Guau... sospechaba que ibas detrás de ella, pero pensaba que solo estabas tonteando.

–Esa es una creencia muy extendida –admitió oteando el firmamento, cualquier cosa para no mantener aquella conversación mirándola a los ojos–. Son años y años de fama.

–¿Y ahora es distinto?

–No sé cómo es ahora. De todas formas, ni siquiera importa. Solo sabe hablar de Samantha.

–No te quites tantos puntos, Sandie, te ha dejado vagando por las calles porque está acojonada.

Aquello captó su atención de manera inmediata. Porque si Patty sabía que Elizabeth la había condenado al ostracismo debía de saber también por qué.

–¿Te lo ha dicho ella? –tuvo que preguntarlo.

–Vamos a mi casa, anda, te dejaré dormir en la habitación de invitados. Démosle un respiro a Liz esta noche.

Sin decir nada más comenzó a caminar con Cupido a su lado y a ella no le quedó más remedio que seguirla, porque había dicho que Elizabeth estaba «acojonada». ¿Acojonada? ¿Acojonada como ella cuando pensaba «Joder, me estoy colando por Cooper»? Porque si aquel era el tipo de acojonamiento al que se refería Patty a ella le venía francamente bien.

\*\*\*

La casa de Patty era acogedora. En realidad, era la casa de los padres de Patty, pero hacía años que se habían mudado a una ciudad más grande y la chica la había reformado a su gusto a la vuelta de la universidad. Había convertido el dormitorio de sus padres en el suyo propio y a ella le tocaba dormir en la que fue su habitación durante la adolescencia. Y nunca, jamás, ni en un millón de años habría adivinado que, en su juventud, Patty había sido fan de los NSYNC, pero como medio millón de pósteres colgados en su pared no dejaban lugar a la duda. Y mucho se temía que le iba a costar bastante conciliar el sueño con Justin Timberlake observándola desde tantos ángulos diferentes.

–Sí, lo sé, era casi enfermizo –reconoció Patty al sorprenderla admirando su colección de discos y DVD.

La chica le había dejado algo de intimidad para que se pusiera el pijama y había bajado al piso inferior a preparar un par de vasos de leche caliente, al volver antes de lo previsto la pilló con el álbum *No Strings Attached* en las manos.

–No te ofendas, pero te hacía más de los Backstreet Boys –bromeó devolviendo el disco a su lugar en aquel santuario de la *boy band*.

–Los NSYNC les dan mil vueltas –aclaró antes de tenderle la taza de leche caliente–. Liz y yo fuimos al menos a un concierto de todas sus giras.

¿Perdona?

–¿Es una broma? –necesitó aclarar. Porque si no lo era, estaba a punto de entrar a una dimensión completamente desconocida del universo Cooper. ¿Elizabeth una *groupie*? ¡Venga ya!

Patty solo dio dos pasos, dos nada más, y cogió una foto que llevaría siglos encajada en el marco del espejo que colgaba sobre el escritorio de la estancia.

–¿Te parece esto una broma? –fue todo lo que dijo y le plantó la foto frente a las narices y no necesitó decir nada más.

*Madre mía, Cooper, quién te ha visto y quién te ve.* Una camiseta con la cara de JC

Chasez estampada en el pecho, una sonrisa en el rostro que apenas le cabía de lo grande que era y en mitad de un multitudinario concierto de la banda. Y no podía jurarlo, porque era solo una fotografía, pero se jugaría el cuello a que la morena estaba bailando al ritmo de uno de los *hits* del momento. Y quería reírse de ella, de verdad que sí, contarle en la redacción y poner en el YouTube *I Drive Myself Crazy* en repetición. Día tras día. Eso quería y en parte lo hacía, reírse de ella, claro que sí, porque se lo habían puesto en bandeja, pero es que por otra parte pensaba «Joder, qué bien le quedaban los *brackets*» y ahí la cosa dejaba de tener gracia.

–Seguro que tú también tienes un pasado oscuro –la acusó Patty sentándose en la cama. Y debió de percatarse de que miraba la fotografía de la morena con un poco más de interés del debido–. Vale la pena conocer a la de verdad.

Salió de su trance, dejando a la Elizabeth adolescente sobre la superficie del escritorio y carraspeó tomando asiento en la cama frente a Patty.

–No lo pone nada fácil –reconoció, porque los muros que la morena había construido a su alrededor formados por pósts de colores, clips y «típico, típico» eran casi imposibles de escalar. El equivalente al Everest en el terreno de las barreras metafóricas.

–Tiene sus motivos –defendió a su mejor amiga antes de dar un sorbo a la leche.

Y eso de que Elizabeth tendría sus razones para comportarse así ya se lo imaginaba ella, hacía tiempo que sabía que aquella no era la verdadera, porque el disfraz se le estaba desintegrando poco a poco de tanto usarlo y por algunos rotos ya se veía lo que había debajo. Sabía que «algo» impulsaba a la morena a permanecer escondida entre los jirones y aquella era su oportunidad de desvelar su secreto, de dar nombre a aquel «algo», de conocer al escultor de la Elizabeth de mármol.

–¿Samantha?

Patty se levantó de la cama, abrió un cajón del escritorio, sacó un álbum de fotos, se lo tendió como toda respuesta y ocupó su lugar en el colchón. Sandie la miró un par de segundos antes de comprender que no iba a añadir nada a aquel gesto y decidió pasar la primera página.

Fotos y fotos y más fotos de Patty, Elizabeth y otra gente que no había visto en su vida. La fiesta del décimo cumpleaños de Patty, la del undécimo de Elizabeth, niñas disfrazadas y niñas jugando en la piscina posando frente a la noria más alta que habían visto jamás en Fall River y riendo, sobre todo riendo. Y de repente, una chica nueva entra en escena. Le costó un poco darse cuenta de que era la Samantha adolescente, y con su llegada en las instantáneas comenzaban a producirse desapariciones. El grupo de chicas que había acompañado a Patty y a Elizabeth a lo largo de los años se veía diezmado, como la población europea en el siglo XIV. La peste negra llegó a Fall River con algo de retraso.

–La homosexualidad en Kansas no ha estado nunca muy de moda –dijo Patty–. En cuanto se enteraron de que Elizabeth y Samantha estaban juntas se dieron

mucha prisa en irse, no se les fuera a pegar algo. Panda de perdedoras –masculló aún molesta a pesar del tiempo transcurrido. Y le dio un sorbo grande al vaso de leche, como si fuera *whisky* del bueno y fuese a ayudarle a olvidar.

–¿Se largaron porque Elizabeth era gay?

–Y porque eran gilipollas –confirmó Patty con litros de desdén empapándole la voz–. Espero que sean muy felices con los pichaflojas de sus maridos, una ya tiene un bombo... buena suerte, Lorie, Dios quiera que no herede tu nariz.

–No debió de ser fácil –admitió con un poco de lástima por aquella Elizabeth que, a pesar de todo, sonreía.

Al menos frente a la cámara lo hacía.

–No, no lo fue, porque además de largarse lo pregonaron por todo el instituto. La apodaron «Lizbiana», menuda imaginación, un diez en originalidad. El mote pervivió hasta la graduación, junto con insultos, decoraciones de taquilla con muy poco gusto...

–Cabrones –dijo pasando de una en una las páginas del álbum.

Patty aparecía junto a Elizabeth en todas las instantáneas con un par de chicas más, las únicas supervivientes de aquel naufragio frente a las costas de la homosexualidad. Y Samantha no salía en todas, pero cuando lo hacía Elizabeth sonreía diferente. Vaya sorpresa y vaya sonrisa. Vaya sensación más desagradable en la boca de su estómago, por cierto, porque después de tres años de intentos fallidos, aún esperaba que la morena le sonriera así a ella.

–A partir de aquello Liz se fue encerrando poco a poco, supongo que no es fácil confiar en la gente después de que tus mejores amigas cuelguen un *collage* con fotos tuyas montándotelo con las Spice Girls por todas las taquillas del instituto.

¿Las Spice Girls? ¿En serio? No sabía a ciencia cierta cómo debió de sentirse la morena durante aquellos años de instituto, a ella nunca la habían acosado, pero podía imaginarlo. Tener que asistir durante siete horas al día, cada día, a un lugar donde te menospreciaban, te rechazaban y te insultaban no se le antojaba muy agradable. Pero hacía años de eso, ¿verdad? Ahora todos eran adultos, viviendo en un mundo de adultos. Había abandonado aquel pueblo de retrógrados de mentalidad cuadrada. Todo aquello quedaba atrás.

Y de repente se acordó de Elizabeth sentada sola en su mesa de la redacción mientras el resto de la plantilla se meaba de la risa con los vídeos de la fiesta de Navidad. Recordó lo de «mujer biónica» y «ser nacido sin ombligo», y la cara que ponían todas cada vez que se le ocurría algo como lo del *feng shui* en la oficina. Y, a lo mejor, en cierto modo no había pasado tanto tiempo, tal vez Elizabeth seguía en el instituto a pesar de su graduación.

–Lo de Samantha fue aún peor. –La voz de Patty interrumpió sus pensamientos –. Nunca tuvo las narices de decirles a sus padres que estaban juntas. Y Elizabeth estaba loca por ella, en serio.

–¿Estaba? Deberías ver cómo la mira ahora y a lo mejor conjugas diferente –le

sugirió antes de sorber de su vaso, seguro que la leche caliente le ayudaba a tragarse aquel nudo de mala hostia.

Patty la observó por unos segundos y aquella mirada le sonó a «no sé si debería estar haciendo esto».

–Elizabeth me mataría si supiera que te estoy contando todo esto. –Primera impresión corroborada.

–¿Y por qué lo haces?

–Porque no me pareces tan sabandija asquerosa como dice ella, estás aquí a las dos de la madrugada mirando sus fotos y escuchando sus batallitas y nadie hace eso si solo va detrás de un polvo.

¡Gracias al Señor! Por fin alguien admitía que sus intenciones con Elizabeth podían no ser tan libidinosas como ella se pensaba. Por fin un voto de confianza. Un acto de fe. Un respiro en aquel ambiente cargado de animadversión hacia su persona.

–Por eso y porque Elizabeth me ha llamado flipando porque Samantha la engañó y porque lleva hiperventilando desde la noche que pasó contigo después del *Girls Just Want to Have Fun*.

Si se deja a un lado todo lo de Samantha... hiperventilando, ¿eh? Interesante de verdad. Aquel ataque por sorpresa a la salida de la cena con Samantha y Logan le había dado alguna pista, pero aquella era la solución completa al final del libro. Elizabeth estaba hiperventilando y por fin había reconocido ante alguien que Sandie Davies no la dejaba indiferente.

–No quiero que vuelva a sufrir por culpa de Samantha –añadió Patty–. Y sé que sigue enamorada de ella, pero también sé que ha empezado a sentir cosas por ti.

¿Perdona? ¿Que Elizabeth sentía qué por quién? ¡Toma ya! Aquello era como una puta fiesta de pijamas y ella no las había celebrado ni a los trece, porque eso de quedar para cuchichear «a quién le gusta quién» le había parecido siempre una gilipollez. Pero es que había dicho que Elizabeth sentía cosas por ella. ¡Elizabeth! ¡Por ella! Y si Jordan pudiera verla en aquellos momentos le partiría la cara por dos o tres sitios a la vez por ser tan mema.

–¿Te lo ha dicho ella? –lo tuvo que confirmar, porque a lo mejor la que estaba flipando era Patty.

–Sí –sentenció y justo cuando todas las células de su organismo iban a empezar a interpretar la danza de la victoria la chica se lo pensó mejor–. Bueno, no con esas palabras.

¡No sigas hablando, mujer, el sí quedaba perfecto! Y sus células se miraban algo confundidas como diciendo «¿Empezamos o...?».

–Nunca reconoceré habértelo contado delante de Elizabeth, pero... ha dicho que no sabe qué le pasa contigo. Que había venido aquí para recuperar a Samantha, Dios no lo quiera... –pronunció esa frase mientras se santiguaba–. Y que no sabe qué le pasa contigo. Estaba bastante alterada, la verdad.



Joder con Patty, qué habilidad más pasmosa para las interpretaciones. «Siento cosas por ti» era un bombazo. ¿«No sé qué me pasa contigo»? Un ridículo conato de confesión. Así de claro. Una mierda. Pasar tan alegremente de lo uno a lo otro le parecía un poquito arriesgado, porque a lo mejor se estaban perdiendo algún matiz por el camino.

–¿No sabe lo que le pasa conmigo? –Frunció el ceño contrariada.

–Está confundida, Sandie –explicó aquella «experta en Elizabeth Cooper».

–En cambio lo de estar enamorada de Samantha lo tiene muy claro –masculló y se dejó caer de espaldas sobre la cama tapándose la cara con las manos. ¿Dónde demonios se había metido?

Y eso se estaba preguntando. Que dónde demonios se había metido. Cuando, de repente, Patty la sujetó por los brazos obligándola a incorporarse de nuevo con poca delicadeza. La tomó por los hombros, se posicionó a pocos centímetros de su cara y le dijo:

–Escúchame, Sandie, y escúchame bien. Elizabeth Cooper lleva cuatro años sin ojos para nadie más que para Samantha. ¡Esa chica le arrancó el corazón de cuajo y se lo dio de comer a sus cerdos vietnamitas! ¡A sus cerdos vietnamitas, Sandie! Y aun así, Elizabeth sigue tan colgada de ella que da hasta pena verlo. Entonces llegas tú. Tú. Le cantas una canción en un karaoke, la besas, os acostáis y ahora no puede pensar en ti sin que le tiemblen hasta las pestañas. Y tiene más miedo que alma como para reconocer que siente cosas por ti, pero lo lleva escrito en la cara y si tú no tuvieras el mismo miedo que ella, ya lo habrías visto.

Y abrió la boca para decir algo, no sabía muy bien el qué, pero ese monólogo se merecía una respuesta, aun así, Patty no la dejó intervenir porque, al parecer, no había acabado todavía.

–¡Meses, Sandie! Meses me pasé consolándola después de que Samantha la dejara así sin más y créeme cuando te digo que no estoy dispuesta a pasar por lo mismo otra vez. Esa chica le robó hasta la última gota de autoestima y su confianza se la llevó prestada y aún no se la ha devuelto. Elizabeth es mi mejor amiga y no puedo permitir que vuelva a pasarle lo mismo. Samantha es la piedra con la que tropezaría mil veces más si no se la quitamos del medio del camino. Así que quitémosla, Sandie. Quitémosla.

Y todo lo que Patty decía sonaba muy bien, de verdad que sí, pero es que la chica no había visto la cara de boba que se le quedaba a Elizabeth cuando Samantha estaba delante. Que la miraba como si estuviera viendo la puta aurora boreal en pleno Polo Norte, los fiordos noruegos o a Olivia Wilde sin camiseta. Así la miraba. Alucinada.

–No sé si será tan fácil quitarla. Es su piedra favorita –dijo dubitativa.

–Y tú eres Sandie Davies –rebató Patty antes de tomar el vaso vacío de entre sus manos y levantarse de la cama.

¡Joder, pues claro que sí! Ella era Sandie Davies. ¿Y qué si Elizabeth estaba

enamorada de otra? Eso nunca había sido un obstáculo. ¿A cuento de qué esa súbita falta de confianza en sí misma? ¡Si había conseguido tener comiendo de su mano a una puta monja lesbiana de Las Vegas y no había querido ir más allá por respeto a Jesucristo! Y a Samantha no la tenía en tan alta estima, así que lo llevaba claro.

–Sandie, si no lo haces por Elizabeth, hazlo por ti. Porque me parece que esa piedra también te estorba.

Se dirigió a la puerta con los vasos vacíos en las manos.

–Gracias por la charla –le dijo antes de que saliera–. Para ser una *groupie* de los NSYNC no ha estado mal.

–Como le cuentes a Elizabeth algo de esto tendré que matarte –le avisó ya en el marco de la puerta–. Buenas noches, Sandie.

–Bye Bye Bye –entonó el hit de la *boy band* como despedida.

–Número uno en cinco países –le informó antes de cerrar la puerta tras ella.

Sonrió.

Bendita seas Patty «no me sé tu apellido». Le había abierto las puertas de su casa y las de la infancia de Elizabeth también, le había confiado que la morena no podía pensar en ella sin que le temblaran hasta las pestañas. Y al final la noche no había terminado tan mal. Se levantó de la cama, acercándose a un corcho del que colgaban varias fotografías, una ventana al pasado de Elizabeth, una indiscreta. Había recibido una lección magistral sobre la gestación de la personalidad de la morena y eso de los muros de piedra inexpugnables que la rodeaban ya no le sorprendía tanto. Paseó su mirada por las instantáneas sintiéndose un poco *voyeur*, recordó cómo la había besado la chica de las fotografías hacía apenas unas horas y le quemaron un poquito los labios, así que decidió dejar de pensarlo. Joder con Elizabeth Cooper y aquella forma de besar.

Minutos después estaba metida en la cama de aquella habitación de adolescente y varios pares de ojos de estrellas del pop de los noventa la observaban desde su posición en la pared. Elizabeth una fan de los NSYNC... había que joderse. Una pieza más para su puzle.

–¿Qué me dices, Justin? ¿Tengo alguna posibilidad con ella? –preguntó mirando al rubio en el póster que quedaba justo al lado de la cama.

Y no hizo falta que le respondiera, porque estaba convencida de que sí, y Elizabeth «no sabía qué le pasaba con ella», pero estaba más que claro y era hora de quitarle la venda de los ojos de una vez. Samantha estaba a punto de pasar a ser historia, y de la antigua, además.

Porque como dirían sus compañeros de habitación...

*It's gonna be me.*

## Las cartas sobre la mesa

No podía dejar de pensarlo. ¿Por qué demonios no podía dejar de pensarlo? Se había pasado la noche en vela, con los ojos como platos, más despierta que en toda su vida. Es que había contado a todas las malditas ovejas de Nueva Inglaterra dos o tres veces y ni aun así consiguió conciliar el sueño, porque no podía dejar de pensarlo. Eran ya las seis y media de la mañana y continuaba dándole vueltas, como si no tuviera nada mejor que hacer.

*Maldita sea, Elizabeth Cooper.*

Aquel «No, tú no vienes» y la cara que se le había quedado. Aquellos ojos que segundos atrás habían sufrido *overbooking* de deseo de repente parecían decir «¿Pero qué coño...?», de un momento para otro se le había olvidado cómo comprender su lengua materna. ¿Y qué decir de aquel ataque por sorpresa a la rubia? Porque le había sorprendido hasta a ella, la verdad. Y le gustaría poder decir que se arrepentía de haber acorralado a Sandie contra el tronco de un árbol, que se avergonzaba de haberla besado de aquella manera, de haber enredado las manos en su pelo y de tenerle tantas ganas. De verdad que le encantaría poder decirlo sin mentir, pero llega un momento en la vida de toda persona en la que tiene que sentarse frente a frente consigo misma y poner todas las cartas sobre la mesa, bocarriba. Sin guardarse ninguna en la manga. Todas. Y ese momento le había llegado la noche anterior, entre beso y beso, cuando se dio cuenta de que estaban solas y le daba igual que Samantha no estuviera mirando. Porque no tenía ningún motivo para acercarse a Sandie, ninguno más allá de aquellas ganas impresionantes de tenerla cerca que la habían asaltado como si fueran un maldito tsunami que llegaba sin avisar.

Y después de eso se había pasado media noche descubriendo sus cartas en la intimidad de su habitación, con cuidado, porque nadie más debía verlas. Esperando que su compañera de trabajo entrase por la puerta en cualquier momento dispuesta a terminar lo que ella había empezado en aquella calle desierta, pero no apareció y se quedó con las ganas. Esa era una de las cartas que había dejado al descubierto en el vis a vis consigo misma y, aunque llevaba bocarriba desde la noche del *Girls Just Want to Have Fun*, no había querido mirarla. Porque eso de que Sandie Davies hubiera dejado de darle alergia desafiaba toda lógica y había puesto patas arriba los fundamentos más esenciales de la existencia misma, que el Calvin Klein se hubiera

convertido en uno de sus aromas favoritos en el mundo entero era una bofetada en toda la cara del equilibrio cósmico del universo. ¿Que aquella sonrisa de medio lado hiciera que su corazón se saltara un latido cada vez que la veía? Simplemente desconcertante. Incomprensible. Increíblemente absurdo y aun así cierto, incuestionable como las tablas de multiplicar. Y asumirlo casi le había costado una embolia, pero al final se había rendido ante las vergonzosas evidencias.

Y si Sandie era la carta número uno, la número dos ponía la guinda al pastel de aquella fiesta de pijamas sorpresa. Samantha.

Porque verla junto a Logan le ponía físicamente enferma y le hacía hervir la sangre en las venas hasta el punto de la evaporación, porque se le retorció el alma de forma demasiado dolorosa cada vez que sonreía a su prometida de aquella manera. Samantha la había abandonado hacía cuatro años, la había engañado con otra, obligándola a arrastrarse por un infierno sentimental al rojo vivo, pero su interior aún se convertía en gelatina cuando la miraba a ella. Porque el tiempo no había pasado cada vez que decía su nombre. Y que continuaba enamorada de la veterinaria era tan obvio que chocaba de frente y sin frenos con lo que quiera que fuera que estuviera sintiendo por Sandie en aquellos momentos.

Y había llamado a Patty desesperada, esperando encontrar la brújula que le ayudara a orientarse en aquel laberinto sin salida y, tras colgar el teléfono igual de perdida que al principio, marcó el número de Megan sin importarle las horas. Su compañera de trabajo primero dudó de la veracidad de la información, después alucinó de una forma casi psicótica y, una vez estabilizada de nuevo, pasó a hacerle todo tipo de preguntas.

«¿Es tan alucinantemente alucinante como dicen?», «¿Cómo besa?», «¿Cómo folla?», «Son operadas, ¿verdad?». Y a ella le costó un mundo entero responderle, porque la verdad era que «Sí», «Increíble», «Para morirse» y «Son muy de verdad». La verdad era que de repente solo pensar en ella hacía que le subiera la adrenalina hasta desbordar el vaso y que cada vez que recordaba su aliento en su oído casi entraba en parada. Y todo aquello le hacía sentir cosquillas increíblemente agradables en su anatomía al completo. Sandie Davies le hacía sentir cosquillas agradables por el cuerpo entero.

Y a Megan eso de que se la hubiera trajinado le parecía muy bien, casi hasta le aplaudió y le hizo la ola. Que le tenía «envidia sana», eso le dijo. Pero después el «No sé qué me pasa con ella» debió de encenderle todas las alarmas porque se volvió loca, pero loca de verdad, con mayúsculas. Que si se estaba escuchando a sí misma, que si no se acordaba de quién hablaban, que era Sandie Davies por el amor de Cristo Santísimo, que un polvo con ella estaba perfecto, pero que lo demás era un absoluto suicidio y que le prohibía volver a acercarse a la rubia.

Repíteme conmigo: «Sandie Davies es caca. Sandie Davies es caca».

Y así hasta que le colgó, porque Sandie Davies sería lo que fuera, pero lo disimulaba muy bien y le había secado más lágrimas con el pulgar en los últimos

tres días que nadie en toda su vida, le había sacado una sonrisa con una facilidad pasmosa en plena crisis emocional. De cero a cien en un segundo.

Y aceptar la realidad de su deseo carnal por Sandie le perturbaba bastante, la verdad, pero lo que le angustiaba hasta el borde del ataque de nervios era la intimidad de aquel pulgar contra su mejilla, el «Llevo tres años persiguiéndote, Cooper. Tengo derecho a estar celosa» y la mirada que le dedicó antes de estrellarse contra su boca. Porque iba por la vida con la cara de una estrella de cine y su sonrisa le desmontaba el alma en piezas casi diminutas, pero lo que le asustaba de verdad era que debajo de aquel envoltorio realmente atractivo se encontraba la chica que había alegrado uno de los peores días de su vida desde el escenario desgastado de un bar de karaoke.

Esos eran básicamente los pensamientos que la habían mantenido despierta la práctica totalidad de la noche. Y gracias a Dios ya estaba amaneciendo, pero la luz del día traía consigo una nueva pregunta. ¿Dónde estaba Sandie? Cuando la dejó allí plantada en mitad de la calle con la ropa descolocada y esa mirada de niña a quien le acaban de arrancar su caramelo favorito de las manos, no pensó que fuera a pasar en la calle la noche entera, la verdad. Solo buscaba un par de horas para poder aclararse las ideas, un tiempo muerto de aquel calor abrasador que le nublabla el juicio, apartarla un poco de ella por el bien de su salud mental y una oportunidad de poder reforzar el telón de acero antes de que se acostara a su lado. Era todo lo que quería.

Consultó su despertador. Las siete y media de la mañana. Casi ocho horas desde el «No, tú no vienes» y se lo había tomado al pie de la letra. ¿Dónde demonios se había metido? Se incorporó en la cama justo cuando unos golpes en la puerta anunciaron la presencia de alguien tras ella. Se levantó, alisándose el pijama por mera costumbre, y abrió segura de la identidad de quién esperaba al otro lado.

–¿Dónde has pasado la noche? –inquirió al verla allí de pie.

La miró mientras Sandie se apoyaba contra el marco de la puerta inclinada un poco hacia delante, hacia ella.

–¿Te interesa? –respondió con otra pregunta y levantando una ceja con interés.

Tonteando, siempre tonteando, es que no cerraba ni por vacaciones. Y no le contestó, porque era obvio que sí, pero no quería darle la satisfacción de confirmarlo.

–¿Has estado en la calle toda la noche?

Optó por continuar el interrogatorio y la siguió con la mirada mientras ella entraba en la habitación, se quitaba la cazadora y la tiraba sobre la cama deshecha.

–Suelo tomarme al pie de la letra los «No, tú no vienes» –explicó sentándose en el colchón y observó por un momento las sábanas revueltas–. ¿Mala noche?

Y la verdad era que las había tenido mejores, pero no iba a confesarle que ella había sido una de las dos razones causantes de su insomnio.

–Siento lo de ayer, Sandie –confesó con los brazos cruzados en mitad de la

habitación. No se atrevió a acercarse más a la rubia, porque aún podía sentir aquel pelo ondulado deslizarse entre sus dedos.

–«Lo de ayer» –repitió recostándose sobre el colchón con las manos tras la cabeza–. Ayer pasaron tantas cosas que vas a tener que ser más específica.

–Siento haberte dejado en la calle, no tenía ningún derecho a prohibirte que vinieras.

–No te preocupes, nunca me ha sido muy difícil encontrar camas en las que pasar la noche.

Ella no pudo evitar que su ceño se frunciera al escucharla, porque, ¿en qué cama había pasado la noche Sandie? Se arrepintió de su falta de control en cuanto vio aquella media sonrisa perfilar los labios de la rubia, era una de las de «objetivo conseguido». Pero no tuvo mucho tiempo para reprochárselo nada, porque Sandie se incorporó en la cama y, de nuevo sentada, volvió al ataque.

–Como decía: ayer pasaron tantas cosas, ¿sientes alguna más, Cooper?

Y si le hubiera preguntado directamente «¿Te arrepientes de haberme besado?» no habría quedado más claro. Era tan obvio aquello a lo que se refería que notó cómo empezaban a arderle las mejillas sin necesidad de más aclaraciones. Porque decir que lo sentía era mentir con la cara más dura del mundo, pero no decirlo tenía sus implicaciones, unas implicaciones bastante serias que no sabía si estaba dispuesta a asumir. Sandie la miraba traspasándola, como si dijera «lo sé, aunque no lo digas, pero dílo de una vez». Y durante unos segundos se debatió internamente, dividida entre un no y un sí que se disputaban el partido más igualado de la historia de todos los deportes. Uno por ser verdad y el otro por ser lo único que la separaba del desastre de rendirse ante Sandie Davies. Porque lo sería, un desastre, seguro. Pero la rubia continuaba mirándola de esa forma condenadamente intensa, presionando, y apostaba que aguantando la respiración.

Y cuando, en ese preciso momento, escuchó el sonido de su teléfono móvil reclamándola desde la mesilla sintió volatilizarse el peso de cien mil millones de «no hay escapatoria» sobre su pecho y de repente respirar le era mucho más sencillo. Y Sandie no dijo el «hostia puta» en voz alta, pero casi se escuchó igual de bien, porque su cara de «¿Ahora? ¡No me jodas!» era un altavoz de los potentes y gritaba como si estuviera viendo alejarse a velocidades cósmicas el momento más esperado de toda su vida, así que casi le dio un poco de pena.

Respondió sin tan siquiera consultar el nombre de quién llamaba en la pantalla, se había convertido en su persona favorita en el planeta Tierra, así, en un momento. Seguidamente, en otro fugaz segundo, descubrió que era Megan y la Tierra se quedó sin favoritismos de nuevo porque la saludó con un «Espero que haya sido una pesadilla, Cooper» y ella miró a Sandie de reojo, lo último que necesitaba en aquellos momentos era que la rubia descubriese que había ido pregonando su fugaz encuentro a diestro y siniestro. Combustible para su ego y de eso ya iba sobrada.

–Megan, ahora no puedo hablar –dejó claro ante todo aun a sabiendas de que no

serviría de nada.

–¿Estás con ella? –preguntó como si aquello fuera un sacrilegio. Y realmente casi lo era.

–¿Puedo llamarte luego?

–«Luego» es «demasiado tarde» en mi idioma –replicó echando por tierra toda esperanza de procrastinación–. Maldita sea, Cooper, estás fuera tres días y se te olvida quién eres... peor: se te olvida quién es Sandie Davies –así comenzó su rapapolvo–. Porque mucho decías que si amanecía el día en que ella te gustara te pegarías un tiro y desde aquí se te oye muy viva.

–Olvídate por un segundo de todas esas cosas que decía y escucha lo que digo ahora: no es un buen momento para hablar –insistió con voz cortante a pesar de que a Megan esos tonos nunca le habían impresionado demasiado.

Y es que la estaba viendo de reojo, observándola con una expresión divertida en el rostro, porque seguro que sabía de sobra la razón por la cual aquel no era un buen momento para hablar. Ella. Y no necesitaba confirmación para estar segura de que realmente la rubia estaba al tanto de los entresijos de aquella conversación imposible, pero Sandie se levantó de la cama y dijo:

–Cooper, me voy a la ducha para que podáis... «hablar». –Y ese «hablar» era un «confirmado» como la copa de un pino–. Saluda a Megan de mi parte –añadió antes de desaparecer tras la puerta del baño.

Maldita sea. Ahora Sandie sabía que ella sabía que lo sabía. Resumiendo, que las dos lo sabían y aquello no le venía nada bien, la verdad. Porque de repente lo de que no se arrepentía de haberla besado era un hecho mundialmente conocido y se le habían agotado las excusas para la próxima vez que se lo preguntara. No le quedaba ni una, cierre por liquidación. Bufó contrariada antes de volver a dirigirse a Megan, amparada por el sonido del agua cayendo en la ducha.

–Muchas gracias, ahora Sandie sabe que te lo he contado todo. ¡Ahora sabe que le doy importancia a lo que ha pasado entre nosotras!

–Por si la forma en que le comiste la boca ayer no se lo había dejado claro... –ironizó su amiga–. Mira, Cooper, te llamaba con la esperanza de que realmente hubiera sido una pesadilla, pero este dramático giro de los acontecimientos me obliga a decirte... ¡¿En qué demonios estás pensando, Elizabeth?! ¡Es Sandie Davies! ¡Joder, que llevas viéndola en la redacción cosechando conquistas tres años! ¡Que por su cama han pasado más mujeres que por Bloomingdales en las rebajas! ¡Que por mucho menos te convalidan primero de Ginecología, por el amor de Dios!

Y se alejó de la puerta del baño todo lo posible tapando el altavoz de su teléfono, porque la voz de Megan estaba alcanzando volúmenes inimaginables.

–«Echar un buen polvo con Sandie Davies es exactamente lo que necesitas» –repetió las palabras de su amiga de hacía unos días–. ¿Te suena de algo?

–¿Que si me suena de algo? ¡¿Que si me suena de algo?! Me suena a «echar un buen polvo», Cooper, no a «no sé qué me pasa con ella», «me cantó Time After Time»,

«besa increíble»...

–Fue *Girls Just Want to Have Fun*.

–¡Me importa una mierda! ¡Como si te cantó los grandes éxitos de *Barnie*, el dinosaurio! ¿Es que no lo ves? Solo quería llevarte a la cama. Y sería genial si tú solo quisieras que te llevara a la cama.

Esa conversación comenzaba a acelerar sus pulsaciones, porque Megan estaba dando en el blanco de todas las dianas conocidas por el ser humano. Una puntería pasmosa. Y ella sentía latidos en las sienes, porque no sabía qué era lo que quería de Sandie, pero algo quería seguro y ya no era un secreto para nadie.

–No sabes lo que quiero.

–Dímelo tú.

–No lo sé, Megan, ¿vale? No sé lo que quiero. Precisamente por eso ayer te llamé, porque quiero a Samantha y no sé qué quiero de Sandie –susurró al auricular, por nada del mundo quería que aquella conversación llegara a oídos de la rubia.

–Joder, Samantha y Sandie, Liz. ¿Y no te hace tilín nadie más? No sé, ¿la puta madrastra de *Blancanieves*? ¿No? ¿No es tu tipo? ¿Extremadamente atractiva por fuera y pura maldad por dentro?

Y de repente el sonido del agua de la ducha se cortó en seco y ella sintió cómo todos sus órganos internos se ponían en alerta.

–Megan, sinceramente, esta conversación no me está ayudando en absoluto –dijo con toda la tranquilidad que pudo aparentar.

–Elizabeth... –le advirtió su amiga desde el estado de Nueva York.

–Sandie va a salir de la ducha y no puedo seguir hablando contigo.

–¿Que Sandie va a salir de dónde?

–Hablamos luego, ¿de acuerdo?

–Elizabeth Cooper, ¡no te atrevas a colgarme...!

Y ya no escuchó más porque se había atrevido sin pensárselo siquiera. Dejó el móvil a un lado e hizo lo mismo con las advertencias de Megan, porque Sandie salió del baño envuelta en una toalla y lo del «Solo quiere llevarte a la cama» no sonaba tan mal como cuando lo decía su amiga.

–¿Ya habéis terminado de hablar de chicas? –se burló la rubia mientras rebuscaba entre la ropa de su bolsa.

–Era una llamada de trabajo, Davies –mintió descaradamente y cuando Sandie la miró alzando una ceja a ella le costó tragar.

–Tú siempre tan profesional, Cooper.

Y con eso quería decir que sí, que claro que hablaban de trabajo, dándole la razón por no ir más allá, porque aún estaba medio mojada y a lo mejor tenía frío. Se obligó a apartar la vista de la rubia y a meterse ella misma en la ducha, si la observaba más de la cuenta recordaría por qué la noche anterior no se había parado a pensar ni medio segundo antes de besarla.



\*\*\*

Era incomodísimo el nivel de tensión que se concentraba sobre la mesa de la cafetería donde desayunaban, océanos enteros de presión comprimidos entre ambas. Al menos ella lo sentía así y casi se estaba ahogando, Sandie mientras tanto extendía mantequilla sobre la superficie de una tostada y ni le temblaba el pulso ni nada. Tenía miedo de mirarla mucho o demasiado poco, de que la rubia le preguntara de nuevo si se arrepentía de algo que volvería a repetir mil veces más si tuviera la oportunidad. Intentando controlar hasta las veces que pestañeaba por minuto.

Agotador.

–Relájate, Elizabeth –escuchó de pronto a su compañera de mesa–. Solo fue un beso. Yo también hago cosas estúpidas cuando estoy disgustada.

Y la miraba masticando su tostada como si nada, porque «Solo fue un beso» y con eso le bastaba, porque eso de «hacer cosas estúpidas» para Sandie era lo más normal del mundo, el pan nuestro de cada día debía de ser para la rubia ir por ahí besando chicas cuando estaba disgustada. E iba a contestarle algo, aunque aún no había decidido qué, pero ella no la dejó.

–No quiero estar en tensión lo que nos queda de viaje. Así que solo quiero saber una cosa, y contestes lo que contestes lo dejaremos así, ¿de acuerdo?

Le sostuvo la mirada, con el corazón acelerado luchando por escapar de la cárcel que era su caja torácica. Porque las cosas le parecían mucho más simples en aquellos tiempos en los que ni le dirigía la palabra, cuando no era más que una sabandija asquerosa que reptaba por la redacción, llamándola «preciosa» miles de veces al día sin esperar contestación. Y sospechaba cuál iba a ser la pregunta de la rubia de antemano y aun así seguro que suspendía el examen, porque tenía que decidir si decir la verdad o echarle cara, y a ella eso de echarle cara nunca se le había dado muy bien. Quería sopesar los pros y los contras, pero la rubia no le dio tiempo.

–Cuando me besaste ayer... ¿fue tan solo un impulso estúpido porque estabas cabreada y dolida por lo de Samantha?

Ahí estaba, sobre la mesa. Y Sandie había intentado hacerlo sonar casual, una pregunta sin importancia, pero la estaba mirando en espera de su respuesta, conteniendo la respiración y con algo escondido tras sus ojos que hacía que le escociera un poquito el alma, porque se parecía sospechosamente a un «por favor, di que no» encriptado.

*Muy bien, Elizabeth, «Mentir o no mentir» he aquí la cuestión, parecida a la de Hamlet, pero mucho más trascendente.* Ser fiel a la verdad era una opción que le asustaba bastante, el reconocer que la había besado sin otro objetivo que besarla, y es que lo había hecho por voluntad propia, casi casi por necesidad. Se le había secado la garganta sin previo aviso y hasta tragar saliva se había vuelto un reto

considerable. Sabía que tenía que decir algo, porque no podía sostener aquella mirada por mucho más tiempo, y de pronto se dio cuenta de que su silencio ya había contestado por ella, casi medio minuto con la pregunta colgada en el aire era suficiente respuesta. Porque para mentir le habrían sobrado casi los treinta segundos enteritos.

–No.

Lo verbalizó de todas formas, aunque no hiciera falta, y en cuanto aquel monosílabo abandonó sus labios fue como entrar en caída libre. Como romper la barrera del sonido o como cuando derribaron el muro de Berlín. Un antes y un después, había cruzado la línea del no retorno alcanzando la velocidad máxima y no había forma de volver atrás. Porque aquella negación ya no le pertenecía y Sandie la miraba como sin creerse lo que acababa de decir.

–No –la rubia repitió aquella palabra, a lo mejor necesitaba hacerlo para cerciorarse de que su significado era el mismo que hacía dos segundos.

–Eso he dicho y te recuerdo que contestara lo que contestara íbamos a dejarlo así –dijo rogando por que la rubia cumpliera su parte del trato.

Sandie se limitó a levantar las manos en señal de rendición y volvió a centrarse en sus tostadas, pero, esta vez, extendía la mantequilla con media sonrisa asomada a sus labios.

\*\*\*

–Cuando éramos más jóvenes solíamos subir aquí casi todos los días.

Karen era quien hablaba y con «aquí» se refería a los alrededores de una ermita de piedra construida hacía casi cien años en la cumbre de una pequeña colina. A sus pies Fall River y frente a ellas un paisaje de infinitos azules y verdes. Siempre había pensado que aquel era un buen lugar para casarse. Comprobó que su grabadora seguía funcionando antes de continuar la entrevista con la anciana y casi sin darse cuenta su mirada se desvió, una vez más, varios metros a su derecha.

Llevaba haciéndolo toda la mañana, como si hubiera perdido el control de sus globos oculares, iban por libre y siempre hacia el mismo lugar: Sandie. La conversación que habían mantenido durante el desayuno le seguía dando vueltas en la cabeza, incansable, perseverando y sin importarle las consecuencias. Le era imposible, físicamente imposible, no mirarla y recordar aquella sonrisa por encima de la mantequilla. En aquellos momentos la rubia reía mientras hablaba con Rose y, de repente, reparó en que la estaba observando y le dedicó una sonrisa. Otra más para su colección. Mierda, le salían tan bien.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntas? –preguntó de pronto Karen y le devolvió a la realidad por la vía rápida. Debía de haber visto el gesto que le había dedicado la rubia y se había confundido la pobre mujer.

–¿Juntas? Sandie y yo no... no somos... no estamos...

¡Estaba titubeando, por el amor de Dios! Lo que antes le habría salido de dentro

y con muchas ganas ahora luchaba por escapar de su garganta. Porque hacía unos días le enorgullecía el poder decir que Sandie y ella nada de nada, pero es que desde aquel tiempo feliz parecían haber pasado ya varias décadas y entre la rubia y ella habían transcurrido milenios. Porque la chica de la que apenas podía separar sus ojos no era la misma que había llegado al aeropuerto media hora tarde. O tal vez era la misma y ella nunca lo había querido ver. Una de dos.

–Oh, lo siento, querida –se disculpó por haberlo asumido sin más–. Pero haríais muy buena pareja.

Ni rastro del repelús por ningún lado y un poquito de «tal vez sí» inundándolo todo.

Horroroso.

Se volvió para mirar a Sandie y ella la estaba observando también. ¿Qué demonios estaba pasando entre las dos? ¿Lo había desencadenado su beso de la noche anterior? ¿Su confesión de aquella misma mañana? O tal vez todo llevaba gestándose desde el principio y aquello solo era la consecuencia lógica de años de fricción. Y de lógico no tenía nada, pero podía ser. Sacudió la cabeza e imitó a Karen, perdiendo su mirada en el azul del firmamento. Ni una sola nube. Menudas vistas.

Y de pronto, localizó la casa de Samantha allí abajo y el corazón se le saltó un latido y después se retorció en su pecho, agonizando, al acordarse de que iba a casarse con Logan. Y el acordarse de Logan le recordó que Sandie se la había follado en los baños de un bar de Nueva York y su corazón pasó de agonizar a entrar en plena parada.

*Tómate un descanso, Elizabeth, lo necesitas como el respirar.*

Se pasaron allí buena parte de la mañana, simplemente hablando con la pareja de ancianas y recorriendo el que sería el escenario de su renovación de votos. Por la tarde Sandie y ella iban a desplazarse a Oak Park, lugar de nacimiento de Rose y donde ambas se conocieron hacía más de medio siglo. Y la perspectiva de pasarse la tarde a solas con Sandie le apetecía mucho más de lo que le inquietaba.

Le apetecía. Estar con Sandie. Buf...

Tuvo tiempo de pasar un rato a solas con sus pensamientos gracias a que la rubia se ofreció a llevar a la pareja en coche a su casa mientras ella se quedaba allí dándole vueltas a aquella sección del artículo. Y la verdad era que para cuando Sandie regresó, no había avanzado nada. Su perturbada mente no le daba para más. La rubia la encontró en el mismo lugar en el que la había dejado, sentada en el murete de piedra que rodeaba la ermita. Un asiento de primera fila para el paisaje que se extendía ante ella. La escuchó llegar y la sintió sentarse a su lado, pero no quiso mirarla, los campos y los árboles eran mucho menos amenazantes.

–Podría acostumbrarme a esto –admitió la rubia, e iba a preguntarle a qué se refería, pero no le hizo falta–. Sin sirenas de ambulancias o de la policía, sin obras, sin atascos... Nueva York es una locura. ¿No lo echas de menos?

–A veces sí –contestó sin separar la vista del paisaje–. Supongo que vosotros los neoyorquinos estáis acostumbrados a todo eso.

–Yo no soy una neoyorquina. –La miró sorprendida. ¿En serio? Porque ella habría puesto la mano en el fuego–. Elizabeth, ¿qué clase de periodista eres? Nací en Nueva Jersey, toda mi familia vive allí.

Toda su familia vivía en Nueva Jersey. Ni siquiera se había planteado nunca que un ser como Sandie Davies tuviera familia, la verdad. Siempre había imaginado que nació de una probeta en las profundidades del infierno. La observó por unos minutos mientras ella oteaba el horizonte y de repente sintió ganas de saber más.

–¿Cuándo te mudaste a Nueva York?

–A los dieciocho, fui a estudiar Periodismo y me quedé.

–¿Y no lo echas de menos? –repitió la pregunta que le había formulado a ella y Sandie se encogió de hombros.

–Voy bastante a menudo en realidad.

–¿Para ver a tu familia?

De repente se encontraba cómoda hablando con la rubia. Y sin necesidad de alcohol. La vio sonreír ante su curiosidad y le encantó la forma en que la miró antes de responderle.

–No, le llevo la ropa sucia a mi madre y me la devuelve limpiita y planchada. –Fue su turno para sonreír.

–Podría creérmelo sin problemas, Davies –le advirtió y sintió cómo Sandie le propinaba un suave codazo en el costado–. ¿Te llevas bien con tus padres?

–Sí, solemos comer juntos casi todos los domingos.

–¿Sandie Davies es una chica familiar?

–¿No me pega? –La rubia alzó las cejas intrigada ante su comentario.

–Te imaginaba pasando los domingos en la cama con resaca.

–Joder, Cooper, tres años trabajando juntas y no sabes nada de mí –la acusó mirándola–. Es verdad que nunca te he interesado lo más mínimo. Un duro golpe a mi ego, te lo confieso –bromeó con ambas manos sobre el pecho.

Tuvo que sonreír de nuevo ante el dramatismo de aquel gesto y aguantar el aire en sus pulmones, porque la brisa mecía su pelo ondulado y el sol le pegaba de frente obligándola a entrecerrar ligeramente los ojos y así Sandie estaba guapa, pero de verdad.

–Bueno, estoy interesándome ahora –trató de arreglarlo.

–Y solo me ha costado tres años y mil trescientas millas.

–Más vale tarde que nunca. Eso dicen, ¿no?

–Eso dicen –coincidió la rubia mirándola con media sonrisa–. ¡Está bien! Ya que insistes te confesaré que casi todos los domingos voy a casa de mis padres en Nueva Jersey y casi todos los domingos pasa lo mismo: mi madre me dice lo guapísima que estaría con un vestido y yo le digo «Sí, mamá, la próxima vez» y mi padre me pregunta si tengo ya novia formal «porque yo a tu edad tenía dos hijas» –

imitó con voz grave que le hizo reír—. Después comemos, recogemos y vamos a ver un partido de béisbol *junior*, mi sobrina está en un equipo en el colegio, pero lleva toda la temporada con el culo pegado en el banquillo.

La sobrina de Sandie. Eso sí que le sonaba. Le sonaba a una mini Sandie diciéndole a las niñas en la guardería «Eres una puta monería, ¿lo sabías?» y al dibujo de un gato colgado del retrovisor de su coche.

—Suenan bien ese plan de los domingos.

—Sí, no está mal —concedió la rubia sonriendo—. ¿Qué haces tú?

—¿Los domingos? —preguntó, y Sandie asintió mirándola con curiosidad—. No quiero decírtelo. —Fue sincera y vio cómo la rubia fruncía el ceño contrariada.

—¿Por qué no? Yo te lo he contado —protestó.

—Vas a pensar que es aburrido.

—Deja que eso lo decida yo.

—Está bien. Los domingos por la mañana Megan y yo solemos salir a correr y por las tardes yo me voy a Central Park, le doy de comer a los cisnes y leo un libro. Me gusta estar allí porque me recuerda a esto. Como un oasis en medio de la gran ciudad —resumió. Se encontró con los ojos de Sandie y los evitó mirando al frente—. Te dije que era aburrido.

—No me parece aburrido, Cooper. Yo escapo de Nueva York en Nueva Jersey y tú en Central Park y lo tuyo es mejor porque no tienes que escuchar a mi padre preguntando cuándo voy a darle nietos —añadió consiguiendo que riera de nuevo.

Perdió la mirada en el paisaje una vez más, sin perder la sonrisa y haciendo caso omiso a la vocecilla interior que no hacía más que advertirle «Cuidado, Cooper, que estás cayendo», porque se estaba bien allí junto a Sandie. Durante un par de minutos se mantuvieron en silencio y no fue para nada incómodo, el «No sé lo que quiero de Sandie» de la conversación mantenida con Megan aquella misma mañana aún seguía ahí, pero parecía que se iba haciendo una idea, porque estaba descubriendo que le gustaba que Sandie la hiciera reír, y ya sabía que le gustaba besarla, cuando cantaba en el karaoke y que le secaba las lágrimas con el pulgar. Sintió un escalofrío recorrer su columna al recordar otra cosa que también le había gustado mucho, como un chispazo al recordar aquella noche que ambas habían pasado juntas en la habitación de su hotel. Intentó no mirarla, pero es que ya lo estaba haciendo, sin su permiso y a espaldas de sí misma, sus ojos recorrían sin prisas el perfil de la rubia y de pronto Sandie también le devolvió la mirada. Pillada por segunda vez en lo que iba de día. *Genial, Elizabeth.*

—¿Tienes hambre? —la rubia lo preguntó sin darle importancia al hecho de haberla sorprendido ensimismada desgastándole las facciones.

Miró su reloj, porque hasta entonces no se había dado cuenta de que sí, de que tenía hambre.

—¡Es muy tarde! —exclamó al ver la hora que señalaban las manecillas—. Según nuestro horario ya deberíamos estar comiendo en Oak Park —dijo al levantarse

como impulsada por un resorte de puntualidad interna.

–No existe «nuestro horario», ese horario te lo has inventado tú para intentar controlarlo todo y ahora es él quien te controla a ti. Irónico y triste a la vez. Como *La rebelión de las máquinas* del mundo de los planes.

Sandie hablaba mucho y se levantaba muy poco por no decir que nada, porque seguía con el culo pegado al muro de piedra contemplando el infinito. Con mucha calma y sin ninguna prisa. Y de repente recordó por qué «el estilo Davies» le crispaba un poco los nervios.

–Hemos quedado a las cuatro en el ayuntamiento con el alcalde del pueblo. Se llaman coordenadas espaciotemporales y son necesarias para que la sociedad funcione por mucho que a ti te estresen.

–Tú me estresas –contestó la rubia tranquilamente mientras se hacía con una bolsa de plástico que había dejado oculta a sus espaldas y junto al muro–. Me he tomado la libertad de coger algo de comer, supongo que podremos invertir aquí el tiempo que íbamos a invertir en comer allí, ¿no? ¿Esas coordenadas espaciotemporales son intercambiables en tu plan o el mundo colapsará si osamos modificarlas? –y lo preguntaba mientras le ofrecía una bolsa con el logotipo de una de las cafeterías de Fall River estampado en su superficie.

Miró el paquete, miró a Sandie y al coche, consultó una vez más su reloj e iba a decirle que no, que los planes existían para algo y que no estaba dispuesta a arriesgarse a llegar tarde a su cita con el hombre que iba a officiar la renovación de votos de Karen y Rose. Estaba a punto de echar a caminar hacia el coche farfullando «Eres una irresponsable» cuando una voz, desde algún inhóspito lugar dentro de su cabeza, la sorprendió con un «No seas estirada, siéntate y disfruta».

–¡Descanse, soldado! Permiso para comer concedido –bromeó la rubia al verla dudar–. Venga, Elizabeth, es tu preferido... –la tentó zarandeando el paquete frente a ella.

¿Su preferido? ¿Desde cuándo Sandie sabía nada sobre sus preferencias? Aquello le intrigó y su voz interna repitiendo lo de «Siéntate y disfruta» terminó de convencerla. Otra parte dissociada de su ser opinaba que era una vergüenza que cediese por tan poco, pero no protestó lo suficiente.

Se sentó y aceptó el paquete de manos de la rubia. Y Sandie no le había engañado, era su sándwich preferido. Pollo, atún, lechuga y salsa de yogur, sin bordes y ligeramente tostado. ¿Cómo demonios...? Miró a su compañera y se la encontró saboreando su propio sándwich mientras paseaba la mirada por lo alto de Fall River.

–Nunca te he dicho que este fuera mi sándwich favorito.

–¿Y no lo es? –preguntó Sandie mirándola con la comisura de los labios un poco manchada de mayonesa. Y no le dijo nada porque quedaba mona así. ¡Mona! ¿Sandie Davies le parecía mona?–. Lo comes siempre que te quedas hasta tarde en la redacción.

–¿Te sabes de memoria el menú preferido de toda la plantilla? –preguntó intrigada, dándole un mordisco al sándwich.

–No.

Y no le contestó nada, porque con ese «No» lo que en realidad quería decir era: «No, pero me sé el tuyo». Y aquello implicaba algo que ni siquiera se había planteado hasta ese momento. Vale que en aquel viaje a Fall River las dos habían bajado la guardia, pero es que quizás Sandie llevaba con la guardia bajada toda la vida. Tal vez eso de «Llevo persiguiéndote tres años» no era solo una frase que se había inventado al paso para robarle el aliento, porque se lo había robado a lo bestia, a lo mejor era verdad.

–¿Te gustaba vivir aquí? –la voz de la rubia impidió que continuara analizando aquel «No» y se lo pensó unos segundos antes de responder.

–La mayor parte del tiempo sí.

–¿Y la otra parte? –curioseó cambiando de postura en el muro de piedra.

Con una pierna a cada lado y mucho más cerca de ella. Considerablemente más cerca, aunque sin llegar a invadir su espacio personal. Y parecía que lo tenía todo muy bien calculado, pero seguro que le salía sin pensar.

–Bueno, cuando la única diversión es ir los viernes por la noche a cantar al karaoke llega un momento en que acabas cansándote.

–¿En serio? Yo no me cansaría nunca.

Sonrió al oírla, porque sonó muy de verdad, y pensó que ella no se cansaría nunca de verla cantar sobre el escenario de aquel karaoke de bar de pueblo. Porque los cuatro minutos del *Girls Just Want to Have Fun* se habían acabado demasiado pronto y no se había atrevido a pedirle que repitiera y porque, aunque dijera mil veces que no, siempre la miraba de reojo cuando cantaba en las fiestas de la redacción.

–¿Dónde aprendiste a cantar así?

–Tardes y tardes de sábado practicando con mi hermana –desveló la fuente de su talento musical–. Mis padres tenían un karaoke en casa y desde que éramos pequeñas nos gustaba jugar a ser cantantes. Es uno de mis sueños frustrados.

–¿Sandie Davies tiene sueños frustrados?

–¿Te sorprende?

–Un poco, tienes pinta de conseguir todo lo que quieres.

–¿Primero me paso los fines de semana de resaca y ahora siempre consigo todo lo que quiero? Elizabeth Cooper, creo que tienes una imagen un tanto distorsionada de mí –dijo convirtiendo el envoltorio de su sándwich en una bola que guardó en su puño.

–A lo mejor es la imagen que quieres dar –consideró aquella posibilidad y la rubia la miró durante unos segundos sin decir nada, sopesándolo en silencio.

–¿Y por qué iba a querer dar esa imagen?

–No lo sé, dímelo tú –la retó sosteniéndole la mirada y Sandie sonrió de medio

lado, pero sin nada que decir.

Aquellos ojos azules atraían los suyos como si fueran un maldito imán y por un momento tan solo se miraron con el «dímelo tú» haciendo equilibrios en el aire. Y juraría que Sandie le había examinado los labios fugazmente, justo antes de carraspear y levantarse del muro de piedra. La observó mientras se sacudía los pantalones y fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración, buceando en el azul de sus ojos, en el Calvin Klein y en aquella sonrisa de medio lado, sin bombona ni nada, y el corazón le latía raro en el pecho, como diciendo «Se necesita oxígeno para vivir, ¿sabes?».

–Demasiadas confesiones para una mañana –opinó la rubia–. Termínate ese sándwich mientras yo hago un par de fotos a este sitio y en diez minutos nos vamos, Cooper. No podemos olvidarnos de las coordenadas espaciotemporales.

Sandie lo dijo mientras se dirigía hacia el coche, presumiblemente para coger su cámara, y ella sonrió a la vez que negaba con la cabeza, sin dejar de mirarla. Porque aquello de las coordenadas espaciotemporales era una burla hacia ella, pero de las que sentaban bien. Y nunca había sido así con Sandie, pero comenzaba a pensar que siempre había sido esa la intención de la rubia. Le extrañó que después de tantos desplantes y tantos «muérete, Davies», continuara insistiendo siquiera, y es que le estaban sorprendiendo demasiadas cosas acerca de Sandie.

Siguió comiendo mientras la observaba hacer fotografías, subida por mil sitios e incluso arrastrándose por el suelo en busca del mejor ángulo. Parecía que la rubia se tomaba aquello bastante en serio y parecía también que Levi's había diseñado aquellos vaqueros pensando en su anatomía, porque madre mía cómo le quedaban. Estuvo a punto de pedirle que tomara una instantánea más del campanario de la iglesia, ya que cuando se agachaba era su mejor ángulo, y tanto admirar cómo aquellos pantalones se adaptaban al trasero de la rubia le llevó a recordar lo bien que se habían adaptado también sus manos y... *¡por Dios bendito, Elizabeth, deja de mirarla así, porque parece que en vez del sándwich te la estás comiendo a ella!* Apartó la vista de Sandie tan solo unos segundos, lo justo para poder decir que lo había intentado, y cuando volvió a mirarla la localizó subida en el muro de piedra, en una zona especialmente estrecha y haciendo equilibrios mientras intentaba ajustar la lente de su cámara.

–Sandie, no deberías subirte ahí, en esa zona hay una pequeña caída y algunas de las piedras están sueltas.

–¿Sabes de dónde nacen las mejores fotografías? –le preguntó sin separar la cámara de su cara.

–Eh... la verdad es que no.

–Del riesgo, Cooper. Del riesgo –la ilustró buscando un nuevo encuadre.

Y mientras Sandie perseguía la fotografía perfecta, una paloma buscaba su almuerzo, saltito a saltito paseándose por el suelo. Iba por aquí y por allá ajena a todo lo que no fuera localizar migajas de cualquier materia no tóxica. Y en aquel



preciso momento y no en otro, mientras Sandie perseguía la foto perfecta y la paloma buscaba algo que llevarse al pico, no muy lejos de allí un par de niños de apenas diez años se disponían a probar el petardo más grande que habían tenido jamás entre las manos. Iba a ser la bomba...

Y ella, Elizabeth Cooper, terminaba su almuerzo sin ser muy consciente de lo que la rodeaba, porque, de repente, su mundo había encogido dramáticamente y se limitaba a la forma en que aquella camiseta dejaba al descubierto parte de su abdomen cuando la rubia se estiraba. Y no era un mundo muy grande, eso era verdad, pero podría haberse quedado a vivir allí decenios enteros. Tal vez un par de milenios si se le subía un poco más.

Todo pasó en un segundo, una reacción en cadena perfectamente engrasada, como las piezas de un dominó dispuestas en fila con el espacio justo entre ellas. Los niños explotaron el petardo y el ¡boom! despertó el instinto de supervivencia de la paloma, que levantó el vuelo justo cuando caminaba por debajo de la rubia, el sonido del aleteo del animal y el hecho de que pasara rozándole la cámara de fotos hizo que Sandie gritara. Un grito de nena que la hizo parecer más femenina que nunca a sus ojos, de verdad que sí, y todo habría quedado en una simple anécdota sin daños colaterales si la rubia no hubiera acompañado ese grito con un paso en falso a sus espaldas. Con un paso en falso a sus espaldas y con un «Me cago en la puta» que se llevó la feminidad consigo en volandas y con mucha prisa. Y es que de repente Sandie había desaparecido de su vista, víctima de la gravedad, porque contra la física era imposible luchar. Y corrió hacia allí llamándola, en un primer momento asustada y tratando de aguantar la risa una vez que aquella sarta de improperios se hizo audible desde el otro lado del muro. Se asomó al pequeño abismo apoyando ambas manos sobre la piedra y la vio allí tirada, chafando un par de arbustos con el peso de su cuerpo y con la cámara de fotos fuertemente sujeta contra su pecho.

–Oh, Dios mío, ¡Sandie! ¿Te has hecho daño? –lo preguntó entre risas involuntarias.

–¿Dejarías de reírte si te dijera que sí? –preguntó la rubia molesta.

–No puedo prometerte nada, pero al menos lo intentaría.

–Podría haberme matado, Cooper –insistió y gruñó de dolor mientras se incorporaba.

–Es bastante improbable, apenas hay un metro de caída –la contradujo sonriendo ante su gesto malhumorado.

–Muchos han muerto por menos –insistió sentada sobre los arbustos.

–Sí, es la principal causa de muerte entre los liliputienses. A su escala es como caer del Empire State.

La vio sonreír ligeramente abandonando por un segundo su expresión ceñuda y a su lista de «Empiezo a saber lo que quiero de Sandie» se añadió automáticamente «hacerla reír». Empezaba a ser un listado bastante consistente. Le tendió la mano

cuando ella se levantó y, en vez de tomársela, la rubia le dio su cámara de fotos.

–Ponla a salvo, vale más que yo –dijo sacudiéndose las hojas y ramitas que habían quedado prendidas de su ropa.

–Y la has protegido con tu vida –señaló tras comprobar que el aparato no tenía ni un rasguño.

–Sí, soy muy heroica –alardeó con la voz teñida por el esfuerzo que le supuso trepar muro arriba impulsándose sobre los antebrazos.

Dejó la cámara de fotos a un lado para ayudarla a subir, tirando del bolsillo posterior de sus vaqueros.

–Malditas palomas –la rubia lo dijo una vez sentada en el muro de piedra mientras comprobaba sus brazos en busca de posibles arañazos.

–Relájate, contra todo pronóstico has salido ilesa.

Sandie la miró cuando se agachó frente a ella y extendió la mano dispuesta a retirarle un par de ramitas del pelo, y ella le sostuvo la mirada mientras las tomaba entre sus dedos. La rubia sonrió ligeramente y su corazón dio un pequeño salto en el pecho, como si aquel gesto que había visto miles de veces de pronto le sobresaltase.

–Así mejor –aseguró retirando también una pequeña hoja.

–Gracias –lo dijo sin moverse un milímetro y sin apartar aquellos ojos azules de los suyos.

¡Madre mía, las ganas que tenía de besarla en aquel preciso momento! Y con su silencio, su inmovilidad y aquella mirada, Sandie parecía invitarla a hacerlo. No habían pasado ni veinticuatro horas desde su ataque por sorpresa en mitad de una calle desierta y estaba deseando volver a asaltarla de nuevo. Ay, *Elizabeth, toma nota de que aquí empieza a aflorar un patrón bastante claro*. Bajó la vista a aquellos labios que, hasta hacía unos días, habría pagado millones por no tener que besar y fue muy pero que muy consciente de que la balanza económica se había invertido dramáticamente en las últimas horas. Y Sandie no hacía absolutamente nada, pero estaba gritando muy alto «inclínate un poco más».

Quiso hacerlo, eso de inclinarse, de verdad que lo deseaba, sus estructuras celulares más primarias gritaban a pleno pulmón «¡Bésala! ¡Bésala, maldita sea!» y sus entrañas no eran más que nudos apretadísimos que a duras penas lograban sujetar aquella inmensa necesidad de lanzarse en picado hacia esos labios. Estrellarse contra la boca de Sandie se había convertido en su único objetivo en la vida. Y aun así seguía quieta.

¿Por qué seguía quieta? ¿Por qué no se movía? ¿A qué estaba esperando para acabar con aquellos centímetros si sobraban por todos lados? Y le gustaría decir que no conocía la respuesta a aquellas preguntas, pero desgraciadamente no podía, al menos no sin mentir. Porque deseaba besar a Sandie con todas sus fuerzas en aquel preciso momento, pero llevaba toda una vida deseando besarla a *ella*. Un conflicto interno que le venía bastante mal, porque la rubia seguía mirándola en

plan «o lo haces tú o lo hago yo».

–Vamos a llegar tarde.

Le salió en mitad de aquella dramática lucha interior y, casi sin darse cuenta, ya caminaban hacia el coche, sin mirar atrás y con litros de arrepentimiento recorriéndole las venas. Reprochándose a sí misma el no haberse atrevido y recordándose que tal vez habría sido un error el haberlo hecho.

## La cucaracha

A aquel momento de su «casi beso» en la ermita de Fall River, le habían seguido unos minutos algo incómodos. Sandie la acompañó al coche sin decir nada, pero el gesto de su cara reflejaba muy a las claras que estaba decepcionada. Decepcionada porque no había dado el paso. El simple hecho de saber aquello hacía que se sintiera rara por dentro, en el buen sentido. Porque la cara de «me muero por besarte» de Sandie Davies casi conseguía que todo el drama que conllevaba su historia con Samantha quedara a un lado, arrinconado por unos ojos oscurecidos que la abrasaban por dentro. Dejarse llevar por la rubia era sorprendentemente fácil y, de repente, estar a su lado le hacía sentir muy bien en lugar de darle alergia. Sorpresas que te da la vida sin necesidad de pedir las.

En lo que llevaban de tarde se había reído más que en los últimos cuatro años juntos, en parte porque el alcalde de aquel pueblo era un hombre un tanto peculiar y en parte porque su compañera de trabajo era bastante divertida si bajabas la guardia y le dabas una oportunidad.

–No intentes defenderlo. ¡El tío iba colocado! –repitió la rubia antes de arrancar el vehículo para regresar a Fall River.

–No deberías ir por ahí afirmando cosas así sin haberlas contrastado, ¿sabes? –le reprochó intentando suprimir la sonrisa que amenazaba con emerger de un momento a otro.

–Lo he contrastado. Soy periodista, ¿recuerdas? Lo llevo en la sangre.

–¿Puede saberse cuáles son tus fuentes?

–Mi sentido de la vista y del olfato.

–Fiables entonces –dejó caer y encendió la radio para buscar una emisora que pudiera amenizar los veinte minutos de viaje que tenían ante ellas.

–¿Qué insinúas, Cooper? –La miró con el ceño fruncido.

–Nada. Seguramente sabrás reconocer a alguien colocado cuando lo ves –dijo encogiéndose de hombros.

–Oh, joder, Elizabeth, para ti soy solo un cliché, ¿verdad? «Fiesta, sexo, drogas y rock and roll, cero por ciento de responsabilidad» –la acusó mirándola con media sonrisa.

–Yo no he dicho eso.

–No así de claro, pero no hace falta. Confiésalo: cuando me mirabas en la

redacción solo veías un prototipo.

–Oh... ¿y vas a decirme que cuando tú me mirabas a mí no te pasaba lo mismo?

–la retó, observándola interesada.

–Bueno... sí, pero es diferente.

–¿Diferente en qué?

–A mí me gustaba ese prototipo.

Se le escapó una sonrisa al escucharla y apartó la vista para intentar ocultarla: era una sonrisa boba de esas de serie juvenil, en plan adolescente «¡ha dicho que le gusto!». Y no quiso buscar el porqué de aquella sonrisa ni el origen del cosquilleo que se había despertado en su vientre al escucharla, pero ahí estaban ambos y no le estorbaban precisamente.

Cuando la volvió a mirar, Sandie sonreía también con la vista fija en la carretera y, de verdad, si hubiera sabido que el intercambiar sonrisas con la sabandija asquerosa iba a hacerle sentir así, habría empezado mucho antes.

Viajaron en silencio durante unos minutos, escuchando a Alanis Morissette en la radio preguntar si no era irónico, y de verdad que todo aquello lo era y mucho. En cuanto la canadiense terminó de cantar y los primeros acordes de la siguiente canción se hicieron audibles en el interior del vehículo contuvo el aliento como solo contienen el aliento cuando tu canción favorita de tu grupo favorito en el mundo entero sale en antena. Y si Patty hubiera ido al volante seguramente habrían gritado al unísono nada más reconocer la primera nota, pero como era Sandie quien conducía, se obligó a sí misma a asistir impasible a la retransmisión de *Bye Bye Bye* de los NSYNC. Porque el que la rubia supiera que su grupo favorito era una *boy band* de los noventa no era una opción. Y, por dentro, estaba literalmente bailando, cantando y recordando la memorable actuación de Justin Timberlake en Kansas City, en la gira «No Strings Attached», pero por fuera miraba por la ventanilla como quien no quiere la cosa, como si en vez de los NSYNC estuvieran cantando los Backstreet Boys. Panda de perdedores.

Y de repente la escuchó a su lado... «*I know that I can't take no more. It ain't no lie I want to see you out that door. Baby bye, bye, bye*», y sus latidos se le descompensaron porque, cuando la miró, además de cantar su canción favorita, Sandie la estaba medio bailando. Madre mía, a Sandie Davies no le pegaba nada, pero nada de nada, saberse la letra de una canción pop de los noventa, pero qué bien le quedaba. Ella era más de grandes éxitos de los ochenta, pero con aquella voz y con aquella cara, con aquella forma de moverse a pesar de estar al volante de un coche, podía con todo. Si es que hasta era posible que llegara a gustarle *Quit Playing Games with My Heart* si la cantara ella.

Ufff... en aquel coche empezaba a hacer un poco de calor...

–Mi hermana estaba loca por los NSYNC. Tenía todos sus discos –dijo abandonando su magistral interpretación–. ¿A ti te gustaban? –preguntó mirándola de reojo.

Que si le gustaban. ¿Que si le gustaban? ¡Madre mía, que si le gustaban! ¡Si casi se desmayó el día que JC Chasez le firmó la camiseta y se puso en huelga de hambre cuando anunciaron su separación!

–Sí, bueno... no están mal –dejó caer sin mucho entusiasmo.

Y así debió de sentirse Pedro al negar por primera vez a Jesucristo.

–Sí, no están mal –convino la rubia–. ¿Tenías algún disco?

Ummm... cuánta insistencia por conocer sus gustos musicales.

–Creo que alguno había por casa –volvió a disfrazar la realidad con una nueva dosis de indiferencia en la voz.

Y así debió de sentirse Pedro al negar a Jesucristo por segunda vez.

–Sí, seguro que alguno tenías por casa. –Y por la forma en que sonrió al decirlo, estaba clarísimo que le estaba siguiendo la corriente, así que la miró con el ceño fruncido en plan «sabes algo que no sabía que sabías»–. ¿Fuiste a alguno de sus conciertos? –curioseó y ahí estaba, aquella mirada de reojo de nuevo.

–¿Qué te ha contado Patty? –exigió saber y a Sandie la sonrisa se le hizo más grande, así que todo. Se lo había contado todo. ¡Maldita sea, Patty!–. Vale, puede que me gustara NSYNC, que tuviera todos sus discos y que fuera a alguno de sus conciertos –admitió, porque rectificar era de sabios.

–¿Puede? He visto fotos, Cooper. Y... ¿JC Chasez? Pensaba que te gustaban algo más... femeninas.

Santa Madre de Dios. ¿Que Patty le había enseñado a Sandie Davies fotos de su adolescencia?

–¿Cuándo ha sido mi mejor amiga Patty tan amable como para enseñarte esas supuestas fotos que supuestamente has visto? –indagó notando cómo sus mejillas se calentaban por momentos. ¡Llevaba brackets, por Cristo Bendito!

–La misma noche en que tú fuiste tan amable como para prohibirme que volviera contigo a nuestra habitación –contestó con tranquilidad–. Supuestamente.

Las mejillas le ardieron un poco más, porque recordó de pronto la razón por la cual le había prohibido regresar con ella al hotel aquella noche.

–No tengas vergüenza, Cooper. Te habría tenido ganas también en el instituto.

Y ese «también» implicaba que le tenía ganas en el presente más inmediato, y la verdad era que ya lo sabía, pero oírsele decir le recordaba que aquellas ganas eran recíprocas y sus mejillas debían de estar al rojo vivo en esos momentos.

–Estoy segura de que la Sandie Davies del instituto le tenía ganas a muchas, por no decir a todas –ironizó y la vio sonreír de medio lado.

–Eran las hormonas. Pero no estés celosa, a ti te habría tenido más ganas que a las demás –le confesó en tono de confidencia.

Ella sonrió a la vez que negaba con la cabeza y perdía la mirada por la ventanilla, porque antes aquellos comentarios le provocaban úlceras estomacales y mucha mala leche, y ahora conseguían algo muy distinto. Es que otra cosa que había aprendido que le gustaba de Sandie era aquello: su forma de tontear.

–¿Podemos, por favor, hablar de otra cosa que no sea de mí en el instituto?

–Es un tema que me parece muy interesante, pero vale. ¿De qué quieres hablar?

–concedió la rubia mirándola interesada.

–¿Cómo eras tú en el instituto? –preguntó y Sandie sonrió devolviendo la vista a la carretera.

–¿Cómo crees tú que era yo en el instituto?

–Chica popular, saliendo con el capitán del equipo de *rugby* o con la capitana de las animadoras, dependiendo de lo que tardaras en aceptar que eras gay. Fija en todas las fiestas y más bien poco preocupada por tu expediente académico.

–Hostia puta, Cooper. –Se rio–. Primero: no estaba en el grupo de las populares. Segundo: ¿el capitán del equipo de *rugby*? –acompañó esta pregunta con el ceño fruncido y arrugando la nariz en señal de disgusto–. Salí durante los dos últimos años de instituto con Lauren Conally, que, por cierto, no estaba en el equipo de las animadoras, pero me dejó por una de ellas. En vez de en todas las fiestas estaba en el equipo de debate y mi nota media fue de notable alto.

–¿Te dejaron por una animadora? –no pudo evitar preguntarlo, porque aquello le había sorprendido incluso más que lo del equipo de debate.

–Eh... sí. Y mi nota media fue de notable alto –resaltó aquella información.

–Vaya... jamás en esta vida habría imaginado que alguien había dejado a Sandie Davies –admitió mirando el paisaje mientras asimilaba aquella nuevísima e inesperada información–. ¿Y cómo fue?

–Un drama, como cualquier cosa que te pase a los diecisiete. Notable alto, Elizabeth –insistió.

–Ni en un millón de años me lo habría imaginado. Por una animadora...

–¿Podemos por favor dejar de hablar de mí en el instituto? –propuso al igual que había hecho ella hacía unos minutos–. Pero ¿qué coño...? –añadió después aminorando la velocidad del vehículo.

Y en un primer momento no supo a qué se debía aquel impropio, pero ese tipo de expresiones eran de lo más normales en Sandie, así que no le dio demasiada importancia. Fue después, al desviar la vista hacia la carretera frente a ellas, cuando localizó el origen de tan mal sonante elección de palabras.

Vacas. Al menos cuatro, tumbadas en mitad de su camino y cortándoles el paso. La rubia detuvo el coche a un par de metros de ellas.

–De esto tampoco hay en Nueva York –refunfuñó Sandie.

–¿No te gustan las vacas?

–Me encantan, bien hechas y acompañadas con patatas fritas y una cerveza –respondió antes de tocar el claxon con la esperanza de que su sonido las dispersara –. No le tienen el más mínimo aprecio a la vida –admiró al comprobar que ninguna de ellas se había movido un ápice.

Intentó asustarlas con el sonido de la bocina un par de veces más antes de decidirse a bajar del coche. Y Sandie Davies intentando movilizar ganado bovino

para despejar la calzada en mitad de ninguna parte era una de esas cosas que jamás pensó que vería en los días de su vida. Sonrió mientras observaba cómo se acercaba con cautela al animal más cercano y se tapó la boca con una mano para contener una carcajada al verla dar un respingo cuando la vaca movió repentinamente la cola con el único objetivo de espantar un par de moscas. En medio segundo volvía a estar a su lado en el coche.

–No parecen tener intención de moverse.

–No será porque no lo hayas intentado –se burló de ella y Sandie la miró, dividida entre sentirse ofendida o sonreír, al final hizo un poco de ambas y el gesto resultante le estrujó un poquito el corazón en el pecho.

–¿Qué sugieres que hagamos? Va a empezar a anochecer –le recordó que se habían quedado en Oak Park más tiempo del previsto.

–Sugiero que veamos el atardecer mientras tus amigas deciden si se mueven.

Y podría haber sugerido muchas otras cosas, pero es que le apetecía seguir en aquel coche con la rubia un poco más. El Calvin Klein y sus sonrisas le atontaban de aquella manera.

–Ver el atardecer. Qué romántica eres, Cooper. Si no fueras tú, pensaría que intentas seducirme –añadió apoyando la cabeza contra el asiento y perdiendo la mirada en el paisaje.

–Y si no fueras tú, esa sería una opción –le devolvió el comentario y sonrió cuando Sandie lo hizo primero.

Que estaban tonteando era un hecho que, a su parecer, quedaba claro para ambas partes. Había pasado de ser alérgica a todo aquello que sonara a Davies en lo más mínimo a buscar a la rubia de mil formas diferentes a cada segundo y aquello contrastaba de una manera brutal con sus sentimientos por Samantha. Porque cuando estaba así con Sandie su exnovia no encajaba en ningún lugar, pero seguía siendo su puzle entero. Y le habría dado muchas más vueltas a todo el tema de la castaña, pero su compañera de trabajo empezó a hablar con un «Tengo que confesarte algo...» y ella desterró todo lo demás de su mente, porque necesitaba que cada fibra de su ser se concentrara en aquella confesión, no fuera a perderse algo. Estar dividida en momentos así era agotador y se merecía un descanso. Decidió elegir a Sandie durante un rato y dejarse llevar.

–Tengo que confesarte algo, Cooper –lo dijo mientras se giraba levemente en su asiento para poder encararla–. Al principio pensé que este viaje había sido la peor idea de toda mi vida, y he tenido bastantes ideas pésimas, créeme...

–Te creo –la interrumpió y se dio por satisfecha al conseguir que sonriera de aquel modo otra vez.

–Me alegro de haber venido –completó aquello que había empezado a decirle–. Nunca habría conocido a esta Elizabeth Cooper en Nueva York.

–Yo también me alegro. –Y era sorprendente pronunciar aquellas palabras, pero más sorprendente aún resultaba el hecho de que eran muy de verdad–. Me está



gustando conocer a esta Sandie Davies.

–¿A la Sandie Davies que dejan por la capitana del equipo de animadoras y que tiene un notable alto de media?

Las dos sonrieron y por unos segundos no dijeron nada más. La miró, con aquella frase atrapada en su garganta y luchando por salir. Estaba segura de que si se dejaba llevar, era muy probable que desatara algo que no sabría muy bien cómo manejar y, a pesar de eso, se moría por provocarlo. Se recordó a sí misma que se había dado un merecido descanso y fue suficiente para atreverse a formular aquella frase en voz alta.

–Si yo hubiera sido Lauren Conally, creo que no te habría dejado por esa animadora.

Madre mía. Ya estaba dicho y su corazón le golpeaba las costillas con un ritmo descontrolado, porque ya había dado pie a lo que quiera que fuera a suceder a continuación. No había marcha atrás. Cuando Sandie procesó sus palabras sonrió, tan levemente que casi fue como si no lo hubiera hecho, un gesto apenas perceptible y aun así le paralizó todo el cuerpo. Después pronunció la frase que terminó de desatarlo todo.

–Si tú hubieras estado en mi instituto, no me habría fijado en Lauren Conally.

Bufff... menuda labia tenía la tía.

Menuda labia y menudos ojos. Menudos labios y menuda forma de desmontarla en cuestión de segundos.

¡Santo Dios, con Sandie Davies!

Y ella ya no podía más, lo había intentado y había fracasado miserablemente. *Una víctima más del encanto Davies, bienvenida al club.* En nombre de Elizabeth Cooper aceptaba las condolencias. Y en algún recoveco remoto de su ser, sabía que había una buena razón para no estrellarse contra sus labios en aquel mismo instante, pero apenas la recordaba, porque Sandie la estaba mirando de una forma que... madre mía, y en esas condiciones era muy difícil hacer memoria. Y seguro que fue el Calvin Klein o el calor de sentirla tan cerca, el recuerdo de una noche que se moría por repetir o la forma en que la mirada de Sandie abandonó sus ojos para acariciarle los labios con aquel increíble azul. Se le aceleraba el pulso por segundos y su organismo estaba en pausa, esa inmensa necesidad de rendirse de una vez hasta la estaba mareando un poco. Debía aceptar que Sandie Davies la rompía entera y en mil pedazos, asumir que se moría por tocarla y por dejarse tocar.

Y lo aceptó.

Y lo asumió.

Y después todo fue mucho más fácil.

Sujetó a la rubia por la nuca y tiró de ella, obligándola a encontrarse con su boca a medio camino. Atrapó sus labios con los suyos entreabiertos y con su lengua deseando entrar en acción antes de tiempo, lamió su labio inferior y Sandie gruñó inclinándose sobre su cuerpo en busca de más contacto. La palanca de cambios

tendría que haber sido un obstáculo a tener en cuenta, pero menuda habilidad la de aquella mujer, porque en cuestión de milésimas de segundo estaba casi por completo sobre ella y besándola extraordinariamente bien. Sentía la estructura de la puerta fracasando en el intento de encajar con su espalda y una de las manos de Sandie pasearse por su muslo, la otra la utilizaba como punto de apoyo necesario sobre el asiento del coche y su antebrazo se presionaba impresionantemente bien contra su costado izquierdo porque allí dentro no había mucho sitio.

La rubia le metió la lengua en la boca mientras gemía y buscaba el contacto de sus caderas y ella le correspondió acariciándola con la suya y perdiendo una de sus manos bajo aquella cazadora que le quedaba tan bien. Madre de Dios, es que a esa mujer todo le quedaba perfecto, debían de hacérselo a medida, como aquella sonrisa y aquella mirada y la forma en que su pelo ultrasuave le enmarcaba las facciones; y cómo le gustaba volver a sentirlo, enredándose entre sus dedos mientras la rubia le hacía hervir la sangre en las venas. Porque le hervía, pero bien, podría haber dicho que Sandie estaba calentándola a fuego lento, pero es que aquello de lento no tenía nada de nada. Nada. Solo con su respiración acelerada y con sus movimientos de cadera, claramente sexuales, por cierto, ella pasaba de cero a cien en un segundo.

Necesitaba acercarla más, a pesar de que era imposible, pero tenía que intentarlo o no se lo perdonaría nunca. Le acarició la espalda y había algo muy erótico en la forma en que sus músculos se tensaban bajo sus palmas cada vez que Sandie se movía. Y es que se movía muy bien a pesar de la falta de espacio, señor, su cuerpo entero era calor, un «acércate un poco más» extraordinariamente tonificado, y la ropa que lo envolvía resaltaba cada sílaba. Coló las manos bajo su camiseta y entró en contacto directo con la suave piel de sus costados, la sintió estremecerse, le encantó y le gimió en la boca, demasiado excitada si tenían en cuenta el contexto.

Deslizó una de las manos hacia abajo y volvió a comprobar lo bien que se adaptaba al culo de su compañera, es que lo tenía increíblemente firme, y lo apretó contra ella porque los pantalones le quedaban de miedo. La rubia detuvo el ataque a sus labios al sentirlo y gimió enterrando la cara en su hombro, cachonda, Sandie estaba muy cachonda y acalorada, acelerada y respirando de una forma que a ella, en particular, le despertaba de todo por dentro. Y jadeó en respuesta a aquella atmósfera empapada de tintes sexuales y testosterona, y en dos segundos los labios de su compañera reclamaban los suyos con muchas ganas y con un poco de lengua, gruñendo y presionándola aún más con todo el cuerpo.

¿Y dónde había aprendido Sandie a besar así, por Cristo Santísimo? Porque era verdad eso de que «la práctica hace al maestro», pero en algún momento de su vida aquella chica no habría sido más que una aprendiz, una con mucho potencial, eso sí. Deslizó las manos por debajo de la camiseta que vestía la rubia hasta acariciarle el abdomen con la yema de los dedos, la sintió gemir suavemente contra su boca en

respuesta al contacto y se le fundieron todos los circuitos cerebrales. Sin más, un apagón general en su sistema nervioso central y mientras tanto sus pulsaciones por minuto tenían que estar batiendo récords olímpicos o algo.

–Me pones muy cachonda, Cooper –Sandie lo dijo separando los labios brevemente y casi antes de haber terminado de hablar volvía a estrellarse contra su boca–. No voy a poder parar –añadió en un susurro antes de atacar su cuello.

La rubia la estaba tocando con más ganas que nadie en toda su vida, y ella se lo devolvía igual de intenso, porque la necesidad de sentirla cerca era gigantesca. Su interior se estaba deshaciendo como si fuera de mantequilla, así de fácil parecía serle desarmarla por completo y ya ni le avergonzaba reconocerlo. Y esos pensamientos antes le habrían perturbado hasta extremos inimaginables, pero aquella era ya una vida pasada, en la presente Sandie besándola de aquella manera mientras le metía mano por debajo de la camiseta era el antídoto perfecto para ese tipo de preocupaciones. Porque cuando sentía el calor de la rubia marcando a fuego sus costados su mente se quedaba fuera de cobertura y ni saltaba el contestador ni nada, imposible de localizar. Y es que no quería ser localizada, así que todo encajaba a la perfección.

Sobre todo Sandie entre sus piernas.

Le arañó la espalda y sus manos se perdieron entre suaves mechones de pelo rubio sin ninguna intención de buscar la salida. Jadeó cuando los labios de la rubia comenzaron a explorar el contorno de su mandíbula para pasar después a colonizar su cuello a base de besos húmedos. Todo a su alrededor se había reducido a una sinfonía de respiraciones pesadas, gemidos y unas pocas blasfemias, porque empezaba a darse cuenta de que la Sandie excitada gustaba de utilizar el nombre del Señor en vano.

–Pues no pares –murmuró tratando de mantener la voz firme y fracasando miserablemente. La falta de oxígeno hacía ya mella en ella y le salió como si acabara de correr la maratón más larga de la historia de la humanidad.

Aquella afirmación y de pronto Sandie dejó de moverse sobre su cuerpo, como si le hubieran pulsado el botón de pausa. Abandonó el despiadado ataque a su cuello y se separó lo justo y necesario para poder mirarla a los ojos, ni un milímetro más.

–Si no vas en serio, retíralo ahora –le dio la oportunidad con voz ronca.

Ufff... aquella voz, aquella mirada y aquella forma de subirle las pulsaciones a su antojo. Su azul oscurecido le quemaba por dentro y por fuera se moría por más, por mucho más. Sandie era el estimulante más adictivo de la historia de los estupefacientes. ¿Una oportunidad para frenar la situación? No la quería ni regalada, gracias.

La besó sin más, sin contestar verbalmente a aquella advertencia, porque la respuesta iba implícita en la forma en que cambió posiciones y obligó a la rubia a sentarse bien de nuevo en su asiento para colocarse sobre ella a horcajadas, sin dejar de embestir sus labios. Una maniobra complicada que ejecutó con una fluidez

y una seguridad salidas de la nada, como si Elizabeth Cooper estuviera más que acostumbrada a enrollarse con chicas en el interior de los coches. Sandie gimió un erótico «Oh, Dios» con voz áspera contra su boca en cuanto la tuvo encima, lo dijo como si aquello fuera lo más excitante que le había pasado jamás, como si con solo eso ya estuviera a punto de correrse, y a ella aquel sonido le reverberó por todo el cuerpo, inundándola por completo, alcanzando hasta el rincón más recóndito de su anatomía. Notó cómo mojaba su ropa interior un poco más y contestó con otro gemido, le mordió el labio inferior y encomendó a sus manos deshacerse de su cazadora, porque debía desaparecer de allí ya.

–Joder... Liz... –Sandie lo dijo en un hilo de voz cuando ella comenzó a moverse contra su bajo vientre.

–Calla y bésame –apremió atrapando sus labios en un nuevo beso significativamente más necesitado que los anteriores.

Logró bajarle la chaqueta hasta los antebrazos, pero la chica estaba muy ocupada acariciándole las caderas, así que la dejó allí olvidada tomando la cara de la rubia entre las manos para poder besarla mejor. Y de repente a Sandie también debió de empezar a estorbarle aquella prenda, porque se deshizo de ella sacudiendo los brazos un par de veces, gruñendo suave contra su boca, y, una vez libre, la sujetó por el culo con ambas manos para acercarla más a la vez que trataba de incorporarse en el asiento en busca del mejor ángulo para seguir besándola así de húmedo. Y se golpeó la cabeza contra el techo del vehículo a causa del movimiento de la rubia, pero es que le dio igual. Madre mía, las manos de Sandie en ese lugar concreto de su anatomía encajaban a la perfección también y habían tardado años en averiguarlo.

Menuda pérdida de tiempo.

Casi se sintió huérfana cuando dejó de sentir las allí, pero se habían apartado por una buena causa, quitarle la cazadora a ella también. Ayudó a la rubia a retirar la prenda y en cuanto notó de nuevo aquellos increíbles besos húmedos en el cuello, inclinó la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso. Se dejó besar y acariciar los muslos y el trasero, entre gruñidos, gemidos, mucho calor y movimientos francamente placenteros, porque Sandie lo hacía todo demasiado bien. Cuando sintió sus manos colarse por debajo de la camiseta y ascender por sus costados, una fuerza sobrenatural la impulsó a quitarse aquella pieza de ropa también, se la sacó por la cabeza a pesar del poco espacio y, al conectar de nuevo sus miradas, se encontró con la de su compañera observándola de una manera que erizó hasta la última de sus terminaciones nerviosas. Como si su pelo cayendo en cascada tras quitarse la camiseta le hubiera fascinado y puesto increíblemente cachonda a la vez: así la miraba Sandie. Y de repente, la rubia reaccionó, la tomó por la nuca con una mano y la acercó de un suave tirón, se incorporó para encontrarla a medio camino, atrapó sus labios en el beso más exigente que le habían dado jamás y cerró su otro brazo alrededor de su cintura. La sujetaba fuerte, muy fuerte, y la besaba aún mejor,

casi sin darse cuenta aquellos labios húmedos se paseaban por su escote y Sandie le estaba metiendo mano, pero de verdad, por encima del sujetador eso sí, pero el efecto estaba siendo demoledor igualmente. El calor de sus manos sobre sus pechos hacía que su cuerpo respondiera por libre y de la mejor manera posible, y es que debía reconocer y reconocía que en aquel momento se dejaría hacer cualquier cosa. Cualquier cosa, en serio.

Todo lo que se le ocurriera a Sandie estaría perfecto, gracias.

Y a la rubia se le ocurrió quitarse la camiseta también y ella le ayudó, porque comenzaba a tener bastante prisa. Su olor la envolvió y enredó las manos en aquel pelo revuelto mientras el nuevo contacto piel con piel enviaba millones de descargas eléctricas a invadir su cuerpo entero. Incandescente, así debía de estar en ese momento, porque la concentración de calor en su interior estaba alcanzando cotas desconocidas y amenazaba con fundirlo todo a su alrededor. Y Sandie tampoco debía de estar pasando mucho frío precisamente. Le acarició el abdomen con las palmas abiertas, suave, caliente y definido, muy muy bien definido, y terminó por meterle mano por encima del sujetador ella también; en cuestión de segundos los labios de la rubia cubrían de nuevo los suyos y siempre había sido más bien de dejarse guiar en aquel tipo de situaciones, pero de verdad, de verdad, de verdad que una cosa seguía a la otra sin necesidad de pensar mucho, allí con Sandie todo le salía solo. Como si estuviera programado de antemano, como una coreografía increíblemente sincronizada, había nacido para que Sandie la acariciara así.

Y ella se moría por tocarla. En serio. Moriría por tocarla, así que deslizó las manos descendiendo de nuevo por el abdomen de la rubia y la escuchó contener el aliento cuando llegó a la cintura de sus pantalones. Paró solo un segundo y levantó la mirada, se encontró con aquellos ojos oscurecidos fijos en los suyos, un momento congelado en el tiempo, porque ninguna de las dos se movía y su respiración acelerada era el único sonido ambiente, atropellada, marcando el ritmo de la excitación más devastadora que había sentido en la vida.

Sandie continuaba con aquel azul fijo en su verde y con la boca entreabierta: la definición gráfica de «muévete medio milímetro y me corro ya mismo». Se quedó enganchada a aquella tonalidad azulada un par de segundos, con las manos en la cintura de sus pantalones y las pulsaciones desbocadas. La rubia dejó escapar el aire que había estado conteniendo de forma pesada y temblorosa, lo sintió contra sus labios. Le desabrochó el botón de los vaqueros sin desconectar sus miradas y a Sandie los ojos se le cerraron de golpe.

–Dios, Elizabeth –lo susurró con la voz más rota que había escuchado jamás.

Madre. Santa. Bendita. Ver así a Sandie hacía que se olvidara hasta de su propio nombre. Toda su identidad barrida por una gigantesca ola de excitación en forma de aquel «Dios, Elizabeth», porque encerraba un «vas a tocarme y me voy a morir» y el tono que había utilizado envió mariposas con las alas en llamas a su bajo vientre.

*Mierda, Sandie.*

Y de repente, el sonido de un claxon las sacó de golpe de aquel maravilloso y sensual microuniverso, y la dejó momentáneamente descolocada. Tardó un par de segundos en comprender que, contra todo pronóstico teniendo en cuenta la densidad de población de la zona, otro coche había decidido utilizar aquella estrecha carretera precisamente ese día y precisamente a esa hora. Había elegido las peores coordenadas espaciotemporales de la historia. Sintió cómo se moría un poquito por dentro ante la evidencia de que no iba a poder ser y cómo le ardía la cara al haber sido sorprendida de aquella manera en la vía pública. Sus miradas aún estaban conectadas y fue necesario otro bocinazo para que se obligara a regresar a su asiento, llevándose su calentón con ella y dejando a Sandie a solas con el suyo, que a juzgar por el gesto de su cara debía de ser monumental. Se colocó la camiseta a toda prisa y, a pesar de su propio dolor punzante personal, casi sonrió cuando vio a la rubia golpearse la cabeza contra el respaldo del asiento mientras respiraba profundo.

–Me cago en el puto coche –masculló.

Estaba completamente de acuerdo con aquella opinión, la verdad. Se retiró algunos mechones de pelo de la cara y bajó la ventanilla en busca de aire. Sofocada, así se encontraba en aquellos momentos. Sofocada y excitada si tenía que ser sincera. ¡Virgen María, menudo subidón de endorfinas! Sandie le había cogido el truco al circuito de recompensa de su cerebro y lo tenía pulsado de seguido. Al mirarla de nuevo y ver cómo se colocaba la camiseta ya estaba imaginándose mil formas diferentes de quitársela otra vez. Maldita sea. Sandie tenía el pelo revuelto y los labios enrojecidos y esa imagen quedó impresa en su retina para siempre con tinta indeleble, resistente al agua y al paso de milenios. Seguro.

Otra vez la mierda de la bocina del coche más importuno de los que poblaban la Tierra. Y Sandie gritó un «¿No ves las putas vacas, joder?», porque quien quiera que estuviera al volante no debía de caerle precisamente bien en aquellos momentos. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que los animales ya no estaban allí. Habrían decidido darles intimidad, un detalle muy bonito por su parte. Tenían un camino despejado frente a ellas, pero no les quedaban ganas de recorrerlo, porque las tenían todas invertidas en aquel asunto inconcluso. Al final Sandie se sobrepuso a la realidad de la situación y arrancó el vehículo de mala gana.

Durante un rato se mantuvieron en silencio, necesitaba tiempo muerto para informar a la parte más física de su ser de que la fiesta se había acabado, porque no se había enterado bien y seguían enviando escalofríos francamente agradables a todas sus terminaciones nerviosas. Eran agradables, pero ya estaban fuera de lugar.

*Relájate, Cooper, por Cristo Bendito.*

–¿Continuará? –escuchó a Sandie bromear a su lado, aunque de broma aquella pregunta no tenía nada.

En cuanto la miró, la rubia sonrió de aquella forma tan suya y otro intenso

pinchazo de deseo la recorrió de arriba abajo. Iba a contestarle con el «sí» más sincero de la historia de las afirmaciones, sin pararse a reflexionar si debía, cuando su teléfono móvil comenzó a sonar desde el bolsillo de su cazadora. Tuvo que estirarse y recuperarla del asiento trasero para poder contestar. Se le paró el corazón en el pecho al ver el nombre de Samantha en la pantalla. Se le secó la garganta en un segundo y todo lo que acababa de pasar en el interior de aquel vehículo con Sandie de repente parecía tan mala idea que no entendía cómo no lo había visto antes. El «Dios, Elizabeth» que hacía unos minutos le había acelerado la vida entera se convirtió en una losa increíblemente pesada oprimiendo su sistema respiratorio.

–Es Samantha –musitó.

Se percató de cómo Sandie tensaba la mandíbula nada más escucharla y recordó su «¡Pasó hace cuatro años, Cooper!» inundado de reproche, su «Llevo persiguiéndote tres años, tengo derecho a estar celosa» y el gesto de la cara de la rubia cada vez que se trataba el tema de su exnovia. Porque la explicación «simple atracción física» empezaba a quedarse muy corta y caía por su propio peso ante el millón de evidencias que había preferido ignorar. Necesitaba esconderse desesperadamente detrás del escudo «es solo sexo», la secuela del superventas «es una sabandija asquerosa», pero se había ido encogiendo a pasos agigantados y la dejó completamente al descubierto al recordar la forma en que le había hecho sentir que Sandie se hubiera acostado con Logan, el terremoto emocional que era su pulgar acariciándole la mejilla y la forma en que ambas se habían reído mientras bailaban *Girls Just Want to Have Fun*.

–¿No vas a contestar? –escuchó cómo lo preguntaba a su lado y es que el teléfono seguía sonando.

Descolgó y un pinchazo en mitad del pecho la obligó a desviar la mirada al reparar en la forma en que Sandie perdía la suya en la carretera. Dijo «Hola», demasiado simple, pero fue todo lo que le salió. La escuchó al otro lado, con otro «Hola» desnudo, y solamente oír su voz le desestabilizó por dentro.

Menudo panorama.

–¿Cómo estás? –Samantha continuó al otro lado de la línea.

Lo preguntaba por la escenita de la noche anterior, y traducido quería decir «¿Qué tal estás tras descubrir que te puse los cuernos?».

–Estoy bien –mintió porque la verdad era que no tenía ni idea y Sandie con aquella cara de «en cualquier momento van a empezar a sangrarme los oídos» no ayudaba mucho a aclarar las cosas precisamente.

–No sabía si debía llamarte, parece que cada vez que nos vemos empeoran las cosas –admitió. Era cierto y aun así volvía a tocar a su puerta una y otra vez. *Estúpida, Elizabeth Cooper*.

–¿Qué te ha decidido a hacerlo? –se interesó y tuvo que esperar unos segundos antes de escuchar su voz de nuevo.

–*Necesitaba saber cómo estás.* –Aquella respuesta le aceleró las pulsaciones y se recriminó a sí misma por ser la persona más patéticamente estúpida de la historia.

–¿Quieres la verdad? –se atrevió a preguntar al fin.

–No lo sé –admitió Samantha al otro lado y su voz parecía ir a quebrarse de un momento a otro.

–No sé cómo estoy.

–¿Podemos vernos antes de que te vayas? –preguntó sin más–. No quiero que las cosas queden así entre nosotras.

–¿Pueden quedar de otra manera? Me mentiste, Sam.

–*Fue mucho más complicado que todo eso* –la cortó con voz dolida.

–¿Qué tiene de complicado? Te enamoraste de ella.

–*Mientras te quería a ti* –lo matizó casi en un susurro–. *Me enamoré de ella mientras te quería a ti* –explicó con voz rota, como agotada de intentar hacerse entender.

Y hacía un par de días le habría dicho que aquello era imposible, que no eran más que gilipolleces y una burda excusa para no quedar mal del todo, pero miró a Sandie por unos segundos y ese «Me enamoré de ella mientras te quería a ti» se hizo un poquito más factible. Porque tenía ganas de acariciarle la mejilla y borrar aquel gesto de su cara, pero Samantha esperaba al teléfono y pensar en las dos a la vez le freiría el cerebro, así que decidió terminar aquella conversación ahí.

–Ahora no puedo hablar, Samantha –fue todo lo que dijo antes de colgar.

Dejó el móvil a un lado y perdió la mirada por la ventanilla. Durante el resto del camino ni Sandie ni ella volvieron a hablar. La rubia no desvió ni una vez la vista de la carretera y no tenía ni idea de en qué podía estar pensando. ¿Ella? Ella pensaba en todo y en nada a la vez. En Sandie, en Samantha y en aquel «Necesitaba saber cómo estás», y a ella le gustaría decir «Y yo necesito estar contigo», pero ya no tenía tan claro a quién iba dirigido. Y es que decir «Es Sandie Davies, por el amor de Dios» ya no significaba nada, porque Sandie no estaba resultando ser como ella creía.

Para cuando llegaron a la calle de su hotel ya había anochecido, así que en cuanto la rubia apagó el motor del coche las dos se quedaron en silencio y en penumbra. La luz de una solitaria farola proyectaba un reducido cono iluminado sobre la acera, pero se encontraba demasiado lejos como para que les sirviera de mucho. Sandie sacó las llaves del contacto y se recostó contra el respaldo del asiento mirando al frente.

–¿Vas a volver a verla? –preguntó sin más.

–No lo sé –admitió sintiéndose increíblemente incómoda por tener que hablar de aquello con ella.

Apenas un cuarto de hora antes se habían besado como si fuera su última noche de vida en la tierra. Y ella deseaba repetir a pesar de todo y por eso era tan raro estar tratando la posibilidad de volver a ver a su exnovia. Como dos mundos



completamente diferentes colisionando sin previo aviso. Su particular apocalipsis emocional.

–No te merece. ¿Lo sabes? –aseguró Sandie mirándola.

–No la conoces –respondió enfrentándose a sus ojos.

–Te conozco a ti.

Apartó la vista, fijándola en la luz lejana de la farola, porque no quería que la rubia siguiera mirándola de esa forma y a la vez le encantaba que lo hiciera. No tenía mucho sentido, pero estaba muy claro.

–Lo que ha pasado entre nosotras... –No sabía cómo seguir la frase, pero toda ella sonaba a excusa y a Sandie no debía de apetecerle escuchar una más, porque se giró hacia ella y no la dejó continuar.

–«Lo que ha pasado entre nosotras» sigue pasando y ni siquiera puedes mirarme a la cara –la confrontó con la realidad–. Dime que no te mueres por repetir.

Y aquella no era una opción viable, pero reconocer que no podía hacerlo tampoco. Así que se limitó a abandonar el vehículo sin responder a aquel desafío. Sandie se apresuró a salir también del coche y le impidió la retirada tomándola suavemente de la mano. La hizo retroceder hasta apoyarla en la carrocería del coche y ella no se resistió ni protestó cuando la rubia acercó su cuerpo demasiado, casi aprisionándola. Por unos segundos se miraron en silencio.

–Tú te mereces algo mejor –dijo Sandie acariciando levemente la palma de su mano con las yemas de los dedos.

–No tienes ni idea –intentó sonar firme, pero apenas le salió la voz al tenerla tan cerca.

–Sé que tengo unas ganas brutales de besarte ahora mismo –admitió bajando el tono y recorriendo sus labios con los ojos–. ¿Y tú?

Lo preguntó encontrándose de nuevo con sus ojos y a ella le costó trabajo sostenerle la mirada, pero lo consiguió. Al menos por un par de segundos lo consiguió, luego la vista se le desvió sola hacia su boca y, al notarlo, Sandie se acercó un poco más ejerciendo una ligera presión sobre su cuerpo. Jesús Bendito, le encantaba que la rubia se presionara contra ella de esa manera.

Estaba a punto de rendirse y de ceder, porque las ganas que tenía ella de estrellarse de nuevo contra sus labios también eran brutales. Sentir la mano de la rubia acariciando su mejilla terminó de convencerla, y justo cuando se disponía a terminar con aquellos centímetros de espacio inútil entre ambas, una luz cegadora las deslumbró mientras el sonido de una bocina que entonaba los primeros acordes de *La cucaracha* resonaba por toda la calle.

Pero ¿qué demonios...?

## La intervención

Pero ¿qué cojones...?

¡Me cago en la leche! ¿Es que el universo entero estaba en su contra o qué? Porque Elizabeth estaba a punto de rendirse por segunda vez aquel día y ella lista para perder el control a lo bestia, solo pensar en lo que habían dejado a medias en aquella carretera de pueblo hacía que sus neuronas cortocircuitaran y entraran en un bucle infinito del sabor de los labios de la morena, su olor, sus gemidos y esa forma de moverse sobre su cuerpo. Notaba las pulsaciones por las nubes y el electroencefalograma plano. Atontada por las ganas que le tenía e increíblemente motivada porque era evidente que Elizabeth le tenía ganas también. Y cualquier reticencia a dejarse llevar hacia donde la morena quisiera guiarla había desaparecido hacía años luz, pulverizada por su sonrisa.

Y aquel había sido un gran día, el mejor, ya que Elizabeth había reconocido que no la había besado solo por despecho, sonriéndole más que en los cuatro años anteriores juntos. Y la sesión no apta para menores de dieciocho que habían compartido en el coche de alquiler seguía bombardeando sin piedad sus terminaciones nerviosas. Buff... confirmación absoluta de aquel «ha empezado a sentir cosas por ti» cortesía de Patty la noche anterior, y le venía muy bien, porque ella también había empezado a sentir cosas por la morena. Elizabeth siempre le había atraído, eso era verdad, desde el primer día que la conoció en la redacción, pero aquella presión en el pecho cada vez que le sonreía era nueva. Por mucho miedo que le diera reconocerlo y por mucho que hubiera jurado que jamás lo haría, su cuerpo entero tenía razón al canturrear muy alto «Te estás enamorando» cada vez que la veía.

Hostia puta, enamorando. La palabra más terrorífica de todos los léxicos, hacía años que le daba ganas de salir corriendo.

Y corría, pero hacia ella.

Una puta tragedia.

¡Y precisamente por eso se cagaba en todo, joder! Porque no sabía quién era el gilipollas que conducía aquella autocaravana, ni por qué tocaba el claxon de aquella manera, pero había llegado en muy mal momento, igualito que el desgraciado del coche que les había jodido el plan en mitad de ninguna parte. Y porque bastante tenía con aguantar la cara que se le quedaba a Elizabeth cuando Samantha aparecía

en escena como para que encima salieran imbéciles de debajo de las piedras para ponérselo más difícil.

Se separó ligeramente de la morena entornando los ojos, porque aquellos putos faros iban a dejarla ciega para siempre y frunció el ceño, extrañada, cuando el vehículo aparcó a escasos metros de ellas. Los acordes de *La cucaracha* retumbaron una última vez en la noche y, de pronto, todo volvió a quedarse a oscuras y en silencio.

El motor muerto mientras se abría la puerta de uno de los laterales de la autocaravana.

–¡Sandie Davies! ¡Las manitas donde yo pueda verlas! –escuchó la voz de Jordan antes de verla–. ¡Mierda, Jensen! ¿Quieres hacer el favor de dejarme bajar? –exigió y entonces pudo distinguirla a través del parabrisas, forcejeando con Megan porque las dos intentaban ser la primera en abandonar el vehículo.

–Solo si tú me haces el favor de morirme, Torres –respondió la aludida con la voz tensa por aquel tira y afloja.

–Por no oírte hasta me lo planteo –aseguró Jordan y, con un último esfuerzo, consiguió salir antes que su acompañante.

Miró a Elizabeth, que parecía estar tan sorprendida como ella. Alucinada, porque aquello era surrealista, y bastante decepcionada por el giro de los acontecimientos: tal vez también le habría apetecido continuar con lo que habían dejado a medias. A lo mejor le pasaba como a ella y lo necesitaba un poco más que respirar.

–¿Te dije o no te dije que no hicieras nada hasta que yo llegara, Davies? –preguntó su amiga plantándose frente a ellas en cuestión de segundos–. Porque parecíais estar a punto de hacer algo.

Elizabeth se sonrojó al oírla y se cruzó de brazos visiblemente incómoda. Ufff, cómo le ponía aquel puntito de mojigatería, en serio, contrastaba de manera brutal con la chica que le había hecho gemir sentada a horcajadas sobre ella en el asiento delantero de un coche.

–Joder, Torres. ¿De verdad os habéis cruzado medio país para venir a hacernos de canguros? –preguntó molesta.

–Yo me he cruzado medio país para venir a hacerte de canguro, porque es obvio que lo necesitas –matizó mirando a Elizabeth de reojo–. Jensen solo se me ha pegado como una lapa cuando me ha visto en el aeropuerto –menospreció a su compañera de trabajo–. Creo que le gusto –susurró en tono de confidencia.

–En tus sueños y en mis pesadillas –aportó la aludida mientras abrazaba a Elizabeth como saludo.

–¿Qué haces aquí, Megan? –escuchó que preguntaba la morena en voz baja.

–He venido porque estoy preocupada por ti... ya sabes –escuchó también la respuesta.

Se percató de cómo la miró a ella de reojo al decir eso de «ya sabes» y fue su turno de sentirse un poco incómoda. Dejó a las dos chicas hablando entre ellas a

base de susurros y centró la atención en su mejor amiga.

–Joder, Jordan. Estás como una puta cabra. ¿Qué has dicho en el trabajo?

–He llamado a Joanna y le he contado que me ha entrado una salmonelosis de dos pares de cojones por culpa de la ensaladilla rusa que me comí ayer en el restaurante gay de moda para la crítica de la columna de los viernes. Enfermedad laboral –explicó mientras tanteaba sus bolsillos en busca de su cajetilla de cigarrillos.

–Creía que habías dejado el tabaco –dijo de mala gana. Con Jordan allí lo iba a tener mucho más complicado.

–Y creías bien, pero desde que me enteré de lo tuyo con Cooper se me ha subido la tensión, a lo bestia, y era esto o hincharme a lorazepanes –dijo mientras se colocaba un cigarrillo entre los labios–. ¿Elizabeth Cooper? Hostia puta, Davies... hostia puta –musitó encendiéndose el pitillo.

–¿Quieres dejar de repetir eso? Me has mandado como veinte mensajes diciendo lo mismo.

–Es que me has dejado sin pegar ojo la puta noche entera y en el avión he dormido a base de lingotazos de Jack Daniels.

–No es para tanto, ¿vale?

–¿Que no es para tanto? –preguntó exaltada–. Que no es para tanto... –repitió irónicamente expulsando el humo de la primera calada–. Pues discúlpame, porque creí entender que te habías colado por Elizabeth «pósit-clips-todo-tiene-que-estar-recto» Cooper. ¿Entendí mal?

Antes de contestar desvió la vista a Elizabeth, que parecía mantener una conversación bastante parecida a aquella, pero con Megan. Y ni se planteó negarlo, porque incluso solo una mirada lo hacía evidente.

–Creo que me estoy enamorando de ella –lo dijo sin apartar los ojos hasta que oyó a Jordan atragantarse con la tercera calada.

–Que te estás enamo... ¿qué? Enamo... ¿qué? ¿Qué cojones me estás diciendo, Sandie? Si casi ni sabes pronunciarlo –le recordó que aquella palabra a ella le daba alergia.

Suspiró frustrada, y es que Jordan tenía razón. Porque Sandie Davies tenía una reputación y la única responsable era ella. Normal que a su amiga se le hubiera fundido el cerebro y normal que Megan hubiera recorrido medio país para rescatar a Elizabeth de entre sus garras. Volvió a mirar a la morena justo a tiempo para ver cómo Jensen la arrastraba de la mano hacia la entrada del hotel y, la verdad, no había esperado que la noche acabara así. De hecho, se lo había imaginado todo muy diferente.

–Genial... ¿me quedo en la calle otra vez? –preguntó retóricamente al verlas desaparecer en el interior del edificio.

–No mientras yo esté aquí –le respondió su amiga–. Te presento a Georgie Boy 2000 –continuó mientras señalaba la autocaravana–. Acompáñame y échale un

vistazo a esta maravilla de la vida moderna, Davies. Literas, ducha independiente, ciento treinta caballos...

Y la noche mejoraba por momentos. No solo no iba a poder pasarse las próximas horas intercambiando orgasmos con Elizabeth, sino que además tendría que dormir en aquella caja de cerillas con Jordan. No le cabía el corazón en el pecho de la alegría. Y su amiga seguía enumerando los accesorios de su medio de transporte aún con el cigarrillo en la boca, le recordaba a uno de esos vendedores de las tiendas de vehículos de segunda mano. Solo le faltaban ciento treinta kilos y el bigote.

–¿Quieres hacer el favor de quitar esa cara de pena y venir a ver esta preciosidad de tapicería? –la escuchó insistir ya medio subida en la caravana.

La complació, aún preguntándose qué había hecho ella para merecerse aquello. Y la verdad era que muchas cosas, había hecho muchas cosas para merecerlo. Su particular penitencia por tantos años de sexo sin compromiso.

Tenía que admitir que, por dentro, la autocaravana era más amplia de lo que cabría pensar viéndola desde el exterior.

–¿Prefieres arriba o abajo? –preguntó su amiga señalando las literas.

–Abajo –eligió sin pensárselo mucho, no iba a pasar aquella noche con Elizabeth, así que todo lo demás le daba un poco igual.

–No es lo que tenía entendido, pero vale –bromeó Jordan al subirse a su cama–. ¡Es cómoda! Dejemos el piso y comprémonos una de estas. Aparcaríamos enfrente de la redacción y no tendríamos que madrugar nunca más... imagina las posibilidades.

–Prefiero no hacerlo –se sinceró sentándose sobre el colchón de la cama inferior.

¿Cómo se había torcido todo de aquella manera en tan poco tiempo? Si aún conservaba en su ADN gran parte del calor generado en aquel coche de alquiler y el olor de Elizabeth seguía alojado por todo su cuerpo. Casi le daban hasta ganas de llorar.

«¡Sandie Davies!». Fue un grito bastante potente que resonó por la calle desierta. Salió del vehículo mientras Jordan se conformaba con cotillear por una de las ventanillas y localizó a Megan asomada a la ventana de su habitación. Su bolsa de viaje colgaba precariamente de una de sus manos. Se acercó al hotel hasta estar justo debajo de su compañera de trabajo.

–Necesitarás esto –indicó la morena soltando su equipaje y ella lo cogió al vuelo emitiendo un quejido porque se hizo algo de daño al recibirlo–. No es nada personal.

–¿En serio? Pues se le parece mucho.

–Oh, no te enfades, Davies, sigues siendo mi fantasía sexual favorita. ¡Hasta mañana! –lo dijo y le guiñó un ojo antes de desaparecer dentro de la habitación y correr las cortinas.

Tensó la mandíbula, con su bolsa de viaje sujeta contra el pecho, y suspiró, porque Megan siempre le había caído fenomenal, pero en aquel preciso momento le estaba cogiendo un poquito de manía. Menudo broche final para un día perfecto...

Cerró los ojos gruñendo y contó hasta diez para controlar sus pulsaciones cuando escuchó de nuevo aquellos acordes de *La cucaracha* resonando por toda la calle. La particular forma de Jordan de recordarle que era hora de irse a la cama. Y aún no había cenado, pero no tenía hambre.

\*\*\*

–Entiendo que tuvieras ganas de follártela, Sandie. Llevas detrás de ella como mil eternidades, así que comprendo que aprovecharas la oportunidad...

Se habían tomado un par de cervezas para cenar, de las que Jordan había guardado en el frigorífico de la autocaravana nada más alquilarla, y ya estaban tumbadas en las literas. No eran incómodas, pero ella echaba de menos aquel telón de acero hecho a base de cojines: el que Elizabeth utilizaba para mantenerla a raya. Seguramente habría sobrado aquella noche. Quería verla estirar las sábanas a su manera minuciosa, Dios no quisiera que quedara una arruga que perturbara su sueño, y escuchar su respiración cambiar mientras se iba quedando dormida. En vez de eso tenía a su amiga en la cama de arriba taladrándole la cabeza con aquel monólogo erótico-sexual sabor Heineken.

–Es legítimo que te ponga cachonda con esa pinta de estirada que tiene. Lo pillo, yo también me colé por mi profesora de Matemáticas en el instituto. A todas nos ha pasado alguna vez, Davies.

–No es eso –la cortó cansada de escucharla.

–¿No te pone cachonda?

«Bufff... si tú supieras», pero no lo dijo porque en realidad era mejor si no lo sabía, seguro que le preguntaría cómo era la morena en la cama y no tenía ganas de discutir aquel asunto.

–No es «solo» eso.

–Estoy intentando entenderlo, Sandie. Entiéndeme tú: la noche antes de irte te estabas tirando a una veterinaria en el baño de un bar y de repente me llamas para decirme que te estás enamorando de Elizabeth Cooper, por Dios...

Y es que, dicho así, sonaba un poco imposible, esa era la verdad.

–¿Y si llevo enamorándome de ella tres años?

–Pues lo has disimulado de puta madre.

–Me pilló en un mal momento.

Jordan se quedó callada, seguramente recordando todo lo que había sucedido apenas cuatro meses antes de la llegada de la morena a la redacción. La atmósfera se cargó de algo pesado y denso, agobiaba y dolía un poco. Escuchó a su amiga desplazarse por el colchón, sobre su cabeza, y medio minuto después se sentó a su lado.

–¿Crees que las cosas habrían sido diferentes? –preguntó Jordan con curiosidad.

–No lo sé. Tal vez –admitió enfrentando su mirada.

Su amiga se la sostuvo por unos segundos antes de tumbarse junto a ella y pasar a observar la parte inferior de su colchón desde aquella perspectiva. Hacía mucho tiempo que no hablaba de aquello con su compañera de piso. En realidad, hacía mucho tiempo que no hablaba de aquello con nadie, al menos directamente. Un tema tabú, de los dolorosos, había aprendido a suprimirlo de su pensamiento consciente, su particular forma de afrontarlo, a pesar de que sus consecuencias emergían a la superficie de mil maneras diferentes. Marcada y empapada por sus secuelas, era imposible escapar del todo. Fue un antes y un después.

–Cambiate –la voz de Jordan le llegó de repente y se sobresaltó, como si hubiera olvidado que su amiga seguía tumbada a su lado.

«Cambiate». Pues seguramente sí, al menos comenzó a comportarse diferente de cara al público, con la intención de simplificarse la vida a pesar de que algo dentro le susurraba que aquel camino no era del todo adaptativo. Con el tiempo aprendió a ignorarlo y aquella advertencia se convirtió en un ruido de fondo, apenas audible, pero muy molesto en ocasiones.

–Todo el mundo cambia –le quitó importancia a aquella observación.

–No como tú.

–Se llama «evolucionar», Torres –insistió buscando una salida relativamente indolora.

–¿Tú crees?

Y no, no lo creía, pero lo decía de todas formas y lo repetía una vez tras otra para ver si al final acababa creyéndoselo. La magia de la perseveración. Lo de «evolucionar» no se le parecía en nada, más bien se había quedado atascada casi sin darse cuenta, enquistada en aquella enorme necesidad de sentirse segura, una falsa sensación de control que la liberaba y la agotaba al mismo tiempo.

–Es la primera vez en tres años que te veo así –dijo Jordan cuando quedó claro que no iba a responderle–. Nunca me habías despertado de madrugada para contarme que te habías follado a una chica.

Sintió la mirada de su compañera clavada en su perfil y se giró levemente para encararla, frunció el ceño al encontrarse con media sonrisa asomándole a los labios.

–Con Elizabeth Cooper... hostia puta, Sandie –lo dijo casi en un susurro y con un tono nuevo, uno que no le sacaba de sus casillas.

Desvió la mirada al frente otra vez, como si aquel somier fuera la obra de arte más alucinante conocida por el ser humano y necesitara admirarla con inusitada intensidad para seguir viviendo.

–Hostia puta... –convino en voz alta, pero más para sí misma, en plan «joder, Sandie, ¿cómo has llegado hasta aquí?».

–Sé que siempre te ha atraído su aura impoluta de proporciones

meticulosamente perfectas y que te pone cachonda su fetiche con los ángulos rectos, pero... ¿cómo ha pasado?

Un interrogante totalmente legítimo, sobre todo porque su amiga lo preguntaba con interés real y sin pizca de escepticismo en la voz. Seguro que el haber percibido su potencial vulnerabilidad filtrándose por cada fisura de aquella conversación, en principio intrascendente, la había llevado a bajar el tono y prescindir de reproches. Jordan Torres tenía una parte sensible, minúscula, eso sí, y asfixiada por gilipolleces y bebidas de alta graduación, pero aparecía de vez en cuando, normalmente en el momento en que ella más lo necesitaba.

–No lo sé, ¿conociéndola? –probó suerte, porque no se le ocurrió nada mejor y seguramente era verdad–. Elizabeth no es como todas creéis que es –añadió y las recién descubiertas facetas de la mujer biónica le revolviéron por dentro una vez más.

Se quedaron calladas y apenas unos segundos después escuchó de nuevo la voz de Jordan.

–Sandie, aunque no acabe de entenderlo me tienes aquí –dijo con toda la solemnidad del mundo saturando cada palabra.

–Lo sé, has venido desde Nueva York a toda hostia para joderme el plan. –Suspiró, quitándole hierro al asunto, porque ponerse tierna con Torres era la hostia de incómodo y a las dos les daba un poco de alergia.

–¿Crees que Cooper iba a dejarte jugar con ella esta noche? –preguntó la castaña y de nuevo utilizaba aquella voz de pervertida que tenía. Terreno conocido y una de las caras más cojonudas de su amistad.

–Por lo menos iba a intentarlo –reconoció, se moría por conseguirlo. Cada vez que recordaba la noche del *Girls Just Want to Have Fun*, lo deseaba un poco más.

La deseaba, a Elizabeth. La deseaba en todos los sentidos y eso era lo acojonante.

–Calientas desde aquí, Davies. Apuesto a que podría freír un huevo en tu entrepierna ahora mismo –dijo e intentó tocarla juguetonamente por encima del pantalón, pero ella se lo impidió de un manotazo que la hizo reír–. Sé que te has quedado con las ganas, pero ni se te ocurra jugar contigo misma esta noche, ese tipo de herida no me cicatrizaría jamás –le advirtió mientras abandonaba su cama y trepaba a la litera superior.

Su teléfono móvil vibró a su lado anunciando que había recibido un mensaje y cuando lo abrió sintió una tirantez especial en el pecho al descubrir que era de Elizabeth.

Lo que ella decía, acojonante, joder.

«Lo del notable alto de media casi cuela, Davies. Buenas noches».

Se le acentuó la sonrisa y decidió responderle con un simple:

«Bye, bye, bye».



\*\*\*

Buff, menuda noche. Menudo sueño, y es que las ganas con las que se había quedado el día anterior eran demasiado gigantescas como para no salir por algún lado. Menos mal que aquella autocaravana tenía baño con ducha incorporada, porque la había necesitado y bien fría, además. Había dejado a Jordan durmiendo a pierna suelta y se encontraba en la cafetería del hotel masticando unas tostadas mientras retazos oníricos de la noche pasada aceleraban sus pulsaciones. Y en cualquier momento esperaba ver aparecer por la puerta a su coprotagonista, con un poco de suerte sin Megan sujetándole de la correa.

«¿Continuará?», eso le había preguntado a Elizabeth tras la interrupción de aquel capullo. Y la forma en que la miró como toda respuesta fue un texto cifrado, pero de los sencillos, de los evidentes. Y era un gran mensaje, sí, señor, de los mejores que había recibido en su vida, pero dejaba todo el asunto de «continuar» un poquito en el aire. «Continuará...», muy bien... Pero ¿cuándo? ¿Cuándo continuará? Porque sus hormonas así de revolucionadas no le dejaban pensar mucho, eso era verdad, pero hasta ellas tenían que descansar alguna vez y, en esos momentos de calma y baja testosterona, se acordaba de que tenía un gigantesco grano en el culo llamado «Samantha».

Joder, Samantha, que tenía a la morena comiendo de la palma de su mano, que con solo una mirada la derretía como si Elizabeth fuera un helado y ella el puto sol en pleno agosto. Hasta le cambiaba la voz cada vez que hablaba con ella, como el día anterior en el coche, y nada más recordar que cuando le preguntó si iba a volver a verla había contestado un «No lo sé» que sonaba más a un «Sí, seguro», hacía que tuviera ganas de romper algo. Y es que estaba celosa, ni más ni menos. Celosa. *Jódete, Davies, porque siempre hay una primera vez y la tuya ha sido a lo grande. Puta vida.*

De repente la vio entrar por la puerta y sonrió olvidando momentáneamente que tenía competencia, y casi dejó caer la tostada a su plato de pura frustración cuando descubrió quién la acompañaba en plan guardaespaldas. Como si Elizabeth fuera Whitney Houston y ella el puto Kevin Costner. *Mierda, Megan.*

Frunció el ceño al caer en la cuenta de que aquellas dos parecían haberse levantado con el pie izquierdo esa mañana, al menos daba esa impresión por la forma en la que se estaban hablando la una a la otra. La primera discusión del día. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para poder escuchar lo que estaban diciéndose captó un «Joder, Elizabeth, pues no haberle cogido el teléfono. Yo no respondo llamadas de mis ex» y un puño muy apretado se ensañó con su corazón en el pecho, porque... ¿Megan se refería a la llamada del coche de la tarde anterior o Samantha había vuelto a llamar a Elizabeth aquella noche? Casi contuvo la respiración en espera de la respuesta de la morena, pero su «No necesito un sermón ahora mismo» no la sacó de dudas. ¡Maldita sea! ¿A qué llamada se estaban

refiriendo? Porque si Samantha, diosa única de adoración en la religión monoteísta de Elizabeth, había vuelto a llamarla era posible que hubieran quedado para verse de nuevo y aquel «Continuará» se le atragantó un poquito cuando intentó darle un sorbo a su café. Menudo desgaste emocional.

Fijó la vista en Elizabeth en cuanto ambas chicas tomaron asiento frente a ella en su misma mesa dándole los buenos días y ella respondió, aunque ya no se lo parecían tanto. Siguió con el escrutinio de las facciones de la morena, intentando encontrar la hora de aquella maldita llamada escondida en alguno de sus gestos. Todo en vano. Por un momento había olvidado las asombrosamente efectivas clases de meditación zen. Se moría por gritarle «¿Vas a volver a verla? ¡Contesta, por el amor de Dios!», levantándose de la mesa y todo para darle más énfasis a la necesidad de saberlo ya, pero no estaba segura de si un día de buen rollo y un calentón en el asiento delantero de un coche le daban derecho a pedirle a la morena explicaciones de nada. Más bien se inclinaba por pensar que no, de modo que permaneció allí sentada aguantándose las ganas.

–¿Qué tal has dormido en la caravana, Davies? –le dio conversación Megan, aunque ella no se la había pedido.

–Seguramente peor que tú en mi cama, pero no puedo quejarme, Torres me dio cerveza –contestó antes de morder distraída una tostada, desvió la vista a Elizabeth antes de dirigirse a ella–. ¿Qué tal has dormido tú, Liz? ¿Me has echado de menos? –indagó con media sonrisa pensada para sonrojar.

–Eh... –la morena empezó a contestarle cuando aquella particular Kevin Costner saltó a su rescate, dispuesta a interceptar una bala por ella. Enternecedor.

–No mucho. Se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada –dijo dando a entender que no había ninguna razón, ninguna, que justificara que Elizabeth la hubiera extrañado aquella noche.

–¿En serio? –preguntó observando a la morena sin perder la sonrisa–. ¿Cuánto tardaste en tocar la almohada entonces?

Y se lo preguntó aun a sabiendas de que bastante, había tardado bastante en dormirse, porque aquel mensaje de móvil no se había mandado solo. Significaba que ella había sido una de las últimas cosas en las que había pensado la morena antes de dormir y eso estaba muy pero que muy bien, porque ella no había dejado de pensar en Elizabeth ni en sueños. Pensar en su compañera hasta estando dormida... *qué jodido, Davies*. Después recordó lo de la hipotética llamada de teléfono de Samantha, de madrugada, y casi se le indigestó el desayuno, porque a lo mejor Elizabeth, en vez de en ella, había pensado en su exnovia antes de dormir y eso sí que era jodido.

–Te repito que no mucho –era Megan otra vez. ¡Maldita sea!–. Y habría tardado menos si cierta veterinaria no la hubiera llamado a esas horas. ¿Qué piensa su prometida de que llame a su exnovia de madrugada?

–¡Megan! –protestó Elizabeth mirándola a ella visiblemente incómoda ante la

difusión de aquella información y con un «lo siento» pintado en la cara.

Misterio resuelto. La segunda llamada había existido y no le estaba sentando muy bien saberlo, seguro, porque es que a ella le sobraba hasta la primera. Joder con Samantha... ¡que estaba a dos días de su boda, por Cristo Santísimo! ¿No tenía votos que escribir? ¿Arreglos florales que ultimar? Porque si los tenía, al parecer aún le sobraban las horas para ir por ahí llamando a sus exnovias de madrugada a espaldas de su prometida. Menuda gestión del tiempo. La eficiencia hecha mujer. Un portento y una puta pesadilla a la vez, todo en uno. Miró a la morena pensando muy alto «Vas a verla, ¿verdad?» y casi ni le hacía falta preguntarlo para saber que sí. De todos modos, Elizabeth no le dio tiempo, porque se apresuró en levantarse y acercarse a la zona de bufé libre para recolectar su desayuno. «Para alejarse de ella» también era una buena explicación de su desbandada. Y no era consciente de estar mirando a la morena de ninguna manera, pero Megan la sorprendió con las siguientes palabras:

–No pongas esa cara, Sandie. Si casi hasta te viene bien, así no tendrás que espantarla cuando te canses de ella.

Y eso era lo malo. Que no creía que fuera a cansarse de Elizabeth en un futuro cercano. Quería seguir separándole los M&M's por colores y verla alisar las sábanas de la cama incluso después de haber follado.

–¿Va a verla? –preguntó haciendo caso omiso a su comentario. Es que tenía que saberlo sí o sí.

–A lo mejor tu amiga Torres ha venido hasta aquí solo para darte un par de cervezas, pero yo he venido para ayudar a Elizabeth a no cometer el error más grande de su vida –aclaró–. Esto es una Intervención.

–¿Cuando dices «error más grande de su vida» te refieres a mí? –preguntó simulando estar molesta.

–Oh, vamos, Davies, hasta tú tienes que reconocer que no eres muy buen partido –dio por sentado la chica–. No voy a ayudarte a encandilarla.

–Para no ser un buen partido marco muchos goles –bromeó fingiendo alardear y Megan sonrió casi sin quererlo.

–El problema es que los marcas en muchas porterías diferentes.

–Hay que probar hasta encontrar la adecuada, Jensen.

–Pues sigue buscando, Davies –le respondió impasible–. Con Elizabeth no tienes nada que hacer.

Meditó aquellas palabras tan solo por un par de segundos mientras observaba a la morena servirse café a escasos metros de ellas. La forma en que la había besado la tarde anterior y aquel mensaje en forma de «Continuará» disimulado le indicaban que al menos un poquito sí que tenía que hacer con Elizabeth. Devolvió la vista a Megan antes de contestar.

–Samantha por el contrario parece que lo tiene muy fácil.

Nada más oír el nombre de la veterinaria a Megan se le arrugó la nariz. Una

respuesta condicionada por años de contemplar sus consecuencias.

–Samantha no es ni siquiera una opción –la vetó convencida.

–¿Elizabeth piensa lo mismo?

–Elizabeth no piensa cuando se trata de Samantha. –Se resignó con un suspiro

–. Y permíteme que te diga que lo tuyo tampoco se lo ha pensado mucho.

–¿No crees que esa comparación es algo injusta? Hay importantes diferencias, una infidelidad de por medio, por ejemplo.

–Sí, pero ambas sabemos que el empate solo es cuestión de tiempo –lo dio por sentado y ella frunció el ceño molesta por la seguridad que desprendía aquel tono.

Su reputación la precedía y la perseguía a la vez, imposible dejarla atrás, Megan llevaba demasiado tiempo observando sus juegos como para ni siquiera empezar a plantearse que esta vez pudiera ser diferente. «Sembrad y recogeréis», pues a ella se le había echado a perder la cosecha entera.

–¿Y qué hay de eso de «inocente hasta que se demuestre lo contrario»? –buscó un poco de fe en aquel inmenso y desolado paraje de ateísmo sin límites.

–No es aplicable en tu caso.

Inflexible. Megan tenía sus principios bien claros y esculpidos en piedra. Antes de que pudiera protestar, Elizabeth volvió a tomar asiento frente a ella con la bandeja del desayuno preparada y Megan se alejó de allí en busca del suyo. ¡Por fin solas! Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no sabía qué decirle. «¿Qué pasa con Samantha?, ¿qué pasa con nosotras?, ¿qué significó ayer para ti?».

–Voy a verla hoy. –Y allí estaba, la respuesta a la pregunta más importante en forma de bala de plata directa al corazón.

–No puedo decir que me sorprenda –admitió sintiendo la bilis ascender por su sistema digestivo–. ¿No prefieres verme a mí? –se decidió a preguntar con su mejor sonrisa. Tonteando, porque no quería parecer demasiado vulnerable.

Siempre se había salido con la suya con cualquier chica en la que se había fijado y Elizabeth no iba a ser una excepción. Elizabeth no podía ser una excepción. *Justamente ella no, por favor.*

–No hagas eso –le pidió la morena y ella no sabía muy bien a qué se refería con «eso», pero iba a seguir haciéndolo seguro.

–Lo pasé muy bien ayer –dijo buscando sus ojos.

–Yo también lo pasé muy bien ayer, pero es complicado, Sandie. –Y la primera parte le gustaba mucho, pero la segunda no tanto.

–Define complicado –le dio pie a explicarlo un poco más mientras observaba cómo endulzaba su café con un poco de sacarina.

–Sabes lo que siento por Samantha. Lo sabes desde el principio –susurró como si pensara que todos los allí presentes intentaban escucharla.

–No me parece complicado, eso lo tienes muy claro –dijo y sonó un poco a resentimiento sin ser esa su intención.

–Lo complicado eres tú.

Lo dijo así de claro y sosteniéndole la mirada. Uh. Aquellas cuatro palabras habían incrementado su tasa cardíaca considerablemente, porque ahí estaba de nuevo el famoso «No sé qué me pasa con Sandie» y ella se moría por que lo supiera de una vez.

–Puedo hacerlo mucho más simple si quieres –se ofreció, dispuesta a decirle que aquello de que quedara con la veterinaria le repateaba las tripas y que quería repetir el día anterior una y otra vez hasta que se aclarase el «No sé qué me pasa con Sandie» y todo dejara de ser «complicado».

–Sandie... –Elizabeth lo dijo titubeando y no le dio tiempo a decir nada más de ninguna otra forma, porque su teléfono móvil comenzó a sonar en ese mismo instante.

*Me cago en la puta y en las nuevas tecnologías, expertas en interrumpir momentos de trascendencia a nivel mundial.* Porque mataría por escuchar qué venía a continuación de ese «Sandie» y ahora seguramente iba a morir sin saberlo. Como fuera otra vez Samantha no respondía de sus actos, así de fácil.

–Es Joanna... –dijo la morena antes de responder poniendo el teléfono en modo altavoz.

Joder con su jefa, menudo día había elegido para madrugar, si llegaba todas las mañanas a la redacción pasadas las diez.

–¿Cómo están mis dos chicas favoritas? –la voz de la mujer se escuchaba llena de entusiasmo–. *En maquetación ya están haciendo hueco para esa maravilla de artículo, va en portada el próximo número.*

–Casi tenemos todo lo que necesitamos –tomó la palabra Elizabeth–, hoy entrevistamos a algunos familiares que han venido a Fall River para la renovación de votos

–Así me gusta, sabía que era buena idea mandar allí a mis dos mejores periodistas –les hizo la pelota.

Se escucharon protestas ante aquello de «las dos mejores» y Joanna se separó el teléfono de la oreja para replicar «Cállate, Johansen, y tráeme un café bien cargado de la máquina. No, no tengo suelto, con lo que te pago puedes permitirte invitarme a un café». Después volvió a centrarse en ellas.

–Me alegro de que todo vaya viento en popa por allí, porque aquí estamos bajo mínimos. Jensen y Torres enfermas, y Morris se ha cogido la baja por depresión. Davies, tu vida amorosa me cuesta dinero. Nueva norma de la redacción, nada de relaciones entre los miembros de la plantilla, que esto parece Sodoma y Gomorra.

Intercambiaron una mirada al escuchar aquello, Elizabeth se sonrojó ligeramente y a ella le dieron ganas de quitarle aquella mojigatería sexi a base de orgasmos, y lo habría hecho, pero no era ni el momento ni el lugar.

–El lunes os quiero a las dos aquí con vuestro artículo estrella. Davies, centradita en el trabajo. Cooper, vigila que tu compañera no vaya levantando faldas ajenas por ahí.

Ella sonrió cuando Elizabeth le dijo «Descuida, Joanna», roja como un tomate y guardándose para ella un «Demasiado tarde», porque alguna ya había levantado y no era ajena precisamente. Nada más colgar, Jordan se materializó en la silla que había libre junto a la suya y ella maldijo su mala suerte. ¿Eran dos minutos a solas con Elizabeth demasiado pedir?

–¿Era Joanna? ¿Ha dicho algo de mi intoxicación? Como os chivéis convertiré vuestra vida en un puto infierno.

–Te ha mencionado de pasada, Torres. Y para lo que haces en la redacción igual le da que estés medio muerta en casa –menospreció a su amiga, enfadada por la interrupción.

Jordan le devolvió el desprecio con una expresiva mirada y luego observó a Elizabeth antes de hacer algo que jamás de los jamases había hecho. Saludarla como si fuera un ser humano.

–Ey, Cooper, ¿cómo te va?

–Hasta ahora mismo muy bien, gracias.

A la defensiva.

Imaginaba que de la misma forma en que años atrás había aprendido a contestar a sus compañeros de clase cuando colgaban por las taquillas fotos de ella montándose con la Ginger Spice.

–Elizabeth, sé que nunca nos hemos llevado muy bien. Pero si vas a ser la chica de Sandie tenemos que dejar ese turbio pasado atrás. Por el bien de todos.

¿En serio había dicho «si vas a ser la chica de Sandie»? ¡Me cago en la leche, Jordan!

–Ese «turbio pasado» es nuestro presente y yo no voy a ser la chica de nadie –contestó la morena aún con las mejillas encendidas. Dio un último sorbo a su café antes de levantarse–. Davies, en media hora hemos quedado en casa de Karen y Rose, intenta estar lista –casi fue una orden y se alejó de allí dejando abandonada su bandeja del desayuno.

Jordan la siguió con la vista por unos segundos y luego cogió un donut de la solitaria bandeja para llevárselo a la boca.

–Menudo genio tiene, Davies. Ya puedes domarla un poco antes de traerla a casa.

–¿«Si vas a ser la chica de Sandie»? ¡No me jodas, Torres! –exclamó nada más comprobar que Elizabeth había abandonado el comedor.

–¡Solo intentaba ser amable con ella! –respondió su amiga levantando las manos en señal de paz–. Creía que querías que fuera tu chica... ¿qué coño te pasa?

–Un poco más alto, por favor, me parece que esa señora del fondo no te ha oído bien –la instó a bajar el tono–. Ha quedado hoy con su exnovia –explicó y Jordan miró a la vieja del fondo con el ceño fruncido, extrañada. Buf... qué cruz–. «Elizabeth» ha quedado hoy con su exnovia, Jordan –aclaró resaltando el nombre de su compañera.

–¿Elizabeth tiene una ex? Casi era más creíble que la tuviera esa señora –dijo volviendo a mirar a la anciana tras darle otro bocado al donut.

–La tiene. Samantha –casi escupió aquel nombre porque decirlo de cualquier otra forma se había convertido en un imposible para ella–. Es veterinaria y una puta Venus-Afrodita para Elizabeth, te lo juro, es verla y se le caen las bragas al suelo.

–¿Me estás diciendo que no solo te has colado por una chica, sino que te has colado por una chica que está colada por otra chica?

Y ella no le estaba diciendo nada, pero todo aquello era bien cierto y eso de «Voy a verla hoy» seguía amargándole la existencia desde algún recoveco poco insonorizado de su mente.

–Se casa el domingo –continuó con la explicación.

–¿Cooper? Joder, Sandie, sabía que te gustaban los desafíos... pero ¿esto? – intentó susurrar a pesar de estar bastante alterada por aquella nueva información.

–Coño, Jordan, deja de beber, porque las pocas neuronas que conservas empiezan a funcionar regular, ¿sabes? Elizabeth no va a casarse con nadie – matizó–. Samantha se casa el domingo con otra chica.

–Mierda, Sandie, qué ganas de complicarte la existencia. Al lado de todo esto Psico-Debbie me parece un partidazo, en serio te lo digo.

–¿Crees que yo buscaba esto?

–Si no lo buscabas te has dejado encontrar. Recopilemos la información: estás colada por una chica que, a su vez, está colada por otra chica que, a su vez, está colada y va a casarse con otra chica.

–Es correcto.

–Es una locura, Davies, eso es lo que es.

–Simplemente ha pasado, Torres. Estas cosas funcionan así.

–Y simplemente estás jodida, Sandie. Con todas las letras –menuda manera de animar, qué lujo de mejor amiga–. ¿Está buena? Esa tal Samantha. Un diez, normalita, se puede mirar sin sufrir daños irreversibles, peligro inminente de invidencia o «bolsa en la cabeza para follársela» –ofreció aquella improvisada escala de valoración.

–Un ocho con cinco en la escala de atractivo Davies.

–Joder... eso está entre Katie Delfino y Psico-Debbie. Buena competencia.

–Menos mal que has venido a animarme –ironizó tirando lo que le quedaba de tostada al plato, sin ganas de comer más.

–Oh, vamos, Sandie, no necesitas que nadie te anime. Sabes que puedes tener a cualquier chica comiendo de tu mano con solo proponértelo.

–A «casi» cualquier chica, porque me parece que con Elizabeth no es tan fácil – admitió regodeándose en aquel «Voy a verla hoy», en plan masoquista.

«A mí también me lo parece, Davies», lo escucharon antes de ver a Megan pasar por su lado con un café para llevar en la mano y una mirada de «ríndete, porque no tienes nada que hacer» pintada en la cara. Incluso le sonrió diciendo adiós con un

gesto antes de salir del comedor y desaparecer de su vista.

–Perdedora –masculló Jordan al verla alejarse–. Ni caso, Sandie, fue la única que apoyó a Elizabeth con toda la mierda del *feng shui* en la redacción, imagínate qué criterio debe de tener.

La verdad era que basándose solo en el ejemplo del *feng shui* en la oficina, Megan no tendría mucha credibilidad, pero es que en todo lo concerniente a Elizabeth la veía como toda una experta. Porque si Samantha no existiera, las cosas serían bien sencillas, pero existía. Existía con aquel título de veterinaria sexi que tenía, con aquella sonrisa y con aquellos «Elizabeth, necesito verte», que eran como arterosclerosis extendiéndose por todo su sistema circulatorio y anunciando una inminente embolia. Existía y llamaba por teléfono a la hora que le daba la gana y sin plantearse siquiera que Elizabeth no fuera a contestar. Samantha era la que tenía a la morena comiendo de la palma de su mano por mucho que a ella le jodiera reconocerlo. Y, madre mía, cómo le jodía, a lo mejor porque alguien la tenía a ella comiendo de la suya y se la había cerrado de golpe.

\*\*\*

Si Joanna le preguntara lo que había hecho durante toda la mañana, aseguraría solemnemente que había invertido casi cuatro horas en entrevistar a tres de los familiares de Karen y Rose, y se guardaría para ella que casi el noventa por ciento de todo ese tiempo se lo había pasado lanzándole miradas furtivas a Elizabeth y pensando en cómo decirle: «Por lo que más quieras, elígeme a mí», sin parecer demasiado desesperada. Nunca le habían gustado los culebrones y de repente se había convertido en protagonista de la puta telenovela más dramática de la historia.

Regresaban al hotel casi pasada la hora de comer y lo hacían igual que habían acudido a casa de la pareja aquella mañana, caminando en silencio. Elizabeth perdida en sus pensamientos y ella atrapada en un sinfín de «¿Cuándo?», «¿Dónde?» y «¿Para qué?», teñidos de «Voy a verla hoy» y picoteándole el alma por todos lados, porque la miraba de reojo y el corazón se le volvía ceniza en el pecho. El día anterior la había tenido tan cerca, todo había sido tan sorprendentemente fácil y, de repente, una llamada de teléfono y se le estaba escapando por entre los dedos. El «Continuará» quedaba tan atrás en el camino que ya apenas se veía.

–¿Va a continuar? –lo soltó sin más, parada en mitad del camino desierto, porque era incapaz de aguantar por más tiempo preguntándose a sí misma sin encontrar respuesta.

Elizabeth suspendió la marcha y se tomó un par de segundos de preparación antes de volverse para mirarla.

–Sandie... –sabía lo que iba a decir a continuación y no quería escuchar un nuevo «es complicado» que no las llevaba a ningún sitio.

–Sé que estás enamorada de Samantha, pero también sé lo que lleva pasando entre nosotras desde la otra noche en el karaoke. Sé lo que pasó ayer –indicó



acercándose un poco más—. ¿Va a continuar?

Elizabeth la miró, en silencio, y se cruzó de brazos visiblemente incómoda. Quizá porque no tenía ni idea de qué responder a aquello. Las chicas nunca habían albergado demasiadas dudas cuando se trataba de ella, de modo que toda la situación era una primera vez bastante dolorosa.

—No lo sé —lo dijo con voz cansada, como si hubiera estado debatiéndose entre el sí y el no durante horas y al final todo hubiera quedado en empate a cero.

—¿Y vas a saberlo cuando la veas? —continuó imparable, porque necesitaba sacar algo en claro.

—Por favor, Sandie... —suplicó pidiéndole una tregua que ella no podía permitirse.

—No vayas. No quedes con ella.

—No puedes pedirme eso.

—Acabo de hacerlo.

Y a aquello le siguió un silencio un poco denso y un duelo de miradas demasiado intensas como para no acelerar sus pulsaciones. Porque no podía exigirle a la morena algo así, pero ya era demasiado tarde, y porque le tocaba responder a Elizabeth, pero prefería pasarle el turno y la verdad era que no había nada más que decir.

Recortó la distancia que había entre ambas, con un movimiento improvisado que le salió como si lo hubiera ensayado miles de veces antes. El no besarla en mitad de aquel silencio no se lo habría perdonado nunca y es que la situación en sí lo estaba pidiendo a gritos. La miró, increíblemente cerca, por milésimas de segundo, y lo vio escondido entre aquel verde: no se equivocaría si se estrellaba contra sus labios.

Imposible.

Sujetó a la morena por el cuello de la camiseta y la acercó a ella con demasiada fuerza, interceptando su boca por el camino. No encontró resistencia, ni la más mínima. Sintió cómo aquellos labios se adaptaban a los suyos sin dudarlo siquiera y una gigantesca explosión de adrenalina se desató por su cuerpo entero. Taquicardia y endorfinas. Una inmensa necesidad de seguir besándola dos o tres eternidades seguidas antes de plantearse tomar aire de nuevo. La mano de Elizabeth la sujetó por la nuca y la atrajo hacia sí aún más, como si temiera que fuera a irse en cualquier momento.

Joder, por la forma en la que la morena le estaba devolviendo el beso aquello de quedar luego con Samantha era más bien surrealista y estaba completamente fuera de lugar. ¿Se podía besar así a alguien y decir «No sé qué me pasa con Sandie» sin mentir? Porque a lo mejor Elizabeth sabía muy bien lo que le pasaba con ella, pero estaba demasiado acobardada como para admitirlo en voz alta. Extravió los dedos entre pelo moreno y giró ligeramente la cabeza para poder besarla desde un nuevo ángulo, aún mejor; cuando Elizabeth hizo lo mismo casi le fallaron las piernas. *Me cago en la puta, Cooper.* Aquel beso era un «Samantha, se cancela lo de hoy y

encantada de haberte conocido», un «Está continuando y no quiero parar» que no necesitaba de más explicaciones. Y la boca de Elizabeth sabía tan bien que se estaba convirtiendo en su sabor favorito en el mundo entero.

Y de repente una bofetada. Metafórica, claro. La morena se separó de ella y la miró con los ojos cargados de la disyuntiva más enrevesada de la historia de la toma de decisiones. Casi dolía tan solo verla. Sintió cómo Elizabeth acariciaba uno de sus mechones con los dedos antes de apartarse de ella definitivamente, dando un paso atrás. Dijo «Lo siento, Sandie» y se fue. Sin más. ¡Se fue sin más! Y ella se quedó allí, plantada, en mitad de un jodido camino de tierra increíblemente poco transitado y observándola alejarse mientras escuchaba su alma derrumbarse a sus pies.

Hostia puta, qué situación tan patética, si casi hasta se daba lástima a sí misma.

Le pegó una patada bien fuerte a una piedra y encima se hizo daño en el pie. Madre de Dios, qué realidad más cruda.

—¡Me cago en la puta! ¡Me cago en la leche! ¡Y me cago en la Samantha de los cojones!

Blasfemar. Era la única válvula de escape que le quedaba y pensaba utilizarla, pero bien, porque besar a alguien de esa manera para luego desaparecer así sin más no tenía perdón de Dios ni el más mínimo sentido. ¿A qué estaba jugando Elizabeth? Si es que estaba jugando a algo, ya que a juzgar por su cara antes de irse, no parecía estar pasárselo muy bien, la verdad. Y si no jugaba... ¿qué coño hacía? Enredarse más y más en la misma red que la asfixiaba a ella, eso hacía, porque la noche del *Girls Just Want to Have Fun* se dejaron llevar por el alcohol y por el instinto y no midieron bien las consecuencias. Ni ella, ni Elizabeth. Ninguna de las dos. Jodidas irresponsables.

¿Y ahora qué? Ahora solo le quedaba abandonarse a la agonía del «Voy a verla hoy», porque seguro que ya llegaba tarde. Sus súplicas descaradamente ignoradas. Menuda crueldad. Tenía ganas de gritarse a sí misma «¡Espabila, Davies!». De repente le sonó el teléfono anunciando la llegada de un mensaje de texto y de verdad que como fuera otra vez Jordan con el «¿Elizabeth Cooper? Hostia puta, Davies» iba a obligarla a tragarse su puto móvil enterito.

Consultó el aparato, descubrió que no era Jordan y se le aceleraron las pulsaciones.

«Elizabeth y la piedra han quedado a las seis en el bar. ¡Espabila, Davies!».

¡Coño! Patty al rescate, lanzándole una cuerda justo cuando estaba a punto de hundirse del todo en las arenas movedizas de su propia autocompasión.

## Una noche con Sandie Davies

«No vayas. No quedes con ella».

Sandie no tenía ningún derecho a pedirle algo así y ella ninguna necesidad de seguir dándole vueltas, pero aun así lo hacía, una y otra vez, su mente se había convertido en un maldito carrusel de feria fuera de control. Un beso improvisado en mitad de un camino desierto que le había secuestrado la razón con una habilidad pasmosa y aún estaba negociando su rescate.

Seguía sintiéndola en sus labios. *Maldita sea, Cooper.*

Un sorbito de té helado para templar los nervios. Miró a su alrededor y el bar estaba casi lleno a pesar de la temprana hora. Samantha debía de estar a punto de llegar y el «No vayas. No quedes con ella» se negaba a cederle la silla. *Por Dios, Sandie.* Aquella forma de mirarla antes de casi suplicar que no se viera con su exnovia, cada vez estaba más claro que al «solo sexo» el «solo» le sobraba un poco bastante, porque hacerla reír se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos en cuestión de días. No se le olvidaba que fue ella quien lo inició todo sobre aquel puente con su «Pues deja que me arrepienta mañana» y es que había descubierto que lo del arrepentimiento no era lo suyo. ¿Dónde se habían metido? ¿En qué estaban pensando?

El reloj ya había marcado las seis y tenía la boca seca, porque la llegada de Samantha era inminente, resistirse a cogerle el teléfono la noche anterior ni se le había pasado por la cabeza y, aunque se lo hubiera propuesto, no estaba segura de si habría sido posible. Contra Samantha no había podido luchar nunca, una batalla perdida desde que se la cruzó por primera vez en los pasillos del instituto y pensó «Tengo que conocerla» al verla sonreír. Inexorable e increíblemente complicado también, porque de pronto otra sonrisa diferente conseguía pararle el corazón en el pecho una y otra vez.

Aquel viaje a Fall River había puesto su universo patas arriba, desorientada y resurgiendo de entre sus cenizas aún intentaba poner cada cosa de nuevo en su lugar y le estaba resultando endemoniadamente complicado, ya que Sandie estaba por todas partes y Samantha se negaba a desaparecer. Desesperante. Porque, de pronto, todos parecían tener una opinión y a nadie le importaba la suya, Patty estaba atrapada en el «¿Por qué Sandie y tú no?» y Megan enganchada al «Sandie Davies es caca y Samantha el anticristo en la Tierra». Eran sus mejores amigas y

seguramente querían ayudarla, pero no estaban haciendo muy buen trabajo, la verdad.

Cuando Samantha apareció por la puerta ella seguía pensando en la forma en que las manos de Sandie se habían enredado en su pelo hacía apenas unas horas y casi se mareó un poco ante la fuerza de aquella mezcla imposible de realidades paralelas. Su exnovia la buscó con la mirada durante un par de segundos y, cuando por fin la localizó, sonrió de esa forma tan suya, la que le hacía un poquito difícil seguir respirando con normalidad. Tomó aire antes de devolverle el gesto y la saludó con un ligero movimiento de la mano mientras la veterinaria ya se acercaba a la mesa.

–Perdona por el retraso –se disculpó tomando asiento a su lado.

–No he llegado hace tanto.

–¿Qué tomas?

–Té helado.

–Supongo que hay cosas que no cambian. –Sonrió la veterinaria.

–Supongo que no –estuvo de acuerdo ella. Y se preguntó si, a un nivel inconsciente, su respuesta hacía referencia a mucho más que a un té helado.

El camarero las interrumpió y Samantha aprovechó para pedir una cerveza.

–¿Dónde has dejado a Sandie? –fin de la charla ligera y el inicio de una molesta tirantez en su pecho al recordar exactamente la cara con que la había dejado.

–Se ha quedado trabajando en el artículo. Tenemos que entregarlo el lunes –dijo algo distraída, no quería pensar en su compañera más de la cuenta–. ¿Dónde has dejado a Logan? –le devolvió el interrogante y la chica miró hacia otro lado antes de responder.

–No sabe que he quedado contigo. Sus amigas han llegado hoy y se la han llevado a una especie de despedida de soltera –confesó en un tono adornado con una pizca de culpabilidad.

Había quedado con ella a espaldas de su prometida al igual que la había llamado de madrugada mientras Logan dormía.

–¿Por qué no le has dicho que íbamos a vernos? –preguntó dándole un sorbo a su té helado.

Alguna razón tendría que tener y a ella le interesaba bastante conocerla, a lo mejor era parecida a la suya para no haber escuchado el «No quedes con ella» de la rubia.

–No quería que se preocupara –reconoció tras unos segundos de silencio.

–¿Por qué iba a preocuparse? Os casáis pasado mañana –dijo por sentado mientras sentía cómo su corazón comenzaba a acelerarse en su pecho.

–Nos casamos pasado mañana, pero sabe lo que hubo entre nosotras, Liz. Sabe lo mal que lo pasé –dijo mirando la cerveza que el camarero acababa de dejar frente a ella. Ni le dio las gracias.

«Lo mal que lo pasé», seguramente no tan mal como ella misma, porque tenía a

Logan de paño de lágrimas, y aun así se le encogió un poco el corazón en el pecho al escuchar que para ella tampoco fue fácil su ruptura. Quiso decir algo, pero no se le ocurría qué, revolvió en las profundidades de su mente en busca de un reproche, de un «al menos tú tuviste elección», pero aquella afirmación ya no se sostenía, aquellas bases tan firmes se habían esfumado, pulverizadas por los sentimientos que despertaba en ella una rubia que alardeaba de lo bonita que tenía la sonrisa. La forma en que se le dividía el alma cuando intentaba ponerlas a las dos en igualdad de condiciones le daba alguna pista de cómo pudo haberlo pasado su ex.

–¿Qué quieres de mí, Sam? –preguntó tras observar su té helado unos segundos –. ¿Quieres que te perdone? ¿Que te diga que no pasa nada?

–Solo quiero que entiendas que nunca quise hacerte daño.

–Entenderlo no lo hace más fácil, porque por muy difícil que te resultara la elegiste a ella en vez de a mí.

–¡No pude elegir nada! No lo busqué. Han pasado cuatro años, ahora estás con Sandie... ¿por qué no puedes dejarlo atrás?

–¿Por qué no puedes tú? –decidió responderle luchando contra el nudo que se había formado en su garganta ante aquel «ahora estás con Sandie».

El silencio que siguió a continuación hizo que le pitaran un poco los oídos, Samantha observaba atenta su consumición por no tener que mirarla a ella y parecía genuinamente disgustada. Estaba segura de que no iba a responder a su pregunta y de pronto cayó en la cuenta de dónde estaban, en un callejón sin salida, porque por muchas vueltas que dieran, por muchos «Tú hiciste...» y «No pude...» que intercambiaran el final de la historia iba a ser el mismo. Porque Logan se cruzó en su camino y todo lo que podía haber sido había dejado de ser, solo quedaban miles de «¿Y si...?» que carecían de sentido. Y de pronto escuchó un «Todavía me importas» que le obligó a levantar la mirada para encontrarse con sus ojos.

–Todavía me importas, Elizabeth –repitió Samantha.

–Vas a casarte con Logan –fue todo lo que le salió cuando sintió la mano de la veterinaria en la suya.

–Sigues importándome igual –aseguró buscando su mirada y no quería que la encontrara, pero lo hizo.

Besarla, tenía que besarla, aunque ya no distinguiera muy bien sus motivos. Iba a casarse en dos días, pero ella quería besarla. Decirle «Se acostó con otra a una semana de vuestra boda», porque el plan era no dejarla ir sin haber gastado antes hasta el último cartucho. Pero es que cuando se acordaba de a quién se había trajinado Logan ya no tenía tan claro lo que necesitaba ni cuántos cartuchos le quedaban. Y aquel «Sigues importándome igual» colgaba entre ellas, huérfano, en espera de que alguien hiciera algo de provecho con él mientras la mano de Samantha seguía posada sobre la suya.

La intimidad de aquella situación se vio interrumpida de pronto por un sonoro «¡Elizabeth! ¡Qué casualidad!» y por Patty arrastrando una silla para unirse a ellas en

la mesa. La mano de Samantha abandonó la suya con demasiada prisa y ella carraspeó sentándose extremadamente recta en su silla. Iba a matarla, en serio. El corazón se le iba a salir por la boca.

–Samantha –fue el escueto saludo que le dedicó su amiga a la veterinaria.

–Patty –su exnovia le respondió en el mismo tono seco.

–Liz, no sabía que estarías aquí.

Mentira.

–Pensaba que estarías trabajando en tu artículo con Sandie –dijo obviando descaradamente a la otra ocupante de aquella mesa.

De nuevo, mentira.

–Le he mandado un mensaje hace un rato para que vinierais a tomar una cerveza, debe de estar a punto de llegar –lo añadió con toda la intención del mundo y muy poca vergüenza.

*Maldita seas, Patty.*

Se terminó de un sorbo el té helado que quedaba en su vaso y tomó a su amiga de la mano para arrastrarla hacia la barra con la excusa de pedir otra consumición y con el objetivo de preguntarle a qué demonios venía eso. ¿Sandie allí? Era lo último que necesitaba en aquellos momentos.

–¿Es muy pronto para pedirme un vodka con limón? –preguntó su amiga en voz alta al llegar a la barra.

–¿Qué demonios haces aquí? ¡Te dije que había quedado con Sam!

–Últimamente tengo muy poca memoria –se excusó ojeando las botellas que reposaban tras la barra.

–Y yo muy poca paciencia.

No sabía si estaba más enfadada por que las hubiera interrumpido justo en esa tesitura o porque Sandie estaba a punto de llegar y ella no se creía capaz de lidiar con las dos a la vez. Como dos Big Bang que compiten por ser el único.

–Y muy poca cabeza, Cooper –añadió mirándola enfadada–. ¿Samantha?

Tuvo que soltar un bufido, porque empezaba a cansarse de que todo el mundo le dijera la malísima idea que era seguir estando colada por su ex, como si ella tuviera voz y voto en el asunto.

–¿Qué hay de Sandie? –Patty seguía imparable sin ser consciente del increíblemente complejo dilema al que la estaba enfrentando–. Te gusta, Elizabeth. Y tú le gustas a ella, mucho.

Miró hacia otro lado, porque aquello de oír que ella le gustaba mucho a Sandie le gustaba demasiado a ella y aquel «Todavía me importas» continuaba reverberando en el interior de su cabeza. Justo cuando miró hacia la puerta de entrada del local Sandie hacía acto de presencia y le acompañaban Jordan y Megan, pero apenas reparó en ellas. Casi podía oler el Calvin Klein desde allí y le estaban escociendo un poco los labios sin saber muy bien el motivo.

Menuda encerrona.

Volvieron a la mesa sin consumiciones, justo en el momento en que Sandie presentaba a Megan y Jordan a Samantha. Su exnovia parecía mucho más que incómoda ante aquella imprevista reunión. Y mucho se temía que el «Todavía me importas» tendría que esperar a otra ocasión, una menos concurrida.

–¿Interrumpimos algo? Podemos irnos a otra mesa –ofreció Megan, pero apenas le prestó atención, porque le distrajo la forma en que la miraban aquellos ojos azules. Desafortunadamente, Samantha contestó por ella.

–No hace falta, sentaos con nosotras.

*Maldita seas, Sam, y tus exquisitos modales sureños.* Abandonó los ojos de Sandie y volvió a tomar asiento en la misma silla que ocupaba antes de la inesperada, a la vez que cuidadosamente orquestada, aparición de Patty. Y sí, aquella iba camino de convertirse en una de las situaciones más incómodas de toda su existencia. ¿Había dicho «en una de»? En «la situación» más incómoda de toda su existencia, porque Sandie se acomodó justo a su lado. Su sola presencia allí hacía que el simple hecho de observar a su exnovia más de dos segundos seguidos estuviera fuera de lugar, un «no la mires a ella y mírame a mí» sin necesidad de palabras. Y de repente la rubia se inclinó ligeramente en su dirección para susurrarle al oído «Te he echado de menos, Cooper» y a ella se le erizaron los pelos de la nuca.

–Elizabeth dice que te casas pasado mañana.

Era Megan iniciando una conversación con Samantha y con esa frase quería dar a entender: «No sé qué haces quedando con tu exnovia a escondidas a dos días de tu boda».

–Sí, ya no queda nada –convino la veterinaria–. Es increíble lo deprisa que pasa el tiempo.

Mientras aquellas dos mantenían una conversación más o menos cordial acerca de los preparativos de la ceremonia, escuchó cómo Torres compartía un «Joder con Cooper, qué buena está su ex» con Sandie y vio de reojo cómo la rubia le propinaba un codazo que la disuadió en el acto de seguir por ese camino. Y su compañera ya se lo había dicho en más de una ocasión durante aquel viaje, más claro imposible, pero todo se hizo oficial y mil veces más impactante cuando cayó en la cuenta de la forma en que observaba a Samantha. Sandie Davies estaba celosa y todo aquello debía de ser muy nuevo para ella, porque dejando a un lado todo el asunto de Lauren Conally en el instituto, no le parecía que la rubia hubiera tenido nunca mucha competencia y, seguramente, no se había esperado encontrarla en Fall River. Todo aquello les había pillado por sorpresa a las dos.

Ni idea de cuánto llevaban allí, pero si se guiaba por el número de miradas agónicas de Sandie clavadas en su nuca cada vez que ella intentaba iniciar una conversación en *petit comité* con Samantha, una o dos eternidades en cálculos conservadores. Necesitaba preguntarle a su ex «¿Cuánto? ¿Cuánto te importo?» y decirle que a ella también le importaba mucho, seguir con su maldito plan, pero es que luego recordaba el «No vayas. No quedes con ella» acompañado de aquella

mirada y ya no sabía qué le importaba más. Tenía la sensación de ir a volverse loca de un momento a otro, en serio. Estaba emocionalmente agotada y aun así no se cansaba de recordar una y otra vez aquel beso en mitad de un camino desierto. Aquellos «no soportaba no saber cómo estás», «todavía me importas» y «no quedes con ella» eran un laberinto sin salida que la llevaba hacia una y hacia otra sin tenerla en cuenta a ella.

–Liz, ¿me acompañas un momento a la barra?

Era la voz de Samantha y fue su mano la que le acarició el brazo como llamada de atención. Ni se lo pensó, si lo hacía era posible que dudara y no podía permitírselo. Siguió a su exnovia sin dedicarle ni media mirada a Sandie, porque podría ser peligroso hacerlo, y se apoyó a su lado en la barra.

–Siento secuestrarte así, pero nos han interrumpido antes, mañana es la renovación de votos de Karen y Rose y no sé cuándo vas a marcharte. No puedo dejar que te vayas así.

–Tú también me importas a mí, Sam –respondió a su confesión anterior y la veterinaria bajó la vista a la barra.

–Todo habría sido más fácil si no hubieses aparecido aquel día en mi clínica. Pero me alegro de que lo hicieras, porque era algo que tenía pendiente desde hace mucho tiempo. No le he dicho nada de esto a Logan, porque siempre has sido un tema delicado entre nosotras.

Un tema delicado, en eso se había convertido. Nunca se lo había planteado de ese modo. Logan había ganado, se había quedado con el primer premio gordo y con todas las terminaciones y ella simplemente se había convertido en la exnovia a la que Samantha dejó porque se había enamorado de otra. Ese había sido el final de la historia para ella, pero es que a lo mejor no se había dado cuenta de que quedaban un par de páginas más o quizá se le habían quitado las ganas de seguir leyendo, pero ahí estaban, y en ellas nada era tan blanco ni tan negro como se lo había parecido en un principio. «Me enamoré de ella mientras te quería a ti», un matiz de grises que comprendía cada vez mejor gracias a cierta presuntuosa sonrisa. A lo mejor aquel «todo o nada» no existía en realidad y las dicotomías aplicadas a esa parte de su realidad no encajaban del todo bien. Porque Samantha ganó cosas con Logan, pero perdió muchas con ella.

–Supongo que yo también te tenía pendiente a ti. A veces es difícil pasar página.

–Sobre todo de los capítulos importantes –su ex le dio la razón sosteniéndole la mirada.

Y podría besarla en aquellos momentos, pero las separaban varios centímetros, una inminente boda y su particular matiz de grises. Y en mitad de aquel paraje surrealista sintió un pequeño terremoto emocional en forma de la mano de Samantha tomando la suya una vez más. Y estaba claro que las leyes que hacían mucho más fácil su anodina existencia no funcionaban en Fall River, allí no había nada que encajara en una sola categoría de clasificación y todo era mucho más



sencillo con sus clips de colores, la verdad. En aquel mundo de sentimientos desordenados ella avanzaba a ciegas y sin saber hacia dónde.

–Voy a casarme con Logan porque la quiero a ella, no porque no te quiera a ti.

Y madre mía, aquella frase debería de haber sacudido su universo entero y a lo bestia. Debería de haberle estrujado el corazón de forma brutal en el interior de su pecho y secuestrado todo suministro de oxígeno de su cuerpo. Debería, sí, debería. Pero justo en ese preciso momento los acordes de una canción extremadamente familiar para ella se habían hecho audibles en todo el bar y, sin proponérselo, localizó a Sandie, subida de nuevo en el pequeño escenario y con el micrófono en la mano, a punto de empezar a cantar *I Drive Myself Crazy*, una de las canciones más pastosas del pop de los noventa y su balada preferida de los NSYNC. Y jamás había escuchado a la rubia cantar una de esas. Nunca. Menos de una *boy band* de finales del siglo XX, además la estaba observando a ella con todo el descaro del mundo, como diciendo «Esto va por ti, Cooper». Después de esa mirada no le hizo falta dedicársela.

Escuchó el «Voy a casarme con Logan porque la quiero a ella, no porque no te quiera a ti» seguido por un «*Lying in your arms, so close together*» perfectamente entonado por la rubia y desvió la vista al escenario antes de contestar a su exnovia con quizá la frase más honesta que había dicho jamás.

–Lo entiendo.

Y es que Sandie Davies se había empeñado los últimos días en dejárselo muy claro, porque estaba junto a Samantha, junto al amor de su vida, y apenas podía contener una sonrisa atontada mientras la veía a ella sobre el escenario dedicándole la letra más cursi que había cantado jamás. La rubia había pasado de encarnar a una sabandija asquerosa, a ser un objeto sexual irresistible, y después un «No sé qué me pasa con Sandie» que en el momento presente se había transformado en «Cómo no me he dado cuenta antes». Porque la veía allí arriba, con su pelo perfecto y aquella cara de estrella del cine, con la mirada por la que suspiraban más mujeres de las que podía contar clavada en ella. Toda su ropa parecía hecha a medida, igualito que su sonrisa, esa que te dejaba sin aliento sin avisarte de que cogieras aire siquiera.

Y aunque aquello siempre había estado allí, desde su nueva posición se veía algo más. Ahora veía a la chica que le había separado los M&M's por colores, la que le acompañó en la orilla de un río mientras ella se derrumbaba por dentro, la que le secaba las lágrimas con el pulgar asegurándole que todo iría mejor, la que era experta en sus preferencias cuando ella la ignoraba. Nunca había querido verla y ahora no podía dejar de mirarla. Tuvo que reír en cuanto Patty apareció junto a Sandie para hacerle los coros, pero dejó de hacerlo cuando la rubia se bajó del pequeño escenario para finalizar la canción plantada justo frente a ella. Sus ojos la abrasaban mientras entonaba el último «*I drive myself crazy, wanting you the way that I do...*», y no le dio tiempo a reaccionar, porque todo pasó rápido y sin intermedios. Finalizó la canción, le sonrió de una manera que, madre mía, y le robó

un beso, con toda la confianza del mundo condensada en aquel rápido movimiento. Y duraría tan solo un par de segundos, pero fueron más que suficientes.

–Sal conmigo esta noche.

Así se lo pidió, aún con el micrófono en la mano y retransmitiéndolo al bar entero mientras la mayoría de los allí presentes aplaudían complacidos por el espectáculo. La cara dura de aquella mujer no tenía límites y la suya debía de estar más colorada que nunca, al rojo vivo. Seguro que Sandie sabría de antemano que no iba a contestar, porque le susurró «Piénsatelo» al oído y se volvió al escenario para devolver el micrófono a su lugar.

–Muy romántico –escuchó que comentaba Samantha a su lado y la miró sorprendida, porque casi había olvidado que seguía allí–. ¿Volvemos a la mesa? –propuso evidentemente incómoda ante el despliegue de afecto.

No le contestó, pero la siguió con el piloto automático activado y ocupó la silla vacía junto a la rubia. Sandie a un lado y Samantha al otro. Ella en mitad de un torbellino sentimental bastante importante y con cara de circunstancias, porque a Megan lo de «Sandie Davies es caca» se le debía de haber olvidado y gesticulaba llamando su atención y moviendo los labios en forma de silenciosos «Joder con Davies». La *groupie* número uno de la rubia tenía un poquito de razón, porque... madre de Dios.

–Gracias por la hiperglucemia, Sandie –comentó Jordan en tono burlón–. Se les caerán las bragas en la redacción –añadió mostrando su móvil donde se reproducía el vídeo que acababa de grabar.

–Tienes dos segundos para borrarlo, Torres –le avisó la rubia.

Puso los ojos en blanco al escuchar a Megan suplicándole a Jordan que se lo pasara antes de hacerlo desaparecer.

–¿Dónde has aprendido a cantar así? –preguntó de pronto Samantha y, aunque ella ya lo sabía, miró a Sandie en espera de la respuesta.

–Mis padres tenían un karaoke y mi hermana y yo de pequeñas nos pasábamos la vida cantando.

–Y tu hermana te machacaba siempre, ¿no, Sandie? –metió baza Jordan mirando a su amiga divertida.

–Digamos que quedábamos en empate.

–No me lo pareció en tu última fiesta de cumpleaños, pero si tú lo dices... –insistió antes de beber un sorbo de cerveza.

–Eligiendo las canciones que mejor te salen es muy fácil ganar –cuestionó la victoria de su hermana y ella sonrió involuntariamente ante el tinte infantil de su tono.

–¿Tienes una hermana? –se interesó Megan–. ¿Se parece a ti? ¿Está soltera? ¿Es gay? Responde primero a la última pregunta.

*Madre de Dios, Megan.* Sandie sonrió de medio lado antes de romperle el corazón.

–Lo siento, pero no –menuda desilusión para su amiga.

–Y es una lástima, porque está buenísima –aportó Jordan distraídamente.

–¡Ugh, Jordan! ¡Es mi hermana! –la recriminó con un manotazo en el brazo.

–Sí, y es la hermana Davies guapa –insistió la periodista ganándose otro manotazo de parte de Sandie.

–¿La hermana guapa de Sandie? ¡Cristo Bendito! –dijo Megan mientras se abanicaba con la servilleta, solo Dios sabía la imagen que había conjurado su perversa mente.

–Mi hermana queda vetada para todas vosotras –intervino la rubia señalando a las allí presentes–. Sobre todo para ti, Torres.

–Al final el amor siempre triunfa –recitó Jordan con media sonrisa–. Te encantaría tenerme de cuñada.

Sandie no se dignó a responder aquel comentario, aunque seguramente habría querido hacerlo, pero Samantha volvió a llamar su atención con una nueva pregunta. ¿A qué venía tanta curiosidad de repente?

–¿Tu hermana es más pequeña que tú?

–Tiene dos años más –dijo la rubia.

–¿En serio? Suenas como una hermana mayor –opinó la veterinaria.

Se fijó en que Sandie le devolvía la sonrisa de una manera un poco forzada, apresurándose en beber de su vaso y como si aquel comentario la hubiera incomodado. La miró con curiosidad, pero antes de que pudiera hacer o decir nada al respecto, Jordan interrumpió la conversación para decir algo que iba a cambiar el rumbo de las cosas de forma dramática. Un cataclismo. Porque con tanta hermana de Sandie por aquí y tanta hermana de Sandie por allá, nadie había reparado en el nuevo grupo de chicas que había entrado en el bar hacía unos minutos y que, en esos momentos, ocupaba una mesa a escasos metros de la suya.

–Ey, ey, ey, Davies –Jordan llamó su atención golpeando repetidamente su brazo–. Mira esa mesa de allí.

En ese momento todas se giraron hacia el grupo de chicas, algo intrigadas y con muy poca discreción. Casi de inmediato localizó a Logan, que reía despreocupadamente sujetando un botellín de cerveza en la mano, y a ella casi se le atragantó el segundo té helado de la tarde porque, si no recordaba mal, Sandie había dicho que Torres le había presentado a Logan. Y era verdad que se le había pasado por la cabeza provocar una situación similar que permitiera a Samantha abrir los ojos, pero es que el desenlace era inminente y a ella se le estaba escapando hasta el color de la cara, en serio. Menudo infortunio. En defensa de la rubia tenía que decir que intentó casi desesperadamente que Jordan no expresara en voz alta lo que ambas sabían que estaba pensando. Los «Torres, no» que le dedicó a razón de uno por milisegundo llegaron tarde, aunque dudaba de que hubieran cambiado mucho las cosas de todos modos, porque la chica ya iba lanzada.

–Joder, Sandie, que esa tía de ahí es la veterinaria que te tiras de vez en cuando.

–Eh... no, creo que te estás equivocando de chica –lo negó la rubia y bebió nerviosamente de su vaso después.

Madre mía, adrenalina por doquier en su torrente sanguíneo, porque el ceño de Samantha ya había comenzado a fruncirse. *Pilla la indirecta, Torres. ¡Pilla la indirecta!*

–¿Qué dices? ¡Es ella seguro! Joder, Davies, que te la follaste la semana pasada, no me digas que no te acuerdas de su cara –insistió, porque por lo visto lo de pillar indirectas no era lo suyo–. Estaba de congreso, Logan... no sé qué –añadió ajena a la tensión que de pronto se concentraba a su alrededor. Como una tormenta eléctrica a punto de estallar.

–Eriksen –Samantha completó el nombre de su prometida.

Bufff.

Menudo tono y menuda cara. Menuda mirada le estaba dedicando a Sandie en esos precisos momentos, algo se le estaba rompiendo por dentro, seguro, y que se quedara a cero de autocontrol solo era cuestión de tiempo. La rubia se lo había buscado, pero casi le daba pena el verla en aquella situación.

–Eso es, Eriksen –confirmó Jordan señalando a Samantha con el dedo–. ¿La conoces?

–Creía que sí –respondió la aludida.

–Es su prometida –dijo Sandie revolviéndose nerviosa en la silla mientras se dedicaba a despegar a trozos la pegatina de su botellín de cerveza.

Jordan miró a Logan y a Samantha alternativamente y carraspeó un par de veces removiéndose en la silla ella también.

–Una chica preciosa, por cierto. Felicidades por la boda –acertó a decir antes de beber de su copa con cara de circunstancias.

Blanca como el papel o como si hubiera visto un fantasma. Como de cera. Así se había quedado la veterinaria y no era para menos. Si enterarte de una infidelidad por parte de tu exnovia cuatro años después dolía del modo en que había experimentado ella, no quería imaginarse lo que debía de sentirse al descubrir que tu prometida se acuesta con otra a dos días de la boda. Imposible de gestionar sin sufrir una crisis nerviosa, un brote psicótico o algo equiparable. Un mazazo emocional de proporciones bíblicas.

Esperaron en silencio, expectantes por cuál sería la reacción de Samantha. Incomodidad en grado extremo, si es que le iba a sentar mal el maldito té helado. Observó el gesto de la cara de su exnovia y algo se le quedó atravesado en la garganta. Porque por fin se había enterado de con quién iba a casarse y el «Te equivocaste al elegir» no era más que un nudo apretado en mitad de su laringe y no iba a salir.

De pronto la protagonista de aquel drama improvisado se levantó de la mesa sin decir ni una palabra. La siguieron con la vista y en silencio, la vieron sortear un par de sillas hasta llegar a la mesa donde Logan continuaba con su fiesta, ajena a la

tragedia que se desarrollaba a sus espaldas. Un «No quiero volver a verte en la vida» que dejó a su prometida completamente desorientada y una bofetada de las que hacen historia que casi le dolió a ella, salvando las distancias. Después la castaña salió del bar haciendo caso omiso de las súplicas de Logan que la seguía, la llamaba y se frotaba la mejilla mientras intentaba encajar las piezas de aquel inesperado puzle.

–Joder, Davies, la que has liado –musitó Megan alucinada.

Sandie dejó el botellín de cerveza a un lado y las sorprendió a todas cuando se levantó y se fue del local con la cazadora en la mano. A lo mejor no pensaba volver.

–¿Qué he dicho? –preguntó de nuevo en cuanto Sandie desapareció de su vista.

Ella también se levantó y siguió a la rubia al exterior colocándose la chaqueta, escuchó a Megan a sus espaldas exclamando «¿Pero qué está pasando?» y, aunque hubiera querido contestarle, no tenía ni idea.

Salió del bar buscándola y le gritó que la esperase cuando la vio alejarse, ya a unos metros de ella. Ni caso, Sandie continuó avanzando, sin dar muestras de haberla oído. Lanzó una maldición entre dientes y echó a correr tras su compañera. Los últimos acontecimientos la habían dejado un poco atontada, pero, entre todo el caos en el que se estaba acostumbrando a vivir, tenía claro que no podía dejar que Sandie se fuera de ese modo sin intentar hablar con ella siquiera. Se lo debía, la rubia también la había perseguido en un par de ocasiones a lo largo de la semana.

–Sandie, ¿podrías ir un poco más despacio? –le pidió poniéndose a su altura gracias a un pequeño *sprint*.

¿Hablabla en una frecuencia no detectable para el oído humano o qué? Porque la rubia continuaba caminando sin más, con el ceño fruncido y un poco de cara de mala leche. No estaba acostumbrada a ver aquel gesto en Sandie, normalmente se pasaba el día repartiendo sonrisas como si le sobraran y resultaba un tanto inquietante.

–¿Estás intentando batir algún tipo de récord en marcha atlética? –probó de nuevo sin resultados–. ¡Sandie, para! –exigió plantada frente a ella.

No le quedó más remedio que detenerse y el «Mierda, Elizabeth» que masculló entre dientes dejaba claro que preferiría no haber tenido que hacerlo. No se dejó impresionar por aquel soez lenguaje al que, por otro lado, la tenía acostumbrada, y se cruzó de brazos dando a entender que no iba a permitirle retomar su camino en un futuro cercano.

–¿Qué ha pasado ahí dentro? –preguntó buscando el azul de sus ojos.

–¿Necesitas que te lo explique? Porque tu exnovia lo ha pillado a la primera –soltó bastante molesta y ella se limitó a sostenerle la mirada hasta que Sandie suavizó la suya y la bajó al suelo–. Te lo he puesto en bandeja, Cooper. –Suspiró escondiendo las manos en los bolsillos de la cazadora y alzando la vista al cielo–. Tenías razón, soy una jodida sabandija asquerosa y todas las gilipolleces que he hecho han vuelto para explotarme en la puta cara. Debe de ser que esa mierda del

karma existe de verdad.

–No te pega nada creer en esa «mierda del karma» –dijo con media sonrisa.

–Y a ti no te pega nada decir «mierda» –respondió sin ganas y, aun así, el comentario consiguió que ella sonriera un poco más.

–Supongo que estamos evolucionando.

–Pues no sé si me gusta mi evolución –admitió paseando la mirada por la calle desierta–. Tienes vía libre, Cooper, al final lo has conseguido. «Plan B: neutralización de ceremonia» completado. Parece que no era tan mal plan después de todo –dijo a continuación, y parecía genuinamente abatida.

–¿Y te sorprende? Era mío –alardeó como si aquel «era mío» fuera un sello de máxima calidad.

–Luego la creída soy yo –dijo y por fin estaba sonriendo un poco.

Solo la insinuación de aquel gesto ya le despertaba algo dentro que la obligaba a devolvérselo y a plantearse si el Plan B era tan buen plan al fin y al cabo. Porque Sandie tenía razón en lo de la vía libre, pero ella no tenía ninguna gana de moverse de allí.

–Ufff, menos mal, pensaba que se te había olvidado cómo sonreír –fingió estar aliviada.

–Le vendría bien a tu alergia.

–Sí, pero creo que al final la echaría de menos –admitió y con esa frase sí se ganó una sonrisa de las de verdad.

Aunque quisiera negarlo, el aumento de sus pulsaciones cuando Sandie le sonreía así hablaba por sí solo.

–¿Seguro que lo que has tomado era té helado?

–Segura al cien por cien.

La rubia la observó con una sonrisa casi imperceptible asomando a sus labios y mucha entereza, un estoico «fue bonito mientras duró» y destellos desilusionados en su mirada. Removió las manos dentro de los bolsillos y respiró hondo, seguramente gestionando las consecuencias de aquel inesperado desenlace.

–Tu ex necesitará un hombro sobre el que llorar –dijo desviando la vista al suelo –. Al final te he ayudado de verdad –añadió y parecía que le había venido bastante mal el haberlo hecho.

–Cumplir las promesas no es tan malo –bromeó, porque no le gustaba la cara tan seria que se le había quedado.

–Depende de cuáles. –Y era la primera vez en tres años que veía a su compañera de trabajo de esa forma. Dejando el encanto Davies de lado y derrotada–. No pierdas el tiempo, Cooper, hay que atacar cuando aún están en el suelo.

–No te esfuerces, sé que no lo piensas de verdad –y se lo dijo preguntándose a sí misma cómo demonios había tardado tanto tiempo en darse cuenta.

Sandie desvió la mirada y observó el horizonte por unos segundos, en busca de un tiempo muerto que le permitiera respirar. Cuando la miró otra vez, sus ojos

estaban cargados de algo nuevo, y podía verlo con toda facilidad, aunque la rubia intentara esconderlo debajo de todos aquellos comentarios con los que llevaba años sacándola de quicio. Por lo visto ella no era la única que se paseaba por la vida debajo de un disfraz.

–Será más fácil si fingimos que sí –Sandie lo dijo sin darle opción a regatear y con un «por favor, no insistas» bastante evidente en el tono.

–¿Para quién?

–Para mí –lo admitió sin tapujos y ella le sostuvo la mirada.

–La vida no funciona fingiendo, Sandie. –Porque no pensaba dejar que se convirtiera en reptil de nuevo.

–Me ha ido bastante bien hasta ahora.

–¿Y quieres seguir por ese camino?

–Tú quieres seguir por el tuyo, ¿no?

Y le gustaría pensar que sí, para poder decirlo con el convencimiento absoluto del que lo tiene todo claro, una vida controlada al milímetro, porque le hacía sentirse mucho más segura. Carreteras rectas sin giros inesperados, conocer de sobra el camino y cómo termina la historia. Planear, predecir y ceñirse a sus propias instrucciones, la improvisación no era lo suyo, le hacía sentir vulnerable. Salir corriendo del bar detrás de Sandie había sido un giro a la izquierda, brusco e imprevisto, de noventa grados y la alejaba de sus metas, muy deprisa y en ángulo recto. No había necesitado pensarlo, ni seguía ningún plan trazado de antemano, simplemente le había salido así y, aunque improvisaba, la rubia le parecía mucho más vulnerable que ella en aquellos momentos.

–No sé lo que quiero –y admitir algo así tan a las claras era todo un hito en su biografía–. Pero hace diez minutos que Sam ha desaparecido justo en la dirección contraria.

Aquello era todo lo que sabía con seguridad, Samantha se había ido y ella seguía allí, cada cual que sacase sus propias conclusiones, porque su «Sal conmigo esta noche» no le permitía pensar demasiado. Los acordes de *I Drive Myself Crazy* regresaron a su mente acompañados de la increíble interpretación de la rubia y de aquel beso robado que le dejó deseando que le robara un poco más, la verdad. Y era consciente de que, en esos momentos, Samantha estaría cancelando la boda, pero casi quedaba en un segundo plano.

La fuerza del pop de los noventa.

Menudo temazo.

Sandie la observó en silencio, desorientada, porque había dado por sentadas muchas cosas demasiado pronto y aquella observación no encajaba por ningún lado en su derrota anticipada.

–¿Vas a quedarte? –preguntó con el ceño ligeramente fruncido y ya no parecía tan hundida como antes.

–Me has pedido que salga contigo esta noche, ¿dónde me llevarías si te digo que

sí? –preguntó, insegura y en terreno desconocido, pero con el corazón bombeando más fuerte que nunca en el interior de su pecho.

Y Sandie no necesitó nada más para que la confianza le volviera toda de golpe, porque se le quitó la cara de pena y del «Te lo he puesto en bandeja, Cooper» no se debía ni de acordar a esas alturas. Esbozó de nuevo aquella deslumbrante sonrisa y encima regresaba pisando fuerte.

–¿Dónde quieres que te lleve?

–Sorpréndeme.

Y aquello sonaba a cita total, a saltar sin red sin saber qué había debajo. Sonaba a cosas muy impropias de ella y a apuesta poco segura. A enfrentarse a sus miedos y a dejarse llevar.

Sonaba a una noche con Sandie Davies.



## Can't fight the moonlight

–Ver las estrellas. Qué romántica eres, Davies. Si no fueras tú pensaría que intentas seducirme.

A la ermita. Sandie la había llevado hasta la ermita desierta y las vistas eran alucinantes desde allí arriba, sobre todo bañadas en la intensa luz de aquella luna llena, era la más grande que había visto en su vida. Brillaba como nunca y presidía un cielo negrísimo plagado de estrellas. Espectacular. Era el mismo comentario que le hizo la rubia mientras volvían de Oak Park, cuando ella le propuso ver el atardecer en espera de que aquellas vacas se marchasen. Lo había rescatado a propósito y esperaba que Sandie le siguiera el juego.

–Y si no fueras tú, esa sería una opción.

Su compañera lo dijo caminando de espaldas para poder observarla y con cara de «esto de tontear contigo es nuevo y me encanta». Ella la debía de estar mirando parecido, seguro.

–¿Esto sueles hacer para encandilar a las chicas? –preguntó admirando el firmamento.

–Normalmente me basta con decirles hola. Contigo estoy improvisando. –Se encogió de hombros–. En una escala del cero al diez... ¿qué tal lo estoy haciendo?

Fingió pensarlo unos segundos, aunque ya sabía cuál iba a ser su respuesta.

–Un aprobado.

–¿No vas a darme ni un notable bajo? –Frunció el ceño–. La luna es enorme.

–No mendigues décimas, Davies, no sea que al final suspendas –dijo mientras se sentaba sobre el murete de piedra, justo en el mismo sitio que la tarde anterior.

–Me gusta ir a por nota, ya sabes que era de notable alto en el instituto –le recordó aquella importante información acomodándose a su lado.

–Sí, y tú sabes que sigo sin creérmelo –dijo por sentado y, cuando la miró, la vio sonreír mientras observaba la luna. Una sonrisa tipo «tú ganas, lo doy por imposible».

Paseó la vista por el paisaje y respiró profundo, sentaba bien estar allí y tenerla a ella al lado no estaba mal precisamente. Uno de esos momentos en los que se alinean los planetas y todo parece encajar, porque hasta la temperatura era la adecuada, la noche perfecta para salir a ver las estrellas y dejarse bañar por la luz de la luna. Y debería de tener muchísimas cosas luchando por ser consideradas en

su mente, pero no tenía ninguna. Desierta, como aquel lugar. Conciencia plena y aceptación, como en un ejercicio de *mindfulness* perfecto. Cerró los ojos para saborear mejor el momento y al inspirar profundo captó un poquito de su Calvin Klein.

–¿Conoces las constelaciones? –la escuchó a su lado.

–La verdad es que no.

–Entonces aquella es la Osa Mayor. –Señaló a un punto indeterminado del firmamento.

–Mentirosa. No tienes ni idea. –Rio pegándole con suavidad en el brazo extendido.

–No, pero tengo mucha imaginación.

–Y mucha cara.

–Forma parte de mi encanto.

Y era una engreída, porque lo había dicho plenamente convencida de la veracidad de aquella afirmación, tenía demasiada confianza en sí misma y toda la razón del mundo. Al menos a simple vista daba esa impresión, si te acercabas un poco más y te fijabas bien, se empezaban a adivinar algunas fisuras en aquella fachada perfecta. Nunca se había molestado en hacerlo, recortar las distancias y mirarla más de cerca, eso de «conocer antes de criticar» lo había pasado por alto sin remordimientos y segura de que, con Sandie Davies, aquellos prolegómenos no eran para nada necesarios.

Y, de repente, necesitaba saber, «conocer después de criticar» y en aquel caso el orden de los factores sí que alteraba el producto. Aquella semana en Fall River había estado llena de sorpresas y Sandie era la más grande de todas. Consumida por la intensidad de su drama con Samantha había ido acumulando importantes interrogantes en el apartado de «tareas pendientes», guardándolos para luego. Flotaban en la superficie de sus perfectas facciones, torpemente sepultados bajo el peso de su despreocupada forma de ir por la vida.

«Tengo una primicia para ti, Cooper. La vida no es justa». Y la cara que se le había quedado tras aquel «¿Tu hermana es más pequeña que tú?», formulado por Samantha.

Sopesó por unos momentos si aquel sería el lugar indicado para acercarse a su fachada un poco más y, al final, decidió que no encontraría una ocasión mejor.

–Parece que te llevas muy bien con tu hermana –introdujo el tema y Sandie la miró.

–Generalmente sí, pero puede ser una puta pesadilla a veces, como todos los hermanos.

–¿Os veis mucho?

–Casi todos los domingos. ¿Te ha llamado la atención lo de la hermana Davies guapa? –dijo entornando los ojos ante aquel interrogatorio.

Sonrió desviando la vista. Le costaba trabajo creer que aquella chica fuera más

guapa que Sandie, pero no pensaba decírselo a la cara a aquella engreída.

–No. Me ha llamado la atención lo sería que te has quedado cuando Samantha te ha dicho que parecías la hermana mayor –admitió observándola de nuevo. Fue el turno de Sandie para apartar la vista y lo hizo extraviándola en el paisaje, perdiendo la sonrisa por el camino–. Podemos no hablar de ello.

La rubia se limitó a recuperar su cámara de fotos de la funda, que descansaba al pie del muro, y comenzó a manipularla. No dijo nada mientras el aparato se encendía y ella se limitó a mirarla sin comprender muy bien qué estaba haciendo. Esperó paciente mientras Sandie pasaba fotos de forma mecánica, presumiblemente en busca de una en concreto. Cuando la encontró le tendió la cámara, invitándola a asomarse.

–Son mi hermana y mi sobrina –desveló la identidad de las dos personas que salían junto a ella en la instantánea.

¿Aquella aclaración? Completamente innecesaria, la verdad, porque el pelo de su hermana era castaño y sus ojos verdes, pero compartían el mismo gesto. Tenían la misma sonrisa, aunque la de la rubia le gustaba más sin saber exactamente el motivo. Subida a la espalda de Sandie y aferrada a su cuello aparecía una niña con otra sonrisa «tipo Davies» pegada en la cara, a juego con la de las dos mayores, no se podía negar que las tres compartían genes. Muchos genes. Y era imposible que no llamara su atención el detalle de que la hermana de Sandie aparecía sentada en una silla de ruedas.

–¿Qué le pasó? –lo preguntó sin plantearse si era buena idea hacerlo.

–Un accidente de coche hace poco más de tres años –dijo observando la fotografía.

–Vaya. Lo siento –fue todo lo que le salió decir. Suficiente en apariencia, porque la rubia le quitó importancia con un movimiento de cabeza.

–En un primer momento nos dijeron que no saldría del quirófano, así que podría haber sido mucho peor.

Devolvió la vista a la fotografía mientras Sandie perdía la suya en el infinito. Había dicho que el accidente ocurrió hacía tres años, alrededor de la misma época en que ellas se conocieron en la redacción de su revista. Observó a la hermana de la rubia, demasiado joven como para saber que jamás volvería a caminar.

De repente el ambiente que las rodeaba se había tornado mucho más sombrío, a juego con el tema de conversación. Quería saber muchas más cosas sobre Sandie, todas en realidad, pero seguramente la rubia no le había dicho «Sal conmigo esta noche» con la idea de terminar hablando de uno de los capítulos más difíciles de su vida.

–Torres tiene razón –optó por romper aquel recién impuesto silencio.

–¿En qué? Porque sería la primera vez –dijo, sin cambiar el gesto serio de su cara.

–Tu hermana es la hermana Davies guapa –opinó mientras le devolvía la cámara.

Le alivió ver aparecer de nuevo aquella sonrisa en el rostro de Sandie cuando tomaba la Nikon de entre sus manos. La rubia observó por unos segundos la fotografía antes de apagar la cámara y devolverla a su funda.

–Deberíais verla todas sin maquillaje –dijo simulando estar molesta, pero aún conservaba en sus labios el fantasma de una sonrisa.

–Deberías presentármela.

–Vaya, Cooper, ya quieres conocer a mi familia. Un poco rápido, ¿no crees?

Se le escapó una sonrisa, últimamente cuando estaba cerca de Sandie le debían de sobrar, como a su compañera de trabajo. Un fenómeno altamente contagioso. Desvió la vista al firmamento y admiró la luna, notaba cosquillas en la piel, porque sabía que la rubia la estaba mirando. Cuatro años sin llegar a sentirse así con nadie y ni en un millón de milenios habría adivinado que Sandie sería la excepción.

–Antes de presentarte a cualquier miembro de la familia Davies voy a tener que conocerte mejor –señaló dándole pie a contestar con el estudiado silencio que se produjo a continuación.

–¿Y qué propones?

–Un juego que inventé hace años, lo llamo «Las diez preguntas» –desveló la rubia con aire misterioso.

La observó por unos segundos, después fingió meditar, con el dedo en la barbilla y todo, y la vio sonreír por el rabllo del ojo. Se sentía como si hubiesen acabado de un plumazo con todas las barreras que las habían separado hasta entonces, como si la sabandija asquerosa y el ser nacido sin ombligo formaran ya parte del pasado y no hubiesen sido más que un estúpido error de cálculo de distancias. Habían tardado demasiado en mirarse más de cerca.

–¿Debería responderlas ahora?

–Es el momento perfecto, Cooper.

–Aceptaré si tú contestas también.

La rubia sonrió de medio lado antes de tenderle la mano anunciando que el trato estaba cerrado. Se la estrechó y ambas tardaron un poquito más de lo necesario en romper el apretón. Después Sandie se frotó las manos, repentinamente emocionada, preparándose para el interrogatorio, se acomodó en el muro a horcajadas para poder observarla de frente y ella decidió hacer lo mismo. Conectaron sus miradas en igualdad de condiciones y le sorprendió la expresión de la de Sandie, parecía entusiasmada con aquello de las diez preguntas, genuinamente ilusionada, como un niño al que le habían concedido una partida a su juego favorito. Le quedaba bien aquel toque infantil, contrastaba con todo lo demás.

–El juego consta de cinco categorías con dos preguntas cada una. –Sandie adoptó un tono típico de presentador de concursos de televisión y ella la observó divertida–. Las categorías son las siguientes: «Cosas favoritas», «Animales», «Secretos inconfesables», «Viajes» y «Ocio y tiempo libre». Concursante número uno, Elizabeth Cooper, debes elegir el orden de las categorías. ¿Con cuál de ellas

prefieres empezar?

Difícil decisión. Aunque tenía claro que la de «Secretos inconfesables» iba a dejarla en último lugar, por lo demás no tenía preferencias. Decidió respetar el orden original marcado por la rubia, siguiendo su mantra sagrado «el orden siempre es nuestro amigo», y eligió «Cosas favoritas» como primera categoría. Sandie se mostró conforme e inició el juego con la siguiente pregunta:

–¿Cuál es tu estación favorita?

–El otoño, por los colores. –Relativamente fácil, si todas iban a ser así no tenía motivos por los que preocuparse.

–La mía el verano, por los bikinis. ¿Quién es tu persona favorita en el universo entero?

Lo de los bikinis había sido muy predecible tratándose de Sandie Davies, pero contra todo pronóstico la hizo sonreír. Después de llevar unos días mirándola así de cerca, casi estaba segura de que la rubia se parapetaba tras aquellas sandeces, igual que ella se cobijaba bajo sus «típico, típico» y su última pregunta era de las de reflexionar un poco.

–Si tienes que pensarlo tanto es que no es muy favorita –indicó Sandie tras unos segundos de meditación.

–Está bien. Patty –cedió ante la presión–. Nos conocemos desde siempre y nunca me ha fallado.

–Mi sobrina, solo nos conocemos desde hace seis años, pero hace las mejores manicuras imaginarias de todo Nueva Jersey.

Su persona favorita en el universo entero era una niña de seis años. Eso era muy poco típico de Davies y una sorpresa más para su colección. Contuvo el aliento cuando Sandie extendió la mano hacia ella y le colocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja, a lo mejor le distraía la forma en que la ligera brisa jugueteaba con él. Y debía de ser el hechizo de la luna llena, porque ahora era ella quien tenía ganas de decir «Eres una puta monería, ¿lo sabías?», tomarla por el cuello de la camiseta y obligarla a besarla hasta que saliera el sol y se rompiera el embrujo. Pero Sandie no le dio tiempo a hacer nada de eso, porque regresó a su posición original sobre el muro y le pidió que eligiera la siguiente categoría.

«Animales».

–Si pudieras reencarnarte en un animal, ¿cuál sería y por qué?

–Una abeja. Sus colmenas están construidas a base de hexágonos perfectamente simétricos.

–A mí me gustaría reencarnarme en un ratón antequino pardo. Realizan el coito hasta morir.

En vez de despertar su automatismo en forma de mirada tipo «típico, típico», aquella confesión le hizo soltar una carcajada de las de verdad. Flexibilizando sus juicios de valor la actitud de Sandie se veía muy diferente.

–Davies, sabes cosas muy raras de animales muy extraños –dijo, decorando el

comentario con media sonrisa.

–No sé nada más, pero es suficiente para estar segura de que quiero ser uno de ellos en otra vida. Nombre de tu primera mascota.

Aquello la devolvió al pasado por la vía rápida.

–Homer, era un conejillo de Indias marrón. Me lo regalaron cuando cumplí seis años.

–Harriet, una luciérnaga; mi hermana y yo la encontramos en el jardín de casa una noche. La cogimos, la encerramos en una caja de zapatos y al día siguiente estaba muerta. La enterramos en el sitio donde la encontramos y plantamos un farolillo fluorescente en su honor.

–Qué historia más trágica –opinó tras escuchar el triste destino de «Harriet la luciérnaga». Homer se había ahogado en la bañera tres meses después de haberse conocido, cuando quiso jugar con él a submarinistas, pero prefirió obviar los detalles de su deceso, era una noche demasiado bonita y no quería estropearla hablando de defunciones.

–Fue muy duro para todos, pero, como dijo mi hermana en su funeral, «ella se ha ido, pero su luz fluorescente iluminará nuestros corazones para siempre» –recitó aquellas palabras llevándose ambas manos al pecho–. No está nada mal para una niña de once años, ¿eh?

Se lo preguntó con aquella sonrisa impertinente y se la devolvió, porque la que no estaba nada mal era ella, la luz de la luna le sentaba increíble, y además se lo estaba pasando francamente bien con esa estupidez de las diez preguntas. Siguió categoría: «Viajes».

–¿A dónde te gustaría viajar algún día? Y no me salgas con esas mierdas del Taj Mahal o a París en verano, sería demasiado predecible.

–Siempre he querido ir a Escocia, mis padres se fueron a Europa de luna de miel y las fotos son alucinantes.

–He oído que los tíos no llevan ropa interior debajo de la falda... ¿tantas de esas sueltas por ahí no te invitan a replanteártelo? –Frunció el ceño fingiendo disgusto y ella se rio.

–Me arriesgaría, los paisajes son alucinantes de verdad.

–Admiro tu valentía.

–¿A dónde te gustaría viajar a ti algún día?

–Nueva Zelanda.

–¿Por algo en especial? –preguntó y su curiosidad aumentó ante su gesto, parecía que la rubia sí que tenía una buena razón para querer viajar a Nueva Zelanda.

–El juego se llama las diez preguntas por algo, Cooper –intentó escaquearse y aquello aumentó su interés en un doscientos por cien.

–¡Oh, vamos! Quiero que respondas –insistió, libre de inhibiciones de cualquier tipo, bajar la guardia frente a Sandie Davies le estaba sentando especialmente bien.

–Y lo haría si el juego se llamara las once preguntas, pero no es así. No lo he inventado yo –se excusó.

–¿Ah, no? Porque antes has dicho que sí.

–Soy aficionada a las antítesis.

Y ella también había empezado a cogerle un poco el gustillo a eso de las discrepancias, la verdad. Lo que estaba empezando a sentir por la rubia era la antítesis más gigantesca de la historia del pensamiento lógico. El yin y el yang, la luz y su sombra y eso que dicen de que del amor al odio hay un paso. En su caso, aquella colisión de opuestos había dado lugar a lo que se traían entre manos en ese preciso momento, una voltereta cósmica encarnada en aquella tirantez que se apoderaba del interior de su pecho cada vez que la rubia sonreía. Hacía tiempo que había reconocido ante ella misma que escapaba a su control.

–¿Próximo viaje que tienes planeado? –lanzó la última pregunta de aquella categoría. La de «Secretos inconfesables» estaba cada vez más cerca.

–No tengo ningún viaje en mente de momento.

–Mierda... una pregunta malgastada –se lamentó la rubia.

–Lo siento, pero tú tienes que contestar igualmente.

–En un par de meses mi hermana y yo llevamos a mi sobrina a Disney World –reveló en voz baja como si fuera un gran secreto–. Ellas aún no lo saben.

–¿Ninguna de las dos?

–Bueno, en parte. Mi sobrina no sabe nada de nada. Mi hermana sabe la mitad, pero piensa que ella no viene. Quería que la llevara yo sola. Cree que con la silla de ruedas solo va a estorbar –añadió a media voz jugueteando con una de las piedrecillas sueltas que poblaban el muro.

–Así que las dos tenéis engañada a tu sobrina y tú la tienes engañada a ella también –resumió la situación.

–Exacto. –Sonrió complacida tirando la piedra al vacío–. No pienso dejar que se pierda la cara de su hija al ver todo aquello, ¿sabes?

–Me parece un gesto muy bonito por tu parte.

Lo dijo porque se lo parecía de verdad. Porque había imaginado a Sandie malgastando su dinero de mil maneras diferentes, todas ellas plenamente reprobables y despreciables, carentes de la más mínima moralidad, y resultaba que, en vez de eso, lo ahorra para llevar a su hermana mayor a Orlando. *Vaya, vaya, Cooper, otra lección de humildad cortesía de la señorita Davies.*

–Sí, bueno, también la llevo por no tener que aguantar a mi sobrina a solas –bromeó quitándole importancia.

Y es que lo que más le sorprendía de todo era que Sandie no estaba haciendo nada de aquello para impresionarla. Francamente impresionante. Y pensar que durante tres años todas aquellas facetas de la rubia habían permanecido en su ángulo ciego le resultaba increíble, así que tal vez lo único que había pasado era que nunca había querido verlas y punto.

–Solo quedan dos categorías, Cooper –la sacó de sus reflexiones la rubia–. Dime... ¿estás preparada para enfrentarte ya a «Secretos inconfesables» o prefieres algo menos comprometido como «Ocio y tiempo libre»? –ofreció las dos últimas alternativas que les quedaban y a ella le sorprendió el caer en la cuenta de que casi le daba pena que aquel estúpido juego terminara.

–Debo elegir «Ocio y tiempo libre».

–Lo suponía –lo dijo dejando claro que su procrastinación no había supuesto ninguna sorpresa–. ¿Qué libro estás leyendo ahora mismo?

–¿Ahora mismo? La verdad es que me terminé uno la semana pasada y aún estoy decidiendo cuál será el siguiente –admitió misteriosamente.

–En tal caso reformularé mi pregunta, Elizabeth –flexibilizó–. ¿Cuál es el último libro que te has leído?

–Ángeles y demonios de Dan Brown.

–¿Antes o después de ver la película?

–Antes, por supuesto.

–Buena chica.

–Gracias –le respondió con una sonrisa–. ¿Qué libro te estás leyendo tú? Y, por favor, no digas que lees grandes clásicos de la literatura universal para tratar de impresionarme.

–Bueno, leí *Crimen y castigo* obligada en el instituto, pero ahora me inclino por lecturas más mundanas. Estoy leyendo *El silencio de los corderos*.

–¿Antes o después de ver la película? –repitió su cuestión anterior.

–¿Me tomas el pelo? ¿Quién no ha visto *El silencio de los corderos*?

–Yo no he visto *El silencio de los corderos*.

–¿No has visto *El silencio de los corderos*? –lo exclamó con una incredulidad bastante exagerada en su opinión y llevándose las manos al pecho–. ¡Es el nacimiento de uno de los iconos más importantes de la cultura contemporánea!

–No sé si te refieres a Jodie Foster o a Hannibal Lecter, pero la respuesta sigue siendo que no he visto *El silencio de los corderos*.

–Vale, es el nacimiento de dos de los iconos más importantes de la cultura contemporánea –reformuló aquella categórica afirmación.

–Si tan increíblemente trágico es que no la haya visto, deja de repetirlo una y otra vez y haz algo al respecto.

¿Perdona?

¿Elizabeth Cooper? ¿Sigues siendo tú? Porque este estilo no es el tuyo y no te pega para nada. Y era verdad que no acostumbraba a ser tan directa, pero había visto la oportunidad y se había tirado en picado, como un águila real al detectar un conejo indefenso en pleno descampado. Porque se moría de ganas por asegurar otra cita con Sandie aun sin tener la más mínima idea de dónde encajaba Samantha en todo aquello.

A la rubia su exnovia no debía de preocuparle mucho en aquellos momentos,



porque le salió una sonrisa en plan «tú lo has querido» y volvió a inclinarse hacia ella para estar un poco más cerca y atontarla con el Calvin Klein, seguro.

–Elizabeth, es totalmente catastrófico que no hayas visto *El silencio de los corderos*, como ciudadana preocupada me veo en la obligación moral de asegurarme de que esto no siga así mucho tiempo –dijo a media voz–. Tengo que pedirte que la veas y debo cerciorarme de que la ves de verdad.

–Parece complicado, ¿cómo vas a conseguirlo? –le siguió el juego imitando su tono de voz.

–No me queda más remedio que pedirte que la veas conmigo –resolvió y aquella media sonrisa que esbozó acompañando su propuesta la empujó a contestar de la única manera posible.

–¿En tu casa o en la mía?

¡Jesucristo Bendito! Ni una semana en Fall River y se había vuelto una facilona, una fulana del celuloide. Lanzándose así como así a los brazos de una casanova con ojos bonitos. Menuda vergüenza. La sonrisa que se abrió paso en los labios de Sandie se la quitó toda de golpe.

–Estamos hablando de *El silencio de los corderos*, Elizabeth. Es tu primera vez y hay que hacerlo bien –la cortó y aquel «Es tu primera vez» hizo burbujear su interior al completo–. A mis padres les encanta el cine y acondicionaron el sótano de casa, compraron un proyector, una pantalla y los sofás más cómodos en los que hayas sentado tu culo en la vida. Solemos ver películas allí abajo, últimamente muchas de Disney –admitió, acompañando el comentario con una mueca–. El próximo viernes mis padres y mi hermana se van a una revisión médica y la casa se queda libre, bueno, libre no, porque me quedo con mi sobrina, pero se duerme a las ocho, así que técnicamente la sala de cine es toda mía a partir de esa hora.

–Suena bien –concedió, porque en realidad sonaba muy muy bien–. Si vamos a hacerlo, tenemos que hacerlo allí.

Le gustó la cara de fingido desconcierto de Sandie y se rio casi antes de que lo dijera, porque lo veía venir.

–Eh... como mera aclaración: ¿seguimos hablando de ver la película? –Exactamente, eso era lo que se veía venir, así que le golpeó con suavidad la pierna con la palma de la mano.

–Cállate, Davies –exigió de manera juguetona.

–Si no te referías a la película seguiría pareciéndome bien, ¿sabes? –aseguró entre las risas de ambas y le sujetó la mano cuando se disponía a golpearle de nuevo la pierna.

Le gustaba el contacto de la mano de Sandie en la suya. Le gustaba mucho, esa era la verdad, así que ni siquiera intentó retirarla y la rubia tampoco lo hizo. Le rozaba con tanta delicadeza con el puñetero pulgar que por un momento pensó que se lo estaba imaginando, de verdad, se planteó seriamente la posibilidad de estar sufriendo algún tipo de alteración sensorial grave porque, además, la rubia

la miraba de una forma indescriptiblemente intensa y amenazaba con nublarle el juicio a lo bestia.

Cada vez que respiraba, la respiraba a ella en forma del maldito Calvin Klein. Desvió la vista, tan solo porque no podría sostener por más tiempo esa mirada sin inclinarse y besarla, y se dedicó a contemplar la enorme luna llena. Sandie seguía observándola a ella, no le hacía falta verla para saberlo, simplemente lo sentía. Y si aquello era una cita con Sandie Davies no le extrañaba que las chicas hicieran cola en la puerta de su casa como si fuera un puñetero concierto de Justin Timberlake, noches en saco de dormir incluidas. Y de pronto, la rubia dijo algo a media voz que suspendió sus pulsaciones hasta nuevo aviso.

–Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción.

Miró a Sandie abandonando a su suerte a la luna llena. Aquellas palabras habían secuestrado del primero al último de sus procesos atencionales y sin pedir rescate ni nada, no era negociable y no le quedaba otra opción que enfrentarse a su mirada. Y menuda mirada. ¿En serio acababa de decirle aquello? *Joder, Cooper, que sí, que lleva colada por ti desde que te vio por primera vez en la redacción y deberías responderle algo, maldita sea.* Por lo menos un «gracias», educación que no falte. Pero es que hasta respirar se le estaba haciendo un poco complicado, en aquella tesitura pensar se había convertido en un verdadero reto, de los imposibles. Y en ese preciso momento si le hubieran dicho «Samantha» ella habría tenido que preguntar «¿Quién?», porque de verdad que le costaba hasta coordinar el ritmo de pestañeo. Una torpeza súbita propiciada por una simple frase que de simple tenía más bien poco. ¡*Maldita sea, Cooper, recomparte y di algo!*

–¿Qué estás haciendo, Sandie?

Quizás no era lo más adecuado, pero eran palabras. Un avance a media voz y con inseguridad manifiesta empapándolo todo, que contrastaba de manera dramática con la aparente confianza que derrochaba el gesto de la rubia. Porque Sandie lo había dicho de una manera tan natural que no dejaba espacio a la posibilidad de que hubiera dicho cualquier otra cosa, como sin tener más alternativa, así lo había dicho.

–Saltar de categoría.

Retiró su mano de la de la rubia y la escondió en el interior de la manga de la cazadora. Sandie aprovechó para restregar las suyas contra el material de los vaqueros que cubría sus muslos. ¿Fugaz muestra de que realizar aquella confesión le había puesto un poco nerviosa a pesar de las apariencias? No le quedó muy claro, porque la sonrisa que le regaló a continuación era de las fáciles y le dijo «Te toca, Cooper» como si nada. Como si no supiera que su corazón estaba trabajando al doble de potencia tras aquel «Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción» confesado bajo la luna llena más espectacular que había visto en su vida.

–¿Un secreto inconfesable? –inquirió practicando de nuevo el arte del habla.

–Un secreto inconfesable –confirmó Sandie en actitud expectante.

«Creo que podría enamorarme de esta Sandie Davies», ese era el secreto más inconfesable que se le ocurría en aquellos momentos. Y es que le había costado hasta confesárselo a sí misma, pero era tan obvio, tan innegable, tan abrumador que a lo mejor ya no era un secreto inconfesable para nadie. Tal vez no era ni un secreto a secas.

–Hace un par de años robé en una tienda –optó por desvelar aquel episodio oculto de cleptomanía, porque verbalizar lo otro era impensable para ella.

–¡Elizabeth Cooper! –exclamó totalmente sorprendida alzando una ceja–. Vas a tener que darme más información, ¿qué robaste?

Desvió la vista, un poco incómoda, porque le daba vergüenza especificar cuál fue el objeto de su hurto.

–Unos tampones. Ese mes se me adelantó y no estaba preparada. Tenía mucha prisa y había mucha cola para pagar –describió aquella situación límite que le había tocado vivir.

–Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas –filosofó la rubia–. ¿Todavía sueñas con ello por las noches?

Y de nuevo se sentía increíblemente cómoda con aquella chica, debía de tener un don o algo.

–Al día siguiente volví a la tienda, compré unos chicles y dejé diez dólares en el mostrador. Le dije que se quedara el cambio, quería devolvérmelo, pero salí corriendo –reveló la segunda parte de aquel secreto inconfesable y le gustó la forma en que Sandie sonrió al oírlo.

–Has pagado tu deuda con la sociedad entonces –dijo divertida.

–Me gusta pensar que sí –admitió con aires de importancia–. Tu turno.

La rubia se tomó unos segundos para decidir cuál iba a ser su segunda confesión de la noche y a ella el corazón se le aceleró de nuevo, por estar preparado en caso de que la señorita Davies dejara caer otra bomba similar a la anterior.

–Te he mentado antes –soltó al fin.

¿Y a qué se estaba refiriendo? Porque si ahora le decía que aquello de estar colada por ella desde que la vio por primera vez en la redacción había sido una broma, no le iba a hacer ni un poquito de gracia, la verdad. Se sorprendió a sí misma rogando a un poder superior que no fuera aquello de lo que la rubia quería retractarse. Y lo pedía con todas sus fuerzas, además, señal de que le iba mucho en ello.

Tanto empeño y tanta necesidad en que esa confesión de la rubia fuera genuina no hacía sino incrementar la sinceridad de aquel «Creo que podría enamorarme de esta Sandie Davies» que daba vueltas por su cabeza como los jubilados por el parque en un día soleado. Porque a esas alturas de la película el «creo» incluso sobraba. Y si no sobrara nada más, estaría todo tan superclaro que resultaría hasta doloroso, como mirar el sol de frente o un eclipse sin protección. Claridad en

estado puro y con capacidad de destrucción masiva. Pero algo más sobraba, aunque no quisiera acordarse de su nombre en ese preciso momento.

–Te he dicho que mi sobrina se va a la cama a las ocho cuando está conmigo, pero no es verdad –aclaró pulverizando aquel peso muerto que oprimía su pecho, como si nunca hubiera estado allí. Maravillosa magia verbal–. Mis padres y mi hermana creen que sí, pero siempre nos quedamos hasta más tarde los fines de semana que estamos solas. Hacemos maratones Disney en el sótano y comemos chucherías después de cenar. Por supuesto esta información no puede salir de aquí.

–Por supuesto –aceptó con una sonrisa entre divertida y atontada porque, de repente, Sandie Davies era un todo en uno con efecto demoledor–. No te pega hacer maratones Disney.

–No me pega hacer maratones Disney, no me pega sacar notables de media en el instituto, no me pega ir los domingos a casa de mis padres... Según tú, no me pega ser yo.

–No mucho, la verdad –le dio la razón convirtiendo aquel amago de sonrisa en una completa y bastante increíble acompañada de carcajada y todo.

–Tal vez lo que no me pega es tu «estereotipo de Sandie Davies», ¿podría ser? – Se inclinó ligeramente hacia ella apoyando para ello su peso en ambos brazos sobre el muro.

Y la estaba mirando de una forma que hacía tambalearse los cimientos mismos del imperio «sabandija asquerosa» Davies. Un coloso en llamas. El Titanic en pleno hundimiento. El final de una era. Porque... ¿podría ser?

*Madre de Dios, Elizabeth, es que podría ser.* Es que de hecho casi estaba convencida de que, en realidad, «era». Porque si quitaban ese estereotipo de en medio, el puzle encajaba mucho mejor. La respuesta más simple a aquel interrogante siguiendo el todopoderoso principio de parsimonia. La navaja de Ockham, su favorita. Sandie no había «dejado» de ser una «sabandija asquerosa», sencillamente nunca lo había sido, aunque se empeñase en parecerlo. Y se había empeñado muy a fondo, la verdad.

Toda una revelación. Un *insight* de los potentes.

Y seguía observándola de una manera que le hacía difícil concentrarse en el tren de sus pensamientos, quizá esperaba una respuesta coherente a aquel «¿Podría ser?». «Es, claro que es», pero aún no estaba preparada para tanta sinceridad, así que decidió disfrazarlo con una misteriosa aura de indeterminación.

–Podría, pero no estoy segura –ofreció lo máximo permitido, pero para Sandie no fue suficiente.

La rubia se inclinó hacia ella, apoyando ambas manos sobre los escasos centímetros de cemento que separaban sus cuerpos y la miró así de cerca, con aires de «sé que puedes darme un poco más, Cooper». Alzó una ceja, antes de soltarle la siguiente frase:

–Vamos, Elizabeth. Sabes que no puedes resistirte a la luz de la luna –lo

pronunció en un tono aterciopelado que le acarició por dentro, mientras aquel azul la mimaba por fuera.

E internamente suspiró un «Bufff...», antes de pensar un «Eh... espera».

–Eso es de la banda sonora de *El bar Coyote* –la acusó frunciendo el ceño y la rubia sonrió de medio lado.

–Solo porque se les ocurrió antes que a mí –justificó su inocente plagio y ella sacudió la cabeza, dándola por imposible, pero secretamente divertida–. ¿Puedes? –preguntó Sandie tras aquel paréntesis, conectando sus miradas y bajando de nuevo el tono.

–¿Que si puedo qué? –le respondió con otra pregunta y no apartó la vista, porque a algún nivel aún por determinar aquel interrogante casi le había sonado a desafío.

–Resistirte –aclaró la rubia mientras se acercaba un poco más.

–¿A la luz de la luna?

Su corazón se saltó un latido cuando reparó en la forma en que la mirada de Sandie se desvió a sus labios. Fugazmente, un milisegundo, y volvió a estancarla en sus ojos antes de contestar.

–A lo que quiera que sea esto –aclaró sin tapujos y con una intensidad que le dificultó un poco seguir respirando con normalidad.

La rubia se acercó aún más y, mientras se inclinaba hacia delante, ella se reclinó hacia atrás en la misma proporción, porque le gustaban las compensaciones y porque su corazón nunca había latido así de desbocado antes.

–Sandie... –lo dijo a media voz, y fue un nervioso «¿qué estás haciendo?» disfrazado de advertencia.

–Deberías olvidar todos esos planes que tienes, Cooper –lo dijo en un susurro algo ronco mientras se inclinaba aún más, trasladando sus manos para apoyarlas sobre el murete, tras ella, sentía sus antebrazos en los costados y su respiración muy cerca. Casi atrapada.

–¿Por qué debería? –preguntó a media voz y apuntaló las palmas de las manos a su espalda sobre el cemento, a escasos centímetros de las de Sandie, para no perder el equilibrio al alejarse un poco más de aquella mirada.

De repente le faltaba distancia y le sobraban latidos por segundo, porque Sandie se había acercado de nuevo, moviendo ficha en aquel tira y afloja que se traían entre manos, y estaba prácticamente sobre ella. La luz de la luna trasformaba el azul de sus ojos en algo alucinante y hacía lo mismo con el resto de sus facciones. A horcajadas sobre el muro de una vieja ermita, en mitad de una de las noches más claras que había visto en su vida y al final LeAnn Rimes iba a tener razón, porque era incapaz de apartar los ojos de la forma en que la maldita luz de la luna se reflejaba en su mirada.

No podía inclinarse más, no tenía espacio para seguir huyendo y a lo mejor tampoco le quedaban muchas ganas. Bajó la vista a los labios de Sandie mientras se

lamía los suyos y su respiración se negó a seguir funcionando correctamente, los pulmones iban a reventarle en cualquier momento y continuaba esperando la respuesta a su «¿Por qué debería olvidarme de todos mis planes, según Sandie Davies?».

–Porque yo tengo uno mejor.

Simple, conciso y tremendamente impactante.

Sus labios se vieron atrapados por la boca entreabierta de Sandie casi antes de que la rubia terminara de pronunciar su frase estrella. Suave, firme y con un poco de lengua desde el principio, lo aceptó sin cuestionarlo, entre otras cosas porque la sensación que le produjo el contacto con sus labios húmedos y calientes era incuestionable y alucinante. Incuestionablemente alucinante e íntimo, muy íntimo. Muy diferente a los anteriores besos que se habían robado, a lo mejor porque ya no era necesario continuar robando nada. Sus embestidas eran lentas, casi perezosas, y Sandie las alargaba de una manera perfecta. Dulce, el beso era muy dulce y una bandera blanca en señal de rendición.

Y ella contenía sus suaves acometidas, separando los labios cada vez un poco más, y después se las devolvía respetando su ritmo, las dos se movían al mismo compás, se dejaban llevar por una cadencia francamente alucinante. Hacía juego con el resto del contexto, porque aquel era uno de los lugares más espectaculares en los que la habían besado jamás. Y si no fuera Sandie Davies y si ella no fuera Elizabeth Cooper, aquella estaría siendo una de las noches más románticas de su vida.

En serio, la forma en que la rubia la besaba en esos precisos momentos le erizaba hasta el último milímetro cuadrado de su superficie cutánea. Porque estaba claro que Sandie sabía besar increíblemente bien, su fama la precedía, pero nunca habría imaginado que pudiese hacerlo con tanto sentimiento. Dejando atrás el instinto animal propio de las de su antigua especie y sin tratar de subir de nivel, parecía encontrarse bastante cómoda solo con besarla bajo la luna llena, junto a una ermita desierta.

Y fue Sandie la que se separó ligeramente de su boca pasados un par de minutos, a lo mejor porque necesitaba respirar, de hecho era la única explicación lógica que se le ocurría para justificar aquella interrupción. Cuando sus miradas se encontraron la de Sandie estaba cargada de algo que le encogió un poco el interior al completo, la respiración de la rubia acariciaba sus labios de forma suave y constante, cálida.

–Por favor, no salgas corriendo esta vez –lo susurró mientras recorría sus facciones con los ojos.

Quizá trataba de congelar el tiempo en aquella fracción exacta de segundo, como si tuviera miedo de que al siguiente ella ya se hubiera volatilizado. Anticipando nuevos «No tienes derecho a nada» y «Me voy al hotel». Y algo comenzó a romperse por dentro con un sonido sordo y hueco, amortiguado bajo

litros y litros de «esto no puede estar pasando de verdad». Bajó la guardia por un momento y se permitió perderse en el laberinto de su mirada con la esperanza de no encontrar luego la salida, porque aquella no era la expresión de una sabandija. Los reptiles no hablaban y, seguramente, de poder hacerlo, no dirían cosas como «No salgas corriendo esta vez».

Y en vez de confesarle «No se me ocurre ningún sitio mejor al que ir», llevó una de las manos que la sostenían sobre el muro hasta su nuca, desestabilizando ligeramente la postura de ambas, y la acercó de un tirón para atrapar sus labios de forma similar a como Sandie había hecho hacía unos minutos. La rubia cargó con el peso extra que supuso la pérdida de uno de sus dos puntos de apoyo y correspondió a su beso como si no le importara nada más. Terminó por abandonar aquella postura de fingida retirada y se inclinó hacia delante sin dejar de asaltar sus labios en una rendición disfrazada de ataque. Sus brazos dejaron de ser necesarios puntos de apoyo y de inmediato sintió las manos de Sandie sujetándola por las caderas, llevó la mano libre a su nuca, a juego con su par, y tiró hacia ella para profundizar el beso.

Era simple, casi inocente, era para todos los públicos y en especial para ellas dos. Le estaba gustando mucho y la forma en que la rubia comenzó a acariciarle los costados consiguió que le gustara un poco más. Madre mía, es que era increíblemente romántico ser besada de aquella manera en una noche así. Era increíblemente romántico besar de aquella manera en una noche así. Deslizó la mano por la mejilla de Sandie y ella se dejó acariciar en una versión inédita de la libidinosa rompecorazones por quien la había tenido durante todo aquel tiempo. Ella, Elizabeth Cooper, la que alardeaba de saberlo todo y se había equivocado en lo más básico, su empeño en desdibujar a su compañera, mirándola a través del cristal del más oscuro libertinaje, carecía de sentido en aquellos momentos. Un cambio de paradigma, eso necesitaba, adaptarse a los nuevos tiempos, como cuando la humanidad tuvo que aceptar de la noche a la mañana que la Tierra era redonda. Que ninguna ciencia era exacta del todo y la puerta quedaba abierta al siguiente gran descubrimiento cuando acababa de producirse el último.

Se separó de sus labios, descansando ambas manos sobre sus hombros, y Sandie la miró casi sin aliento y aferrada a su cintura.

–Llevo tres años manteniéndote a raya porque tenía miedo de que pasara esto – lo dijo tras respirar hondo y prácticamente confesándose a sí misma por primera vez.

La rubia esbozó una sonrisa tímida, de las de lado, pero cualitativamente diferente, y la observó como si de repente le costase entender su propio idioma.

–¿A qué viene eso? –preguntó estudiando sus ojos, en un intento por encontrar la respuesta a su interrogante escondida en los matices de su verde.

–Viene a cerrar la categoría –lo verbalizó, porque seguro que a Sandie le costaría una vida entera descifrarlo por vía visual.

Ahí estaba de nuevo, aquella sonrisa derrite almas, pero dejando de serlo. Había tenido que recorrer un largo camino antes de poder llegar a conclusiones más informadas, porque aquella no era una «sonrisa derrite almas», aquella era la sonrisa de Sandie, a secas, y las almas que se derretían al contemplarla tendrían que empezar a asumir responsabilidades muy personales. La suya la primera. Abandonar la comodidad de las excusas y comenzar a hacerse dueña de sus propios actos. Porque nadie la había obligado a nada y sin culpables externos, se quedaba sin rehenes y con las manos vacías para negociar ante su estrecha moralidad. Tal vez, al final, le saldría más a cuenta dilatar los márgenes de su ética, ampliar sus miras y extender horizontes. Darse un poco de espacio para respirar.

Y ahí la tenía, junto a la luz de la luna y a los increíbles ojos de Sandie, una revelación de las gordas, aquellos días en Fall River le habían cundido más que los dos años anteriores de curso de meditación zen.

–«Las diez preguntas» se acaba de convertir en el mejor juego de la historia – sentenció la rubia.

–¿Y el Monopoly?

–Cállate.

Sandie lo dijo suprimiendo una sonrisa y, tomándola por el cuello de su cazadora, la acercó de un suave tirón para poder atrapar sus labios a medio camino. Todo junto y a la vez, movimientos admirablemente coordinados que formaban una secuencia perfecta con final alucinante. Su tacto y la manera que tenía de apoderarse de su boca una y otra vez, dulce y firme, a la rubia le sobraba confianza y, aun así, sus besos sabían un poco a vulnerabilidad. Deslizó la mano entre su pelo y la tomó por la nuca, para acercarla un poco más y devolverle las atenciones.

Y, mientras la besaba, cayó en la cuenta de que tenía que empezar a reconocer muchas cosas ante sí misma, porque aquel era el primer paso previo a poder aceptarlas de cara al resto del mundo. Aquel momento con Sandie la estaba desmontando por completo y aquella sensación de «Oh, Dios mío, ¿cómo puede estar siendo tan perfecto?» no tenía nada que ver con el alcohol, ni era fruto de un estado de locura transitoria y el Calvin Klein la atontaba un poco, pero no lo suficiente. Le estaba gustando porque le gustaba y punto, porque Sandie besaba increíblemente bien y acariciaba caras aún mejor, porque la luna llena era enorme y su luz invitaba a dejarse llevar.

Porque siempre había pensado que más allá de Samantha no habría nada y, de repente, se encontraba con aquello y el mundo volvía a dársele la vuelta. Una gigantesca pista cósmica y el universo entero susurrándole al oído «Esta ermita podría ser tu nuevo puente si le dieras una oportunidad» y que la vida seguía hacia delante, aunque ella se empeñase en mirar en contradirección. Así que la miró a ella, desde muy cerca y con el corazón acelerado por diversos motivos, dejando a un lado lo que había creído saber y centrándose en lo importante, en lo que no sabía. Saliendo de su zona de confort y observándola como si fuera la primera vez



que la veía, una vez descartado aquel estereotipo de «Sandie Davies» prácticamente lo era, y la novedad resultaba bastante alucinante, la verdad.

–¿Cuál va a ser tu excusa esta vez, Cooper? –Sandie lo preguntó en tono desenfadado, mientras recorría su barbilla con la yema del pulgar.

–Esta vez no tengo excusa. –Y lo más extraño de todo fue que no le importó reconocerlo.

Ante su respuesta la rubia esbozó una sonrisa muy diferente a las que la tenía acostumbrada, al menos se veía distinta desde aquel nuevo ángulo, y a ella se le escapó otra, completamente involuntaria y exclusivamente genuina. No recordaba el tiempo exacto que había transcurrido desde la última vez que sonrió así, pero más de cuatro años, seguro.

Sandie no le dio tiempo a analizar las consecuencias que acarrearía aquel nuevo gesto, la tomó por el mentón, sujetándolo entre su índice y su pulgar, y la colocó en la posición perfecta, aquella que le permitía atrapar sus labios de nuevo desde el mejor ángulo posible. Menuda capacidad visoespacial la de aquella mujer, porque acertó de pleno en todas las coordenadas.

¿Y después?

Pues después el móvil de Sandie comenzó a sonar con aquel tono asignado a la tal Lily y la rubia se disculpó, abandonándolo todo de golpe, con un simple: «Tengo que contestar».

## La excepción

Madre mía.

Elizabeth acababa de reconocer que se le habían agotado las excusas y le devolvía el beso como si el no hacerlo fuera imposible y la mayor locura de la historia de la humanidad, las dos cosas a la vez. Ni en un millón de años habría osado imaginar que aquel sería el desenlace de su improvisada cita con la morena, y estaban en un escenario alucinante, pero es que todo lo demás era aún mejor. Su forma de sujetarla por la nuca, sus intentos por acercarse un poco más y la manera en la que buscaba sus labios una y otra vez. Su boca entreabierta bajo una inmensa luna llena y aquella ermita se había convertido en su lugar favorito del universo.

Acojonante, porque era tan evidente que no dejaba espacio a réplicas de ningún tipo; hasta el último milímetro cuadrado de su existencia estaba saturado de «Pero ¿cómo se deja a alguien que besa así, por Dios?». Y que no dejara de besarla nunca, por favor: no quería parar ni para respirar.

Un giro inesperado en el camino más recto del mundo, el asfaltado por aquel «Joder, Sandie, que esa tía de ahí es la veterinaria que te tiras de vez en cuando» que debería haber puesto punto final a su fugaz historia con Elizabeth. La morena tenía vía libre hacia Samantha, una autopista toda para ella, sin tráfico y con el peaje pagado de antemano y, contra todo pronóstico, continuaba besándola como si no recordara que tenía sitios mejores en los que estar. Sobre todo uno. La sonrisa que siguió a aquel «Esta vez no tengo excusa» llegaba tres años tarde y la pilló desprevenida, aunque la llevaba esperando casi desde el principio. Desde que la vio por primera vez en la redacción y pensó «Joder, no sé quién eres, pero necesito conocerte» antes de que aquellos filtros recién incorporados lo simplificaran hasta el extremo, convirtiéndolo en un «¿Qué tal, preciosa?» a juego con su «Típico, típico», porque todo era más seguro así. Segurísimo.

«A lo mejor es la imagen que quieres dar».

Pues a lo mejor sí, pero en Fall River se le había olvidado.

Y se encontraba en la cima del universo, besando a Elizabeth como había besado a demasiadas chicas antes, pero con mucho más sentimiento, como si con ella fuera distinto y todo lo anterior un mero ensayo para poder hacerlo perfecto llegado el momento. Ese momento. Estaba siendo increíblemente alucinante y lo más terrorífico que había hecho en la vida, en toda entera. Besar por puro deseo y

acuciante necesidad, lo segundo era una inesperada y escalofriante novedad, pero ni se planteaba frenarlo.

Así que lo frenaron por ella.

Eran las diez y media y aquel tono de llamada el de su hermana, así que la culpable de aquella inoportuna interrupción sería su sobrina, seguro. Lo hacía a veces, eso de llamar a deshoras, desde que aprendió a utilizar el teléfono móvil, y ella se lo perdonaba, entre otras cosas porque le había dado permiso para molestarla cuando quisiera. La «tía Sandie» era su plan B, uno como los de Elizabeth, pero mucho mejor, porque no incluíaseudodiosas griegas disfrazadas de veterinaria tocándole las narices. Sabía que, a veces, el plan A de su sobrina se encontraba apagado o fuera de cobertura, invariable, así que intentaba asegurarse de que el B estuviera operativo prácticamente las veinticuatro horas del día. Un trabajo agotador, pero remunerado con generosidad: carta blanca para todas las manicuras imaginarias que pudiera soportar y gratis, le compensaban el esfuerzo cada vez. En esa particular ocasión ya podía ser buena, la mejor que hubiera hecho en la vida, aquella pequeña aprendiz de esteticista tenía mucho que indemnizar.

Se disculpó con Elizabeth y se alejó unos cuantos centímetros para atender la llamada, no demasiados, los justos para poder sacarse el móvil del bolsillo y llevárselo a la oreja. La morena la miraba con desconcierto manifiesto, abundante y entremezclado con aquel verde, perfectamente detectable para el ojo humano. Un sinónimo visual perfecto para su homólogo verbal «¿En serio has interrumpido esto por contestar el teléfono?», pero sin «Típico, Típico» al final, todo un avance. El encanto Davies abriéndose paso entre la frondosidad de sus caducas defensas.

Excelente.

–Ey, hola. Te he echado de menos hoy, pensaba que ya no llamabas –saludó, sin pruebas físicas tangibles, pero convencida de quién se encontraba al otro lado de la línea. Instinto de tía.

Elizabeth desvió la vista con mucha prisa, en dirección al infinito y perdió su mirada en la forma en que la luz de la luna disfrazaba Fall River con tonos pálidos y azulados. Un paisaje fantasmagóricamente romántico que le ayudaba a disimular las ganas que tenía de descubrir a quién había echado tanto de menos.

–¿Estás ya en la cama? –su sobrina lo preguntó en tono sorprendido y ella sonrió, porque le encantaba la voz de pito que tenía. Aquella cría era una puta monería.

–No, pero tú deberías. ¿Qué haces despierta a estas horas? –y lo preguntó a pesar de que casi podía escuchar su respuesta por adelantado.

–No me quiero dormir.

Bingo. Últimamente era como un disco rayado y con cada vuelta le arañaba el alma un poco más.

–Si no duermes no podrás jugar bien al béisbol –se lo recordó porque algunas veces funcionaba.

–No importa, sigo en el banquillo.

*Maldito seas por siempre, entrenador Dixon.*

–Pero querrás estar preparada para cuando te saquen al campo –insistió un poco más y aquel breve silencio al otro lado de la línea evidenció que la pequeña había comenzado a dudar. *Un pequeño empujoncito más, Davies–*. Tienes que estar en plena forma para poder darle bien fuerte a la bola y conseguir un *home run*.

Otro discreto silencio y casi podía escuchar los diminutos engranajes de su pequeño cerebro trabajando a toda pastilla, sopesando pros y contras, en una gigantesca matriz de decisión demasiado complicada para una niña de seis años.

–¿Y si me duermo y no me despierto más?

Un puño helado en forma de susurro que le estrujó el interior de manera poco delicada. Y le seguía ocurriendo cada vez, aunque llevaban varios meses bailando al son de la misma canción y sus diversas versiones.

«¿Y si no me despierto más?».

–¿Cuántas veces te has ido a dormir desde que naciste? –respondió con otra pregunta.

–No me acuerdo. ¿Muchas? –su sobrina probó suerte. Le gustaba el riesgo.

–Más o menos, sí –confirmó aquella vaga respuesta–. ¿Y cuántas veces no te has despertado?

–Ninguna, pero Niko también se despertaba siempre.

Una compleja conexión de ideas que la dejó momentáneamente fuera de juego por la rapidez de su elaboración. Cada día que pasaba su sobrina era más lista y su capacidad para distraerla de la idea principal se tornaba menos eficiente. Una relación inversamente proporcional que le complicaba la existencia a pasos agigantados.

–Niko era muy muy mayor y estaba muy muy enfermo –aclaró aquellos puntos, porque eran importantes–. Lilly, ¿tú eres muy muy mayor?

Se lo consultó y desvió la mirada cuando se cruzó con la de Elizabeth.

Se revolvió un poco sobre el muro de piedra: se sentía extrañamente incómoda manteniendo aquella conversación con su sobrina delante de la morena, exponiendo a lo bestia una parte importante de su vida, de la real, de la que según ella no le pegaba nada, y su compañera la observaba como si todo hubiera empezado a encajarle de golpe.

–No, solo tengo seis años –reconoció la niña.

–Una buena noticia. ¿Y estás muy muy enferma?

–Tenía mocos antes, pero mamá me ha echado gotitas y se han ido –desclasificó toda la información referente a su estado de salud.

–Entonces estás perfectamente. Dormirse no es lo mismo que morir, Lilly, ya lo hemos hablado tú y yo –se lo recordó, porque habían tratado el tema en varias ocasiones y todas le parecieron igual de difíciles, la habituación no se aplicaba en su caso–. Te apuesto una bolsa de ositos de gominola a que si te vas a dormir ahora

mismo, mañana te despiertas como todos los días.

–¿Y si no me despierto más qué te tengo que dar? –lo preguntó, porque eso de la irreversibilidad de la muerte aún no lo tenía muy claro y le gustaba estar bien informada sobre las cláusulas de todas sus apuestas antes de aceptarlas.

–Si no te despiertas más, yo elegiré la primera película que veremos el viernes – impuso sus condiciones, una mezcla de imposibles, pero tenía todo el sentido del mundo en su pequeña mente infantil.

–Vale, pero tiene que ser de dibujos –coartó su libertad de elección y a ella le pareció perfecto.

–Trato hecho. Ahora deja el móvil donde estaba y vuelve a la cama –le dio instrucciones con la esperanza de que las siguiera sin necesidad de insistir mucho más.

Sorprendentemente lo hizo casi a la primera, seguro que porque en realidad estaba muerta de sueño y solo necesitaba una pequeña reaseguración para dejar aquel nuevo «miedo a no despertar más» al otro lado de las sábanas. Colgó, deseándole buenas noches tras desestimar su propuesta de sobornar al entrenador Dixon con ositos de goma para que la dejara salir al campo.

Una niña de mente despierta, como su tía Sandie.

Guardó el móvil de nuevo en el bolsillo de su chaqueta y al alzar la mirada se encontró con la de Elizabeth, y su fondo y su forma secuestraron un par de sus latidos, porque a la luz de la luna era alucinante, pero aquello iba mucho más allá. Casi podía sentirlo físicamente, deslizándose por su piel y acariciando cada milímetro con detenimiento, sinceros «No, al final no eres tan sabandija como yo pensaba» saturaban la atmósfera, porque las máscaras se le estaban cayendo a ella también. Tras aquella llamada de teléfono se sentía aún más vulnerable, sumada al «Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción» la acercaba peligrosamente al lugar que se había propuesto no pisar nunca, ni siquiera de visita, porque el aprendizaje vicario era tan digno como cualquier otro y, en su caso, muy eficiente, pero es que todo aquello la empujaba hacia Elizabeth a un ritmo constante y absorbente. Como si ella fuera su excepción.

¿Y podría serlo? Su excepción. ¿No la hay siempre? La que, paradójicamente, confirma la regla y te hace darte cuenta de que la seguridad absoluta solo existe en la mente de los que están equivocados. Una falsa sensación de invulnerabilidad la suya, porque mientras intentaba escapar de todo, sin darse cuenta, se acercaba a ella disfrazándolo de mil maneras diferentes para no asustarse demasiado. Un boicot a su plan original de no tener planes en forma de golpe de estado, silencioso y desde dentro.

Su propio caballo de Troya.

Muy épico todo.

–Es tu sobrina.

Elizabeth lo dijo como si aquellas tres palabras encarnaran una de las

revelaciones más extraordinarias que había presenciado jamás. Y ella quería a Lilly, claro, pero la intensidad de aquella afirmación le parecía un poco exagerada.

–Nunca le digas a una niña de seis años que su gato fallecido se ha quedado dormido para siempre –le aconsejó adoptando de nuevo su posición original sobre el muro de piedra. A horcajadas y frente a ella–. No lo hizo menos triste y encima ahora tiene miedo de irse a la cama.

–Seguro que lo hiciste con buena intención.

Ni rastro de cinismo, un contraste brutal con el esperado: «Típico, típico. Típico de Sandie Davies, traumatizar a los niños con sus insensateces» y como plus aquella media sonrisa conmovida que le movió un poco más hacia ella.

–Es mi experiencia piloto.

–Tu experiencia piloto te llama mucho –dijo la morena sin variar aquel gesto demoledor.

–En realidad no tanto, pero nos has pillado en una mala temporada –explicó vagamente desviando la vista hacia la azulada silueta de Fall River.

Y esperaba que Elizabeth no quisiera profundizar más en eso de la «mala temporada», porque la noche estaba siendo bastante alucinante y un contraste como aquel no haría juego con el resto del ambiente.

–Típico de Sandie Davies –lo dio por sentado y ella la miró en busca de un poco más de concreción–. Hacer sentir mejor a las chicas en sus malas temporadas.

Su forma de mirarla no dejaba ni un minúsculo rincón a la ironía.

Tres años. Había esperado tres largos años para aquello, persiguiendo aquella sonrisa, aquella mirada y su forma de decir «Típico de Sandie Davies» sin rastro de desprecio en el tono. La manera en que paseaba la palma de su mano sobre su muslo como si, tras la interrupción de la llamada, le diera vergüenza hacer cualquier otra cosa más comprometida, pero se muriera por hacerlas todas.

La ermita y la luna.

«Esta vez no tengo excusa» y ni falta que le hacía, porque la vulnerabilidad nunca había sentido tan bien antes. Sin máscaras de por medio estorbaban las justificaciones y era la primera vez en mucho tiempo que se encontraba desarmada de aquella forma frente a alguien, así que debería faltarle el valor, pero le sobraban las ganas. Un equilibrio de fuerzas que la mantenía en el ojo del huracán a pesar de todo. Y el corazón le bombeó especialmente fuerte unas cuantas veces antes de decidirse a decirlo. *Mierda, Davies, como si no hubieras besado a nadie antes.* Y era ridículo, pero casi contuvo el aliento antes de hablar.

–Simplemente es un don.

Se olvidó de cómo respirar al atisbar aquella chispa de reconocimiento en el verde de su mirada y desvió la vista a sus labios, porque se curvaron en un hipnótico amago de sonrisa. Joder con Elizabeth Cooper, y a ella le salió algo parecido al conectar con sus ojos de nuevo. El pecho casi le dolía por la brusquedad de sus pulsaciones, pero se animó a sí misma con un convincente «aguanta, Davies,

que va a merecer la pena».

–Simplemente cállate. –A media voz y tras lamerse los labios de una forma demasiado sugerente.

Pues eso.

E iba a besarla, pero Elizabeth se le adelantó. Iba a ser brusco, pero fue el más suave que le habían dado jamás. Iba a gemirle en la boca, pero pensó «Bufff» al sentir algo nuevo resquebrajándosele por dentro.

Iba a ser alucinante, pero lo fue más.

Acunó sus mejillas en el hueco de las manos y se separó escasos centímetros para mirarla, disfrutó durante dos segundos del verde más espectacular de todos antes de atacar sus labios de nuevo. Dulce y lento, había besado así en muchas ocasiones antes, porque le gustaba complacer a las chicas y a las chicas eso les volvía locas. *Dale al público lo que quiere y déjalo con ganas de más, algo así.* Un cómodo estilo de vida o la fachada más burda de la historia de la arquitectura, porque era la primera vez en mucho tiempo que besaba de esa forma para complacerse a sí misma y todo encajaba mucho mejor así, Elizabeth colocaba las piezas de puta madre.

Sintió el calor de sus manos sobre el cuello y el fantasma de una caricia deslizándose hasta tomarla por la nuca, mordió el labio inferior de la morena con suavidad por no desentonar con el resto del contexto. Aquella noche contrastaba de manera brutal con sus encuentros anteriores, porque buscarse a lo bestia había estado muy bien, pero todo tenía mucho más sentido de esa forma, así que continuó con aquel ritmo cuidadosamente improvisado, espontáneamente planificado y perfecto. Muy perfecto.

Patty tenía toda la razón del mundo al decir eso de «Vale la pena conocer a la de verdad», porque le había costado tres años, pero es que solo por las últimas horas invertiría otros tres. Se dejaría quitar la venda de los ojos una y otra vez, aunque había hecho trampas todo el tiempo, mirando a través de la rendija más estrecha de la historia e intentando verla mientras entonaba la cuenta atrás. Una versión un tanto libre del juego del escondite, porque se habían ocultado a plena luz y frente a las narices de la otra y, aun así, habían tardado tres años en encontrarse. Menudas perdedoras.

–Hostia puta, besas de puta madre, Cooper –lo dijo contra su boca.

–No mancilles el momento con tus ordinarieces –le contestó a la misma distancia y tuvo que sonreír al escucharla.

Jodida pedante.

Atrapó sus labios de nuevo y Elizabeth le acarició el inferior con la punta de la lengua. Madre mía, estaba siendo desesperantemente lento e ingenuamente erótico. Tan demoleedoramente genuino que parte de sí misma quería salir corriendo; la otra no, la otra estaba decidida a quedarse y enfrentarse a sus temores tirando de labios. Besar los miedos era la mejor manera de superarlos y, en aquel

momento, no querría estar haciendo ninguna otra cosa. Que se parase el mundo o que continuara girando sin ellas durante un rato. Una burbuja espaciotemporal en forma de cita perfecta, porque «Sal conmigo esta noche» había sido su frase más rentable hasta la fecha y llevarla a aquella ermita un acierto de los gordos.

La besó. La besó mucho. La besó tanto que llegó un punto en que el dejar de besarla era inconcebible, así que la besó un poco más. Con las manos enredadas en su pelo, deslizándose por sus costados y acariciándole la cara, con lengua y sin lengua, porque a ella le sobraba tiempo y Elizabeth no tenía prisa. Le entraban ganas de preguntarle «¿Te está pareciendo tan alucinante como a mí?», pero a lo mejor rompía la magia del momento, así que prefería callarse. Las campanas de la única iglesia de Fall River fueron menos consideradas y comenzaron a repicar anunciando la hora. Ella se apartó ligeramente para tomar aire.

–Las once –señaló Elizabeth sin necesidad de dejarlas terminar.

–Una hora para la medianoche –aportó sin desviar la mirada.

–Deberíamos ir pensando en volver al hotel.

La morena lo dijo mientras le acariciaba la nuca a conciencia y su mirada le despertó unas ganas enormes de hacer mucho más que besarla bajo la luz de la luna. Y habría contestado con un «Por favor» empapado de sentimiento de no estar al tanto de la nueva distribución de habitaciones, no tenía ninguna gana de regresar a aquella caravana con Jordan. Aun así, se colgó la cámara de fotos al hombro y aceptó su mano cuando Elizabeth se la tendió, ya de pie frente a ella. En cuanto estuvieron de nuevo a la misma altura acercó a la morena de un tirón y atrapó sus labios una vez más sujetándola por la cintura. Sentir cómo sus brazos le rodeaban el cuello mientras aceptaba sus suaves embestidas mezcladas con algunas de las suyas le electrificó el interior al completo. No estaba acostumbrada a que Elizabeth hiciera cosas como esa por voluntad propia y le estaba gustando mucho la novedad. Tal vez demasiado, porque su compañera se acercó un poco más de la cuenta, estrechando el contacto entre sus cuerpos, y a ella casi se le descompensó la respiración.

–Si besas a todas así...

Elizabeth lo susurró contra sus labios y había más, pero no la dejó continuar, asaltó su boca, sujetándola por la cadera con una mano mientras perdía la otra en el increíble laberinto de su pelo para tomarla de la nuca y acercarla un poco más.

–Así no he besado a ninguna.

Lo confesó sin importarle si Elizabeth la creía o no, sobre todo era una ratificación para sí misma y una invitación a decirle algo parecido. Desmitificar a la jodida Samantha, porque seguro que ella la besaba mejor y con muchas más ganas y no le cabía en la cabeza cómo aquella estúpida veterinaria no se moría por volver a hacerlo. Besarla, maldita sea. Besarla hasta la muerte y susurrarle de vez en cuando al oído «Eres un poco increíble y quien no lo vea es muy gilipollas», para que no se le olvidara.



–Es verdad eso de que siempre sabes qué decir –dijo sin apenas separarse.

Y con ella no era así: con Elizabeth improvisaba a cada paso con el corazón acelerado por la incertidumbre, pero no se molestó en corregirla, porque tenía mejores cosas que hacer. Quedarse enganchada de la forma en que aquella luz enmarcaba sus facciones, por ejemplo. Le retiró un mechón de pelo rebelde y se lo colocó tras la oreja sin dejar de observarla. Elizabeth le sostuvo la mirada y lo tenía que decir, porque no podía desperdiciar una oportunidad así.

–¿Me dejas hacerte una foto? –preguntó y le gustó la forma en que su compañera frunció ligeramente el ceño ante su petición.

–¿Aquí? ¿Ahora? –respondió, veía su interrogante y subía a uno más.

–Aquí y ahora –confirmó preparando la cámara, aún no había dicho que no y eso tenía que aprovecharlo.

–¿Por qué? –lo preguntó con media sonrisa asomada a sus labios.

Un gesto inocente, como si en realidad no entendiera que ella bajo la luz de aquella luna era una de las cosas más bonitas que había fotografiado en su vida.

–Porque las mejores fotografías nacen del riesgo, Cooper –se lo recordó por si se le había olvidado.

Elizabeth sonrió al escucharla, seguro que eso «del riesgo» le sonaba, especialmente esa noche, porque en aquella ermita las dos estaban en igualdad de condiciones y habían bajado la guardia casi a la vez. Debió de convencerla su explicación y se dejó fotografiar, manteniendo aquella media sonrisa que le quedaba de puta madre y mirando al objetivo como si le encantara, como si viera tras él al cachorro más jodidamente mono de toda su pajarería. Y es que la veía a ella y eso era lo que se sentía: una descarga de adrenalina densa y caliente y su corazón musitando «Bufff» a cada latido.

No hablaron en el coche. Realizaron el trayecto de vuelta al pueblo en un silencio para nada incómodo y bastante revelador, seguro que Elizabeth también necesitaba tiempo para procesar aquella forma de buscarse y, sobre todo, la manera en la que se habían encontrado a base de besos lentos y voluntarios. Significativamente voluntarios.

Y no iba a mentir, porque la acompañó hasta la puerta de su habitación de hotel con la esperanza de que la invitara a quedarse y con el organismo increíblemente acelerado ante la posibilidad de que lo hiciera. Una estúpida utopía, Megan nunca le había estorbado y de repente estaba por todas partes. El anticonceptivo más eficaz de la historia y la guardiana jefa del sagrado sacramento de la abstinencia. Elizabeth se giró hacia ella en cuanto alcanzaron la puerta de la habitación, jugueteando nerviosa con las mangas de su chaqueta mientras le sostenía la mirada de una forma nueva y la hostia de emocionante.

–Gracias –dijo tras un par de segundos de incertidumbre.

La novedad de que Elizabeth Cooper dirigiéndose a ella de esa forma estuviera dejando de ser una novedad la impulsó a sonreír, lo que restó un poquito de

confianza al gesto. Inaudito, porque con el resto calculaba ángulos, coordenadas e intensidades y conocía de antemano los parámetros exactos de sus respuestas. Un estilo de ligar con tintes científicos y experimentales, donde el riesgo cero sí que existía. Lo había pasado francamente bien obviando el resto, pero, en el presente más inmediato, ese «resto» era en lo único en lo que podía pensar. La parte más metafísica, la forma en que su cuerpo había reaccionado en cadena bajo la luz de la luna, rindiéndose ante aquella mirada verdosa y despertando a otra realidad menos segura y más alucinante a base de besos que de experimentales no tenían nada.

–¿Por qué? –tuvo que preguntarlo porque se moría por saber qué era lo que había hecho tan bien.

–Por un nuevo recuerdo bueno.

«Un primer beso aquí sería un recuerdo bueno».

Elizabeth lo aclaró desviando la mirada a sus labios y un leve pinchazo en el pecho le confirmó que sí, que aquella noche iba a ser un nuevo recuerdo bueno cojonudo. Tal vez por primera vez en lo que llevaba de vida, no encontró una respuesta ingeniosa con que devolverle el comentario y nunca había sido así antes, pero necesitó besarla sin objetivos a largo plazo, sin rastro de intenciones libidinosas.

La noche del «déjate llevar, que acojona, pero es bastante alucinante».

Así que se inclinó hacia ella, apresó sus labios entreabiertos con la boca y Elizabeth la aceptó una vez más, en compensación por todos sus «ni lo sueñes, Davies» anteriores. Como plus le devolvió el beso con un movimiento lento y jodidamente sensual, profundizando de forma suave mientras con una de sus manos la sujetaba por la nuca. Creando nuevos recuerdos buenos, Elizabeth se dejó presionar contra la puerta de su habitación y ella le acarició las caderas con las palmas abiertas. Sus intenciones libidinosas comenzaron a hacer acto de presencia en cuanto sintió descompensarse la respiración de la morena, un excitado susurro de aire acariciándole los labios. Subieron la temperatura del beso casi a la vez, Elizabeth contribuyó a la causa usando un poco de lengua y ella ronroneándole en la boca al sentirlo. Dos grados más y aquello ya no sonaba tanto a despedida.

Ni se lo pensó cuando la morena inclinó la cabeza, invitándola a entretenerse con su cuello, que lamió despacio mientras acariciaba rítmicamente sus costados por debajo de la cazadora. Sonrió sobre su piel al sentirla removerse. A Elizabeth le gustaban especialmente los besos en el cuello. La escuchó resoplar en respuesta a un suave mordisco sobre su yugular y deslizó una pierna entre las suyas, porque es que lo estaba pidiendo a gritos, la presionó contra su intimidad y ella le devolvió el favor gimiéndole al oído.

Mierda, hasta la noche del *Girls Just Want to Have Fun* ni se le había pasado por la cabeza que Elizabeth Cooper pudiera gemir así de porno, pero lo hacía y muy bien, además. Aquel sonido acompañado de la calidez de su aliento contra la oreja le provocó una sacudida y le elevó las pulsaciones, porque recordó la forma en que

Elizabeth había gemido aquella noche y su grito ahogado mientras se corría. Joder, se acordó de que ella era la segunda persona que la había tocado así, la segunda en la inmensidad del puto universo, y es que fue un placer y un honor, sobre todo lo primero. Se moría por repetir, quería arrancarle la ropa y hacerle olvidar a la jodida Samantha: Elizabeth prácticamente se lo estaba poniendo en bandeja, así que se presionó aún más contra su cuerpo a la vez que atacaba su boca con muchas muchas ganas. Sus labios se movían alucinantemente bien y sabían increíble, mejor solos que acompañados de tequila.

«Esta vez no tengo excusas».

Elizabeth la acercó un poco más, tirándole de la nuca con una mano, y golpeó la puerta con la que tenía libre. Un par de toques, seguidos de otros dos al no recibir respuesta. La lengua de la morena en el interior de su boca facilitaba de forma fascinante el aumento de excitación, pero, como contrapartida, entorpecía considerablemente el correcto funcionamiento de sus procesos cognitivos, de modo que tardó unos segundos en interpretar sus acciones de forma coherente. Para cuando concluyó que con aquellos golpes Elizabeth trataba de dilucidar la disponibilidad o no de la habitación para su beneficio más inmediato, la morena ya intentaba colar la tarjeta en la cerradura. Un reto de considerables dimensiones teniendo en cuenta que, mientras tanto, continuaba besándola de forma torpe, aunque extraordinariamente húmeda.

Al final la ayudó, dirigiendo su mano hasta que consiguieron encajar la tarjeta, trabajo en equipo. Sonrieron contra la boca de la otra casi a la vez al escuchar aquel chasquido, un «acceso concedido» que les venía bastante bien a las dos, la verdad. La morena la besó de nuevo, con lengua y casi sin dejar de sonreír, abrió la puerta, accedió al interior de la habitación marcha atrás y la invitó a seguirla tirando del cuello de su cazadora.

Oh, joder, excitantemente erótico.

La siguió sin oponer resistencia y con mucho entusiasmo. Colaborativa y emocionada, porque el objetivo final le parecía perfecto. Trató de quitarle la chaqueta nada más entrar, pero Elizabeth la empujó suave contra la puerta y la cerró utilizando su cuerpo como intermediario. A los dos segundos la anatomía de la morena al completo la mantenía acorralada contra la madera y era ella quien trataba de quitarle la cazadora, deslizándola por sus hombros. Todo aquello sucedía a su alrededor mientras sus bocas estaban demasiado ocupadas intercambiando saliva. Mucha saliva. Hostia puta, sus besos eran jodidamente húmedos y le aceleraban bastante la vida entera.

Aceptó sus labios antes de que Elizabeth suspendiera el contacto para mirarla, muy de cerca y con su verde reconociendo una vez más eso de «Esta vez no tengo excusas». Se le duplicó la tasa de testosterona en sangre al observar cómo se mordía el labio inferior mientras le miraba la boca y respiró hondo cuando la escuchó cerrar la puerta con pestillo.

–Te quedas, ¿no? –no necesitaba preguntarlo, porque era más que obvio que mataría por no tener que irse, pero lo hizo, así que ella sonrió y asintió con un movimiento de cabeza antes de ayudarla a quitarle la cazadora del todo.

Casi antes de que la prenda tocara el suelo, ambas se deshacían de la de Elizabeth entre besos urgentes y pasos torpes. Se dirigieron a trompicones hacia la cama y la chaqueta de la morena se quedó abandonada a medio camino, sus manos la sujetaron de inmediato por la nuca y ella le acarició la baja espalda con las palmas abiertas. La intensidad con la que Elizabeth arremetió contra su boca, gemido impaciente maravillosamente incluido, la animó a bajarlas un poco más, hasta cubrirle el trasero. Madre mía, es que podría jurar, y juraba, que si las de la redacción pudieran sentir ese jodido culo de aquella forma contra las palmas de sus manos se les quitarían las ganas de seguir burlándose de Elizabeth y les entrarían muchas de hacerle otras cosas.

Joder, millones de cosas.

Cosas húmedas y calientes, porque la anatomía de Elizabeth era muy, pero que muy humana, increíblemente femenina y sabía moverla impresionantemente bien. Su perfeccionismo, desesperante en todo lo demás, la beneficiaba en ese terreno y ella se moría por derretirla entre sus dedos, como la noche del *Girls Just Want to Have Fun*, pero salvando las distancias. Derretirla y derretirse, hacerla gemir y gemir en consecuencia, tocarla y dejarse tocar.

Le apretó los glúteos con los dedos y Elizabeth le mordió el labio inferior, intensificando la presión de las manos en su nuca y aumentando el erotismo de sus besos. Mierda, utilizaba muy bien la lengua. La presionó contra sus caderas, masajeando su culo y acercándola aún más, al máximo, y seguía sin ser suficiente. Sintió sus caricias descender por su cuello y su pecho, y pensó «Oh, joder, Dios» cuando se transformaron en movimientos jodidamente sexis por lo que implicaban: una gigantesca necesidad de desabrocharle la camisa. Elizabeth le soltó el primer botón sin dejar de reclamar su boca y con la respiración significativamente más pesada, y además de convertir oxígeno en dióxido de carbono, aquella forma de tomar aire contribuía a ponerla más cachonda a cada bocanada.

Sus manos acudieron de urgencia a ayudarla con los botones y la notó sonreír mientras la besaba, a lo mejor porque le gustaba su evidente necesidad. Ella le mordió el labio inferior y la morena lo liberó atacando de nuevo su boca con urgencia, ganas de más y le soltó el último botón. Gruñó suave, porque Elizabeth no dejaba de besarla a la vez que trataba de sacarle la camisa deslizándola por sus hombros, todo a la vez. Joder, es que simultaneaba tareas de puta madre y ella sacudió los brazos a su espalda para despojarse de la prenda mientras sentía la calidez de las manos de la morena paseándose por su abdomen desnudo; aquellos roces eran electricidad en estado puro. Sus dedos enviaban corrientes calientes, precisas y altamente placenteras a todas partes y, aunque la estaba poniendo igual de cachonda que la noche del *Girls Just Want to Have Fun*, lo hacía de manera

diferente.

Todo se sentía mucho menos animal y más honesto. Si su juicio no estuviera tan afectado por la excitación sexual del momento, estaría acojonada por toda aquella sinceridad físico-emocional, ridículamente intimidada por la espontaneidad de sus sonrisas. Pero Elizabeth la distraía mucho, demasiado, porque se había sentado al filo de la cama y cuando la miraba así a ella le era imposible tener en cuenta nada más. La morena coló los dedos en la cintura de su pantalón y la acercó, tirando suave y sin encontrar resistencia, dos pasos. Dos y la tenía frente a ella y conteniendo la respiración.

–¿Dejo que te arrepientas mañana? –preguntó a media voz, y lo dijo porque necesitaba algo que la distrajera de aquel verde y su forma de observarla.

Elizabeth simplemente la miró un poco más y esbozó la sonrisa más devastadora de la historia de la humanidad antes de besarle el abdomen. Cerró los ojos ante la sensación, el calor húmedo de aquellos labios en las proximidades del ombligo le desestabilizó el interior al completo, y pensó: «Joder». Un solo «joder» que escondía todos los demás a su espalda, una condensación perfecta de la intensidad del momento. Elizabeth lo estaba haciendo suave, la besaba lento y se entretenía en cada roce, perezoso y tibio. Demoledoramente dulce. Las manos de la morena descansaban en sus caderas y cuando ella se atrevió a acariciarle el pelo se le rompió algo por dentro y tuvo que hacer un esfuerzo bastante importante por continuar. De alguna manera era todo tan auténtico que casi tembló al dar el paso y enredar los dedos entre mechones morenos.

*Tú ya la has visto, Davies.*

*Deja que ahora te vea ella a ti.*

Y era totalmente justo y tremendamente amenazante, las dos cosas a la vez, pero Elizabeth levantó la mirada tras depositar un beso especialmente tierno en su bajo vientre y volvió a sonreírle de aquella manera. Eran los putos planetas alineados y formando una recta perfecta, ese gesto la golpeaba a lo bestia, atontándola, cada vez que aparecía la dejaba fuera de combate. Los mil millones de veces que se había repetido eso de «Sandie, mantenlo simple» se le olvidaron de repente, justo cuando Elizabeth le acarició la baja espalda con las palmas abiertas mientras sus labios le mimaban el abdomen de nuevo.

*Deja que ahora te vea ella a ti.*

Abandonó su pelo y acunó sus mejillas con las manos, elevándole el rostro lo justo para poder atrapar su boca en el beso más sincero que había dado hasta la fecha, húmedo y derrochando sentimiento, porque le sobraba. La empujó con suavidad, con el movimiento de todo su cuerpo, Elizabeth se dejó tumbar contra el colchón y le despertó las terminaciones nerviosas el sentir cómo las yemas de sus dedos ascendían por su espalda mientras se dejaba caer sobre ella, no le hacían cosquillas, pero casi, y todo era jodidamente sensual. Sobre todo la forma en la que se besaban.

Una de las piernas de Elizabeth encajaba a la perfección entre las suyas y la morena flexionó la otra, rozándole el costado con el material de los vaqueros. Mierda, así se sentía todo mucho mejor. Le acarició el muslo de forma pausada, sin prisas, y resopló contra sus labios, muy cachonda, al escucharla gemir en respuesta al sutil movimiento de caderas que había iniciado. Y lo hacía lento, porque necesitaba sentirla contra la entrepierna, pero quería tomarse su tiempo y estaba demasiado excitada como para hacerlo de forma más brusca sin terminar corriéndose en dos minutos. Las manos de Elizabeth bajaron hasta cubrirle el culo, se colaron en los bolsillos traseros de sus pantalones y la morena le mordió el labio inferior a la vez que la presionaba contra sus caderas.

–Necesito sentirte –Elizabeth lo dijo antes de atrapar sus labios de nuevo y ella le contestó con un gemido, porque se retorció increíblemente bien, en busca de más contacto y encima el beso era con lengua.

Llevó la mano con la que le acariciaba el muslo a la cintura de sus pantalones y se apartó ligeramente de ella para poder desabrocharlos, porque eso de «sentirse» le parecía una idea bastante brillante. Elizabeth la ayudó con la prenda meneando la cintura para facilitar su extracción, prácticamente se deshicieron de ella juntas, superando obstáculos textiles en equipo, y se quedó un poco atontada ante la visión de sus piernas desnudas cuando quedaron al descubierto. Era la segunda vez que tenía el honor y, tras terminar de sacarle los vaqueros, besó la cara interna de uno de sus muslos. La sintió estremecerse, sonrió y repitió el gesto, ascendiendo por su pierna a razón de beso por centímetro y con el calor en el bajo vientre aumentando en consecuencia. La miró y al hacerlo descubrió que Elizabeth se tapaba la cara con las manos en respuesta a sus atenciones. Lamió su ingle, porque la primera vez no le había parecido de las vergonzosas, pero el verla así la estaba poniendo muy cachonda.

Mierda, joder. Es que sin alcohol era todo mucho mejor.

La morena gimió y se revolvió ante la sensación, se giró por completo y quedando bocabajo sobre el colchón. Unas vistas increíbles cortesía del placer o la vergüenza, porque la ropa interior se adhería de forma espectacular a aquellos glúteos y cuando lamió la parte posterior de uno de sus muslos, Elizabeth se presionó contra el colchón, tensando involuntariamente hasta el último músculo de la parte inferior de su cuerpo, y así las vistas eran más cojonudas aún. Le mordió uno de los cachetes por encima de la tela y la escuchó jadear. Y se moría por tenerla debajo, en serio, así que se colocó poco a poco sobre ella, acariciándole los costados por debajo de la camiseta que aún llevaba puesta. Le besó la nuca y susurró un «Dios, joder» directo a su oído al sentir aquel culo tan firme justo en la entrepierna, y la morena le respondió apretándose contra sus caderas.

–Mierda, Cooper –prácticamente lo gimió mientras escondía la cara en su cuello y comenzaba a moverse sobre ella.

Lento y suave.

Joder, podía sentir cómo se mojaba un poco más con cada vaivén y a Elizabeth le estaba gustando, la delataban sus jadeos y la forma en que acompañaba sus movimientos con algunos de los suyos. Jesucristo Bendito, aquello la aceleraba más de la cuenta y hacía mucho calor. Besó la mejilla que Elizabeth no tenía escondida en el colchón, un gesto demasiado íntimo que le salió sin pensar, un automatismo fruto de su inconsciente más profundo. La morena esbozó el inicio de una sonrisa al sentirlo, así que lo repitió, la besó de forma voluntaria esta vez y a Elizabeth le salió una sonrisa completa y alucinante.

–Deberías hacer eso más, Elizabeth –le susurró al oído y después mordió suavemente el lóbulo de su oreja–. Dios, te queda de puta madre.

–Y tú deberías... –alguna de sus pedanterías, seguro, así que la embistió con un poco más de fuerza y un gemido ahogado truncó la frase por ella– ampliar tu soez vocabulario.

Bufff, si es que toda aquella petulancia tenía un puntito sexi que la impulsó a presionarse contra su culo de nuevo, gruñéndole al oído y mordiéndole el cuello. Un nuevo gemido por parte de la morena y ya no podía más, necesitaba tocarla y que se dejara tocar, sin excusas, porque ya no tenía ninguna. Que se dejara hacer de todo y que se lo devolviera después, que la besara como si ya no se acordase de la sabandija asquerosa, un capullo que se convierte en mariposa. Eso quería ser para Elizabeth. Menuda gilipollez.

Joder, y quería que quisiera.

Se moría por que quisiera y Cooper quería.

Quería, y levantó ligeramente las caderas para facilitarle el trabajo cuando ella coló la mano entre su cuerpo y el colchón. Las dos respiraban de forma pesada y sus dióxidos de carbono se encontraban una y otra vez a la salida, porque estaban así de cerca, se mezclaban en un «está siendo increíblemente increíble, así que no preguntes y sigue, joder» con sabor algo salado, porque ya empezaban a sudar.

Dios, Elizabeth sudaba tan bien...

Deslizó la mano dentro de su ropa interior y cerró los ojos ante la sensación, estaba caliente y resbaladiza, suave y húmeda, muy húmeda, lubricada a la perfección, porque Cooper lo hacía todo igual de bien, e iba a morderse el labio inferior, pero prefirió besarle el hombro y gemir sin censuras. Que supiera que todo aquello le estaba elevando las pulsaciones a lo bestia. Se restregó contra su culo como prueba y musitó un «Joder» al sentirla moviéndose contra su mano a la vez que gemía de aquella forma tan vergonzosamente porno. La presión en la entrepierna se le multiplicaba por mil con cada uno de esos sonidos. Prácticamente Elizabeth se estaba follando su mano, los dedos se deslizaban de puta madre entre aquellos pliegues empapados y a ella le era imposible respirar, así que básicamente jadeaba.

Aquella postura era alucinante, pero necesitaba más. Poder tocarla sin restricciones. Espacio. Necesitaba espacio y desnudarla entera. Libre albedrío y

hacerla llegar a lo grande otra vez, después de cuatro años la pobre se lo merecía y ella también, porque se acordaba de la noche del *Girls Just Want to Have Fun* y de su forma de correrse y casi hiperventilaba por reflejo. Apoyó la palma de la mano libre sobre su abdomen y le pidió: «Mierda, Liz, ven conmigo», con voz ronca justo junto al oído, y cuando se arrodilló sobre el colchón, la morena se dejó guiar e hizo lo mismo. De espaldas a ella, pero pegadas, jodidamente pegadas. Le besó el cuello y movió los dedos, estimulándola dentro de la ropa interior, mientras con la otra mano le acariciaba el abdomen. Demasiadas sensaciones y el culo de Elizabeth seguía adherido a sus caderas, que era lo importante.

Sintió cómo la morena apoyaba la cabeza sobre su hombro y deslizó la lengua desde mitad de su cuello hasta el nacimiento de su oreja. Elizabeth la sujetó por la nuca con una mano mientras con la otra cubría la suya, invitándola a ascender, a abandonar su bajo vientre y a subirle la camiseta. Y se dejó llevar, cubrió uno de sus pechos con la palma, por encima del sujetador y, en el plano inferior, comenzó a jugar con los dedos entre sus pliegues de forma desesperantemente lenta. Le valió un gemido ronco y un ataque por sorpresa a sus labios, atrapó el inferior de Elizabeth entre los suyos y embistió con suavidad su trasero al notar cómo movía las caderas en busca de mayor contacto. Joder, le estaba gustando demasiado que la agarrase así de fuerte por el cuello, que la atrajera hacia su boca para poder jugar mejor con su lengua.

Que quisiera, joder, le estaba volviendo loca que Elizabeth quisiera y lo mucho que quería ella también. Habían tardado tres años en estar de acuerdo en algo, pero es que ese «algo» era aquello, así que había merecido la pena. La había merecido y la estaba mereciendo, porque el calor que sentía en esos momentos en el bajo vientre compensaba el esfuerzo, la forma que tenía aquella chica de moverse contra su cuerpo, como si necesitara sentirla entera, y lo mojada que estaba. Madre mía, es que si tenía en cuenta el contexto, tres años le parecía hasta poco. Una inversión cojonuda y al final habían salido ganando.

Abandonó su pecho y su ropa interior, lo que provocó las protestas de la morena, las condensó todas en un gruñido jodidamente erótico emitido directo contra su boca y le hizo vibrar el alma entera. Se le despertó algo dentro, muy profundo, unas ganas enormes de decirle «no entiendo cómo has podido no ser suficiente para alguien» e impulsos eléctricos que le recorrían las terminaciones nerviosas empujándola hacia ella.

Le quitó la camiseta y Elizabeth colaboró levantando los brazos para facilitarle la vida, el pelo le cayó en cascada y olía tan increíblemente bien que enterró la nariz entre sus mechones, justo contra su nuca, aspiró hondo y le dolió un poco el pecho, a lo mejor porque todo aquello le estaba gustando demasiado. No le dio tiempo de cuestionarlo, porque la morena se giró, le tomó la cara con ambas manos y comenzó a besarla de una forma que le encogió un poco el alma quitándole las ganas de preguntarse nada, las sustituyó por otras nuevas de acercarla y acercarse



aún más, porque el contacto con ella era aún mejor sin ropa de por medio. La sujetó por las caderas y Elizabeth la miró, pausando aquellos besos alucinantes, con el verde de su iris oscurecido y con la respiración acelerada escapando por entre sus labios entreabiertos; ella le sostuvo la mirada mientras sentía cómo deslizaba las manos por sus mejillas, por su cuello y su pecho. Se le tensó el abdomen al sentir sus dedos acariciándolo en dirección sur, un espasmo involuntario e increíblemente agradable, y se dejó besar de nuevo, casi sin participar, mientras Elizabeth le desabrochaba los pantalones.

La morena coló la mano dentro de su ropa interior, generando automáticamente una descarga eléctrica bastante importante que le activó todas las zonas erógenas de cintura para abajo, sintió cómo le mordía el labio inferior y se le escapó un «Hostia puta» entrecortado al oírla decir: «Dios, Sandie, estás muy mojada», con la voz más ronca que le había salido jamás. Y seguro que sí, joder, seguro que lo estaba, y que a Elizabeth le gustara tanto hacía que lo estuviera aún más. Gimió al notar cómo movía los dedos y se estrelló contra sus labios, porque ya no podía más, la empujó con el peso de su cuerpo y ambas cayeron sobre el colchón, ella entre las piernas de Elizabeth y rodeadas de besos húmedos y gemidos ahogados.

Recorrió cada milímetro de su piel con los labios y con la lengua, dibujando una línea recta que unía su boca con sus pechos aún cubiertos por aquel sujetador la hostia de eficiente. Mierda, es que allí atrapadas parecían jodidamente firmes, a juego con su trasero. Paseó la lengua húmeda por el contorno que dibujaba aquella pieza de ropa interior y la escuchó jadear, retorciéndose y presionándose contra ella a todos los niveles conocidos por el ser humano, Elizabeth aprovechó uno de aquellos movimientos para quitarse el sujetador y ella atrapó uno de sus pezones con la boca. Se endureció enseguida bajo las caricias de su lengua y aquel nuevo tacto la impulsó a gruñir, porque el cuerpo de la morena estaba respondiendo increíblemente bien.

Cachonda. Elizabeth estaba muy cachonda.

Disfrutó de la forma en que las manos de su compañera se le enredaban en el pelo animándola a seguir, la guiaba de forma suave y ella se dejaba guiar. Podía notar cómo su ropa interior húmeda se restregaba contra su abdomen, caliente y mojada, buscando alivio en su cuerpo. Se mojó, se mojó mucho al sentir cómo Elizabeth empujaba con suavidad su cabeza hacia abajo, en una silenciosa petición reforzada por sutiles movimientos de cadera.

–Joder... –casi lo gruñó.

–Por favor... Sandie... necesito...

Mierda, es que casi suplicaba gimiendo y a ella se le fundieron las neuronas una a una.

–Joder... –se reafirmó en aquella opinión cuando las manos de su compañera abandonaron su pelo para comenzar a deshacerse de su propia ropa interior.

Algo increíblemente erótico lo estaba empapando todo, quizá Elizabeth

pidiéndole sexo oral «por favor», porque hasta follando era educada. Se arrodilló sobre el colchón y se encargó de deslizar por las piernas de la morena la última prenda que le quedaba en el cuerpo, en tres segundos la tenía completamente desnuda frente a ella y Elizabeth la estaba mirando de muchas formas diferentes a la vez. Aquellos ojos, además de extraordinariamente verdes, eran tremendamente expresivos, así que se perdió un poco en ellos mientras las ganas más grandes de su vida le elevaban las pulsaciones a lo bestia y casi la obligaban a hiperventilar.

Le acarició las piernas de forma distraída, inclinándose hacia ella porque se lo había pedido con mucho tacto y con modales se llega a todos los sitios. Se fijó en que su pecho comenzaba a subir y a bajar más deprisa, acelerado y víctima de la anticipación, seguro. Ufff, cómo le ponía verla así. Desnuda y excitada, la mezcla más perfecta de la historia de las combinaciones.

*Venga, Davies, hazlo bien, que la fama conlleva obligaciones.*

Le besó una de las ingles y la escuchó contener la respiración, así que la otra se la lamió de forma lenta; tuvo que esbozar media sonrisa al ver cómo se tapaba la cara con las manos de nuevo y el calor que sentía en el bajo vientre se extendió a su cuerpo entero el segundo antes de probarla por primera vez. Cerró los ojos notando cómo la ropa interior se le mojaba un poco más mientras la lamía entera y Elizabeth soltó un gemido ronco contra la palma de sus manos, retorciendo la mitad superior de su cuerpo para poder enterrar media cara en la almohada. Doble protección.

Paseó la lengua por toda su intimidad una vez más, repitiendo la jugada, porque a Elizabeth le había encantado y porque aquella húmeda suavidad era un poco adictiva. Cuando llegó a su clítoris, dedicó unos segundos a acariciarlo antes de descender de nuevo, sin prisas, porque a ella el sexo oral le gustaba hacerlo bien. Los sonidos de la morena le llegaban amortiguados por las palmas de sus manos y estaba acostumbrada a que las chicas las usaran para sujetarla por el pelo, pero aquel detalle de tintes puritanos le ponía el doble de cachonda. Tras un par de minutos de calentamiento, tanteó su entrada y escuchó un gemido en forma de «Oh, Dios» camuflado contra la almohada. Recordó aquel «Quiero que me folles» que había terminado con su autocontrol la noche del karaoke y fue ella quien gimió esta vez, antes de deslizar la lengua dentro. Tuvo que sujetarla por las caderas, porque sus movimientos se lo estaban poniendo un poco difícil, y la ayudó a marcar un ritmo francamente alucinante.

Y la Elizabeth Cooper de sus fantasías más depravadas follaba increíble, pero es que no se había esperado que la de verdad lo hiciera así de bien. Mandando a tomar por culo los ángulos rectos y deshaciendo la cama de forma acojonante, porque estando cachonda sí que le gustaban las arrugas. Estando cachonda le gustaban su sudor y su saliva y que le dijera al oído «Joder, Cooper, cómo me pones» mientras se restregaba contra su culo.

–Joder, Cooper, cómo me pones –lo gruñó, alzando la vista dos segundos para

admirar la panorámica, y aquel abdomen era tan impresionante que se quedó un poco enganchada a la forma en que sus músculos se contraían cuando Elizabeth se movía.

–Mierda, Sandie... sigue...

La morena enredó una mano en su pelo, reclamando que continuara lo que había empezado con un exigente tirón que rompía de forma drástica con su estilo anterior, porque Elizabeth Cooper era una mujer de contrastes y estaba a punto de corrérsele en la boca.

*Clítoris, Sandie, hazla llegar a lo grande.*

Lo hizo lo mejor que sabía, y sabía hacerlo muy bien, así que Elizabeth no tardó mucho en empezar a gemir de aquella forma tan eróticamente porno; contra su mano, eso sí, pero le hizo mojarse de todas formas. La morena se corrió, tensándose entera y con un único grito ahogado que casi la obligó a tocarse a sí misma porque necesitaba algún tipo de alivio, preferentemente de los inmediatos, pero lo que ocurrió a continuación fue aún mejor y le desestabilizó el organismo entero.

Elizabeth la reclamó cerca.

Elizabeth le tiró de la nuca instándola a subir. Falta de aire, aún acelerada y con la cara al descubierto, gimió al sentir cómo la cubría con el peso de su cuerpo, un gemido posorgásmico, con menos fuelle que los anteriores, pero igualmente alucinante. La besó y la morena atrapó sus labios en un gesto tan íntimo que sacudió sus cimientos desde la base, porque habían compartido fluidos, gemidos y sudor, sexo oral y secretos inconfesables, pero aquello iba más allá, aquello era lo más inconfesable de todo y aterradoramente honesto.

Sin ropa de por medio no quedaba dónde esconderse, así que ni lo intentó, aceptó la suave embestida de sus labios de forma más bien pasiva y después se permitió perderse en aquel verde por un par de segundos antes de cubrir el lateral de su cuello con la palma de la mano y besarla de forma muy activa, con ganas contenidas y el corazón en la garganta. Un cambio de era, porque se buscaban como si necesitaran encontrarse todavía más aun estando increíblemente cerca.

Iba a tener que gestionar muchas cosas, pero el papeleo emocional lo dejaba para el día siguiente, su particular «Pues deja que me arrepienta mañana» y con matices, porque sabía que no iba a hacerlo.

Elizabeth intentó intercambiar posiciones y ella dejó que las intercambiara. Seguro que debajo también se estaba muy bien. La ayudó a quitarle los pantalones desabrochados y la morena se llevó con ellos su ropa interior, admirable economía de movimientos y posibles ganas de devolverle el favor, confirmadas cuando sintió cómo ascendía por sus piernas. Lengua, labios y pasitos pequeños, las palmas de sus manos abriendo camino y presidiendo aquel desfile de calor en aumento que contrastaba dramáticamente con la humedad de sus besos.

Pensó «Joder...» al sentir cómo le besaba la ingle y lo gimió, con voz ronca y entrecortada, cuando Elizabeth lamió su intimidad por primera vez. Mierda, es que

eso de tener a Cooper entre las piernas llevaba años siendo una de sus fantasías sexuales favoritas, de las prioritarias, preocupantemente recurrente y explotada a solas y en compañía, y estaba pasando de verdad. La realidad superaba a la ficción, perdiendo la capa más sórdida en favor de su devastadora nueva forma de mirarla. Aquella maravillosa sonrisa e inconfesables secretos al fin confesados bajo la luz de una inmensa luna llena, a Elizabeth no le quedaban más excusas y ella nunca las había tenido, llevaba años persiguiéndola y, aun así, no había dedicado ni un solo segundo a pensar qué pasaría si un buen día la alcanzara. Chica poco previsora, pero se dejó llevar, porque aquel momento no era el más indicado para reflexionar, Elizabeth estaba haciéndoselo jodidamente bien ahí abajo.

La sujetó por el pelo y desvió la vista al espectáculo. Jesucristo Bendito, estaba pasando y casi se corrió sin más ante aquella imagen. Increíblemente sexi, porque la morena alzó la mirada justo en ese momento y se encontró con un verde oscurecido que la sacudió por dentro, la impulsó a incorporarse, tomarla por la nuca y arrastrarla con ella de vuelta sobre el colchón. Y, aunque su boca ahí abajo estaba de puta madre, la necesitaba por todos lados y precisaba correrse con urgencia, pero no quería que aquello acabase y así no se podía ganar. Se consolaba pensando que perder no estaría tan mal si Elizabeth continuaba besándola de esa forma mientras se movía tan bien sobre su cuerpo, sudada, caliente y con su sabor en la boca.

Joder, esa boca.

La embistió con los labios entreabiertos, un beso torpe y necesitado, húmedo y resbaladizo y sexi, muy sexi. Contuvo la respiración al sentir cómo la mano abierta de la morena descendía por su abdomen a la vez que profundizaban el beso aún más, las dos gimieron a la vez cuando le acarició la entrepierna, empapándose los dedos mientras los paseaba entre sus pliegues. La sintió en el muslo, restregándose, excitadamente mojada, mezcla de lubricación y de su propia saliva, y ella comenzó a moverse contra su mano porque ya no podía más.

Todo a su alrededor era demasiado.

Elizabeth la penetró con dos dedos y sin avisar, le mordió el labio inferior mientras ella gemía y después la besó, moviendo la mano increíblemente bien y prácticamente follándose su muslo. Inclino la cabeza hacia atrás, la morena aprovechó para esconder la cara en el hueco de su cuello y le mordió el hombro antes de ponerse a jadear junto a su oído.

Y aquello fue todo, porque estaba tan cachonda que no necesitó nada más que escucharla gemir mientras le lamía el lóbulo de la oreja para empezar a tensarse en torno a sus dedos. Rodeada por sus sonidos y por lo resbaladizo que estaba su cuerpo, por lo extraordinariamente bien que se la estaba follando, a ella y a su muslo, y atontada por el olor de su pelo. Elizabeth le gruñó al oído y ella se corrió sin más, atrapando su mano entre las piernas y con un gemido estrangulado tras el que enterró media cara en la almohada mientras repetía un par de veces «joder...»,

muy muy ronco. Falta de aire y completamente agotada tras aquel encuentro.

Sintió sus labios acariciándole con suavidad el hombro un par de veces y el corazón se le saltó un latido. A la tercera los atrapó entre los suyos en un beso perezoso y lento, se giró hacia ella y enredó los dedos entre mechones morenos y despeinados. Finalizaron el contacto, pero ella lo retomó de nuevo antes de que ninguna de las dos abriera los ojos, tirándole de la nuca con un «cinco segundos más, por favor» empapando su suave embestida. Y si eran diez mejor.

Al final fueron quince, así que salieron ganando las dos.

## Increíblemente cerca

Increíblemente cerca.

Así estaban, increíblemente cerca a pesar de que las separaba medio colchón. Una cercanía poco física, cálida y densa, muy densa. Casi tangible y enormemente preocupante en consecuencia, al menos en teoría, porque en la práctica su mirada verde posada en ella no le permitía racionalizar demasiado las cosas, aquello iba más de experimentar en vivo y sopesarlo luego. Iba de haber llegado y no querer marcharse, de plantearse arriesgarse y dejar de correr. Elizabeth observándola así no lo hacía parecer tan escalofriantemente peligroso como se lo había imaginado y ninguna de las dos había cuestionado el paradero de Megan en voz alta, porque en aquella cama se estaba demasiado bien.

La morena movió el brazo, que hasta ese momento había permanecido apoyado sobre el colchón, y su corazón se paralizó, porque pensó que iba a acariciarla. Se le desinfló un poco el pecho, víctima de la decepción más absoluta, cuando la vio estirar cuidadosamente la sábana bajera. Formaba dos arrugas en el espacio que separaba sus cuerpos y a Elizabeth aquellas pequeñas imperfecciones no le gustaban demasiado. Sonrió a pesar de aquel obsesivo mazazo a sus expectativas, y se dedicó a observar cómo la morena arreglaba aquel desastre textil, colocando todo a su gusto. Paseó la vista por sus facciones, que siempre le habían parecido bastante increíbles, pero nunca tanto como en aquel preciso momento.

–Las cuevas de Waitomo –lo dijo sin más, como si Elizabeth tuviera que saber de qué demonios hablaba.

Enseguida se encontró con aquel verde intrigado explorando su azul, le dieron ganas de estirar el brazo y no para alisar arrugas precisamente. La morena frunció el ceño antes de contestar y a la vez sonrió, así que fue bastante alucinante y nuevo. La perspectiva y el paisaje, sin precedentes eso de estar mirándose de aquella forma en horizontal.

–¿Es una postura sexual de las depravadas? –preguntó con los ojos entornados mientras alzaba una ceja.

Tuvo que reírse, porque Elizabeth bromeaba y le había hecho gracia, lo mejor fue cuando la morena lo hizo también. Otro de esos «ja, ja, ja», de los que le tensaban el interior entero, aquel verde era diferente si se reía de verdad.

–Es la razón por la que quiero ir a Nueva Zelanda –desveló y colocó la mano

justo al lado de la suya sobre el colchón, porque ya no había arrugas.

–¿Veinticuatro horas de avión para ver unas cuevas?

Y a ella le supo a pequeña victoria, extradulce, porque por fin Elizabeth Cooper se interesaba por cosas suyas y la calidez que sentía en el pecho se agudizó un poco más, había algo peligrosamente íntimo pendiendo entre ambas, estaban hablando desnudas en la cama después de haber follado de una forma tan intensa. La morena le cubrió la mano con la suya y sintió el calor de su palma acariciarle la piel, observó el espectáculo dos segundos antes de conectar sus miradas de nuevo.

–Están llenas de estrellas –explicó su característica especial, y suprimió una sonrisa ante el gesto de escepticismo que apareció en el rostro de su compañera–. Son luciérnagas en realidad –aclaró y se atrevió a acariciar el dorso de su mano con el pulgar.

–¿En serio? –preguntó con cierto toque de asombro y media sonrisa asomada a sus labios.

–Primero el efecto Coolidge y ahora esto. Parece que esta semana te estoy sorprendiendo, Cooper.

–Más de lo que piensas –fue una confesión de las grandes disfrazada de intrascendencia, seguidamente Elizabeth entrelazó los dedos de sus manos y ella se obligó a sostenerle la mirada con el corazón acelerado–. Corrígeme si me equivoco, pero creo que existe un claro paralelismo entre esas cuevas y la historia de Harriet la luciérnaga.

Ya estaba la listilla estableciendo sus correspondencias, analizándolo todo con esa mente privilegiada que tenía y entrando en terreno peligroso sin tan siquiera saberlo. Ella sí que lo sabía, pero se estaba tan bien allí que no intentó desviar el tema.

–Tras la muerte de Harriet, mi hermana y yo nos obsesionamos un poco con esos bichos, descubrimos que existían esas cuevas en un documental del tipo *Las luciérnagas, esas grandes desconocidas*.

–Y jurasteis ir juntas a Nueva Zelanda a visitarlas. El clásico pacto de hermanas.

–Y la clásica traición –completó la historia–. Se fue allí de luna de miel.

Elizabeth sonrió, supuso que ante su tono deliberadamente herido.

–Tiene que ser un sitio bastante romántico para ir con esa persona especial –la morena lo opinó sin mayores pretensiones, pero a ella se le revolvió de todo por dentro al escucharla–. El padre de Lilly, supongo.

–Y su único novio, desde el instituto –indicó, esforzándose por dejar atrás aquella desagradable sensación.

–Así que, además de la hermana Davies guapa, es la hermana Davies tradicional –Elizabeth lo dijo en tono de broma mientras se acercaba un poco más.

Forzó una sonrisa, porque, a pesar de los pesares, la morena recortaba distancias y aquella cercanía ponía en alerta máxima a su organismo al completo.

–Supongo que sí que lo es.

Las separaban escasos centímetros, unos cuantos «tú has sido la mayor sorpresa de toda la semana» y su forma de mirarla. Siempre había pensado que, si algún día conseguía acercarse a la morena por fin, resultaría no ser para tanto porque, como todo el mundo sabe, las altas expectativas son un billete seguro y solo de ida hacia la decepción, pero de nuevo allí estaba confirmando la regla y a dos segundos de poder besarla otra vez.

Su potencial excepción.

Es que, acortando las distancias, Elizabeth era para mucho más.

–Sandie... –pronunció su nombre como si le hiciera falta llamar su atención a pesar de que sus miradas estaban bidireccionalmente estancadas.

Sonó muy nuevo y desvió la vista a los labios que acababan de articularlo tan bien, decían cosas como «miccionar» y «libidinosa», a follar lo llamaban «trajinar», pero eran perfectos a pesar de todo. Le dieron ganas de acariciarlos con el pulgar, de atraparlos entre los suyos con urgencia y suavidad, morderle el inferior y después pasear la lengua por su superficie en cuidadosa compensación.

–¿Cuándo descubriste que las estrellas no eran las farolas de los extraterrestres? –Y, en vez de besarla, tuvo que utilizar su boca para sonreír, una mezcla perfectamente equilibrada de diversión e indignación.

–Digamos que antes de cumplir los quince.

De nuevo aquella brillante sonrisa en los labios de Elizabeth, y qué bien le quedaba. No podía dejar de mirarla cada vez que aparecía, la había echado demasiado de menos durante los tres años anteriores como para desperdiciar medio segundo contemplando cualquier otra cosa. Y le atontaba. Le atontaba mucho.

–¿Y después de haber cumplido los catorce? –Buscó el límite inferior de aquel intervalo temporal.

A la Elizabeth real le gustaba picarla de aquella manera, seguía metiéndose con ella, eso no era nuevo, pero experimentaba con las formas y su recién estrenado estilo sentaba mucho mejor que sus «típico, típico» y las referencias a sus antepasados reptiles.

–La precisión cronológica está sobrevalorada –opinó, escapando del despiadado cerco de su curiosidad a la vez que le apretaba levemente la mano–. ¿Cuándo fue la última vez que cantaste en un karaoke?

Y ahí estaba de nuevo: aquel verde jugando al escondite mientras un gesto vergonzoso se paseaba por sus facciones. Algo en su interior suspiró un «madre mía» y ella pensó: «Joder». Elizabeth conectó de nuevo sus miradas y el corazón se le saltó un latido.

Hostia puta, ¿por qué le gustaba tanto?

–En algún momento antes de mudarme a Nueva York.

Cuatro años sin cantar y sin gemir en plan porno, al menos en compañía. Una pérdida de tiempo y un sacrilegio. Le dieron ganas de decirle: «¿Sabes que en Nueva



York también hay karaokes?», pero después cayó en la cuenta de que lo que le faltaba a Elizabeth en la gran ciudad eran personas con las que se sintiera realmente cómoda dejándose llevar, así que se ahorró el comentario y se acercó a su cuerpo un poco más. Se había atrevido a volver a gemir en plan porno con ella, tal vez pudiera conseguir lo otro también.

–¿Cuándo volverás a cantar en uno? –se interesó mientras acariciaba el dorso de su mano con el dedo pulgar.

–La precisión cronológica está sobrevalorada –le plagió la respuesta con una leve sonrisa asomada a los labios y a ella se le escapó otra bastante parecida.

–Nuevo deseo de Año Nuevo.

–Genial, ya lo tienes para los próximos cincuenta años.

–Trato hecho, la paciencia es una virtud. Pero tendrás que ayudarme a recoger las bragas del suelo al terminar, sospecho que a los ochenta habré perdido algo de flexibilidad –aventuró y le gustó verla fruncir el ceño de esa manera, como si el comentario la ofendiera.

–¿Tienes que utilizar siempre ese lenguaje tan grosero? «Elizabeth, me gustaría verte cantar en un karaoke» es mucho más civilizado.

–Más civilizado, pero mucho menos enérgico, la ordinariez dota de mayor intensidad a cualquier comentario.

Oh, Señor. Su corazón literalmente dio un vuelco, porque Elizabeth estaba tratando de suprimir una sonrisa, así que a lo mejor lo «soez» de su lenguaje ya no le molestaba tanto, y le brillaban un poco los ojos, invadidos por un verde secretamente divertido.

–Permíteme que lo dude –consiguió cargar su tono de un par de centilitros de petulancia.

–Elizabeth... –llamó su atención a pesar de que continuaban mirándose a los ojos-. Si te viera cantar en un karaoke se me caerían las bragas al suelo, hostia puta.

Y añadir el «hostia puta» como broche final fue una idea brillante, porque la morena sonrió a lo bestia mientras le tapaba la boca con ambas manos y ella sonrió también, pero en la clandestinidad, bajo su palma. Trató de deshacerse de su particular mordaza, Elizabeth se resistió y terminaron riendo abiertamente. Para cuando consiguió sujetar las manos de la morena entre las suyas y sobre el colchón, casi les faltaba el aire y a ella le burbujeaba todo el cuerpo. Se estaban mirando mientras recobraban el ritmo normal de sus respiraciones y sonreían como consecuencia de su reciente forcejeo.

Por poder ver aquella faceta suya volvería a hacerlo todo otra vez, en serio. Los «sabandija asquerosa», los «típico, típico» y los «¿cómo estás, preciosa?», se pasaría otros tres años tanteando sus barreras a base de sonrisas engreídas y frases hechas, sin atreverse a aventurarse a ir más allá. Sin atreverse a descubrirla, ni a descubrirse, porque podría haber sido diferente, pero había sucedido así y le acojonaba más que nada en toda su vida, pero a pesar de todo le salió sin más y no

quiso retenerlo.

–Me encantaría verte cantar en un karaoke, Liz.

Lo dijo a media voz y sonó tan sincero que la sonrisa de la morena se desvaneció poco a poco.

Estaba segura de que podía leerla entre líneas, descifrar su código secreto con una facilidad pasmosa. Elizabeth sabía que lo que estaba diciendo en realidad era un transparente «déjame verte a ti, entera». A lo mejor por eso se acercó sin dejar de mirarla de aquella forma tan demoledora, tal vez esa fue la razón por la que la morena comenzó a besarla de una manera tan suave que la sacudió por dentro a lo bestia. Otra paradoja de las que le gustaban. Se dejó besar y la besó, las dos cosas a la vez, aunque un poco más de la primera, porque Elizabeth se incorporó apoyándose sobre el antebrazo y su posición ligeramente elevada le proporcionó un papel más activo que le vino muy bien. Su excepción, porque ella prefería estar encima, decía que le gustaba dominar, pero sospechaba que, en el fondo, pesaba más el que «debajo» le sonaba a vulnerabilidad. Mostrarse vulnerable ante alguien requería de cierto grado de intimidad y grandes dosis de confianza y todo eso la llevaba directa a donde no quería estar.

*Qué retorcido, Davies.*

Elizabeth embistió con delicadeza sus labios una última vez antes de separarse lo justo para poder pasear aquel verde por sus facciones, una vez más se aceleraron sus latidos y se le acentuó aquella sensación de escalofriante fragilidad. Porque el «*It's gonna be me*» llevaba implícito un «*It's gonna be her*» en su dirección y mucho más comprometido y con el resto de las chicas se había quedado solo con la primera premisa, ignorando descaradamente la segunda, pero Elizabeth atontaba dramáticamente sus mecanismos de defensa más sofisticados. Para entrar del todo tenía que dejarla pasar a ella también.

–¿Por qué dices cosas como «hay que atacar cuando aún están en el suelo»? –la morena lo preguntó mientras posaba la mano sobre su pecho, así que seguro que podía sentir sus pulsaciones aceleradas.

Hacia unos días ella le había preguntado básicamente lo mismo: «¿De qué te escondes?».

–Es más fácil así –contestó sin profundizar más y preparándose para el siguiente «¿por qué?».

–Apuesto a que nunca lo has hecho –dijo y ella le sostuvo la mirada.

–¿El qué?

–Atacar cuando aún están en el suelo –aclaró dejándose caer en el colchón, sin dejar de observarla–. ¿Sabes lo que creo? –lo susurró mientras ella se acomodaba de lado para quedar frente a frente otra vez.

–¿Quiero saberlo? –Alzó casi imperceptiblemente una ceja.

Elizabeth se la acarició con la yema del dedo índice y le estranguló muchas cosas por dentro, quitándoles importancia. Cosas de las que creía y de las que pensaba.

De las que le daban miedo.

–Seguro, eres periodista –la morena lo dio por sentado y a ella la sonrisa le salió automática.

¿Que todo aquello no la acojonara más en ese preciso momento la acojonaría el doble a la mañana siguiente?

–¿Qué crees?

–Creo que se te va la fuerza por la boca –reveló y ella le sostuvo la mirada en silencio–. Creo que te esfuerzas demasiado por parecer una «sabandija asquerosa». –Abandonó su ceja para delinearle el contorno del labio inferior con la yema del dedo.

–¿Igual que tú te esfuerzas demasiado para parecer jodidamente inalcanzable?

Algo arriesgado, pero un paralelismo bastante justificado en su opinión y en aquella cama tenía la sensación de poder preguntar cualquier cosa.

–Pero con un estilo mucho más ordinario. La Sandie Davies libidinosa y rompecorazones es una fachada.

–Como la Elizabeth Cooper fría y aséptica que mantiene los clips separados por colores –indicó sin necesidad de preguntarlo esta vez. A la morena le cambió el gesto al escuchar la última parte.

–Puede, pero los clips tienen que estar clasificados de verdad –sentenció mirándola a los ojos y a ella se le escapó media sonrisa ante la seguridad de su tono.

Se acercó más, casi rozándole la nariz con la suya y observando a escasos centímetros aquel verde organizado hasta la médula. A lo mejor siempre le había sacado tanto de sus casillas porque le gustaba demasiado.

–¿Por qué?

–Porque sí.

–Elocuente. –Y la vio sonreír en la periferia de su campo visual–. ¿Qué pasaría si un día se mezclaran todos y no pudieras volver a ordenarlos?

Elizabeth tragó saliva al oírla y ella alzó una ceja expectante e intrigada.

–Me pondría muy nerviosa.

–¿Por qué?

–Porque los clips de colores tienen que estar clasificados y ordenados –lo dijo como si fuera obvio.

–¿Por qué? –Frunció el ceño tratando de seguir su razonamiento.

–Porque para eso existen –lo dijo en un tono algo tenso–. Por eso son de diferentes colores, Sandie, para que sepamos cómo ordenarlos. Si no tuvieran que estar clasificados, todos serían iguales. ¿Para qué sirven los colores si no?

Vaya, vaya.

«Me como los M&M's siguiendo el abecedario. La secuela».

Y aquellas premisas seguían teñidas de irracionalidad, pero ya no le parecían tan extremas ni propias de un pensamiento perturbado, al menos no tanto como unos días atrás. Porque las cosas realmente son del color del cristal con que se miran o el

enamorar te idiotiza de esa manera, una de dos.

–¿Para hacer bonito? –probó suerte con lo primero que se le ocurrió y a Elizabeth se le suavizaron las facciones.

–Una función secundaria –calificó su aportación y suprimió una sonrisa arrugando ligeramente la nariz–. Estás pensando que soy rara –la acusó y ella le colocó un mechón de pelo tras la oreja antes de contestarle.

–Estoy pensando que eres jodidamente fascinante –corrigió su error, Elizabeth sonrió mientras se le subían un poco los colores y a ella se le revolvió el alma con muchas ganas–. Y rara. Fascinantemente rara.

Rio al sentir cómo Elizabeth la empujaba con suavidad por el hombro y no se atrevió a preguntarle «¿Qué va a pasar con nosotras mañana?» cuando, después de un pequeño forcejeo, ambas cayeron en un cómodo silencio. Se limitó a sostenerle la mirada, frente a frente y sin hablar, a lo mejor se quedaron mudas porque ya se habían dicho muchas cosas. Desvió la vista de sus ojos tan solo un par de segundos, lo justo para observar cómo estiraba de nuevo la sábana bajera y volvió a perderse en aquel verde hasta que a Elizabeth se le cerraron los párpados. Admiró sus facciones adornadas por la luz de aquella luna tan llena que se colaba por la ventana, modelando sus formas e invitándola a mirar. Y simplemente se quedó enganchada al espectáculo, sin palomitas ni nada, no le hacían falta de todos modos. Hasta dos o tres minutos después no cayó en la cuenta de que ni siquiera habían cenado aquella noche.

Elizabeth Cooper le hacía olvidarse de muchas cosas. Amnesia en forma de sonrisa alucinante y fallos mnésicos que sonaban a «Llevo tres años manteniéndote a raya porque tenía miedo de que pasara esto».

Extendió la mano y estiró la sábana que cubría a Elizabeth, al caer en la cuenta de que estaba un poco arrugada a la altura de su cadera.

\*\*\*

Frunció el ceño nada más despertarse e intentó abrir los ojos, pero había demasiada luz como para atreverse a hacerlo de golpe. Enterró la cara en la almohada de nuevo y dos segundos después inició la maniobra que le permitiría volver a ver sin quedarse ciega para siempre.

*Poco a poco, Sandie. Poco a poco.* Entreabrió los párpados con cautela, permitiendo que su pupila se acomodara a la luz ambiente de forma gradual. Atisbó la puerta del baño, estaba abierta de par en par y este desierto, la habitación olía a gel de ducha y a champú, así que supo que Elizabeth se había marchado sin necesidad de darse media vuelta. Aun así, lo hizo y se encontró con su lado de la cama vacío, aunque cuidadosamente estirado.

Cuánta clase.

Se dejó caer de nuevo bocarriba sobre el colchón, a plomo, y se tapó la cara con ambas manos soltando un gruñido de pura frustración. Un «hostia puta»

onomatopéyico y la forma más directa de recordarse a sí misma lo gilipollas que había sido la noche anterior, nadando a contracorriente y diciendo cosas como «Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción» sin importarle las consecuencias. Al descubierto y con la yugular expuesta. Abriendo puertas que estaban mucho mejor cerradas bajo llave y follando de una manera que no era solo follar. Olvidándose de sus precauciones y de la jodida Samantha y dejando que Elizabeth la tocara así, por dentro y por fuera, mientras la miraba como si las cosas pudieran ser diferentes. O como si pudieran ser y arriesgarse mereciera la pena. Porque aquella noche la morena «no tenía ninguna excusa», pero a lo mejor a la luz del día se le habían ocurrido unas cuantas y todas empezaban por «S», seguro.

Por «S» de «Si ya lo sabías».

Por «S» de «Samantha».

Y por «S» de «Su puta madre».

El sonido de la puerta de la habitación al abrirse cortó de raíz aquel torrente de oscuros pensamientos y el corazón se le detuvo al ver aparecer a Elizabeth haciendo equilibrios con un par de cafés en las manos y su cámara de fotos colgada al hombro. Muy repentino todo, porque casi no había dejado de blasfemar internamente, pero cuando sus miradas se encontraron la morena le sonrió y dijo «Ey» en un tono que le rompió varias fibras por dentro, incluida la sensible.

–Ey.

Le devolvió el saludo mientras se incorporaba encima del colchón, sostenida sobre el antebrazo, y le dedicó media sonrisa.

–Anoche te la dejaste en el coche –le informó refiriéndose a su Nikon.

La luna llena ya no estaba por ningún sitio y Elizabeth seguía mirándola de aquella forma, como si no se hubiera dado cuenta de que ya había amanecido o como si no tuviera importancia. Y se conformaba con cualquiera de las dos posibilidades, pero prefería la segunda. La siguió con la vista y le encantó sentir el colchón hundiéndose bajo su peso cuando se sentó sobre él, ocupando de nuevo el espacio donde había pasado la noche, justo a su lado.

Joder, que habían follado sin alcohol y sin coartadas. Habían bromeado desnudas bajo las sábanas y se habían acariciado en un mundo posorgásmico donde aquellos gestos no perseguían nada más que simplemente sentirse. Acojonante.

–¿Has dormido bien?

Elizabeth lo preguntó tendiéndole el café y con las mejillas ligeramente encendidas, a lo mejor a plena luz del día lo que habían hecho en aquella cama hacía unas horas le daba un poco de vergüenza.

–He dormido genial –respondió aceptando el envase mientras estudiaba sus ojos–. ¿Y tú?

Sus pulsaciones superaban las noventa por minuto en ese momento, seguro. *Por la Virgen María y los jodidos apóstoles, Davies, relájate.*

–He dormido muy bien –admitió la morena, desvió la vista a su vaso y jugueteó

con la tapa, tenía las mejillas un poco más rojas que hacía unos instantes.

Estaba nerviosa, Elizabeth estaba muy nerviosa, pero se atrevió a mirarla a los ojos tan solo un segundo antes de volver a escanear su envase de café con mucha atención y los latidos se le aceleraron aún más cuando la vio lamerse los labios y respirar hondo.

Joder, iba a decirle que se olvidaran de todo, ¿verdad?

Iba a decirle «Lo siento, Sandie» y sería la definitiva.

Iba a despedirse con un: «Gracias por los orgasmos, pero ella los da mejores».

Iba a terminarse su café y a largarse de allí.

Elizabeth iba a...

Joder...

A besarla.

Elizabeth iba a besarla.

Y lo hizo en un movimiento rápido, tan rápido que calculó mal las distancias y terminó estrellándose torpemente contra la comisura de sus labios, duró dos segundos, tres a lo sumo. Fue una puta mierda de beso y a la vez el mejor que le habían dado nunca, y cuando sus miradas conectaron de nuevo, la de Elizabeth decía «no tengo ni idea de cómo hacer esto», así que la ayudó. La tomó por la nuca con la mano que tenía libre y la acercó para interceptar sus labios por el camino, esta vez se acoplaron a la perfección mientras la mano con la que la morena no sujetaba el café cubría el lateral de su cuello. Y besarla de esa manera le despertó un calor muy agradable y tremendamente significativo en el bajo vientre, lo que la llevó a recordar que estaba desnuda del todo bajo aquella sábana. Si tuviera vergüenza se habría puesto un poco roja, pero como no la tenía continuó besándola sin tener en cuenta nada más que la forma en que los labios de la morena se movían en respuesta a las caricias de los suyos.

Y todo aquello empezaba por «S» de «Santa Madre de Dios».

No duró mucho, pero sí lo suficiente como para que al separarse sus respiraciones se mezclaran de forma casi temblorosa en el diminuto espacio recién abierto entre ambas. Trató de conectar sus miradas, pero Elizabeth aún no había abierto los ojos.

–Lo de ayer fue... –comenzó a hablar, algo tenía que decir, porque la morena estaba nerviosa y ella taquicárdica.

–Inesperado.

«Inesperado».

Inesperado no era exactamente lo que pensaba decir a continuación. «Jodidamente increíble», «increíblemente alucinante» o «lo que llevaba esperando desde que te conocí». «Lo de ayer fue justo lo que necesitaba y demoledoramente aterrador», «es lo que quiero, aunque lleve tres años corriendo en contradirección».

¿Inesperado? Un poco también, la verdad, pero habría preferido que eligiera una definición algo más reveladora. Tragó saliva y le acarició la mejilla, guardó un par de

segundos de silencio, invitándola a añadir unas cuantas palabras a su discurso, pero Elizabeth se limitó a mirarla y ella lo tuvo que preguntar.

–¿Un inesperado bueno o un inesperado malo?

Mierda, casi ni le salió la voz y el pecho le dolía un poco bajo el peso de tanta incertidumbre.

Al oírla debió de aumentar el calor en sus mejillas, porque se pusieron aún más coloradas y si el tema que se traían entre manos no fuera tan gigantescamente trascendente para su vida entera, le habría quitado la vergüenza de mil maneras diferentes y arrugando las sábanas a lo bestia. Pero es que lo que Elizabeth quisiera decir con aquel «inesperado» era demasiado importante para ella, de modo que se limitó a observarla con el corazón bombeándole demasiado fuerte contra las costillas.

–Bueno –por fin lo aclaró y pudo respirar de nuevo–. Lo de ayer fue un inesperado bueno –elaboró un poco más la respuesta, porque hasta en un contexto cargado de tensión emocional como aquel Elizabeth Cooper era siempre igual de elocuente.

Y quería preguntarle si la noche anterior había aclarado aquel «No sé qué me pasa con Sandie» o lo había complicado aún más, verbalizar un «¿Qué pasa con Samantha?», porque le quemaba por dentro, pero casi prefería convertirse en cenizas a que Elizabeth se lo planteara. ¿Y si después de todo lo que había sucedido entre ellas la veterinaria seguía ahí? ¿Y si por mucho que se esforzara nunca llegaba a conseguirlo?

Mil sonrisas blanco nuclear, de las impresionantes, mil baladas impecablemente ejecutadas sobre un escenario de bar de pueblo y tres mil o cuatro mil «Llevo colada por ti desde la primera vez que te vi en la redacción» pronunciados con el corazón en la puta mano.

¿Y si un millón de todo aquello no fuera suficiente?

¿Y si seguía eligiendo a Samantha una y otra vez?

Imposible, ¿verdad? Porque decir que las últimas horas lo habían cambiado todo se pasaría de ambicioso, pero algo habían cambiado seguro. Elizabeth salió del bar corriendo tras ella y de su exnovia no se había acordado en toda la noche, ya era al día siguiente y seguía allí, llevándole el desayuno a la cama y besándola de la forma más torpe en que lo habían hecho jamás. Con ganas y con vergüenza, seguro que con un poco de miedo también.

La vio sorber del vaso que sujetaba entre sus manos y ella la imitó, sin dejar de observarla y deseando hacer mucho más mientras sopesaba qué decir a continuación, porque para Elizabeth todo había sido inesperadamente bueno y, a lo mejor, también le interesaba saber su opinión.

–Lo de ayer fue... –No titubees, gilipollas–. Cuando te pedí que salieras conmigo no me imaginaba que fuera a ser tan... –Mierda, ¿había perdido la capacidad de finalizar las putas frases?–. Me lo pasé muy bien –terminó sintetizando y no le

quedó tan florido como le habría gustado.

¿«Me lo pasé muy bien»? ¿En serio, Sandie?

Desvalorizado y descolorido, es que no le hacía justicia y encima se la quitaba. Elizabeth asintió, con la vista fija en su vaso y pensándose el sonreír, y a ella le saltaron todas las alarmas de repente, porque eso de «Me lo pasé muy bien» su compañera podía aplicarlo únicamente a la última parte de la noche y, en aquel contexto, sonaba a un «Me encantó follar contigo» carente de matices. A aquella estúpida frase le sobraba reduccionismo y le faltaba todo lo demás. Lo más importante, joder.

–En la ermita –se apresuró en añadirlo, con demasiado ímpetu, tal vez.

Elizabeth la miró, abandonando rápida el escrutinio del envase de su desayuno, a lo mejor le había sorprendido aquel tono desesperadamente aclaratorio. A ella de nuevo le saltaron todas las alarmas, porque... ¿aquel vehemente «En la ermita» no podría ser interpretado como «Allí sí, pero después no tanto»? Y seguro que sí, así que le sonaba mejor el original, pero no podía rebobinar.

–Y aquí... –retocó de nuevo su obra maestra y seguía sin convencerla demasiado –. Aquí también me lo pasé muy...

Se planteó incluso pedirle «mátame ya», la eutanasia por compasión, pero Elizabeth sonrió de una forma devastadora y las ganas de vivir le volvieron todas de golpe. Sobre todo cuando la besó, por segunda vez en lo que llevaban de mañana y llevaban muy poco, su compañera también había visto la necesidad de callarla, pero lo de liquidarla debía de parecerle algo exagerado y exploraba opciones alternativas de lo más eficientes. Por lo menos lo aplicó durante un minuto entero y es que lo hacía jodidamente bien. Sabía a café y estaba caliente, se volvió húmedo en cuanto usó algo de lengua y a ella casi se le escapó un gemido al sentirla pidiendo acceso al interior de su boca a base de delicadas caricias sobre su labio inferior.

*Cooper, siempre igual de educada.*

Casi protestó cuando sintió cómo Elizabeth daba por finalizado el momento e intentó retomarlo de nuevo, pero la mano de la morena empujándola de forma suave por el hombro le fastidió el plan. Al mirarla se encontró con media sonrisa increíble en sus labios y se le contagió un poco el gesto, porque tenía la impresión de que habían avanzado cien casillas de golpe y, por el momento, no detectaba potenciales intenciones de retroceder.

–Tenemos que trabajar. –Elizabeth se lo recordó y menos mal, porque casi ni se acordaba de que había vida más allá del perímetro de aquella cama. Dio un sorbo a su café antes de contestar.

–El trabajo está sobrevalorado –lo dejó caer en tono despreocupado, rozando la indiferencia más absoluta.

–Claro, porque Torres pagaría tu parte del alquiler, ¿verdad?

–Seguramente no, pero mis padres me quieren demasiado como para dejarme vivir en la calle.



Le gustó que Elizabeth tuviera problemas para suprimir la sonrisa que intentó aflorar a sus labios ante su pretendido alarde de irresponsabilidad. Le habría gustado decirle «Dios, Cooper, no lo reprimas, porque estás jodidamente preciosa cuando sonríes», pero se conformó con disfrutar de las vistas. Eran bastante increíbles.

–Voy a casa de Karen y Rose –señaló, cediéndole la cámara de fotos antes de levantarse de la cama–. Y tú deberías meterte en la ducha –dijo depositando su vaso ya vacío en la papelera.

–Qué directa, nadie me lo había dicho nunca así de claro –bromeó. Elizabeth sonrió, mirándola y sin tapujos esta vez, y a ella el corazón le hizo un poco de *jogging* en el pecho–. Ducharse también está sobrevalorado.

–Después de lo de anoche creo que no mucho. –Un poco roja, sí, pero lo dijo de todos modos.

«Después de cómo follamos anoche», eso quería decir sin tener que decirlo tan claro y que era muy probable que tuviera encima más ADN del suyo que propio. Es que era verdad y recordarlo le hacía cosas muy sugerentes a la parte inferior de su anatomía y a la superior le ponía extremadamente nerviosa en el buen sentido. Elizabeth le sostuvo la mirada y le dio la sensación de que sopesaba algo, al fin se acercó de nuevo a la cama, se inclinó hacia ella apoyando una rodilla sobre el colchón y la besó. Un contacto fugaz, sí, pero le revolvió el cuerpo entero, porque al separarse le dijo «Nos vemos en la ermita» a media voz y en un tono que indicaba que quería verla de verdad. Ella le contestó con un «Hasta luego» un poco alucinado, la siguió con los ojos, con su azul cargado de incredulidad, y la vio desaparecer tras cerrar la puerta a su espalda. Se dejó caer sobre el colchón, sujetando el café con ambas manos con la base apoyada sobre su abdomen y observó las molduras del techo sin percibir las en realidad.

–Hostia puta, Davies –lo dijo en un susurro, pero como allí no había nadie más, aquel mínimo volumen fue suficiente.

Y como estaba sola, nadie pudo ver la sonrisa de imbécil integral que invadió la totalidad de sus facciones sin pedir permiso ni nada. Trató de terminarse el café en aquella postura completamente horizontal, se atragantó y no le importó.

Si la muerte se la llevaba aquel día aprovecharía para contarle que Elizabeth Cooper besaba de puta madre.

\*\*\*

Parecía que aún no había llegado su hora, de modo que se conformaría con contárselo a Jordan.

Se la encontró apoyada en uno de los laterales de aquella autocaravana, consultando su móvil y dando sorbos a un vaso de café para llevar. Su amiga debía de tener un sexto sentido, un ecolocalizador incorporado de serie o el sentido del oído significativamente más desarrollado que la media, porque en cuanto ella puso

un pie en la calle alzó la vista como si una alarma interna le hubiese dicho «Al loro, que ahí sale». Se guardó el móvil en el bolsillo y casi derramó su café por las prisas con que recortó la distancia que las separaba.

–Dime que mi sacrificio no ha sido en vano.

Un saludo un tanto extraño, pero Jordan era peculiar en general, así que conjuntaban bastante.

–¿Perdona? –y lo preguntó mientras se dirigía hacia el coche, sin decir «buenos días» ni nada. Entre amigas cortesías las justas.

–¿Pensabas que esa habitación de hotel para ti solita ha sido un regalo de Navidad anticipado? ¿Crees que al puto Papá Noel le importa una mierda tu vida sexual, Sandie? –inquirió mientras la seguía hasta el vehículo y se desvió hacia la puerta del copiloto.

–Esta noche no he tenido mucho tiempo para pensar –admitió con media sonrisa mientras desbloqueaba las puertas del coche y alzó las cejas al ritmo del *beep-beep* de apertura.

Jordan sonrió de aquella forma pervertida que le salía tan bien y le dedicó un «Qué hija de puta» antes de abrir la puerta y acomodarse en el asiento. La imitó, colándose tras el volante, recordó eso que le había dicho como saludo: «Dime que mi sacrificio no ha sido en vano» y a ella solo le dio tiempo a preguntar «¿Qué sacrifi...?» antes de encontrarse con unas bragas prácticamente en su cara, así que modificó su interrogante.

–Pero ¿qué coño...? –le pegó un manotazo para que sacara de inmediato aquella ropa interior de su espacio personal.

–Por una amiga se hace lo que sea, Davies –sentenció con solemnidad escondiéndolas de nuevo en el bolsillo de su cazadora–. ¿No piensas arrancar?

–¿Jensen? Joder, Torres, ¿te has follado a Jensen? –casi fue una acusación disfrazada de pregunta. Y no, no tenía intenciones de arrancar todavía.

–Sí –Jordan lo confirmó, asintiendo lentamente con la cabeza antes de perder la mirada por la ventanilla, y ella iba a abrir la boca para alucinar verbalmente un poco más, pero su amiga habló de nuevo–. Bueno, no –rectificó su primera respuesta, como si hablara con la ventanilla–. Bueno... un poco –se decidió al fin mientras la miraba de nuevo.

–¿Cómo coño te follas a alguien «un poco», Torres? O te la has follado o no te la has follado –le dio a elegir las dos únicas opciones que contemplaba la lógica universal.

La castaña la observó sopesando sus alternativas antes de hablar de nuevo.

–Entonces sí –confirmó, asintió con la cabeza y volvió a perder la mirada por la ventanilla. Ella hizo amago de arrancar, porque necesitaba tiempo para procesar sus implicaciones, pero la escuchó a su lado–. Bueno... un poco.

–¡Por Cristo Bendito, Jordan! –exclamó girándose hacia su amiga.

–¡Un poco, Davies, joder! –contestó en el mismo tono, luego levantó las manos

en señal de calma y ella respiró hondo haciendo lo mismo—. Esa tal Patty es una jodida loca del vodka, ¿vale?

—Vale...

Correspondió a su interrogante y las dos usaban un tono mucho más civilizado.

—Bebimos bastante y Elizabeth se había ido detrás de ti y ninguna de las dos habíais vuelto, así que pensé que como la otra noche te jodí el plan era mi oportunidad de compensarte. Mi redención.

—Tu redención... —lo repitió como si no lo viera muy claro, la verdad.

—¡Mi puta redención, Sandie! Coito interrumpido una noche y a cambio: orgasmos con Cooper a la siguiente.

Ella la miró fijamente un instante, porque poder intercambiar orgasmos con Elizabeth aquella noche había sido una maravilla, pero no quería darle las gracias por algo así. ¡Se había tirado a Megan, por el amor de Dios!

Bueno... un poco.

—Continúa —le dio pie tras consultar nerviosa el reloj.

No quería perder ni un solo punto con la morena y la impuntualidad tendía a exasperarla de forma un pelín exagerada, de modo que arrancó el vehículo y puso rumbo a la ermita mientras Jordan pensaba sobre la necesaria explicación al «Bueno... un poco». Era vital que su amiga aclarara ese punto, porque aquello le sonaba a medio orgasmo y tirando a imposible.

—Patty se marchó sobre las doce y a los diez minutos Jensen se me insinúa. —Y lo dijo con la cara muy seria, pero ella casi se descojonó de la risa—. Me cago en la leche... —Su tono sonó mucho más indignado tras escuchar media carcajada torpemente suprimida por su parte—. ¡Te digo que Megan Jensen se me insinuó anoche, Davies! Se subió al escenario y cantó a las jodidas The Pointer Sisters — especificó el *modus operandi* de su compañera.

Tras escucharla se quedó seria y alzó una ceja.

—¿I'm so excited?<sup>3</sup>

—And I just can't hide it.<sup>4</sup>

—Hostia puta... —musitó mientras devolvía la vista a la carretera—. ¿Y te puso cachonda?

Lo preguntó esbozando media sonrisa, porque si Megan lo había iniciado, todo era mucho menos perverso.

—Con la primera nota —lo reconoció sin tapujos—. Me señalaba mientras cantaba, Sandie, y cuando volvió a la mesa se terminó mi copa y me dijo «¿Nos vamos?» y yo le dije «Eh... mmm... eh... sí, por favor». Tardamos casi media hora en llegar, porque cada dos pasos paraba para comerme la boca.

—Joder, se debió de beber el bar entero, Torres.

—Dios bendiga las bebidas de máxima graduación. Me follaría a su inventor, aunque fuera un hombre.

De aquel modo tan gráfico exaltó las bondades de aquellos licores.

–Improbable, pero... ¿te la follaste a ella? –insistió en aquel punto, porque le parecía de suma importancia.

–Nada más entrar en la caravana, Jensen me deja en ropa interior y más mojada que en mi puta vida, porque tiene que tener un jodido máster en *petting* o algo. Vamos a la cama, ella debajo, yo encima, prácticamente follándome su pierna como si fuera un perro de los salidos, te lo juro. Le quito la camisa y Jensen me toca por todas partes, así que necesito arrancarle el pantalón y hacerle de todo, porque ya sabes mi máxima de «las damas primero» –ensalzó su nobleza interior y ella sonrió asintiendo con la cabeza–. Pues «la dama» se durmió cuando me disponía a quitarle las jodidas bragas.

Jordan lo confesó como si fuera lo más doloroso que le había pasado jamás y ahí sí que se descojonó a gusto y sin intentar evitarlo ni nada, porque sabía que toda tentativa de contención sería en vano.

–Perdona, pero para que me quede claro... ¿Jensen se durmió mientras follabais?

–Se puso a roncar a las puertas del sexo oral más alucinante que le han hecho en la vida –reconoció su amiga mientras perdía la mirada por la ventanilla. Parecía realmente afectada–. Fue como morir un poco por dentro –lo añadió a media voz y empapado de dramatismo. Tras una pausa de pocos segundos, volvió a mirarla para finalizar su historia–. Subí a la litera de arriba a hacerme de todo yo sola, Davies, no he estado más cachonda en los días de mi vida.

–Bueno... nadie conoce tu cuerpo mejor que tú. –No trató de sonar como si quisiera consolarla, la situación se merecía alargar la burla un poco más–. ¿Crees que se hizo la dormida?

Así, con toda la mala leche del mundo, y suprimió una sonrisa cuando Jordan se giró rápida hacia ella.

–No digas gilipolleces –la cortó y volvió a mirar por la ventanilla como si nada, pero con la semilla de la duda germinando en su interior–. Vale, ¿por qué iba a hacerse la dormida?

–No lo sé... ¿crees que le estaba gustando? –preguntó, la miró fugazmente y se le escapó una sonrisa al ver la expresión de su cara, protestó riendo cuando Jordan le pegó un manotazo en el brazo.

–Que te follen, Davies –masculló y fingía estar molesta, pero pudo escuchar una nota divertida en su voz.

–¿Y las bragas? –Cayó en la cuenta de pronto–. Si no llegaste a quitárselas, ¿cómo es que las tienes ahora mismo en tu bolsillo?

–Las he cogido cuando se ha metido en la ducha –confesó como si nada–. Me pone cachonda su cara de mala hostia.

–Pues te habrás corrido con la que ha puesto –aventuró mientras se acercaban a las inmediaciones de la ermita.

–Lo haré cuando la vea. Seguía en la ducha cuando nos hemos marchado.

–Joder, Torres. Te va a matar.

La realidad de aquella amenaza no pareció afectar mucho a su amiga y la encajó con mucha profesionalidad, sin perder esa sonrisa de imbécil que se le pintaba a veces en la cara, de las despreocupadas, decía: «Que vengan, que tengo para todas», y ella se rio mientras estacionaba el vehículo en uno de los laterales de la ermita. Vio de reojo aquel muro de piedra y se le removió el interior al completo, porque la luz de la luna le quedaba de puta madre la noche anterior y quien tuvo retuvo y Elizabeth le había dicho «Esta vez no tengo excusas» sentada sobre aquellas mismas piedras. La forma en que se habían besado, joder.

El lugar estaba lleno de gente, pero el contenido más importante seguían siendo ellas y casi ni había sacado las llaves del contacto cuando la localizó unos cuantos metros a la derecha, hablando con un par de los familiares de las protagonistas del día. A lo mejor se quedó ligeramente enganchada a la imagen, porque Jordan llamó su atención haciendo referencia a ella.

–Cooper te hace ser jodidamente evidente –la escuchó a su lado y la miró sin nada que decir, porque todo estaba bastante claro–. Siento haberla cagado ayer con la tal Samantha.

–Olvídalo, Torres –le quitó importancia apoyando la cabeza contra el respaldo de su asiento y devolvió la vista a Elizabeth. Al final casi le había venido bien que su amiga fuera tan bocazas.

–¿Y qué pasa con ella?

–¿A qué te refieres? –duplicó el interrogante y Jordan miró a Elizabeth fugazmente antes de contestar.

–A que después de lo de ayer seguro que Logan es historia y Cooper tiene acceso ilimitado.

A ella le había parecido igual de sencillo la tarde anterior, pero los últimos acontecimientos se lo habían pintado bastante diferente.

–Se vino conmigo anoche –señaló y no quiso añadir nada acerca del contenido de su «cita», porque a Jordan seguro que todo le parecería una ridiculez.

–Logan se fue detrás de Samantha y todo el mundo sabe que follas de puta madre –indicó observándola.

–No tuvo nada que ver con eso –lo negó sin darse tiempo para sopesarlo siquiera, a lo mejor porque el oírsele decir tan a las claras le había reverberado por dentro.

Jordan le dedicó una última mirada antes de desviar la vista a Elizabeth de nuevo.

–Sandie, es la primera vez que te veo mirar a una chica así desde lo de Jess –confesó a media voz y se le tensó la mandíbula al escucharla, pero no dijo nada–. No quiero que te hagan daño.

–No te preocupes tanto –lo dijo justo antes de salir del coche y dejarla con la palabra en la boca.

Una retirada en toda regla, porque no estaba preparada para tratar material

sensible y su vulnerabilidad parecía ser evidente. «No quiero que te hagan daño» y ella tampoco quería, la verdad, pero con Elizabeth nadie le había preguntado si le apetecía correr el riesgo. A lo mejor con las importantes era siempre así: increíble y poco consensuado. Jodidamente aterrador, porque sabía que la morena le gustaba desde hacía mucho tiempo, pero la noche anterior habían ido más allá y había perdido el control a lo bestia, olvidando sus precauciones para poder pensar cosas como «Pudiendo tener esto hoy, ¿en realidad importa lo que vaya a pasar mañana?». Y, en realidad, le importaba más bien poco cuando Elizabeth la miraba así.

–Solo digo que vayas con cuidado, Davies. Lleva cuatro años colada por su ex. – Jordan había abandonado el coche y se puso a su altura, parlotando a su lado mientras ella preparaba la cámara de fotos–. Seguro que ni siquiera habría follado contigo si Megan no le hubiera insistido tanto.

–Repite eso –demandó y su Nikon quedó en segundo plano.

–Jensen dijo ayer que la animó a acostarse contigo para que se olvidara de Samantha. Y se lo habrá pasado de puta madre follando contigo, Davies, pero lo de superar a su ex me parece más complicado. Así que ve despacio, ¿quieres?

Sonó mitad a consejo, mitad a súplica y ella devolvió la vista a su cámara de fotos.

\*\*\*

A lo de «Seguro que ni siquiera habría follado contigo si Megan no le hubiera insistido tanto» le dio un par de vueltas antes de cansarse mientras documentaba la ceremonia de renovación de votos de Karen y Rose. Disparó la cámara una y otra vez, hasta llegar a la conclusión de que, en realidad, no importaba qué había empujado a Elizabeth a decirle «Quiero que me folles» la noche del *Girls Just Want to Have Fun*. Megan, el alcohol o su increíble atractivo físico, el despecho fruto del amargo «Se llama Logan» o las ganas de olvidar, en el fondo daba lo mismo, lo realmente importante era lo que había sucedido después, al final de aquella larga cadena de infortunios. Porque seguro que Jensen ya no insistía para que Elizabeth le sonriera así.

Se habían pasado la ceremonia entera intercambiando miradas furtivas, de las interesantes, de las de «no me importa tener cara de idiota porque la tuya es parecida». ¿Harían lo mismo el lunes en la redacción? ¿Cómo iban a ser las cosas de vuelta en Nueva York? Demasiado bagaje y unos cuantos antecedentes con los que romper moldes, porque la mujer biónica y la fantasía sexual de la revista regresaban un poco cambiadas de su viaje a Fall River. A Debbie Morris no iba a hacerle ni pizca de gracia, desde luego.

Sacó las últimas fotografías al interior de la ermita tras finalizar la ceremonia y salió en busca de Elizabeth con el corazón acelerado bailándole en el pecho e intenciones de pedirle «Sal conmigo esta noche» por segunda vez en lo que iba de

semana. Al día siguiente regresaban a Nueva York y, antes de despedirse de Fall River, quería llevarla a aquel puente, besarla como no la habían besado en la puta vida, con mucho más sentimiento, y que olvidara que Samantha y Logan lo utilizaban como escenario para sus pedidas matrimoniales.

Un nuevo recuerdo bueno sin sabor a alcohol.

A pesar de que la discreta ceremonia había terminado hacía un rato, aún quedaba mucha gente en los alrededores del recinto. Grupos rezagados que hablaban animadamente sobre el césped, porque era sábado y no tenían mucha prisa ni demasiadas cosas que hacer. Ella, por el contrario, tenía unas cuantas en mente, pero necesitaba encontrar a Elizabeth primero para poder llevar a cabo todas las demás. La había visto por última vez haría unos diez minutos, justo cuando los invitados comenzaron a abandonar el interior de la ermita. No fue fácil localizarla entre el gentío, pero cuando tras un rato de búsqueda visual la encontró, deseó que hubiese sido un poco más difícil, la verdad.

Estaba apoyada de lado en uno de los laterales del edificio y cara a cara con Samantha. Un par de cohetes estallaron en la lejanía y, como si lo hubiera ensayado mil veces antes, Elizabeth la tomó de la mano en perfecta sincronía acústico-práctica y a ella se le revolvió el cuerpo entero de una forma intensamente desagradable. Un «despierta, Davies, que has bajado la guardia demasiado rápido y tu puta pesadilla se está haciendo realidad»: es que había mil maneras diferentes de perder a alguien si tenías a alguien a quien perder, «Lleva cuatro años colada por su ex» era una de ellas y encima hacían buena pareja y todo.

Las miraba a las dos con cara de gilipollas descorazonada, seguro, una mera espectadora de la película que Elizabeth quería desde el principio, lo suyo habían sido un par de tráileres para ir calentando la sala. Y se había dejado llevar, alejándose y acercándose según sus normas: «Ahora quiero a Samantha» y «ahora quiero que me folles», «ahora estoy enamorada de ella» y «ahora simplemente cállate».

«Esta vez no tengo excusas».

Ni falta que le hacían, porque ella le había dejado hacer lo que le diera la gana y sin pedirle explicaciones, completamente atontada por aquella sonrisa inédita que creía que significaba algo más. Estúpidas expectativas, Elizabeth salió corriendo tras ella la noche anterior y le había llevado el desayuno a la cama, había tocado varias cuerdas de las que tenía bajo llave, acariciándola por fuera y por dentro, y a ella no se le había ocurrido protestar. Aquella semana en Fall River, Kansas, iba a ser un recuerdo bueno cojonudo para la morena.

«Logan se fue detrás de Samantha y todo el mundo sabe que follas de puta madre».

Sexo increíble con Sandie Davies tras cuatro años de sequía, una buena forma de pasar el tiempo y, aunque para la morena aquello hubiera significado algo más, su diosa griega le compensaba el dejarlo pasar. La jodida Samantha lo compensaba

todo una y otra vez, y Elizabeth se dejaba compensar, siguiendo sus estúpidos planes y alisando arrugas. Un final feliz para el puto Plan B y a ella le tocaba decir «De nada, Liz, ha sido un placer», aunque no lo hubiera sido tanto, y recordar que eso de «Mantenlo simple, Davies» servía para algo.

A veces arriesgarse no merecía la pena.

–¡Sandie, ven y trae la cámara! Hay dos ardillas follando en aquellos árboles de allí –la emocionada voz de Jordan le ayudó a dejar de mirarlas a ellas–. ¿Qué pasa? –Su amiga frunció el ceño nada más verle la cara y se olvidó de sus tendencias zoofílicas de golpe, porque su gesto debía de ser la hostia de expresivo–. Mierda, Davies –musitó al localizar a Elizabeth y a su ex.

–Vámonos –lo dijo dándose media vuelta, porque ya había visto bastante.

–Sandie...

Echó a caminar hacia el coche y no le importó demasiado si Jordan la seguía o si prefería quedarse allí disfrutando del espectáculo. Respiró hondo y tensó la mandíbula, desde el principio supo que era aquello lo que iba a pasar si bajaba la guardia, así que no quería seguir con la yugular al descubierto ni un segundo más. No iba a hacer un drama de aquel tema, de todas formas se estaba mejor dentro de su disfraz.

Un par de polvos en Fall River, Kansas, no daban para tanto.



---

3. ¿Estoy tan excitada?

4. Y no puedo disimularlo.

## La retirada

Obsoleto y pasado de moda.

Su Plan B se había quedado anticuado en apenas doce horas y no le extrañaba demasiado, porque llevaba perdiendo puntos prácticamente la semana entera. Es que lo vivido con Sandie las últimas horas había sido lo más inesperado que le había pasado jamás, sorprendente e intensamente íntimo a muchos niveles. Nadie antes la había mirado de la forma en que la rubia se pasó observándola la noche entera y si seguía pensando en Samantha después de aquello era por inercia y fruto de la costumbre. La tarde anterior actuó por impulso casi por primera vez en su vida, sin saber dónde la llevaría el salir corriendo de aquel bar en la dirección equivocada y, al final, la había acercado aún más a Sandie.

La noche del *Girls Just Want to Have Fun* el sexo con ella fue increíble, pero esta vez había implicado mucho más que unos cuantos gemidos y un par de orgasmos. «Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción», el momento que le paralizó el cuerpo entero, porque sonó demasiado sincero y por su manera de mirarla, después le dijo algo así como «olvidate de tus planes, que yo tengo uno mejor» y lo complementó con un beso que le hizo temblar por dentro. Por fuera un poco seguramente también.

Nunca había sido una sabandija, Lilly era su sobrina y ella una imbécil integral por no haberse dado cuenta antes. Aquella noche con Sandie Davies había merecido la pena y el viaje a Fall River también, debería darle las gracias por presentarse voluntaria para acompañarla. Seis días y su perspectiva era completamente diferente, sobre todo tras haber compartido con ella aquellas diez preguntas y millones de besos húmedos, tras conocerla en profundidad deshaciendo la cama entre jadeos de «Nunca pensé que pudiera ser así»; le había dicho «Así no he besado a ninguna» y tenía que creerla, porque aquellos besos estaban hechos a su medida. Si le preguntaba, seguro que le diría que tampoco había tocado de esa manera a nadie antes y ella se lo creería por la misma razón.

Lo último que vio antes de que se le cerrasen los ojos fue ese azul increíble enmarcando su mirada, extraordinariamente cómoda bajo aquellas sábanas y con su interior convertido en gelatina caliente. Esa noche había dormido mejor que en mucho tiempo, tal vez porque con Sandie se había cansado de una manera maravillosamente agotadora y sentir su respiración tan cerca la ayudaba a relajarse.

Megan y el resto de la redacción decían cosas como «menudo polvazo tiene» y mantenían apasionados debates acerca de las bondades de su anatomía, eran expertas en la forma en que la ropa se adhería a cada una de sus curvas, pero no se daban cuenta de que aquello era solo la superficie, que debajo había mucho más. No sabían que Sandie besaba acariciándote el alma cada vez, que sus ojos eran aún más increíbles cuando te miraban de verdad, y se perdían su sonrisa nerviosa por no estudiarla más de cerca. Veían la portada y les volvía locas, pero no tenían ni idea de que el contenido era aún mejor.

Aquella mañana al despertarse no había visto junto a ella a la terrorista del amor más buscada de los cincuenta estados de Norteamérica, se encontró a Sandie profundamente dormida a su lado; acariciarle la cara le salió solo y su tacto le encogió un poquito el corazón en el pecho, porque le recordó la forma en la que se había dejado tocar la noche anterior. Ahora que había echado un vistazo a su interior, le parecía aún más guapa por fuera y se quedó enganchada a la tranquilidad que emanaba de sus facciones, con su respiración rítmica y profunda como música de fondo. Se estaba realmente bien allí y no tenía ganas de levantarse, no sabía decir cuánto tiempo pasó de ese modo, paseando su mirada por Sandie, abstraída en cada curva y atenta, muy atenta. La besó antes de abandonar la cama, apenas un ligero roce sobre sus labios, suave y cuidadoso, porque no quería despertarla.

Cuando regresó a la habitación con el café favorito de la rubia en la mano, lo hizo con su interior en plena ebullición y casi desbordada emocionalmente, porque al recuperar su cámara del asiento trasero del coche, quiso echarle un vistazo a la foto que le hizo Sandie en la ermita. La había observado unos segundos, con media sonrisa asomada a los labios, y después su faceta profesional la impulsó a supervisar las instantáneas que su compañera había ido realizando a lo largo de la semana como candidatas para ilustrar el artículo y se encontró fotos suyas. Robados perfectos, realizados cuando no estaba mirando, sus implicaciones le removieron algo por dentro y en cuanto entró en la habitación, lo hizo con unas ganas enormes de besarla y preguntarle «¿Desde cuándo?», aunque ya lo sabía.

«Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción».

Se habían pasado la ceremonia entera compartiendo miradas de las que te hacen replantearte la vida, porque algo había cambiado y de repente quería ver su sonrisa impertinente a todas horas y de seguido, mirarla de reojo en la redacción y aceptar que la llevara en coche a casa después del trabajo, porque sus tarifas ya no le parecían tan desorbitadas. «Cubro en amor: un beso el viaje». Después de aquel «Sal conmigo esta noche», su Plan B se le antojaba absurdamente racional y mecánico, lo había seguido a ciegas sin plantearse que pudiera existir nada más allá de su obsesiva necesidad de recuperar a Samantha. Un pensamiento un tanto rígido e inamovible y es que flexibilizar a ella siempre le había costado bastante, pero Sandie Davies era una experta en la materia y la había ayudado a expandir horizontes. La

había animado a improvisar a base de sexo fortuito que se convierte en mucho más y besos robados sin su permiso, inundando la semana de momentos no planeados cargados de la intensidad emocional más extraordinaria que había sentido en la vida.

Sandie le dedicó una última sonrisa a distancia, desde el lado opuesto del interior de aquella ermita y por encima de los invitados, que empezaban a abandonarla, porque la ceremonia acababa de finalizar. Le devolvió el gesto y salió con su cuerpo burbujeando con inusitada intensidad, el sol la cegó momentáneamente en contraste bastante evidente con la iluminación y temperatura del interior de la construcción, un cambio cálido y metafórico. Como la culminación de una metamorfosis que llevaba gestándose la semana entera y una nueva forma de interpretar la cita estrella de su artículo:

«Te das cuenta de que estás con la persona adecuada cuando sabes que todas esas otras cosas nuevas y emocionantes están ahí fuera, pero no te interesa salir a por ellas».

Porque, de repente, a ella le interesaban esas otras cosas nuevas y emocionantes, todas condensadas en Sandie y su forma de mirarla, la facilidad con que le aceleraba las pulsaciones tocándola de mil maneras diferentes cada vez. Había salido corriendo de aquel bar para ir tras ellas, así que a lo mejor Samantha no era la persona adecuada, tal vez no lo había sido nunca o lo fue durante cinco años y después simplemente dejó de serlo. ¿Por qué tendría que ser más complicado que eso? ¿Y por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta de que podía ser así de sencillo? Cuatro años echando de menos aquel puente sobre un río, cuando la solución a todos sus problemas era una ermita desierta bajo la luz de la luna y descubrirse a sí misma dejándose llevar, porque Elizabeth Cooper debía de estar en algún sitio, sepultada bajo el peso de todos aquellos planes con los que pretendía simplificarse la vida.

Dio dos pasos al frente de su «nuevo yo» y la vio apoyada en una de las paredes de la ermita, con la mirada perdida en el paisaje, pero esperándola a ella, seguro. «No fue nuestro momento, Liz». Desde su nueva perspectiva no dolía tanto, porque aquello precisamente era lo que le daba la oportunidad de que lo fuera con otra persona, aunque le había costado bastante pillarlo y no lo habría hecho sin la ayuda de aquella sonrisa impertinente. Entremezcladas con sus «¿Qué tal, preciosa?» y sus interminables fanfarronerías, Sandie decía cosas como: «Siempre está oscuro antes de amanecer y siempre acaba amaneciendo».

Al final Elizabeth Cooper había caído como todas las demás y eso que siempre había pensado que era más inteligente que la media, a lo mejor el cociente intelectual no tenía mucho peso por esos lares y el «Me enamoré de ella mientras te quería a ti» se había repetido cuatro años después en sentido inverso. En vez de Logan se llamaba Sandie y las mariposas le revoloteaban en el estómago a ella.

Se acercó a su exnovia de una manera diferente a todas las anteriores e

innovando objetivos, Samantha la miró cuando ya estaba prácticamente a su lado y, a pesar de su nueva actitud, se le descompensaron los latidos, porque a veces las cosas no son fáciles por mucho que uno se empeñe en renovarse. Inspiró profundo mientras recortaba los dos últimos metros y se detuvo junto a ella, intentó sostenerle la mirada, pero al final ambas terminaron admirando el paisaje. Se le había olvidado qué decir y por eso esperó a que Samantha hablara primero.

–Le agobiaba la idea de casarse. ¿Debería servirme? –preguntó a media voz con los brazos cruzados–. Pensó que nunca más iba a estar con otras chicas y se olvidó de que solo quiere estar conmigo –añadió casi en un susurro, seguramente intentando que no se le rompiera la voz–. ¿Es una gilipollez o una justificación brillante? Porque me encantaría que fuera lo segundo.

Vio de reojo cómo se secaba las mejillas con el dorso de las manos y le costó un poco tragar. Era lo que había esperado desde el principio y a lo mejor necesitaba tenerlo frente a sus narices para darse cuenta de que en realidad no lo quería.

–Puede ser lo que tú quieras que sea, Sam –dijo apoyándose de espaldas contra la pared.

–¿Así de fácil? –lo preguntó tras sorberse la nariz y mirándola con el amago de sonrisa más triste del mundo.

–O así de difícil. –Le devolvió el gesto y su exnovia desvió los ojos al paisaje.

–¿Cuál es la excusa de Sandie?

Habló tras unos segundos de silencio y le pilló por sorpresa, porque casi había olvidado que a ojos de Samantha la rubia era una adúltera, igualita a Logan.

Una gran pregunta, sí, señor. Ella se escondía del resto del mundo para evitar daños innecesarios y se había pasado cuatro años persiguiendo un reflejo del pasado porque le aterrorizaba iniciar algo nuevo y desconfiaba de lo desconocido. Se estaba demasiado bien en su zona de confort como para abandonarla por voluntad propia y Sandie casi la había tenido que sacar a rastras, tentándola con la forma en que le hacía sentir. ¿De qué se escondía la rubia? ¿Qué la impulsaba a pasearse por la vida diciendo cosas como «hay que atacar mientras aún están en el suelo»? Porque le daba la sensación de que la que estaba en el suelo era ella. Debía de hacer un calor horrible bajo aquel disfraz de sabandija asquerosa, y aun así insistía en llevarlo puesto.

–No lo sé.

–Si no hubieseis venido, estaría de los nervios porque me caso mañana.

–¿Lo habrías preferido? No saberlo.

–No, aunque dolía menos antes.

Mucho menos, desde luego. Se estaba mejor al otro lado del «Se llama Logan», la ignorancia anestesiaba y hacía más fácil seguir respirando, pero había que cruzarlo para seguir adelante, como una herida abierta que hay que limpiar, aunque duela, para que pueda curarse y cicatrizar sin infectarse. «Logan era una ella y no un él» había sido el agua oxigenada más eficaz de la historia de los antisépticos, sin ella

Samantha seguiría siendo su todo y Sandie Davies una despreciable libertina. Un ejemplo demoledor de cómo las apariencias engañan en un peligroso juego de espejos que reflejan solo lo que queremos ver.

–Supongo que a veces tiene que doler –aventuró tirando de experiencia.

–Liz... –Le tembló la voz y al mirarla descubrió sus ojos cristalinos–. ¿Crees que me lo merezco?

«Después de lo que te hice a ti», le faltó decirlo, pero lo escuchó igualmente y también captó un «Yo sí» escondido entre sus lágrimas. «Dime que no me odias, porque bastante lo hago yo misma» y es que todo había ido de eso desde el principio, mientras ella perseguía un «me equivoqué al elegir», Samantha buscaba un «lo entiendo» y sin esa semana no habría estado preparada para decirlo sin mentir. Porque su exnovia no había elegido a Logan hacía cuatro años, al igual que ella no tuvo opción al salir corriendo detrás de Sandie el día anterior. A veces las cosas pasan porque pasan y no hay que darle más vueltas, casi pudo escuchar la voz de la rubia diciendo eso de «Tengo una primicia para ti, Cooper. La vida no es justa». Buscar los porqués solo hace que duela más.

Negó suavemente con la cabeza antes de verbalizarlo.

–Sé que no te lo mereces, Sam –aseguró convencida, volviéndose hacia ella para poder mirarla frente a frente.

–La quiero –lo susurró como si fuera a dolerle el doble decirlo más alto.

–Lo sé.

De eso estaba segura, porque si Samantha no la quisiera de verdad, todo habría sido muy diferente entre ellas.

Su exnovia levantó la vista para reflejarse en sus ojos y esbozó media sonrisa, era de las de «siempre lo sabes todo» y le sonaba muy familiar.

–Tú siempre lo sabes todo. –Y fue su turno para sonreír–. ¿Qué debería hacer ahora? Todo está listo para mañana. –Se le rompió un poco la voz y se golpeó con suavidad la parte posterior de la cabeza contra la pared de piedra.

–La que tienes que estar lista eres tú. Lista y segura, solo quieres casarte una vez –se lo recordó y Samantha asintió entre lágrimas y ahogando un sollozo–. Si no quieres tener que repetir, asegúrate de que es la chica adecuada.

–Lo era. Joder, estaba tan estúpidamente segura de que lo era... –se lamentó mientras levantaba su mirada al firmamento–. ¿Cómo va a seguir siéndolo después de esto?

Lo preguntó en general y seguro que en plan retórico, pero ella se sentía generosa verbalmente.

–A lo mejor no lo es –señaló y, cuando Samantha la miró, desvió la vista al frente –. O a lo mejor encontraréis la manera de que vuelva a serlo.

–No sé cómo. Todo parecía ser perfecto con ella –reconoció con la voz rota por dos o tres sitios.

Una victoria cuestionable y su Plan B ejecutado justo hasta la mitad, su exnovia

no iba a decirle «Me equivoqué al elegir», quizá porque ni eligió ni se equivocó, y de todas formas ella ya no necesitaba escucharlo. El único motivo de su regreso a Fall River se estaba desintegrando justo delante de sus narices, convertido en excusa, en mera distracción que había empañado lo verdaderamente importante por el camino, un trayecto repleto de dolorosas revelaciones que le había permitido descubrir a Sandie en paralelo y casi sin darse cuenta. No se lo había visto venir, pero es que de haberlo hecho lo habría esquivado con mil evasivas y justificándose hasta el extremo, así que era mejor así. Mucho mejor, porque no podría haber sido de otra manera.

–Si no puede volver a ser perfecto con ella, podrá serlo con otra.

Psicología positiva en forma de «Me encantaría verte cantar en un karaoke, Liz» y una semana que le había puesto del revés todas sus perspectivas, de repente, el final de algo ya no era un drama, solo el principio de lo siguiente. Una premisa ridículamente simple, pero difícil de ver sin estar preparado, algo así como: «Tienes que escalar la montaña entera para poder contemplar lo que hay al otro lado», porque por mucho que te lo describan los que ya están arriba hasta que no llegues a la cima solo vas a ver piedras. Y Samantha acababa de comenzar aquel ascenso, así que no insistió más y aprovechó el momento para concluir el suyo, una especie de punto final simbólico ya que le gustaban tanto las metáforas.

Un par de cohetes de los potentes estallaron en la lejanía y a ella le sonaron a «adelante, Elizabeth, hazlo», así que lo hizo. Sacó del bolsillo su fotografía, aquella que la había acompañado prácticamente cada una de las noches de los cuatro últimos años, se la sabía de memoria de tanto mirarla y había llegado el momento de empezar a olvidar. Aquel «Samantha y Elizabeth. Fall River» tenía que quedarse allí.

Tomó a su exnovia de la mano y colocó la instantánea sobre su palma abierta, adentrándose en su propia catarsis emocional a través de aquella representación figurada, un adiós a todo lo que la había mantenido enganchada a «ellas» a pesar de la distancia.

–¿Y esto? –La veterinaria la miró a ella tras observar la fotografía.

–No es fácil pasar página –rescató su conversación del día anterior en el bar.

–Sobre todo de los capítulos importantes.

–Este podría ser el final del nuestro.

Samantha respiró hondo, esbozó una sonrisa de las tristes y asintió con una suave sacudida de cabeza, seguro que su escenografía había hecho diana en alguno de sus puntos sensibles. «Pasara lo que pasase, lo entiendo y dejémoslo aquí» con un «tranquila, nunca te he odiado» implícito en el tono.

–¿Y cómo empieza el siguiente? –La veterinaria lo preguntó jugueteando con la fotografía.

–Como tú quieras.

Es que era tan simple que casi le daba vergüenza no haberlo descubierto antes,

que cada uno elige hacia dónde mirar. Que fuera Logan o alguien nuevo, seguir enganchada a Samantha o darse una oportunidad con Sandie.

Un «¿Dónde demonios está?» exclamado a su espalda puso un abrupto punto final a aquella ceremonia de purificación emocional, no le importó mucho, porque casi había acabado de todas formas y Megan le había despertado la curiosidad toda de golpe. Al llegar a su lado, la cara de mala leche de la morena la intrigó un poquito más.

–¿Dónde demonios está Jordan? –exigió una respuesta como si ella estuviera obligada a saberlo.

–¿Desde cuándo te interesa tanto el paradero de Torres?

–¡Desde que...! –La morena se detuvo a media frase, tensó la mandíbula en un ejercicio supremo de autocontrol y miró a Samantha como si le sobrara en la ecuación.

La veterinaria cambió de pie el peso de su cuerpo y carraspeó, guardó la fotografía en el bolsillo de la chaqueta y, por unos segundos, pareció buscar la frase indicada antes de hablar, como si solo una en concreto sirviera para terminar con aquel momento cargado de simbolismo. No debió de encontrarla y se decidió por la segunda mejor opción.

–Debería marcharme.

Antes de terminar de hablar ya lo estaba haciendo.

–Sam...

En cuanto la llamó se dio cuenta de que no tenía nada nuevo que decir, nada más allá de un sincero «espero que te vaya bien», pero le sabía a poco y le sonaba incompleto, inacabado como un círculo sin cerrar. Su exnovia le sonrió, un gesto de tintes amargos que le quitaba importancia a lo repentino de su despedida, casi pudo distinguir un «no todo tiene que ser perfecto, Liz» en su forma de mirarla y ella siempre había pensado que sí, pero a lo mejor llevaba toda la vida equivocada.

*Prueba y verás, tal vez no se acabe el mundo.*

Así que la dejó marchar, la despidió con un breve gesto de la mano y el corazón latiéndole raro en el pecho, con la sensación de que lo último que la anclaba a la seguridad de los últimos cuatro años se alejaba con paso ligero ermita abajo. Como si hubiera elegido y ya no fuera posible dar marcha atrás, Samantha la dejaba en un terreno desconocido que se moría por explorar.

–Mis bragas.

Con aquellas crípticas palabras Megan la devolvió a la realidad del momento y se volvió hacia ella con la absoluta seguridad de que no había oído bien.

–¿Perdona? –la invitó a repetirlo y esta vez tenía que estar más atenta.

–Torres me ha quitado las bragas.

Vaya. Lo había escuchado mucho mejor y seguía sonándole igual de mal.

–¿En el sentido figurado? –probó suerte sin perder la esperanza todavía.

–No.



Uf...

–¿En el sentido literal?

–¡En el sentido de que esa perversa tiene mis putas bragas, Elizabeth!

Exaltada, sí, y no era para menos, porque si un ser como Jordan Torres tuviera sus «putas» bragas, ella ya se habría muerto dos o tres veces de la vergüenza. Después recordó que, hasta hacía una semana, Sandie le parecía un ser igual de repulsivo y le desaparecieron los prejuicios todos de golpe, porque la rubia había tenido sus «putas» bragas en el sentido figurado y en el literal y ella se sentía más viva que nunca. Dejó a un lado su estrecha moral, dilatada a golpe de experiencia, y ató cabos en una secuencia lógica que empezaba por la ropa interior de Megan y finalizaba en que su amiga no había aparecido por la habitación del hotel en toda la noche.

–¿Te has trajinado a Jordan Torres? –lo preguntó bajando la voz y observándola casi sin pestañear mientras la morena apoyaba la espalda contra la pared de la ermita.

–¡Claro que no!

Lo dijo con tanto sentimiento que, por un momento, se lo creyó, pero justo cuando sus latidos retomaban su ritmo sístole-diástole normal, Megan soltó un bufido que sonó mitad a enfado mitad a angustia extrema y su pulso se alteró de nuevo.

–No lo sé –admitió ocultando la cara en la palma de las manos y antes de que ella pudiera cuestionar aquella afirmación tan poco consistente, la morena descubrió la mitad superior de su rostro, manteniendo la boca a cubierto, y la observó con inquietud manifiesta en la mirada–. Joder, Liz, creo que sí...

Se le frunció el ceño al escuchar aquella respuesta, inesperada e insuficiente, porque quedaba a medio camino entre el «sí» y el «no» y muy lejos de ser medianamente coherente. El verbo trajinar no se conjugaba bien con medias tintas.

–¿No estás segura? –preguntó apoyándose a su lado en la pared.

–Tu amiga Patty pidió mucho vodka.

–¿Y mi amiga Megan se lo bebió?

–Hasta la última gota, chupando el vaso y todo –lo confesó como si fuera lo más horrible que había hecho jamás–. Elizabeth...

Y por su tono en aquel «Elizabeth» supo que no, que chupar vasos en bares de pueblo no era lo más horrible que había hecho jamás, había algo peor y estaba a punto de confesarlo.

–¿Qué?

Le ofreció un pequeño empujoncito verbal con la respiración atascada en la garganta y preparándose para lo que fuera. Expectación en grado extremo, la anoxia sería su mejor aliada.

–Le canté The Pointer Sisters –lo dijo tan bajito que tuvo que esforzarse por entender aquel susurro.

–¿Tonight's the night...?

–... we're gonna make it happen...

Y le siguió el rollo parapetada tras sus manos de nuevo.

Santa Madre de Dios.

–¡Megan! –exclamó entre alarmada y secretamente divertida.

–¡Ya lo sé, Elizabeth! Ya lo sé –lo dijo en plan «no necesito sermones ahora mismo»–. Hicimos todo lo que se puede hacer con la ropa puesta de camino a su estúpida caravana y nada más entrar la dejé en ropa interior... –No sabía muy bien cómo la estaba mirando, pero Megan interrumpió su sórdida narración de golpe y porrazo–. No pongas esa cara, te recuerdo que tú te has follado a Sandie.

Y lo de «follar» le sonaba sucio y censurable, pero el escalofrío que la recorrió de arriba abajo al escucharlo debía de discrepar de aquella opinión, puesto que se paseó por la totalidad de su anatomía sin ninguna vergüenza y con muchas ganas, susurrando «fue alucinante y lo sabes» muy bajito al oído de cada una de sus terminaciones nerviosas.

–Al menos yo estoy segura de que me la... –Paró en mitad de la frase, porque pensaba que su «nueva yo» sería capaz de verbalizarlo, pero no–. Al menos yo estoy segura de que pasó. Tú «crees que sí».

¿Cómo demonios se «creía que sí» en una situación semejante? Porque ella no era precisamente una experta en erotismo en general ni en prácticas sexuales en particular, pero a lo básico llegaba y no saber si se había trajinado a alguien o no le parecía raro desde todo punto de vista. A lo mejor en el sexo tántrico...

–Creo que sí, porque estábamos a punto y lo último que recuerdo es a Torres quitándome los pantalones, pero esta mañana me he despertado en ropa interior.

Y podría decirle que a lo mejor Jordan se la había trajinado con la ropa puesta, pero incluso con Megan le daba vergüenza tratar temas de índole tan personal, de modo que decidió guiar la conversación por derroteros menos comprometidos, pero igualmente trascendentes.

–¿Tú querías?

–Anoche habría querido con cualquiera, Cooper. Sandie cantando en karaokes me dispara la testosterona.

Apartó la mirada porque, de repente, el escucharla hablar así de la rubia a ella le disparaba otras cosas. *Bienvenida a un mundo nuevo, señorita Cooper, esperamos que disfrute de su estancia.*

–¿Y qué quieres ahora? –retomó su investigación.

–¿Sinceramente, Elizabeth? Mis bragas. Ahora mismo quiero mis bragas –lo dijo con genuina impaciencia. Como si las necesitara ya–. Mis bragas y que desaparezca esto.

Se retiró ligeramente el cuello de la camiseta que vestía, acompañando sus últimas palabras con aquel movimiento y ella se tapó la boca con las manos al descubrir un chupetón de los impresionantes decorando la piel de su amiga.

–¿Te dolió? –preguntó observándolo más de cerca.

–Madre mía, Cooper, Sandie tiene tantas cosas que enseñarte aún...

Lo dijo en tono de burla y a ella le indignó un poco, la verdad, decidió en ese mismo momento que el resto de sus dudas las consultaría en Google.

–Debe de estar aquí, ha venido con Sandie –respondió a su pregunta original con la información de la que disponía.

–Pues acabo de recorrer la ermita entera y no he visto a ninguna de las dos.

Megan lo dijo paseando su mirada por los alrededores y ella la imitó.

–¿Has entrado dentro? Sandie se ha quedado haciendo unas fotos al interior, puede que esté con ella –sugirió echando a caminar hacia la entrada del edificio.

Oyó las pisadas de Megan a su espalda y casi tuvo que suprimir una sonrisa de las grandes y bastante auténtica, porque el haberse «presuntamente» trajinado a Jordan después de tantos «Sandie Davies es caca» debía de pesarle el doble.

–¿Qué ha pasado con Samantha? –curioseó la morena apresurándose en llegar a su lado-. ¿Ha cancelado la boda y ahora quiere que recuperéis el tiempo perdido?

Y precisamente aquel habría sido el desenlace perfecto del Plan B y lo de recuperar el tiempo perdido con su exnovia llevaba pidiéndolo antes de apagar cada vela los últimos cuatro cumpleaños. Su deseo de todas las noches de fin de año, y había dejado de serlo de repente, sin avisar, porque, al parecer, en los asuntos del corazón sobraban las formalidades y las cosas cambiaban sin necesidad de anunciarlo con antelación.

–Samantha está enamorada de Logan y nunca ha querido recuperar nada conmigo.

–¿Así de claro?

–Lleva estando así de claro cuatro años, pero no lo he visto hasta ahora.

Sintió cómo Megan la sujetaba por el brazo y la obligaba a parar justo frente a la puerta de entrada del edificio. Al mirarla supo lo que iba a decirle sin necesidad de que abriera la boca.

–Joder, ¿es por Sandie? –lo preguntó con un «no quiero que te hagan daño» pintado en la cara-. ¿Lo ves ahora por ella?

–En parte –tuvo que admitirlo, porque hasta desde lejos debía de ser evidente.

–Liz...

–Esta semana aquí con ella me ha ayudado a ver que hay otras cosas.

La cortó porque Megan estaba a punto de retomar la retahíla de «Sandie es caca», seguro.

–Y las hay, pero Davies no es de las más adecuadas. Canta de miedo y folla de puta madre, pero hasta ahí, Elizabeth.

Y era verdad que cantaba de miedo y lo otro... también, pero en el «hasta ahí» se equivocaba, porque había mucho más, ella lo había visto escondido en cada sílaba de aquel «Por favor, no salgas corriendo esta vez» y en su forma de mirarla, Sandie llevaba sosteniéndola la semana entera, sin dejarla caer, y había suavizado el

impacto de aquel demoledor «Se llama Logan» a base de bromas y besos robados, con estúpidos juegos bajo la luz de la luna.

–Megan –la frenó, y como sabía que convencerla era una misión imposible ni siquiera lo intentó–. Déjame decidir quién me quita las bragas a mí.

Creía que sonaría un poco más poético, pero escuchándolo en voz alta le pareció lo más ordinario que había dicho jamás. Una metáfora de mal gusto, pero tremendamente ilustrativa de su situación actual, porque Torres tenía la ropa interior de la morena y aquello le quitaba casi toda la credibilidad a su punto de vista.

–Eso ha sido un golpe bajo, los orgasmos te estimulan la mala leche –dijo su amiga y, sin más, desapareció en el interior de la ermita.

La siguió sin responder a su acusación, porque tenía entendido que los orgasmos estimulaban la producción de dopamina, adrenalina y oxitocina, pero su relación con la mala leche no la tenía tan clara y ella era cauta ante todo. Eso de hablar sin saber no era su estilo. Al entrar se encontraron el interior de la ermita desierto y Megan se giró hacia ella señalando a su alrededor con el movimiento de ambos brazos, dibujando en el aire un semicírculo perfecto, mímica precisa para un: «Aquí no hay nadie, genio, ¿y ahora qué?».

Vaya, menuda contrariedad, estaba casi segura al cien por cien de que al menos Sandie seguiría allí, sobre todo porque no estaba en ningún otro sitio, y no era muy probable que la rubia se hubiera marchado sin decirle nada, pero, solo por si acaso, regresó al exterior para asegurarse de que su coche de alquiler siguiera aparcado donde Jordan y ella lo habían dejado al llegar.

Y no, no estaba allí.

Extraño.

–Se han ido –lo dijo con un ligero toque de confusión en el tono–. El coche no está.

Y es que le costaba trabajo creer que después de haberse pasado la mañana entera dedicándose miradas embobadas y sonrisas tontas, Sandie se hubiera marchado sin tan siquiera avisarla. Megan se colocó a su lado y sintió cómo le apoyaba la mano en el hombro y se unía a ella en la contemplación de aquel espacio de estacionamiento vacío.

–Te lo dije. Esas dos se han largado con nuestras bragas, Cooper.

–Sandie no...

–Sandie sí. Y no eres la primera.

La contradijo con una seguridad exagerada desde todo punto de vista y ella decidió dejar de escucharla, porque en su voz no oía más que disonancias y sinsentidos, estaban por todas partes y no ayudaban a aclarar las cosas, así que centró todos sus procesos cognitivos en tratar de encontrar una explicación un poco más sólida que aquel «Sandie sí».

Porque Sandie no. Claro que no.

Recuperó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta con la intención de llamarla y el convencimiento absoluto de que todo aquello al final tendría su razón de ser, una justificación perfecta que las haría soltar un «Ah, claro» convencido y con mucho sentimiento, pero es que Patty acababa de mandarle un mensaje, adelantándose a los acontecimientos, y las pulsaciones se le dispararon de golpe al leerlo.

«No sé qué le has hecho, pero Sandie está aquí recogiendo a Cupido con cara de querer morir y dice que se va».

«Dice que se va».

¿Cómo que se iba? ¿A dónde? Y aún más importante... ¿por qué? Lo de la cara de querer morir tampoco le cuadraba demasiado y se le encogía el estómago ante el poco sentido que le encontraba a todo, la verdad. Era nueva en eso de la espontaneidad y aquel repentino «dice que se va» le sonaba exagerado para una principiante. Demasiado peso sobre sus hombros.

—¿Qué le has hecho? —escuchó la voz de Megan junto a su oído y cayó en la cuenta de que escudriñaba la pantalla del móvil por encima de su hombro.

Echó a caminar sin más y la morena la siguió repitiendo eso de «¿Qué le has hecho?» entre confundida y alucinada, porque su amiga había dado por sentado desde el principio que ella era la víctima en potencia de toda aquella historia y lo de que Sandie Davies tuviera cara de querer morir no debía de encajarle en ningún sitio a ella tampoco. Un drástico cambio de roles que le estaba costando bastante asumir.

—No le he hecho nada, todo estaba bien hasta hace diez minutos.

Y el desconcierto inicial empezaba a dejar paso a una sensación densa y caliente, su vieja conocida «la indignación», porque ella no estaba acostumbrada a aquel tipo de dramas injustificados y Sandie no tenía ningún derecho a ponerla en aquella posición así sin más. Las pulsaciones se le habían acelerado de golpe y porrazo e intentaba con todas sus fuerzas no escuchar mientras su interior al completo preguntaba: «¿Y si se va?» con demasiada insistencia.

—Pues hace diez minutos estabas haciendo manitas con tu ex —dijo la morena casi trotando a su lado mientras intentaba seguirle el ritmo.

—No estaba «haciendo manitas» con ella. Estaba cerrando su capítulo.

Lo aclaró, bastante molesta ante aquella acusación, por cierto.

—Supongo que por eso dicen lo de que «las apariencias engañan».

Megan lo dijo como si nada, como si aquellas tres palabras no fueran a alcanzarla de lleno jugueteando con su habilidad para seguir respirando con normalidad. Porque si Sandie las había visto en aquella tesitura, que «las apariencias» la hubieran engañado a ella era una posibilidad muy poco desdeñable. Si juntaba aquel vulnerable «Por favor, no salgas corriendo esta vez» con la forma en que la rubia fulminaba a Samantha con la mirada cada vez que la veía, la hipótesis de Megan cobraba fuerza y sumaba demasiados puntos hacia unas conclusiones que no le

venían para nada bien a aquella opresión que había empezado a ensañarse con su pecho hacía un rato. De la indignación ya casi ni se acordaba, porque si Sandie pensaba que al final había salido corriendo era más que justo aceptar que ella hiciera lo mismo en la dirección contraria. Llamó a la rubia y no le cogió el teléfono, así que probó suerte con Patty sin necesidad de pensar demasiado cuál debía ser el paso siguiente, últimamente la improvisación estaba al orden del día y necesitaba gritarle «retenla, por Dios», porque no podía dejar que Sandie se marchara así.

–No dejes que se vaya –a bocajarro y sin saludar, no había tiempo para formalidades.

–*Pues lo siento, pero acaba de hacerlo.* –Pensó que «menuda mierda» y a la vez que Sandie tendría que recoger cosas en el hotel, porque sus procesos mentales eran así de eficientes–. *Has fastidiado muchas cosas por Samantha, Liz, pero de verdad que creo que esta es la peor de todas, porque deberías haberle visto la cara.*

Cuatro años soñando con ella día y noche, desgastándole las facciones a su recuerdo, y de repente su exnovia le sobraba por todas partes. La originalidad de toda aquella historia no dejaba de sorprenderla a golpe de innovaciones inesperadas que desmontaban su organismo una y otra vez y, al organizarlo de nuevo, las piezas no terminaban de encajarle del todo. Por mucho que lo intentaba a cada segundo descubría un ensamblaje distinto, menos forzado y con mucho más sentido que el anterior. Con Samantha fuera del puzle había espacio para mucho más.

–Olvídate de Samantha, porque deberías verme la cara a mí ahora mismo.

Apretó el paso, enfadada con muchas cosas, pero sobre todo consigo misma, porque sabía perfectamente que la culpa de que su exnovia estuviera por todas partes era solo suya. Suya y de sus estúpidas tendencias obsesivas e inflexibles.

–*¿Acabas de decir «Olvídate de Samantha»? Confirma, porque estoy a punto de tener un microrgasmo* –dijo Patty al otro lado de la línea.

–Pues déjalo para luego y ayúdame a parar a Sandie.

Las experiencias sexuales de su mejor amiga no eran de su incumbencia y tenía otros objetivos en mente.

–*Eso está hecho. Voy hacia el hotel.*

Y, casi sin terminar de decirlo, Patty había colgado y ya estaría a mitad de camino. Qué efectividad de mujer, sabía que no la había elegido como mejor amiga por nada. ¿Megan? Megan era otro cantar, porque apenas podía seguirle el paso, refunfuñaba y se estaba convirtiendo en un lastre de muy poca utilidad que mascullaba «Davies no merece la pena» a cada paso mientras se sujetaba el costado. Mala noche o mala leche, porque en sus carreras por el parque los domingos por la mañana aguantaba mucho más, si intentaba retrasarla a propósito para darle margen a Sandie y su estúpida retirada, lo llevaba claro. No iba a importarle dejarla tirada e hiperventilando en mitad de una cuneta.

Apenas tardaron quince minutos en llegar a su hotel y, al descubrir a Patty

sentada en las escaleras de acceso al edificio, se le encogió el corazón en el pecho a la vez que lo sentía latir con fuerza en la garganta, un don de la ubicuidad bastante desagradable, porque su mejor amiga estaba sola y a Sandie no se la veía por ninguna parte. Se apresuró a llegar frente a ella, falta de aliento y con una tensión casi insoportable acampándole en la boca del estómago, la forma en la que Patty la miró respondió a su pregunta incluso antes de haberla formulado.

–¿Dónde está?

Lo dijo mirando a su alrededor una vez más, por si se le había pasado algo por alto, la caravana seguía aparcada en el mismo sitio en que la había visto por la mañana al abandonar el hotel, pero su coche de alquiler verde pistacho se encontraba desaparecido y aquel vacío automovilístico le estaba resultando bastante inquietante.

–Lo siento, Liz, he intentado retenerla, pero no ha querido escucharme.

–Pero nuestro vuelo sale mañana –dijo como si fuera una razón de peso para que lo que su amiga le estaba diciendo no tuviera ningún sentido.

–Van a ir en coche, Sandie ha dicho que necesitaba pensar, Jordan quería parar en un sitio cerca de Columbus donde sirven las hamburguesas más gigantescas de la costa este y llevan a Cupido en el asiento trasero –explicó los motivos de aquel repentino cambio de planes.

Soltó una maldición en voz baja, nada excesivamente fuerte, un «mierda», una palabrota de segunda, pero le salió bastante afectado mientras se apoyaba de espaldas contra la pared del hotel. Lo repitió una vez más en forma de susurro que seguro que solo escuchó ella.

–¿Qué le has dicho? ¿Le has dicho que se olvide de Samantha? –preguntó al ser asaltada por una intensa necesidad de saber qué podría estar pasándosele a Sandie por la cabeza mientras conducía hacia el ocaso de la última semana.

–Le he dicho que tenías que explicarle muchas cosas, que esperara cinco minutos –dijo su mejor amiga–. Si hubiese tenido un poco más de confianza con ella me habría colgado de su pierna antes de que se montara en el coche.

–¿Qué ha dicho? –quiso saber con la esperanza de poder sujetarse a algo hasta poder ver a la rubia de nuevo.

Patty apartó la vista al escuchar su pregunta y, al percatarse de ello, la tensión aumentó de golpe poniendo en alerta máxima a todo su sistema músculo-esquelético. Y de repente tenía frío por dentro.

–¿Qué ha dicho? –lo preguntó de nuevo con las pulsaciones disparadas, preparándola para un posible impacto emocional, de los importantes.

–¿Qué más da, Cooper? Haya dicho lo que haya dicho hablaba su cara de querer morir, no ella.

–¿Y qué ha dicho su cara de querer morir? –Perseverando, ya lo sabía, pero es que necesitaba saberlo de verdad.

Patty la observó en silencio por un par de segundos, después le dedicó una

mirada de las de «Pufff» a Megan antes de devolver su vista a ella y suspirar en señal de derrota. Le sonó a «tú lo has querido» con advertencia implícita en el tono y se tensó un poco más.

–Que no merece la pena –dijo por fin, y la miró como si temiera las posibles repercusiones de aquellas cinco palabras.

Trasmitir cosas como aquella no debía de ser agradable y, a un nivel irracional e inconsciente, su amiga le caía un poquito peor que hacía un momento. Se repitió dos o tres veces aquello de «No matar al mensajero», porque el separar al comunicante del comunicado le parecía importante en tales circunstancias.

«No merece la pena». Y Sandie podía estar refiriéndose a su situación en general o a ella en particular y a que sus pros no le compensaban los contras, como si el que pudiera elegir a Samantha tuviera el potencial de descolocarle la vida entera y darle la oportunidad la matara de miedo. Sin la capa protectora de aquellas deslumbrantes sonrisas derrochando confianza, Sandie Davies se veía diferente. A la luz de lo que había pasado entre ambas la noche anterior sus «nos vemos en tus sueños, preciosa» quedaban vacíos y carentes de significado.

Se sentó en las escaleras, en el mismo peldaño que Patty, cansada físicamente, pero a pleno rendimiento en el plano psíquico y emocional. Porque la rubia se había pasado la semana entera asombrándola con comentarios inesperadamente inteligentes del tipo «Siempre está oscuro antes del amanecer» y «La vida no es justa, Cooper»; la había sorprendido con el efecto Coolidge y con la vida secreta de las luciérnagas y de repente volvía a transformarse en una ameba retrasada y a decir gilipolleces de considerables dimensiones. Retrocedía a un estadio anterior para soltar estúpidos «No merece la pena», cuando la noche anterior se le había derretido entre los dedos.

Típico, típico. Es que era típico de Sandie Davies.

Elizabeth Cooper tenía razón y la rubia estaba equivocada, las tornas habían vuelto a girar, el equilibrio cósmico del universo de nuevo restablecido y todo tenía mucho más sentido así.

–Lo siento, Liz –escuchó la voz de Patty a su lado a la vez que Megan se agachaba frente a ella descansando las manos en sus muslos.

–Compraremos bragas nuevas, Cooper. –La morena contribuyó a animarla con un beso en una de sus rodillas.

–No quiero bragas nuevas –sentenció sorprendiéndolas con la vehemencia de su tono.

–Te conozco desde hace tres años y estoy familiarizada con tu tendencia a la cabezonería más extrema, pero te has despedido de Samantha, y Sandie se ha despedido de ti –dijo Megan como si le estuviera descubriendo el mundo entero–. Entiendo que sea difícil aceptar eso de «borrón y cuenta nueva», pero llevas cuatro años dirigiendo tu vida a base de estúpidos planes que no salen bien, te han traído hasta aquí, Elizabeth. Mírate...



Y se miró a sí misma, un poquito indignada por aquello de «estúpidos planes», la verdad, pero lo dejaría pasar, porque Megan sonaba genuinamente preocupada por su bienestar.

–Elizabeth, cariño, ¿qué necesitas ahora teniendo en cuenta que ninguno de esos planes te ha funcionado?

Y la miró como invitándola a responder sin ayuda, estimulando su faceta autodidacta, porque ella ya se sabía la respuesta, pero los estudios indicaban que el aprendizaje resulta mucho más eficaz cuando la encuentra uno mismo. Y seguro que la morena esperaba que dijera algo brillante como «flexibilizar y olvidarme de mi tendencia a planificarlo todo», una promesa en plan «va a ser difícil, pero lo intentaré» y un «gracias por abrirme los ojos». Y, en cierta manera, se los había abierto de verdad, así que le devolvió la mirada y le respondió de la única manera en que podía hacerlo.

–Necesito un nuevo plan.

–Cabezota, como un jodido burro persiguiendo una zanahoria –aportó Patty al escucharla.

Y podía ser. Pero ya se sabe lo que dicen: un burro siempre será un burro por mucho que intente convertirse en caballo semental. *Acepta tus limitaciones, Elizabeth*, porque su «nuevo yo» podría flexibilizar un poco, pero lo de cambiar de especie lo veía complicado, así que escogió la segunda mejor opción.

Cambiar de zanahoria.

## La vendedora de enciclopedias

Terminó de organizar su mesa por tercera vez, porque el nerviosismo aumentaba exponencialmente su necesidad intrínseca de controlar el entorno más inmediato, y fijó de nuevo la vista en la puerta de entrada mientras toqueteaba sus clips azules de forma distraída. Era lunes por la mañana y la oportunidad perfecta para ver a Sandie cara a cara tras su desbandada del sábado. Había llamado a la rubia unas cuarenta veces a intervalos regulares durante el fin de semana, pero la muy mema no había querido cogerle el teléfono. Percibió aquella reticencia desde el principio y siguió intentándolo igual, sin darse por vencida o perseverando, con lo que podría considerarse una tenacidad admirable o una inflexibilidad clínicamente significativa, dependiendo de por dónde se mirase.

Congeló todo movimiento y el corazón se le subió a la garganta al ver cómo se abría la puerta de la redacción, casi se levantó de la silla por impulso, pero aquel subidón de adrenalina abandonó su cuerpo de golpe en cuanto identificó a la recién llegada como Debbie Morris. La misma Debbie Morris que había duchado a Sandie con café la semana anterior. «No he conocido a nadie tan despreciable como tú, nunca», esa Debbie Morris, y cuando la oyó gritarle aquello a Sandie estuvo a punto de jalearla en plan «amén, hermana», porque no podría haber dicho más con menos y ella admiraba la capacidad de síntesis ante todo. A pesar de que seguía alabando el don de la concreción, su opinión en torno a aquel asunto de ojos azules y pelo rubio había variado de forma notable tras haberse pasado la semana entera documentándose mejor. La magia de la información de primera mano.

Ni un «Hola, Elizabeth», ni un «¿Qué tal te ha ido la semana?». Y nunca había sido muy popular en aquella redacción, eso era verdad, pero normalmente Debbie Morris al menos la saludaba, casi siempre con un escueto «Ey, Cooper», nada demasiado elaborado, lo justo para hacerle saber que reconocía su existencia. Aquella pobre despechada pasó por su lado dedicándole una mirada bastante intimidante, algo así como «te has pasado una semana entera con la chica de mis sueños, así que prepárate para pagarlo», un poco al estilo mafioso siciliano. La Cosa Nostra en la oficina. Y cayó en la cuenta entonces, una consecuencia lógica que no había contemplado hasta la fecha: «estar» con Sandie Davies en un contexto como aquel podría ser considerado deporte de riesgo.

Cinco minutos más alineando cuidadosamente sus utensilios de trabajo y de

nuevo su pulso se tornó arrítmico al oír cómo la puerta de entrada daba paso a otro miembro de la plantilla. Una nueva falsa alarma o Joanna, sonriente y antes de tiempo, porque raro era el día en que pisaba la redacción antes de las diez. Ella le dijo «Buenos días, Joanna» y su jefa le contestó con un enérgico «Cooper, a mi despacho», rebotante de impaciencia y evitando su mirada, pasó por al lado de la mesa a paso ligero y con un pañuelo de cuello rojo fucsia a medio colocar ondeando a sus espaldas.

Se hizo con la carpeta en cuyo interior se condensaba toda su actividad laboral de la última semana, la abrazó contra su pecho y siguió a su jefa con mucha prisa y con unas ganas gigantescas de preguntarle «¿No esperamos a Davies? Por cierto, ¿sabes dónde demonios está?» haciendo énfasis en el segundo interrogante, porque quería que lo respondiera primero. Cerró la puerta tras ella y Joanna ya estaba sentada en su butaca de cuero negro cuando se dirigió hacia una de las dos sillas que quedaban frente a ella, al otro lado del enorme escritorio. Se sentó y miró a su jefa, esbozando media sonrisa educada y en espera de que se iniciara la comunicación verbal.

–Cooper, ¿ves lágrimas de felicidad surcando mis mejillas? –fue lo primero que dijo y ella creía que no, pero la observó más detenidamente antes de contestar, porque Joanna parecía esperar una respuesta afirmativa.

–La verdad es que no –al final tuvo que decirlo, su relación con la sinceridad era así de estrecha.

–Es por el bótox, no me permite llorar. –Desestimó aquel detalle con la sacudida de una de sus manos–. Créeme, están ahí corriéndome el rímel como nunca se me había corrido antes.

Y a lo mejor era el posefecto de la semana pasada junto a Sandie, pero aquel «como nunca se me había corrido antes» se le antojó una de las cosas más sucias que había escuchado jamás y no se le ocurrió nada que contestar a tan oscura confesión. Contempló en silencio cómo Joanna se hacía con unos cuantos folios del montón que había dejado sobre la mesa nada más entrar.

–Te das cuenta de que estás con la persona adecuada cuando sabes que todas esas otras cosas nuevas y emocionantes están ahí fuera, pero no te interesa salir a por ellas –su jefa lo recitó, con mucho sentimiento y la voz afectada por la emoción que parecía generarle todo lo relacionado con aquel reportaje. Como si estuvieran a punto de ganar dos o tres Pulitzer simplemente con su publicación–. Artículo de portada para el próximo número, a la mierda Johansen y su «Las lesbianas de verdad tienen gato. Falsos mitos en torno a la homosexualidad femenina».

Se alegraba por ellas y lo sentía por Johansen, aunque no mucho, la verdad, porque la chica tenía tres felinos como mascotas y su armario lleno de camisas de cuadros, así que todo aquel asunto rebosaba hipocresía al por mayor. Pensar en camisas de cuadros le recordó lo bien que le quedaban a Sandie dichas prendas y, consecuentemente, se avivó su sensación de que faltaba uno de los vértices de

aquel triángulo jefa-empleadas. El más atractivo.

–Joanna, creo que deberíamos esperar a Sandie, seguro que a ella también le inte... –Su «resa» final quedó solapado por la despreocupada respuesta que le dio la mujer frente a ella.

–Tu coautora no viene hoy, me mandó su parte del artículo ayer por la tarde y se ha cogido vacaciones hasta el próximo lunes.

Así, como si nada, lo dijo con toda la tranquilidad del mundo mientras ojeaba con detenimiento las hojas que aún sostenía entre las manos y cuanto más grande se le hacía a Joanna aquella sonrisa libre de arrugas de cualquier tipo, más se le encogía a ella el corazón dentro del pecho. Eso de «vacaciones hasta el próximo lunes» le estaba deshidratando el interior al completo con inusitada eficacia y tenía la boca seca. Porque se había pasado el fin de semana anticipando el momento, casi agonizando por poder aclarar las cosas con ella de una vez y no le gustaba nada de nada cuando se le rompían los esquemas.

Vacaciones.

Hasta el próximo lunes.

Típico, típico. Es que era típico de Sandie Davies.

Salió del despacho de Joanna unos diez minutos después, extremadamente frustrada y buscando un hueco a aquel derroche de adrenalina que llevaba toda la mañana preparándola para un encuentro que, por lo visto, no iba a tener lugar. Tanta improvisación comenzaba a desestabilizar el precario equilibrio de su mundo emocional y la incertidumbre le atacaba al sistema nervioso, porque las cosas no se hacían así y a su alrededor se encontraba con muy poca seriedad. Depositó la carpeta de nuevo sobre la inmaculada superficie de su mesa y se dejó caer sobre la silla, atraída por su amiga la gravedad.

La gravedad y su fórmula predecible con maravillosas respuestas objetivas, masas y distancias y absoluta precisión, ya no se hacían cosas como aquella. Se percató de que uno de sus clips azules casi rozaba los amarillos, la gota que colmó el vaso, porque ella no podía vivir ni un minuto más entre tanto caos. Cerró los ojos y respiró profundo, como en sus clases de meditación zen, ser conscientes del entorno sin juzgarlo, aunque a ella eso de no juzgar se le hacía bastante cuesta arriba.

*Muy bien, Elizabeth. Visualiza tu lugar seguro.*

La cuadrícula de una hoja de papel.

Cientos de cuadrados idénticos y ordenados, uno detrás de otro y sin margen de error. Comenzó a contar celdillas y a los pocos segundos pudo notar cómo la adrenalina empezaba a batirse en retirada, niveles en sangre descendiendo a un ritmo constante y seguro, propiciado por la monotonía de sus propias percepciones.

Cuarenta y siete, y la presión en su pecho ya no era tan desagradable.

Cincuenta y seis, y su incipiente dolor de cabeza se convirtió en un amago

frustrado.

Sesenta y uno, ¿cuándo se habría inyectado el bótox Joanna?

Sesenta y ocho, porque le había quedado muy natural.

Setenta y cua...

–¡Cooper!

Y un brusco golpe contra la superficie de su mesa la devolvió a la realidad del momento de forma muy poco delicada y disparándole de nuevo las pulsaciones. «Adiós» hoja de cuadrícula perfecta y «hola» familiares facciones de Megan justo frente a su cara, en aquella redacción eso de respetar el espacio personal no debía de estar muy de moda.

–¿Qué te ha dicho Joanna? Tiene que ser algo gordo, porque prácticamente has salido de su despacho en coma profundo.

–Se ha cogido vacaciones hasta el lunes que viene –y lo dijo sin dejar que la realidad de aquella afirmación le tocara la fibra sensible.

*Autocontrol, Cooper, autocontrol.*

–¿Quién? ¿Torres?

Su amiga lo preguntó con la voz más aguda que le había salido jamás. Cada loco con su tema, porque a ella nunca en la vida le habían interesado lo más mínimo las andanzas de aquella mujeriega. El paradero de la escudera de Davies le daba igual a todos los niveles conocidos por el ser humano. Y quizá en los desconocidos también.

–Para tener tu cajón de la ropa interior al noventa por ciento de ocupación, estás muy interesada por unas bragas en concreto –observó mientras devolvía el clip azul a su montón correspondiente–. Sandie se ha cogido vacaciones.

–Seguramente esté en las Barbados, disfrutando de sus habitantes femeninas –dijo al sentarse sobre la mesa y jugueteó con el bote de sus bolígrafos azules.

–Crees que la conoces, pero no es verdad –señaló arrebatándole el recipiente para recolocararlo fuera de su alcance.

–Podría decirte exactamente lo mismo.

Lo dijo en tono condescendiente, en plan «pobrecita, que se lo cree de verdad» y encima estaba toqueteándole el bote de los bolígrafos rojos, así que se le tensó la mandíbula. Se lo arrancó de las manos y se lo llevó al pecho.

–Y yo podría decirte...

A mitad de frase la puerta de la redacción se abrió de golpe dando paso a Jordan Torres, la castaña hizo acto de presencia presumiendo de atractivo, el pelo recogido en una coleta alta, cazadora de cuero, gafas reflectantes y despreocupados aires de golfa feliz; a la compañera de tropelías de Sandie también le gustaba destacar. Cuando desvió su vista de tan sublime introducción, se encontró con Megan aún hipnotizada y casi babeando, a lo mejor incluso tenían que volver a encajarle la mandíbula.

–... «un buen polvo con Jordan Torres es justo lo que necesitas». –Y no pensaba

finalizar así la frase, pero el contexto lo requería.

Le tiró un Bic a la cara antes de abandonar la mesa para seguir a la recién llegada con mucha prisa y con el puñetero bote de los bolis rojos aún abrazado contra su pecho. Porque a su persona la soportaba más bien poco, pero era altamente probable que, dado su estatus de mejor amiga de Sandie, poseyera información de vital importancia. La alcanzó justo cuando la castaña colgaba su chaqueta de cuero en el respaldo de la silla.

–Jordan, necesito saber dónde está –lo soltó a bocajarro y su compañera se quitó las gafas de sol y la miró, impasible.

–Fuera de tu alcance –una respuesta simple y concisa. Tuvo que apartarse un poco cuando la castaña retiró la silla de la mesa sin contemplaciones y se sentó en ella antes de encender su ordenador–. Ahora, si me disculpas, ayer salió el nuevo capítulo de *Juego de tronos* y no va a descargarse solo.

–Torres...

–Orden de alejamiento en tres, dos, uno...

–Quiero hablar con ella –insistió porque aquello era demasiado importante como para no hacerlo.

–Y yo un Chevrolet Corvette del noventa y cuatro –dijo acomodándose contra el respaldo de la silla y con las piernas sobre la mesa. Cruzó los brazos tras la cabeza, acomodó la nuca en la palma de las manos y sonrió de medio lado–. Asientos de cuero, reclinables.

La muy desvergonzada le guiñó un ojo y ella entornó los suyos, porque no tenía tiempo para juegos y menos de los desagradables. Justo cuando iba a exigirle que se dejara de memeces y le dijera dónde demonios estaba Sandie, Megan se materializó a su lado, enérgica e imparabile, con un certero manotazo bajó las piernas de Jordan de la mesa, desestabilizando la postura de aquella Barbie cochecitos.

–Yo también te he echado de menos, Jensen –Torres la saludó sin perder el tipo ni por un segundo. Sonrisa chulesca incluida–. Las que jugáis duro me gustáis más.

–Devuélveme mi ropa interior –Megan lo exigió con cara de póker.

Su amiga dio un paso atrás cuando Jordan se levantó de la silla e invadió su espacio personal. No le sirvió de mucho, porque seguidamente la castaña avanzó lo que ella acababa de retroceder y quedaron cerca. Muy cerca.

–Te la cambio por la mía –dijo Torres casi en un susurro mientras miraba descarada los labios de la morena.

–Yo no tengo tu ropa interior –la aludida casi lo gruñó, en tono tenso.

Hasta a ella se le revolvió un poco el cuerpo por dentro con el gesto que Jordan le dedicó a Megan tras escucharla. Un «pues soluciónalo, porque la oferta sigue en pie» seguido de un mordisco al aire justo frente a la boca de la morena. Su amiga dio un respingo y, la verdad, bajo aquella fachada de mala leche parecía un poco acalorada. Luego tenía la desfachatez de sermonearla a ella, cuánto descaró. Megan apartó a la castaña con un enérgico empujón y Torres sonrió complacida mientras

la parte posterior de sus muslos chocaba con el borde de la mesa.

–¿Esto es lo que quieres, Liz? –preguntó su amiga señalando a Jordan–. Porque es lo que tendrías con Sandie, un gallito de corral con sonrisa tonta.

–Relájate, Jensen –le pidió la castaña en tono algo más serio y olvidándose de sonreír.

–Vamos, Torres, Davies es tu amiga, sé amable y explícale a Elizabeth qué es lo que quiere de ella.

A Jordan se le tensó la mandíbula y, por una vez en su vida, no contestó. Como si no supiera qué decir o como si lo supiera, pero no quisiera decirlo, y a juzgar por la forma en que cambió de pie el peso de su cuerpo apostaría por la segunda opción. Una imperiosa necesidad de saber comenzó a invadirle todo el organismo, utilizando su estómago como puerta de entrada.

–No tienes ni idea de lo que quiere Sandie –al final Torres lo dijo y a ella le dio la impresión de que se callaba muchas otras cosas.

Tuvo que intervenir, porque la necesidad de saber era abrumadora, lo pronunció en voz alta en cuanto el último de sus sofisticados mecanismos de control tiró la toalla.

–Dínoslo tú.

Megan y Jordan se volvieron hacia ella a la vez, sorprendidas, como si hubiesen olvidado que seguía allí, justo a su lado. La mirada de la castaña le resultó especialmente intimidante y casi se olvidó de cómo tragar cuando se dirigió a ella con intenso reproche en el tono.

–Puedo decirte lo que no quiere –señaló y ella le sostuvo la mirada con el corazón bombeándole a toda pastilla–. No quiere a una chica que la utiliza para superar a una ex y os desea que seáis muy felices.

Y dale con Samantha, ¿quién estaba obsesionada con la veterinaria ahora? Que solo le había dado la mano, por Cristo Bendito, que no había sido más que un desafortunado rito de despedida. Que se había quedado enganchada al azul de su mirada y de repente ya no le servía ningún otro color. Que en «azul» estaban la «a» y la «z», el alfa y la omega, condensándolo todo, y para una mente como la suya aquello no podía ser casualidad. Un principio alucinante encarnado en su nueva zanahoria y el final feliz se lo tenía que trabajar.

–La carta de «me siento utilizada», ¿en serio, Jordan? Porque creía que estábamos hablando de Sandie Davies –aclaró Megan visiblemente molesta ante aquella acusación.

–Ese es el problema, Jensen. Que todas os pasáis la vida hablando de lo cachondas que os pone Sandie Davies, de su fama de devora-mujeres y no tenéis ni idea de lo que hay detrás –acusó en general y con bastante enfado en el tono.

–Y el comportamiento de tu amiga no contribuye a que modifiquemos nuestra opinión precisamente –rebatía la morena sin amedrentarse.

–Porque a ella le viene de puta madre.

Esto lo masculló bajando el tono mientras les daba la espalda para colocar bien el recipiente de los bolígrafos. Lo había volcado al chocar con la mesa tras el empujón de Megan y ella observó cómo ordenaba su superficie con el corazón ralentizado por la trascendencia de aquel comentario susurrado al aire. «Hay que atacar mientras aún están el suelo» y una fachada a prueba de miradas indiscretas, confeccionada a base de sonrisas deslumbrantes y polvos de una noche. Una fama merecida y cuestionable, las dos cosas a la vez.

«A ella le viene de puta madre».

¿Por qué? Santa Virgen María. Precisamente aquello era lo que llevaba persiguiendo toda la semana. La respuesta a un desesperado «¿De qué te escondes? Explícamelo, porque no quiero que te escondas de mí».

Jordan lo sabía y ella necesitaba entenderlo.

–¿Por qué? –lo preguntó y, por unos segundos, el eco de su voz quedó flotando en el vacío del silencio que apareció a continuación–. ¿Por qué quiere que la gente piense eso?

La castaña continuó moviendo las cosas de su mesa a uno y otro lado, sin ningún orden predeterminado y con el único objetivo de dejar aquel interrogante atrás. Era tremendamente evidente e intensamente intrigante en consecuencia, como si la hora de la verdad hubiera llegado de repente y sin avisar, estaba a punto de encontrar la última pieza de su puzle. Conocía de sobra la fachada y había echado un vistazo a lo que había detrás, pero le faltaba comprender la razón de tantas precauciones. El motivo que habría llevado a Sandie a erigir sus muros de protección y a adornarlos con aquellos aires de sexual libertinaje.

–¿Por qué? –insistió con ambas manos apoyadas en la superficie de la mesa para llamar su atención.

–Cooper, olvídalo, ¿quieres? –Jordan suspiró enfrentando su mirada.

–No.

Tozuda y con un «por mucho que insistas va a seguir siendo no» adornando sus facciones. A la castaña su determinación debió de parecerle evidente y en aquella redacción tenía fama de inflexible y perseverante, un disco rayado que daría tantas vueltas como fueran necesarias hasta que saliera la canción que estaba esperando. Un callejón sin salida. Megan y su actitud de «Sandie Davies es caca» contribuían a su manera a inclinar aún más la balanza de Torres.

–¿Por qué? –insistió una vez más sin apartar la vista de los ojos de Jordan y le pareció que estaba a punto de romperse.

–Déjalo, Liz, va a ser mentira de todas formas –Megan lo dio por sentado.

Y al final, la castaña lo dijo, y a ella le dio la impresión de que las presiones externas habían tenido poco que ver en su decisión de confesar. Le sonó más a «lleva demasiado tiempo sin parar de correr y no quiero ayudarla a seguir huyendo», y a «he visto cómo te mira y merece la pena asumir el riesgo».

–Por lo de Jess.



Jordan empezó con aquellas cuatro palabras y continuó con todo lo demás.

\*\*\*

–*Sandie, en serio, lleva insistiendo desde el lunes y no va a parar. Es como una puta máquina de tocar las narices* –llevaba un rato escuchando a Jordan al otro lado del teléfono y le dieron ganas de decirle que la que le estaba tocando las narices era ella –. *Quiere la dirección de casa de tus padres, dice que sabe que hoy estarás ahí.*

Y en realidad llevaba allí la semana entera, desde que regresaron de Fall River, Kansas. Cupido casi se había hecho el dueño de la casa, había conectado de inmediato con su sobrina, a él le gustaba babearle la cara y a ella rascarle detrás de las orejas, como lugar para pernoctar había elegido los pies de la cama de la pequeña y desde su llegada Lilly dormía las noches enteras de un tirón. Se reía porque el perro roncaba gracioso, desdibujando aquel inquietante «¿Y si no me despierto más?» a base de carcajadas. El tema volvería a salir, eso seguro, pero agradecían el respiro.

Era viernes y aquel «Elizabeth, es totalmente catastrófico que no hayas visto *El silencio de los corderos*», formulado bajo la luz de una alucinante luna llena regresó con fuerza para estrujarle un poco el corazón en el pecho. «Sabe que hoy estarás ahí». Y claro que lo sabía. Lo sabía porque se lo había dicho ella misma con la esperanza de poder perderse en sus facciones mientras Jodie Foster interpretaba el papel de su vida como música de fondo.

–Lo sabe porque fui increíblemente gilipollas.

Se sentó a los pies de una cama idéntica a la de su sobrina. Llevaba toda la semana durmiendo en su misma habitación y pensó que tendría que pasarse las veladas contándole cuentos, pero fue justo al revés, porque Lilly le dijo que la notaba triste y que ella los necesitaba más. Aquella niña adaptaba con gran maestría las grandes obras de la literatura infantil para que se ajustaran a su público como un guante y durante las últimas noches la había deleitado con su particular versión lésbica de *La bella y la bestia*, *Blancanieves y los siete enanitos* y *La sirenita*, entre otras.

–¿*Gilipollas o valiente?* –Jordan le preguntó y ella se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

–¿No son sinónimos? –Tomó una oveja de peluche que colocó sobre su pecho.

–*Ha dejado a la tal Samantha en Fall River y lleva toda la semana buscando la manera de llegar hasta ti.*

Y algo se le contrajo muy fuerte dentro del pecho al escucharla, en parte porque el nombre de Samantha había quedado condicionado de aquella forma en su psique más profunda, y en parte porque la idea de que Elizabeth estuviera así de desesperada por acercarse a ella le revolvió el alma y la acojonaba en igual medida.

–No merece la pena, Torres –pronunció en voz alta aquello que llevaba días repitiendo en el interior de su cabeza.

–¿En serio? Pues deberías decírselo a ella, cree que puede encontrar la dirección de tu casa en las fichas que guarda Joanna en el despacho –le informó mientras ella jugueteaba con los ojos de plástico del peluche de Lilly–. Sandie, escúchame bien, se ha pasado la hora del almuerzo intentando forzar la cerradura con una jodida horquilla, cuando todo el mundo sabe que esa puerta está siempre abierta.

Madre de Dios. Dejando a un lado lo ridículo de la situación, Elizabeth Cooper tratando de violentar de aquella manera la propiedad privada no era algo que se viera todos los días, su faceta delictiva acababa de acariciarle por dentro de una forma peligrosamente íntima y sonreía sin querer.

–¿Sigues pensando que no merece la pena?

Su amiga insistió ante su silencio y ella acarició la cabeza de la puñetera oveja mientras el interior se le retorcía sin piedad ante aquel interrogante.

–Me ha ido bien durante los últimos tres años –rescató aquel mantra, una respuesta estereotipada y vacía de contenido en realidad.

–Te has pasado esos últimos tres años repitiéndome que una mañana me encontraría a Cooper desayunando en nuestra cocina.

Memoria selectiva, porque no se acordaba del puñetero pin de su propia tarjeta de crédito, pero eso no se le había olvidado. Jodida Torres.

–Jordan, hazme un favor y olvídate de Elizabeth.

–Hazte tú un favor y dale una oportunidad, la chica se la ha ganado.

Joder, casi echaba de menos aquellos «Elizabeth Cooper, hostia puta, Davies» en tono de intensa desaprobación. Dejó el peluche a un lado sobre el colchón y clavó la vista en el techo con un nudo de los jodidos aferrado a su garganta, porque Elizabeth no tenía que ganarse nada y ella debería perder varias cosas. El miedo era una de las más importantes.

–Nos vemos el lunes, Torres –dio por finalizada aquella conversación sin permitirle opinar y la escuchó suspirar al otro lado de la línea.

–Dile a tu hermana que espero que le vaya bien en la revisión –dijo resignada.

Tras colgar, dejó el móvil a su lado, junto al peluche de aquella oveja extrasuave y observó el techo un poco más. Casi gruñó de pura frustración, porque de nuevo se sentía atrapada en aquella semana junto a Elizabeth y en lo perfecta que le parecía su sonrisa, en la forma en que la morena había conseguido distraerla hasta el punto de no ver otra cosa que no fueran aquellas inmensas ganas de decir «quiero esto, así que a la mierda con todo lo demás», olvidarse de lo asustada que estaba y dejarse llevar por ella a ciegas, Elizabeth abría puertas bastante alucinantes y le hacía cosquillas por dentro. Se moría por olvidar aquello que dicen de que cuanto más alto estás más dura es la caída, porque era verdad y ella había visto una de las impresionantes, brutal y demoledora, tres años después todavía se sentían sus consecuencias, como réplicas del terremoto más devastador de la historia de los seísmos.

–Sandie, tengo que largarme de aquí –la voz de su hermana la impulsó a girar la

cabeza hacia la puerta-. Mamá no me deja cocinar, no me deja planchar y no me deja el mando de la tele.

Sonrió al escucharla y la siguió con la vista, aún tumbada sobre el colchón.

-Por fin. Pensé que nunca llegaría el día -reconoció incorporándose en cuanto Lillian posicionó la silla de ruedas junto a la cama-. ¿Cuándo quieres que nos mudemos?

Y es que llevaba casi un año repitiéndoselo a su hermana, que ya era hora de que abandonase el nido por segunda vez, porque sus padres tenían la mejor intención del mundo, pero a veces la trataban como si fuera inútil en vez de una persona con discapacidad. Se había ofrecido como tributo para ayudarla con Lilly hasta que se sintiera cómoda y confiada para poder seguir volando sola.

-¿«Nos»? -Su hermana alzó una ceja, porque aquella parte del plan nunca le había convencido demasiado-. Ya lo hemos hablado, te encanta vivir en Nueva York.

-Me encantas más tú -rebatió lanzándole el peluche, su hermana lo atrapó y la miró con media sonrisa divertida.

-Cursi -la acusó tirándole la oveja a la cara-. Tendrías que madrugar mucho más para llegar al trabajo y con Lilly en casa no podrías traer a tus amigas a jugar.

-Más tiempo para pensar en mis cosas y Dios creó los baños de los bares para algo -bromeó con aquella sonrisa canalla que le salía tan bien.

-Mi hermanita pequeña, toda una romántica.

-Solo serían unos meses, pregúntale a Lilly, seguro que le encanta la idea.

-Una opinión completamente imparcial la de tu sobrina -ironizó y ambas sonrieron, porque todos en aquella casa sabían que «la tía Sandie» era su persona favorita en el mundo entero-. ¿Sigues teniendo muchas? -preguntó su hermana tras unos segundos de silencio.

-Pensaba que solo a Lilly, ¿tienes algo que contarme? -bromeó, porque intuía a qué se refería y a lo mejor podía desviar el tema a base de gilipolleces.

-Amigas con las que jugar.

-Algunas. Dicen que juego muy bien -alardeó, y lo hizo a pesar de que sabía que con Lillian aquella pose nunca le había valido.

-¿Y qué dice Elizabeth Cooper?

Lo preguntó como si no tuviera importancia, como si pudiera haber preguntado cualquier otra cosa, aunque sabía que estaba dando en el clavo más grande de todos.

«Trajinar», «miccionar» y «libidinosa». «Típico, típico». Eso decía.

«Llevo tres años manteniéndote a raya porque tenía miedo de que pasara esto». Eso lo decía también, a ella se le descompensaron las pulsaciones al recordarlo y le costó un poco tragar con normalidad.

-¿A qué viene hablar de Elizabeth Cooper ahora? -preguntó mientras se dejaba caer de espaldas sobre el colchón de nuevo.

Su hermana sabría que lo hacía para evitar su mirada, porque la conocía así de bien, pero le dio igual, necesitaba romper el contacto visual de todas formas.

–¿A todo? Te vas una semana con ella al culo del mundo, en plan *Brokeback Mountain*, y cuando vuelves vienes aquí en vez de ir a trabajar y tienes la misma cara que se te quedó cuando Lauren te dejó por aquella animadora –explicó los motivos de su interés mientras maniobraba con la silla de ruedas para poder verla mejor–. ¿Por qué tiene Jordan que olvidarse de Elizabeth?

–¿Eso de que está mal escuchar detrás de las puertas mamá y papá solo me lo enseñaron a mí? –preguntó en tono irritado.

–No seas gilipollas, sabes que no estaba escuchando, solo he oído el final de la conversación cuando venía hacia aquí –aclaró y le acarició una pierna para desenfadarla–. Sandie, ¿qué pasa con Elizabeth?

Y algo se le desmoronó por dentro al escucharla preguntándose así, como si supiera que pasaba mucho y con todo el cuidado del mundo, porque quería saber, pero sin presionar demasiado. Sin previo aviso, le picaban los ojos y le quemaba un poco la garganta, hablar sobre Elizabeth tenía implicaciones siempre, pero hablar sobre Elizabeth con su hermana iría mucho más allá.

–¿Por qué de repente Elizabeth os parece tan importante? –quiso saber y adoptó un tono crispado, de ese modo le sería más fácil mantener la voz firme.

–Porque estoy segura de que en esa redacción tienes muchas más compañeras, pero te pasas la vida hablando solo de dos –explicó y su voz sonó más suave que de normal–. Papá y mamá llevan casi un año esperando que la traigas a comer algún domingo y Lilly me dijo el otro día que por fin ibas a conseguir que Elizabeth se enamorara de ti, porque ibais a estar las dos solas una semana entera. Es bastante evidente, ¿no crees?

Y, por alguna razón desconocida, aquello le removi6 algo por dentro y los ojos le picaron un poco más. Respiró hondo antes de hablar, porque sí, porque a lo mejor siempre había sido igual de evidente para los que la conocían de verdad. Tal vez hablaba de Elizabeth un poco demasiado durante las comidas de los domingos. El disfraz solo le funcionaba de puertas para afuera y el nudo de la garganta se le apretó por reflejo, porque su sobrina preguntaba cada dos por tres por qué su tía Sandie no tenía novia si era así de alucinante. Jodida Lilly.

–¿Tú también llevas un año esperando que la traiga a comer? –preguntó con media sonrisa forzada y el pecho le pesó un poco más, porque de repente le dio la impresión de que a su hermana también estaban picándole los ojos.

–Yo llevo tres años esperando que dejes entrar a alguien. Me da igual si es Elizabeth o es otra persona –lo dijo a media voz, sonó increíblemente sincero y la sacudió por dentro. Tuvo que desviar la vista al techo porque estaba a punto de desbordarse–. Sí que merece la pena, Sandie.

Joder.

Apretó la mandíbula al sentir cómo un par de lágrimas escapaban a su férreo

control y continuó mirando al techo, con la esperanza de que en horizontal les resultaría más difícil seguir fluyendo.

–Lo haría todo otra vez –su hermana continuó hablando y, al escuchar aquella afirmación, a ella le dieron ganas de gritarle que se callara y de pedirle que le explicara por qué, las dos cosas a la vez–. Le diría que sí cuando me pidió salir después de perder su estúpido partido de baloncesto y le mentiría a mamá para poder verle por las tardes entre semana, me dejaría convencer por vosotros dos para colarte en películas para mayores de dieciocho. –Tuvo que sonreír al recordarlo y se le escaparon un par de lágrimas más, así que se mordió el labio inferior–. Pensaría otra vez eso de «¿Qué más da?» cuando nos quedamos sin condones aquella noche y volvería a decirle «Sí, quiero» cuando me pidió que me casara con él después de la barbacoa en casa de los abuelos. Le dejaría ganar cuando dijo que Lilly tenía que llamarse Lillian porque era su nombre favorito en el universo y así el mundo sería el doble de especial y seguro que volvería a amenazarle con echarle de casa cuando se empeñó en hacerla socia de los Knicks y en vestirla con la camiseta del equipo.

–No te hizo ni puto caso –aportó sorbiéndose la nariz.

Le dedicó una corta mirada y comprobó que su hermana sonreía solo a medias. Desde entonces siempre lo hacía así. Un jodido segundo y todo se convierte de golpe en lo más agrisado del mundo. Acojonante. Un antes y un después que la pilló a ella en el medio, porque sus padres acababan de irse a casa para ducharse y descansar un poco cuando su hermana despertó a su lado en aquella cama de hospital.

«¿Dónde está Jess?».

La pregunta más jodida del mundo. Seguida de cerca por un «¿Papá también se durmió para siempre como Niko?» en boca de una niña de seis años que aún no podía comprenderlo del todo. Ese tipo de cosas se las preguntaba a ella porque «no quería poner triste a mamá». Y no podía explicarle aquel terrorífico «hay mil maneras de perder a alguien si tienes a alguien a quien perder» a su sobrina, así que improvisaba y lo hacía lo mejor que podía aun sin tener ni idea de lo que estaba haciendo. Al final Lilly siempre terminaba riendo, así que suponía que no le salía tan mal.

–Lo haría todo otra vez incluso sabiendo cómo acaba –su hermana resaltó aquel punto y ella se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón.

–Pues yo no sé si quiero hacerlo –lo verbalizó por primera vez, aunque ambas lo sabían de forma implícita.

«No sé si quiero permitir que alguien sea tan importante para mí como para que me destroe el perderla». Antes de aquella semana con Elizabeth aquel «no sé si quiero...» era un «no» rotundo y a eso se reducía todo. A unos ojos verdes que decían «si saltas yo te cojo» atontándola en el proceso y a unas ganas increíbles de confiar y dejarse caer.

–Pues espero que cuando llegue la indicada no tengas elección –Lillian lo dijo de corazón y ella apartó la mirada secándose las mejillas con el dorso de las manos, a su hermana debió de parecerle sospechosa aquella rápida retirada y preguntó justo lo que no debía–. ¿Ha llegado ya?

*Maldita sea, Lillian.*

–¿No tienes que prepararte para ir a la revisión? –preguntó a su vez, obviando su interrogante.

–Oh, Dios mío. Sí que es Elizabeth. ¿Qué pasó con ella en *Brokeback Mountain*? –exigió saber tras saltar a aquellas precipitadas, a la par que acertadas, conclusiones.

–Nada.

Nunca había contado una mentira así de gigantesca antes, pero la situación requería cierto esfuerzo.

–Creo que nunca te habías puesto así de roja al hablar de una chica –lo dijo solo para ponerla nerviosa la muy gilipollas.

–No me estoy poniendo roja y en dos horas tenéis que coger un avión a Atlanta.

Insinuó que el tiempo no le sobraba, precisamente, pero a Lillian aquel detalle no pareció preocuparla demasiado.

–Estás evitándola, no estás yendo a la redacción y seguro que era ella todas las veces que no has querido contestar el teléfono.

–He evitado a tantas chicas en los últimos años que ya deberías estar acostumbrada.

–Sí, pero a las otras las evitabas porque no querías verlas y a esta porque te mueres por estar con ella.

Justo en el clavo, así que era hora de batirse en retirada. Se levantó de la cama y salió de la habitación con paso ligero, la escuchó protestar a sus espaldas, esgrimiendo la carta de lo feo que estaba dejar atrás a una pobre discapacitada, mientras maniobraba con la silla para intentar alcanzarla.

Pobre ilusa.

Se montó en el ascensor que sus padres habían instalado en casa unos meses después del accidente y despidió a su hermana con la mano, porque llegó frente al aparato justo cuando ella comenzaba el descenso hacia la planta baja. La escuchó gritar «Mamá, Sandie está jugando con el ascensor otra vez», pero su queja no obtuvo respuesta por parte de su progenitora. O no la había oído o después de una semana entera estaba harta de las dos y se hacía la sorda aposta.

\*\*\*

–¿Preparada? Va a ir tan rápida que casi no la verás.

Alzó la voz para que Lilly la oyera desde el otro lado del jardín y escuchó su risita despreocupada de niña feliz como toda respuesta. Lilly le parecía una puta monería siempre, con aquellos dientecitos diminutos y la voz de pito que tenía, pero le

parecía aún más mona sujetando aquel bate de béisbol y debidamente equipada con el uniforme de su equipo. Hacía una media hora que habían salido del entrenamiento y estaban aprovechando los últimos rayos de sol antes de entrar en casa.

–Prepárate tú, porque vas a echar un polvo.

La niña lo dijo como si nada y ella casi se atragantó con su propia saliva.

–¿Quién te ha enseñado eso? –preguntó con el ceño fruncido y abandonó toda intención de lanzar la bola.

–Los del equipo de quinto grado –dijo apoyándose el bate en el hombro.

–¿Y sabes qué significa? –preguntó alzando una ceja mientras jugueteaba con la pelota, golpeándola contra el guante que cubría su mano izquierda.

–Claro que lo sé, significa que vas a perder, Davies –dio por sentado bateando el aire con gesto fingidamente feroz.

Bufff. Menos mal.

–Se dice «vas a morder el polvo» y los de quinto grado son gilipollas –le informó antes de lanzarle la bola.

Lilly la golpeó lo más fuerte que pudo y soltó un chillido extremadamente agudo al ver que la había mandado casi hasta el otro lado del jardín. Tuvo que recordarle que debía correr para alcanzar las máximas bases posibles antes de que ella se hiciera con la pelota, porque si por la niña fuera, se quedaría en el mismo sitio saltando con los brazos al aire como celebración de su gran proeza.

Lo que decía: una puta monería.

Cupido llegó a la bola primero y echó a correr con ella en la boca, tuvieron que perseguirlo durante un par de minutos de un lado a otro del jardín hasta conseguir que se la devolviera. Lilly no ayudó mucho, la verdad, porque estaba bastante ocupada partiéndose de la risa. Su teléfono móvil comenzó a sonar sobre la mesa del porche de la casa justo cuando recuperaba aquella pelota desagradablemente babeada y su sobrina echó a correr hacia allí convencida de que serían su madre y sus abuelos.

–Pone «Eli... za...» –anunció concentrándose al máximo para descifrar la identidad de quien estaba al otro lado. Hacía apenas unos meses que se había iniciado en el arte de la lectoescritura y aún le faltaba un poco para dominar la lectura fluida-. Eliza... beth. ¡Elizabeth! Es tu «amiga» del trabajo –anunció sacudiendo el teléfono en el aire con esa cara de casamentera que ponía a veces.

Una celestina *junior* en potencia y su corazón estaba bombeando con mucha prisa en el interior de su pecho. Porque sabía que Elizabeth le había gustado desde el principio, pero desconocía que hubiese sido tan evidente para todo el puñetero clan de los Davies.

–Déjalo ahí y vamos a lanzar un par de bolas más antes de ir a la bañera –propuso colocándose de nuevo en su posición de *pitcher*.

Lilly miró una vez más el teléfono y, por un momento, temió que fuera a

descolgar y ponerse a parlotear con Elizabeth en plan «¿Te has enamorado ya de mi tía? Y si no... ¿a qué esperas?», porque su sobrina era capaz de eso y mucho más. Le alivió verla depositar el aparato en el mismo sitio del que lo había cogido y correr alegremente hacia su lugar correspondiente para recuperar el bate que había dejado tirado sobre la hierba así de cualquier manera.

–Tía Sandie... –dijo acomodando el bate sobre su hombro.

–Sobrina Lilly... –la imitó y la niña sonrió porque le parecía muy tonta cuando hacía eso.

–¿Elizabeth es guapa?

La niña lo preguntó interesada y ella suspiró para sus adentros, porque la curiosidad a esa edad no tenía límites y a veces Lilly entraba en monotema.

–Elizabeth es muy guapa.

–¿Y es lista?

–Demasiado lista.

Se acordó de lo jodidamente pedante que era a veces y algo se le revolvió en el pecho al recordar cómo le gustaba que lo fuera.

–¿Tiene sentido del hurón?

Y con eso la dejó fuera de juego por un momento, la verdad.

–¿Sentido del hurón? –preguntó lanzándole la bola. Lilly falló en sus cálculos, bateó el aire dando una vuelta sobre sí misma y le hizo gracia.

–Sentido del hurón –la pequeña lo pronunció más despacio–. Oí que se lo decías a mamá, que las chicas te gustaban guapas, listas, con sentido del hurón...

Tuvo que reírse y su sobrina frunció el ceño con un gesto de profunda indignación ante su reacción.

–Sentido del humor, Lilly –la corrigió atrapando la bola cuando la niña se la lanzó–. Tener sentido del humor significa ser divertido.

Y estuvo a punto de decirle que, ya que escuchaba detrás de las puertas, al menos se asegurara de enterarse bien de lo que iba la película.

–¿Y Elizabeth es divertida?

–Es divertida cuando la conoces de verdad.

–¿Y forra bien? –pidió más información y ella se quedó con la bola a medio lanzar y tuvo que realizar un esfuerzo bastante importante por no soltar una carcajada.

Que a Lilly le fallara un poco el oído cuando lo pegaba a las puertas le venía bien si la película era para mayores de dieciocho. Carraspeó y sonrió de medio lado antes de lanzarle la bola y contestarle en su misma clave.

–Elizabeth forra muy bien.

Un par de horas después se habían duchado, habían cenado y estaban en la cocina preparando las palomitas antes de bajar a su sala de cine particular. Lilly se había despertado todos los días, de modo que ella ganó la apuesta y le correspondía el honor de elegir la película que verían aquella velada, así que eligió *Frozen: el reino*



*del hielo*. Primero porque le hacía gracia y segundo porque Elsa tenía un puntito extrañamente sexi.

Oyeron que llamaban al timbre y Lilly salió disparada hacia la entrada principal, tranquilizándola con un «Ya lo sé» cuando ella le recordó que aún no tenía autorización para abrir la puerta a nadie en aquella casa. Regresó a los pocos segundos y le señaló que guardara silencio colocándose su pequeño dedo índice sobre los labios.

–Es una señora con un archivador negro, de las que venden enciclopedias –su sobrina lo explicó en un susurro–. Un señor vino la semana pasada y la abuela dijo que jugásemos a no estar en casa y que no se lo dijéramos al abuelo, porque ya se ha comprado de la A a la M y luego no las lee. ¿Quieres conocerla? Igual te gusta. Es guapa, a lo mejor es lista y forra bien.

–Creo que es mejor hacerle caso a la abuela –susurró, Lilly sonrió cómplice y volvió a colocarse su pequeño dedito sobre la boca.

Le devolvió el gesto y siguieron contemplando el proceso de preparación de las palomitas. Jodidos vendedores de enciclopedias y jodido «abuelo» y su particular síndrome de Diógenes, a su madre la tenía hasta las narices de tantos libros envueltos en plástico.

\*\*\*

Eran casi las nueve y media cuando arrojó a Lilly en su cama. Sonrió al ver cómo la pequeña luchaba por suprimir un bostezo y le tapó la boca, lo que la hizo reír y revolverse bajo las sábanas. Aquellos ojos idénticos a los de su hermana eran aún más adorables cuando estaban cargados de sueño como en ese preciso momento.

–¿Por qué no tienes novia?

La pequeña se abrazó a su peluche favorito, un oso llamado Francis, porque su sobrina era así de peculiar.

A veces Lilly entraba en monotema y era imposible desviarla de la idea principal. Aquella noche le había preguntado cincuenta veces si a Elizabeth le gustaban los muñecos de nieve como Olaf.

–Porque no quiero.

–¿Por qué no quieres? –curioseó la pequeña antes de bostezar de nuevo.

Madre mía, menuda perseverancia la suya.

–Es difícil de explicar, pulga. Son cosas de mayores.

La frase mágica con la que dar carpetazo definitivo a los temas comprometidos.

–Pues ponme un ejemplo para mi edad –insistió en tono suplicante.

–Está bien –solo cedió porque estaba segura de que era la forma más rápida de poder zanjar el tema–. Imagínate que una niña nueva llega a tu clase y parece muy divertida, pero sabes que va a estar allí un día solo porque la van a cambiar de colegio y no vas a verla más. ¿A que no querrías hacerte amiga suya y tener que llorar cuando se vaya?

Y creía que la metáfora le estaba quedando de puta madre hasta que Lilly frunció el ceño al escuchar la última pregunta.

–Sí que querría hacerme amiga suya –aseguró y ella suspiró para sus adentros un «vaya, por Dios».

–¿En serio? ¿Por qué querrías hacerte amiga suya si va a marcharse al día siguiente? –inquirió extrañamente interesada ante aquel giro de los acontecimientos.

–Porque a lo mejor en ese recreo me cuenta un chiste muy divertido o me enseña a jugar a algún juego que no sabe nadie más.

Lilly lo dijo como si fuera evidente y ella muy idiota por no habérselo planteado siquiera. Aquel mensaje en clave de ingenua simplicidad hizo diana en algún lugar bastante profundo y, por unos segundos, no se le ocurrió qué decir. Después tuvo que preguntárselo, como si de repente su sobrina de seis años se hubiera convertido en el oráculo de Delfos.

–¿Merecería la pena?

–Si el chiste es muy bueno y el juego muy divertido, sí. A lo mejor Elizabeth sabe juegos muy divertidos.

Había que joderse. Demasiada sabiduría en un cuerpo tan pequeño. Y aquello de «los juegos divertidos» que podría enseñarle Elizabeth le habría hecho sonreír de una manera bastante pervertida de no ser por la devastadora potencia de aquella metáfora improvisada a la hora de dormir.

–A lo mejor sí –concedió, y a la vez que se lo decía a Lilly de paso se informaba a sí misma también, en plan *insight* profundo.

–¿Cómo de guapa es? Tiene que ser muy guapa para poder ser tu novia.

Al verla dudar la pequeña se puso exigente.

–¿Quieres verla? –preguntó, empujada por la magia del momento.

Su sobrina abrió los ojos como platos, adoptó un gesto que sugería un transparente «madre mía, ¿por qué no lo has dicho antes?» y se incorporó en la cama al verla coger su cámara. Buscó aquella foto que le había hecho en la ermita, la jodidamente alucinante, y se la mostró a Lilly. Tuvo que sonreír al ver cómo la pequeña adoptaba aquella cara de vergüenza que ponía a veces mientras contemplaba la instantánea.

–¿Qué te parece? –pidió su opinión y la niña la miró con los ojos chispeantes.

–Es más guapa que Elsa... –lo dijo como si no se creyera que una cosa así pudiera ser posible.

–Es más guapa que Elsa.

Y Lilly le dijo que si Elizabeth era más guapa que Elsa, lista, con sentido del hurón y sabía forrar muy bien, tenía que ser su novia. Le dijo que la llevara a comer un domingo, porque la quería conocer y enseñarle lo bien que sabía batear. Le dijo que seguro que se sabía juegos muy divertidos y que a lo mejor a Elizabeth no tenían que cambiarla de colegio nunca.

Lilly le dijo muchas cosas, pero se le olvidó comentarle un pequeño detalle antes de poner su maravillosa y peculiar minimente a descansar junto a la de su oso Francis. Y es que Elizabeth se parecía sospechosamente a aquella vendedora de enciclopedias que había llamado al timbre hacía un par de horas con un archivador negro abrazado contra su pecho.

## El Plan C

Era sábado.

Sábado y no estaba calentando motores en cualquier club de la ciudad de Nueva York. En vez de apoyada en una concurrida barra de bar observando a sus potenciales presas por encima de su cerveza, se encontraba en Newark, Nueva Jersey, sentada en la mesa del salón de sus padres y sosteniéndole la mirada a Lilly. Su sobrina la observaba arrodillada en la silla frente a ella y con el brazo extendido por encima del tablero del Monopoly Junior.

–Paga –le ordenó abriendo y cerrando su pequeña manita de usurera infantil.

Hostia puta, es que encima iba perdiendo.

Sábado por la noche y prácticamente en bancarrota, con pocas propiedades y muchas deudas. Con unas ganas inmensas de estar en otro sitio y acojonada como efecto secundario de tanta intensidad emocional, porque el día anterior las dos Lillian más importantes de su vida le habían propinado una bofetada de las grandes a su forma de ver el universo y aún no sabía muy bien desde qué ángulo nuevo mirarlo.

«Lo haría todo otra vez incluso sabiendo cómo acaba».

Y lo de que merecía la pena arriesgarse se lo había planteado en varias ocasiones durante su semana en Fall River, pero el mensaje le llegaba con mucha más fuerza si se lo decía su hermana mayor. La voz de la experiencia, hundida, pero a flote y resurgiendo de sus cenizas, porque aquellos buenos recuerdos impregnados a lo bestia del calor emocional más alucinante de todos parecían compensarle lo demás.

«A lo mejor me enseña a jugar a algún juego que no sabe nadie más».

Una minisabelotodo de seis años con el don de la palabra que la había dejado rota en el sitio con algo tan simple como aquello. «Déjala entrar, aunque solo sea un recreo, porque puede ser el mejor recreo de tu puta vida», pero sin lo de «puta» porque Lilly aún no decía tacos, pero decía muchas otras cosas. «Es más guapa que Elsa».

Y de verdad que Elizabeth era más guapa que Elsa. Mucho más.

–Sandie, paga a la terrateniente, que se tiene que ir a la cama –Lillian le metió prisa a su derecha, mientras su madre ahogaba un bostezo en la silla de su izquierda.

Santo Cristo, qué poco aguante. En su defensa tenía que decir que habían vuelto

de Atlanta hacía unas horas y el viaje les había agotado a todos: su padre llevaba cuarenta y cinco minutos roncando en el sofá como reivindicación de la más absoluta extenuación física.

–No puedo irme a dormir, ¡tengo que cuidar de mi imperio! –Lilly lo dijo mientras se ponía de pie sobre la silla y señalaba el tablero del Monopoly.

Una latifundista de las importantes, con pijama de elefantes rosas y entregada a su causa, aunque tenía el labio superior manchado de batido de chocolate y aquel detalle le restaba un poco de autoridad al conjunto.

El timbre de la casa sonó por sorpresa, no esperaban a nadie a aquellas horas, y Lilly saltó silla abajo desafiando las leyes de la gravedad y riéndose del peligro a la cara. Una temeraria de metro y diez de estatura que cargaba con veinte kilos de imprudencia y despreocupada vitalidad a su espalda. Su madre le gritó eso de «No se te ocurra abrir a desconocidos ni a los de las enciclopedias» antes de ir tras ella murmurando cosas de abuelas, porque tener una nieta a los cuarenta y siete no le hizo ni puta gracia, pero se acostumbó a su nuevo rol enseguida. A los diez segundos la risa descontrolada de Lilly se escuchó por toda la casa y a los quince su sobrina regresó al salón dejándose cargar sobre el hombro de Jordan, como si fuera el saco de patatas más feliz de la Tierra.

Su amiga llevaba puestos aquellos pantalones de cuero negro, su amuleto secreto para ligar, y por eso suspiró recostándose contra el respaldo de su silla sin necesidad de que le dijera nada más. Torres, cuero y sábado por la noche: quedaba todo meridianamente claro.

–Ey, Davies, me he encontrado a esta pulga y a vuestra hermana pequeña en el recibidor.

Su sobrina le pegó un manotazo en el trasero por lo de «pulga», pero manteniendo una sonrisa de oreja a oreja, a Jordan la adoraba casi tanto como a ella, y su madre negó con la cabeza, dándola por imposible ante la evidencia de aquel burdo cumplido, porque la tenía calada desde el primer día. Su amiga depositó a Lilly sobre la silla que ocupaba antes de su llegada y echó un rápido vistazo al tablero de juego.

–Vaya, parece que a alguien le están pateando el culo –observó la muy gilipollas.

–A la tía Sandie –anunció la pequeña henchida de orgullo mientras la señalaba con el dedo–. Va a echar un polvo.

Lilly lo dijo observándola con los ojos entrecerrados y gesto desafiante y la abuela Davies se llevó las manos a la boca ahogando una exclamación de las impactantes, en plan «*vade retro*, Satanás». Su hermana la fulminó a ella con la mirada, dando por sentadas muchas cosas muy deprisa. Jordan, en cambio, suprimió una carcajada de las grandes porque los niños pequeños diciendo palabras malsonantes y los animales haciendo cosas de personas eran su talón de Aquiles, podía pasarse horas y horas viendo vídeos de aquellas particulares temáticas en YouTube.

–¿En serio? Pues yo también quiero jugar –bromeó su amiga y se ganó un manotazo en el muslo de parte de Lillian, pero la desenfadó rápidamente con un beso en la mejilla y un «sigo esperando que cruces de acera, Davies».

–Es «morder el polvo», Lilly –aclaró ella por segunda vez en lo que iba de fin de semana–. Y tú mira así a los del equipo de béisbol de quinto grado –se dirigió a su hermana.

Protestó cuando su madre le propinó un golpe en el hombro al pasar por su lado, porque por lo visto a ella también la tenía calada y lo del equipo de béisbol de quinto grado no le convencía demasiado, seguidamente señaló a Lilly con el dedo, le dijo «A dormir» y su sobrina se negó en rotundo a irse a la cama si no la acompañaban Jordan y su tía Sandie.

Menudo honor.

\*\*\*

–¿Y por qué el beso del príncipe la despierta? –curioseó Lilly, completamente arropada en su cama, en cuanto Jordan terminó de leerle el cuento de *La bella durmiente*.

–Porque el tío besa muy bien –resolvió la castaña cerrando el libro de golpe.

Cupido, que se había acomodado al lado de Lilly en el colchón al inicio del cuento, le lamió la cara y la niña rio mientras se frotaba la mejilla.

–Ahí tienes a tu príncipe azul –bromeó ella arrodillada en el suelo y con los brazos apoyados sobre el colchón, junto a su sobrina.

–Y es hora de que le busquemos una princesa a tu tía, así que dale las buenas noches que me la llevo en mi carroza mágica –la animó Jordan mientras se levantaba de la cama tras dejar el libro de cuentos infantiles encima de la mesilla.

Suspiró para sus adentros cuando escuchó a Lilly asegurar que su tía Sandie ya tenía una princesa, y lo dijo con un convencimiento absoluto, además. Su amiga la miró a ella, con una ceja alzada y cara de «qué interesante».

–Elizabeth es su princesa, es más guapa que Elsa, es muy lista, con sentido del hurón y forra bien.

Lilly continuó imparable, enumerando las múltiples cualidades de su compañera de trabajo y contabilizándolas con sus pequeños deditos.

–¿En serio? ¿Eso te ha dicho tu tía Sandie?

–Su tía Sandie ha dicho que a dormir.

Cortó toda aquella conversación de raíz, porque de ahí no podía salir nada bueno: sobre todo con Jordan observándola de esa manera. Besó a Lilly en la punta de la nariz y a Cupido le rascó detrás de las orejas. Hecho aquello se dispuso a levantarse para seguir a su amiga fuera de la habitación, pero su sobrina la sujetó por ambas mejillas y le susurró «No busques más princesas y dale un beso a Elizabeth, seguro que se despierta también», después besó la punta de su nariz al igual que ella había hecho antes, se abrazó fuerte a su osito Francis y le dijo

«Buenas noches, tía Sandie», dando por finalizada aquella charla y apagando baterías hasta el día siguiente.

Su particular oráculo y una puta monería. Le acarició el pelo con cariño antes de incorporarse y salir al pasillo. Se encontró a Jordan apoyada en la pared consultando su teléfono móvil, y anticipaba alguna observación de las suyas, de las molestas, por eso se le adelantó en un susurro mientras entornaba la puerta de la habitación de Lilly.

–Ni una palabra, Torres –lo dijo en tono de advertencia y su amiga la miró por encima de la pantalla de su *smartphone*.

–Tranquila, Cenicienta. Ya no vas a tener que preocuparte más por la princesa Elizabeth –señaló guiñándole un ojo y a ella el corazón le latió un pelín raro en el pecho–. ¿Vas a cambiarte de ropa? Así no puedo llevarte al nuevo local de moda. En vez de números de teléfono, van a darte limosna.

Se había quedado enganchada a lo de «Ya no vas a tener que preocuparte más por la princesa Elizabeth» y el resto lo había oído como música de fondo bastante distorsionada, la verdad. Algo de que se cambiara de ropa y de un local, pero a ella no le interesaba ni una cosa ni la otra en aquellos precisos momentos.

–¿Por qué no voy a tener que preocuparme por Elizabeth más? ¿Qué significa eso?

–Significa que se ha cansado de correr detrás de Cenicienta con el puto zapatito de cristal –especificó tecleando distraídamente en su teléfono–. Ayer captó el mensaje y dice que no merece la pena. Otra vez estáis de acuerdo en algo, Davies, felicidades. ¿Por qué no le pides a Lillian que te preste su chaqueta de cuero marrón? Te queda de puta madre.

Era verdad que la chaqueta de su hermana le quedaba de miedo, pero toda su atención se había quedado colgada de lo de «Ayer captó el mensaje» y seguramente el «no merece la pena» Elizabeth se lo repetía de vuelta, un poco en plan «si tú no quieres, yo tampoco», porque Patty debía de haberle hecho llegar sus palabras con envidiable precisión.

–¿De qué coño estás hablando? ¿Qué mensaje captó ayer? –exigió saberlo, porque las pulsaciones se le habían desbocado a lo grande y lo del mejor recreo de su puta vida de repente le sonaba a pasado.

–Que no vas a abrirle la puerta por mucho que llame al timbre.

Frunció el ceño, desorientada por exactamente cinco segundos, y al sexto la puñetera luz se hizo frente a sus ojos. Mierda.

–La jodida vendedora de enciclopedias. –Pensaba en voz alta, pero Jordan le respondió de todos modos.

–Enfermizo. Yo prefiero jugar a la enfermera sexi o a la bibliotecaria cachonda – le informó con media sonrisa pervertida, después volvió a quedarse seria de nuevo –. Sandie, vaqueros, camiseta pegadita, cazadora de Lillian y el *happy hour* empieza en media hora, así que ya llegamos tarde.

Le dieron ganas de decirle que su puto *happy hour* le importaba una mierda, pero en vez de eso le gritó a su hermana que le cogía la chaqueta de cuero y se coló en su habitación para vestirse en tiempo récord. En cuanto salió, informó a su amiga de que se marchaba a casa de Elizabeth, Jordan la sorprendió diciéndole «Te llevo», y ella, descolocada por tanta amabilidad, contestó «Genial, muchas gracias». *Gran error, Davies*, porque en aquellos momentos se encontraba en el asiento del copiloto del coche de su amiga, en la ciudad de Nueva York y dirigiéndose a un lugar desconocido que no era la casa de Elizabeth. «Secuestro» se le antojaba una palabra un poco fuerte, pero todo aquello se parecía bastante a su definición y la situación en sí le estaba poniendo de muy mala hostia.

–Sandie, relájate, Elizabeth no está en su casa –Jordan lo desveló tras parar frente a un semáforo en rojo–. Megan iba a llevársela de «fin semana de desintoxicación Davies» –y, al oírla, ella se alteró más aún e iba a protestar por muchas cosas: retención involuntaria y desintoxicaciones innecesarias entre otras, pero su amiga no la dejó pronunciar ni media sílaba–. Más te vale no decir nada, porque la chica se ha pasado la semana entera detrás de ti y ni le has cogido el teléfono.

Apretó la mandíbula y perdió la vista por la ventanilla con el corazón castigándole las costillas con muchas ganas y una sensación realmente desagradable justo en mitad del pecho. No cogerle el teléfono y correr en contradierección, eso había hecho, sin tan siquiera explicarle por qué decía cosas como «hay que atacar mientras aún están en el suelo» y callándose un increíblemente sincero «tienes un potencial enorme para convertirte en alguien demasiado importante». «Me da miedo permitirme tenerte por si te pierdo después», porque una buena defensa era el mejor ataque, su forma de reposicionarse en el mundo después del punto de inflexión más terrorífico de todos.

«¿Dónde está Jess?».

Tuvo que contestarle y sostenerla entre sus brazos mientras se rompía en mil pedazos. Su hermana llevaba tres años intentando recomponerse, pero le faltaban muchas piezas: todas las que Jess se había llevado con él. Desde entonces Lillian sonreía solo a medias y aun así le había soltado un acojonante «volvería a hacerlo todo otra vez, ¿sabes?», porque romperse de nuevo le valdría la pena si era por él.

*Al loro, Sandie, que te lo están diciendo y encima encaja.* Que lo importante de verdad es el viaje y no el destino y que no puedes elegir el final del trayecto, pero sí alguna de las paradas y entremedias pueden enseñarte juegos maravillosos que no conoce nadie más en el mejor recreo de tu vida. Y que tú decides si te dejas sorprender o si te quedas escondida en un rincón del patio. Un ángulo distinto y una nueva forma de enfrentarse al mundo, porque a lo mejor todo iba de arriesgarse para crear nuevos recuerdos buenos, de los que hacen que todo lo que vaya a venir después merezca la pena. Como besos alucinantes bajo una gigantesca



luna llena y miradas verdes sobre la almohada.

–Sandie, entiendo que todo lo de Jess... –Jordan rompió el silencio que se había impuesto entre ambas, pero no la dejó seguir hablando.

–Quiero cogérselo.

Lo dijo tras respirar hondo y repitiéndose «venga, Sandie, que tú puedes» a razón de uno por segundo. Solo eran dos palabras, pero encerraban la confesión más grande de su vida. Un «hasta aquí», porque incluso su sobrina de seis años se había dado cuenta y seguir corriendo ya no tenía ningún sentido.

–El teléfono –lo especificó, porque Jordan la miró raro al oírla–. Quiero cogerle el teléfono y le habría abierto la puerta ayer si no hubiera ido abrazada a un estúpido archivador negro como si fuese una jodida vendedora de enciclopedias.

Su amiga estacionó el vehículo en el aparcamiento de una zona de bares no muy lejos de su piso y se giró hacia ella en el asiento tras apagar el motor.

–Sharon Norfolk, Jane Hudson, Hanna Taylor, Katie Delfinno, Psico-Debbie... y tienen que mandarte al puto culo del mundo con Cooper para romper la maldición del «solo quiero sexo sin compromiso». ¿Qué tiene Elizabeth que no tuvieran ellas?

Jordan se lo preguntó y a ella le sonó a «convénceme si quieres que te ayude con esto».

–Tiene miles de planes estúpidos, predilección por los M&M's amarillos, fobia a las arrugas y una extraña obsesión con los clips de colores. Tiene los ojos más increíbles que he visto en mi puta vida y una sonrisa jodidamente alucinante, y cuando te besa te desmonta por dentro, Torres, en serio. Tiene respuestas para todas las preguntas, porque si no las sabe se las inventa y encima te mira como si estuviera perdonándote la vida y me encanta. Tiene un vocabulario la hostia de pedante y necesito cogerle todos los teléfonos y abrirle todas las putas puertas, así que dime dónde coño la ha llevado Megan.

Finalizó su discurso con aquella exigencia y Jordan se limitó a sonreír de medio lado.

–Elizabeth Cooper, hostia puta, Davies –lo dijo negando con la cabeza y seguidamente salió del coche sin dar más explicaciones, así que ella la imitó y la miró expectante por encima de la carrocería–. Tendrás que hablar con tu princesa el lunes.

Punto y aparte, porque Jordan acababa de accionar el cierre centralizado de su vehículo y aquel pitido a ella le había sonado clarísimamente a «Happy hour, Sandie, que llegamos tarde». Una encerrona en toda regla, una emboscada, un engaño enmascarado tras aquel servicial «Te llevo» sin especificar dónde y en parte culpa suya por no pedir aclaraciones.

¿El lunes? Una putada o dos. Porque Elizabeth era la mujer más testaruda que había conocido en los días de su vida y si lo de «No merece la pena» lo había dicho en serio, ella estaba bien pero que bien jodida, a lo mejor tardaba otros tres años en volver a convencerla y eso suponiendo que diera segundas oportunidades.

–No me apetece entrar a la jodida *happy hour* –dijo apoyando la espalda en la carrocería del vehículo.

Mierda, es que los planetas se habían alineado delante de sus putas narices después de tres años y se lo había cargado ella solita a lo grande y a lo bestia. Había salido corriendo, con pistoletazo de salida «Samantha», dejaba a Elizabeth allí plantada y encima se cogía una semana sabática. Un retiro espiritual sin teléfono ni nada. Con dos cojones. Como si le sobraran los milagros.

–A todo el mundo le apetece entrar a la jodida *happy hour*, Sandie –dijo Jordan mientras se colocaba frente a ella–. Los chupitos a un dólar.

–Va a volver a mirarme en plan «típico, típico», ¿verdad? Típico de Sandie Davies, follarse a las chicas y desaparecer al día siguiente sin dar explicaciones –recitó buscando su mirada–. ¿Me lo he cargado todo?

–Sandie, escucha, este es un puto punto de inflexión, como cuando perdiste la virginidad o como cuando le dije a la peluquera que quería el peinado de Madonna en *Papa Don't Preach* y me tiñó de rubio platino. Un antes y un después. Salga bien o salga mal con Elizabeth, después de tres años por fin quieres que «salga» con alguien. Así que salga como salga es un paso adelante –Jordan lo dijo como si fuera la revelación más acojonante que había hecho jamás, pero a ella se le quedó un poco pobre, porque eso de «salga como salga» no terminaba de convencerla del todo.

–¿Crees que saldrá bien con ella? –y lo preguntó porque en aquellos momentos todo lo demás le daba un poco igual, la verdad.

–Creo que necesitas darte un respiro y unos cuantos chupitos a un dólar – insistió en su idea original tomándola de la mano y tiró de ella para movilizarla.

–Jordan, llevas los pantalones de cuero, quieres más que un respiro y unos cuantos chupitos, y no estoy de humor –lo advirtió oponiendo resistencia.

–Sandie, te lo juro, nada de princesas esta noche, solo chupitos y si no quieres volver andando, yo pago el taxi a casa.

Le sonó a chantaje. Le sonó a «diría lo que fuera por salirme con la mía» y a «sabes que no vas a decir que no, así que di que sí y nos ahorramos diez minutos». Jordan le obsequió con una de esas sonrisas suyas, de las que les dedicaba a las chicas cuando se las quería llevar a su terreno, algo así como «prueba, porque no vas a arrepentirte». Seguro que al final se arrepentía, pero la alternativa era quedarse enganchada a aquel «no merece la pena» y cada repetición le desgastaba el alma un poco más, porque al final sí que la merecía y necesitaba decirle a Elizabeth que había cambiado de opinión. Que le había costado una semana recapacitar, pero que a ella le llevó tres años enteros concederle el beneficio de la duda, así que salía ganando con las cuentas, y resaltar lo de los tres años por si acaso le ablandaba. Confesarle que creía que era su excepción y no podía dejarla escapar, porque después de ella a lo mejor no había ninguna más que le compensara el riesgo. Que Lilly le había dicho que tenía que ser su novia porque era más guapa que Elsa y que quería que fuera su Jess con final feliz o el mejor recreo

de su vida. Una de dos. Que aunque todo aquello le hiciera temblar como un jodido flan necesitaba muchos más besos bajo la luz de la luna, más miradas sobre la almohada y más nuevos recuerdos buenos.

Y es que, aunque al final acabara mal, sospechaba que ella también lo haría todo otra vez y eso tenía que significar algo grande.

Su amiga la arrastró al interior del bar y ella se dejó arrastrar, así que las culpas se repartían al cincuenta por ciento. El sitio estaba a medio llenar y Jordan eligió sus asientos, personalmente no tenía preferencias, así que se acomodaron en la que para ella era una mesa cualquiera y paseó la vista por el local; al regresarla a su amiga la pilló dedicando sonrisas hacia la zona que quedaba a su espalda y no le sorprendió, claro que no. Era de esperar al tratarse de Jordan y tenía que quererla igual, de modo que se tragó un suspiro antes de recordarle su trato, porque aquella chica tenía mucho morro y muy poca memoria.

–Nada de princesas, Torres.

–Menuda estrecha –casi lo bufó, pero acompañó el comentario con una misteriosa sonrisa y después añadió algo más–. Echa un ojo a las consumiciones y a lo mejor cambias de opinión.

Y antes de que pudiera preguntar algo del estilo «¿Qué cojones estás diciendo?», su amiga le tendía la carta del local que hasta hacía dos segundos pasaba desapercibida en el centro de la mesa justo al lado del servilletero. La aceptó porque la curiosidad ganaba a su reticencia y lo de «cambiar de opinión» le había llamado la atención.

Al principio le descolocó un poco, porque el interior de aquel menú no se parecía en nada a ningún otro que hubiera visto antes. Ni fotos, ni precios, ni lista de consumiciones, un estilo minimalista a la par que elegante. Impactante, porque encabezando aquel particular diseño, en el lugar en el que debería leerse el nombre del bar, ponía «El Plan C» y al procesarlo se le dispararon las pulsaciones.

Plastificado e impoluto. Muy de su estilo, pero en plan resumen, un proyecto de un solo paso y era justo el más inesperado de todos. Se le revolvió el interior al completo y le molestaba el pecho por la superficialidad de su respiración, una oleada brutal de anticipación que se llevó por delante todas sus preocupaciones, relegándolas a un tercer o cuarto plano y ya casi ni se acordaba de ellas, porque aquel jodido plan atraía toda su atención de una manera tan efectiva que no dejaba espacio a nada más. Lo repasó otra vez, para asegurarse de que lo había leído bien, y su organismo redobló la producción de adrenalina tras la máxima «Más vale que sobre que no que falte».

El Plan C era simple, breve y conciso, una puta maravilla de ingeniería verbal, porque lo condensaba todo en una sola frase, representando el pasado, el presente y el futuro en letra de imprenta.

«Hacer que se te caigan las bragas al suelo. Hostia puta».

Así, sin más, la Arial Narrow se había convertido en su fuente favorita de todos los tiempos y casi podía sentir el calor de la palma de su mano cubriéndole la boca. «¿Tienes que utilizar siempre ese lenguaje tan grosero?» y aquella sonrisa en su mirada, bajo las sábanas y por todas partes. Casi lo sintió antes de que pasara, escuchó los acordes antes de que empezaran a sonar y el corazón casi se le detuvo. Miró a su alrededor y pensó que era jodidamente inverosímil, porque en aquel bar había al menos treinta personas contando por lo bajo. Pero es que Elizabeth había hecho suya la expresión «hostia puta» y después de aquello todo era posible.

La vio sobre aquella tarima que hacía las veces de escenario improvisado, aferrada al micrófono como si le fuera la vida en ello, como si el agarrarlo muy fuerte pudiera hacerla un poco más invisible y ella necesitara desaparecer con urgencia. Las primeras notas se hicieron audibles justo cuando sus miradas se encontraron y el corazón se le saltó dos o tres latidos, porque era *Time After Time* de Cyndi Lauper y Elizabeth estaba a punto de empezar a cantar. Lo notó por dentro de una manera muy física y visceral, el impacto de aquel verde sobre su azul y un «si yo puedo hacer esto, tú puedes saltar también» potenciando el «merece la pena, Sandie» de su hermana.

Mierda, nunca había visto a Elizabeth tan nerviosa antes, y seguro que solo quería llamar su atención, pero la estaban observando más de una treintena de personas y en aquel local le sobraban todas menos ella. Se había quedado enganchada a sus ojos y a las implicaciones del momento, su forma de mirarla le estaba haciendo muchas cosas por dentro y quiso sonreírle, pero no le salió. Le sostuvo la mirada mientras trataba de gestionar paso a paso aquel tsunami emocional y se le rompió algo por dentro al escucharla iniciar la canción con voz temblorosa y cambiando de pie el peso de su cuerpo.

Vaya, es que el Plan C era simple, pero muy jodido de ejecutar y seguro que Elizabeth lo estaba pasando peor que en toda su vida, convertida en el centro de atención de la clientela del bar y perdiendo el control a lo bestia. Seguía aferrada al micrófono como si fuera un chaleco salvavidas y seguramente intentaba con todas sus fuerzas que la voz le saliera firme, le estaba costando bastante trabajo que le dejara de temblar y aun así continuaba cantando con bastante determinación. Testaruda e impermeable al hecho de que el día anterior se había quedado esperando Dios sabe cuánto frente a una puerta cerrada, porque la vendedora de enciclopedias había pulsado el timbre tres veces por lo menos.

Mierda, es que era muy cabezota y desafinaba de vez en cuando, cada vez que fallaba una nota a ella se le aceleraba el interior un poco más, porque Elizabeth la estaba mirando con un «voy a llamar de mil maneras diferentes hasta encontrar la que te valga» pintado en la cara, resaltaba por encima del tono rojizo de sus mejillas. Y había visto a Cooper roja muchas veces antes, sobre todo fruto de la ira, como cuando la llamaba preciosa mil veces al día en la redacción, pero también víctima de la vergüenza más absoluta, como cuando la arrastró por error dentro de

aquel estúpido sex shop. La había visto roja un millón de veces y siempre le había parecido un puntito jodidamente sexi que jugaba a su favor, le gustaba, le atraía y le ponía un poco cachonda, pero Elizabeth colorada nunca le había llegado tan adentro como en ese preciso momento.

–Nada de princesas –escuchó a Jordan a su lado, pero no desvió la vista de aquel verde ni una milésima de segundo y su amiga añadió algo que terminó de desbordarla por dentro–. Seguro que por esta haces una excepción.

Porque sí, joder, por Elizabeth haría una excepción o dos o tres, por sus «típico, típico» y por sus risas espontáneas que vibraban en la frecuencia justa para hacerla vibrar a ella. Por Elizabeth iba a arriesgarse a jugar y a perder, porque incluso perdiendo saldría ganando y porque se moría por besarla otra vez y por ver cómo se tapaba la cara mientras follaban, porque quería alisar sus arrugas y llevarle M&M's amarillos los viernes al trabajo para invitarla a salir todos los fines de semana.

Por Elizabeth haría mil excepciones y la llevaría a comer a casa de sus padres un domingo porque, por lo visto, llevaban un año esperándola y su sobrina quería verla en directo. Por Elizabeth iba a saltar sin pista de aterrizaje ni paracaídas. A tomar por culo las precauciones, porque con su corazón a mil no se llevaban bien. Y Lilly tenía razón, casi sin saberlo, su oráculo de Delfos de metro diez de estatura y dientes diminutos se lo había dicho alto y claro: Elizabeth tenía que ser su princesa. Y tenía que serlo, porque había dado en todos sus clavos.

Era lista. Jodidamente lista.

Era guapa. Más que Elsa.

Tenía sentido del humor. Y cada vez que se reía la desmontaba por dentro.

Forraba muy bien. Pues mira, sí.

Como mínimo podía ser el mejor recreo de su puta vida, a lo mejor no la cambiaban de colegio nunca y si al final se marchaba, seguro que la dejaba con miles de recuerdos buenos cojonudos. La primera vez que la vio cantar en un karaoke con voz temblorosa ya era uno de ellos. Lo vio increíblemente claro escondido en su verde, casi una bofetada de «joder, salta ya», y se acordó de que Lilly le había dicho «bésala, que seguro que se despierta», que Elizabeth no estuviera dormida casi era lo de menos.

Se levantó de la silla sin dejar de mirarla y al verlo a la morena le tembló un poco más la voz. Sorteó mesas con las pulsaciones por las nubes y pasos decididos. Siete, los más firmes que había dado en su vida a pesar de que por dentro estaba temblando como un puto flan. Llegó a los pies del escenario y Elizabeth abandonó todo intento de continuar con la canción y le sostuvo la mirada casi aguantando la respiración, seguro. El octavo paso lo utilizó para subir a la tarima, el noveno y el décimo para llegar hasta ella con la melodía de *Time After Time* huérfana y de música de fondo. No paró, porque era imposible, y con el undécimo paso colisionó contra su cuerpo, encontró su boca al mismo tiempo que le rodeaba la cintura con un brazo, la sujetó por la nuca con su mano libre y atrapó sus labios en un solo

movimiento, buscando el ángulo perfecto. Dos cortas embestidas, porque a la tercera va la vencida, y dieron en el clavo, el labio inferior de Elizabeth entre los suyos y las manos de la morena sujetándola por el cuello aún sin soltar el micro. Encontraron el ritmo perfecto casi antes de empezar a buscarlo y su cuerpo entero se rindió ante la evidencia de que la que acababa de despertar era ella. Mierda, es que Cooper forraba muy bien y besaba mejor, sentía el micrófono frío contra su piel y el calor de la morena por todas partes. Menudo contraste más cojonudo.

Sonrió al oír cómo la respiración de su compañera se descompensaba y Elizabeth atrapó sus labios de nuevo, inclinando la cabeza jodidamente bien y aceptando el desafío que era continuar con aquel beso abierto al público, intenso, casi casi exhibicionista y paradójicamente íntimo al mismo tiempo. Si hubiese tenido alguna defensa activa se le habría caído al suelo fulminada por la forma en que Elizabeth la miró a continuación, muy de cerca, mordiéndose el labio inferior y susurrándole «Sandie, nos están mirando» contra la boca. Le dieron ganas de decirle algo así como «pues yo solo te veo a ti», sería la hostia de pastoso e increíblemente sincero, pero en vez de hablar le robó un beso rápido y de los cortos, porque no quería alargar su agonía sobre aquel escenario más de lo estrictamente necesario. Cooper se había quedado con toda la vergüenza que le faltaba a ella.

La tomó de la mano que tenía libre, con la otra le quitó el micrófono y lo colocó en su base antes de tirar de ella, guiándola tarima abajo e invitándola a seguirla fuera del local, lejos de la sorprendida mirada de su público improvisado. Sorteó un par de mesas, con el calor de la mano de Elizabeth acomodado contra su palma y el corazón latiendo fuerte en la garganta. «Me encantaría verte cantar en un karaoke, Liz», y le había encantado de verdad. Aquella actuación había sido mucho más, una declaración de intenciones musical después de pasarse una semana completa persiguiéndola. «No voy a parar hasta que me digas que sí», porque las tornas habían girado de repente y esa debía de ser la versión Cooper de sus insistentes «¿Qué tal, preciosa?». La cazadora convertida en presa, en el punto de mira de Elizabeth no se estaba tan mal, así que tendría que darle un par de vueltas a su teoría y dejarse alcanzar.

Al esquivar la tercera mesa localizó a Jordan a su derecha, acorralando a Megan contra una de las paredes del establecimiento, y no parecía que le costara gran trabajo, la verdad, porque la morena tenía toda la pinta de ir a cantarle las Pointer Sisters de un momento a otro, por segunda vez, en repetición, sin karaoke ni nada y con tono ronco contra el oído. Su amiga iba a entrar en coma profundo y a lo mejor en aquella ocasión Megan le regalaba las bragas después de habérsela follado dos o tres veces.

Jodida Torres y sus pantalones de cuero.

Cinco segundos más tarde, Elizabeth y ella salían del local y respiró hondo antes de girarse y mirarla: la morena aún estaba un poco roja y aquel tono le quedaba muy

bien, así que se le aceleraron más las pulsaciones, una hiperreactividad fisiológica que sentaba de puta madre, y miles de mariposas le revolotearon por dentro mientras buscaba algo que decir. «Eres más guapa que Elsa, así que tienes que ser mi novia» le parecía exigente y aventurado, a lo mejor a Lilly le funcionaba con las de primer grado, pero Elizabeth ya había terminado la universidad y todo. Aun así, era verdad y no se le ocurría cómo decirlo con más suavidad. Necesitaba una versión para adultos, algo parecido a «por favor, perdóname por haber sido tan cobarde y dame una oportunidad para ser valiente».

–Has adelantado el Año Nuevo –optó por bromear, pero la voz le salió más grave de lo normal y Elizabeth esbozó una sonrisa de medio lado.

–Necesitas otro deseo para cuando llegue el de verdad –lo dijo apretándole un poco la mano y ella se quedó enganchada a su forma de mirarla, y lo que contestó a continuación le salió de dentro.

–Sin problemas, de repente tengo muchos.

Supo que Elizabeth había captado su invisible «y la mayoría están relacionados contigo de mil maneras diferentes», porque le cambió ligeramente el gesto y entrelazó sus dedos acercándose un poco más. La miraba como si siguieran en Fall River o como si ellas fueran más importantes que el contexto, su verde la desmontaba por piezas cada vez que le permitía perderse un poco más de la cuenta en él y a ella le gustaba desintegrarse así de lento y rodeada de miles de «podrías convertirte en lo más importante para mí».

–Sandie, cuando me viste el sábado con Samantha...

–Siento haberme marchado así.

La cortó, porque visto lo visto sobraban las explicaciones, después de haber cantado en un karaoke por ella y delante de decenas de desconocidos Elizabeth no tendría que explicarle nada nunca más. Un cheque en blanco para toda la eternidad.

–Siento haber desaparecido una semana entera y siento no haberte abierto la puerta ayer, pero llevabas un jodido archivador negro y Lilly te confundió con una vendedora de enciclopedias.

–¿Tu sobrina cree que tengo pinta de vendedora de enciclopedias? –Elizabeth frunció el ceño y ella le colocó un mechón de pelo tras la oreja.

–Mi sobrina cree que eres más guapa que Elsa y yo también –lo dijo recorriéndole el rostro con la mirada.

Mierda, es que en la fotografía de la ermita Elizabeth salía preciosa, pero en directo era aún mejor y Lilly iba a flipar. Se quedó un poco hipnotizada por sus labios y por lo insultantemente bien que le quedaba aquella cazadora negra.

–¿Elsa, la cocinera escandinava de mediana edad de la cafetería de debajo de la redacción?

Pero qué imbécil era. A ella se le escapó una sonrisa y avanzó un par de pasos obligando a Elizabeth a retroceder hasta que su espalda se encontró con la pared del local y le recorrió las facciones con la vista de nuevo, desde mucho más cerca.

–Elsa, la reina del Reino del Hielo, el personaje Disney más jodidamente sexi de todos los tiempos –lo dijo bajando la voz y acariciándole el cuello con las yemas de los dedos hasta entrar en contacto con el material de su cazadora.

–¿Por qué hablas de mí con tu sobrina de seis años? –preguntó mientras buscaba su mirada.

La encontró enseguida y, por un par de segundos, ella no dijo nada, de repente se le hacía un poco cuesta arriba admitir eso de «llevas siendo mi tema favorito de los domingos los últimos tres años» y el corazón le latía raro en el pecho. Estudió el color exacto de aquellos ojos increíbles con la respiración atascada en la garganta y seguro que los estaba mirando como si fueran lo más alucinante que había visto jamás. Joder, es que a lo mejor de eso iba lo de «saltar». Dejarse llevar, arriesgarse y toda esa mierda. Reconocer «no quería nada con nadie, pero lo quiero todo contigo y esto es lo que hay» y que Elizabeth hiciera lo que quisiese con ello.

*Adelante, Sandie, pero sin perder la clase.*

Sonrió, porque hacía tiempo que a Elizabeth aquel gesto enmarcado en sus facciones le hacía el mismo efecto que a todas las demás y no era cuestión de desperdiciar su potencial precisamente con ella. Se fijó en cómo el verde de su mirada abandonaba su azul para descender y contemplar el gesto y sonrió aún más, porque el poder estar así con Cooper le hacía generar endorfinas de sobra. Como no tenía con quién repartirlas se las quedaba todas y le encantaba la sobredosis.

–Lilly está muy interesada en mi vida sentimental.

Elizabeth descansó la parte posterior de la cabeza sobre la pared y la miró con interés, le dio la sensación de que evaluaba sus palabras para formular una contestación acorde y a la altura de las expectativas. A lo mejor ella también estaba reajustando su propio «déjate llevar».

–¿Insinúas que soy parte de tu vida sentimental?

Sintió el pulgar de la morena acariciándole el dorso de la mano y el interior al completo se le encogió de golpe cuando la vio sonreír de aquella manera. Se lamió los labios, un gesto nervioso con el que no estaba nada familiarizada, a decir verdad, pero es que con Elizabeth la mayoría de las cosas eran nuevas y la hostia de emocionantes.

*Vamos, Davies, échale ovarios.*

–Insinúo que quiero que lo seas.

Casi aguantó la respiración en espera de una reacción por su parte, preferiblemente una verbal, porque quedar al descubierto de aquella manera acojonaba y era la hostia de arriesgado y quiso decir «Vamos, Liz, empecemos por un recreo y luego decides si quieres más», pero no le dio tiempo, ya que Elizabeth tiró de la cazadora de cuero de su hermana para que se acercara a ella al máximo.

–¿Eso lo sabe Lilly? –la morena lo preguntó mientras ella apoyaba las manos sobre la pared, a ambos lados de su cuerpo.

–Lilly lo sabe todo –lo dijo acercándose a su boca, porque el lenguaje no verbal



de su compañera le invitaba a ello. No entendía por qué Elizabeth nunca había querido jugar si lo hacía todo así de bien—. Dice que tendrías que ser mi novia.

Elizabeth sonrió al escucharla y a ella se le suspendieron las pulsaciones hasta nuevo aviso.

—Solo tiene seis años.

La morena desestimó la capacidad de juicio de su sobrina, pero sus manos ya estaban sujetándola por el cuello de la cazadora y preparadas para lo siguiente.

—Es muy lista para su edad —lo susurró prácticamente pegada a la boca de su compañera.

Casi no le dio tiempo a prepararse y eso que lo veía venir, el mejor tirón de todos los tiempos y los labios de Elizabeth atraparon los suyos mientras la invitaba a aprisionarla contra la pared con el peso de su cuerpo. Las manos de la morena liberaron su cazadora y le acariciaron el cuello, dibujando un camino de cosquillas calientes hasta sujetarla por la nuca. Mierda, le encantaba dejarse llevar de aquella manera, se separó de su boca con el único objetivo de volver a embestir aquellos labios otra vez, con firmeza y suavidad, sin prisa, pero con unas ganas enormes de acariciarla entera.

Madre mía, es que estaba besando a Elizabeth Cooper a la salida de un bar. La tenía acorralada contra la pared y dejándose mimar, y ella se moría por mimarla dos o tres eternidades seguidas. Con Samantha olvidada y sus miedos a un lado, con ganas de decirle «eres una puta maravilla, joder» antes y después de besarla y repetírselo entremedias. Lilly tenía seis años y toda la razón del mundo, porque Elizabeth tenía que serlo. Su novia, su princesa o su jodida excepción, que eligiera lo que más le gustara sin dejar de acercarla una inmensidad y media con cada embestida a su boca, porque besarla bajo una enorme luna llena en una ermita desierta fue la hostia de romántico, pero perderse en sus labios bajo el neón destartalado de un bar cutre de Nueva York seguía siendo igual de increíble.

Se acercó aún más y se presionó contra su cuerpo al mismo tiempo que profundizaba el beso, deslizando la lengua al interior de su boca, porque su sabor y su textura le habían vuelto loca desde el principio, desde aquel «Pues deja que me arrepienta mañana» con regusto a tequila y necesidad. A juzgar por el suave gemido que obtuvo a cambio de sus atenciones, el plazo para eso del arrepentimiento había vencido casi antes de empezar su cuenta atrás. La sabandija asquerosa y la mujer biónica habían caducado hacía tiempo, y Elizabeth introdujo sus manos bajo la cazadora de su hermana y la acercó a su cuerpo con precisión y muchas ganas, con las palmas abiertas acomodadas en su baja espalda, y que descendieran un poco más solo era cuestión de tiempo.

Le mordió el labio inferior y Elizabeth sonrió delineando la curva de su trasero con ambas manos. Una semana en Fall River, Kansas, y Sandie «sabandija asquerosa» Davies se había convertido en su reptil favorito del mundo entero.

De puta madre.

## En el término medio

«El que la sigue la consigue» y la importancia de ser constante, porque el burro por fin había alcanzado su zanahoria y se lo habría restregado por toda la cara a Megan, pero la faz de su amiga estaba demasiado ocupada dejándose desintegrar por las babas radioactivas de la fiel escudera de Sandie. Las había visto por el rabillo del ojo mientras intentaba sobrevivir a la vergüenza extrema de la exhibición más exagerada de su vida y ella podía cantar mucho mejor, pero las superpobladas circunstancias y Sandie mirándola de aquel modo le habían puesto bastante difícil eso de entonar correctamente. Una lástima, porque *Time After Time* la bordaba en condiciones favorables.

Fuera como fuera y, quizás con unos gallos de más, el Plan C había salido según lo previsto, incluso un poco mejor de lo esperado, porque Sandie no había podido ni aguantar hasta el final de la canción para plantársele delante y fastidiarle el espectáculo. Con su pelo increíblemente acondicionado y chaqueta de cuero, con el azul de aquellos ojos resaltado por su forma de mirarla y esa pinta de rompecorazones extrahormonada que tenía. Con aquellos pantalones ajustados que le quedaban tan bien como todos los demás, porque sus caderas eran todoterreno, y con sus aires de «cobro en amor» que le hacían querer empezar a pagar y no parar nunca. Se había pasado una semana entera sin verla y la había echado de menos.

Y tenía un discurso preparado y pasado a Word en torno al tema «entiendo que te dé miedo, pero podemos asustarnos juntas», ocupaba dos páginas y media, en Times New Roman, tamaño de letra doce y a doble espacio, pero no le había hecho falta usarlo. Sandie no le había dado la oportunidad de decir ni media palabra antes de subirse al escenario como si fuera suyo y besarla de aquella manera, repentina y espectacular, con toda la seguridad del mundo por fuera, aunque temblando por dentro, muy a su estilo. Y aquello también lo había echado de menos con alarmante intensidad, y es que Sandie lo hacía muy bien y besarla le despertaba de todo por dentro, ganas de formar parte de su vida sentimental incluidas.

Y eso que decía Lilly de «ser la novia de su tía» podría resultar arriesgado, porque Sandie Davies en aquella redacción era un icono sexual de los importantes, de los que mueven pasiones y sus compañeras babeaban a su paso en cantidades industriales porque les debía de sobrar la saliva, así que lo mismo empezaba a

recibir anónimos como si estuviera saliendo con el puñetero Justin Bieber. Era una posibilidad, pero la rubia profundizó el beso, presionándola más contra aquella pared, y a ella se le escapó un «Pues me compraré un archivador para guardarlos por categorías» en forma de suave gemido contra su boca.

De pronto fue consciente de que prácticamente estaban entrando en los preliminares del verbo «trajinar» en un lugar público y pensó «Oh, Dios mío» mientras le acariciaba el culo, porque la situación en sí le daba un poco de vergüenza, pero Sandie lo tenía tan firme que casi justificaba aquel acto de exhibicionismo callejero. La rubia abandonó su boca y descendió a su cuello, iniciando una fiesta bastante animada de labios y lengua, succiones y saliva. En vez de decirle «Para, desvergonzada» inclinó la cabeza hacia atrás para hacerle sitio y ahogó un gemido al sentir un mordisco extremadamente suave sobre su yugular. La temperatura ambiente no superaba los ocho grados, así que aquel calor sobrenatural lo debía de estar generando ella.

–Sandie...

Llamó su atención dispuesta a pedirle que parase, pero la susodicha acarició con la lengua el lóbulo de su oreja y se le escapó un «Cristo Bendito», así que la dejó hacer unos segundos más antes de insistir.

Al tercer «Sandie», la rubia se dio por enterada y se apartó de ella evidentemente acalorada y con el organismo acelerado y a pleno rendimiento, respiraba por sus labios entreabiertos y el azul de su mirada era un poquito más oscuro que de normal. Al verla a ella le revolotearon mariposas sexualmente activadas en el bajo vientre, porque en las últimas dos semanas aquella chica había despertado muchas cosas en ella, necesidades muy físicas entre otras y, aunque no era virgen, nunca había estado tan interesada en el arte de trajinar como después de haberse dejado trajinar por Sandie.

–Joder, Cooper... –casi fue un susurro y mientras lo decía la rubia le acarició el labio inferior con el pulgar.

Podría haber añadido alguna frase de las suyas, en plan «me pones jodidamente cachonda», pero habría sido una redundancia, porque aquella cara lo decía todo y más. Y debía admitir que atraerla sexualmente de aquella manera tan evidente era un chute de los importantes a su autoestima y le hacía cosas muy interesantes por dentro. Una extraña sensación de poder eso de derretirla con tanta facilidad entre sus dedos. Una puerta más de las que Sandie le había ayudado a abrir y es que, al final, eso de «echar un buen polvo con Sandie Davies es justo lo que necesitas» iba a ser verdad y el mundo se había convertido en un lugar mucho mejor después de haberse dejado regalar un par de orgasmos.

–¿Puedo invitarte a tomar algo en otro lado? –Sandie lo preguntó apartándose un poco más de ella y le sonó a «perdona por haberte hecho gemir sin haber hablado un poco antes».

Y lo cierto era que no tenía que disculparse por nada, porque tras su semana en

Fall River y aquel «Dice que tendrías que ser mi novia» había dejado claro que sus intenciones con ella no eran únicamente libidinosas y, en aquel punto de la película, incluso aunque lo hubieran sido, ella se lo habría pensado y todo.

–¿Tienes zumo en tu casa? –lo preguntó acariciándole las solapas de su cazadora con las palmas de las manos.

Y, la verdad, el zumo era lo de menos. Sandie sonrió de medio lado, en parte por lo de «tu casa» y en parte porque su elección de bebida le debía de resultar graciosa.

–Hace dos semanas que no paso por allí y seguro que Jordan tiene la nevera llena de cerveza rancia –lo dijo apoyando de nuevo las manos sobre la pared y a ambos lados de su cabeza, atrapándola en un reducido espacio que olía a ella–. Además, creo que tu amiga y mi amiga van a pasarse la noche follando en mi piso.

«Follar» siempre le había parecido una palabra fea y sucia, muy sucia, pero cuando Sandie lo decía así de cerca y con aquella sonrisa pervertida asomada a sus labios le cambiaba la perspectiva, en su voz aquel verbo casi le sonaba mejor que «trajinar» y le hacía cosas deshonestas a su bajo vientre. Aun así arrugó ligeramente la nariz, porque aquel « follando » implicaba a Megan y a Torres y aquel binomio todavía no encajaba muy bien en su sistema de valores. A Sandie debió de gustarle su gesto, porque cambió de tipo de sonrisa, a una especialmente cálida, y le recorrió el rostro con el azul de su mirada por un par de segundos antes de inclinarse despacio para besarla con extraordinaria suavidad. Sin lengua y sin buscar nada más, encontraba su boca a cámara lenta, tibio y dulce, igual que aquella noche en la ermita y, cuando lo hacía así, a ella el interior se le fundía de una forma sencillamente alucinante.

\*\*\*

Una vez descartado el piso de Sandie, la rubia le había preguntado de nuevo eso de «¿Puedo invitarte a tomar algo en otro lado?» después de haberse besado en plan romántico contra la pared de aquel local un rato largo. Ella le había contestado «Invítame a un taxi», porque su casa quedaba un poco lejos, y tiró de su mano para que la acompañara en el asiento trasero, un trayecto de quince minutos y más besos lentos, húmedos y suaves. Cada vez que Sandie atacaba su boca con aquella delicadeza el calor más agradable de todos se apoderaba de su interior, le despertaba todas las terminaciones nerviosas con mucha consideración y le renovaba las ganas de sentirlo una y otra vez. Un círculo vicioso de los que no mareaban.

En aquel momento la rubia admiraba su salón mientras ella esperaba de pie, apoyada de espaldas contra el respaldo del sofá. Ni en un millón de años habría pensado que dejar pasar a Sandie Davies al interior de su piso por voluntad propia fuese a ser algo remotamente posible y en el presente más inmediato lo impensable era permitirle salir. Las vueltas de la vida o el haberse pasado tres años con los ojos

vendados y apretándolos muy fuerte, improvisaciones en su plan general de las que ya no daban tanto miedo. A veces los detalles inesperados mejoraban el conjunto y su salón le gustaba más con Sandie como complemento.

–Seguro que las molduras de las puertas las ves mejor mañana, con más luz – dijo cruzándose de brazos y el corazón le dio un pequeño vuelco cuando la rubia se giró hacia ella suprimiendo una sonrisa.

–Mañana...

Repitió aquella palabra mientras se acercaba.

Tres sílabas y le dispararon las pulsaciones a lo bestia, porque ella no lo había dicho con segundas intenciones, pero el mensaje subliminal era de los evidentes y parecía estar dando por sentado dónde iba a pasar Sandie la noche. Un poco presuntuoso por su parte, ya que a lo mejor la rubia acostumbraba a irse a casa después de trajinar, en Fall River no había tenido muchas camas entre las que elegir y tal vez de vuelta en Nueva York prefería regresar a la suya.

–Si sigues aquí –lo añadió justo cuando Sandie paró frente a ella.

–¿Quieres que siga aquí?

Ufff, la miraba con esa pose impertinente que ponía a veces y media sonrisa. Tonteando a su manera y en las últimas dos semanas había aprendido tanto a apreciar su *modus operandi* que le costó tragar: aquellos ojos vistos tan de cerca no se lo ponían nada fácil, pero le encantaba la sensación.

–¿Tú quieres seguir aquí?

Le devolvió la pelota y le sostuvo la mirada como una campeona mientras sentía cómo Sandie apoyaba las manos sobre el respaldo del sofá, a ambos lados de su cuerpo. Y al final la rubia no respondió nada, pero supo que su silencio quería decir «por supuesto que sí» por la sonrisa que le dedicó antes de atrapar sus labios en el beso más suave de todos. Fue tan increíblemente sincera que le derritió el alma entera en medio segundo y lo dejaba así de claro.

Se lo correspondió, cerrando los ojos antes incluso de que conectaran sus labios para sentirlo al máximo, y acunó las mejillas de Sandie entre las manos porque le salió así, notó un amago de sonrisa contra su boca, pero enseguida la rubia lo sustituyó por otra de sus suaves embestidas. Estaba segura de que nadie más sabía que la rompecorazones de la redacción podía besar así, empapándolo todo de sentimiento e inundándose por dentro de creciente necesidad. La habían besado muchas veces antes, pero nunca la habían besado así y Sandie Davies había tenido que perseguirla durante tres años para poder enseñarle lo que se estaba perdiendo por empeñarse en ir por la vida mirando hacia atrás. Juegos bajo la luz de la luna, besos de los que hacen que te tiemblen las rodillas y miradas que te disparan las pulsaciones. Sexo alucinante y ser más guapa que Elsa la reina del Reino del Hielo para alguien. Una segunda oportunidad con la persona menos esperada y una lección de vida eso de descubrir que por el mundo hay muchas zanahorias.

La rubia abandonó sus labios tras un beso especialmente dulce y unió sus

frentes durante unos segundos antes de mirarla desde muy muy cerca. De repente todo lo que veía era aquel intenso azul y no echaba de menos los demás colores, que el amarillo fuera primero según el abecedario no le parecía tan relevante en las presentes circunstancias.

–Sí que quiero quedarme.

Sandie casi lo susurró, su forma de decirlo le estranguló el corazón en el pecho y ella se limitó a perderse en su mirada un poco más.

Sandie Davies, la misma Sandie Davies por la que suspiraba la redacción entera, la observaba a ella como si fuera el centro de su maldito universo. Es que aquella máquina de ligar no parecía tan infalible de pie frente a ella y susurrándole «Sí que quiero quedarme» casi contra los labios, porque quería de verdad y se lo estaba diciendo verbalmente y de mil maneras diferentes. Dibujando mil caminos que las llevaban de vuelta a ese «Llevo colada por ti desde que te vi por primera vez en la redacción», desembocaban al otro lado del disfraz que protegía a Sandie de lo que le daba tanto miedo y la rubia se lo estaba quitando por ella o al menos permitiéndola pasar.

–Quiero que te quedes.

Le correspondió en el mismo tono y sosteniéndole la mirada, porque la Sandie vulnerable la impulsaba a ser valiente. La tomó por una mano, entrelazando sus dedos, y se disponía a besarla de nuevo, pero la rubia se le adelantó y atrapó sus labios de forma casi tímida, a lo mejor como secuela de tanta honestidad. Porque de pronto Sandie quería y ella quería y no hacía falta que quisiera nadie más; Lilly también quería y era un bonus diminuto y adorable, una mini Davies que, en vez de perseguir a las niñas de su clase diciendo «Eres una puta monería, ¿lo sabías?», decía que ella era más guapa que Elsa la reina del Reino del Hielo y aquello era mucho más dulce. La posibilidad de que Sandie se reprodujera en un futuro ya no le daba tanta grima como antes y, a lo mejor, el mundo precisaba de más Davies que robaran corazones besando a las chicas de aquella manera bajo cada luna llena, ayudando a las más perfeccionistas a flexibilizar.

Tal vez todas las Cooper necesitaban una Davies que equilibrara su balanza y todas las Davies una Cooper que las impulsara a arriesgarse. Porque para ser valiente solo hace falta un motivo, y ella no fue el de Samantha para ser el de Sandie. Las dos juntas podrían ser algo así como «un término medio de la hostia», la rubia se lo llevaba anunciando desde el principio de mil maneras diferentes y a ella le había costado empezar a prestarle atención.

–¿Quieres ver mi habitación?

Se lo preguntó en un susurro y con el corazón ligeramente acelerado por las implicaciones de su interrogante, siempre había visto a Sandie con chicas de las lanzadas y se sentía un poco ridícula en comparación, porque eso de «Quiero que me folles» había sido la alcoholizada excepción que confirmaba su regla y no creía poder llegar a decir nada parecido nunca más. Notó calor en las mejillas y justo

cuando empezaba a pensar «madre mía, Cooper, qué pena das», la rubia sonrió. Y no era una de esas sonrisas de «qué mona eres», no. Esa sonrisa quería decir «qué mona eres», sí, pero sumándole un «me muero por trajinarte ya» que le hizo replantearse eso de la pena que daba y de repente ya no se sentía tan ridícula. Sandie sabía exactamente lo que debía hacer en cada momento o a ella le valía todo lo que hacía Sandie a todas horas. Una de dos.

–Me encantaría ver tu habitación. –La rubia le acarició el dorso de la mano con el dedo pulgar mientras lo decía.

A ella le sonó a «quiero verla de verdad» y alguna parte de su «yo» más profundo se revolvió ante su acústica. Su interpretación de *Time After Time* de aquella noche no había estado a la altura de sus mejores puestas en escena, esa era la verdad, pero daba la impresión de que a Sandie le había impactado de forma especial. Un antes y un después, Cyndi Lauper diciéndole al oído «Déjala pasar, Davies, que merece la pena». Seguro que «lo de Jess» seguía allí, pero estaba dispuesta a cantar todos los grandes éxitos de los ochenta en versión karaoke una y otra vez si con eso la ayudaba a mantenerlo a raya. Público desconocido incluido.

A lo mejor Sandie también era su motivo para ser valiente.

Tiró de su mano y su compañera se dejó arrastrar. En cuanto cruzaron el umbral de la puerta la rubia se paró en seco y recorrió su alrededor con la mirada, atenta a los detalles, como si no hubiera visto un dormitorio en la vida.

–Cama hecha, sábanas de rayas paralelas y decoración simétrica en las paredes. Es justo como me la imaginaba.

–Así que has imaginado cómo sería mi habitación –resaltó aquel hecho y Sandie desvió la vista mientras esbozaba media sonrisa.

–Alguna vez. Seguro que tú también has imaginado cómo es la mía –aventuró caminando hasta el centro de la habitación tras soltar su mano.

–Cama deshecha, sábanas de ilustraciones lascivas sacadas de la *Playboy* –enumeró con una sonrisa divertida mientras se sentaba a los pies de la cama.

–Me las regaló mi madre y estaría feo no usarlas –bromeó y se acercó hasta llegar frente a ella.

–Estaría muy feo –convino sosteniéndole la mirada mientras la rubia se inclinaba apoyando las manos tras su espalda sobre el colchón.

–Son muy suaves.

Sandie defendió aquellas hipotéticas sábanas libidinosas, acercándose a su boca con toda la cara del mundo y sonriendo como si el tontear con ella de esa manera fuera su pasatiempo favorito en el mundo entero. A ella las mariposas le empezaron a revolotear en la boca del estómago, porque tampoco les desagradaba aquella forma de emplear sus ratos libres.

–Seguro que sí.

–Porno permanentemente accesible desde la cama –lo dijo antes de besarla lento, su delicadeza contrastaba con aquel desvergonzado comentario, pero tuvo

que devolvérselo y además sonrió con lo que añadió a continuación—. El gran sueño americano.

Pues sí, o la gran Sandie Davies intentando tocarle las narices con sus sucios comentarios. Le encantaba picarla de aquella manera y en el fondo seguro que echaba de menos sus «típico, típico», eran ya muchos años de tradición. En vez de contestarle en tono de desaprobación sonrió de medio lado, porque Sandie lo hacía todo divertido y el sexo no era una excepción, y la besó de nuevo dejándose caer sobre el colchón y tirando de su camiseta para llevársela a su terreno con sus labios puestos.

Estuvo a punto de gemir al sentir cómo la rubia apoyaba el peso completo de su cuerpo contra su anatomía, lo hacía de forma gradual y perfecta, soltando suaves sonidos claramente sexuales contra su boca mientras se posicionaba sobre ella de la mejor manera posible.

Santa Madre de Dios. Es que tenía a Sandie Davies en su habitación. En su cama, por Cristo Bendito y, como ya hacía un par de semanas que había dejado de ser esa «Sandie Davies», a lo mejor no estaba apreciando debidamente aquel inédito acontecimiento. La mujer más sexi de la Tierra, según la última encuesta realizada en la redacción, se estaba derritiendo sobre ella mientras la derretía de paso. «Dice que tendrías que ser mi novia».

La mujer con el mejor culo del planeta, según la última encuesta realizada en la redacción, parecía tener intenciones de seguir besándola a ella, así de despacio a corto y medio plazo y en exclusiva. Madre de Dios, en la revista iba a arder Troya y le importaba más bien poco. Digna de admiración su valentía, porque era altamente probable que empezaran a mezclarle los clips de colores con mucha más inquina que de normal.

Sandie fue la primera en anunciar que el besarla así de lento le aceleraba las pulsaciones en particular y el organismo en general, una paradoja en forma de gemido bajito y una búsqueda de mayor contacto contra su cuerpo, sintió sus manos en la cintura atrayéndola hacia ella, porque la rubia empezaba a excitarse y necesitaba más. Y solo con eso su temperatura interna ascendió un par de grados y se le descompensó la respiración, jadeó antes de incrementar la intensidad del siguiente beso impulsada por una oleada de deseo caliente y Sandie le siguió el ritmo, explorando con la lengua el interior de su boca. Sintió cómo comenzaba a moverse rozándole el cuerpo entero, muy lento, como si no tuviera prisa y pudiera pasarse toda la vida restregándose contra sus caderas de ese modo tan placentero. La seguía besando húmedo, acoplando el vaivén de su anatomía a las embestidas de su boca mientras aumentaba gradualmente la intensidad de todo en su conjunto. Es que lo hacía en perfecta sincronía y ella se dejaba hacer excitándose en consecuencia.

Inclinó la cabeza hacia atrás porque necesitaba tomar aire y Sandie aprovechó que su cuello quedó expuesto para ensañarse con él mientras colaba las manos por



debajo de su camiseta y le abrasaba los costados con las palmas abiertas. Sentía su respiración pesada y caliente acariciándole la piel como complemento perfecto a la humedad de sus labios y ahogó un gemido al notar un pequeño mordisco en la zona más sensible de aquella parte de su anatomía, seguidamente la rubia deslizó la lengua por el lugar afectado y le dieron ganas de gemir otra vez. Enredó las manos en aquel pelo ultrasuave y la animó a seguir con el ataque a su cuello despeinándola en el proceso, todo a su alrededor olía a su acondicionador y al maldito Calvin Klein y sumaba puntos a la mezcla.

Sandie le lamió la garganta desde la base del cuello hasta llegar a su barbilla, después sintió su respiración pesada junto a la oreja y se le tensó todo el cuerpo para que el escalofrío que la recorrió de arriba abajo pudiera atravesarla mejor. Cerró los ojos y susurró un «Oh, Dios» entrecortado, porque aquel sonido era tan pornográfico que seguro que estaba prohibido en los estados más conservadores.

–Liz... joder, Liz...

Se lo dijo con ese tono ronco que le salía cuando estaba excitada para a continuación presionarse con más fuerza contra sus caderas y gemirle al oído.

Santa Madre de Cristo Bendito, con aquello mojó su ropa interior de golpe y porrazo y ella quería más. Más presión por todas partes, más susurros roncros junto a su oreja y que la llamara «Liz» mil veces seguidas con esa necesidad en la voz, porque ya no le molestaba tanto que usara aquel diminutivo. Buscó su boca de forma torpe y casi a ciegas, y la besó más bruscamente que a nadie en toda su vida, porque estaba perdiendo el control a lo bestia y ni siquiera le importaba. Deslizó las manos por la espalda de la rubia y al llegar a sus caderas cambió el rumbo y las dirigió a la cintura de sus pantalones. Le soltó el botón, Sandie hizo «Bufff» sobre sus labios y se presionó de nuevo contra su cuerpo antes de separarse apenas un centímetro buscando su mirada. Ella aprovechó el espacio para explorar su cuello con los labios y la rubia le facilitó la tarea ladeando la cabeza.

–Me pones... muy... –Sandie empezó prácticamente gimiéndolo, pero se frenó a mitad de frase de golpe y después de aquella pausa la voz le salió diferente–. ¿Por qué tienes tres jodidos despertadores en tu mesilla, Cooper?

Al oírla suspendió las atenciones a su cuello y giró la cabeza para observar su mesita de noche. Tres despertadores, ni más ni menos, el número perfecto que garantizaba su entrada en vigilia justo a las seis y media de la mañana de lunes a viernes, y hora y media más tarde los fines de semana. La sorpresa de Sandie no la sorprendía a ella, tenía que admitirlo. Porque Davies era guapa, era lista, inesperadamente tierna y divertida, Davies era muchas más cosas maravillosas de lo que se veía a simple vista, pero seguía siendo una decepción de las gordas en cuanto a orden y puntualidad y no iba a engañarse a sí misma pretendiendo lo contrario. Sandie era perfecta con todas sus imperfecciones, pero imperfecciones tenía unas cuantas. Seguro que confiaba en despertarse cada mañana con la alarma del móvil y la mitad de las noches se olvidaba de programarlo.

Típico, típico.

–A diferencia de ti, me gusta llegar puntual a trabajar –explicó conectando sus miradas de nuevo.

–Para que la gente como tú se despierte tres veces la gente como yo tiene que quedarse dormida y preservar el equilibrio cósmico del planeta. Cada mañana que te despiertas el triple, dos de nosotras llegamos tarde al trabajo y un ángel pierde sus alas.

Increíble. Seguía teniendo la misma cara dura de siempre, pero a ella le gustaba mucho más. Sus gilipolleces dichas desde tan cerca y en aquella postura incluso le hacían gracia.

–Siempre me he preguntado si te crees de verdad tus propias memeces – admitió paseándole las palmas abiertas por la espalda.

–Si las repito muchas veces, sí.

Tiró de su nuca para atraparle la boca, quería sentir aquellos labios contra los suyos y que se callara, así mataba dos pájaros de un tiro y encima la hacía jadear. Cumplía objetivos economizando movimientos, perfecto y con un poco de lengua. Sus pantalones sueltos le molestaban en el abdomen cada vez que Sandie se movía lento sobre ella, una molestia extrañamente placentera que la impulsó a deslizar las manos sobre su trasero, por debajo de los vaqueros, para presionarla un poco más. La rubia se dejó manosear un rato mientras la besaba de manera alucinante, porque encima le gustaba, y después se incorporó sentándose sobre su abdomen para quitarse la camiseta de un solo movimiento.

Sandie tenía un cuerpo realmente bonito, de modo que se permitió contemplarlo sin hacer nada más que deslizar las yemas de los dedos sobre su abdomen. Era la segunda chica a la que veía desnuda y todo resultaba diferente a como lo fue con Samantha: su cuerpo, los besos, las caricias y el sexo en general. Ella se sentía distinta, a lo mejor porque habían pasado cuatro años o tal vez porque era imposible que con todas las personas fuera igual. Sandie le despertaba cosas nuevas y ella las dejaba despertar con el corazón latiéndole el doble de fuerte contra las costillas, con muchas ganas y animado por la novedad.

Se incorporó, sujetándola por la cintura, y alzó la vista, porque la diferencia de alturas que implicaba aquella postura así lo requería si quería conectar con su mirada ligeramente oscurecida. Y quería. Quería encontrarse con aquel «puedes hacer lo que quieras» escondido en su azul, la última vez le había dado la impresión de que para Sandie el sexo con ella también tenía algo de diferente, aunque la rubia dispusiera de mucho más material con el que compararlo, y le gustaba la sensación.

Depositó un suave beso justo en mitad de su escote y sintió cómo sus dedos se le enredaban en el pelo animándola a seguir, así que la besó dos veces más, una a cada lado del lugar original, porque le gustaba la simetría y aquello no era un secreto para nadie. La rubia movió las caderas lento contra su abdomen, despertando todas las cosquillas que dormían en su bajo vientre e impulsándola a

besar un camino descendente que terminaba entre sus pechos. Eso de «echar un buen polvo con Sandie Davies» siempre le había sonado guarro y meramente lascivo, puro instinto animal trajinando a lo bestia. Una vez más las cosas no eran como parecían y ella se había pasado tres años enteros equivocada, ajena al efecto Coolidge, a la intensa vida sexual del ratón antequino pardo y a las cuevas de Waitomo, y sin saber que con Sandie el sexo podía ser tan alucinante como dejarse besar bajo una inmensa luna llena. En vez de sucio, era sensual y debería dejar de catalogarlo como libidinoso para denominarlo «eróticamente intenso», porque la precisión léxica era importante y a ella le gustaba llamar a las cosas por su nombre.

Abandonó su escote para subir unos centímetros en busca de su cuello y la escuchó cambiar el ritmo de respiración a uno un poco más acelerado mientras se retorció suavemente sobre su cuerpo y la sujetaba un poco más fuerte por el pelo. Inició un camino ascendente de besos húmedos, el mejor de todos, porque su piel era extrasuave y estaba caliente, y cada vez que respiraba todo olía a Calvin Klein y al acondicionador de su pelo, la mezcla de ambos le derretía por dentro con asombrosa efectividad, invitándola a acercarse del todo y a mimar su cuello aún con más sentimiento. Eróticamente intenso y tan íntimo que no dejaba espacio para nada más, las manos de Sandie enredándose en su pelo se había convertido en una de sus sensaciones favoritas en muy poco tiempo y explorar su piel usando solo los labios era muy adictivo. Se atrevió a sacar la lengua y lamerla, solo un poco y casi con timidez, la rubia reaccionó a su tacto ahogando un gemido y volvió a restregarse contra su abdomen. Genial, una reacción francamente positiva, así que volvió a lamerla y esta vez musitó un «Joder» antes de quitarle la camiseta con un solo movimiento y, una vez se hubo deshecho de ella, Sandie atrapó sus labios de forma casi desesperada.

El teléfono móvil de la rubia comenzó a sonar a su lado, sobre el colchón, hacía un rato que se le había salido del bolsillo de los vaqueros y ninguna de las dos le había dado importancia. Sandie decidió ignorarlo y continuó besándola con creciente necesidad y gimiendo en el proceso, demasiado perdida en todo aquello como para poder atender debidamente a quien quiera que estuviera al otro lado de la línea. Unos cuantos tonos y el *smartphone* guardó silencio, dándose por vencido y aceptando su derrota con bastante deportividad.

Sandie la empujó con el peso de su cuerpo y ella se dejó guiar de espaldas hasta caer sobre el colchón y cerró los ojos, porque los labios de la rubia comenzaron a explorar su escote mientras le acariciaba los pechos con las palmas abiertas por encima del sujetador y a ella nunca le había gustado perder el control, pero le encantaba abandonarse de esa manera. Desconectar de todo lo demás y dejarse llevar por Sandie hacia donde ella quisiera. Permitir que le hiciera sentir lo que le diera la gana en cada momento y no preocuparse de nada más hasta que la devolviese al suelo.

Medio minuto de paz acompañado de interesantísimas sensaciones en sus

pechos, cortesía de su experta boca, y el teléfono volvió a sonar, desconcentrándolas a ambas e interrumpiéndola en mitad de un gemido bastante revelador.

–Joder... –Sandie lo gruñó contra su escote.

Abandonó su posición sobre ella y se estiró para hacerse con el móvil, evidentemente excitada y de muy mala gana. Soltó otro gruñido tras consultar la pantalla y se dejó caer de espaldas sobre el colchón con el aparato en la mano, justo a su lado y respirando hondo.

–Es mi madre, ¿quieres decirle que estoy ocupada? –preguntó mientras le tendía el teléfono.

¿Su madre?

¡Su madre!

Por Dios, qué manera de bajar la temperatura con tan solo tres palabras, «es mi madre» o el aire acondicionado más eficaz de la historia de la refrigeración. Es que medio minuto antes la hija de esa señora le estaba haciendo cosas muy interesantes en partes bastante comprometidas de su anatomía y ninguna madre merecía sorprender a sus vástagos en circunstancias semejantes. Hacía unos cuantos años aquella pobre mujer le quitaba los pañales a Sandie y en unos pocos minutos Sandie iba a quitarle a ella otras cosas. Casi poético y oscuramente pervertido. El círculo de la vida del que hablaban en *El rey león* le parecía mucho más puro en la gran pantalla.

La instó a apartar el teléfono de su cara de un suave manotazo y con un «por supuesto que no voy a decirle a tu madre que estás ocupada trajinando» implícito en el gesto. La muy mema sonrió divertida y tomó aire al por mayor, tratando de enfriar al menos el exterior de su organismo antes de contestar, con un poco de suerte aquella mujer no la vería por dentro.

–¿Sí?

Admirable control de timbre y tono, la frecuencia perfecta. A veces aún se le olvidaba que Sandie era toda una profesional en arte amatorio y máster en todos sus derivados. Estaban tan cerca que pudo escuchar la respuesta al otro lado.

–*Por fin, Sandie. ¿Te pillo en mal momento?*

–Joder, Lillian, pensaba que eras mamá –lo dijo soltando todo el aire que había aguantado dentro de sus pulmones y abandonando el papel de mujer respetable, como si fingir delante de su hermana no le mereciera la pena.

–*¡Por Dios, Sandie! No hace ni dos horas desde que te has ido, así que me niego a creer que haya interrumpido lo que sospecho que he interrumpido.*

La hermana de la rubia lo exclamó en tono totalmente desaprobatorio, así que supuso que las tropelías de su compañera de redacción eran de sobra conocidas en su seno familiar. Le dieron ganas de acercarse al móvil y animar a la tal Lillian a decir «típico, típico», porque seguro que aquel mantra le ayudaba a sentirse mejor.

–¿Mi discurso de apertura en la cumbre de Naciones Unidas?

–Tu discurso de apertura en la cumbre de otras naciones más femeninas –la acusó sin perder aquel tono de reproche–. Sigue haciendo lo que te dé la gana, pero llevas estos tres años entrando en todas porque te da miedo dejarla entrar a ella.

Escuchar aquel doble sentido la ruborizó un poco, pero a pesar de la vergüenza del momento, consiguió quedarse con la última parte. Eso de dejarla entrar a «ella».

«Ella». Casi no le dio tiempo a preguntarse a quién se refería Lillian al utilizar aquel pronombre, porque Sandie la miró de forma bastante evidente y su corazón se saltó un par de latidos mientras el resto de su organismo hacía «Ufff» al activarse de golpe. La sobrina de la rubia quería que fuesen novias y su hermana le reprochaba que estuviera trajinándose a otras en vez de dejarla entrar. A «ella».

«Aunque tú nunca hayas querido verme, yo llevo mucho tiempo viéndote a ti».

Tenía que reconocer, y reconocía, que al principio había dudado de la honestidad de Sandie. Había dudado mucho, escudándose en la fama que la precedía y en su estúpida pose de terrorista emocional, pero seguro que su familia entera sabía que todas aquellas cosas que decía eran de verdad y por eso no murmuraban «típico, típico» después de cada una de sus grandes hazañas. Por eso el tono de Lillian era la mezcla perfecta de intenso enfado y conmovedora preocupación fraternal.

–Lillian... –la rubia lo dijo en tono conciliador, mientras su hermana continuaba despotricando al otro lado de la línea.

Y tras ese «Lillian», Sandie quería decir algo así como «estoy con ella, imbécil», seguro, pero en clave, porque le dio la impresión de que hablar libremente con ella al lado le daba un poco de vergüenza. Una emoción desconocida en su persona, tan distantes estaban sus conceptos que casi podrían ser antónimos si se esforzaban un poco, a lo mejor precisamente por eso la actitud de la rubia le llegó tanto. Se acercó a ella y la besó sin más, acunando sus mejillas en las palmas de las manos y condensando un «eres más increíble de lo que pensaba» en su suave embestida.

–Mamá quiere saber si piensas volver esta noche, para dejarte la puerta abierta.

Lo escuchó al otro lado de la línea mientras Sandie le devolvía el beso y liberó su boca para permitirle contestar.

–Dile que puede cerrarla –lo confirmó sin dejar de mirarla a los ojos.

–Por supuesto que puede. Y que sepas que, aunque fueras a venir, yo la cerraría igual.

–Agradezco el aviso.

–A veces me caes muy mal. No te olvides de que te ofreciste a llevar a Lilly a su partido de béisbol.

–Mañana a las cuatro, va a patear muchos culos –vaticinó dedicándole a ella media sonrisa.

–Entre ellos el tuyo en cuanto se entere de que pasas de tu princesa Elizabeth.

Y lo había pillado antes, pero escucharlo tan a las claras animó a su organismo a activarse de nuevo a lo bestia repitiendo eso de «Ufff» con mucho sentimiento.

Tuvo que besarla a pesar de que era su turno para responder y Sandie se lo devolvió, dejando a su hermana con la palabra en la boca.

Lillian debió de captar algo muy significativo, el sonido de sus labios al separarse seguramente, y colgó el teléfono tras exclamar un «Increíble» con aires de «típico, típico», esta vez sí.

\*\*\*

La noche pasada con Sandie monopolizaba sus pensamientos, porque tras la llamada de Lillian la atmósfera entre ellas cambió, se cargó de cosas increíblemente intensas que las impulsaron a buscarse de forma diferente y a encontrarse de la mejor manera posible entre sus sábanas de rayas paralelas. Sandie le había dicho que le gustaban más que las suyas de *Playboy*, porque olían a ella y habían deshecho la cama juntas entre sudor, sonrisas y movimientos eróticamente intensos.

Se revolvió en el asiento del copiloto del coche de la rubia, reprendiéndose a sí misma por dejar vagar su mente de aquella manera tan poco decorosa con la reina Elsa del Reino del Hielo cantando *Let It Go* de música de fondo. Echó un rápido vistazo al espejo retrovisor y se encontró con los ojos de Lilly fijos en ella, aquella Sandie en miniatura viajaba debidamente asegurada en el asiento trasero y exhibía una amplia sonrisa de dientes blancos y diminutos. Eso de que la tía Sandie hubiese invitado a «su princesa Elizabeth» al partido de béisbol le había puesto de muy buen humor. La niña adoptó un gesto de vergüenza en cuanto sus miradas se encontraron y ella le guiñó un ojo con la esperanza de suavizar el momento, funcionó y la pequeña Davies intentó devolverle el gesto, pero cerró los dos a la vez, porque aún no controlaba sus párpados con total maestría.

Progresaban de forma adecuada, porque cuando hacía diez minutos Sandie le había dicho eso de «Lilly, esta es Elizabeth» al recogerla en casa de los padres de la rubia, la pequeña se limitó a mirarla fijamente durante unos segundos, tiró de la manga de la cazadora de su tía instándola a agacharse junto a ella y le susurró «Es mucho más guapa que Elsa» al oído. Tímida y adorable, en eso debía de haber salido a su madre.

–Lilly, ¿qué vas a hacer esta tarde en el campo? –escuchó la voz de Sandie a su lado.

Hablaba en plan gurú motivacional, animando a su pequeña sobrina a exclamar algo como «¡Patearles el culo!» y a ella se le escapó media sonrisa ante aquella inédita faceta Davies, porque ni en un millón de años se habría imaginado a la rubia así. Aquel dibujo de un gato balanceándose en el espejo retrovisor de su coche había sido una pista bastante importante que había pasado por alto.

–¡Chupar banquillo! –la niña lo dijo en tono entusiasta y ella se rio al escucharla.

–¿Y cómo vas a chuparlo?

Sandie continuó aquel interrogatorio frente a un semáforo en rojo y volviéndose en el asiento para poder mirar a Lilly.

–¡Con mucha clase! –respondió mostrando todos sus diente-cillos en una amplia sonrisa.

Era obvio que aquellas dos habían mantenido la misma conversación varias veces antes y les salía muy fluida. Lo de «con mucha clase» se lo habría inventado Sandie, seguro, la versión para menores de dieciocho de sus habituales «de puta madre»: era todo un detalle que cuidara su soez vocabulario cuando estaba cerca de su sobrina. Se fijó en la forma en la que sonreía mientras miraba a Lilly y le dieron ganas de llamar a Samantha y darle las gracias por haberla ayudado a abrir los ojos, aunque hubiera sido a la fuerza. Agradecerle aquel principio disfrazado de final, porque sin su «Se llama Logan» ella no estaría en una carretera de Newark, Nueva Jersey, rumbo a un partido de béisbol infantil.

Diez minutos después dejaban el coche en un *parking* bastante amplio, justo al lado del campo donde el equipo de Lilly disputaría el partido. Camino a la entrada la pequeña no dejó de parlotear colgada de la mano de su tía, hablaba de otros niños y de cómo los de quinto grado se burlaban de los más pequeños diciéndoles que los bates eran más grandes que ellos. Sandie conocía a todos los amigos de Lilly por el nombre y parecía estar al día de los más y los menos de su vida social. Especialmente implicada, así se la veía. De esa forma pasaba Sandie Davies su tiempo libre entre polvo y polvo, ayudando a su hermana a criar a su sobrina, y los domingos por la tarde los dedicaba a animar a diminutos jugadores de seis años desde las gradas de un pequeño campo de béisbol en mitad de Newark. Y encima le gustaba hacerlo, porque la forma en que sonreía mientras bromeaba con Lilly era el doble de increíble que todas las demás.

En cuanto llegaron a la verja de entrada, Sandie le pidió que vigilara a su sobrina unos minutos mientras iba a hablar con un tal «entrenador Dixon» y ella se puso un poco nerviosa, la verdad, porque socializar con niños de tan corta edad quedaba un poco lejos de su zona de confort. Una vez solas, paseó sus ojos por el campo que ya estaba lleno de minúsculos clones de Lilly vestidos con los colores de su equipo y tanta homogeneidad la ayudó a relajarse un poco. Al devolver la mirada a la sobrina de Sandie se la encontró observándola fijamente de nuevo, desde su metro diez de estatura y con mucho interés, como si la vergüenza inicial estuviera dando paso a su aterradora colega «la curiosidad infantil».

La presión de aquella mirada verde sobre ella la empujó a decir algo.

–Me gusta tu uniforme, es muy blanco.

Lo de que seguro que se le ensuciaba con mucha facilidad se lo calló, porque no quería cargar a una niña con el peso de tales preocupaciones, pero claramente no habían elegido el color más adecuado para aquella ropa deportiva. Lilly sonrió, mostrándole aquellos diminutos diente-citos que tenía y eso de «Eres una puta monería» se le ocurrió de repente y le devolvió el gesto. Un par de segundos de silencio e iba a preguntarle si le gustaba el abecedario, por sacar tema de conversación, pero la pequeña se le adelantó eligiendo otro tópico bien distinto.

–¿Quieres ser la novia de mi tía Sandie?

«Dice que tendrías que ser mi novia». Así que allí estaba aquella pequeña celestina, en versión mini y tanteando el terreno, porque si resultaba que las dos querían, su trabajo estaba hecho. Y básicamente a la rubia ya le había dicho que sí, siguiéndole el juego tras su «quiero que seas parte de mi vida sentimental» y accediendo a acompañarla a Newark, al partido de béisbol de su sobrina un domingo por la tarde, pero se le hacía un poco más cuesta arriba decírselo tan a las claras a su clon diminuto.

–¿Crees que mi tía Sandie es guapa? –Lilly se lanzó con otra pregunta mucho más concreta sin darle ocasión a responder a la primera.

–Tu tía Sandie es muy guapa.

Lo admitió, porque era obvio además de evidente, y la niña sonrió entusiasmada tras escuchar aquella afirmación, seguro que ya se veía un paso más cerca de la victoria y tomó su respuesta como un trampolín desde el que lanzarse a hablar atropelladamente, porque las ganas de llegar a la meta ya parecían habersele despertado todas de golpe.

–Mi tía Sandie es muy guapa, es muy lista, tiene sentido del hurón y... no forra muy bien, pero puede aprender –lo aseguró con vehemencia, como si la habilidad de forrar bien fuera de vital importancia en toda relación sentimental y patinar en esa área fuera a restarle puntos a su tía–. ¿Te gustan los cuentos?

–Me encantan los cuentos.

A Lilly se le iluminaron los ojos de la emoción, un gesto que en su lenguaje infantil quería decir «Pues ya está. Vendida».

–Mi tía Sandie cuenta los cuentos la que mejor de todos y pone las voces más divertidas –continuó con la venta de su producto como una auténtica profesional–. Y le puedo pedir que se invente cuentos de lo que yo quiera y le salen muy bien.

–¿En serio? –preguntó realmente interesada en aquella novedosa habilidad.

–En serio, se inventó uno de regalo extra por haberse tenido que ir hasta Kansas el día de mi cumpleaños y por perderse mi fiesta.

Vaya.

*Una piedra más sobre tu tejado, Cooper. Últimamente te están lloviendo.* Porque cuando Sandie exclamó aquello de «¿Tenemos que irnos mañana?» en respuesta a la orden directa de Joanna, ella pensó que eso de estar a las ocho de la mañana del sábado en el JFK le había fastidiado la oportunidad de compartir fluidos con alguna de sus múltiples «amigas», simplemente lo asumió sin más y sin necesidad de pensárselo mucho. Qué mala es la soberbia algunas veces.

–Siento que tu tía se perdiera tu fiesta de cumpleaños –admitió y Lilly se encogió de hombros.

–Siempre se come el trozo más grande de tarta. –Así minimizó la importancia de su ausencia–. Además, me contó el cuento por teléfono cuando me marché a la cama.



–¿Te gustó?

–Es el mejor de todos. Se llama *Una pulga en Nueva York*.

Y no le dio tiempo a preguntarle por el argumento de tan interesante historia, porque Sandie regresó en ese preciso momento y elevó a Lilly en el aire cogiéndola por la cintura.

–Señorita, debería usted estar calentando –dijo la rubia y la pequeña sonrió retorciéndose entre sus brazos–. Esta tarde sales a batear. –Anuncio que provocó que abriera mucho la boca en señal de sorpresa.

–¡Mil *home run*!

La autoestima de su tía Sandie, sin duda.

–Intentemos darle a la bola primero, ¿de acuerdo? –la rubia acotó la desmesurada ambición de su «mini yo» depositándola en el suelo–. ¿Recuerdas los trucos que hemos entrenado?

Se lo preguntó agachada frente a ella.

–Poner caras para distraer al *pitcher*. –Asintió Lilly adoptando una mueca bastante graciosa como prueba de que realmente recordaba aquellas tácticas infalibles.

–¡Genial! –exclamó la rubia y ambas chocaron los cinco–. Gorra hacia atrás, queda mucho más chula.

Sandie lo dijo mientras le colocaba la visera del revés y luego la animó a echar a correr hacia el campo, donde sus compañeros calentaban antes del gran partido. Se incorporó y, cuando Lilly se volvió hacia ellas al llegar junto al resto de niños, le enseñó los pulgares en un silencioso «tú tranquila que va a ir de puta madre».

–La pobre es jodidamente mala –confesó girándose para poder mirarla en cuanto su sobrina centró la atención en el calentamiento–. Le dije a Lillian que debería haberla apuntado a papiroflexia.

–Parece que le encanta el béisbol.

–Se negó en rotundo a apuntarse a *ping-pong*. Es una rebelde.

El corazón se le saltó un latido cuando Sandie la tomó de la mano y tiró de ella en dirección a las gradas, con toda la naturalidad del mundo, con su característica confianza y la seguridad de que, llegado aquel punto, iba a seguirla a donde le diera la gana de llevarla. Respiró hondo y entrelazó sus dedos, la rubia le apretó la mano y un par de mariposas despertaron en la boca de su estómago. Cristo Bendito, por muy mala que fuera Lilly, en aquel contexto a ella iba a encantarle el partido. Sandie la ayudó a subir hasta una de las filas centrales y ocuparon un par de asientos con inmejorable panorámica, seguramente siempre se sentaba por esa zona. Echó una rápida ojeada al campo antes de centrar la vista en el perfil de la rubia. Es que era muy guapa de verdad y era lista. Lo del «sentido del hurón» tendría que consultarlo en Google, y sus dificultades a la hora de forrar no le preocupaban demasiado, porque a ella aquellas labores le salían de miedo.

Madre mía, es que quería ser la novia de Sandie Davies.

Quería poder besarla cuando le diera la gana aun a riesgo de muerte prematura a manos de alguna de sus compañeras de redacción. Quería oírla decir «Liz, me pones muy cachonda» una y otra vez contra su oído, porque era un comentario obsceno desde todo punto de vista, pero tremendamente excitante y definitivamente halagador. Quería seguir quejándose de su soez lenguaje y que Sandie le respondiera con un «jodida pedante» añadiéndole un «hostia puta» para el camino. Quería buscar nuevas lunas llenas para besarla debajo de todas las que se encontrasen y jugar a aquella estupidez de las diez preguntas de veinte en veinte hasta que no quedara nada que no supiera de ella. Quería acompañarla a aquel campo los domingos por la tarde para ser testigo de cómo Lilly tiraba por la borda una prometedor carrera en el arte del origami para perseguir su sueño de marcar mil *home run* en un solo partido.

—¿Quieres algo de comer o de beber?

Pues sí, eso también lo quería. Y como Sandie lo había preguntado en un tono increíblemente servicial le dijo que por supuesto y, mientras la rubia se alejaba gradas abajo, ella aprovechó para admirar cómo aquellos pantalones se ajustaban a su trasero.

Lo que decía, una panorámica inmejorable.

Regresó poco después con un par de refrescos y una bolsa de M&M's de las grandes, con aquella sonrisa derrite almas, que era más potente que nunca, porque dejaba entrever un evidente «me encanta tenerte aquí» en cada uno de sus milímetros cuadrados. Le sonó a «hace tiempo que formas parte de mi vida sentimental, pero no lo sabía» y le removió muchas cosas por dentro, así que antes de aceptar su bebida y la bolsa de M&M's tomó su cara entre las manos y atrapó sus labios de forma suave y casi inocente, porque estaban rodeadas de niños y no quería escandalizar a nadie.

Sandie se lo devolvió de la misma forma y, en cuanto se separaron, la rubia le sonrió un poco más mientras ella le acariciaba la mejilla. Después le quitó el refresco y la bolsa de M&M's de entre las manos y cuando desvió la vista al campo localizó a Lilly observándolas con su bate tirado sobre la hierba a su lado, se le debía de haber caído al suelo de la impresión. Sonreía con cara de vergüenza, porque en su mente infantil ya tenía respuesta para la pregunta del millón: «¿Quieres ser la novia de mi tía Sandie?».

Abrió los M&M's, dispuesta a disfrutar de su primer partido de béisbol infantil, y se llevó uno de los amarillos a la boca antes de ofrecerle la bolsa a Sandie para que cogiera ella también.

Y entonces sucedió.

Y los planetas terminaron de alinearse con una precisión milimétrica.

Porque Sandie no se limitó a coger uno de los dulces al azar. No. Sandie escaneó el interior del paquete por unos segundos hasta encontrar lo que buscaba y después, sin darle la menor importancia a su gesto, sacó uno de los verdes.

Verdes.

Repasó una vez más los colores de sus golosinas favoritas, ordenándolos de la única manera posible y como Dios encomendó: en orden alfabético.

Amarillo, azul, marrón, naranja, rojo y verde.

Y el corazón se le saltó dos latidos y medio cuando la rubia cogió el segundo dulce verde de la tarde. Madre de Dios, es que no se imaginaba nada. Sandie Davies estaba empezando por el final lo que ella empezaba por el principio para que se encontraran en el término medio.

Se le aceleró el organismo entero e incluso se puso un poco cachonda.

Y lo supo allí y entonces, en mitad de un partido de béisbol infantil en Newark, Nueva Jersey.

De todas sus zanahorias, Sandie era la más naranja.

# Epílogo

## Luciérnagas

Típico, típico. Es que era típico de sus compañeras de redacción.

La mesa hecha un desastre en menos de dos minutos, cada vez eran más rápidas y se aprovechaban de sus ausencias con una eficacia alucinante, incluso de las más breves. Casi ni podía ir al baño sin que, al regresar, su lugar de trabajo pareciera el escenario de las dos guerras mundiales acaecidas a la vez. Debbie Morris lo iniciaba y el resto se dejaba iniciar con muchas ganas de aprender. Sus clips estaban mezclados aleatoriamente, sin seguir órdenes predeterminados, porque sabían dar donde más dolía, habían diseminado los bolígrafos por toda la mesa, dejando solo uno azul en el bote de los rojos y uno rojo en el de los azules para que el caos fuera aún mayor.

Jodidas enfermas.

Se apresuró en clasificar los clips de colores, recolocar los bolígrafos en su sitio correspondiente y deshacerse de los pósits que habían pegado a lo largo y ancho de la pantalla de su ordenador. Aquellos despliegues de madurez cortesía de sus cotrabajadoras eran algo fastidiosamente habitual y bastante molesto.

–Davies al rescate –escuchó la voz de Jordan a su espalda, pero continuó recogiendo pósits como si nada hasta que la castaña se sentó sobre la mesa para contemplar el desastre–. Deberías controlar mejor a tus *groupies*, Sandie.

Jordan lo dejó caer mientras cogía uno de los pósits en el que podía leerse «Perdedora» en letras bien grandes y se lo pegaba en la frente, dedicándole esa sonrisa de imbécil que tenía.

–No son *groupies*, son una puta pesadilla –masculló quitándole el trozo de papel y arrugándolo en su puño–. No te quedes ahí mirando y ayúdame a recoger esto antes de que vuelva de hacer fotocopias.

–Es la cara oscura de la fama. Te dije que no era buena idea tontear con Psico-Debbie, y Johansen debe de tener un póster tuyo a tamaño natural en la pared de su habitación y seguro que lo besa por las noches. Tienes suerte de que Cooper sea tan jodidamente cabezota, porque no debe de ser fácil salir con una celebridad – bromeó a medias tirando un amasijo de pósits a la papelera.

–Preocúpate menos de con quién sale Elizabeth y más de con quién sales tú, porque tu nueva compañera de piso parece una puta modelo de Victoria's Secret y Megan tiene pinta de ser de las celosas –dijo colocando la grapadora en paralelo a

los montoncitos de clips.

–Primero, yo no salgo con nadie, y segundo, Jensen sabe que tengo para todas. Además, después de haber vivido contigo tantos años me he acostumbrado a ver cosas bonitas, así que no podía meter un adefesio en el piso así de golpe.

–¿Te la has follado?

–No.

–¿Casi ocho meses de convivencia y no te la has tirado ni un poco?

Su amiga bufó antes de mirar hacia los lados para cerciorarse de que nadie podía escuchar su siguiente confesión.

–Ni un poco, Sandie. Jensen es insaciable y lo digo en serio, es una puta máquina de follar –lo susurró inclinándose hacia ella para dotar la situación de mayor intimidad–. Desde que empezamos a acostarnos ingiero el doble de proteínas y el triple de hidratos de carbono y aun así he adelgazado dos putos kilos en el último mes. Bebo casi tres litros de agua al día y sigo deshidratada, Davies. Cuando vuelvo a casa me arrastro hasta la cama, caigo en coma profundo y un día de estos no me despertaré más.

–Mierda, Torres, eres un jodido ratón antequino pardo. –Sonrió divertida, pero su amiga no varió el gesto de la cara.

–Y tú gilipollas. Te estoy diciendo que la otra mañana vi a Jessica salir del baño con una diminuta toalla enrollada en la cintura y pensé «bah» en plan pereza, porque tenía agujetas en la lengua –insistió en la gravedad de su situación.

–Si tan terrible es todo deja de follarte a Jensen y fóllate a las demás.

–Y un día de estos lo haré, Sandie, y cuando vuelva a casa y me encuentre a Jessica con esos pantaloncillos diminutos que se pone y ese cuerpo de...

Mientras Jordan hablaba de todas las guarradas que haría con su nueva compañera de piso en un universo paralelo donde Megan no absorbiera hasta la última gota de su energía sexual, la susodicha pasó por al lado de la mesa en la que estaban ambas e hizo una miniparada junto a la castaña para decirle algo al oído mientras le acariciaba lentamente el muslo. Dos segundos de reloj y se alejó rumbo a su lugar de trabajo. Ella la siguió con la vista con media sonrisa asomada a sus labios y, al volver a mirar a Jordan, se la encontró con los ojos en blanco y casi convulsionando. La empujó para que se levantara de la mesa, porque lo mismo se corría allí mismo y a Elizabeth ese tipo de fluidos no le gustaban demasiado si eran ajenos.

–Me parece que Jessica va a tener que buscarse otra candidata a meterse entre sus piernas –señaló en tono burlón recostándose en el respaldo de la silla.

–Hostia puta, Sandie. Me pone tan cachonda... –casi lo gruñó como una cavernícola mientras se colocaba tras su silla.

De repente los brazos de Jordan se cerraron en torno a su pecho y sintió cómo la muy gilipollas le mordía el lóbulo de la oreja al mismo tiempo que castigaba el respaldo a golpe de cadera. Se rio y protestó, todo a la vez, pero se vio interrumpida

por un carraspeo y cuando alzó la vista se encontró con la mirada de Elizabeth fija en ambas. Era la famosa, la de «típico, típico», y esa hacía tiempo que la ponía cachonda a ella, sobre todo si la acompañaba con aquellos folios ordenadísimos y apretadísimos de aquella forma contra su pecho.

–Torres, entiendo que estés necesitada, pero hazme un favor y trajínate tu propia silla –exigió mientras depositaba su cargamento sobre la recién despejada superficie de su mesa.

–Con tu amiguita Megan comiéndome la oreja todo el día una sola silla no me basta, Cooper.

–¿Tengo cara de que me interese lo más mínimo lo que te come «mi amiguita Megan»?

Elizabeth lo preguntó en plan borde y a ella se le escapó media sonrisa, porque aquella pose de estirada le hacía muchas cosas por dentro.

–No, tienes cara de que necesitas que mi amiguita Sandie te coma a ti muchas cosas –respondió a la vez que le masajeara a ella los hombros–. Ánimo, Davies, y bebidas isotónicas, vas a sudar mucho para conseguir relajarla del todo.

Lo susurró junto a su oído lo suficientemente alto como para que Elizabeth lo oyese también. Dicho aquello se alejó rumbo a su propia mesa dejándolas a solas y ella observó a la morena con una de sus irresistibles sonrisas decorando sus labios.

–Si lo necesitas de verdad solo tienes que pedirlo, Lillian tiene varias botellas de Gatorade en la nevera –insinuó haciendo girar la silla levemente hacia uno y otro lado mientras la miraba con una ceja alzada.

–Torres y tú os creéis muy graciosas –dijo empujándola con suavidad por el pecho.

Consiguió hacerla rodar unos centímetros lejos de su mesa, se colocó de pie frente a su lugar de trabajo y comenzó a clasificar los folios recién llegados en distintos montones.

–Nos lo creemos y el *feedback* de nuestro público nos lo confirma –alardeó acercándose de nuevo, impulsando la silla hacia delante con el peso de su cuerpo.

–«Tu público» también se cree muy gracioso –dijo la morena volviéndose hacia ella con un pósito sujeto entre sus dedos índice y pulgar.

Y es que, entre tanta excitación sexual, su amiguita Jordan la había ayudado solo a medias. Se lo quitó para observarlo más de cerca y pudo leer «Aquí tienes un ombligo» acompañado del dibujo de uno, bastante tosco, la verdad, ya que se ponían podrían esforzarse un poco más en aquellas obras de arte moderno.

–Muy generoso por su parte, pero el tuyo es mucho más sexi.

Se lo aseguró tirando el pósito a la papelera antes de sujetarla por la cintura con ambas manos, adoptando una actitud cariñosa que pocas veces se permitían exhibir en su lugar de trabajo. Elizabeth miró hacia ambos lados, un pelín nerviosa, y esbozó media sonrisa al comprobar que nadie las observaba en aquel momento, porque, aunque todas sabían que las dos estaban saliendo, sus demostraciones

públicas de afecto incrementaban de forma alarmante los ataques al material de trabajo de la morena. Y los ataques al material de trabajo de Elizabeth incrementaban de forma alarmante su necesidad de mostrarse afectuosa con ella en mitad de aquella redacción, de modo que hacía tiempo que habían entrado en un círculo vicioso de difícil solución.

–Lilly quiere que vengas al partido de esta tarde y que te quedes todo el fin de semana. El domingo es su cumpleaños así que si quieres que te invite a un trozo de tarta, yo diría que sí.

–¿De qué es la tarta? –Elizabeth lo preguntó como si su respuesta fuera a depender de ello, pero el tener el «sí» asegurado de antemano a ella la hizo sonreír.

–De M&M's amarillos.

–Todo un detalle.

–Es que tiene muchas ganas de que digas que sí –susurró, después se levantó de la silla, atrapándola entre la mesa y su cuerpo para añadir algo más–. Lillian va a llevar a Jason a casa por primera vez mañana, y dice que para Lilly será menos raro si estamos nosotras también.

–A Lilly le encanta Jason, el otro día me dijo que era más guapo que el príncipe Eric de *La sirenita*.

–La reina Elsa y el príncipe Eric, las hermanas Davies ponemos el listón bastante alto –alardeó, dedicándole una sonrisa de medio lado, de las arrogantes.

–Lillian puede permitírselo, de las dos es la más guapa.

Elizabeth lo dijo mientras le colocaba bien el cuello de la camisa y ella se limitó a robarle un beso, uno rápido, porque a Joanna tampoco le hacía mucha gracia verlas juntas por la redacción. La morena la empujó suavemente por el pecho, suprimiendo una sonrisa.

–¿Me enseñarás las luciérnagas? –preguntó y le sonó a requisito para aceptar aquel plan de fin de semana.

–Te enseñaré las luciérnagas.

Elizabeth sonrió de una forma altamente demoledora, le robó otro beso rápido y después le ordenó «Vuelve a tu mesa, Davies» como si fuera su jefa y ella tuviese que obedecer sin rechistar.

Obedeció, pero lo de no rechistar ya era pedir demasiado.

–Con lo de que te enseñe las estrellas no te hagas ilusiones, Cooper, Lilly duerme en la habitación de al lado.

\*\*\*

Siguió a su hermana con la mirada mientras ella iba de un lado a otro de la cocina haciéndose con todo lo necesario para preparar sándwiches y palomitas. La observaba cómoda sentada en una de las sillas de la isleta central, porque tenía terminantemente prohibido ofrecerle ningún tipo de ayuda si no era solicitada. Hacía nueve meses que se había mudado con su hermana y su sobrina a una casa de

una sola planta adaptada y a un par de millas de la de sus padres, poco a poco habían ido limando dificultades y hacía tiempo que Lillian era completamente autosuficiente y perfectamente capaz de encargarse de la casa y de Lilly ella sola.

Durante los dos primeros meses le había costado resistirse a aquella estúpida inclinación a la sobreprotección, porque quería que su hermana estuviera bien en todo momento, después se había dado cuenta de que Lillian podía estar bien ella sola. Cuatro meses después de empezar a vivir juntas empezó a acudir a una asociación para personas con discapacidad donde la ayudaron a encontrar trabajo en una tienda de viajes, como plus conoció a Katie, una chica con la que tenía mucho en común: ambas tenían edad similar, una silla de ruedas y un hermano increíblemente atractivo. Se llamaba Jason y en aquellos momentos se encontraba en el salón de la casa, observando cómo Lilly y Elizabeth forraban un par de libros de la más pequeña.

Su sobrina no dejaba que nadie más la ayudara en aquella tarea: en su mente infantil eso de que Elizabeth forraba muy bien se lo tomaba con toda literalidad y el aclarar el asunto con Cooper sería demasiado embarazoso para todos los implicados. Y lo más importante: podía meterla en problemas. Aquello de sincerarse tenía muchos contras y ningún pro, de modo que prefirió dejar que cada cual interpretara la habilidad para forrar de Elizabeth como más le conviniera, y en el último año la morena debía de haber ayudado a su sobrina con más de treinta títulos diferentes.

–¿Cómo ves a Lilly? –su hermana se lo preguntó mientras se acercaba a ella para dejar sobre la isleta un par de platos repletos de diferentes tipos de sándwiches.

–Un poco bajita para su edad, pero ya pegará el estirón –bromeó haciéndose con uno de jamón y queso para darle un bocado.

–No seas imbécil, sabes perfectamente a lo que me refiero.

–Lillian, relájate, ¿quieres? Jason le encanta, el otro día le dijo a Elizabeth que era más guapo que el príncipe Eric de *La sirenita*. Os lleva a comer helado y a por hamburguesas después de sus partidos de béisbol, el tío lo tiene todo ganado.

Se fijó en que Cupido la observaba con atención, sentado en el suelo junto a su silla y le cedió un pedacito de su sándwich a espaldas de su hermana.

–¿Y si es demasiado pronto para que venga a casa? –preguntó claramente angustiada mientras preparaba las palomitas.

–Por Dios, Lillian, lleváis saliendo cinco meses y ni sabía dónde vivías, seguro que empezaba a pensar que eras una jodida sintecho, rodando por las calles bajo la lluvia sobre una silla de ruedas robada –dijo y se levantó de la banqueta.

–Gilipollas. ¿Y si al final no sale bien? –preguntó de nuevo con las palomitas haciendo pop, pop, pop dentro del microondas como música de fondo.

–Si al final no sale bien, Lilly se habrá llevado miles de helados y de hamburguesas gratis por el camino –resumió las consecuencias de aquella



aterradora posibilidad—. Y habrá merecido la pena, ¿no?

Y lo preguntó con toda la intención del mundo mientras cogía los dos platos de sándwiches dispuesta a regresar al salón, en plan «¿qué tal si haces caso de tus propios consejos?».

—Supongo que sí, pero no sé si todo está siendo muy rápido para Lilly.

Suspiró y dejó los platos de nuevo sobre la encimera para acercarse a su hermana y apoyar las manos en los reposabrazos de su silla de ruedas. Se inclinó hacia ella y conectó sus miradas de cerca.

—¿Para Lilly o para ti? —preguntó estudiando el verde de sus ojos, sin apartar la vista hasta que se decidió a contestar.

—¿Para ambas? —probó suerte—. Sé que hace ya cuatro años...

Le sonó a intento de justificación y la frenó ahí mismo.

—Podrían haber pasado diez y daría igual si tú no te sintieras preparada. Pero te sientes preparada, Lillian, no habrías iniciado nada de esto si no lo estuvieras y es normal que te acuerdes de Jess —en cuanto lo dijo Lillian apartó la mirada, así que supo que había dado en el clavo—. No quiero sonar como un puto cliché pastoso, pero sabes que él querría verte feliz y explorando tu nueva sexualidad desde esa silla de ruedas.

Con la mención de Jess aquellos ojos verdes se habían empañado, pero la referencia al sexo la hizo reír, así que el golpe que recibió en el brazo mereció la pena.

—Seguro que querría verme feliz, pero lo de la sexualidad se le haría un poco cuesta arriba —respondió secándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿La habéis explorado ya?

—Lleva los sándwiches y yo las palomitas —una respuesta ni remotamente relacionada que dio alejándose de ella, sin ningún remordimiento.

—Tú ya sabes que Elizabeth forra de puta madre —se quejó de aquella flagrante desigualdad.

—Y si no quieres que tu novia se entere del verdadero significado del verbo «forrar» esta conversación se acaba aquí. Sé buena chica y saca los sándwiches, que tu sobrina tiene hambre.

Y no, no quería que Elizabeth descubriera que todo aquello de su maestría en el arte de forrar no había sido más que un malentendido fruto de la incapacidad de Lilly para escuchar detrás de las puertas debidamente, de modo que se hizo con los dos platos de nuevo y salió de la cocina sin oponer más resistencia.

—Siempre jugamos mamá y yo contra Elizabeth y la tía Sandie, pero si tú quieres jugar, te dejo que vayas con mamá.

En cuanto llegó al salón se encontró a su sobrina parloteando de aquella manera con Jason y a Elizabeth conectando la PlayStation a la televisión, así que supuso que la más pequeña ya había elegido plan para aquel sábado noche. SingStar de Disney e intenciones de no irse a la cama hasta pasadas las doce para que le dieran los

regalos de cumpleaños antes de dormir. Pobre ilusa, como máximo aguantaría hasta las diez menos cuarto y con mucho esfuerzo. Sonrió en cuanto la vio saltar sobre la espalda de Elizabeth, aferrándose a su cuello mientras la morena se peleaba con el revoltijo de cables que reinaba tras el mueble de la televisión. Cuando se conocieron, a Lilly le daba vergüenza mirar a su novia directamente a la cara por más de tres segundos seguidos, pero con el paso del tiempo aquella descarada confianza lo había inundado todo y lo mejor era que las dos se encontraban cómodas así.

Elizabeth Cooper llevaba prácticamente nueve meses cantando con ellas sin ponerse roja ni nada y aquella noche era al pobre Jason a quien se le estaban subiendo los colores ante la perspectiva de una noche de karaoke Disney.

–Oye, pulga, si Jason va con tu madre y yo voy con Elizabeth... ¿con quién vas tú? –inquirió, le hizo cosquillas en los costados hasta que liberó el cuello de la morena y la cogió en brazos para que su novia pudiera terminar de colocarlo todo en su sitio.

–Yo voy sola y vosotros vais a morder el polvo –lo dio por sentado y se rio cuando la dejó caer sobre el sofá.

Les había costado bastante esfuerzo y un par de llamadas de atención de la dirección de su colegio, pero por fin Lilly había entendido que eso de «echar un polvo» no era lo que ella se pensaba y ya hacía unos meses que utilizaba la expresión adecuada al contexto. La parte más incómoda de la situación fue que, a raíz de aquella aclaración, la despierta mente de Lilly había comenzado a preguntarse de forma persistente qué significaba «echar un polvo». Y se lo preguntaba en público y en privado y casi a todas horas, en una búsqueda incansable del saber más absoluto.

Cuando se lo preguntó a Elizabeth, la morena en un primer momento se puso bastante roja para seguidamente intentar iniciar a su sobrina en el arcaico uso del verbo «trajinar» y eso sí que no. Frustrado su plan de perpetuar su particular léxico, al día siguiente su novia apareció en la redacción con un ejemplar de *¿De dónde venimos?*, un libro de educación sexual dirigido a niños de entre seis y doce años, y el fin de semana ayudó a Lilly a forrarlo sin que le temblara el pulso.

*Elizabeth Cooper, buena periodista, mejor pedagoga.*

Media hora más tarde, la competición de SingStar Disney se encontraba en pleno apogeo, y Lilly decidió que Elizabeth y ella cantaran de nuevo *Can you feel the love tonight*. Aquella tradición se instauró el primer día que la morena cantó con ellas, una estrategia más nacida de la mente de minicasamentera que poseía su sobrina, con el objetivo de que tanto repetir aquello de «es la noche del amor» les hiciera enamorarse del todo por puro aburrimiento. Una vez conseguida aquella meta, Lilly seguía pidiéndoles que la cantaran juntas, primero porque le gustaba el espectáculo y segundo porque le encantaba hacer predicciones desde el papel de Timón. A ella la había encasillado en el rol de Simba desde el principio, porque

Elizabeth debía de parecerle más femenina o algo, y mientras la interpretaban seguía mirándolas con aquella cara mezcla de ilusión, orgullo por un trabajo bien hecho y extrema vergüenza, metiéndose el dedo en la boca mientras sonreía y aplaudiendo muy fuerte porque, según ella, eran el mejor Simba y la mejor Nala del universo entero.

En cuanto terminaron su interpretación le robó un beso rápido a Elizabeth y Lilly aplaudió aún con más entusiasmo, casi botando sobre el sofá. Para cuando la morena y ella dejaron libres los micrófonos aquella directora de orquesta ya tenía una nueva actuación en mente.

–Ahora mamá y Jason tienen que cantar la de *Un mundo ideal*, mamá es Jasmine y Jason, Aladdin –repartió los papeles rápidamente, porque Lillian debía de parecerle más femenina o algo.

Y su hermana intentó proteger a su novio de tan brusca exposición, asegurándole que no hacía falta que cantara porque podía interpretarla con Elizabeth. No con ella, con Elizabeth, porque las dos habían conectado así de bien desde el principio y decían que sus tonos de voz se mezclaban a la perfección. Jason se ganó todos los puntos del mundo al rechazar la oportunidad de escabullirse y se lanzó a la piscina a lo loco, sin flotador ni nada, interpretando a Aladdin como si fuera el papel de su vida, y no cantaba bien, pero tampoco lo hacía mal del todo.

Ver a Lillian sonreír de aquella manera fue un impacto de los brutales, justo en medio de su pecho, y a Lilly le brillaban los ojos a lo bestia mientras los miraba de la misma forma en que las miró a Elizabeth y a ella la primera vez que cantaron juntas eso de *Es la noche del amor*. Así que no. Para ninguna de las dos Lillian era «demasiado pronto» y a lo mejor Jason acababa convirtiéndose en otro recreo jodidamente maravilloso en la vida de su hermana.

Elizabeth cantó *Let It Go* y Lillian *La bella y la bestia*, robando protagonismo interpretaron *Bésala* a dúo, y ella aprovechó para seguir el consejo y fastidiarles el número besando a la morena hasta la muerte, mientras Lilly se partía de la risa. Tres o cuatro canciones más tarde, cuando Jason se atrevió a lanzarse con *Lo más vital*, pudo escuchar cómo su sobrina le preguntaba a Elizabeth si ya eran las doce acurrucada en su regazo y ahogando un bostezo.

–Casi. Son las nueve y media –bromeó su novia y se ganó un suave golpe en el brazo a cambio de la burla.

–Y hora de irse a la cama –dijo Lillian observando a su hija con cariño.

Se negó tres veces, su madre insistió cuatro y dos minutos después, ella avanzaba por el pasillo rumbo a la habitación de su sobrina con la pequeña en brazos y con Elizabeth pisándole los talones, porque para Lilly era totalmente necesario que la morena formara parte de su ritual de buenas noches. Se lavó los dientes y se puso el pijama en tiempo récord y con el piloto automático puesto, porque eso de quedarse despierta hasta las doce quedaba ya muy atrás en el camino.

–¿Me dais ya mis regalos? –hizo un último intento desesperado desde debajo de las sábanas y aferrada a Francis.

–No podemos, son regalos para niñas de siete años y tú aún tienes seis.

Elizabeth lo dijo sentada a un lado de la cama mientras alisaba un par de arrugas de la sábana que cubría a su sobrina y ella suprimió una sonrisa, porque cada vez que la veía hacer eso le gustaba un poco más que la anterior. Desvió la mirada a Lilly y la sorprendió ahogando un bostezo de los gordos y protestando por aquella negativa, las dos cosas a la vez.

–¿Te lo has pasado bien en tu fiesta «precumpleaños»? –preguntó inclinándose hacia ella para arroparla. Sonrió al verla asentir vigorosamente con la cabeza–. ¿Qué ha sido lo que más te ha gustado de todo?

–Elizabeth y tú cantando *El rey león*, y mamá y Jason cantando *Aladdin* –respondió sin necesidad de pensárselo medio minuto, señal de que lo tenía bastante claro–. Y Elizabeth cantando *Let It Go* como Elsa.

Lo añadió tomando un mechón de pelo de la morena entre sus dedos y lo acarició con aquella sonrisa tan mona pintada en la cara.

–Es que Elizabeth canta mejor que Elsa –dijo por sentado sonriendo a su novia de medio lado.

–Y es más guapa –puntualizó su sobrina, enredando el pelo de la aludida entre sus pequeños dedos.

–Es mucho más guapa –estuvo de acuerdo ella y tomó otro mechón moreno del lado contrario.

Le encantó la forma en que Elizabeth sonrió con las mejillas ligeramente rosadas y apartando las manos de ambas de su pelo.

–Y se va a poner roja como no paréis ya –les advirtió a ambas y obsequió a Lilly con un beso de los geniales en la punta de la nariz.

Y es que estaba enamorada de Elizabeth Cooper por muchas muchas razones, pero la forma en la que había encajado con su familia era de las más importantes, especialmente con su sobrina, esa parte era la que le hacía polvo el corazón dentro del pecho cada vez que las veía interaccionar de esa manera.

–¿Y qué opináis de Jason? –inquirió, una forma bastante burda de tantear qué le parecía a Lilly que su madre hubiera metido a un hombre en casa por primera vez en cuatro años–. ¿También es muy guapo y canta bien?

La niña se rio al escucharla y negó enérgicamente ante eso de que Jason cantase bien, una de cal y otra de arena, porque después admitió que era más guapo que el príncipe Eric.

–Es más guapo que el príncipe Eric, es listo, con sentido del humor, pero aún no sé si forra bien.

Sintió la mirada de Elizabeth sobre ella, seguramente intrigada por aquella extraña obsesión de su sobrina con la habilidad para forrar que poseían las potenciales parejas de sus familiares. Normal, porque empezaba a ser bastante

llamativa y a ella le venía mal tirando a fatal que su novia comenzara a hacer preguntas. Sería catastrófico, de modo que se disponía a cambiar de tema saliéndose por la tangente cuando Lilly lo hizo por ella, de paso el nuevo tópico le estrujó el corazón y consiguió que lo sintiera latiendo en la garganta.

–Aunque no importa si forra mal, porque hace que mamá sonría diferente y me gusta más.

Es que lo dijo de repente y sin previo aviso. Como si aquellas palabras no fueran a emocionarla de golpe y hacerle difícil eso de tragarse su estúpida saliva, porque lo de los helados gratis y las hamburguesas después de los partidos a su sobrina parecían valerle mucho menos y la sonrisa de su madre era lo que consideraba importante de verdad. Y porque Lillian llevaba sin sonreír de esa manera cuatro años enteros, y si Jason había conseguido ponerla de moda otra vez, todo aquello merecía la pena con independencia de cómo acabase.

–Así que te gusta para tu mamá –Elizabeth acudió a su rescate, seguramente porque se había dado cuenta de su incapacidad para hablar.

Además de jodidamente obsesiva y perfeccionista, su novia era la hostia de observadora.

–Va a ser su segundo príncipe –Lilly lo dio por sentado, como si la vida sentimental de su madre dependiera de ella, riéndose de las variables externas en su cara–. No se lo digas a Jason, pero mi papá era más guapo. ¿A que sí, tía Sandie?

Le pidió su opinión mientras la observaba con aquellos preciosos ojos verdes cargados de sueño, ella sonrió diciéndole que por supuesto que sí y le deseó buenas noches, porque Lilly hablando de Jess era uno de sus mayores puntos débiles y no quería emocionarse demasiado. De todas formas, su sobrina había traspasado el umbral de sueño hacía rato y hablaba prácticamente por inercia, así que se limitó a decir «Hasta mañana» y dio por finalizado el día espachurrando al pobre Francis entre sus brazos.

\*\*\*

Un par de horas después, Elizabeth y ella sacaron a Cupido a dar la última vuelta del día por el vecindario, en parte porque no querían que aquella noche «miccionara» en cualquier lugar de la casa y en parte porque de esa forma Lillian y Jason tendrían un mínimo de intimidad a la hora de despedirse. «Va a ser su segundo príncipe». Jodida Lilly y su habilidad para desmontarla de un segundo al siguiente con sus sabios comentarios de niña de casi siete años, y esperaba que aquel particular oráculo de Delfos acertara con él igual que había acertado con Elizabeth, porque ver a su hermana así era de lo mejor del mundo.

–No tan rápido, Davies –escuchó a su novia a su lado, a la vez que sentía cómo tiraba de su mano para frenar su avance de vuelta a casa–. Los besos de despedida en el porche son los mejores.

No entendió del todo sus palabras hasta que localizó a su hermana y a su nuevo

príncipe junto a la puerta de salida en actitud bastante cariñosa. Tuvo que sonreír, en plan «así se hace, Lillian», porque aún no sabían cómo forraba el príncipe Eric, pero parecía que besaba bien. Devolvió la vista a Elizabeth, alzó una ceja adoptando aquella pose de chulita perdona vidas porque le quedaba de puta madre y a la morena le encantaba y le dedicó una sonrisa de las de medio lado.

–¿Qué hay de los besos bajo la luz de la luna?

Se lo preguntó a la vez que conectaba con su verde favorito y se acercaba a su cuerpo en actitud juguetona mientras Cupido olisqueaba arbustos, ajeno a todo lo que quedara fuera de su radar olfativo.

–Depende de la luna y de quién te los dé.

A veces le gustaba hacerse la inmune a sus encantos, rescatar los viejos tiempos en la redacción y dedicarle miradas de las de «típico, típico» mientras ella intentaba arrastrarla a un mundo maravilloso de tonto y seducción. Elizabeth se hacía de rogar la hostia de bien y cada vez que adoptaba aquel papel de profesora de mates estirada, a ella las ganas de llevársela a su terreno se le disparaban a lo bestia.

–¿Y si fuera esta luna? –preguntó estudiando su mirada un poco más de cerca.

Elizabeth alzó la vista al firmamento y suprimió una sonrisa, porque se encontró un cielo negro plagado de estrellas y jodidamente espectacular, pero no quería dar su brazo a torcer tan pronto. La luna era de las grandes y en aquella zona de Newark la iluminación artificial era lo suficiente tenue como para poder apreciar debidamente el espectáculo, pero Elizabeth «cabezota» Cooper jamás se rendía a la primera.

–No está mal –concedió y se encogió de hombros, quitándole mérito al escenario.

Un hueso duro de roer, pero muy apetecible, así que se acercó un poco más y la sujetó por las caderas.

–¿Y si fuera yo?

–¿Sandie Davies besándome bajo esta luna llena? –unió aquellas dos premisas mientras le sujetaba el cuello de la sudadera con ambas manos.

–Tu sueño hecho realidad, princesa –alardeó acercándose a su boca y sonrió cuando Elizabeth se inclinó hacia atrás, huyendo de sus labios–. Créetelo, preciosa, porque está sucediendo –dijo sujetándola fuerte por la cintura, en un intento por alcanzarla a pesar de que la morena se resistía entre risas empujándola por los hombros–. Vamos, Liz, sabes que no puedes resistirte a la luz de la luna.

–Eso ya te funcionó una vez, Davies –la desanimó girando la cabeza para que sus labios acabasen sobre su mejilla.

–No te hagas la estrecha. LeAnn Rimes funciona todas las veces.

En un último intento consiguió atrapar sus labios y la sintió sonreír contra su boca, justo antes de devolverle el beso, y todo su cuerpo se relajó entre sus brazos tras un par de suaves embestidas. A la tercera sintió cómo enredaba los dedos en su pelo acercándose más y fue su turno para sonreír. Hostia puta, llevaba un año

entero besándola a todas horas y todavía necesitaba más. Al final había saltado sobre una red de extrañas manías y palabras raras que la atrapaba cada día el doble que el anterior, cada vez que conseguía desarmarla se le revolucionaba el organismo al completo y el oírle reír le reverberaba por dentro de una forma alucinante. Empezaba a dudar de la existencia real del efecto Coolidge, porque llevaba un año entero «trajinándosela» y seguía teniéndole las mismas ganas que la primera vez que follaron a lo bestia en aquella habitación de hotel de Fall River, Kansas.

–Te quiero.

Se lo dijo a media voz y a un centímetro de sus labios, porque en aquello se resumía todo y a Elizabeth eso de que concretara le ponía cachonda. Sonrió al ver cómo la morena lo hacía primero. No era nada nuevo, habían superado la barrera del «te quiero» justo cinco meses después de empezar a salir, ni un día más ni un día menos, porque, además de con las arrugas y con los clips de colores, la morena mantenía una extraña relación con los números y las fechas, además aquella noche pidieron *pizza* en su casa, la masa formaba una circunferencia perfecta y Elizabeth se lo soltó sin más llevada por la emoción del momento.

–Dirías cualquier cosa para llevarme a la cama.

–Ya sabes que sí.

Elizabeth volvió a besarla de forma increíble y ella se dejó besar, abandonándose al momento y cometiendo el error de gemir bajito cuando la lengua de la morena pidió permiso de entrada a su boca a base de suaves caricias sobre su labio inferior. Porque Cooper era siempre igual de educada, pero en cuanto escuchó aquel «sonido claramente sexual», que era como los llamaba ella, se separó de su cuerpo, porque no era el momento ni el lugar. No eran horas y Lilly dormía en la habitación de al lado.

Es que lo tenía todo en su contra. Hostia puta.

\*\*\*

Luciérnagas.

Luciérnagas, luciérnagas, luciérnagas.

Los cuarenta minutos de trayecto hasta su piso en Nueva York Elizabeth se los había pasado hablando de luciérnagas.

Habían visto unas cuantas en el jardín de su casa la noche anterior, al regresar del paseo con Cupido, y la morena se había quedado un poco enganchada a su luz fluorescente, preguntándose qué era lo que las hacía brillar de esa manera. Como no era el momento, no era el lugar, no eran horas y Lilly dormía en la habitación de al lado, una vez metidas en la cama, en vez de a ella Elizabeth se puso a toquetear el móvil en busca de información que le hiciera comprender mejor a aquellos seres misteriosos. Había tenido la caradura de decirle «¿Ves como tú también tienes tus propias obsesiones?», equiparando su inocente interés por Harriet y aquellas

criaturas a las toneladas y toneladas de bagaje emocional con tintes TOC que cargaba a sus espaldas. Le contestó «Por supuesto, princesa» con ironía en el tono y se dio media vuelta en el colchón y allí la dejó, pegada al móvil en la penumbra de la habitación y a solas con la Wikipedia.

La había pillado hablando de luciérnagas con Lillian aquella tarde en la cocina mientras las dos preparaban la tarta de Lilly y le había regalado a su sobrina un peluche-luciérnaga que brillaba en la oscuridad. Todo comenzaba a resultar un poco monotemático y aquella perseverancia en el tema debería haberle hecho sospechar, porque Elizabeth Cooper era fácilmente «obsesionable», pero siempre había un pistoletazo de salida que la impulsaba a focalizar la atención en un tema en concreto.

¿Por qué luciérnagas?

Y en eso pensaba mientras se cepillaba los dientes en el baño, ya ataviada con el bóxer y la camiseta que usaba cuando se quedaba a dormir en casa de su novia y extendiendo el dentífrico hasta por los huecos más inaccesibles. ¿Por qué luciérnagas? Tanto empeño en desentrañar el misterio comenzaba a dar sus frutos, porque mientras estudiaba con detenimiento el reflejo de su propia mirada y se concentraba muy fuerte en su azul, algo hizo clic en las profundidades de su psique y casi podía ver un patrón claro emergiendo perezosamente de entre la bruma de su pensamiento inconsciente.

«Luciérnagas».

«Harriet la luciérnaga».

«Un año».

«Elizabeth y su extraña relación con las fechas destacadas».

Terminó de enjuagarse la boca y justo cuando se disponía a abandonar el baño, aún trabajando en aquellas conexiones neuronales que la llevarían directa a la salida de aquel laberinto de interrogantes fluorescentes, escuchó a Elizabeth gritar a todo volumen «Cristo Bendito» y después comenzó a llamarla a ella con un pelín de desesperación empapando su tono. Y al principio se asustó, por supuesto que sí, acudió a su habitación a toda prisa con las pulsaciones disparadas y esperando encontrar algún desastre de los gordos: a la morena agonizando en el suelo o un cuadro torcido en la pared. Un cataclismo.

Pero no. La estampa era mucho menos perturbadora, pero la hostia de extraña. Elizabeth estaba de pie encima de la cama con cara de circunstancias, al verla aparecer por la puerta, le dijo: «Sandie, el plan está saliendo terriblemente mal» y se la veía realmente agobiada. Dos segundos después se fijó en que había una caja de zapatos tirada en el suelo y algunas briznas de hierba diseminadas por sus alrededores.

–Pero ¿qué cojones...?

Lo preguntó intentando no echarse a reír, porque Elizabeth parecía afectada de verdad allí de pie sobre la cama y con los brazos cruzados sobre la camiseta de



béisbol con los colores del equipo de Lilly. Su sobrina se la había regalado por su cumpleaños: blanca con rayas rojas y con el número once, por aquello de la simetría. Era dos tallas más grande, así que la utilizaba de pijama: le dejaba las piernas al descubierto y le quedaba jodidamente sexi.

–¡Se ha escapado! –exclamó desde las alturas.

–¿Quién se ha escapado? –preguntó mirando a su alrededor.

–¡Harriet Segunda de Newark, Nueva Jersey!

Realmente Elizabeth lo dijo como si pensara que aquello lo explicaba todo y, a lo mejor todo no, pero un poquito sí que lo aclaraba.

–Me arriesgo y apuesto a que «Harriet Segunda de Newark, Nueva Jersey» es una jodida luciérnaga –dijo agachándose junto a la caja para explorar el interior de la misma–. Aquí no está.

–¡Por el amor de Dios, Sandie, deja de decir obviedades y encuéntrala! Me está picando el cuerpo entero –añadió frotándose los brazos.

–¿Por qué has traído una luciérnaga a tu casa si te dan tanto repelús? –preguntó divertida mientras rastreaba el espacio bajo la mesilla.

–Porque se suponía que iba a ser romántico –explicó en un tono bastante interesante, mezcla perfecta de desilusión y desesperación.

El corazón le latió un pelín raro en el pecho al escucharla y abandonó el escrutinio del suelo de aquella habitación para mirarla a ella con una sonrisa que amenazaba con invadir su cara entera.

–¿El qué se suponía que iba a ser romántico? –quiso saber desde su posición arrodillada en el suelo.

Elizabeth pareció pensárselo un par de veces antes de suspirar derrotada, como reconociendo ante sí misma que toda posibilidad de romanticismo había pasado a mejor vida: su plan irremediamente fastidiado por una pequeña luciérnaga escapista. Al final se acercó con cautela a la mesilla, caminando sobre el colchón, porque pisar el suelo parecía ser impensable para ella por el momento, y recuperó un misterioso sobre de su superficie.

«Un año».

Su novia se lo tendió y ella lo aceptó aún de rodillas en el suelo y con el corazón ligeramente acelerado en el interior de su pecho.

«Elizabeth y su extraña relación con las fechas destacadas».

La miró a ella por un par de segundos antes de centrar su vista en el sobre y lo abrió sin más, necesitaba ver qué había dentro. En su cabeza se repetía un eco lejano, una conjetura remota y poco probable, aunque juntándolo todo encajara a la perfección. Sonaba a algo parecido a «¿A dónde te gustaría viajar a ti algún día?» en la voz de Elizabeth y la suya contestaba «Nueva Zelanda» con aires misteriosos que habían dejado de serlo hacía mucho. Casi un año.

«Un año».

«Las cuevas de Waitomo».

Aquella repentina obsesión por las luciérnagas.

«Se suponía que iba a ser romántico». Y la morena la miraba atentamente, aún subida en la cama, como si esperara que, a pesar del espectáculo y el estrepitoso fracaso de su plan original, la situación en general siguiera pareciéndoselo, al menos un poquito.

Romántica.

Sacó el contenido del sobre y se encontró sosteniendo en su mano dos putos billetes de avión para el aeropuerto Hamilton, en Nueva Zelanda. *Me cago en la leche*. Y debía de estar mirándolos como una gilipollas con el interior revolucionado y la boca repentinamente seca. Fue la voz de Elizabeth la que consiguió sacarla del trance, lo que le aceleró todo un poco más.

–Tiene que ser un sitio bastante romántico para ir con esa persona especial.

Y eso ya lo había dicho antes, pero en el momento presente le gustaba mucho más cómo sonaba.

–Hostia puta, Liz. Nueva Zelanda –lo dijo pensando en voz alta y la vio sonreír, a lo mejor porque era evidente que su plan no había salido mal del todo–. ¿Es en serio?

–¿A ti qué te parece?

La hostia.

A ella le parecía la hostia, la verdad.

A ella le parecía tanto la hostia que se dejó llevar por lo que le estaba pidiendo su cuerpo y se levantó del suelo, se acercó a la cama, la sujetó por la cara posterior de los muslos y la hizo caer sobre el colchón en un experto movimiento. Se colocó sobre ella y sus caderas encajaron a la perfección entre esas piernas desnudas.

–Jodidamente increíble. Me pareces jodidamente increíble –se lo dijo antes de besarla con ganas.

Elizabeth se lo devolvió, sujetándole la cara entre las manos, y el subidón de adrenalina la impulsó a colar las suyas bajo aquella camisa de béisbol tan sexi y acariciarle las caderas.

–¿Y Harriet Segunda de Newark, Nueva Jersey? –la morena lo preguntó contra su boca.

–No la conozco mucho, pero seguro que no es para tanto –bromeó deslizando las palmas abiertas por sus costados. Su novia se disponía a protestar, pero la besó de nuevo, el doble de apasionado, y en vez de hablar, Elizabeth le gimió en la boca–. No quiero que te escandalices, Cooper, y disculpa mi brusquedad y mi soez lenguaje, pero necesito follarte ahora mismo.

Casi antes de haber terminado de decirlo acunó uno de sus pechos con la mano mientras enterraba la cara en su cuello y comenzaba a explorarlo con la boca. Se puso el doble de cachonda al escuchar cómo la respiración de Elizabeth se descontrolaba, descendió con ambas manos hasta sujetar la cintura de su ropa interior, la arrastró lentamente a lo largo de aquellas jodidas piernas y la dejó caer

al suelo. Después volvió a acomodarse sobre ella y se encontró con el verde de su mirada oscurecido, así que sus palabras no parecían haberla escandalizado precisamente.

–¿No vas a llamarme malhablada ni libertina? –la picó mientras sus respiraciones aceleradas se mezclaban en el diminuto espacio que separaba sus bocas–. ¿Ni un «típico, típico»?

Elizabeth la miró de una manera que... madre mía. Después la tomó por la nuca y atrapó sus labios de una forma jodidamente intensa, quizá porque se moría por hacerlo y por conseguir que se callase y así mataba dos pájaros de un tiro. Le gustó y le extrañó a partes iguales, porque rara era la ocasión en que la morena no contestaba a sus provocaciones con su habitual pedantería.

–«Típico, típico. Típico de Sandie Davies hacerme el mejor sexo oral de mi puta vida».

La imitó con voz burlona, Elizabeth le dio un suave cachete en la mejilla y ella le dedicó una sonrisa de las engreídas antes de deslizarse hacia abajo, modelando las curvas de su cuerpo preferido con las palmas abiertas y besándole el abdomen por encima de aquella camiseta deportivamente erótica. Ni una pedantería, allí solo había gemidos y multitud de otros sonidos «claramente sexuales». Sus manos enredadas en el pelo, animándola a seguir y poniéndola más cachonda a cada segundo que pasaba. Hostia puta, lo mismo las luciérnagas eran mágicas de verdad. Tendría que ir pensando en adoptar una como mascota.

La hizo correrse increíblemente bien, porque un viaje a Nueva Zelanda para ver las cuevas de Waitomo con su «alguien especial» se merecía un buen agradecimiento. Elizabeth la reclamó cerca de nuevo, la tomó por las mejillas invitándola a subir, olvidando que un insecto fluorescente daba vueltas por su dormitorio, es que a lo mejor el sexo oral había sido «así» de alucinante. La besó tras cubrirla de nuevo con su cuerpo y la morena se lo devolvió suave y húmedo, con la respiración acelerada y el corazón a mil.

\*\*\*

«Típico, Típico. Típico de Sandie Davies hacer sentir bien a las chicas de mil maneras diferentes».

# Plan A: Reconquista

## **Día 0. Preparativos para el Día 1: «Primera toma de contacto»**

- 22.00 h: Preparar vestuario para «primera toma de contacto».
- 22.04 h: Programar alarma del despertador a las 8.00 horas.
- 22.05 h: Ensayo en imaginación del primer encuentro «casual».
- 22.15 h: Segundo ensayo en imaginación del primer encuentro «casual».
- 22.25 h: Tercer ensayo en imaginación del primer encuentro «casual».
- 22.35 h: Desconexión del Plan A a través de lectura ligera.
- 23.00 h: Dormir.

## **Día 1. Primera toma de contacto**

- 8.00 h: Apagar alarma del despertador.
- 8.02 h: Uso de baño y ducha (lavado de pelo incluido), \*champú de entonces, apelación a la nostalgia.
- 8.15 h: Secado de pelo con nuevo ensayo en imaginación del primer encuentro «casual».
- 8.25 h: Incorporación de vestuario previamente seleccionado.
- 8.30 h: Desayuno opcional (dependiendo de afectación ansiosa en sistema digestivo).
- 8.45 h: Salida hacia lugar elegido para reencuentro (exteriores de clínica veterinaria).
- 8.55 h: Llegada aproximada a lugar elegido para reencuentro (exteriores de clínica veterinaria).
- De 9.00 h a indeterminado:
  - Primer contacto visual unidireccional.
  - Evaluación de impacto emocional.
  - Opción 1. Impacto emocional bajo/moderado: primer contacto verbal. Seguir guion «encuentro casual».
  - Opción 2. Alto impacto emocional: retirada.

## **Día 2. Establecimiento de base creíble para próximos encuentros**

- 9.00 h: Llegada a sala de espera clínica veterinaria.
- 9.02 h: Solicitud de ayuda como fuente de información para artículo ficticio «A mi gata no le gustan los gatos». \*Revisar «Homosexualidad en el reino animal, Zoológico Melbourne».

9.15 h: Invitación a café con excusa «discutir colaboración».  
9.16 h: Primera Fase del plan completada.  
22.00 h: Ensayo en imaginación del «primer acercamiento emocional».  
22.15 h: Segundo ensayo en imaginación del «primer acercamiento emocional».  
22.25 h: Tercer ensayo en imaginación del «primer acercamiento emocional».  
22.35 h: Desconexión del Plan A a través de lectura ligera.  
23.00 h: Dormir.

### **Día 3. Primer acercamiento emocional**

16.15 h: Llegada a cafetería con margen para repasar datos de sexualidad animal.  
16.30 h: Encuentro con Samantha. \*Actitud educada pero informal. \*Sutiles halagos a su apariencia.  
16.31 h: Breve presentación de objetivos para el artículo ficticio. \*Ver Power Point.  
16.41 h: Recogida de datos veterinarios acerca de sexualidad felina.  
16.55 h: Transición hacia verdadero objetivo: «Nosotras».  
De 17.00 h a indeterminado:

- Anécdotas pasadas emocionalmente significativas.
- Importante recordatorio de su verdadera orientación sexual.
- Resaltar incoherencia de inminente matrimonio heterosexual.
- Asegurar nueva cita en el bar de karaoke.

22.00 h: Ensayo en imaginación de «cita en bar de karaoke».  
22.15 h: Segundo ensayo en imaginación de «cita en bar de karaoke».  
22.25 h: Tercer ensayo en imaginación de «cita en bar de karaoke».  
22.35 h: Desconexión del Plan A a través de lectura ligera.  
23.00 h: Dormir.

### **Día 4. Reconquista**

19.15 h: Soborno a camarero para que reproduzca lista de canciones significativas, \*ataque emocional a nivel subliminal.  
19.20 h: Consumo de tónica para templar los nervios.  
19.21 h: Cóctel frutos secos opcional (anacardos, cacahuètes, nueces, pistachos...).  
19.30 h: Encuentro con Samantha, invitación de consumición a su elección.  
19.31 h: Conversación fluida acompañada de adecuado lenguaje no verbal, \*significativo contacto visual, sonrisas y ligera invasión de espacio personal.  
20.00 h: Invitación a nueva consumición e inicio de contacto físico de intensidad gradual.  
20.10 h: Introducción progresiva del tópico «Tú y yo». \*Ver opciones en Anexo I.  
20.45 h: Ofrecimiento para acompañarla a casa.  
21.00 h: Parada estratégica en puente sobre río.  
21.01 h: Contemplación silenciosa de estrellas.  
21.03 h: Frase facilitadora de acercamiento físico. \*Ver opciones en Anexo II.

21.04 h: Ejecutar beso de intensidad leve/moderada con opción a incremento según reacción.

- Opción 1. Si acercamiento físico correspondido: plan ejecutado con éxito.
- Opción 2. Si acercamiento físico no correspondido:
  - 21.05 h: Retirada.
  - De 21.30 h a 22.30 h: Llorar.
  - 22.31 h: Paso a Plan B: «Neutralización de ceremonia».

# Plan B: Neutralización de ceremonia

## Día previo. Preparativos para neutralización de ceremonia

20.30 h: Llegada a casa de Patty para «cena informal».

20.31 h: Confirmación visual de presencia de llaves de la ermita en cajetilla de la entrada.

20.35 h: Conversación fluida y preparación de los entrantes, \*no hablar de Samantha, ver Anexo I: «Temas de conversación óptimos».

21.15 h: Inicio de cena principal + visionado de *No Strings Attached Tour*.

22.40 h: Sobremesa con comentarios y evaluación, \*10 puntos a JC Chazez en todas las categorías.

22.41 h: Defender supremacía de JC Chazez en coreografía.

22.42 h: Defender supremacía de JC Chazez en vestuario.

22.43 h: Defender supremacía de JC Chazez en afinación.

22.44 h: Defender supremacía de JC Chazez en interacción con la audiencia.

22.45 h: Simulación de necesidad de ir al baño + sustracción de llaves.

De 22.50 h a indeterminado: Continuación de sobremesa hasta establecer a JC Chazez como ganador absoluto.

Indeterminado: Despedida y vuelta al hotel.

Indeterminado: Programar despertador para las 6.00 h.

Indeterminado: Ensayo en imaginación de «ejecución de neutralización».

Indeterminado: Segundo ensayo en imaginación de «ejecución de neutralización».

Indeterminado: Tercer ensayo en imaginación de «ejecución de neutralización».

Indeterminado: Desconectar del Plan B a través de lectura ligera.

Indeterminado: Dormir.

## Día de la ceremonia. Ejecución de neutralización

6.00 h: Apagar despertador.

6.01 h: Uso de baño y ducha.

6.11 h: Incorporación de indumentaria neutra para mimetizar con el entorno.

6.20 h: Salida silenciosa del hotel.

6.30 h: Llegada silenciosa a ermita.

6.31 h: Acceso silencioso a interior.

6.32 h: Manipulación de escenario:

- Nivel 1. Arreglos florales.

- Nivel 2. Bancos.
- Nivel 3. Altar.

6.47 h: Salida silenciosa a exterior + destrucción de pruebas.

6.50 h: Regreso silencioso a hotel.

De 7.00 h a 9.45 h: Descanso y tiempo libre.

9.45 h: Ensayo en imaginación de «neutralización definitiva/operación NO QUIERO».

9.50 h: Segundo ensayo en imaginación de «neutralización definitiva/operación NO QUIERO».

9.55 h: Tercer ensayo en imaginación de «neutralización definitiva/operación NO QUIERO».

10.00 h: Incorporación de vestuario elegante pero informal.

10.05 h: Aplicación de maquillaje, \*resaltar ojos y labios, efecto «te equivocaste al elegir».

10.15 h: Cuidar recogido de pelo, \*estilo «pero ¿en qué estabas pensando?».

10.19 h: Salida hacia ermita.

10.29 h: Llegada a ermita e infiltración entre los invitados.

De 10.30 h a 10.55 h: Entrada escalonada a la ermita.

10.31 h a 10.55: Se desata el caos de forma gradual:

- Número impar de arreglos florales.
- Cantidad desigual de bancos en proporción novia/novio.
- Decoración no simétrica de altar.

10.55 h: Atmósfera tensa.

11.00 h: Llegada de novio. Tensión *in crescendo*.

11.01 h: Ingestión de comprimido de Sumial.

11.05 h: Llegada de Samantha. Primer impacto tras descubrimiento de escenario.

11.15 h: Caída intencionada de bolso, establecimiento de contacto visual con Samantha. Segundo impacto. \*Mantener contacto constante.

11.16 h: Si primer comprimido no efecto: ingestión de segundo comprimido de Sumial.

11.30 h: «Que hable ahora o calle para siempre», intervención verbal. Ver Anexo II.

De 11.30 h a 11.35 h: Desarrollo de intervención verbal.

11.35 h: Silencio incómodo + posible ingestión de tercer comprimido de Sumial.

11.36 h: Desenlace:

- Opción 1. Cancelación de ceremonia. Plan B ejecutado con éxito.
- Opción 2. Amable invitación a abandonar el recinto.
  - 11.37 h: Regreso silencioso al hotel.
  - 11.47 h: Llegada al hotel.
  - 11.48 h: Cambio a indumentaria más cómoda.
  - 11.52 h: Retirada de recogido.
  - 11.55 h: Retirada de maquillaje.

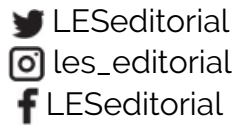


- De 12.00 h a 13.00 h: Llorar.
- 13.00 h: Inicio de confección de nuevo plan.

## **El Plan C**

Hacer que se te caigan las bragas al suelo. Hostia puta.

Nos encantaría saber qué te ha parecido este libro.  
¿Nos lo cuentas?



LESeditorial

les\_editorial

LESeditorial

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)  
[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

*Pasa la página >>>*





BESAR LOS MIEDOS  
ERA LA MEJOR  
MANERA DE  
SUPERARLOS

EL PLAN C - Anna Pólux